

La Educación Sentimental

Por

Gustave Flaubert

***Free*editorial** 

PRIMERA PARTE

I

Hacia las seis de la mañana del 15 de septiembre de 1840, próximo a zarpar, el Ville de Montereau despedía grandes torbellinos de humo delante del muelle de Saint-Bernard.

La gente llegaba sin aliento; las barricas, los cables, los cestos de ropa blanca dificultaban la circulación; los marineros no contestaban a nadie; tropezaban unas con otras las personas; los bultos subían por entre los dos tambores, y el bullicio se absorbía en el ruido del vapor, que, escapándose por las tapaderas de hierro de las chimeneas, todo lo envolvía en una nube blanquecina, mientras la campana sonaba avante sin cesar.

Por fin, el barco arrancó, y las dos orillas, pobladas de tiendas, de canteros y de fábricas, desfilaron como dos anchas cintas que se desenrollan.

Un joven de dieciocho años, de pelo largo, que llevaba un álbum debajo del brazo, estaba inmóvil cerca del timón. A través de la bruma contemplaba campanarios y edificios, cuyo nombre ignoraba; después abrazó en una última ojeada la isla de Saint-Louis, la Cité, Notre-Dame, y muy pronto, al desaparecer París, lanzó un suspiro prolongado.

Frédéric Moreau, que acababa de recibir el título de bachiller, regresaba a Nogent-sur-Seine, donde debía languidecer durante dos meses antes de ir a cursar derecho. Su madre, con la suma indispensable, le había enviado al Havre a ver a un hermano suyo, del cual esperaba que fuese heredero su hijo; volvió de allí la víspera, y lamentaba no poder permanecer en la capital, siguiendo, para llegar a su provincia, el camino más largo.

Se apaciguó el tumulto; todos ocuparon su sitio: algunos, en pie, se calentaban alrededor de la máquina, y la chimenea despedía con resoplido lento y rítmico su penacho de humo negro; gotitas de rocío resbalaban por los cobres, el puente temblaba al impulso de una pequeña vibración interior, y las dos ruedas, girando rápidamente, golpeaban el agua.

El río se veía costado de playas arenosas; se encontraban algunas balsas de madera que ondulaban al compás de las olas, o lanchas sin velas en que pescaba un hombre sentado. Luego, las brumas errantes se fundieron, apareció el sol, descendió poco a poco la colina que seguía el curso del Sena, por la derecha, surgiendo otra, más próxima, en la orilla opuesta.

La coronaban algunos árboles en medio de casas chatas, cubiertas de

tejados a la italiana, con jardines en declive, separados por muros nuevos, verjas de hierro, céspedes, templadas estufas y tiestos de geranios, espaciados con regularidad en terrazas provistas de antepechos. Más de uno, al divisar aquellas coquetonas residencias, tan tranquilas, deseaba ser propietario, para vivir en ellas hasta el fin de sus días, con un buen billar, una chalupa, una mujer, o cualquier otro sueño. El placer enteramente nuevo de una excursión fluvial facilitaba las expansiones. Ya los bromistas empezaban con sus gracias; muchos cantaban; la gente estaba alegre y se tomaban copas.

Frédéric pensaba en el cuarto que ocuparía en su casa, en el plan de un drama, en asuntos para cuadros, en futuras pasiones. Juzgaba que la felicidad merecida por la excelencia de su alma tardaba en venir. Declamó versos melancólicos; paseaba por el puente con rápido paso, se adelantó hasta el fin, del lado de la campana, y, en un círculo de pasajeros y marineros, vio a un señor que decía galanterías a una aldeana, jugando mientras con la cruz de oro que llevaba ella sobre el pecho. Era un hombre de cuarenta años, de cabello crespo. Su busto vigoroso llenaba una chaqueta de terciopelo negro; en su camisa de batista brillaban dos esmeraldas y su ancho pantalón blanco caía sobre unas botas raras, coloradas, de cuero de Rusia, bordadas con dibujos azules.

La presencia de Frédéric no le detuvo. Se volvió hacia él muchas veces, interpeleándole por medio de sus ojos; después ofreció cigarrillos a cuantos le rodeaban. Pero harto de aquella compañía, sin duda, se fue más lejos. Frédéric le siguió.

La conversación transcurrió primeramente sobre las diferentes especies de tabaco; después, naturalmente, acerca de las mujeres. El señor de las botas coloradas dio consejos al joven; expuso teorías, narró anécdotas, se citó a sí mismo como ejemplo, diciendo todo esto con tono paternal, con una ingenuidad de corrupción divertida.

Era republicano; había viajado, conocía el interior de los teatros, de los restaurantes, de los periódicos, y a todos los artistas célebres, a los que llamaba familiarmente por sus nombres; Frédéric le confió poco a poco sus proyectos, y él le animó a seguirlos.

Pero se interrumpió para observar el cañón de la chimenea; luego formuló, de prisa, un cálculo para saber «cuánto cada golpe de pistón, tantas veces por minuto, debía, etcétera». Y cuando hizo la suma admiró mucho el paisaje, manifestándose dichoso por haber abandonado los negocios.

Frédéric sentía cierto respeto hacia él y no resistió al deseo de conocer su apellido. El desconocido contestó sin pararse:

—Jacques Arnoux, propietario del Arte Industrial, bulevar Montmartre.

Un criado, con galón dorado en la gorra, vino a decirle:

—Si el señor tuviera la bondad de bajar... la señorita le reclama.

Desapareció.

El Arte Industrial era un establecimiento híbrido, compuesto de una publicación pictórica y un almacén de cuadros. Frédéric había visto aquel título muchas veces en el escaparate de un librero de su país natal, en prospectos inmensos, donde el nombre de Jacques Arnoux aparecía ostentosamente.

El sol hería de plano, haciendo relucir las grímpolas de hierro, las gavias, alrededor de los mástiles, las planchas del filarete y la superficie del agua, que por la parte de proa se cortaba en dos surcos que se desvanecían en el límite de las praderas. En todos los recodos del río se encontraba el mismo panorama de álamos blancos. El campo se veía enteramente solitario, y en el cielo, nubecillas blancas y quietas. El tedio, vagamente esparcido, parecía amortiguar la marcha del barco y dar a los viajeros un aspecto más insignificante todavía.

Excepto algunos burgueses, en primera clase, los demás eran obreros, tenderos con sus mujeres y sus chicos. Como entonces había costumbre de vestirse con lo peor en los viajes, casi todos llevaban gorros griegos viejos o sombreros descoloridos; estrechos trajes negros, raídos por el roce de las mesas, o levitas con los ojales rotos de haber servido demasiado en la tienda; algunos chalecos de elástico dejaban asomar camisas de algodón manchadas de café, y algunos alfileres de similor clavados en corbatas hechas jirones; trabillas recosidas sujetando zapatos de orillo; dos o tres desharrapados que llevaban bastones con corregüelas lanzaban miradas oblicuas; y padres de familia abrían desmesuradamente los ojos, haciendo preguntas, hablando en pie o echados sobre sus equipajes; otros dormían por los rincones; muchos comían. El puente estaba sucio de cáscaras de nueces, colillas de cigarro, mondaduras de peras. Tres ebanistas, de blusa, estaban parados delante de la cantina; un músico, arpista, en harapos, descansaba apoyando los codos en su instrumento; se oía a intervalos el ruido del carbón de piedra en la hornilla, un grito, una risa. Y el capitán, en el entrepunte, andaba de uno a otro tambor, sin detenerse. Frédéric, para ir a su sitio, empujó la verja que separaba la primera clase y molestó a dos cazadores con sus perros.

Aquello fue como una aparición.

Ella estaba sentada en medio del banco, completamente sola; por lo menos, él no vio a nadie, debido al deslumbramiento que sus ojos le produjeron. Al mismo tiempo que pasaba él, ella alzó la cabeza, él la bajó involuntariamente, y cuando pasó más lejos, del mismo lado, la miró.

Llevaba un sombrero de paja ancho con cintas de color rosa, que fluctuaban al viento por su espalda. Sus cabellos negros, que descendían hasta el extremo de sus grandes cejas, parecían ceñir amorosamente el óvalo de su rostro. Su traje, de muselina clara con lunarcitos, caía en numerosos pliegues.

Se ocupaba en bordar algo, y su nariz recta, su mentón, su persona toda resaltaba sobre el fondo azul del espacio.

Como se mantenía en la misma actitud, dio él muchas vueltas a izquierda y derecha para disimular la maniobra; luego se detuvo muy cerca de su sombrilla, colocada contra el banco, y fingió que observaba una chalupa por el río.

Jamás había visto aquel esplendor de tez morena, la seducción de un busto, ni aquella delicadeza de los dedos que la luz atravesaban. Contemplaba su cesta de labor con arrobamiento, como una cosa extraordinaria. ¿Cuáles eran su nombre, su domicilio, su vida, su pasado? Ansiaba conocer los muebles de su cuarto, todos los trajes que hubiera llevado, las gentes que la visitaban, y el deseo de la posesión física hasta desaparecía ante un afán más profundo, en una dolorosa curiosidad sin límites.

Una negra, de pañuelo a la cabeza, se presentó, llevando de la mano a una niña ya mayor, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas y que acababa de despertarse. La cogió sobre sus rodillas. La señorita no era buena, aunque iba pronto a cumplir siete años; su madre ya no la quería; se le perdonaban demasiado sus caprichos.

Y Frédéric se alegraba de oír aquellas cosas, como si hubiera hecho un descubrimiento, una adquisición.

La suponía de origen andaluz, quizá criolla. ¿Habría traído de las islas, consigo, a aquella negra?

Un gran chal de rayas violeta ceñía su espalda sobre la borda de cobre. ¡Cuántas veces, en medio del mar, durante las noches húmedas, habría envuelto su busto, habría cubierto sus pies, hasta dormir a su abrigo! El chal iba deslizándose poco a poco hacia el agua. Frédéric dio un salto y lo cogió. Ella le dijo:

—Muy agradecida, caballero.

Sus ojos se encontraron.

—¿Estás lista, mujer? —preguntó el señor Arnoux, apareciendo en la escalera.

La señorita Marthe corrió hacia él y, colgada de su cuello, le tiraba de los bigotes. El sonido de un arpa se oyó de pronto, y quiso la niña oír la música; al punto, el del instrumento, traído por la negra, entró en el departamento de

primera. Arnoux le reconoció por ser un antiguo modelo y le tuteó, cosa que sorprendió a los presentes. Por fin, el arpista echó hacia atrás su ancho pecho, extendió el brazo y se puso a tocar.

Era una romanza oriental, en que se trataba de puñales, de flores y de estrellas. El hombre de los harapos cantaba aquello con tono mordaz; los movimientos de la máquina cortaban la melancolía sin medida; apretaba él más, vibraban las cuerdas y sus sonidos metálicos parecían exhalar sollozos, como la queja de un amor orgulloso y vencido.

En ambas orillas del río se veían los bosques descender hasta el agua; circulaba una corriente de aire fresco; la señora Arnoux miraba vagamente a lo lejos.

Cuando cesó la música movió los párpados muchas veces, como si saliera de un sueño.

El arpista se les aproximó humildemente. Mientras Arnoux buscaba una moneda, Frédéric alargó hacia la gorra su mano cerrada y, abriéndola pudorosamente, depositó en ella una moneda de oro de veinte francos. Y no era la vanidad lo que le empujaba a dar aquella limosna delante de ella, sino un pensamiento de bendición a que la asociaba, un movimiento del corazón casi religioso.

Arnoux, enseñándole el camino, le invitó cordialmente a que almorzara. Frédéric aseguró que acababa de almorzar; sin embargo, se moría de hambre y no tenía ya ni un céntimo en el fondo de su bolsillo.

Después pensó que tenía tanto derecho como otro cualquiera a permanecer en la cámara.

Alrededor de las mesas redondas comían los burgueses y circulaba un camarero. Los señores de Arnoux se hallaban en el extremo, a la derecha; él se sentó en la larga banqueta de terciopelo y cogió un periódico que allí encontró.

Debían tomar la diligencia de Châlons en Montereau. Su viaje a Suiza duraría un mes.

La señora Arnoux censuraba a su marido por su debilidad con la pequeña. Murmuró él algo a su oído, una gracia indudablemente, puesto que ella sonrió; después fue a correr la cortina de la ventana de detrás.

El techo bajo, y enteramente blanco, arrojaba una luz fuerte. Frédéric, de frente, distinguía la sombra de sus pestañas. Mojaba ella sus labios en el vaso y entre sus dedos sostenía una cartera. El medallón de lapislázuli, sujeto con una cadenilla de oro a su muñeca, sonaba de cuando en cuando contra el plato. Los que estaban allí, sin embargo, no parecían notarlo.

Algunas veces se veía por las ventanas deslizarse el flanco de una barca

que abordaba el barco para tomar o dejar viajeros. Las gentes que estaban sentadas a la mesa se inclinaban hacia las aberturas y decían el nombre de los lugares ribereños.

Arnoux se quejaba de la cocina; gritó mucho por la cuenta y obligó a que la redujeran. Después se llevó al joven a proa para beber grogs; pero Frédéric se volvió muy pronto a la toldilla, donde se encontraba la señora Arnoux, que leía un pequeño volumen de tapas grises.

Los extremos de su boca se entreabrían en algunos momentos, y un relámpago de placer iluminaba su frente. Frédéric tuvo celos del que había inventado aquellas cosas que ocupaban su mente. Cuanto más la contemplaba, más sentía que entre ambos se abrían abismos. Pensaba que era preciso abandonarla lenta, irrevocablemente, sin haber cruzado una frase, sin dejarse ni siquiera un recuerdo.

Una llanura se extendía hacia la derecha; a la izquierda, un herbazal iba a reunirse suavemente a una colina en que se percibían viñedos, nogales, un molino en medio del verde; algunos senderos, más allá, formando zigzag sobre la blanca roca que tocaba al límite del cielo. ¡Qué dicha subir juntos, el brazo rodeando su cintura, mientras su traje fuese barriendo las hojas amarillentas, escuchando su voz, dominado por los rayos de sus ojos! El barco podía detenerse, no tenían más que bajarse, y aquella cosa tan sencilla no era más fácil, sin embargo, que cambiar el curso del sol.

Algo más lejos se descubría un castillo de tejado puntiagudo con torrecillas cuadradas. Un parterre de flores se extendía delante de su fachada, y las avenidas penetraban en los altos tilos como negras bóvedas.

Se la figuró pasando por el límite de los setos.

En aquel instante, una señorita y un caballero joven se dejaron ver en la escalera, entre los tiestos de naranjos.

Luego, todo desapareció.

La chiquilla jugaba cerca de él; Frédéric quiso besarla; ella se ocultó detrás de la criada; le riñó su madre por no ser amable con el caballero que había salvado su chal.

«¿Era esta una manera indirecta de entrar en conversación? ¿Irá, por fin, a hablarme?», se preguntó.

Apremiaba el tiempo. ¿Cómo obtener una invitación para casa de Arnoux? Y no se le ocurrió nada mejor que hacerle notar el calor del otoño, añadiendo:

—Pronto el invierno, la estación de los bailes y las comidas...

Pero Arnoux se hallaba muy ocupado con sus equipajes.

La costa de Surville apareció; los dos puentes se juntaban, se costeó una cordelería; después, una fila de casas chatas; abajo, marmitas de brea, trozos de madera, y los pilluelos corrían por la arena, dando vueltas al cable. Frédéric reconoció a un hombre con chaleco de mangas y le gritó:

—Despáchate.

Llegaron. Buscó trabajosamente a Arnoux entre la multitud de pasajeros, y el otro contestó, estrechándole la mano:

—Hasta la vista, amigo mío.

Cuando estuvo sobre el muelle, Frédéric se volvió. La señora se hallaba cerca del timón, en pie. Le envió una mirada en que procuró poner toda su alma; como si nada hubiera hecho, permaneció ella inmóvil.

Después, sin fijar atención en los saludos de su criado, le dijo:

—¿Por qué no has traído el coche hasta aquí?

El buen hombre se excusó.

—¡Qué torpe! Dame dinero.

Y se fue a comer a una posada.

Un cuarto de hora después, tuvo deseos de entrar como por casualidad en el patio de las diligencias; todavía podía verla, quizá.

«¿Para qué?», se dijo.

Y el coche americano le llevó. Uno de los dos caballos no pertenecía a su madre; había pedido prestado el del señor Chambrion, el recaudador, para engancharlo con el suyo. Isidore salió la víspera y descansó en Bray hasta la noche, y había dormido en Montereau; por eso las bestias trotaban bien.

Campos segados se prolongaban hasta el infinito. Dos hileras de árboles bordeaban el camino y los moretones de guijarros se sucedían; poco a poco, Villeneuve-Saint-Georges, Ablon, Châtillon, Corbeil y los otros pueblos; todo «su» viaje le vino a la memoria de manera tan clara, que ahora distinguía detalles nuevos, particularidades más íntimas; por debajo del último volante de «su» vestido veía «su» pie, calzado con fina bota de seda color marrón; el toldo de cutí formaba un amplio dosel sobre su cabeza, y las bolitas encarnadas de las guarniciones se movían perpetuamente al soplo de la brisa.

Se parecía a las mujeres de los libros románticos. No hubiera querido añadir ni quitar nada a su persona. El universo se ensanchaba de repente; ella era el punto luminoso donde convergía el conjunto de las cosas. Y mecido por el movimiento del carruaje, con los párpados medio cerrados, la mirada en las nubes, se entregaba a una alegría soñadora e infinita.

En Bray no esperó a que le dieran la avena: se fue por el camino adelante, enteramente solo. Arnoux la había llamado Marie. Entonces, él gritó, muy alto: «¡Marie!». Su voz se perdió en el viento.

Una ancha franja de color púrpura inflamaba el cielo al Occidente. Grandes ruedas de molino, que se veían en medio de los rastrojos, proyectaban gigantescas sombras. Un perro se puso a ladrar en cierta lejana hacienda. Se estremeció, sobrecogido, con una inquietud sin causa.

Cuando Isidore se le reunió, se colocó en el pescante para guiar. Su desfallecimiento había pasado; se hallaba enteramente resuelto a introducirse, no importaba cómo, en casa de los Arnoux, a relacionarse con ellos. Su hogar debía de ser agradable; Arnoux, además, le gustaba; después, ¿quién sabe? Entonces, una oleada de sangre le subió a la cara; sus sienes zumbaban.

Chasqueó el látigo, sacudió las riendas y llevaba los caballos a un paso tal, que el viejo cochero le repetía:

—Espacio, más espacio; los dejará usted sin resuello.

Poco a poco se calmó Frédéric y escuchó a su criado.

Esperaban al señor con gran impaciencia. La señorita Louise había llorado porque quería venir en el coche.

—¿Quién es la señorita Louise?

—La chiquitina del señor Roque, ¿sabe usted?

—¡Ah!, no me acordaba —replicó Frédéric indolentemente.

A todo esto, los dos caballos no podían más, ambos cojeaban; y las nueve sonaban en Saint-Laurent cuando llegó a la plaza de armas, delante de la casa de su madre. Aquella casa espaciosa, con un jardín que lindaba con el campo, daba aún mayor consideración a la señora Moreau, que era la persona más respetada del país.

Procedía de una antigua familia noble, ya extinguida. Su marido, un plebeyo con quien sus padres la casaron, había muerto de una estocada, durante su embarazo, dejándole una fortuna comprometida. Recibía tres veces a la semana y daba de cuando en cuando una comida formal; pero el número de las bujías se hallaba calculado y esperaba con impaciencia sus rentas. Aquella estrechez, disimulada como un vicio, la hacía seria. Sin embargo, citaba sus virtudes sin ostentación de gazmoñería, sin acritud. Sus menores obras de caridad parecían grandes limosnas. Se le consultaba sobre la elección de los criados, la educación de las jóvenes, el arte de los dulces, y monseñor paraba en su casa en las visitas episcopales.

La señora Moreau alimentaba una gran ambición para su hijo; no le

gustaba oír que censurasen al gobierno, por una especie de prudencia anticipada. Él necesitaría protección al principio; luego, merced a sus medios, llegaría a consejero de Estado, embajador, ministro. Sus triunfos en el colegio de Sens legitimaban aquel orgullo: había obtenido el premio de honor.

Cuando entró en el salón, todos se levantaron con gran ruido y le abrazaron, y con las butacas y las sillas se formó un amplio semicírculo alrededor de la chimenea. El señor Gamblin le preguntó inmediatamente su opinión sobre la señora Lafarge. Aquel proceso, el furor de la época, produjo una violenta discusión; la señora Moreau la contuvo, con pesar del señor Gamblin, que la juzgaba útil para el joven, en calidad de futuro jurisconsulto, y salió del salón contrariado.

Nada debía sorprender en un amigo del tío Roque. A propósito del tío Roque, se habló del señor Dambreuse, que acababa de adquirir la propiedad de la Fortelle. Pero el recaudador se había llevado aparte a Frédéric para saber lo que pensaba de la última obra de Guizot. Todos deseaban conocer sus asuntos, y la señora Benoît preguntó directamente sobre su tío.

¿Cómo estaba aquel buen pariente?

No daba ya noticias suyas.

¿No tenía un primo lejano en América?

La cocinera anunció que la sopa del señor estaba servida. La gente se retiró por discreción.

En cuanto, poco después, estuvieron solos, su madre le dijo en voz baja:

—¿Y bien?

El viejo le había recibido muy cordialmente, pero sin manifestar sus intenciones.

La señora Moreau suspiró.

«¿Dónde estará ahora ella?», pensó él.

La diligencia rodaba y, envuelta en el chal, sin duda, apoyaba en el paño del cupé su hermosa cabeza dormida.

Subían a sus cuartos, cuando un mozo del Cisne de la Cruz trajo una carta.

—¿Qué es eso?

—Deslauriers, que me necesita —dijo.

—¡Ah!, tu camarada —contestó la señora Moreau, con sonrisa de desprecio—. ¡La hora ha sido bien elegida, ciertamente!

Frédéric vacilaba; pero la amistad venció y cogió su sombrero.

—Por lo menos, no tardes mucho —le dijo su madre.

II

El padre de Charles Deslauriers, antiguo capitán de infantería, dimisionario de 1818, volvió a Nogent a casarse, y con el dinero de la dote había comprado una plaza de alguacil de corte, que apenas le bastaba para vivir. Agriado por grandes injusticias, sufriendo con sus antiguas heridas y echando siempre de menos al emperador, desahogaba en las gentes que le rodeaban las cóleras que le mortificaban. Pocos niños fueron más golpeados que su hijo. El muy travieso no cedía, a pesar de los golpes. Cuando su madre trataba de interponerse se veía tan maltratada como el chico. Por fin, el capitán le colocó en su estudio, y todo el día le tenía inclinado sobre el pupitre, copiando documentos, cosa que le produjo el desarrollo del hombro derecho, visiblemente mayor que el otro.

En 1833, el señor presidente le invitó a que vendiera su estudio, y así lo hizo. Su mujer murió de un cáncer. Él se fue a vivir a Dijon; después se estableció como procurador, en Troyes, y, habiendo obtenido para Charles media beca, le llevó al colegio de Sens, donde se encontró con Frédéric. Pero el uno tenía doce años, y el otro, quince; además, mil diferencias de carácter y de origen los separaban.

Frédéric encerraba en su cómoda toda clase de provisiones, cosas excelentes; un neceser de aseo, por ejemplo. Le gustaba levantarse tarde, mirar las golondrinas, leer obras dramáticas y, echando de menos las dulzuras de su casa, encontraba penosa la vida del colegio.

En cambio, al hijo del alguacil le parecía agradable. Trabajaba tanto, que al segundo año pasó a la clase tercera. Sin embargo, a causa de su pobreza o de su carácter pendenciero, le rodeaba una sorda malevolencia. Pero una vez que un criado le llamó hijo de mendigo, en pleno patio de los «medianos», le saltó al cuello, y lo hubiera matado si no intervinen tres profesores de estudios. Frédéric, lleno de admiración, le estrechó entre sus brazos. A partir de ese día, su intimidad fue completa. El afecto de un «grande» (de un «mayor») lisonjeó, sin duda, la vanidad del «pequeño», y el otro aceptó como una felicidad aquel sacrificio que le ofrecía.

Su padre le dejaba en el colegio durante las vacaciones.

Una traducción de Platón, que encontró por casualidad, le entusiasmó. Y entonces se apasionó por los estudios metafísicos, y sus progresos fueron rápidos, porque se entregaba con fuerzas juveniles y con el orgullo de una

inteligencia que se emancipa. Jouffroy, Cousin, Laromiguière, Mallebranche, los escoceses: cuanto la biblioteca contenía, otro tanto aprendió; hasta tuvo necesidad de robar la llave para procurarse libros.

Las distracciones de Frédéric eran muy serias. Dibujó, en la calle Trois-Rois, la genealogía de Cristo, esculpida en un poste; luego, el pórtico de la catedral. Después de los dramas de la Edad Media leyó las memorias: Froissart, Comines, Pierre de l'Estoile, Brantôme.

Las imágenes que aquellas lecturas llevaban a su espíritu le dominaban tan por completo, que experimentaba la necesidad de reproducirlas. Ambicionaba ser un día el Walter Scott de Francia. Deslauriers meditaba un vasto sistema de filosofía que tuviera las más lejanas aplicaciones.

Hablaban de todo aquello durante los recreos, en el patio, enfrente de la inscripción moral pintada debajo del reloj; cuchicheaban en la capilla, en las barbas de san Luis; soñaban en el dormitorio, desde el cual se dominaba el cementerio. Los días de paseo se colocaban detrás de los demás y hablaban interminablemente.

Hablaban de lo que harían mucho más tarde, cuando salieran del colegio. Primero emprenderían un gran viaje con el dinero que Frédéric recibiría de su fortuna, a la mayoría de edad. Luego volverían a París, trabajarían juntos, no se separarían; y, como descanso de sus trabajos, tendrían amores de princesas en tocadores de raso, o fulgurantes orgías con ilustres cortesanas. Algunas dudas se presentaban después de sus entusiasmos y esperanzas, después de crisis de alegre facundia, cayendo en un profundo silencio.

Las noches de verano, cuando habían andado mucho tiempo por los caminos pedregosos, por las orillas de los viñedos o por el camino real en pleno campo, y los trigos ondulaban al sol, mientras perfumes de angélica embalsamaban el aire, una especie de sofocación los sobrecogía y se echaban de espaldas, aturdidos, embriagados. Los demás, en mangas de camisa, jugaban a la barra o lanzaban globos. El criado los llamaba. Se volvían, siguiendo los jardines que atravesaban arroyuelos; luego, los bulevares sombreados por los viejos muros; en las calles desiertas se oían sus pasos; la verja se abría, subían la escalera, como después de grandes desórdenes.

El señor censor pretendía que se exaltaban mutuamente. Sin embargo, si Frédéric trabajaba en las clases de altos estudios, era por las exhortaciones de su amigo; y en las vacaciones de 1837 le llevó a casa de su madre.

El joven desagradó a la señora Moreau; comió extraordinariamente, rehusó asistir los domingos a la misa, tenía ideas republicanas; por último creyó que había conducido a su hijo a lugares deshonestos. Se vigilaron sus relaciones y por eso se quisieron más. Su despedida fue penosa cuando Deslauriers, al año

siguiente, dejó el colegio para estudiar derecho en París.

Frédéric pensaba reunirse con él. No se habían visto hacía dos años, y cuando sus abrazos terminaron, se fueron hacia los puentes para poder hablar con mayor libertad.

El capitán, que tenía por entonces un billar en Villenauxe, se había puesto rojo de cólera cuando su hijo le había reclamado las cuentas de su tutela, y hasta le había suprimido los alimentos netamente. Pero como trataba de presentarse más tarde a concurso para una cátedra de profesor de la escuela, y no tenía dinero, Deslauriers aceptó en Troyes una plaza de pasante en casa de un abogado. A fuerza de privaciones economizaría cuatro mil francos, y si no había de tomar nada de la herencia materna, siempre tendría con qué trabajar libremente, durante tres años, esperando a hacerse una posición. Era preciso, pues, abandonar su antiguo proyecto de vivir juntos en la capital, por el presente al menos.

Frédéric bajó la cabeza; aquel era el primero de sus sueños que se desvanecía.

—Consuélate —dijo el hijo del capitán—; la vida es larga; somos jóvenes. Ya me reuniré contigo. No pienses más en ello.

Le estrechaba las manos y, para distraerle, le hizo varias preguntas acerca de su viaje.

Frédéric no tenía grandes cosas que contar. Pero al recordar a la señora Arnoux desapareció su pena. No habló de ella, contenido por pudor; en cambio se extendió respecto a Arnoux, refiriendo sus ideas, sus maneras, sus amistades; y Deslauriers le animó mucho para que cultivara aquellas relaciones.

Frédéric, en aquellos últimos tiempos, no había escrito nada; sus opiniones literarias habían cambiado; estimaba por encima de todo la pasión: Werther, René, Franck, Lara, Lélia y otros más medianos le entusiasmaban casi igualmente. A veces la música le parecía la única capaz de expresar sus turbaciones interiores; entonces soñaba sinfonías; o le dominaba la superficie de las cosas, y quería pintar. Había compuesto versos, sin embargo. Deslauriers los encontró muy hermosos, pero sin pedir que le recitara más.

Él, a su vez, se había apartado de la metafísica. La economía social y la Revolución francesa le preocupaban. En aquella época era un gran diablo de veintidós años, flaco, con una boca ancha y aire resuelto. Aquella noche llevaba un mal paletó de lastén y sus zapatos estaban blancos de polvo, porque había andado a pie el camino de Villenauxe, expresamente para ver a Frédéric.

Isidore se acercó a ellos.

La señora rogaba al señorito que volviera, y temiendo que hiciera frío, le enviaba su capa.

—Quédate —dijo Deslauriers.

Y continuaron paseándose de uno a otro extremo de los dos puentes que se apoyaban en la estrecha isla que forman el canal y el río.

Cuando iban del lado de Nogent tenían enfrente un grupo de casas que se inclinaban levemente; a la derecha, la iglesia aparecía detrás de los molinos de madera, cuyas compuertas estaban cerradas; y a la izquierda, los setos de arbustos, a lo largo de la orilla, cercaban algunos jardines, que apenas se veían. Pero del lado de París, el camino real bajaba en línea recta, y las praderas se perdían a lo lejos en los vapores de la noche, que era silenciosa y de una claridad blanquecina. Olores de húmedo follaje subían hasta ellos, y la caída de la presa, cien pasos más allá, murmuraba con ese gran ruido dulce que hacen las olas en las tinieblas.

Deslauriers se paró y dijo:

—¡Esas buenas gentes que duermen tranquilas...! Es gracioso. ¡Paciencia! Un nuevo ochenta y nueve se prepara. ¡Ya se están cansando de constituciones, de cartas, de sutilezas, de mentiras! ¡Ah, si yo tuviera un periódico o una tribuna, cómo sacudiría todo eso! Pero para emprender cualquier cosa es preciso dinero. ¡Qué maldición ser hijo de un cantinero y perder uno su juventud buscándose el pan!

Bajó la cabeza, se mordió los labios; tiritaba debajo de su delgado traje.

Frédéric le echó la mitad de su capa sobre los hombros; se envolvieron ambos y abrazados por la cintura andaban abrigados y juntos.

—¿Cómo quieres que yo viva allá sin ti? —decía Frédéric. La amargura de su amigo le había vuelto a enternecer—. Yo habría hecho algo con una mujer que me hubiera amado... ¿Por qué te ríes? El amor es el alimento y como la atmósfera del genio. Las emociones extraordinarias producen las obras sublimes. En cuanto a buscar la que yo necesitaría, renuncio a ello. Además, si alguna vez la encuentro, me rechazará ella. Soy de la raza de los desheredados y me extinguiré con un tesoro que fuese de cristal o de brillantes, no lo sé.

La sombra de alguien se reflejó en el suelo, al mismo tiempo que oyeron estas palabras:

—Servidor, señores.

El que las pronunciaba era un hombrecillo con ancho levitón oscuro y gorra, cuya visera dejaba asomar la nariz afilada.

—El señor Roque —dijo Frédéric.

—El mismo —respondió la voz.

El de Nogent justificó su presencia, contando que volvía de vigilar sus trampas para lobos, en su jardín, a orillas del agua.

—¿Y ya está usted de regreso en nuestro país? Muy bien. Lo he sabido por mi chiquilla. La salud siempre buena, ¿verdad? ¿Aún no se retira usted?

Y se marchó, mortificado, sin duda, por la acogida de Frédéric.

La señora Moreau no le trataba con afecto; el tío Roque vivía en concubinato con su criada, y era poco considerado, aunque fuese el gancho de las elecciones, el administrador del señor Dambreuse.

—¿El banquero vive en la calle Anjou? —preguntó Deslauriers—. ¿Sabes lo que deberías hacer, querido amigo?

Isidore los interrumpió de nuevo. Tenía orden de llevarse a Frédéric inmediatamente. La señora se inquietaba por su ausencia.

—Bien, bien, ya se va —dijo Deslauriers—; no se quedará sin acostarse. —Y, cuando el criado se marchó, añadió—: Deberías rogar a ese viejo que te introdujera en casa de los Dambreuse; nada es tan útil como frecuentar una casa rica. Puesto que tienes un frac negro y unos guantes blancos, aprovéchalos. Es preciso que vayas a esa sociedad; tú me llevarás luego a mí. ¡Un hombre millonario, piénsalo bien! Arréglate de modo que le agrades y también a su mujer. Sé su amante.

Frédéric protestaba.

—Pues te digo cosas clásicas, me parece. Recuerda a Rastignac en La comedia humana. Tú triunfarás; estoy seguro.

Frédéric tenía tal confianza en Deslauriers, que se sintió vencido, y olvidando a la señora Arnoux, o creyéndola en la predicción hecha respecto de la otra, no pudo impedir una sonrisa.

El pasante añadió:

—Último consejo: examínate. Un título siempre es bueno, y abandona resueltamente tus poetas católicos y satánicos, tan adelantados en filosofía como se estaba en el siglo doce. Tu desesperación es muy tonta. Personajes más importantes tuvieron en sus principios mayores dificultades, comenzando por Mirabeau. Además, nuestra separación no será tan larga. Yo haré vomitar al tramposo de mi padre. Ya es tiempo de que me vuelva. Adiós. ¿Tienes cinco francos para pagar mi comida?

Frédéric le dio diez, resto de la suma que por la mañana le entregó Isidore.

A veinte metros de los puentes, a la orilla izquierda, brillaba una luz en el

desván de una casa baja.

Deslauriers la vio y dijo enfáticamente, quitándose el sombrero:

—Venus, reina de los cielos, servidor. Pero la penuria es la madre de la prudencia. ¡Cuánto nos han calumniado por eso! ¡Misericordia!

Aquella alusión a una aventura común los puso alegres; reían muy alto por las calles.

Luego, pagado su gasto en la posada, Deslauriers acompañó a Frédéric hasta la encrucijada del hotel Dieu y, después de un prolongado abrazo, se separaron los dos amigos.

III

Dos meses más tarde, Frédéric, que llegó por la calle Coq-Héron, pensó inmediatamente en hacer su gran visita.

La casualidad le había servido. El tío Roque había ido a llevarle un rollo de papeles, rogándole que personalmente los entregara en casa del señor Dambreuse, y acompañaba el envío de una carta abierta, presentando a su joven compatriota.

La señora Moreau se mostró sorprendida de aquel paso, y Frédéric disimuló el placer que le causaba.

El señor Dambreuse era en realidad el conde de Ambreuse; pero desde 1825 abandonó poco a poco su nobleza y su partido y se encaminó a la industria; con el oído en todos los despachos, la mano en todas las empresas, al acecho de las buenas ocasiones, sutil como un griego y laborioso como un auvernés, había amasado una fortuna que se decía considerable; además, era oficial de la Legión de Honor, miembro del consejo general de Aube, diputado; algún día, par de Francia; complaciente, por otra parte, fatigaba al ministro con sus continuas peticiones de socorros, de cruces, estancos, y, en sus censuras al poder, se inclinaba al centro izquierda. Su mujer, la linda señora Dambreuse, que citaban los periódicos de modas, presidía las juntas de caridad. Acariciando a las duquesas, apaciguaba los rencores del noble barrio y hacía creer que el señor Dambreuse podría aún arrepentirse y prestar servicios.

El joven se hallaba confuso al ir a su casa.

«Mejor hubiera hecho poniéndome el frac. Me invitarán, indudablemente, al baile de la próxima semana. ¿Qué me dirán?».

Reconquistó el aplomo, pensando que el señor Dambreuse no era más que un burgués, y salió alegremente del coche a la acera de la calle Anjou.

Cuando empujó una de las puertas cocheras, atravesó el patio, subió la escalera y entró en un vestíbulo, cuyo piso era de mármol de color.

Un doble ramal recto, tapizado de rojo, con varillas de bronce, se apoyaba en las paredes de reluciente estuco. Había, al pie de los escalones, un plátano, cuyas anchas hojas caían sobre el terciopelo de la baranda. En dos candelabros de bronce colgaban, sujetos con cadenillas, globos de porcelana; los respiraderos de los caloríferos, abiertos, exhalaban una atmósfera pesada y se oía el tictac de un gran reloj colocado al otro extremo del vestíbulo, debajo de una panoplia.

Sonó un timbre y se presentó un criado, que introdujo a Frédéric en una pequeña habitación, donde había dos arcas con divisiones llenas de legajos. El señor Dambreuse escribía entre ambas sobre un buró de cilindro.

Recorrió la carta del tío Roque, abrió con su cortaplumas el lienzo que cubría los papeles y los examinó.

Desde lejos, y en razón de su corta estatura, podía parecer joven todavía, pero su escaso pelo blanco, sus miembros delicados y, sobre todo, la palidez extraordinaria de su rostro, acusaban un temperamento arruinado. Una energía cruel asomaba a sus ojos verdosos, más fríos que ojos de cristal.

Tenía los pómulos salientes y manos de nudosas articulaciones.

Por fin, se levantó y dirigió al joven algunas preguntas acerca de personas de su conocimiento, sobre Nogent, sobre sus estudios. Después le despidió, inclinándose.

Frédéric salió por otro corredor y se halló en el patio, cerca de las cocheras.

Un cupé azul, al que estaba enganchado un caballo negro, se veía parado delante de la escalera. La portezuela se abrió, subió una señora, y el coche, con sordo ruido, rodó por la arena.

Frédéric llegó al mismo tiempo que ella, por el otro lado, a la puerta cochera, y no siendo el espacio bastante ancho, tuvo que esperar. La joven, inclinada hacia fuera de la ventanilla, hablaba muy bajo al conserje. Frédéric no percibía más que su espalda, cubierta con una toca violeta. Sin embargo, se fijaba en el interior del carruaje, tapizado de reps azul con pasamanería y flecos de seda.

Los vestidos de la señora lo llenaban, y de aquella pequeña caja guateada se escapaba un perfume de iris y como una vaga sensación de elegancias femeninas. El cochero aflojó las riendas, el caballo rozó el guardarruedas

bruscamente y todo desapareció.

Frédéric se volvió a pie, siguiendo los bulevares, lamentándose de no haber podido distinguir a la señora Dambreuse.

Algo más allá de la calle Montmartre, el paso de carruajes, que le detuvo, le hizo volver la cabeza, y al lado opuesto, enfrente, leyó en una muestra de mármol: JACQUES ARNOUX.

¿Cómo no había pensado antes en ella? La culpa la tenía Deslauriers. Se adelantó hacia la tienda, pero no entró; esperaba a que ella apareciese.

Los grandes cristales transparentes ofrecían a la vista, por una hábil disposición, estatuas pequeñas, dibujos, grabados, catálogos, números de El Arte Industrial, y los precios de suscripción se leían repetidos sobre la puerta, adornada al centro con las iniciales del editor. Se veían en las paredes grandes cuadros, cuyo barniz brillaba, y allá, en el fondo, dos estantes cargados de porcelanas, bronces, curiosidades seductoras. Los separaba una escalerita, cerrada en lo alto por un portier de moqueta, y una araña de Sajonia antigua, un tapiz verde sobre el suelo, con una mesa de marquetería, daban a aquel interior más apariencia de salón que de tienda.

Frédéric hacía como que examinaba los dibujos, y después de infinitas vacilaciones, entró.

Un dependiente levantó el portier y contestó que el señor no estaría en el almacén hasta las cinco; pero si quería dejar recado...

—No; volveré —replicó suavemente Frédéric.

Empleó los siguientes días en buscarse alojamiento y se decidió por un cuarto en el piso segundo de un hotel de la calle Saint-Hyacinthe.

Llevando debajo del brazo un cartapacio enteramente nuevo, se dirigió a la apertura de los cursos. Trescientos jóvenes, descubiertos, llenaban un anfiteatro, donde un anciano con toga encarnada disertaba con voz monótona; las plumas arañaban el papel. Volvía a encontrar en aquella sala el olor polvoriento de las clases, una cátedra de forma semejante, el mismo tedio. Durante quince días siguió yendo; pero aún no estaban en el artículo tercero cuando ya había abandonado el Código civil y dejó la Instituta en la Summa diviso personarum.

Las alegrías que se prometía no llegaban, y cuando hubo agotado un gabinete de lectura, recorrió las colecciones del Louvre, y muchas veces fue al teatro, cayendo en una insondable ociosidad.

Mil cosas nuevas aumentaban su tristeza. Tenía necesidad de contar su ropa blanca y sufrir al conserje, zafio, con facha de enfermero, que venía por la mañana a arreglar su cama, oliendo a alcohol y gruñendo. Su cuarto,

adornado con un péndulo de alabastro, le desagradaba.

Los tabiques eran delgados y oía a los estudiantes hacer ponche, reír, cantar.

Cansado de aquella soledad, buscó a uno de sus antiguos camaradas, llamado Baptiste Martinon, y le descubrió en una modesta casa de la calle Saint-Jacques, quemándose las cejas sobre los Procedimientos, delante de un fuego de carbón de piedra.

Enfrente de él, una mujer con traje de indiana zurcía calcetines.

Martinon era lo que se llama un hombre guapo: grande, mofletudo, de fisonomía regular y ojos azules saltones. Su padre, un grueso labrador, le destinaba a la magistratura, y queriendo parecer ya serio, llevaba la barba arreglada en forma de collar.

Como los aburrimientos de Frédéric no tenían razonable motivo, y no podía argüir desgracia alguna, Martinon no comprendió nada de sus lamentaciones sobre la existencia. Él iba todos los días a la escuela, se paseaba luego por el Luxemburgo, tomaba por la noche su copa en el café, y con mil quinientos francos al año y el amor de aquella obrera se sentía perfectamente feliz.

«¡Qué dicha!», exclamó interiormente Frédéric.

Hizo en la escuela otra nueva amistad: el señor Cisy, hijo de buena familia y que parecía una señorita, en la elegancia de sus maneras.

El señor Cisy se ocupaba de dibujo, le gustaba el gótico. Muchas veces fueron a admirar juntos la Sainte Chapelle y Notre-Dame. Pero la distinción del joven patricio ocultaba una inteligencia de las más pobres. Todo le sorprendía, se reía mucho con la menor broma y manifestaba tan completa ingenuidad, que Frédéric le tomó al principio por un burlón y le consideró, finalmente, como un badulaque.

Las expansiones no eran, pues, posibles con nadie. Siempre estaba aguardando la invitación de los Dambreuse.

Por año nuevo les mandó tarjetas, pero no recibió ninguna de ellos.

Había vuelto al Arte Industrial.

Y entró una tercera vez y vio, por fin, a Arnoux, que discutía en medio de cinco o seis personas, y apenas contestó a su saludo, cosa que ofendió a Frédéric. No por esto buscó menos el modo de llegar hasta ella.

Al principio tuvo la idea de presentarse con frecuencia para comprar cuadros. Luego pensó deslizar en la caja del periódico algunos artículos muy fuertes, con lo que adquiriría relaciones. Quizá valdría más correr derecho

hacia el objetivo y declarar su amor. Entonces escribió una carta de doce páginas, llena de sentimientos líricos y de apóstrofes; pero la rompió y no hizo nada, no intentó nada, inmovilizado ante el temor de un fracaso.

Encima de la tienda de Arnoux había, en el primer piso, tres ventanas con luz todas las noches. Algunas sombras circulaban detrás; una, especialmente, era la suya; y se iba muy lejos para mirar aquellas ventanas y contemplar aquella sombra.

Una negra, que cruzó cierto día por las Tullerías, llevando una chiquilla de la mano, le recordó a la negra de la señora Arnoux. Esa debía de ir allí como las demás: cuantas veces atravesaba las Tullerías palpitaba su corazón, esperando encontrarla. Los días de sol continuaba su paseo hasta el extremo de los Campos Elíseos.

Mujeres negligentemente recostadas en sus calesas y cuyos velos flotaban al viento desfilaban delante de él, al paso de sus caballos, con un balanceo insensible, que hacía crujir las capotas charoladas. Los carruajes aumentaban, y yendo más despacio desde Rond-Point, ocupaban toda la vía. Las crines junto a las crines, los faroles junto a los faroles; los estribos de acero, las barbadadas de plata, las hebillas de bronce, despedían puntos luminosos entre los calzones cortos, los guantes blancos y las pieles que caían sobre los blasones de las portezuelas. Se sentía como perdido en un mundo lejano. Sus ojos erraban de una a otra cabeza femenina y vagas semejanzas traían a su memoria a la señora Arnoux. Se la figuraba en medio de los demás, en uno de aquellos pequeños cupés, parecidos al cupé de la señora Dambreuse. Pero el sol se ponía y el viento frío levantaba torbellinos de polvo. Los cocheros metían el mentón en sus cuellos levantados, las ruedas rodaban con mayor velocidad, el duro suelo de la carretera rechinaba y todos los carruajes bajaban al trote largo la gran avenida, rozándose, pasándose, apartándose unos de otros, para dispersarse luego en la plaza de la Concorde. Detrás de las Tullerías, el cielo se tornaba triste, pizarroso; los árboles del jardín formaban dos masas enormes, violadas en la copa. Los faroles de gas se encendían y el Sena, verdoso en toda su extensión, se desgarraba en aguas de plata contra los pilares de los puentes.

Iba a comer, mediante dos francos y quince céntimos por tarjeta, a un restaurante de la calle de la Harpe.

Miraba desdeñosamente el mostrador de caoba viejo, las servilletas manchadas, los cubiertos grasientos y los sombreros colgados en la pared. Los que le rodeaban eran, como él, estudiantes; hablaban de los profesores, de sus amantes. ¡Bastante le importaban los profesores! ¿Tenía él, acaso, amante? Para evitar sus alegrías, llegaba lo más tarde posible. Las mesas todas se veían cubiertas de los restos; los dos mozos, cansados, dormían en los rincones, y un

olor a cocina, de quinqué y de tabaco llenaba la desierta sala.

Después subía despacio las calles. Los reverberos se balanceaban, haciendo temblar sobre el lodo largos reflejos amarillentos. Sombras con paraguas se deslizaban por las aceras. El suelo estaba pegajoso, caía la bruma y le parecía que las húmedas tinieblas le envolvían, descendiendo indefinidamente en su corazón.

Los remordimientos le asaltaron y volvió a las clases; pero como no conocía nada de las materias dilucidadas, le parecían difíciles las cosas más sencillas.

Se puso a escribir una novela titulada *Silvio*, el hijo del pescador. Transcurría en Venecia. El héroe era él mismo; la heroína, la señora Arnoux, que se llamaba Antonia; y, para conseguirla, asesinaba a muchos caballeros, quemaba una parte de la ciudad y cantaba debajo de los balcones de ella, donde se movían con la brisa las cortinas de damasco encarnado del bulevar Montmartre. Las reminiscencias excesivas que advirtió le desanimaron; no fue más allá, y su ociosidad aumentó.

Entonces suplicó a Deslauriers que viniera a compartir con él su cuarto. Se arreglarían para vivir con sus dos mil francos de pensión; todo valía más que aquella existencia intolerable. Deslauriers no podía dejar aún Troyes; le animaba a que se distrajera y tratara a Sénécal.

Sénécal era un pasante de matemáticas, hombre de cabeza firme y convicciones republicanas; un futuro Saint-Just, decía Deslauriers. Frédéric había subido tres veces sus cinco pisos, sin que le devolviera ninguna visita, y no volvió más.

Quiso divertirse, fue a los bailes de la Ópera. Aquellas alegrías tumultuosas le helaban desde la puerta. Además, se contenía por el temor a una afrenta pecuniaria, imaginándose que una cena con un dominó suponía gastos considerables y era una gruesa aventura.

Le parecía, sin embargo, que debían amarle. Algunas veces se despertaba con el corazón lleno de esperanza, se vestía cuidadosamente, como para una cita, y daba por París paseos interminables. A cada mujer que iba delante de él, o que avanzaba hacia donde él estaba, se decía: «Esa es». Era, sí, una decepción nueva cada vez.

La idea de la señora Arnoux justificaba aquellas angustias. Quizá la encontraría en su camino, y soñaba para reunirse con ella complicaciones de la casualidad, peligros extraordinarios de los que la salvaría.

Así, los días transcurrían en la repetición de los mismos fastidios y costumbres contraídas. Hojeaba folletos bajo las arcadas del Odeón, iba a leer

la Revue des Deux Mondes al café, entraba en una sala del Colegio de Francia, escuchaba durante una hora una lección de chino o de economía política. Todas las semanas escribía largamente a Deslauriers, comía de cuando en cuando con Martinon, veía en ocasiones al señor Cisy.

Alquiló un piano y compuso valsos alemanes.

Una noche, en el teatro del Palacio Real, divisó en un palco de proscenio a Arnoux, cerca de una mujer. ¿Era ella? El abanico de tafetán verde, puesto sobre el borde de la baranda del palco, ocultaba su rostro. Por fin, el telón se levantó y bajó el abanico. Era una persona alta, de treinta años aproximadamente, estropeada, y cuyos gruesos labios descubrían, al reírse, espléndidos dientes. Hablaba familiarmente con Arnoux y le daba con el abanico golpecitos en los dedos. Luego, una joven rubia, con los párpados algo encarnados, como si acabara de llorar, se sentó entre ellos. Arnoux permaneció, desde entonces, medio inclinado sobre su hombro, hablándole y escuchándole ella sin contestar. Frédéric trataba de descubrir la condición de aquellas mujeres, modestamente vestidas, con trajes oscuros y cuellos bajos.

Al terminar el espectáculo se precipitó a los corredores, que llenaba la gente. Arnoux, delante de él, bajaba la escalera despacio, dando el brazo a las dos mujeres.

De repente, un farol de gas arrojó sobre él la luz; llevaba gasa en el sombrero; ¿habría, tal vez, muerto ella? Tal idea atormentó a Frédéric con tanta fuerza, que al día siguiente corrió al Arte Industrial, y pagando de prisa un grabado de los que se veían extendidos en el mostrador, preguntó al dependiente cómo estaba el señor Arnoux.

El dependiente contestó:

—Pues bien.

Frédéric añadió, palideciendo:

—¿Y la señora?

—La señora también.

Frédéric se olvidó de llevarse el grabado.

Acabó el invierno. Menos triste estuvo en la primavera; se preparó para los exámenes, y habiéndolos sufrido medianamente, se marchó enseguida a Nogent.

No fue a Troyes a ver a su amigo, para evitar los reproches de su madre.

Después, cuando volvió a la capital, dejó su alojamiento y tomó en el muelle Napoleón dos piezas, que amuebló.

La esperanza de una invitación de Dambreuse le había abandonado y su gran pasión hacia la señora Arnoux comenzaba a extinguirse.

IV

Una mañana del mes de diciembre, al dirigirse a la clase de Procedimientos, creyó observar, en la calle Saint-Jacques, mayor animación de la ordinaria. Los estudiantes salían precipitadamente de los cafés o se llamaban por las ventanas abiertas, de unas a otras casas; los tenderos, en medio de las aceras, miraban con aire inquieto; los postigos se cerraban, y cuando llegó a la calle Soufflot vio una gran reunión alrededor del Panteón.

Algunos jóvenes, en grupos desiguales de cinco a doce, se paseaban dándose el brazo y se juntaban con los grupos más numerosos, parados aquí y allá; en el fondo de la plaza, contra las rejas, paseaban hombres de blusa, mientras, el tricornio ladeado sobre la oreja y las manos a la espalda, los municipales andaban arrimados a las paredes, haciendo sonar en las baldosas sus gruesas botas. Todos tenían un aire misterioso, aturdido; algo se esperaba, evidentemente; cada cual contenía en la punta de la lengua una interrogación.

Frédéric se hallaba cerca de un joven rubio, de fisonomía agradable, que llevaba bigote y perilla, como un petimetre de tiempos de Luis XIII, al cual preguntó la causa del desorden.

—No sé nada —contestó el otro—; ni ellos tampoco. Esta es su moda presente. ¡Qué frase tan excelente! —Y soltó la risa.

Las peticiones para la reforma, que se hacían firmar a la guardia nacional, juntamente con el empadronamiento humano y otros sucesos más, producían en París, desde hacía seis meses, inexplicables tumultos, y hasta se renovaban con tanta frecuencia que los periódicos ya no hablaban de ellos.

—Esto carece de garbo y color —añadió el vecino de Frédéric—. Yo pienso, señor, que hemos degenerado. En la época de Luis Once, habla Benjamin Constant, había más espíritu levantisco entre los escolares. Los encuentro pacíficos como carneros, bestias como pepinos e idóneos para ser horteras, ¡vive Dios! Y esto es lo que llaman la juventud de las escuelas. —Y abrió los brazos como Frédéric Lemaître en Robert Macaire—. ¡Juventud de las escuelas, yo te bendigo!

Seguidamente apostrofó a un andrajoso que trasteaba con unas conchas de ostras en el guardacantón de una taberna:

—¿Formas tú parte de la juventud de las escuelas?

El viejo alzó su cara deforme, en que se distinguía, entre una barba gris, una nariz roja y dos ojos avinados y estúpidos.

—No. Tú me pareces más bien «uno de esos hombres de fisonomía patibularia que se ven en diversos grupos, sembrando el oro a manos llenas»... Siembra, patriarca, siembra. ¡Corrómpeme con los tesoros de Albión! Are you English? Yo no rechazo los regalos de Artajerjes. Hablemos un poco de la unión aduanera.

Frédéric sintió que alguien le tocaba en el hombro y se volvió. Era Martinon, prodigiosamente pálido.

—Y bien —dijo, lanzando un gran suspiro—, ¡un motín más!

Temía verse comprometido y se lamentaba. Los hombres de blusa, sobre todo, le inquietaban, como miembros de sociedades secretas.

—¿Es que hay sociedades secretas? —dijo el joven de los bigotes—. Esa es una historia antigua del gobierno para asustar a los burgueses.

Martinon le rogó que hablara un poco más bajo, por temor a la policía.

—¿Cree usted aún en la policía? Después de todo, ¿qué sabe usted, caballero, si no soy yo mismo un polizonte?

Y le miró de tal manera, que Martinon, muy conmovido, no comprendió la broma en un principio. La gente los empujaba, y los tres se habían visto obligados a subir la escalerilla que por un corredor conduce al nuevo anfiteatro.

Muy pronto, la misma muchedumbre se abrió; muchas cabezas se descubrían: saludaban al ilustre profesor Samuel Rondelot, que envuelto en un grueso levitón, levantando al aire sus gafas de plata y soplando por su asma, avanzaba con paso tranquilo, para dar su lección. Aquel hombre era una de las glorias jurídicas del siglo XIX, el rival de Zachariae, de los Rudorff. Su reciente dignidad de par de Francia en nada había modificado sus maneras. Se sabía que era pobre y un gran respeto le rodeaba. A todo esto, desde el fondo de la plaza, algunos gritaron:

—¡Abajo Guizot! ¡Abajo Pritchard! ¡Abajo los vendidos! ¡Abajo Luis Felipe!

La muchedumbre osciló, y estrechándose contra la puerta del patio, que estaba cerrada, impedía que el profesor avanzara. Se detuvo delante de la escalera; pronto se le vio en el último de los tres escalones. Habló; un murmullo cubrió su voz. Aunque hasta entonces le hubiesen amado, en aquel momento se le aborrecía, porque representaba la autoridad. Cada vez que intentaba hacerse oír, empezaban los gritos. Hizo un gesto acentuado para invitar a los estudiantes a que le siguieran; una vociferación universal le

contestó.

Se encogió de hombros desdeñosamente y entró en el corredor. Martinon se aprovechó del sitio para desaparecer al mismo tiempo.

—¡Qué cobarde! —dijo Frédéric.

—Es prudente —contestó el otro.

La muchedumbre rompió en aplausos. Aquella retirada del profesor se convertía en victoria para ellos. En todas las ventanas miraban curiosos; algunos entonaban La Marsellesa; otros proponían ir a casa de Béranger.

—¡A casa de Laffite! ¡A casa de Chateaubriand!

—¡A casa de Voltaire! —aulló el joven de los bigotes rubios.

Los municipales trataban de circular, diciendo lo más suavemente que podían:

—Márchense ustedes, señores; márchense, retírense ustedes.

Alguien gritó:

—¡Abajo los machacadores!

Era esta una injuria usual desde los disturbios del mes de septiembre. Todos la repitieron. Chistaban, silbaban a los guardias de orden público; empezaron a palidecer; uno de ellos no resistió más, y divisando a un jovencillo que se acercaba demasiado, riéndosele en las narices, le empujó con tal rudeza que le dejó caer cinco pasos más allá, de espaldas, delante de una taberna. Todos se apartaron; pero casi al mismo tiempo rodó a su vez, aplastado por una especie de Hércules, cuya cabellera, que parecía un paquete de estopas, se escapaba de una gorra de hule.

Detenido hacía algunos minutos en la esquina de la calle Saint-Jacques, había soltado de golpe una caja grande que llevaba para asaltar al municipal, al cual tenía tirado debajo, destrozando su cara a puñetazos. Los otros guardias acudieron, pero el terrible muchacho era tan fuerte que se necesitaron cuatro, por lo menos, para domarle.

Dos le sacudían por el cuello, otros dos le tiraban de los brazos, un quinto le daba con la rodilla golpes en los riñones y todos le llamaban bandido, asesino, revoltoso. El pecho desnudo y el traje hecho jirones, protestaba de su inocencia: no había podido ver con sangre fría que pegaran a un niño.

—Me llamo Dussardier, en casa de los señores Valinçart hermanos, encajes y novedades, calle Cléry. ¿Dónde está mi caja? ¡Quiero mi caja! —Y repetía —: Dussardier... calle Cléry. ¡Mi caja!

Se apaciguó, sin embargo, y estoicamente se dejó conducir hacia el punto

de la calle Descartes. Una oleada de gente le siguió. Frédéric y el joven de los bigotes marchaban inmediatamente detrás, llenos de admiración hacia el dependiente y de indignación contra la violencia del poder.

A medida que avanzaban, la gente iba aclarando. Los municipales, de cuando en cuando, se volvían con aire feroz, y los ruidosos, que ya nada tenían que hacer, nada que ver los curiosos, todos desaparecían poco a poco. Algunos transeúntes que se cruzaban con ellos miraban a Dussardier y se entregaban en voz alta a comentarios ultrajantes. Una vieja, en su puerta, hasta gritaba que había robado un pan; aquella injusticia aumentó la irritación de los dos amigos.

Por fin llegaron al cuerpo de guardia; ya no quedaban más que una veintena de personas, a quienes bastó la vista de los soldados para dispersarse.

Frédéric y su camarada reclamaron con gran valentía al que acababan de encerrar en la prisión. El centinela los amenazó diciéndoles que, si insistían, los metería en prisión también a ellos. Preguntaron por el jefe del puesto y dieron su nombre, con su condición de estudiantes de derecho, afirmando que el prisionero era su condiscípulo.

Los hicieron entrar en una pieza completamente desnuda, en la que había cuatro bancos contra las paredes de yeso ahumadas. En el fondo se abría la ventanilla. Entonces apareció la robusta fisonomía de Dussardier, que, en el desarreglo de su pelo, con sus ojos pequeños y francos y su nariz cuadrada por la punta, recordaba confusamente la figura de un buen perro.

—¿No nos reconoces? —dijo Hussonnet. Este era el nombre del joven de los bigotes.

—Pero... —balbució Dussardier.

—No te hagas más el tonto —replicó el otro—; saben que eres, como nosotros, alumno de derecho.

A pesar de sus guiños, Dussardier nada adivinaba. Pareció reflexionar y preguntó de repente:

—¿Han encontrado mi caja?

—¡Ah! ¿La caja donde metes los apuntes del curso? Sí, sí, tranquilízate.

Y repetían sus pantomimas. Dussardier comprendió, por fin, que venían para servirle y se calló, temiendo comprometerlos. Además, sentía una especie de vergüenza, viéndose elevado al rango social de estudiante y al igual de aquellos jóvenes que tenían unas manos tan blancas.

—¿Quieres que se diga algo a alguien? —preguntó Frédéric.

—No, gracias; a nadie.

—Pero ¿tu familia?

Bajó él su cabeza sin responder; el pobre muchacho era bastardo.

Los dos amigos se admiraban de su silencio.

—¿Tienes con qué fumar? —replicó Frédéric.

Él se tocó y sacó del fondo de su bolsillo los restos de una pipa, una hermosa pipa de espuma de mar, con un cañón de madera negra, tapa de plata y boquilla de ámbar.

Hacía tres años que trabajaba para hacer de ella una obra maestra; había tenido cuidado de tener el recipiente constantemente metido en una gamuza, de fumar lo más despacio posible en ella, sin ponerla jamás sobre mármol, y colgándola todas las noches a la cabecera de su cama. Ahora sacudía sus pedazos en la mano, cuyas uñas sangraban, y con el mentón sobre el pecho, fijas las pupilas, con la boca abierta, contemplaba aquellas ruinas de su alegría con mirada de indecible tristeza.

—Si le diéramos cigarros, ¿eh? —dijo muy bajo Hussonnet, haciendo ademán de buscarlos.

Frédéric había ya colocado al borde del ventanillo su petaca llena.

—Toma. ¡Adiós, buena suerte!

Dussardier se arrojó sobre las dos manos que le tendían; las estrechó frenéticamente, con la voz mezclada de sollozos.

—¡Cómo...! ¿A mí... a mí?

Los dos amigos escaparon a su gratitud, salieron y fueron a almorzar juntos al café Tabourey, delante del Luxemburgo.

Mientras cortaban el bistec, Hussonnet contó a su compañero que trabajaba en periódicos de modas y fabricaba reclamos para el Arte Industrial.

—Casa de Jacques Arnoux —dijo Frédéric.

—¿Le conoce usted?

—Sí... no... Es decir, le he visto, le he conocido.

Y preguntó negligentemente a Hussonnet si veía alguna vez a su mujer.

—De cuando en cuando —respondió el bohemio.

Frédéric no se atrevió a seguir preguntando; aquel hombre acababa de tomar un lugar desmesurado en su vida; pagó la cuenta del almuerzo, sin que por parte del otro hubiese protesta alguna. La simpatía era mutua; cambiaron sus señas, y Hussonnet le instó cordialmente a acompañarle hasta la calle

Fleurus.

Se hallaban en el centro del jardín cuando el empleado de Arnoux, conteniendo su aliento, dio a su cara un gesto abominable y se puso a hacer el gallo. Entonces, todos los gallos que había en los alrededores le respondieron con quiquiriquíes prolongados.

—Es una señal —dijo Hussonnet.

Se detuvieron cerca del teatro Bobino, delante de una casa a la que se entraba por una alameda. En el ventanuco del granero, entre capuchinas y guisantes de olor, se presentó una mujer joven, con la cabeza descubierta, en corsé y apoyando ambos brazos contra el borde del canalón.

—Buenos días, ángel mío; buenos días —dijo Hussonnet, enviándole besos.

Abrió la verja de madera de un puntapié y entró.

Frédéric le esperó toda la semana, sin atreverse a ir a su casa, por no parecer impaciente de que le devolviera el almuerzo; pero le buscó por todo el Barrio Latino. Le encontró una noche y le llevó a su cuarto del muelle Napoleón.

La conversación fue larga y expansiva. Hussonnet ambicionaba la gloria y los beneficios del teatro. Colaboraba en zarzuelas no admitidas, tenía muchos planes, hacía canciones, de las cuales cantó algunas. Después, viendo en el estante un volumen de Hugo y otro de Lamartine, se explayó en sarcasmos contra la escuela romántica. Aquellos poetas carecían de buen sentido y de corrección y no eran franceses, sobre todo. Él se vanagloriaba de saber idiomas y escogía las frases más bellas con aquella serenidad indigesta, aquel gusto académico que distingue a las personas de humor retozón cuando tratan de arte serio.

Frédéric se sintió mortificado en sus predilecciones; tenía deseos de gritar. ¿Por qué no arriesgar inmediatamente la palabra de que dependía su felicidad? Y preguntó al joven literato si podía presentarle en la casa de Arnoux.

La cosa era fácil, y se citaron para el día siguiente.

Hussonnet faltó a la cita y a otras tres más. Un sábado, hacia las cuatro, compareció; pero, aprovechándose del coche, se detuvo primero en el Teatro Francés para recoger un billete de palco; bajó a casa de un sastre, a casa de una costurera; escribió cartas en las porterías. Por fin llegaron al bulevar Montmartre. Frédéric atravesó la tienda y subió la escalera. Arnoux le reconoció en el espejo colocado delante de su escritorio, y sin dejar de escribir le alargó la mano por encima del hombro.

Cinco o seis personas, en pie, llenaban la estrecha habitación, a la que daba

luz una sola ventana que abría al patio; un canapé de damasco de lana oscura ocupaba el fondo del interior de una alcoba, entre dos reposteros de tela parecida. Sobre la chimenea, cubierta de legajos, había una Venus de bronce y dos candelabros con bujías de color rosa, paralelamente, a los lados. A la derecha, cerca de un armario de papeles, leía el periódico un hombre sentado en una butaca, con el sombrero puesto. Las paredes no se veían con las estampas y los cuadros, preciosos grabados o bocetos de maestros contemporáneos, con dedicatorias que demostraban el más sincero afecto hacia Jacques Arnoux.

—¿Sigue usted bien? —dijo, volviéndose a Frédéric, y sin esperar su respuesta, preguntó en voz baja a Hussonnet—: ¿Cómo se llama su amigo? — Y añadió en voz alta—: Tomen ustedes un cigarro de la caja que está en el armario.

El Arte Industrial, situado en un punto céntrico de París, era un lugar cómodo de cita, terreno neutral en que se codeaban familiarmente las rivalidades.

Aquel día estaban allí Anténor Braive, el retratista de los reyes; Jules Burrieu, que empezaba a popularizar con sus dibujos las guerras de Argelia; el caricaturista Sombaz, el escultor Vourdat, otros más, y ninguno correspondía a los prejuicios del estudiante. Sus maneras eran sencillas; sus conversaciones, libres. El místico Lovarias refirió un cuento obsceno, y el inventor del paisaje oriental, el famoso Dittmer, llevaba una camisola de punto debajo del chaleco y tomó el ómnibus al irse.

Primero se habló de una tal Apollonie, exmodelo, que Burrieu pretendía haber visto en el bulevar, en un coche dau mont. Hussonnet explicó la metamorfosis por la serie de sus protectores.

—¡Cómo conoce este pícaro a las chicas de París! —dijo Arnoux.

—Después de usted, si quedan, señor —replicó el bohemio, con un saludo militar para imitar al granadero que ofreció su cantimplora a Napoleón.

Luego se discutieron algunos lienzos para los cuales había servido la cabeza de Apollonie; se criticó a los colegas ausentes; se admiraban de los precios de sus obras y todos se lamentaban de no ganar bastante, cuando entró un hombre de estatura mediana, abrochado con un solo botón, los ojos vivos, el aire un tanto alocado.

—¡Valiente montón de burgueses están hechos ustedes! —dijo—. ¿Qué importará nada de eso? Los antiguos que confeccionaban obras maestras no se preocupaban del millón. Correggio, Murillo...

—Añadan ustedes a Pellerin —dijo Sombaz.

Pero, sin recoger el epigrama, continuó discurriendo con tanta vehemencia, que Arnoux se vio obligado a repetirle por dos veces:

—Mi mujer le necesita a usted el jueves. No lo olvide.

Aquella frase llevó el pensamiento de Frédéric a la señora Arnoux. Indudablemente se entraba en sus habitaciones por el gabinete del diván. Arnoux, para tomar un pañuelo, acababa de abrirlo, y Frédéric vio en el fondo un lavabo. Pero una especie de gruñido salió del rincón de la chimenea: era el personaje que leía su periódico en la butaca. Tenía cinco pies y nueve pulgadas, con los párpados algo caídos, el pelo gris, el aire majestuoso, y se llamaba Regimbart.

—¿Qué es eso, ciudadano? —dijo Arnoux.

—Una canallada más del gobierno.

Se trataba de la destitución de un maestro de escuela; Pellerin volvió a su paralelo entre Miguel Ángel y Shakespeare.

Dittmer se marchó. Arnoux le detuvo para ponerle en la mano dos billetes de banco. Entonces, Hussonnet, creyendo el momento favorable, dijo:

—¿No podrá usted adelantarme, mi querido principal...?

Pero Arnoux había vuelto a sentarse y cuchicheaba con un viejo de aspecto sórdido y gafas azules.

—¡Ah!, tiene usted gracia, padre Isaac. Llevamos tres obras desacreditadas, perdidas. Todo el mundo se fija; ya las conoce. ¿Qué quiere usted que le haga? Será preciso que las envíe a California... al diablo. Calle usted.

La especialidad de aquel buen hombre consistía en poner debajo de aquellos cuadros firmas de maestros antiguos. Arnoux rehusaba pagarle, y le despidió brutalmente. Después, cambiando de maneras, saludó a un caballero condecorado, retirado, con patillas y corbata blanca.

El codo sobre la falleba de la ventana, le habló mucho tiempo, con aire meloso; por fin, exclamó:

—No me apura el no tener corredores, señor conde.

El caballero se resignó; Arnoux le pagó veinticinco luisas, y cuando se fue, dijo:

—¡Qué pesados son estos grandes señores!

—Todos miserables —murmuró Regimbart.

A medida que la hora avanzaba, redoblaban las ocupaciones de Arnoux:

clasificaba los artículos, abría las cartas, alineaba las cuentas; al ruido del martillo, en el almacén, salía para vigilar los embalajes, después volvía a su tarea, y sin dejar de correr la pluma por el papel, alternaba en las bromas. A la noche debía cenar en casa de su abogado y al día siguiente se marchaba a Bélgica.

Los cuatro hablaban de las cosas del día: el retrato de Cherubini, el homicidio de las Bellas Artes, la próxima Exposición. Pellerin declamaba violentamente contra el instituto. Los chismes, las discusiones le cansaban, y la habitación, baja de techo, estaba tan llena, que nadie podía moverse, y la luz de las bujías de color rosa pasaba por el humo de los cigarros como rayos de sol por la bruma.

La puerta que estaba al lado del diván se abrió y una mujer alta y delgada entró, con gestos bruscos, que hacían sonar sobre su vestido, de tafetán negro, todos los dijes de su reloj.

Aquella era la mujer que Frédéric había visto el último verano en el Palacio Real. Algunos la llamaban por su nombre y estrecharon su mano. Hussonnet arrancó, por fin, unos cincuenta francos. El reloj dio las siete: todos se retiraron.

Arnoux le dijo a Pellerin que se quedara, y llevó a la señorita Vatnaz al gabinete.

Frédéric no oyó sus palabras, porque cuchicheaban. Sin embargo, la voz femenina se alzó:

—Desde hace seis meses el negocio está hecho, y yo espero siempre.

Hubo un prolongado silencio y la señorita Vatnaz reapareció. Arnoux le había prometido algo nuevamente.

—¡Oh! Más adelante, veremos.

—Adiós, hombre feliz —dijo ella, yéndose.

Arnoux volvió al gabinete rápidamente, dio cosmético a sus bigotes, estiró sus tirantes para arreglar las trabillas y, lavándose las manos, dijo:

—Necesitaría dos sobrepuestas, a doscientas cincuenta la pieza, género Boucher. ¿Convenido?

—Sea —dijo el artista, ruborizándose.

—Bueno, y no se olvide usted de mi mujer.

Frédéric acompañó a Pellerin y le pidió permiso para ir a verle alguna vez, favor concedido amablemente.

Pellerin leía todas las obras de estética para descubrir la verdadera teoría

de lo bello, convencido, cuando lo hubiera encontrado, de que haría obras maestras. Se rodeaba de todos los auxiliares imaginables, dibujos, yesos, modelos, grabados, y buscaba, se mordía, acusaba al tiempo, a sus nervios, a su taller, salía a la calle para encontrar inspiración, se estremecía de haberla cogido; luego abandonaba su obra y soñaba otra vez que podía ser más bella. Atormentado así por ansias de gloria y perdiendo sus días en discusiones, creyendo en mil necedades, en los sistemas, en los críticos, en la importancia de un reglamento o de una reforma en materia de arte, él no había, a los cincuenta años, producido más que bocetos. Su fuerte orgullo le impedía sufrir desaliento alguno, pero se hallaba siempre irritado y en aquella exaltación, a la vez ficticia y natural, que es el fondo de los cínicos.

Se veían, al entrar en su casa, dos grandes cuadros, cuyos primeros tonos, acá y allá, daban al lienzo manchones oscuros, rojos y azules. Una red de líneas de yeso se extendía por encima, como las mallas, veinte veces atadas, de una red de pescar; era hasta imposible comprender nada de aquello. Pellerin explicó el asunto de las dos composiciones, indicando con el pulgar las partes que faltaban. La una debía representar La demencia de Nabucodonosor; la otra, El incendio de Roma por Nerón. Frédéric las admiró.

Y admiró figuras desnudas de mujeres desmelenadas; paisajes en que los troncos de árboles torcidos por la tempestad abundaban, y, sobre todo, caprichos de pluma, recuerdos de Callot, de Rembrandt o de Goya, cuyos modelos no conocía. Pellerin no estimaba ya aquellos trabajos de su juventud; ahora estaba por el gran estilo; dogmatizó sobre Fidias y Winckelmann elocuentemente.

Las cosas a su alrededor reforzaban la potencia de su palabra; se veían una cabeza de muerto sobre un reclinatorio, yataganes, un hábito de monje, que Frédéric se puso.

Cuando llegaba temprano le sorprendía en su deplorable cama de campaña, que ocultaba un pedazo de tapicería; porque Pellerin se acostaba tarde por frecuentar con asiduidad los teatros. Le servía una vieja guiñaposa, comía en un bodegón y vivía sin amantes. Sus conocimientos, recogidos de cualquier modo, hacían divertidas sus paradojas. Su odio contra lo ordinario y lo burgués se desbordaba en sarcasmos de un lirismo soberbio, y tenía por los maestros tal religión, que les profesaba un fervor trascendente.

Pero ¿por qué no hablaba jamás de la señora Arnoux? En cuanto a su marido, unas veces le llamaba buen muchacho; otras, charlatán. Frédéric esperaba sus confidencias.

Un día, ojeando uno de sus dibujos, encontró en el retrato de una bohemia algo de la señorita Vatnaz, y como aquella persona le interesaba, quiso conocer su posición. Había sido, creía Pellerin, primero, institutriz en provincias; ahora

daba lecciones y procuraba escribir en los periodiquillos.

A juzgar por sus maneras con Arnoux, podía, según Frédéric, sospecharse que era su amante.

—¡Bah!, tiene otras.

Entonces, el joven, volviendo la cara, encendida por la vergüenza ante la infamia de su pensamiento, añadió con aire ligero:

—Su mujer le pagará sin duda con la misma moneda.

—De ningún modo; es honrada.

Frédéric tuvo remordimientos y se mostró más asiduo lector del periódico.

Las letras grandes que componían el nombre de Arnoux en la plancha de mármol de la puerta de la tienda le parecían singularísimas y llenas de significaciones, como escritura sagrada. La amplia acera pendiente facilitaba su paso, la puerta giraba casi por sí misma y el pestillo, suave al tacto, tenía la dulzura y como la inteligencia de una mano en la suya. Insensiblemente se hizo tan puntual como Regimbart. Este, todos los días, se sentaba junto al fuego, en su butaca, se cogía *El Nacional*, no lo dejaba ya, y expresaba su pensamiento por exclamaciones o, sencillamente, encogiéndose de hombros. De cuando en cuando, se enjugaba la frente, con un pañuelo de bolsillo hecho una morcilla, que llevaba sobre el pecho, entre dos botones de su levitón verde; su pantalón era de pliegues, sus zapatos abotinados, su corbata larga, y su sombrero de alas abarquilladas le daba a conocer desde lejos, entre la multitud.

A las ocho de la mañana, bajaba de las alturas de Montmartre para tomar el vino blanco en la calle *Notre-Dame-des-Victoires*. Su almuerzo, seguido de muchas partidas de billar, duraba hasta las tres; entonces se dirigía hacia el pasaje de los *Panorames* para el ajénjo. Después de la sesión en casa de Arnoux, entraba en el cafetín *Bordelés*, para el vermut; luego, en vez de reunirse con su mujer, prefería cenar solo, a menudo en otro cafetín de la plaza *Gaillon*, donde quería que le sirviesen «platos caseros, cosas naturales». Por fin, se trasladaba a otro billar, y allí permanecía hasta medianoche, hasta la una, hasta el momento en que, apagado el gas y cerradas las ventanas, el dueño del establecimiento, extenuado, le suplicaba que se fuese.

Y no era la afición a las bebidas lo que llevaba a aquellos sitios al ciudadano Regimbart, sino la costumbre antigua de hablar en ellos de política; con la edad, había menguado su verbosidad, y solo le quedaba una morosidad silenciosa. Se habría dicho, al ver la seriedad de su rostro, que el mundo rodaba por su cabeza; nada salía de ella, y nadie, ni siquiera sus amigos, le conocían ocupaciones, aunque se diera por hombre de negocios.

Arnoux parecía estimarle extraordinariamente, y le dijo un día a Frédéric:

—Ese sabe mucho. Es un hombre que vale.

En otra ocasión, Regimbart extendió sobre un pupitre papeles concernientes a las minas de caolín en Bretaña; Arnoux se sometía a su experiencia.

Frédéric se mostró más ceremonioso hacia Regimbart, hasta ofrecerle ajeno de cuando en cuando; y aunque le juzgase estúpido, con frecuencia permanecía en su compañía durante una hora larga, únicamente porque era el amigo de Jacques Arnoux.

Después de haber trabajado en sus inicios con maestros contemporáneos, el comerciante de cuadros, hombre de progreso, había procurado, conservando sus aires artísticos, extender sus provechos pecuniarios. Buscaba la emancipación de las artes, lo sublime a poco precio. Todas las industrias del lujo parisiense sufrieron su influjo, que fue bueno para las cosas pequeñas y funesto para las grandes. Con su rabia de adular la opinión, separó de su camino a los artistas hábiles y corrompió a los fuertes, agotó a los débiles e ilustró a los medianos, disponiendo de ellos por sus relaciones y por su revista. Los principiantes ambicionaban ver sus obras en su vitrina, y los tapiceros tomaban de su casa modelos para mobiliarios. Frédéric le consideraba a la vez como millonario, como «aficionado», como hombre de acción. Muchas veces, sin embargo, le sorprendía, porque el señor Arnoux era malicioso en su comercio.

Recibía del fondo de Alemania o de Italia un lienzo comprado en París por mil quinientos francos, y exhibiendo una factura que subía a cuatro mil, lo revendía en tres mil quinientos por complacencia. Una de sus tretas ordinarias con los pintores era exigir como alboroque una reducción del cuadro; bajo pretexto de publicar el grabado, vendía siempre la reducción, y el grabado jamás aparecía. A los que se le quejaban por ser explotados, contestaba con un golpecito en el abdomen. Por otra parte, prodigaba generoso los cigarros, tuteaba a los desconocidos, se entusiasmaba por una obra o por sus hombres, y obstinándose entonces, no mirando a nada, multiplicaba los pasos, las correspondencias, los reclamos. Se creía muy honrado, y solo en su necesidad de expansión contaba cándidamente sus propias faltas de delicadeza.

Una vez, para vejar a un colega que inauguraba otro periódico de pintura con un gran festín, rogó a Frédéric que escribiera a su vista, un poco antes de la hora de la cita, cartas en que se desconvidaba a los convidados.

—Esto no ataca el honor, ¿comprende usted?

Y el joven no se atrevió a rehusarle aquel servicio.

Al día siguiente, al entrar con Hussonnet en su escritorio, Frédéric vio por la puerta (la que se abría a la escalera) el bajo de un vestido que escapaba.

—Mil perdones —dijo Hussonnet—. Si yo hubiera sabido que había aquí mujeres...

—¡Oh! Esta vez era la mía —contestó Arnoux—. Subía a hacerme una visitita al pasar.

—¿Cómo? —preguntó Frédéric.

—Pues sí, que se va a casa.

El encanto de los enseres se rompió en el acto. Lo que había allí confusamente esparcido, acababa de desvanecerse, o, por mejor decir, nunca había estado allí; experimentaba una sorpresa infinita y como el dolor de una traición.

Arnoux, revolviendo en su cajón, se sonreía.

¿Se burlaba de él?

El dependiente depositó sobre la mesa un rollo de papeles húmedos.

—¡Ah, los anuncios! —exclamó el comerciante—. No sé a qué hora cenaré esta noche.

Regimbart cogió su sombrero.

—¡Cómo! ¿Me deja usted?

—Son las siete —dijo Regimbart.

Frédéric le siguió.

En la esquina de la calle Montmartre se volvió; miró las ventanas del primer piso y se rio interior y compasivamente de sí mismo, recordando con qué amor las había contemplado muchas veces.

¿Dónde vivirá ella entonces?

¿Cómo encontrarla ahora?

Alrededor de sus deseos, la soledad se hacía más inmensa que nunca.

—¿Viene usted a tomarlo? —dijo Regimbart.

—Tomar ¿qué?

—El ajenjo.

Y cediendo a sus ruegos, Frédéric se dejó llevar al cafetín Bordelés. Mientras su compañero, apoyado en el codo, miraba la garrafa, se fijaba él a derecha e izquierda; pero vio el perfil de Pellerin en la acera, tocó con fuerza

en los cristales, y apenas se sentó el pintor cuando Regimbart le preguntaba por qué no iba ya al Arte Industrial.

—¡Que reviente si vuelvo por allí! Es un bruto, un burgués, un miserable, un pillo.

Aquellas injurias lisonjeaban la cólera de Frédéric; pero con todo le ofendían, pareciéndole que algo tocaba en ellas a la señora Arnoux.

—¿Qué es lo que le ha hecho a usted? —dijo Regimbart.

Pellerin pegaba con el pie en el suelo y soplabá con fuerza, en vez de contestar.

Se entregaba a trabajos clandestinos, tales como retratos a dos lápices o imitaciones de grandes maestros para los aficionados poco inteligentes; y como aquellos trabajos le humillaban, prefería callarse, generalmente; pero la avaricia de Arnoux le exasperaba demasiado, y se desahogó.

Según un encargo, que Frédéric había presenciado, le había llevado dos cuadros. El comerciante entonces se había permitido criticarlos, censurando la composición, el color y el dibujo; el dibujo sobre todo; en resumen, que no los quiso a ningún precio. Pero obligado por el vencimiento de un pagaré, Pellerin los cedió al judío Isaac, y quince días más tarde el mismo Arnoux los vendía a un español por dos mil francos.

—Ni un céntimo menos. ¡Qué canallada! Y ha hecho bastantes más. ¡Vive Dios! Hemos de verle cualquier día en los tribunales.

—¡Cómo exagera usted! —dijo tímidamente Frédéric.

—Vamos, bueno, exagero —gritó el artista, dando sobre la mesa un gran puñetazo.

Aquella violencia devolvió al joven todo su aplomo.

—No cabe ninguna duda de que podía conducirse con más amabilidad; sin embargo, si Arnoux encontraba aquellos dos lienzos...

—¿Malos...? Suelte usted la frase. ¿Los conoce usted? ¿Es su oficio? Pues sepa usted, jovencito, que yo no admito eso de aficionados.

—Esos no son negocios míos —dijo Frédéric.

—¿Qué interés tiene usted entonces para defenderle? —contestó Pellerin fríamente.

El joven balbució:

—Pues porque soy amigo suyo.

—Abrácele usted en mi nombre. Buenas noches.

Y el pintor salió furioso, sin hacer mención, claro está, de lo que había consumido.

Frédéric se convenció a sí mismo al defender a Arnoux. En el calor de su elocuencia, se sintió lleno de ternura hacia aquel hombre inteligente y bueno, a quien sus amigos calumniaban, y que al presente trabajaba completamente solo, abandonado; y no resistió a la singular necesidad de volverle a ver inmediatamente.

Diez minutos después empujaba la puerta del almacén.

Arnoux elaboraba, con su dependiente, esbozos de anuncios para una exposición de cuadros.

—¡Hombre! ¿Qué le trae a usted de nuevo?

Aquella sencilla pregunta turbó a Frédéric, y no sabiendo qué responder, preguntó a su vez si no habían encontrado por casualidad su libro de notas, pequeñito, de cuero azul.

—¿En el que mete usted las cartas de las mujeres? —dijo Arnoux.

Frédéric, ruborizándose como una virgen, se defendió de semejante sospecha.

—¿Los versos, entonces? —replicó el comerciante.

Manejaba las pruebas extendidas, discutía su forma, el color, la orla, y Frédéric se sentía más y más irritado por su aire de meditación y, sobre todo, por sus manos, que andaban por encima de los anuncios, grandes manos, un poco blandas, de uñas chatas. Por fin, Arnoux se levantó, y diciendo «Se acabó» le pasó la mano por el mentón familiarmente.

Aquella libertad desagradó a Frédéric, que se hizo atrás; después atravesó el umbral de la oficina, por última vez en su vida, según creía.

La señora Arnoux misma aparecía a sus ojos como empequeñecida por la vulgaridad de su marido.

En aquella misma semana recibió una carta de Deslauriers, anunciándole que llegaría a París el próximo jueves. Entonces se entregó vehementemente a aquel afecto más sólido y más elevado. Semejante hombre valía por todas las mujeres. Ya no tendría necesidad de Regimbart, de Pellerin, de Hussonnet, de nadie.

Para alojar mejor a su amigo, compró una cama de hierro, una butaca más, y desplegó la litera, y el jueves por la mañana se estaba vistiendo para ir a buscar a Deslauriers, cuando sonó la campanilla de su puerta; entró Arnoux.

—Una palabra solamente. Ayer me enviaron de Ginebra una hermosa

trucha; contamos con usted luego, a las siete en punto; calle Choiseul, veinticuatro, bis, no se olvide usted.

Frédéric tuvo que sentarse; sus rodillas se doblaban, y se repetía:

—¡Por fin, por fin!

Después escribió a su sastre, su sombrerero y su zapatero, haciendo que llevaran las tres cartas tres mensajeros diferentes.

La llave dio vuelta en la cerradura, y se presentó el conserje con una maleta al hombro.

Frédéric, al ver a Deslauriers, se puso a temblar como una mujer adúltera ante la mirada de su esposo.

—¿Qué es lo que te pasa? —dijo Deslauriers—. Debes de haber recibido, sin embargo, una carta mía.

Frédéric no tuvo valor para mentir. Abrió los brazos y se abrazó a su amigo. Enseguida, el pasante contó su historia.

Su padre no había querido rendir cuentas de su tutela, imaginándose que aquellas cuentas prescribían a los diez años. Pero fuerte en procedimientos, Deslauriers había, por fin, arrancado toda la herencia de su madre, siete mil francos netos, que llevaba encima en una cartera vieja.

—Esa es una reserva para caso de desgracia; es preciso que piense en colocarlo y en colocarme yo mismo, desde mañana por la mañana. Hoy, vacaciones completas, y todo tuyo, amigo mío.

—¡Oh, no te molestes! —dijo Frédéric—. Si tienes para esta noche algo importante...

—Vamos; sería yo un gran miserable...

Aquel epíteto, lanzado al azar, dio a Frédéric en el fondo de su corazón, como una alusión ultrajante.

El conserje había preparado la mesa, cerca del fuego: chuletas, galantina, una langosta, postre y dos botellas de vino de Burdeos.

Tan buena acogida conmovió a Deslauriers.

—Me tratas como un rey, palabra de honor.

Hablaron de su pasado, del porvenir, y de cuando en cuando se estrechaban las manos por encima de la mesa, mirándose un minuto con ternura. Pero un mensajero trajo un sombrero nuevo. Deslauriers observó en voz alta su brillantez.

Después vino el sastre mismo a traer el frac que había planchado.

—Parece que vas a casarte —dijo Deslauriers.

Una hora más tarde surgió un tercer individuo, y sacó de un saco grande, negro, un par de botas de charol, espléndidas. Mientras que Frédéric se las probaba, el zapatero se fijaba únicamente en el calzado del provinciano.

—El señor ¿no necesita nada?

—Gracias —contestó el pasante, metiendo debajo de la silla sus zapatos viejos de cordones.

Aquella humillación mortificó a Frédéric. Vacilaba en confesar, mas, por fin, exclamó, como recordando algo:

—¡Ah, se me olvidaba!

—¿El qué?

—Que esta noche cenó fuera.

—¿En casa de los Dambreuse? ¿Por qué no me hablabas nunca de ellos en tus cartas?

—No es en casa de los Dambreuse, sino en casa de los Arnoux.

—Debías habérmelo advertido —dijo Deslauriers— y hubiera venido un día después.

—Imposible —contestó bruscamente Frédéric—. No me han invitado hasta esta mañana, hace poco.

Para redimir su falta y distraer de ella a su amigo, desató los cordeles enmarañados de su maleta y arregló en la cómoda todos sus efectos; hasta quiso darle su propia cama y acostarse en la leñera.

Después, desde las cuatro, empezó los preparativos para vestirse.

—Tienes mucho tiempo —dijo el otro.

Por fin se vistió y se fue.

«Estos son los ricos», pensó Deslauriers, y salió a cenar a un modesto restaurante que conocía.

Frédéric se detuvo muchas veces en la escalera; tan fuertemente palpitaba su corazón. Uno de sus guantes, demasiado estrecho, estalló; y mientras ocultaba el desgarrón con el puño de la camisa, Arnoux, que subía detrás, le cogió por el brazo y le hizo entrar.

La antesala, decorada a lo chino, tenía un farol pintado en el techo y bambúes en los rincones.

Al entrar en el salón, Frédéric tropezó con una piel de tigre; no habían

encendido los candelabros, pero dos lámparas ardían en el gabinete al fondo.

La señorita Marthe vino a decir que su mamá se estaba vistiendo, y Arnoux la levantó a la altura de su boca para besarla; luego, queriendo escoger por sí mismo en la bodega ciertas botellas de vino, dejó a Frédéric con la niña.

Había crecido mucho desde el viaje de Montereau. Sus cabellos oscuros caían en tirabuzones. Su traje, más hueco que una falda de bailarina, dejaba ver sus pantorrillas color de rosa, y toda su gentil persona parecía fresca como un ramo de flores. Recibió los cumplidos del caballero con aires de coqueta, fijó en él sus profundos ojos, y después, deslizándose entre los muebles, desapareció como un gato.

Ya no tenía la menor turbación. Los globos de las lámparas, cubiertos con un encaje de papel, despedían una tenue claridad, que cambiaba el color de las paredes, raso malva. A través de las hojas de la pantalla, que parecía un gran abanico, se divisaban los carbones de la chimenea; delante del reloj había un cofrecillo con cantoneras de plata. Aquí y allá se veían cosas íntimas: una muñeca en el canapé, un fichu sobre el respaldo de una silla, y en la mesa de costura una labor de lana, de la que colgaban dos agujas de marfil, con la punta hacia abajo. Era aquel lugar apacible, honrado y familiar a un tiempo.

Volvió Arnoux, y por la otra puerta apareció la señora. Como se veía envuelta en la sombra, no se distinguió al principio más que la cabeza; llevaba un traje de terciopelo negro, y sujetando el cabello, una larga red argelina de hebras de seda encarnada, que, mezclándose al peinado, le caía sobre su hombro derecho.

Arnoux presentó a Frédéric.

—Recuerdo al señor perfectamente —contestó ella. Después llegaron los convidados, todos casi al mismo tiempo: Dittmer, Lovarias, Burieu, el compositor Rosenwald, el poeta Théopile Lorris, dos críticos de arte, colegas de Hussonnet; un fabricante de papel, y, por fin, el ilustre Pierre-Paul Meinsius, último representante de la alta pintura, que llevaba gallardamente junto con su gloria sus ochenta años y su grueso abdomen.

Cuando pasaron al corredor, la señora Arnoux tomó su brazo. Una silla había quedado vacía para Pellerin, a quien Arnoux quería, sin que por ello dejara de aprovecharse de él. Primero temía su terrible lengua, tanto, que, para ablandarle, había publicado en El Arte Industrial su retrato, acompañado de hiperbólicos elogios, y Pellerin, más sensible a la gloria que al dinero, se presentó hacia las ocho, todo sofocado. Frédéric se figuró que se habían reconciliado hacía ya mucho tiempo.

La compañía, los platos, todo le agradaba. La sala, como un locutorio de la Edad Media, estaba tapizada de pieles curtidas; un estante holandés presentaba

un verdadero armero de pipas, y alrededor de la mesa, los cristales de Bohemia, de varios colores, parecían en medio de las flores y de las frutas como la iluminación de un jardín.

Pudo escoger entre diez especies de mostaza. Comió entre otras cosas jengibre, meros de Córcega; bebió vinos extraordinarios: lipfraoli y tokay. Arnoux, vanidoso, se jactaba de recibir bien. Agasajaba, por los comestibles, a todos los conductores de correos, y estaba relacionado con cocineros de grandes casas, que le comunicaban sus salsas.

Pero, sobre todo, la conversación entretenía a Frédéric. Su gusto por los viajes fue acariciado por Dittmer, que habló del Oriente; sació su curiosidad hacia las cosas del teatro escuchando a Rosenwald hablar de la Ópera; y la atroz existencia de la bohemia le pareció singular a través de la alegría de Hussonnet, que contó, de una manera pintoresca, cómo había pasado todo un invierno teniendo por único alimento queso de Holanda. Después, una discusión entre Lovarias y Burieu sobre la escuela florentina le reveló obras maestras, le abrió horizontes, y difícilmente pudo contener su entusiasmo cuando Pellerin exclamó:

—Déjenme ustedes en paz con su odioso realismo. ¿Qué quiere decir eso de realismo? Los unos ven negro; los otros, azul; la multitud ve bestia. Nada menos natural que Miguel Ángel, nada mejor. El cuidado de la verdad exterior denota la bajeza contemporánea; y el arte llegará a ser, si se continúa, no sé qué salsilla por bajo de la religión como poesía, y de la política como interés. No se alcanzará su fin; sí, su fin, que es el de causarnos una exaltación impersonal, con obras pequeñas, a pesar de todos los detalles de ejecución. Que se vean los cuadros de Bassolier, por ejemplo: lindos, coquetones, limpios y ligeros, que pueden llevarse en el bolsillo, de viaje. Los notarios compran por veinte mil francos; hay en ellos hasta tres céntimos de idea; pero sin idea nada hay grande, sin grandeza nada hay bello. El Olimpo es una montaña. El monumento más temerario serán siempre las pirámides. Vale más la exuberancia que el gusto, el desierto que una acera, y un salvaje que un peluquero.

Frédéric, al oír aquellas cosas, miraba a la señora Arnoux; caían en su espíritu como metales en un horno; se agregaban a su pasión y fomentaban el amor. Se hallaba sentado tres sitios distante de ella, en el mismo lado. De cuando en cuando ella se inclinaba un poco, volviendo la cabeza, para decir algunas palabras a su hijita, y como sonreía entonces, se formaba un hoyuelo en su mejilla, que daba a su rostro un aire de bondad más delicada.

En el momento de los licores se ausentó. La conversación se hizo más libre; en ella brilló el señor Arnoux, y Frédéric se asombró del cinismo de aquellos hombres. Sin embargo, su preocupación por la mujer establecía entre

ellos una especie de igualdad, que le elevaba en su propia estimación.

Cuando volvió al salón, cogió, para fingir serenidad, uno de los álbumes de encima de la mesa.

Los grandes renombrados artistas de la época lo habían ilustrado con dibujos, habían puesto en él prosa, versos o, sencillamente, sus firmas: entre los hombres famosos se veían muchos desconocidos, y los pensamientos curiosos descollaban sobre un verdadero desbordamiento de necedades. Todos sostenían un homenaje más o menos directo a la señora Arnoux. Frédéric hubiera tenido miedo de escribir allí una línea.

Ella se fue a buscar a su gabinete el cofrecillo de cantoneras de plata, obra del Renacimiento, que Frédéric vio sobre la chimenea, regalo de su marido. Los amigos le felicitaron; su mujer le daba las gracias; él se estremeció y delante de todo el mundo le dio un beso.

Enseguida todos hablaron a uno y otro lado, por grupos; el pobre viejo Meinsius estaba al lado de la señora Arnoux, en una butaca, cerca del fuego; ella se inclinaba hacia su oído, sus cabezas se tocaban, y Frédéric hubiera aceptado ser sordo, enfermo y viejo por un nombre ilustre y cabellos blancos; en fin, por tener algo que le entronizara en una intimidad semejante; se consumía su corazón, furioso contra su juventud.

Pero vino ella al ángulo del salón donde él se encontraba, le preguntó si conocía a algunos de los convidados, si gustaba de la pintura; después, cuánto tiempo hacía que estudiaba en París.

Cada palabra que salía de su boca le parecía a Frédéric una cosa nueva, independiente exclusivamente de su persona. Miraba atentamente los flequillos de su peinado que daban en su hombro desnudo, y no les quitaba los ojos de encima; hundía su alma en la blancura de aquella carne femenina, y, sin embargo, no se atrevía a alzar sus párpados para mirarla cara a cara.

Rosenwald los interrumpió, rogando a la señora Arnoux que cantara algo. Preludió él, ella esperaba; se entreabrieron sus labios, y un sonido puro, largo, afilado subió a los aires. Frédéric no comprendió nada de la letra italiana.

Empezaba aquello por un ritmo grave, como un canto de iglesia; después, animándose, creciendo, multiplicaba los sonoros acentos, y de repente se apaciguaba, haciéndose amorosa la melodía con una oscilación amplia y perezosa.

Estaba ella en pie, cerca del piano, con los brazos caídos y perdida la mirada. A veces, para leer la música, entornaba los párpados, adelantando la frente un instante. Su voz de contralto tomaba en las notas bajas una entonación lúgubre que helaba, y entonces su cabeza caída, de hermosas

líneas, se inclinaba hacia atrás; su pecho se ensanchaba, se separaban sus brazos, su cuello, del que se escapaban los trinos, se cimbreaba blandamente como a impulsos de aéreos besos... Lanzó tres notas agudas, bajó, dio una más alta aún y, después de una pausa, terminó con una nota de órgano.

Rosenwald no abandonó el piano, sino que él mismo continuó tocando. De cuando en cuando uno de los convidados desaparecía. A las once, al irse los últimos, Arnoux salió con Pellerin, con el pretexto de acompañarle. Era de esas gentes que dicen que se ponen malos si no dan una vuelta después de cenar.

La señora Arnoux se adelantó hasta la entrada; Dittmer y Hussonnet la saludaban; ella les alargó la mano; la tendió igualmente a Frédéric, y él experimentó como una penetración en todos los átomos de su piel.

Dejó a sus amigos, porque tenía necesidad de estar solo; su corazón se desbordaba.

¿Por qué aquella mano ofrecida?

¿Era un gesto irreflexivo o un estímulo?

«Vamos, estoy loco».

¿Qué importaba, además, puesto que podía ahora tratarla con entera libertad, vivir en su atmósfera?

Las calles estaban desiertas. A veces una pesada carreta quebrantaba el pavimento. Las casas se sucedían con sus fachadas grises, sus ventanas cerradas; y pensaba desdeñosamente en todos aquellos seres humanos acostados detrás de aquellos muros, que existían sin verla, y de los que ninguno la conocía. No tenía conciencia del medio, del espacio, de nada; y golpeando el suelo con sus tacones, con su bastón las puertas de las tiendas, iba siempre avanzando, al azar, perdido, arrastrado. Le envolvía un aire húmedo y se encontraba en los muelles.

Los reverberos brillaban en dos líneas rectas, indefinidamente, y largas llamas rojas vacilaban en la profundidad del agua, de color pizarroso, mientras que el cielo, más claro, parecía sostenido por las grandes sombras que se alzaban a ambos lados del río. Algunos edificios que no se percibían aumentaban la oscuridad.

Una bruma luminosa flotaba por encima de los tejados; todos los ruidos se fundían en un solo murmullo, y un viento ligero soplaba.

Se detuvo en el centro del Pont-Neuf, y con la cabeza descubierta y el pecho abierto aspiraba el aire. Sentía, sin embargo, subir de lo hondo de sí mismo algo inagotable, un flujo de ternura que le tranquilizaba, como el movimiento de las ondas ante su vista. En el reloj de la iglesia sonó la una,

lentamente, semejante a una voz que le llamara.

Entonces se sintió presa de esos estremecimientos del alma en que está uno transportado a un mundo superior. Una facultad extraordinaria, cuyo objeto no conocía, le dominó; se preguntó seriamente si sería un gran pintor o un gran poeta; se decidió por la pintura, porque las exigencias de aquel oficio le aproximarían a la señora Arnoux.

¡Al fin había encontrado su vocación!

El fin de su existencia se abría claro, y su porvenir infalible.

Cuando cerró la puerta oyó a alguien roncar en el gabinete oscuro, cerca del cuarto. Era el otro, en el que ya no pensaba.

Se vio el rostro en el espejo y se encontró hermoso, permaneciendo un minuto ahí, mirándose.

V

Al día siguiente, antes del mediodía, se compró una caja de colores, pinceles, un caballete. Pellerin accedió a darle lecciones, y Frédéric le llevó a su habitación para que viera si faltaba algo entre sus utensilios de pintura.

Deslauriers estaba ya en casa. Un joven ocupaba la otra butaca. El pasante dijo, designándole:

—Es él; aquí le tienes, Sénécal.

Aquel joven desagradó a Frédéric. Su frente parecía mayor por el corte de pelo en forma de cepillo; algo duro y frío se percibía en sus ojos grises, y su larga levita negra, todo su traje, olía a pedagogo y eclesiástico.

Al principio hablaron de las cosas del día, entre otras, del Stabat, de Rossini; preguntado Sénécal, declaró que jamás iba al teatro. Pellerin abrió la caja de colores.

—¿Es para ti todo eso? —dijo el pasante.

—Pues claro.

—Pero ¿qué idea te ha dado?

Y se inclinó sobre la mesa, en la que el pasante de matemáticas hojeaba un tomo de Louis Blanc, que él mismo había llevado, y leía en voz baja pasajes, mientras Pellerin y Frédéric examinaban juntos la paleta, el cuchillo, las vejigas, y después llegaron a hablar de la cena de Arnoux.

—¿El comerciante de cuadros? —preguntó Sénécal—. ¡Lindo caballero, en verdad!

—¿Por qué? —dijo Pellerin.

Sénécal contestó:

—Un hombre que hace dinero con infamias políticas.

Y se puso a hablar de una litografía célebre, que representaba a toda la familia real entregada a ocupaciones edificantes: Luis Felipe tenía un código, la reina un libro de misa, las princesas bordaban, el duque de Nemours ceñía un sable; Joinville enseñaba una carta geográfica a sus hermanos menores; se veía al fondo una cama para dos. Aquella imagen, titulada Una buena familia, había hecho las delicias de los burgueses, pero la aflicción de los patriotas. Pellerin, con tono ofendido, como si fuera el autor, respondió que todas las opiniones eran igualmente respetables; Sénécal protestó. El arte debía exclusivamente cuidar la moralización de las masas; no debían reproducirse más que asuntos concernientes a virtuosas acciones; las demás eran perjudiciales.

—Pero eso depende de la ejecución —exclamó Pellerin—. Yo puedo hacer obras maestras.

—Tanto peor para usted entonces; nadie tiene derecho...

—¿Cómo?

—No, señor. Usted no tiene derecho a interesarme en cosas que repruebo. ¿Qué necesidad tenemos de laboriosas bagatelas, de las que es imposible obtener ningún provecho; de esas Venus, por ejemplo, con todos los paisajes de ustedes? No veo ahí enseñanzas para el pueblo. Póngannos ustedes de manifiesto sus miserias; mejor, entusiásmennos ustedes con sus sacrificios; los asuntos, Dios mío: no falta la granja, el taller...

Pellerin, balbuciente de indignación, y creyendo haber encontrado un argumento, dijo:

—¿Acepta usted a Molière?

—Conforme —dijo Sénécal—. Lo admiro como precursor de la Revolución francesa.

—¡Ah! ¡La Revolución! ¡Qué arte! Jamás ha habido época más deplorable.

—Nunca más grande, caballero.

Pellerin se cruzó de brazos y, mirándole a la cara, dijo:

—Tiene usted todo el aire de un famoso guardia nacional.

Su antagonista, acostumbrado a las discusiones, respondió:

—No soy «de ella» y la detesto tanto como usted. Pero con semejantes ideas se corrompe a las masas; por lo demás, eso es cosa del gobierno; no sería tan fuerte sin la complicidad de un montón de farsantes como ese.

El pintor tomó la defensa del comerciante, porque las opiniones de Sénécál le exasperaban. Se atrevió incluso a sostener que Jacques Arnoux era un verdadero corazón de oro, adicto a sus amigos, y cariñosísimo con su mujer.

—Si le ofrecieran una buena suma, no rehusaría hacerla servir de modelo.

Frédéric se puso pálido.

—¿Tanto daño le ha hecho a usted, caballero?

—¿A mí? No. Le he visto una vez en el café con un amigo, y eso es todo.

Sénécál decía la verdad, pero le molestaban diariamente los reclamos de El Arte Industrial. Arnoux era para él el representante de una gente que juzgaba funesta para la democracia. Republicano austero, sospechaba corrompidas todas las elegancias, no teniendo, además, necesidades y siendo de una inflexible probidad.

La conversación difícilmente se reanudó. El pintor recordó acto seguido su cita; el profesor, a sus discípulos, y cuando salieron, después de un prolongado silencio, Deslauriers hizo diferentes preguntas sobre Arnoux.

—Tú nos presentarás más adelante, ¿verdad, querido amigo?

—Ciertamente —dijo Frédéric.

Después trataron de su instalación.

Deslauriers había obtenido sin dificultad una plaza de segundo pasante en casa de un abogado; se matriculó en la Escuela de Derecho, comprando los libros indispensables, y la vida con que tanto habían soñado, empezó.

Y fue encantadora, gracias a la belleza de su juventud. Deslauriers no habló de ninguna convención pecuniaria, y Frédéric nada dijo, atendiendo a todos los gastos. Arreglaba el armario, se ocupaba del menaje; pero si era preciso reñir al conserje, se encargaba de hacerlo el pasante, que seguía, como en el colegio, con su papel de protector y de mayor.

Separados durante todo el día, se reunían a la noche. Cada cual ocupaba su rincón del fuego y se ponía al trabajo, que interrumpían con frecuencia. Tenían expansiones sin fin, alegrías sin causa, y algunas veces disputas, a propósito de la lámpara que alumbraba mal o de un libro perdido, cóleras de un minuto apaciguadas por las risas. La puerta del gabinete se quedaba abierta, y desde lejos, en la cama, seguían su cháchara.

Por las mañanas se paseaban en mangas de camisa por la terraza; salía el sol, ligeras brumas atravesaban el río, se oía el chillido del mercado de flores de al lado; el humo de sus pipas revoloteaba en el aire puro, que refrescaba sus ojos, todavía hinchados, y sentían esparcirse al aspirarlo una esperanza inmensa. Cuando no llovía, salían juntos el domingo, del brazo, y andaban por las calles. Casi siempre se les ocurría a la vez una misma reflexión o hablaban sin ver nada a su alrededor. Deslauriers ambicionaba la riqueza como instrumento de poder sobre los hombres; hubiera deseado remover medio mundo, hacer mucho ruido, tener tres secretarios a sus órdenes y dar una gran comida política una vez por semana. Frédéric se amueblaba un palacio árabe, para dormir en divanes de casimir, al susurro de una fuente, servido por pajes negros; y todas aquellas cosas soñadas acababan por ser de tal manera precisas que se desolaban como si las hubieran perdido.

—¿Para qué hablar de todo esto —decía Frédéric—, puesto que jamás lo tendremos?

—¿Quién sabe? —replicaba Deslauriers.

A pesar de sus opiniones democráticas, le animaba a introducirse en casa de los Dambreuse; el otro objetaba sus tentativas.

—¡Bah! Vuelve y te invitarán.

A mediados del mes de marzo recibieron, entre otras cuentas gordas, la del restaurante que les daba de comer. Frédéric no tenía bastante; tomó de Deslauriers prestados cien escudos; quince días después reiteró la misma petición, y el pasante le riñó por los gastos a que se entregaba en casa de Arnoux.

Efectivamente, no había moderación en ellos. Una vista de Venecia, una vista de Nápoles y otra de Constantinopla ocupaban el centro de las tres paredes; asuntos ecuestres de Alfred de Dreux se veían acá y allá; un grupo de Pradier sobre la chimenea, números de El Arte Industrial sobre el piano; cartones en el suelo, por los rincones, embarazaban la habitación de tal suerte que apenas había dónde poner un libro o colocar los codos, pretendiendo Frédéric que todo aquello le era preciso para su pintura.

Trabajaba en casa de Pellerin; pero a menudo Pellerin estaba fuera porque tenía la costumbre de asistir a todos los entierros y sucesos de que daban cuenta los periódicos; y Frédéric pasaba horas enteras completamente solo en el taller. La tranquilidad de aquella gran pieza, donde únicamente se oía el ruido de los ratones; la luz que se recibía del techo y hasta el ronquido de la estufa, todo le sumía en un bienestar intelectual al principio; luego sus ojos, abandonando la obra, se fijaban en los desconchones de las paredes, entre los bibelots de los armarios, a lo largo de los torsos, donde el polvo reunido

formaba como jirones de terciopelo. Como viajero perdido en medio de un bosque cuyos caminos conducen siempre al mismo sitio continuamente, encontraba en el fondo de cada idea el recuerdo de la señora Arnoux.

Se había fijado días para ir a casa de ella; llegaba al piso segundo, delante de su puerta, y dudaba en llamar. Se acercaban pasos, abrían, y a las palabras «La señora ha salido» notaba luego como si le liberaran de un peso en el corazón. Acabó, sin embargo, por encontrarse con ella.

La primera vez estaban con ella tres señoras; otra tarde el maestro de escritura de la señorita Marthe se presentó. Además, los hombres que recibía la señora Arnoux no la visitaban; no volvió, pues, por discreción.

Pero no faltaba, para que le invitaran a las comidas de los jueves, al Arte Industrial, regularmente, todos los miércoles; y allí permanecía más que todos los otros, más que Regimbart, hasta el último minuto, fingiendo mirar un grabado, hojear un periódico. Por fin, Arnoux le decía:

—¿Está usted libre mañana por la noche?

Y aceptaba antes de que terminara la frase. Arnoux parecía tenerle afecto. Le enseñó el arte de conocer los vinos, de quemar el ponche, de hacer salmorejo de chochas; Frédéric seguía dócilmente sus consejos, amando cuanto dependía de la señora Arnoux: sus muebles, sus criados, su casa, su calle.

Casi no hablaba en aquellas comidas; la contemplaba. Tenía ella en la sien derecha un lunar; el pelo, en el arranque de la frente, era más negro que el resto de sus cabellos, y siempre húmedo en la orilla, acariciado de cuando en cuando con dos de sus dedos solamente. Conocía la forma de cada una de sus uñas; se deleitaba en escuchar el crujido de su traje de seda cuando pasaba cerca de las puertas, husmeaba a escondidas el olor de un pañuelo; su peinado, sus guantes, sus sortijas eran para él cosas singulares, importantes como obras de arte, casi animadas como personas; todas le llegaban al alma y aumentaban su pasión.

No había tenido fuerzas para ocultarla a Deslauriers. Cuando volvía de casa de la señora Arnoux le despertaba como por descuido para poder hablar de ella.

Deslauriers, que se acostaba en el gabinete cerca de la fuente, lanzaba un largo bostezo, y Frédéric se sentaba a los pies de la cama. Primero hablaba de la comida, después contaba mil detalles insignificantes, en que veía pruebas de desdén o de afecto. Una vez, por ejemplo, había ella rehusado su brazo para tomar el de Dittmer, desolándose Frédéric.

—¡Qué tontería!

O le había llamado su amigo.

—Entonces, perfectamente.

—Pero no me atrevo —decía Frédéric.

—Bueno, pues no pienses más en ello. Buenas noches.

Deslauriers se volvía hacia la pared y se dormía. No comprendía nada de aquel amor, que veía como una última debilidad de la adolescencia; y no bastándole ya, sin duda, su intimidad, pensó reunir a sus comunes amigos una vez por semana.

Llegaban el sábado hacia las nueve. Las tres cortinas de Argelia estaban cuidadosamente plegadas; la lámpara y cuatro bujías ardían; en medio de la mesa, la caja de tabaco llena enteramente de pipas, entre las botellas de cerveza, la tetera, un frasco de ron y bollitos. Se discutía sobre la inmortalidad del alma, se comparaba a los profesores.

Hussonnet, una noche, introdujo a un joven alto, con una levita demasiado corta de mangas y de maneras encogidas: era el muchacho que el año anterior habían reclamado en el cuerpo de guardia.

No habiendo podido devolver a su dueño la caja de encajes perdida en la sarracina, le acusó de robo y amenazó con los tribunales; ahora estaba de dependiente en una casa de transportes. Hussonnet le encontró aquella mañana en la esquina de una calle, y le trajo, porque Dussardier, por gratitud, quería ver «al otro».

Alargó a Frédéric la petaca, todavía llena, y que había guardado religiosamente, con la esperanza de devolvérsela. Los jóvenes le invitaron a volver, y no faltó.

Todos simpatizaban. En primer lugar, su odio hacia el gobierno tenía el alcance de un dogma indiscutible. Únicamente Martinon intentaba defender a Luis Felipe, y le confundían con los lugares comunes que traían los periódicos: con el cerco de París, las leyes de septiembre, Pritchard, lord Guizot, tanto que Martinon se callaba, temiendo ofender a alguien.

En siete años de colegio no había merecido castigo, y en la Escuela de Derecho sabía agradar a los profesores. Llevaba ordinariamente una levita gruesa, casi blanca, con chanclos de goma; pero se presentó una noche en traje de boda: chaleco de terciopelo con chorrera, corbata blanca, cadena de oro.

La admiración aumentó cuando se supo que salía de casa del señor Dambreuse. En efecto, el banquero Dambreuse acababa de comprar a Martinon padre una partida de madera considerable; el buen hombre le presentó a su hijo, y les había invitado a cenar a ambos.

—¿Había muchas trufas? —preguntó Deslauriers—. ¿Y has abrazado a su esposa entre puertas, sicut decet?

Entonces la conversación se refirió a las mujeres. Pellerin no admitía que hubiera mujeres bonitas (prefería a los tigres); además, la hembra del hombre era una criatura inferior en la jerarquía estética.

—Lo que os seduce particularmente es lo que la degrada como idea; es decir, el pecho, los cabellos...

—Sin embargo —objetó Frédéric—, largos cabellos negros, con grandes ojos negros...

—Sí, conocido —exclamó Hussonnet—. Basta de andaluzas. ¿Cosas antiguas? Servidor de ustedes. Porque, en fin, veamos, dejemos la broma; una loreta es más agradable que la Venus de Milo. ¡Seamos galos, vive Dios, y regencia, si podemos!

«Corred, buenos vinos; mujeres, dignaos sonreír».

—Es preciso pasar de la morena a la rubia. ¿Es esta la opinión de usted, padre Dussardier?

Dussardier no contestó; todos le escucharon para conocer sus gustos.

—Pues bien —dijo, ruborizándose—: yo quisiera amar siempre a la misma.

Aquello fue dicho de tal manera, que se produjo un momento de silencio; sorprendidos los unos por aquel candor, y descubriendo los otros quizá la secreta ansiedad de su alma.

Sénécal dejó sobre la chimenea un vaso de cerveza y declaró dogmáticamente que la prostitución era una tiranía y el matrimonio una inmoralidad, y que era mejor abstenerse. Deslauriers tomaba a las mujeres como una distracción, y nada más. El señor Cisy sentía, respecto de ellas, toda clase de temores.

Educado por una abuela devota, hallaba la compañía de aquellos jóvenes sabrosa, como un lugar peligroso, e instructiva, como una Sorbona. No le privaban de las lecciones, y él se manifestaba lleno de celo, hasta querer fumar, a despecho del mal de corazón que le atormentaba siempre que lo hacía. Frédéric le rodeaba de cuidados. Admiraba los tonos de sus corbatas y las pieles de su paletó, y, sobre todo, sus botas, finas como guantes, y que parecían insolentes por su limpieza y tersura; su coche le esperaba abajo, en la calle.

Una noche que acababa de marcharse, y que nevaba, Sénécal se puso a compadecer a su cochero; después de declamar contra los guantes amarillos y

el Jockey Club, hacía más caso de un obrero que de aquellos caballeros.

—Yo trabajo, al menos; soy pobre.

—Ya se ve —dijo por fin Frédéric, impacientado.

El pasante de profesor le guardó rencor por aquella frase.

Habiendo dicho Regimbart que conocía un poco a Sénécal, Frédéric quiso ser cortés con el amigo de Arnoux y le rogó que fuera a las reuniones del sábado. El encuentro resultó grato a los dos patriotas. Sin embargo, sus opiniones diferían.

Sénécal, que tenía el cráneo en punta, no consideraba más que los sistemas; Regimbart, por el contrario, no veía en los hechos sino los hechos, y lo que principalmente le inquietaba eran las fronteras del Rin.

Pretendía entender de artillería y se hacía vestir por el sastre de la Escuela Politécnica.

El primer día, cuando le ofrecieron pasteles, se encogió de hombros desdeñosamente, diciendo que aquello era propio de mujeres, y no estuvo más amable las veces siguientes. Desde el momento en que las ideas tomaban cierta elevación, murmuraba:

—Nada de utopías; nada de sueños.

En lo referente al arte (aunque frecuentaba los talleres o daba algunas lecciones de esgrima por complacencia), no eran sus opiniones trascendentales. Comparaba el estilo de Marrast con el de Voltaire, y a la señorita Vatnaz con la de Staël, por una oda a la Polonia, «en que había corazón». Por fin, Regimbart aburría a todo el mundo, y especialmente a Deslauriers, porque el ciudadano era íntimo de Arnoux, en tanto el pasante ambicionaba visitar aquella casa, esperando trabar en ella relaciones provechosas; por eso preguntaba:

—¿Cuándo vas a llevarme?

Arnoux andaba muy cargado de trabajo, o iba de viaje; y, además, no merecía la pena, porque las cenas estaban para concluirse.

Si hubiera sido posible arriesgar la vida por su amigo, Frédéric lo habría hecho; pero como deseaba presentarse lo más ventajosamente posible, como cuidaba su lenguaje, sus maneras y su traje, hasta el punto de ir a las oficinas del Arte Industrial irreprochablemente enguantado, temía que Deslauriers, con su frac negro, viejo, su aspecto de procurador y sus conversaciones presuntuosas, desagradara a la señora Arnoux, cosa que podía comprometerle, rebajarle a él mismo a sus ojos. Admitía sin dificultad a los otros, pero precisamente él le contrariaría mil veces más. El pasante de abogado advertía

que no quería cumplir su promesa, y el silencio de Frédéric le parecía una agravación a la injuria.

Hubiera deseado guiarle absolutamente, verle desenvolverse, según el ideal de su juventud; y su insustancialidad le mortificaba como una desobediencia y como una traición. Por otra parte, Frédéric, lleno de la idea de la señora Arnoux, hablaba con frecuencia de su marido, y Deslauriers empezó un intolerable «estribillo», que consistía en repetir su apellido cien veces al día, al final de cada frase, como resabio de idiota.

Cuando llamaban a su puerta contestaba:

—Entre usted, Arnoux.

En el restaurante pedía queso de Brie, a la moda de Arnoux; y por la noche, fingiendo una pesadilla, despertaba a su compañero aullando:

—Arnoux, Arnoux.

Por fin, un día, Frédéric, molesto, le dijo con voz lamentable:

—Déjame en paz con Arnoux.

—Jamás —respondió el pasante—. «Siempre él, él por todas partes, o ardiente o alada, la imagen de Arnoux...».

—¡Cállate! —exclamó Frédéric levantando el puño. Y añadió con dulzura —: Ya sabes que ese es un asunto penoso para mí.

—Perdóneme usted, buen hombre —replicó Deslauriers, inclinándose mucho—. Se respetarán en lo sucesivo los nervios de la señorita; perdone usted, repito; perdone usted.

Y así terminó la broma.

Pero semanas más tarde, una noche le dijo:

—He visto hace poco a la señora Arnoux.

—¿Dónde?

—En el palacio de justicia, con Balandard, abogado; una mujer morena, ¿no es verdad?, de estatura mediana.

Frédéric hizo señas de asentimiento; esperaba que Deslauriers hablase. A la menor palabra de admiración se habría extendido ampliamente; se hallaba dispuesto a quererle; el otro seguía callando; por fin, sin contenerse más, le preguntó con aire indiferente lo que le parecía.

Deslauriers no la encontraba mal, aunque nada de extraordinario, sin embargo.

—¿De verdad? —dijo Frédéric.

Llegó el mes de agosto, época de un segundo examen. Según la opinión corriente, debían bastarle quince días para preparar las materias. Frédéric no dudó de sus fuerzas, y se tragó de corrido los cuatro primeros libros del Código de procedimientos, los tres primeros del Código penal, muchos trozos de Instrucción criminal y una parte del Código civil, con las notas de Poncelet. La víspera, Deslauriers le obligó a hacer una recapitulación que duró hasta por la mañana; y para aprovechar el último cuarto de hora, continuó preguntándole mientras caminaban por la calle.

Como se verificaban varios exámenes simultáneamente, había mucha gente en el patio; entre otros, Hussonnet y Cisy; no dejaban de ir a aquellas pruebas cuando se trataba de camaradas.

Frédéric se enderezó la toga negra tradicional; después entró, seguido de la multitud, con otros tres estudiantes, en una gran pieza, a la que daban luz ventanas sin cortinas y con banquetes a lo largo de las paredes. En el centro había sillas de piel alrededor de una mesa, adornada con verde tapete, que separaba a los examinandos de los señores examinadores de toga encarnada, y todos con mangas de armiño y togas de galones dorados.

Frédéric era el penúltimo de la serie: mala posición. En la primera pregunta, sobre la diferencia entre una convención y un contrato, definió una por otro, y el profesor, hombre excelente, le dijo:

—No se turbe usted; tranquilícese.

Después de dos preguntas fáciles y respuestas oscuras, pasó a la cuarta. Frédéric se desconcertó con aquel mal principio. Deslauriers, enfrente, entre el público, le hacía señas de que aún no se había perdido todo; y en la segunda pregunta sobre Derecho criminal pudo pasar; pero después de la tercera, relativa al testamento escrito, el examinador permaneció impassible todo el tiempo, y su angustia aumentó; Hussonnet juntó las manos como para aplaudir, mientras que Deslauriers no cesaba de encogerse de hombros. Por fin llegó el momento en que era preciso responder acerca de los Procedimientos; se trataba de la tercera oposición. El profesor, admirado de haber oído teorías contrarias a las suyas, le preguntó en tono brutal:

—¿Es esa, caballero, la opinión de usted? ¿Cómo concilia usted el principio del artículo mil trescientos cincuenta y uno del Código civil con esa vía de ataque extraordinaria?

Frédéric sentía un fuerte dolor de cabeza, por haber pasado la noche sin dormir. Un rayo de sol, que penetraba por la abertura de una persiana, le daba en la cara. De pie, detrás de la silla, se balanceaba y tiraba del bigote.

—Estoy esperando la respuesta —dijo el hombre de la toga dorada.

Y como le molestaba el gesto de Frédéric, sin duda, añadió:

—No la encontrará usted en su barba.

Aquel sarcasmo causó la risa del auditorio; el profesor, lisonjeado, se dulcificó. Le hizo dos preguntas más sobre la citación y el sumario, bajando la cabeza en señal de aprobación; el acto público había concluido.

Frédéric volvió al vestíbulo.

Mientras el bedel le quitaba la toga, para ponérsela a otro inmediatamente, le rodearon sus amigos, acabando de aburrirle con sus opiniones contradictorias acerca del resultado del examen; muy pronto se proclamó con voz sonora desde la entrada de la sala:

—El tercero... suspenso.

—Encajonado —dijo Hussonnet—. Vámonos...

Delante de la portería encontraron a Martinon, rojo, conmovido, con una sonrisa en los ojos y la aureola de triunfo en la frente. Acababa de pasar sin dificultad su último examen; quedaba solo el discurso; antes de quince días sería licenciado. Su familia conocía a un ministro. Una bonita carrera se le ofrecía.

—Ese te hunde —dijo Deslauriers.

Nada humilla tanto como ver a los tontos triunfar en las empresas donde uno ha tropezado. Frédéric, mortificado, respondió que aquello le importaba poco. Sus pretensiones eran más elevadas, y como Hussonnet parecía marcharse, le llamó aparte para decirle:

—Ni una palabra en casa de ellos, ¿estamos?

El secreto era fácil, puesto que Arnoux al día siguiente se iba de viaje a Alemania.

Al entrar, por la noche, el pasante encontró a su amigo singularmente cambiado; saltaba, silbaba y el otro se admiraba de aquel humor. Frédéric declaró que no iría a casa de su madre y dedicaría sus vacaciones a trabajar.

A la noticia de la marcha de Arnoux, sintió alegría, porque podría presentarse allá abajo, a su gusto, sin temor de verse interrumpido en sus visitas.

La convicción de una seguridad absoluta le daría valor. Por fin no se alejaba, no se separaba de ella. Algo más fuerte que una cadena de hierro le ligaba a París, una voz interior le gritaba que se quedara.

Algunos obstáculos se oponían a este propósito; los venció escribiendo a su madre, confesándole en primer lugar su caída, ocasionada por cambios hechos en el programa, una casualidad, una injusticia; además, todos los grandes abogados (citaba sus nombres) habían suspendido asignaturas; pero pensaba presentarse nuevamente en el mes de noviembre. Y no teniendo tiempo que perder, no iría a casa aquel año. Pedía, además del dinero de un trimestre, doscientos cincuenta francos para repasos de derecho, muy útiles, y todo ello adornado de sentimiento, lamentaciones, gaterías y protestas de amor filial.

La señora Moreau, que le esperaba al día siguiente, se enterneció doblemente. Ocultó la desventura de su hijo, y le contestó «que fuera, a pesar de todo». Frédéric no cedió, y se produjo una disputa. El fin de semana, sin embargo, recibió el dinero del trimestre con la suma destinada a los repasos, que sirvió para pagar un pantalón gris perla, un sombrero de castor blanco y un junco con puño de oro.

Cuando todo estuvo en su poder, pensó:

«¿Será idea de peluquero la que he tenido?», y se sintió presa de gran vacilación.

Para saber si iría a casa de la señora Arnoux lanzó tres veces unas monedas al aire; en todas fue feliz el presagio; la fatalidad, pues, mandaba. Y se hizo llevar en coche a la calle de Choiseul.

Subió de prisa la escalera, tiró del cordón de la campanilla, no sonó, sintiéndose casi desfallecer. Después rompió de otro tirón, furioso, la gruesa borla de seda encarnada; se oyó un repique, que se apaciguó gradualmente, y nada. Frédéric tuvo miedo.

Pegó la oreja a la puerta; ni un soplo. Puso el ojo en el agujero de la cerradura y no vio en la antesala más que dos puntas de caña, en la pared, entre las flores de papel. Por fin, giraba sobre sus talones cuando, cambiando de parecer, dio un golpecito, aquella vez ligero. Se abrió la puerta y, en el umbral, con el pelo enmarañado, la cara carmesí y el aire contrariado, se presentó el mismo Arnoux.

—¡Caramba! ¿Qué diablos le trae a usted? Entre.

Y le introdujo no en el gabinete ni en su cuarto, sino en el comedor, en que se veía sobre la mesa una botella de champán, con dos copas, y en tono brusco preguntó:

—¿Tiene usted algo que pedirme, querido amigo?

—No, nada, nada —balbució el joven, buscando un pretexto a su visita.

Por fin, dijo que había ido a saber noticias tuyas, porque le creía en

Alemania, según referencias de Hussonnet.

—De ninguna manera —contestó Arnoux—. ¡Qué muchacho tan tonto; todo lo entiende al revés!

Para disimular su turbación, Frédéric se paseaba de izquierda a derecha por la sala. Al tropezar con la pata de una silla dejó caer una sombrilla que estaba encima, rompiéndose el puño de marfil.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Cuánto siento haber roto la sombrilla de la señora Arnoux!

A esta frase, el comerciante levantó la cabeza y se sonrió de un modo singular. Frédéric, aprovechando la ocasión que se le ofrecía de hablar de ella, añadió tímidamente:

—¿Podré verla?

Estaba en su país, al lado de su madre enferma. No se atrevió a preguntar sobre la duración de aquella ausencia, y lo hizo únicamente respecto al país de la señora.

—Chartres. ¿Le sorprende a usted eso?

—¿A mí? ¿Por qué? De ningún modo.

Y no encontraron después de esto nada que decirse. Arnoux, que se había hecho un cigarrillo, daba vueltas alrededor de la mesa, soplando. Frédéric, en pie, junto a la estufa, contemplaba las paredes, el armario, el suelo, mientras en su memoria o, mejor aún, ante sus ojos desfilaban encantadoras imágenes.

Finalmente, decidió marcharse.

Un pedazo de periódico hecho una bola estaba en el suelo de la antesala; Arnoux lo cogió y, alzándose en la punta de los pies, lo metió en la campanilla, para seguir, dijo, su interrumpida siesta.

Después añadió, dándole un apretón de manos:

—Hágame usted el favor de decirle al portero que no estoy.

Y cerró la puerta a su espalda, violentamente.

Frédéric bajó la escalera, deteniéndose en cada escalón. El fracaso de aquella primera tentativa le desanimaba respecto del azar de las demás.

Entonces empezaron tres meses de tedio. Como no tenía ningún trabajo, la ociosidad aumentaba su tristeza.

Gastaba las horas en mirar, desde lo alto de su balcón, el río que corría entre los muelles cenicientos, negruzcos, de trecho en trecho, por las juntas de los albañales, con un pontón de lavanderas amarrado a la orilla, donde a

veces se entretenían los pilluelos en bañar un perrillo, junto al fango.

Sus ojos, dejando a la izquierda el puente de piedra de Notre-Dame, y tres puentes colgantes, se dirigían siempre hacia el muelle de los Ormes, sobre un macizo de árboles añosos, parecidos a los tilos del puerto de Montereau. La torre de Saint-Jacques, la casa-ayuntamiento, Saint Gervais, Saint Louis, Saint Paul se alzaban enfrente, entre los tejados confundidos, y el genio de la columna de julio resplandecía en el oriente como una ancha estrella de oro, mientras que al otro extremo la cúpula de las Tullerías redondeaba en el cielo su pesada masa azul.

Detrás de esto debía de estar situada la casa de la señora Arnoux.

Volvía a entrar en su cuarto, y luego, echado en el diván, se abandonaba a una meditación desordenada: planes de trabajo, proyectos de vida, incursiones en el futuro.

Por fin, para desembarazarse de sí mismo, salía.

Subía, sin rumbo, por el Barrio Latino, tan tumultuoso de costumbre, pero desierto en aquella época, porque los estudiantes se habían marchado a sus casas.

Los grandes muros de los colegios, como ensanchados por el silencio, tenían un aspecto más sombrío todavía; se oían toda especie de ruidos apacibles, el batir de alas en jaulas, el chirrido de un torno, el martillo de un zapatero, y los ropavejeros, en medio de las calles, miraban a las ventanas inútilmente. En el fondo de los cafés solitarios, la señora del mostrador bostezaba entre sus botellas llenas; los periódicos permanecían ordenados sobre la mesa de los gabinetes de lectura; en el taller de las planchadoras se movía la ropa blanca al soplo de la templada brisa.

De cuando en cuando, Frédéric se paraba delante de la muestra de un librero de viejo; un ómnibus que pasaba rozando la acera le hacía volverse, y al llegar al Luxemburgo se detenía.

Algunas veces la esperanza de una distracción le atraía a los bulevares. Después de sombrías callejuelas que exhalaban frescuras húmedas, llegaba a grandes plazas desiertas, resplandecientes de luz, y en las que los monumentos dibujaban al borde del friso encajes de sombra negra. Pero las carretas, las tiendas que empezaba a encontrar y la multitud le aturdían, sobre todo el domingo; desde la Bastilla hasta la Madeleine era aquello una inmensa oleada ondulante sobre el asfalto, en medio del polvo, en un rumor continuo; se sentía enteramente descorazonado por la bajeza de los tipos, la necedad de las frases, la imbecil satisfacción que transpiraban las sudorosas frentes.

Sin embargo, la conciencia de valer más que aquellos hombres atenuaba la

fatiga de mirarlos.

Iba todos los días al Arte Industrial, y para saber cuándo volvería la señora Arnoux se informaba de su madre muy detenidamente. La respuesta de Arnoux no variaba: «continuaba la mejoría»; su mujer y la pequeña estarían de regreso la semana próxima. Cuanto más tardaba en llegar, más inquietud manifestaba Frédéric, tanto que Arnoux, enternecido por tanto afecto, le llevó cinco o seis veces a comer al restaurante.

Frédéric, en aquellas largas entrevistas, comprendió que el comerciante de pintura no era muy ingenioso. Arnoux podía quizá advertir aquel enfriamiento, y además era ocasión de devolverle un poco sus finuras.

Queriendo hacer las cosas muy bien, vendió a un prendero todos sus trajes nuevos por ochenta francos, y con otros ochenta que le quedaban fue a casa de Arnoux para llevarle a comer. Allí estaba Regimbart, y se dirigieron a los Tres Hermanos Provenzales.

El ciudadano empezó por quitarse la levita, y, seguro de diferenciarse de los otros dos, redactó la lista. Pero aunque se trasladó a la cocina para hablar por sí mismo al jefe, bajó a la bodega, cuyos rincones todos conocía, e hizo subir al dueño del establecimiento, al cual «dio un buen jabón»; no quedó contento ni de los platos, ni de los vinos, ni del servicio. A cada plato nuevo, a cada botella diferente, desde el primer bocado, desde el primer sorbo, dejaba caer su tenedor o rechazaba lejos la copa; después, apoyando los codos sobre el mantel todo lo largo de su brazo, gritaba que no se podía ya comer en París. Por fin, no sabiendo qué imaginar por su boca, Regimbart pidió judías en aceite, sencillamente, las cuales, aunque solo a medias, le apaciguaron un poco. Luego sostuvo con el camarero un diálogo sobre los antiguos mozos de los Provenzales. ¿Qué se había hecho de Antoine? ¿Y un tal Eugène? ¿Y Théodore, el pequeño, que servía siempre abajo? ¡Había en aquel tiempo allí una mesa muy diversamente distinguida y botellas de borgoña como ya no se beberán!

Enseguida se trató del valor de los terrenos en las afueras, una especulación de Arnoux, infalible. La espera perjudicaba sus intereses. Puesto que no quería vender a ningún precio, Regimbart le fijaría alguno, y aquellos dos señores hicieron, con un lápiz, cálculos hasta el final de los postres.

Se fueron a tomar café al pasaje Saumon, en el entresuelo de un cafetín. Frédéric asistió de pie a interminables partidas de billar, mezcladas con sendos vasos de cerveza; y allí permaneció, sin saber por qué, por encogimiento, por tontería, en la esperanza confusa de algún acontecimiento favorable a su amor.

¿Cuándo volvería a verla? Frédéric se desesperaba; pero una noche, a finales de noviembre, Arnoux le dijo:

—¿Sabe usted? Mi mujer volvió ayer.

Al día siguiente, a las cinco, entraba en su casa.

Empezó por felicitarla a propósito de su madre, cuya enfermedad había sido tan grave.

—No; ¿quién se lo ha dicho a usted?

—Pues Arnoux.

Ella dijo «¡ah!» suavemente, y añadió que al principio había sentido serios temores, que ya desaparecieron.

Se hallaba cerca del fuego, en la mecedora de tapicería; él, en el canapé, con su sombrero entre las rodillas, y la conversación fue penosa, abandonada por ella a cada minuto, no encontrando él coyuntura para introducir en la charla sus sentimientos. Pero lamentándose de estudiar los Procedimientos, ella replicó:

—Sí... concibo... los negocios... —bajando la cabeza, absorta de repente en sus reflexiones.

Él se sentía sediento de conocerlas, y hasta no pensaba en otra cosa. El crepúsculo formaba sombras a su alrededor.

Ella se levantó, pues tenía un encargo que hacer; luego se presentó con una capota de terciopelo y una capa negra, guarnecida de marta. Él se atrevió a ofrecerle acompañarla.

No se veía nada ya; el tiempo era frío, y una espesa niebla, esfumando la fachada de las casas, emponzoñaba el aire. Frédéric lo aspiraba con delicia, porque sentía a través del algodón del abrigo la forma de su brazo; y su mano aprisionada en un guante de gamuza de dos botones, su manecita, que hubiera cubierto de besos, se apoyaba en su manga. Por causa de lo resbaladizo del suelo, oscilaban un poco; le parecía a él que iban ambos mecidos por el viento, en medio de una nube.

El brillo de las luces, en el bulevar, le devolvió a la realidad. La ocasión era buena; apremiaba el tiempo; se fijó el espacio hasta la calle de Richelieu para declarar su amor. Pero casi al punto, delante de un almacén de porcelanas, se detuvo resueltamente ella, diciéndole:

—Ya estamos; mil gracias. Hasta el jueves, ¿no es verdad?, como de costumbre.

Las cenas empezaron de nuevo, y cuanto más trataba a la señora Arnoux, más aumentaban sus languideces. La contemplación de aquella mujer le enervaba, como el uso de un perfume demasiado fuerte. Aquello llegaba hasta las profundidades de su temperamento, y se convertía casi en una manera

general de sentir, un nuevo modo de existir.

Las prostitutas que encontraba a la luz del gas, las cantantes ensayando sus notas, las artistas ecuestres en sus caballos a galope, las burguesas a pie, las costureras en su ventana, todas las mujeres le recordaban a aquella, por semejanzas o por contrastes violentos. Miraba en las tiendas los casimires, los encajes y las arracadas de pedrería, imaginándolas colocadas sobre sus hombros, cosidas a su cuerpo, lanzando sus fuegos en sus cabellos negros. En las cestas de las vendedoras, las flores se ofrecían para que ella las eligiese al pasar; en los escaparates de los zapateros las pequeñas pantuflas de raso cerradas de pluma de cisne parecían esperar su pie; todas las calles conducían a su casa; los coches se estacionaban en las plazas, únicamente para ir allá más deprisa; París se refería a su persona, y la gran ciudad, con todas sus voces, sonaba como orquesta inmensa alrededor de ella.

Cuando iba al Jardín Botánico, la vista de una palmera le arrastraba hacia países lejanos. Viajaban juntos, sobre los dromedarios, bajo las tiendecillas de los elefantes, en la cámara de un yate por azules archipiélagos, o uno al lado del otro en dos mulas con campanillas, que tropezaban en las hierbas o contra columnas en pedazos. A veces se detenía en el Louvre, delante de cuadros antiguos, y su amor regresaba hasta los siglos pasados, encarnando a los personajes de las pinturas. Adornada con un tocado alto, oraba ella de rodillas detrás de una vidriera de colores. Señora de Castilla o de Flandes, permanecía sentada, con una gorguera almidonada y un corsé de grandes bullones. Luego bajaba por alguna gran escalera de pórfido, en medio de los senadores, bajo un dosel de plumas de avestruz, con un traje de brocado. Otras veces soñaba que la veía con pantalón de seda amarilla en los cojines de un harén; y todo lo que era hermoso, el brillo de las estrellas, ciertos aires de música, el sentido de una frase, un contorno, la llevaban a su pensamiento de una manera brusca e insensible.

En cuanto a intentar hacerla su amante, seguro estaba de que sería vana toda tentativa.

Una noche, Dittmer, al llegar, la besó en la frente; Lovarias hizo lo propio, diciendo:

—Usted lo consiente, ¿no es verdad?, según privilegio de los amigos.

Frédéric balbució:

—Me parece que todos somos amigos.

—No todos viejos —contestó ella.

Aquello era rechazarle de antemano, indirectamente.

¿Qué hacer, por otra parte?

¿Decirle que la amaba?

Le despediría, indudablemente; o bien, indignándose, le arrojaría de su casa.

Él prefería todos los dolores al horrible temor de no verla más.

Envidiaba el talento de los pianistas, los chirlos de los militares; deseaba una enfermedad peligrosa, esperando interesarla de aquel modo.

Una cosa le admiraba: que no estaba celoso de Arnoux; y no se la podía imaginar sino vestida; tan natural le parecía su pudor, y apartaba su sexo a una misteriosa sombra.

Sin embargo, pensaba en la dicha de vivir con ella, de tutearla, de pasarle la mano suavemente por sus cabellos, o de estar en el suelo, de rodillas, con ambos brazos alrededor de su cintura, bebiendo su alma en sus ojos.

Preciso habría sido para esto subvertir el destino; e incapaz de acción, maldiciendo a Dios y acusándose de su cobardía, se revolvía en su deseo, como un prisionero en su calabozo. Una angustia permanente le ahogaba; permanecía horas enteras inmóvil o estallaba en lágrimas; y un día, que no tenía fuerzas para contenerse, Deslauriers le dijo:

—Pero... ¡por Dios! ¿Qué es lo que tienes?

Frédéric sufría de los nervios. Deslauriers no lo creyó.

Ante semejante dolor había sentido despertarse su ternura y le consoló.

Un hombre como él dejarse abatir, ¡qué tontería! Pase en la juventud; pero más tarde era perder el tiempo.

—Me estropeas a mí, Frédéric. Prefiero al antiguo muchacho y siempre igual; me gustaba. Vamos, fuma una pipa, animal. Muévete un poco; me das pena.

—¡Es verdad! —dijo Frédéric—. ¡Estoy loco!

El pasante replicó:

—¡Ah, viejo trovador! Bien sé lo que te aflige. ¿El corazoncito? Confiésalo. ¡Bah! Una perdida, cuatro halladas. Uno se consuela de las mujeres virtuosas con las otras. ¿Quieres que te haga conocer mujeres? No tienes más que venir al Alhambra.

Era este un baile público, abierto recientemente en lo alto de los Campos Elíseos, y que se arruinó desde la segunda temporada por un lujo prematuro en ese género de establecimientos.

—Parece que allí se divierte uno —continuó Deslauriers—. Vamos allí.

Tráete a tus amigos, si quieres; te permito hasta a Regimbart.

Frédéric no invitó al ciudadano.

Deslauriers se privó de Sénécal; llevaron únicamente a Hussonnet, y Cisy con Dussardier, y el mismo coche los condujo a los cinco a la puerta del Alhambra.

Dos galerías árabes se extendían a derecha e izquierda, paralelamente. La pared de una casa, enfrente, ocupaba todo el fondo, y en el cuarto de al lado, el del restaurante, figuraba un claustro gótico con vidrios de colores. Una especie de techumbre china cubría el estrado en que tocaban los músicos; el suelo de alrededor se hallaba asfaltado, y faroles venecianos colgados de las columnas formaban a las cuadrillas, desde lejos, una corona de fuegos multicolores. Varios pedestales a trechos sostenían tazas de piedra, de las que saltaba un hilillo delgado de agua. Se veían entre el follaje estatuas de yeso. Hebes o Cupidos enteramente pegajosos de pintura al óleo; y las avenidas numerosas, alfombradas de arena muy amarilla, cuidadosamente tamizada, hacían parecer el jardín más vasto de lo que era.

Estudiantes paseaban a sus amantes, dependientes de novedades se pavoneaban con un bastón entre los dedos; colegiales fumaban regalías; viejos célibes acariciaban con un peine su barba teñida; había allí ingleses, rusos, gentes de la América del Sur, tres orientales; loretas, costureras y muchachas habían ido allí esperando encontrar un protector, una moneda de oro, o sencillamente por el placer del baile; y sus trajes de túnica verde mar, azul, cereza o violeta pasaban, se agitaban entre los ébanos y los lilos. Casi todos los hombres llevaban telas de cuadros; algunos, pantalones blancos, a pesar de la frescura de la noche. Se encendían los faroles de gas.

Hussonnet, por sus relaciones con los periódicos de modas y los teatrillos, conocía muchas mujeres, a las que enviaba besos con las puntas de los dedos, y de cuando en cuando dejaba a sus amigos y se iba a hablar con ellas.

Deslauriers tuvo envidia de aquellas maneras y abordó cínicamente a una rubia alta, vestida de mahón.

Después de haberse fijado en él con aire desapacible, le dijo:

—No; nada de confianzas, buen hombre.

Y giró sobre sus talones.

Se dirigió entonces a una morena gruesa, que estaba loca, indudablemente, porque saltó desde la primera palabra amenazándole, si continuaba, con llamar a los municipales. Deslauriers se esforzó por reír, y descubriendo, seguidamente, a una mujer pequeña sentada algo aparte, debajo de un reverbero, le propuso una contradanza.

Los músicos, encaramados en el estrado, en posturas de monos, arañaban y soplaban impetuosamente. El director de orquesta, en pie, llevaba el compás de una manera automática. La gente, amontonada, se divertía; las cintas desatadas de los sombreros rozaban las corbatas, las botas se escondían en las faldas; todo aquello saltaba cadenciosamente. Deslauriers estrechaba a la mujer pequeña, y arrebatado por el delirio del cancán, se revolvió en medio de las cuadrillas como un gran polichinela. Cisy y Dussardier seguían su paseo; el joven aristócrata miraba a las chicas, y a pesar de las exhortaciones del dependiente, no se atrevía a hablarles, figurándose que había siempre detrás de aquellas mujeres un hombre escondido en el armario con una pistola, y que sale para obligarle a uno a que firme letras de cambio.

Volvieron junto a Frédéric. Deslauriers ya no bailaba, y todos se preguntaban cómo acabarían la noche, cuando Hussonnet gritó:

—¡Anda! La marquesa de Amaëgui.

Era esta una mujer pálida, de nariz remangada, con mitones hasta los codos y grandes bucles negros, que colgaban por sus mejillas como orejas de perro. Hussonnet le dijo:

—Podríamos organizar una fiestecita en tu casa, una reunión al estilo oriental. Procura recoger a algunas de tus amigas para estos caballeros franceses. ¿Qué es lo que te contraría? ¿Esperas a tu hidalgo?

La andaluza bajaba la cabeza; conociendo las costumbres poco espléndidas de su amigo, tenía miedo de costear ella los refrescos. Por fin, a la palabra dinero, largada por ella, Cisy ofreció cinco escudos, todo su bolsillo; la cosa fue decidida; pero Frédéric no estaba ya allí.

Había creído oír la voz de Arnoux, visto un sombrero de mujer, y se había escondido al punto en un bosquecillo de al lado.

La señorita Vatnaz estaba sola con Arnoux.

—Dispense usted si le molesto.

—De ninguna manera —contestó el comerciante.

Frédéric, a las últimas palabras de su conversación, comprendió que había acudido al Alhambra para tratar con la señorita Vatnaz un negocio urgente, y sin duda Arnoux no se encontraba enteramente tranquilizado cuando le dijo con aire de inquietud:

—¿Está usted completamente segura?

—Completamente segura; le aman a usted. ¡Qué hombre este!

Y le hacía un gesto de burla, sacando sus gruesos labios, casi sanguinolentos a fuerza de estar rojos. Pero tenía unos ojos admirables,

felinos, con chispas doradas en las pupilas, llenos de malicia, de amor, de sensualidad. Alumbraban como lámparas la tez algo amarilla de su flaca fisonomía. Arnoux parecía gozar con sus sofiones, se inclinó hasta ella y le dijo:

—Es usted amable, béseme usted.

Y ella, cogiéndole por las orejas, le besó en la frente.

En aquel momento se pararon los bailes, y en el sitio del director de orquesta se presentó un guapo joven, demasiado gordo y de una blancura de cera. Llevaba el pelo negro, muy largo, peinado como Cristo; un chaleco de terciopelo azul con grandes palmas de oro; su aire, orgulloso como el de un pavo real, estúpido como un pavo común; y después de saludar al público, entonó una cancioncilla. Érase un aldeano que contaba su viaje a la capital; el artista hablaba como los de la Baja Normandía; se hacía el borracho, y el refrán

¡Ah! He reído, he reído

en ese holgazán de París

levantaba estrepitoso entusiasmo. Delmas, cantante expresivo, era demasiado maligno para que se le dejara enfriar. Le pasaron rápidamente una guitarra y gimió una romanza titulada El hermano de la albanesa.

La letra le recordó a Frédéric la que cantaba el hombre desharrapado entre los tambores del barco. Sus ojos se fijaron involuntariamente en el bajo del vestido que se hallaba delante.

Después de cada copla seguía una larga pausa, y el soplo del viento en los árboles se asemejaba al ruido de olas.

La señorita Vatnaz, separando con una mano las ramas de un aligustre que le ocultaba el tablado, contemplaba al cantante, fijamente, con las ventanas de la nariz abiertas, las cejas unidas y como perdida en una profunda alegría.

—Muy bien —dijo Arnoux—. Comprendo por qué ha venido usted esta noche al Alhambra. ¿Delmas le gusta a usted, querida?

Ella no quería confesar nada.

—¡Ah, qué pudor!

Y señalando a Frédéric, añadió:

—¿Es por este? Pues no tendría usted razón; no hay muchacho más discreto.

Los otros, que buscaban a su amigo, entraron en el sitio donde Hussonnet los presentó; Arnoux distribuyó los cigarros y regaló sorbetes a la compañía.

La señorita Vatnaz se había puesto encarnada al ver a Dussardier; se levantó enseguida y, alargándole la mano, dijo:

—¿Se acuerda usted de mí, señor Dussardier?

—¿Cómo? ¿La conoce usted? —preguntó Frédéric.

—Hemos estado en la misma casa —contestó él.

Cisy le tiraba de la manga, y se marcharon; apenas se fue, la señorita Vatnaz empezó a elogiar su carácter, y hasta añadió que tenía «el genio del corazón».

Después se habló de Delmas, que podría, con su mímica, alcanzar éxitos en el teatro, y de aquí se suscitó una discusión en que se mezcló Shakespeare, la censura, el estilo, el pueblo, las reglas de la puerta de Saint-Martin, Alejandro Dumas, Victor Hugo y Dumersan. Arnoux había conocido muchas actrices célebres; los jóvenes se acercaban para oírle. Pero sus palabras se apagaban con el ruido de la música; y al punto que la cuadrilla o la polca terminaban, todos se aproximaban a las tablas, llamaban al mozo, reían; las botellas de cerveza y de limonada gaseosa saltaban entre el follaje; las mujeres gritaban como gallinas; a veces, dos señores querían batirse; un ladrón fue detenido.

Al galope, los bailarines entraron en las avenidas. Y los antes sonrientes y con la cara roja desfilaban en torbellino, que levantaba los vestidos y los faldones de los fraques; los trombones rugían más fuerte; el ritmo se aceleraba; detrás del claustro medieval se oyeron chisporroteos y estallaron cohetes; giraban los soles; las luces de bengala, color esmeralda, iluminaron durante un minuto todo el jardín; y al último cohete, la multitud exhaló un prolongado suspiro, desfilando lentamente.

Una nube de pólvora flotaba en el aire. Frédéric y Deslauriers iban en medio de la gente, despacio, cuando los detuvo un espectáculo: Martinon tomaba el camino del depósito de los paraguas; acompañaba a una mujer de unos cincuenta años, fea, magníficamente vestida y de un rango social problemático.

—Ese mozo —dijo Deslauriers— es menos simple de lo que parece. Pero ¿dónde está Cisy?

Dussardier les señaló el café, donde vieron al hijo de los bravos delante de un tazón de ponche, en compañía de un sombrero rosa.

Hussonnet, que se había ausentado hacía cinco minutos, se presentó en aquel momento. Una joven se apoyaba en su brazo, llamándole en voz muy alta:

—¡Gatito mío!

—No —le decía él—; en público, no; llámame vizconde. Esto da tono, género caballero Luis Trece y botas flexibles, que me agrada. Sí, amigos míos; unas relaciones antiguas. ¿No es verdad que es guapa? —Y le cogía el mentón—. Saluda a estos señores; todos son hijos de pares de Francia; los trato para que me nombren embajador.

—¡Qué loco es usted! —repuso la señorita Vatnaz.

Y rogó a Dussardier que la acompañara hasta su puerta.

Arnoux los vio alejarse, y, volviéndose después a Frédéric, le dijo:

—¿Le gustaría a usted la Vatnaz? No es usted franco en este punto. Creo que oculta usted sus amores.

Frédéric se puso pálido y contestó que no ocultaba nada.

—Es que no se le conoce a usted amante —replicó Arnoux.

Frédéric tuvo ganas de citar un nombre al azar. Pero la historia podían contársela «a ella», y respondió que, efectivamente, no tenía amante.

El comerciante se lo censuró.

—Esta noche era buena ocasión. ¿Por qué no ha hecho usted como los demás, que se van todos con una mujer?

—Bueno. ¿Y usted? —dijo Frédéric, impacientado por tal insistencia.

—Yo, hijo mío, soy diferente; me voy a buscar la mía.

Llamó un coche y desapareció.

Los dos amigos se fueron a pie. Soplaba un viento este; no hablaban ni el uno ni el otro. Deslauriers se lamentaba de no haber brillado ante el director de un periódico, y Frédéric se unía en su tristeza.

Por fin, dijo que el baile le parecía estúpido.

—¿De quién es la culpa? Si no te nos hubieras escapado por tu Arnoux...

—Cuanto yo hubiera podido hacer, hubiera sido completamente inútil.

Pero el pasante tenía sus teorías: era suficiente para obtener las cosas desearlas formalmente.

—Sin embargo, tú mismo, hace un instante...

—Bastante me importaba —dijo Deslauriers, cortando en redondo la alusión—. ¿Es que me voy a enredar con las mujeres?

Y declamó contra sus travesuras, sus necedades; en resumen, que le desagradaban.

—No las busques entonces —dijo Frédéric.

Deslauriers se calló; pero de repente exclamó:

—¿Quieres apostar cien francos a que logro la primera que pase?

—Sí; acepto.

La primera que pasó fue una repugnante mendiga. Y ya desesperaban de la casualidad, cuando en el centro de la calle Rívoli vieron a una chica alta que llevaba en la mano una cajita.

Deslauriers se le acercó debajo de los arcos; ella se dirigió bruscamente por el lado de las Tullerías y tomó luego por la plaza del Carrousel, lanzando miradas a izquierda y derecha. Corrió hacia su coche; pero Deslauriers la alcanzó; iba a su lado hablándole con gestos expresivos. Por fin aceptó ella su brazo, y continuaron a lo largo de los muelles. Después, a la altura del Châtelet, durante veinte minutos por lo menos, se pasearon por la acera como dos marinos que hacen su guardia. Pero de repente atravesaron el puente de Change, el mercado de las Flores y el muelle Napoleón. Frédéric entró detrás; Deslauriers le hizo comprender que los molestaría y que siguiera su ejemplo.

—¿Cuánto tienes todavía?

—Diez francos.

—¡Basta! Buenas noches.

Frédéric se admiró de ver el éxito de aquella broma.

«Se burla de mí —pensó—. ¡Vamos! Deslauriers creería, quizá, que le envidiaría aquel amor. Como si yo no tuviera uno, y cien veces más raro, más noble, más fuerte».

Una especie de cólera le lanzaba, y llegó delante de la puerta de la señora Arnoux.

Ninguna de las ventanas correspondía a sus habitaciones; sin embargo, permanecía con la vista fija en la fachada, como si hubiera creído que por aquella contemplación podían agujerarse los muros. En aquel instante, sin duda, descansaba tranquila, como flor dormida, con sus hermosos cabellos negros entre los encajes de la almohada, los labios entreabiertos, la cabeza sobre uno de los brazos.

La cabeza de Arnoux surgió y Frédéric se alejó para huir de aquella visión. El consejo de Deslauriers se presentó a su memoria. Se horrorizó y anduvo errante por las calles.

Cuando se adelantaba un transeúnte, procuraba distinguir sus facciones; de cuando en cuando, un rayo de luz pasaba entre sus piernas, describiendo en la

superficie del piso un inmenso cuarto de círculo, y un hombre aparecía en la sombra con su cesta y su farol. El viento, en ciertos sitios, sacudía el cañón de hierro de una chimenea; se oían sonidos lejanos, mezclándose con el zumbido de su cabeza, y creía escuchar en los aires el vago ritornello de las contradanzas.

El movimiento de su marcha sostenía aquella embriaguez. Pronto se encontró en el puente de la Concorde.

Entonces se acordó de aquella noche del invierno anterior, en que, saliendo de casa de ella por primera vez, le había sido preciso detenerse: tan fuertemente palpitaba su corazón a la presión de sus esperanzas. ¡Todas habían muerto ya!

Algunas oscuras nubes ocultaban la luna; la contemplaba soñando con la magnitud de los espacios, con la miseria de la vida, con lo vacío de todo. Amaneció; castañeteaban sus dientes; y medio dormido, mojado por la niebla y enteramente lleno de lágrimas, se preguntó por qué no acabar allí; solo un movimiento era necesario. El peso de su frente le arrastraba, veía flotar su cadáver sobre el agua; Frédéric se inclinó. El parapeto era un poco ancho, y por laxitud de su ánimo, no intentó salvarlo.

Se sobrecogió de temor; volvió a los bulevares y se dejó caer sobre un banco; los agentes de policía le despertaron, convencidos de que estaba beodo.

Se puso de nuevo en marcha; pero como tenía mucha hambre y todos los restaurantes estaban cerrados, se fue a cenar a un bodegón de los mercados; después de lo cual, juzgando que aún era demasiado pronto, se paseó por los alrededores de la casa-ayuntamiento hasta las ocho y cuarto.

Deslauriers hacía mucho tiempo que había despedido a la doncella y escribía en la mesa, en medio del cuarto. Hacia las cuatro entró el señor Cisy.

Gracias a Dussardier, la noche anterior se vio con una señora, y hasta la acompañó en coche, con su marido, a la puerta de su casa, en que ella le dio cita. De allí venía. No conocían aquel nombre.

—¿Qué quiere usted que le haga yo? —dijo Frédéric.

Entonces, el noble habló de la señorita Vatnaz, de la andaluza y de todas las demás. Por fin, con muchas perífrasis, expuso el objeto de su visita: confiando en la discreción de su amigo, venía a que le auxiliase en un paso, después del cual se consideraría definitivamente como un hombre; y Frédéric no lo rehusó. Contó la historia a Deslauriers sin decir la verdad en lo que personalmente le concernía.

El pasante dijo que iba ahora muy bien. Aquella deferencia a sus consejos aumentó su buen humor.

Por ella había seducido desde el primer día a la señorita Daviou (Clémence), bordadora de oro para uniformes militares, la persona más dulce del mundo y esbelta como una caña, con grandes ojos azules, siempre embobados. El pasante abusaba de su candor hasta hacerle creer que estaba condecorado: adornaba su levita con una cinta encarnada en sus entrevistas; pero se la quitaba en público para no humillar a su principal, decía. Por lo demás, la tenía a distancia, se dejaba acariciar como un pachón y la llamaba «hija del pueblo», como en broma. Ella le traía siempre ramitos de violetas.

Frédéric habría querido un amor semejante.

Sin embargo, cuando salían del brazo para ir al gabinete de la casa de Pinson o de la de Barillot, sentía una singular tristeza. Frédéric no sabía cuánto, desde hacía un año, había hecho sufrir a Deslauriers cuando se cepillaba las uñas, antes de ir a comer a la calle Choiseul.

Una noche, de lo alto de su balcón los veía salir, y de lejos, a Hussonnet en el puente de Arcole. El bohemio se puso a llamar a Frédéric por señas y este bajó sus cinco pisos.

—He aquí la cosa: el sábado próximo, veinticuatro, son los días de la señora Arnoux.

—¿Cómo? ¡Si se llama Marie!

—Y Angèle también. ¡Qué importa! La fiesta se dará en su casa de campo de Saint-Cloud. Estoy encargado de prevenirle a usted. Encontrará usted vehículo a las tres en el periódico. Quedamos en eso; dispense usted que le haya molestado. ¡Pero tengo tantas cosas que hacer...!

Frédéric no había dado un paso, cuando su portero le entregó una carta:

«El señor y la señora Dambreuse ruegan al señor F. Moreau que les dispense el honor de venir a comer a su casa el sábado 24 del corriente. (Se suplica contestación)».

«Demasiado tarde», pensó. Sin embargo, enseñó la carta a Deslauriers, que exclamó:

—¡Por fin! Pero no pareces contento. ¿Por qué?

Frédéric vaciló un momento y dijo que tenía para aquel mismo día otra invitación.

—Hazme el favor de echar a rodar la calle Choiseul. Nada de tonterías; contestaré por ti, si no te molesta. —Y el pasante escribió aceptando en tercera persona.

No habiendo visto sociedad jamás sino a través de la fiebre de sus ansias, se la imaginaba como una creación artificial, funcionando en virtud de leyes

matemáticas. Una comida de convite, el encuentro de un hombre, la sonrisa de una mujer linda, por una serie de actos, consecuencia los unos de los otros, producen gigantescos resultados. Ciertos salones parisienses eran como esas máquinas que toman la materia en estado bruto y la devuelven centuplicada en valor. Creía en las cortesanas que aconsejaban a los diplomáticos, en los matrimonios ricos logrados por las intrigas, en el genio de los galeotes, en las docilidades del azar bajo la mano de los fuertes. Por fin, estimaba el trato de los Dambreuse de tal modo útil, y habló tan bien del asunto, que Frédéric no sabía ya qué hacer.

De todas maneras, puesto que era el santo de la señora Arnoux, debía llevarle un regalo; y pensó, naturalmente, en una sombrilla para reparar su torpeza. Encontró una marquesa de seda tornasolada, con un puño de marfil cincelado que llegaba de la China; pero aquello costaba ciento setenta y cinco francos y no tenía un céntimo, pues hasta estaba viviendo a crédito sobre la usura de su próximo trimestre. Sin embargo, la quería con empeño, y a pesar de su repugnancia, recurrió a Deslauriers, que le respondió que no tenía dinero.

—Lo necesito —dijo Frédéric—, lo necesito verdaderamente.

Y como el otro repitió la misma excusa, se acaloró:

—Bien podrías alguna vez...

—¿Qué...?

—Nada.

El pasante había comprendido. Sacó de sus reservas la suma en cuestión, y cuando la hubo vaciado, moneda a moneda, dijo:

—No te pido que me la devuelvas, puesto que vivo a tus expensas.

Frédéric se abalanzó a su cuello con mil expresiones afectuosas; Deslauriers permaneció frío. Al día siguiente, viendo la sombrilla sobre el piano, preguntó:

—¡Ah! ¿Era para eso?

—Quizá la envíe —dijo cobardemente Frédéric.

La casualidad le sirvió, porque aquella tarde recibió un billete de luto en que la señora de Dambreuse le anunciaba la pérdida de un tío, excusándose de diferir para más adelante el placer de conocerle.

Desde las dos se encontraba en la oficina del periódico. En lugar de esperarle para llevarle en su coche, Arnoux se había marchado la víspera, no resistiendo más a su necesidad de aire libre.

Todos los años, desde las primeras hojas, durante muchos días seguidos, se iba al campo por la mañana, hacía largas excursiones a campo traviesa, bebía leche en las haciendas, bromeaba con los aldeanos, se informaba de las cosechas y se llevaba en su pañuelo las ensaladas. Por fin, realizando un sueño antiguo, se había comprado una casa de campo.

Mientras Frédéric hablaba con el dependiente, se presentó la señorita Vatnaz y se mostró muy contrariada de no ver a Arnoux, que permanecería allá todavía dos días quizá. El dependiente le aconsejaba «que fuera allí»: ella no podía ir; que escribiera una carta: temía que la carta se perdiera. Frédéric se ofreció a llevarla él mismo; la escribió rápidamente, y le rogó que no la entregase delante de testigos.

Cuarenta minutos después llegaba a Saint-Cloud.

La casa, cien pasos más allá del puente, estaba situada en mitad de la colina. Los muros del jardín quedaban escondidos por dos hileras de tilos, y una extensa pradera bajaba hasta el borde del río. La puerta de la verja estaba abierta, y Frédéric entró.

Arnoux, tendido en la hierba, jugaba con unos gatitos recién nacidos. Aquella distracción parecía absorberle por completo. De ella le sacó la carta de la señorita Vatnaz.

—¡Diablo, diablo! Esto es fastidioso; tiene razón: es preciso que vaya.

Después, habiendo metido la misiva en el bolsillo, sintió gran placer en enseñar su dominio; lo enseñó todo: la caballeriza, la cochera, la cocina. El salón estaba a la derecha y hacia el lado de París; daba a una baranda en forma de enrejado que ostentaba una clemátide. En esto, por encima de sus cabezas, se oyó un trino, y era que la señora Arnoux, creyéndose sola, se entretenía cantando, haciendo escalas, gorjeos, arpegios. Lanzaba notas sostenidas, que parecían quedar en suspenso; otras caían precipitadamente, como las gotas de una cascada; y su voz, pasando por la celosía, cortaba el profundo silencio, elevándose hacia el cielo azul.

Se calló de repente, cuando los señores Oudry y dos vecinos se presentaron.

Después, ella misma vino a lo alto de la escalera, enseñando el pie al bajarla. Llevaba zapatitos escotados de piel encarnada, con tres listas transversales, que dibujaban en su media una especie de rejilla dorada.

Los invitados llegaron. Y excepto el señor Lefauchaux, abogado, eran los mismos convidados de los jueves. Cada cual había traído su regalo: Dittmer, una banda asiria; Rosenwald, un álbum de romanzas; Burieu, una acuarela; Sombaz, su propia caricatura, y Pellerin, un apunte al carbón que representaba

una especie de danza macabra, repugnante fantasía de mediana ejecución. Hussonnet se creyó dispensado de todo presente.

Frédéric esperó a ser el último para ofrecer el suyo. Ella le dio las gracias, y dijo él entonces:

—Es que... era casi una deuda. ¡Me contrarió tanto!

—¿El qué? —contestó ella—. No comprendo.

—¡A la mesa! —dijo Arnoux, cogiéndole por el brazo, y al oído—: No es usted muy listo.

Nada tan agradable como el comedor, pintado de color verde mar. En uno de los extremos, una ninfa de piedra introducía su pie en una fuente en forma de concha. Por las ventanas abiertas se veía todo el jardín, con la larga pradera que flanqueaba un pino de Escocia, en sus tres cuartas partes despojado y en que brotaban desigualmente macizos de flores; y más allá del río se desarrollaban, en ancho semicírculo, el bosque de Boulogne, Nevilly, Sèvres, Meudon. Delante de la verja, enfrente, un bote de vela daba sus abordadas.

Primeramente se habló de aquella vista que tenían, después del paisaje en general, y las discusiones empezaban cuando Arnoux dio orden a su criado de enganchar la americana hacia las nueve y media. Una carta de su cajero le llamaba.

—¿Quieres que me vuelva contigo? —dijo la señora.

—Sí, por cierto. —Y haciendo un galante saludo, añadió—: Bien sabe usted, señora, que no puedo vivir sin usted.

Todos la cumplieron por el buen marido que tenía.

—Es que no soy yo sola —replicó dulcemente, señalando a su hijita.

Después, la conversación volvió sobre la pintura.

Se habló de un Ruysdaël, del que Arnoux esperaba obtener sumas importantes. Y Pellerin preguntó si era verdad que el famoso Saül Mathias, de Londres, había ido el mes anterior a ofrecerle veintitrés mil francos.

—Nada más exacto. —Y volviéndose hacia Frédéric, dijo—: Es aquel mismo caballero que yo paseaba el otro día en el Alhambra, bien a pesar mío, lo aseguro, porque esos ingleses no son divertidos.

Frédéric, sospechando de la carta de la señorita Vatnaz alguna historia de mujeres, se admiraba de la naturalidad del señor Arnoux para encontrar un medio honroso de largarse; pero su nueva mentira, absolutamente inútil, le hizo abrir desmesuradamente los ojos.

El comerciante añadió con el aire más sencillo:

—¿Cómo se llama aquel joven alto, amigo de usted?

—Deslauriers —contestó apresuradamente Frédéric.

Y para reparar las faltas que había cometido con él, le elogió como inteligencia superior.

—¿De veras? Pues no tiene el aire de buen muchacho que el otro, el dependiente de transportes.

Frédéric maldijo a Dussardier, porque ella iba a creer que se codeaba con gentes ordinarias.

Luego se trató de los embellecimientos de la capital, de los barrios nuevos, y el buen hombre de Oudry citó entre los grandes especuladores al señor Dambreuse.

Frédéric, aprovechando la ocasión de hacerse valer, dijo que le conocía. Pero Pellerin se lanzó a una catilinaria contra los horteras, vendedores de bujías o de plata, entre los cuales no veía diferencia. Después, Rosenwald y Burieu se ocuparon de porcelanas; Arnoux, de jardinería con la señora Oudry; Sombaz, bufón de la antigua escuela, se entretenía en hacer bromas a su esposo, llamándole Odry, como el actor, declarando que debía descender de Oudry, el pintor de los perros, porque el hueso de los animales era visible en su frente; hasta quiso tocarle el cráneo, a lo que el otro se opuso por causa de su peluca. Y el postre acabó en carcajadas.

Cuando hubieron tomado el café, bajo los tilos, fumado y dadas muchas vueltas por el jardín, fueron a pasear a lo largo del río.

La concurrencia se detuvo ante un pescador que limpiaba unas anguilas. La señorita Marthe quiso verlas; él vació su cesta sobre la hierba, y la chiquilla se hincó de rodillas para cogerlas, riendo de gusto y gritando de miedo; todas se perdieron, y Arnoux las pagó.

Enseguida se le ocurrió la idea de dar un paseo en bote.

Uno de los lados del horizonte empezaba a palidecer, mientras que por el otro un amplio color naranja se extendía por el cielo y aún más purpurino en la cima de las colinas, ya enteramente negras. La señora Arnoux se hallaba sentada en una piedra grande, con aquel resplandor de incendio a su espalda; las restantes personas andaban de acá para allá; Hussonnet, junto al ribazo, tiraba chinas al agua.

Arnoux volvió con una chalupa vieja, donde, a pesar de las observaciones más razonables, apiló a sus convidados; zozobraba y fue preciso desembarcar.

Ya alumbraban las bujías en el salón, vestido de persa, con candelabros de cristal en las paredes. La señora Oudry se dormía nuevamente en una butaca y

los demás escuchaban al señor Lefauchaux discutiendo sobre las glorias de la abogacía; la señora Arnoux estaba sola cerca de la ventana: Frédéric se le acercó.

Hablaron de lo que se dice: admiraba ella a los oradores; él prefería la gloria de los escritores. Pero debía de sentirse, decía ella, un goce mucho mayor en conmover a las masas directamente por sí mismo, viendo cómo pasan a sus almas todos los sentimientos del que habla. Aquellos triunfos no tentaban a Frédéric, que carecía de ambición.

—¿Por qué? —dijo ella—. Es preciso tener alguna.

Se hallaban el uno cerca del otro, en pie, en el hueco de la ventana. La noche se extendía delante, como un inmenso velo oscuro sembrado de plata. Aquella era la primera vez que no hablaban de cosas insignificantes. Llegó hasta a conocer sus antipatías y sus gustos: ciertos perfumes le hacían daño; los libros de historia le interesaban; creía en los sueños.

Abordó él el capítulo de las aventuras sentimentales, y ella compadecía los desastres de la pasión, pero le indignaban las infamias hipócritas; y aquella rectitud de espíritu correspondía tan bien con la belleza correcta de su rostro que parecía su consecuencia.

A veces sonreía, deteniendo en él sus ojos un minuto. Entonces Frédéric sentía penetrar sus miradas en su alma, como esos grandes rayos de sol que descienden hasta el fondo del agua. La amaba sin segunda intención, sin esperanza de correspondencia, absolutamente; y en aquellos mudos transportes, parecidos a expansiones de la gratitud, hubiera deseado cubrir su frente de una lluvia de besos. Sin embargo, un soplo interior le arrastraba como fuera de sí; era aquello un deseo de sacrificarse, una necesidad de adhesión inmediata, y tanto más fuerte cuanto que no podía saciarla.

No se marchó con los otros ni Hussonnet tampoco; debían volverse en el coche, y la americana esperaba al pie de la escalera, cuando Arnoux bajó al jardín para coger rosas. Después de atado el ramo con un hilo, como los tallos quedaban desiguales, buscó en su bolsillo, lleno de papeles; sacó uno a la ventura, los envolvió, consolidó su obra con un alfiler grande y lo ofreció a su mujer con una cierta emoción:

—Toma, querida mía. Y perdóname si te he descuidado.

Pero ella lanzó un pequeño grito; el alfiler, torpemente colocado, la había herido, y subió a su habitación. La esperaron cerca de un cuarto de hora; por fin, se presentó, cogió a Marthe y entró en el coche.

—¿Y tu ramo? —dijo Arnoux.

—Déjalo; no merece la pena.

Frédéric corría para ir a buscarlo, y ella exclamó:

—No lo quiero.

Pero lo trajo enseguida, diciendo que acababa de volver a meter los cabos en el sobre porque había encontrado las flores por el suelo. Las puso ella en la funda de cuero del asiento y partieron.

Frédéric, sentado junto a ella, notó que temblaba horribilmente. Después, cuando pasaron el puente, como Arnoux giraba a la izquierda, ella dijo:

—No es por ahí; te equivocas. Por allí, a la derecha.

Parecía irritada: todo la molestaba. Por fin, Marthe cerró los ojos, sacó el ramo y lo tiró por la portezuela, cogiendo después el brazo de Frédéric, haciéndole señas con la otra mano de no hablar jamás de aquello. Luego puso su pañuelo sobre sus labios y no chistó más.

Los otros dos, en el pescante, hablaban de imprenta, de suscriptores. Arnoux, que guiaba sin atención, se perdió en medio del bosque de Boulogne, y entraron en caminos estrechos. El caballo iba al paso; las ramas de los árboles rozaban la capota. Frédéric no veía de la señora Arnoux sino sus dos ojos en la sombra; Marthe se echó sobre ella, y él le sostenía la cabeza.

—¿Le molesta a usted? —dijo su madre.

Él contestó:

—No. ¡Oh, no!

Pequeños remolinos de polvo se levantaban; atravesaron Auteuil; todas las casas se hallaban cerradas; algún reverbero, a trechos, alumbraba el ángulo de un muro, volviéndose luego a las tinieblas; en una ocasión advirtió que ella lloraba.

¿Era aquello un remordimiento, un deseo? ¿Qué era? Aquella pena, que no conocía, le interesaba como cosa personal; ahora existía entre ellos un nuevo lazo, una especie de complicidad. Y le dijo con la voz más cariñosa que pudo:

—¿Sufre usted?

—Sí; un poco —contestó.

Rodaba el coche. Y las madreselvas y las siringuillas olorosas brotaban en los jardines, enviando en la noche oleadas de perfumes suaves. Los numerosos pliegues de su vestido cubrían sus pies.

Le parecía comunicar con su persona toda, por medio de aquel cuerpo infantil extendido entre ellos; se inclinó sobre la niña, y separando sus lindos cabellos oscuros, le besó la frente.

—Usted es bueno —dijo la señora Arnoux.

—¿Por qué?

—Porque quiere usted a los niños.

—No a todos.

Y no añadió nada. Pero alargó la mano izquierda hacia ella y la tuvo abierta completamente, figurándose que iba ella a hacer otro tanto, quizá, y que se encontrarían; pero le dio vergüenza y la retiró.

Pronto llegaron al empedrado; el coche andaba más deprisa. Los faroles de gas se multiplicaban: estaban en París. Hussonnet saltó de su sitio delante del guardamueble. Frédéric esperó para bajarse a que estuvieran en el patio, emboscándose luego en la esquina de la calle Choiseul y viendo a Arnoux que volvía en dirección a los bulevares.

Desde el día siguiente se puso a trabajar con todas sus fuerzas. Se veía en un tribunal, en una tarde de invierno, al final de la sesión, cuando los jurados están pálidos y la muchedumbre, excitada, hace crujir las barandillas del pretorio, hablando hacía ya cuatro horas, resumiendo todas sus pruebas, descubriendo otras nuevas y sintiendo a cada frase, a cada palabra, a cada gesto, levantarse la cuchilla de la guillotina, colocada a su espalda; después, en la tribuna de la Cámara, orador que lleva en sus labios la salvación de todo un pueblo, ahogando a sus adversarios con sus prosopopeyas, aplastándolos con una respuesta, con rasgos y entonaciones musicales en la voz, irónico, patético, fogoso, sublime. Ella estaría allí, en algún sitio, en medio de la gente, ocultando con su velo sus lágrimas de entusiasmo; después se juntarían, y los desalientos, las calumnias y las injurias no le alcanzarían si ella le decía: «¡Qué hermoso es eso!», pasándole por la frente sus manos ligeras.

Aquellas imágenes figuraban como faros en el horizonte de su vida. Su espíritu, excitado, se hizo más inteligente y más fuerte. Hasta el mes de agosto se encerró, y logró el aprobado en su último examen.

Deslauriers, a quien había costado tanto trabajo enseñarle una vez para el segundo, a finales de diciembre, y para el tercero, en febrero, se admiraba de su ardor. Entonces renacieron las antiguas esperanzas. En diez años era preciso que Frédéric fuese diputado; en quince, ministro; ¿por qué no? Con su patrimonio, que iba a recoger pronto, podría, primero, fundar un periódico: este sería el principio: después, ya se vería. Él, por su parte, seguía ambicionando siempre una cátedra en la Escuela de Derecho; y presentó su discurso para el doctorado de una manera tan notable, que le valió los plácemes de los profesores.

Frédéric hizo el suyo tres días después. Antes de marcharse de vacaciones

se le ocurrió la idea de una comida a escote para cerrar las reuniones de los sábados. Se mostró alegre en ella.

La señora Arnoux se hallaba entonces con su madre en Chartres, pero pronto volvería a verla y acabaría por ser su amante, sin duda alguna.

Deslauriers, admitido aquel mismo día en la parlotte (academia charlatana de jurisprudencia) de Orsay, había hecho un discurso muy aplaudido. Aunque fuera sobrio, Frédéric se alegró y le dijo a Deslauriers, a los postres:

—Tú eres honrado. Cuando yo sea rico te nombraré mi administrador.

Todos eran felices: Cisy no acabaría su derecho; Martinon iba a continuar su tiempo en provincias, donde sería nombrado sustituto; Pellerin preparaba un gran cuadro que representaba el «Genio de la Revolución»; Hussonnet, en la semana próxima, debía leer al director de un teatrito de recreo el plan de una pieza, y no dudaba del éxito:

—Porque el andamio de la obra me lo conceden; las pasiones, he corrido en ellas lo bastante para conocerlas, y los rasgos de ingenio son mi oficio.

Dio un salto, puso las manos en el suelo y anduvo con los pies en alto por algún tiempo alrededor de la mesa.

Aquella gatería no desarrugó el ceño de Sénécal. Acababa de despedirse de su pensión por haber pegado al hijo de un aristócrata. Como aumentaba su miseria, renegaba del orden social, maldecía de los ricos y se desahogaba en el seno de Regimbart, que cada vez estaba más desilusionado, entristecido, disgustado. El ciudadano se ocupaba por entonces de las cuestiones de presupuestos y acusaba a la camarilla de perder millones en Argelia.

Como no podía dormir sin pasar por el cafetín Alexandre, desapareció en cuanto fueron las once. Los otros se retiraron más tarde, y Frédéric, al despedirse de Hussonnet, supo que la señora Arnoux había debido llegar la víspera.

Fue, en consecuencia, a las mensajerías, para cambiar su billete para el día siguiente, y hacia las seis se presentó en casa de ella. Su vuelta, le dijo el portero, se había retrasado una semana. Frédéric cenó solo y luego se puso a pasear por los bulevares.

Las nubes, de color de rosa, formaban una franja por encima de los tejados; empezaban ya a levantar los toldos de algunas tiendas; los carros de riego derramaban su lluvia sobre el polvo, y una inesperada frescura se mezclaba con las emanaciones de los cafés, que dejaban ver por sus puertas abiertas, entre plateados y dorados, flores en canastillos que se dibujaban en los altos espejos. La gente andaba despacio; había grupos de hombres hablando en medio de la acera, y pasaban las mujeres con cierta blancura en los ojos y ese

tinte de camelia que da a las carnes femeninas la lasitud de los grandes calores. Algo enorme se extendía envolviendo las casas. Jamás París le pareció tan hermoso. En el porvenir únicamente percibía una interminable serie de años enteramente llenos de amor.

Se detuvo delante del teatro de la puerta de Saint-Martin mirando el anuncio; y para pasar el tiempo tomó un billete.

Se representaba una antigua comedia de magia. Los espectadores eran escasos, y en las lucernas del paraíso la claridad se cortaba en pequeños cristales azules, mientras que los quinqués de la batería del escenario formaban una sola hilera de luces amarillas. La escena figuraba un mercado de esclavos en Pekín, con campanillas, tam-tam, sultanes, gorros puntiagudos y juegos de palabras. Bajado el telón, anduvo por el fumadero, solitario, y admiró en el bulevar, al pie de la escalera, un gran landau verde, tirado por dos caballos blancos que sujetaba un cochero de calzón corto.

Ocupaba de nuevo su sitio, cuando en la baranda del primer palco de proscenio asomaron una señora y un caballero. El marido, de rostro pálido, con una rala barba gris, el botón de la Legión de Honor y ese aspecto glacial que se atribuye a los diplomáticos.

Su mujer, veinte años más joven por lo menos, ni alta ni baja, ni fea ni bonita, llevaba sus rubios cabellos en tirabuzones a la inglesa, un traje de cuerpo liso y un gran abanico de encaje negro. Para que gentes de semejante clase vinieran al espectáculo en aquella estación era preciso suponer una casualidad o el fastidio de pasar las noches solos. La señora mordía su abanico y el caballero bostezaba. Frédéric no conseguía recordar dónde había visto aquella cara.

En el entreacto siguiente, al atravesar un corredor, encontró a ambos; al ligero saludo que hizo, el señor Dambreuse, reconociéndole, le llamó y se excusó inmediatamente de imperdonable negligencia. Aquella era alusión a las numerosas tarjetas enviadas por consejo del pasante. Con todo, confundía las épocas creyendo que Frédéric estaba en el segundo año de derecho. Después le envidió por marcharse al campo; necesitaría él también a su vez de descanso, pero los negocios le retenían en París.

La señora Dambreuse, apoyada en su brazo, inclinaba la cabeza ligeramente, y la espiritual amenidad de su semblante contrastaba con su expresión aburrida de poco antes.

—Allí se encuentran agradables distracciones —dijo refiriéndose a las últimas palabras de su marido—. ¡Qué espectáculo tan estúpido este!, ¿verdad, caballero?

Y los tres permanecieron en pie hablando de teatro y obras nuevas.

Frédéric, acostumbrado a los gestos de las burguesas provincianas, no había visto en mujer alguna semejante soltura de maneras, aquella sencillez que es un refinamiento y en la cual ven los cándidos la expresión de una instantánea simpatía.

Contaban con él a su vuelta; el señor Dambreuse le encargó sus recuerdos para el tío Roque.

Frédéric no dejó, al entrar en su casa, de referir aquella acogida a Deslauriers.

—¡Fabuloso! —repuso el pasante—. Y no te dejes enredar por tu mamá. Vuélvete enseguida.

Al día siguiente de su llegada, después del almuerzo, la señora Moreau llevó a su hijo al jardín.

Le dijo lo feliz que era viéndole en carrera, porque no eran tan ricos como se creía; la tierra producía poco; los renteros pagaban mal, y hasta se había visto obligada a vender su coche; por fin le expuso la situación.

En las primeras dificultades de su viudez, un hombre astuto, el señor Roque, le había hecho préstamos de dinero, renovados, prolongados a su pesar. De repente vino a reclamarlos y tuvo que pasar por sus condiciones, cediéndole por un precio irrisorio la finca de Presles. Diez años más tarde desaparecía su capital por la quiebra de un banquero de Melun. Por horror de las hipotecas y para conservar apariencias útiles al porvenir de su hijo, y como el tío Roque se ofreciera nuevamente, le escuchó una vez más. Ahora ya había liquidado con él. En resumen: les quedaban aproximadamente diez mil francos de renta, de los cuales eran de él dos mil trescientos, todo su patrimonio.

—Eso no es posible —exclamó Frédéric.

Con un movimiento de cabeza le contestó que aquello era muy posible.

Pero su tío le dejaría algo.

Nada menos seguro.

Y dieron una vuelta por el jardín sin hablar. Por fin le estrechó contra su corazón y, con voz ahogada por las lágrimas, le dijo:

—¡Ah, pobre hijo! ¡Cuántos años he tenido que abandonar!

Se sentó él sobre un banco, a la sombra de una gran acacia.

Le aconsejaba su madre que entrara de pasante en casa del señor Prouharam, abogado, quien le cedería su estudio; si lo hacía valer, podría revenderlo y encontrar un buen partido.

Frédéric no oía ya; miraba maquinalmente, por encima de la valla, al otro

jardín, enfrente.

Una niña de doce años aproximadamente, que tenía el pelo rojo, estaba allí enteramente sola. Se había hecho pendientes de las bayas de serbal; su cotilla de lienzo gris dejaba al descubierto sus hombros, un poco tostados por el sol; manchas de dulce ensuciaban su falda blanca, y había una gracia de joven bestia salvaje en su persona toda, a la vez nerviosa y endeble. La presencia de un desconocido la admiraba, indudablemente, porque se había parado bruscamente con su regadera en la mano, fijando en él sus pupilas, de un verde azulado límpido.

—Esa es la hija del señor Roque —dijo la señora Moreau—. Su padre acaba de casarse con su criada y de legitimar a su hija.

VI

¡Arruinado, despojado, perdido!

Se quedó en el banco como aturdido por una conmoción, maldiciendo la suerte y deseando pegar a alguien. Para aumentar su desesperación, sentía pesar sobre sí una especie de ultraje, de deshonra; porque se había figurado que su fortuna paterna llegaría un día a quince mil libras de renta, y se lo había hecho saber de una manera indirecta a los Arnoux. Iba, pues, a pasar por un hablador, por un pícaro, por un oscuro danzante que se había introducido en casa de ellos con la esperanza de algún provecho. ¿Y cómo volvería a verla ahora a ella, a la señora Arnoux? Eso, además, era completamente imposible no teniendo más que tres mil francos de renta. Porque no podía vivir siempre en un cuarto piso, teniendo por criado al portero, y presentarse con modestos guantes azulados por las puntas, sombrero grasiento, la misma levita durante un año. No, no; jamás. Sin embargo, la existencia sin ella era intolerable. Muchos vivían bien sin fortuna. Deslauriers, entre otros; y se llamaba cobarde atribuyendo semejante importancia a cosas que solo la tenían mediana. La miseria quizá centuplicaría sus fuerzas. Y se exaltó pensando en los grandes hombres que trabajaban en las buhardillas. Un alma como la de la señora Arnoux debía de conmoverse ante aquel espectáculo, y se enternecería. Así que aquella catástrofe era una dicha, después de todo: como esos temblores de tierra que dejan al descubierto tesoros, ella le había revelado las secretas opulencias de su naturaleza. Pero no existía más que un sitio único en el mundo para hacerlas valer: París; porque en sus ideas, el arte, la ciencia y el amor (esas tres fases de Dios, como hubiera dicho Pellerin) dependían exclusivamente de la capital.

Por la noche le declaró a su madre que volvería allí. La señora Moreau quedó sorprendida e indignada; aquello era una locura, un absurdo. Mejor haría con seguir sus consejos, es decir, con permanecer a su lado, en un estudio. Frédéric se encogió de hombros, diciendo: «¡Vaya!», creyéndose insultado por aquella proposición.

Entonces, la buena señora empleó otro método. Con voz tierna y pequeños sollozos, se puso a hablar de su soledad, de su vejez, de los sacrificios que había hecho. Ahora que era más desgraciada, la abandonaba. Y después, aludiendo a su próximo fin, añadió:

—Un poco de paciencia, Dios mío; muy pronto serás libre.

Aquellas lamentaciones se repitieron veinte veces al día durante tres meses; y al mismo tiempo, las delicadezas del hogar le corrompían: gozaba con tener una cama más blanda, toallas sin jirones; tanto, que cansado, enervado, vencido al fin por la terrible fuerza de la dulzura, Frédéric se dejó llevar a casa del señor Prouharam.

No mostró allí ni ciencia ni aptitud: le habían considerado hasta entonces como un joven de gran ingenio que debía ser la gloria de la provincia; aquello fue una decepción pública.

Al principio se dijo: «Es preciso avisar a la señora Arnoux». Y durante una semana meditó cartas ditirámbicas y breves billetes en estilo lapidario y sublime. El temor de confesar su situación le contenía. Después pensó en que sería mejor escribir al marido: Arnoux conocía la vida y sabía comprenderla. Por fin, después de quince días de vacilación, se dijo: «¡Bah! ¡No debo volverlos a ver! ¡Que me olviden! Por lo menos, no habré desmerecido en su recuerdo; ella me creerá muerto y me extrañará... quizá».

Como si las resoluciones excesivas le costaran poco, se juró no volver a París y hasta no informarse de la señora Arnoux.

Sin embargo, echaba de menos el olor del gas y el ruido de los ómnibus. Pensaba en todas las palabras que le había dicho, en el timbre de su voz, en la luz de sus ojos, y considerándose como hombre muerto, no hacía nada, absolutamente nada...

Se levantaba muy tarde y miraba por su ventana los tiros de los carreteros que pasaban. Los seis primeros meses, sobre todo, fueron abominables.

En ciertos días, sin embargo, se indignaba contra sí mismo; entonces salía, se iba a las praderas, medio cubiertas durante el invierno por los desbordamientos del Sena, divididas por hileras de álamos. A trechos se veía un puentecillo. Por ellas vagaba hasta la noche, pisando las hojas amarillentas, aspirando la bruma, saltando los fosos; a medida que sus arterias batían más

fuertemente, le arrastraban deseos furiosos de actividad: quería hacerse tramposo en América, servir a un bajá en Oriente, embarcarse como marinero, y exhalaba su melancolía en largas cartas a Deslauriers, que bullía por su parte para abrirse camino.

La cobarde conducta de su amigo y sus eternas jeremiadas le parecían estúpidas. Muy pronto su correspondencia vino a ser casi nula. Frédéric había dado todos sus muebles a Deslauriers, que conservaba su alojamiento. Su madre le hablaba de eso de cuando en cuando; por fin, un día confesó su regalo, y ella le reñía, cuando recibió una carta.

—¿Qué es eso? —dijo—. ¿Tiemblas?

—No tengo nada —contestó Frédéric.

Deslauriers le manifestaba que había recogido a Sénécál, y desde hacía quince días vivían juntos. ¿Luego Sénécál se establecía ahora en medio de las cosas que procedían de casa de Arnoux? Podía venderlas, hacer observaciones y gracias sobre ellas. Frédéric se sintió ofendido hasta el fondo del alma; subió a su cuarto porque tenía ganas de morir.

Su madre le llamó para consultarle a propósito de una plantación en el jardín.

Aquel jardín, a modo de parque inglés, se hallaba cortado en el centro por una valla de palo, y la mitad pertenecía al tío Roque, que poseía otro para verduras a orilla del río. Los dos vecinos reñidos se abstendrían de ir a aquellos sitios a las mismas horas. Pero desde que Frédéric había vuelto, el buen hombre se paseaba por allí con más frecuencia y no economizaba las cortesías al hijo de la señora Moreau y le compadecía por tener que habitar en una pequeña población. Un día le contó que el señor Dambreuse había preguntado por él; otra vez se extendió acerca de la costumbre de Champán, donde el vientre ennoblecía.

—En aquel tiempo hubiera usted sido un señor, puesto que su madre de usted se llamaba de Fouvens. Y pueden decir lo que quieran, pero un apellido ya es algo. Después de todo —añadió mirándole maliciosamente—, eso es cosa que depende del guardasellos.

Aquella pretensión de aristocracia iba singularmente con su persona. Como era bajo, su larga levita castaña aumentaba lo bajo de su busto. Cuando se quitaba la gorra, se veía una cara casi femenina, con una nariz extremadamente puntiaguda; su pelo, de color amarillo, parecía una peluca; saludaba a la gente inclinándose mucho, rozando las paredes.

Hasta los cincuenta años se había contentado con el servicio de Catherine, una lorenesa de la misma edad que él y muy picada de viruela; pero hacia

1834 llegó de París una linda rubia, de figura acarnerada, con el porte de una reina. Muy pronto se la vio pavoneándose con grandes pendientes, y todo se explicó con el nacimiento de una niña, inscrita con el nombre de Élisabeth-Olympe-Louise Roque.

Catherine, en sus celos, esperaba que execraría a aquella niña; por el contrario, la amó, rodeándola de cuidados, atenciones y caricias, para suplantar a su madre y hacerla odiosa; empresa fácil, porque Éléonore descuidaba completamente a la pequeña, prefiriendo la charla con los proveedores. Desde el día siguiente de su matrimonio, fue de visita al subgobierno, no tuteó más a las criadas y creyó debía mostrarse, por buen tono, severa con su hija, asistiendo a sus lecciones. El profesor, un viejo burócrata de la alcaldía, no sabía arreglarse; la discípula se insubordinaba, recibía bofetadas y se iba a llorar sobre las rodillas de Catherine, que le daba invariablemente la razón. Entonces se peleaban las dos mujeres, y el señor Roque las hacía callar. Se había casado por ternura hacia su hija y no quería que la atormentaran.

A menudo llevaba un vestido blanco hecho jirones, con unos pantalones guarnecidos de encajes; y en las grandes fiestas salía vestida como una princesa, para mortificar un poco a los vecinos, que prohibían a sus hijos el tratarla, visto su nacimiento ilegítimo.

Vivía sola en su jardín; se mecía en el columpio; corría tras las mariposas, y de repente se paraba a contemplar las cetanias que se posaban en los rosales. Aquellas costumbres eran indudablemente las que daban a su fisonomía una expresión de atrevimiento y melancolía a la vez. Tenía la estatura de Marthe, además; tanto, que Frédéric le dijo desde su segunda entrevista:

—¿Quiere usted permitirme que la bese, señorita?

La personita alzó la cabeza y contestó:

—Con mucho gusto.

Pero la valla de palo los separaba. Y Frédéric dijo:

—Es preciso subir ahí.

—No; levánteme usted.

Se inclinó por encima de la valla y la cogió por los brazos, besándola en las dos mejillas; la volvió luego a dejar en su sitio por el mismo procedimiento, que se renovó las siguientes veces.

Sin mayor reserva que una niña de cuatro años, en cuanto oía venir a su niño se lanzaba a su encuentro, o bien, escondiéndose detrás de un árbol, imitaba el ladrido de un perro para asustarle.

Un día que la señora Moreau había salido, le hizo subir a su cuarto. Ella abrió todos los tarros de esencia, se dio pomada en el pelo abundantemente; después, sin la menor vergüenza, se acostó en su cama, donde permaneció todo el tiempo despierta.

—Me figuro que soy tu mujer —le decía.

Al día siguiente la vio llorando, confesando «que lloraba sus pecados»; y como él tratara de conocerlos, respondió bajando los ojos:

—No me preguntes más.

Se acercaba la primera comunión; por la mañana la llevaron a confesar. El sacramento no la hizo más juiciosa. Con frecuencia se encolerizaba verdaderamente y se recurría a Frédéric para calmarla.

Muchas veces la llevaba a sus paseos. Mientras él soñaba andando, ella cogía amapolas al borde de los trigos; y cuando le veía más triste que de ordinario, trataba de consolarle con frases agradables. Su corazón, privado de amor, se entregó a aquella amistad de niño. Le dibujaba muñecos, le contaba historias y le leía.

Empezó por los Anales románticos, colección de versos y prosa, entonces célebre. Después, olvidándose de su edad, tanto le encantaba su inteligencia, le leyó sucesivamente Atala, Cinco de marzo, Las hojas de otoño. Pero una noche (aquella noche había oído a Macbeth en la sencilla traducción de Letourneur) se despertó gritando: «¡La mancha, la mancha!». Sus dientes chocaban y temblaban, y fijando sus ojos espantados en su mano derecha, la frotaba diciendo: «¡Siempre una mancha!».

Por fin llegó el médico, que prescribió que evitara emociones.

Los vecinos no vieron en aquello más que un pronóstico desfavorable para sus costumbres.

Decían que «el hijo Moreau» quería hacer de ella, más adelante, una actriz.

Muy pronto tuvo lugar otro acontecimiento, a saber: la llegada del tío Barthélemy. La señora Moreau le dio su cuarto de dormir y llevó la condescendencia hasta servir carne los días de vigilia.

El viejo estuvo amable a medias. Siempre andaban en perpetuas comparaciones entre el Havre y Nogent, cuyo aire le parecía pesado; el pan, malo; las calles, mal empedradas; regulares los alimentos y perezosos los habitantes. «¡Qué pobre comercio el de ustedes!». Censuró las extravagancias de su difunto hermano, mientras que él había reunido veintisiete mil libras de renta. Por fin se marchó al terminar la semana, y en el estribo del carruaje largó estas palabras poco tranquilizadoras:

—Me alegra veros siempre en buena posición.

—No te dará nada —dijo la señora Moreau volviendo a la sala.

Vino únicamente a instancias suyas, y durante ocho días había intentado expansiones de su parte con demasiada claridad quizá. Arrepintiéndose de haberlo hecho, permanecía en su butaca con la cabeza baja y los labios apretados. Frédéric, enfrente, la observaba; y ambos se callaban, como hacía cinco años, a la vuelta de Montereau. Aquella coincidencia que se ofrecía a su pensamiento le recordó a la señora Arnoux.

En aquel instante sonaron debajo de su ventana chasquidos de látigo y una voz que le llamaba.

Era el tío Roque, solo en su carro de mudanza. Iba a pasar todo el día en la Fortelle, casa del señor Dambreuse, y propuso cordialmente a Frédéric si quería que le llevara allí.

—Conmigo no necesita usted invitación; no tenga usted miedo.

Frédéric estuvo tentado de aceptar; pero ¿cómo explicaría su permanencia definitiva en Nogent? No tenía un traje de verano conveniente; y, en fin, ¿qué diría su madre? Y rehusó.

Desde aquel momento, el vecino se manifestó menos afectuoso. Louise crecía, Éléonore enfermó y las relaciones se desataron para gran alivio de la señora Moreau, que temía, para establecer a su hijo, las consecuencias de su trato con gentes semejantes.

Soñaba con comprarle la escribanía del tribunal; Frédéric no rechazaba demasiado aquella idea. Ahora la acompañaba a misa, jugaba con ella por la noche su partida de imperial, y hasta su amor había tomado una dulzura fúnebre, un encanto soporífero. A fuerza de haber vertido su dolor en sus cartas, de haberlo mezclado a sus lecturas, paseado por el campo y esparcido por todas partes, casi lo había agotado; tanto, que la señora Arnoux era para él como una muerta, admirándose de no conocer su tumba; tanto se había convertido en tranquilo y resignado aquel afecto.

Un día, el 12 de diciembre de 1845, hacia las nueve de la mañana, la cocinera subió una carta a su cuarto. Las señas, en caracteres gruesos, eran de una letra desconocida, y Frédéric, soñoliento, no se apresuró a abrirla. Por fin leyó:

«Juzgado de Paz del Havre, III Distrito.

»Muy señor mío: El señor Moreau, su tío de usted, ha muerto ab intestato...».

¡Heredaba!

Como si hubiera estallado un incendio detrás de la pared, saltó fuera de la cama, descalzo, en camisa; se pasó la mano por la cara, dudando de su vista, creyendo que soñaba todavía; y para confirmar la realidad, abrió de par en par la ventana.

Había nevado. Los tejados estaban blancos, y hasta reconoció en el patio una cubeta de lejía en que tropezó la noche anterior.

Releyó la carta tres veces seguidas; nada más cierto: toda la fortuna de su tío, ¡veintisiete mil libras de renta! Y una frenética alegría le trastornó ante la idea de volver a ver a la señora Arnoux. Con la claridad de una alucinación, se reconoció a su lado, en su casa, llevándole algún regalo en su papel de seda, mientras le esperaba a la puerta su tálburi; no; mejor, su cupé, un cupé negro, con su criado de librea oscura; oía piafar su caballo y el ruido de la barbada confundiéndose con el murmullo de sus besos. Aquello se repetiría todos los días indefinidamente.

Los recibiría en su casa; el comedor estaría tapizado de piel roja; el gabinete, de seda amarilla; divanes por todas partes; y ¡qué armarios!, ¡qué rasos de China!, ¡qué tapices!... Aquellas imágenes llegaban tan tumultuosamente, que sentía darle vueltas la cabeza. Entonces se acordó de su madre, y bajó, llevando siempre la carta en la mano.

La señora Moreau trató de contener su emoción y se desvaneció. Frédéric la cogió en sus brazos y la besó en la frente:

—Buena madre, tú podrás volver a comprar tu coche ahora; riéte, pues; no llores, sé feliz.

Diez minutos después, la noticia circulaba en los barrios. Entonces, el señor Benoist, el señor Gamblin, el señor Chambion, todos los amigos acudieron. Frédéric se escapó un minuto para escribir a Deslauriers. Llegaron otras visitas; la tarde se pasó en felicitaciones. Allí se olvidó a la mujer de Roque, que, sin embargo, iba «muy para abajo».

Por la noche, cuando se quedaron solos los dos, la señora Moreau le dijo a su hijo que le aconsejaba establecerse en Troyes como abogado. Siendo más conocido en su país que en cualquier otro, podría más fácilmente encontrar allí partidos ventajosos.

—Eso es demasiado fuerte —exclamó Frédéric.

Apenas llegaba la felicidad a sus manos, cuando querían arrebatársela; y expresó su formal resolución de vivir en París.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Nada.

La señora Moreau, sorprendida de sus maneras, le preguntó qué quería ser.

—Ministro —replicó Frédéric.

Y afirmó que no bromeaba en modo alguno: que pretendía lanzarse a la diplomacia; que sus estudios y sus aficiones le arrastraban a ese camino. Primero estaría en el Consejo de Estado con la protección del señor Dambreuse.

—¿Le conoces, pues?

—Sí; por el señor Roque.

—Eso es particular —dijo la señora Moreau.

Se despertaron en su corazón sus antiguos sueños de ambición; a ellos se entregó su madre interiormente, y no volvió a hablar más de los otros.

Si hubiera escuchado su impaciencia, Frédéric se hubiera marchado en aquel mismo instante. Al día siguiente estaban tomados todos los asientos de la diligencia y se repudrió hasta el otro día a las siete de la noche.

Se sentaban a cenar, cuando sonaron en la iglesia tres campanadas sostenidas. Y la criada entró anunciando que Éléonore acababa de morir.

Aquella muerte, después de todo, no era una desgracia para nadie, ni para la hija. La joven estaría mucho mejor así más adelante.

Como las dos casas se tocaban, se oía un gran vaivén, ruido de palabras; y la idea de aquel cadáver junto a ellos arrojaba algo fúnebre en su separación. La señora Moreau dos o tres veces se enjugó los ojos. Frédéric tenía el corazón oprimido.

Concluida la cena, Catherine le detuvo entre las dos puertas. La señorita quería verle absolutamente; le esperaba en el jardín.

Salió, se subió a la valla, y rozándose un poco con los árboles, se dirigió a la casa del señor Roque.

Brillaban luces en una ventana del piso segundo; apareció una forma en las tinieblas y murmuró una voz:

—Soy yo.

Le pareció más alta que de ordinario debido a su vestido negro, sin duda. No sabiendo con qué frase empezar, se contentó con cogerle las manos suspirando:

—¡Ah! ¡Pobre Louise mía!

No contestó ella; le miró profundamente durante mucho tiempo. Frédéric temía perder la diligencia; creía oír a lo lejos rodar el coche, y dijo para

terminar:

—Catherine me ha dicho que tenías algo...

—Sí; es verdad. Quería decirle a usted...

Aquel «usted» le chocó; y, como se callara, preguntó:

—Bien; ¿y qué?

—Ya no lo sé: lo he olvidado. ¿Es verdad que se marcha usted?

—Sí; ahora mismo.

Ella repitió:

—¿Ahora mismo...? ¿De verdad? ¿No nos volveremos a ver ya?

Los sollozos la ahogaban.

—¡Adiós, adiós! ¡Abrazame, pues!

Y le estrechó en sus brazos arrebatadamente.

SEGUNDA PARTE

I

En cuanto ocupó su sitio, en un rincón de la berlina, y la diligencia se movió, arrastrada por los cinco caballos que escapaban a la par, se sintió sumergido en la embriaguez. Como un arquitecto que forma el plano de un palacio, arregló su vida de antemano, llenándola de delicadezas y esplendores, elevándola hasta el cielo. Una prodigalidad de cosas aparecía en ella; y tan profunda era aquella contemplación, que los objetos exteriores desaparecían.

En lo bajo de la cuesta de Sourdun reconoció el sitio en que se encontraban; todo lo más que habían recorrido era cinco kilómetros, y se indignó. Bajó los cristales para ver el camino; preguntó muchas veces al conductor en cuánto tiempo, con exactitud, llegarían.

Al cabo se tranquilizó y permaneció en su rincón con los ojos abiertos.

El farol, colgado del pescante, alumbraba las grupas de los caballos de varas; no veía más allá sino las crines de los otros caballos, que ondulaban como blancas oleadas; su aliento formaba una especie de niebla a cada lado del tiro; sonaban las cadenillas de hierro; los cristales temblaban en sus marcos, y el pesado carruaje, con paso igual, rodaba sobre el suelo. Se

distinguían a trechos o los muros de una granja o una posada enteramente sola. A veces, al atravesar los pueblos, el horno de una panadería proyectaba resplandores de incendio, y la silueta monstruosa de los caballos corría por la otra casa de enfrente. En los relevos, cuando habían desenganchado, se producía un minuto de profundo silencio. Alguno pateaba arriba de la baca, mientras que en el quicio de una puerta, una mujer en pie resguardaba su luz con la mano. Y luego, se subía el conductor al estribo y la diligencia se ponía suavemente en marcha.

En Mormans se oyó sonar la una y cuarto.

«Hoy mismo —pensó—. ¡Hoy mismo es; dentro de poco!».

Pero, poco a poco, sus esperanzas y sus recuerdos, Nogent, la calle Choiseul, la señora Arnoux, su madre, todo se confundía.

Un ruido sordo de planchas le despertó; atravesaban el puente de Charenton; aquello era París. Entonces, sus dos compañeros, quitándose el uno su gorra y el otro su pañuelo, se pusieron los sombreros y hablaron. El primero, un hombre gordo y colorado, con levitón de veludillo, era negociante; el segundo venía a la capital para consultar con un médico. Frédéric, temiendo haberlos molestado durante la noche, les pidió espontáneamente mil perdones: tan tierna llevaba el alma por la dicha.

El muelle de la estación se hallaba inundado, sin duda, y continuaron camino derecho, empezando otra vez el campo. A lo lejos, altas chimeneas de fábricas humeaban. Volvieron hacia el lado de Ivry, subieron una calle, y de repente vio la cúpula del Panteón.

La revuelta llanura parecía vagas ruinas; el recinto de las fortificaciones hacía en ella un relieve horizontal, y sobre las aceras de tierra de uno y otro lado del camino, arbolitos sin ramas estaban defendidos por tablas erizadas de clavos. Establecimientos de productos químicos alternaban con canteros y almacenes de maderas. Muchas puertas entreabiertas, como las que hay en las haciendas, dejaban ver el interior de patios innobles llenos de inmundicias, con charcos de agua sucia en el centro. Grandes tabernas, color sangre de toro, presentaban en su piso primero, entre las ventanas, dos tacos de billar en forma de aspa, encerrados en una corona de flores pintadas, y a trechos, una casucha de yeso, a medio construir, se veía abandonada; luego, la doble hilera de casas ya no se interrumpía, y sobre la desnudez de sus fachadas se destacaba, de cuando en cuando, un gigantesco cigarro de hoja de lata para designar un estanco. Muestras de comadronas, representándolas con su gorra, meciendo a un niño rollizo en una colcha guarnecida de encajes. Cubrían anuncios las esquinas de las paredes, y desgarrados en sus tres cuartas partes, temblaban a impulsos del viento como guiñapos. Pasaban obreros de blusa, y carromatos de cerveceros, de lavanderas, de carniceros. Caía una lluvia

menuda, hacía frío, el cielo estaba pálido; pero dos ojos que valían para él lo que el sol resplandecía detrás de la bruma.

Se detuvieron mucho tiempo en la carrera, porque hueveros, carreteros y un rebaño de carneros impedían el paso. El centinela, con la capucha echada, se paseaba por delante de la garita para calentarse. El dependiente de consumos subió al imperial y sonó ruido de corneta. Se bajó el bulevar al trote largo, echadas las boleas, los tirantes colgando. La tralla del largo látigo crujía en el aire húmedo. El conductor lanzaba su sonoro grito: «¡Hala, hala, eh!», y los barrenderos se alineaban, los peatones se hacían atrás, el barro salpicaba contra las portezuelas, se cruzaban carretones, cabriolés, ómnibus. Por fin, la verja del Jardín Botánico se ofreció a la vista.

El Sena, amarillento, casi tocaba en los aleros de los puentes, exhalando cierta frescura que Frédéric aspiró con todas sus fuerzas, saboreando ese buen aire de París que parece contener efluvios amorosos y emanaciones intelectuales, y se sintió conmovido ante el primer coche de alquiler. Se encariñaba hasta con el dintel de las tiendas de vino, sucias de paja; hasta con la caja del limpiabotas; hasta con los mozos de los almacenes que movían el tostador del café. Las mujeres, al andar, hacían sonar los tacones debajo de los paraguas, y Frédéric se asomaba a la portezuela para ver si distinguía la fisonomía de la señora Arnoux, a quien una casualidad podía haber obligado a salir.

Desfilaban las tiendas, aumentaba la gente, el ruido se hacía más fuerte. Después del muelle Saint-Bernard, tomaron por el muelle Napoleón. Frédéric quiso ver el muelle de la Tournelle y el muelle Montebello; las ventanas de ella, que estaban lejos. Pasaron luego el Sena por el Pont-Neuf, bajaron hasta el Louvre; y por las calles de Saint-Honoré, Croix-des-Petits-Champs y del Bouloi, llegaron a la calle Coq-Héron y entraron en el patio del hotel.

Para hacer más duradero su placer, Frédéric se vistió lo más lentamente posible y hasta se fue a pie al bulevar Montmartre, sonriendo ante la idea de volver a ver enseguida aquel nombre querido en la placa de mármol; levantó los ojos, y nada: ni vitrinas ni cuadros.

Corrió a la calle Choiseul; los señores de Arnoux no vivían allí, y una vecina guardaba la portería; Frédéric esperó; por fin apareció el portero, que ya no era el mismo y no conocía las nuevas señas.

Frédéric entró en un café, y mientras almorzaba consultó el Almanaque del comercio. Había en él trescientos Arnoux, pero no Jacques Arnoux. ¿Dónde, pues, habitaban? Pellerin debía de saberlo. Se trasladó a su taller, todo lo alto del barrio Poissonnière. Como la puerta no tenía ni campanilla ni picaporte, dio puñetazos, llamó y gritó. Únicamente le contestó el vecino.

Pensó enseguida en Hussonnet. Pero ¿dónde encontrar un hombre semejante? Una vez le había acompañado hasta la casa de su amante, calle Fleurus. Llegado a la calle Fleurus, Frédéric se apercibió de que ignoraba el nombre de la señorita.

Recurrió a la prefectura de policía; anduvo de escalera en escalera, de oficina en oficina. La de noticias se cerraba y le dijeron que volviera al día siguiente.

Después entró en casa de todos los comerciantes de cuadros que pudo hallar, para saber si conocían a Arnoux. El señor Arnoux no hacía ya el comercio.

Por fin, desanimado, cansado, enfermo, se volvió a su hotel y se acostó. En cuanto se estiró entre las sábanas, una idea le hizo saltar de alegría: «¡Regimbart! ¡Qué imbécil soy! ¡No haberseme ocurrido!».

Al día siguiente, a las siete, llegó a la calle Notre-Dame-des-Victoires, delante de una tienda de licores en que Regimbart tenía costumbre de tomar su copa de jerez. No estaba todavía abierta. Dio un paseo por los alrededores, y al cabo de una media hora se presentó allí de nuevo. Regimbart salía; Frédéric se lanzó a la calle; hasta creyó distinguir a lo lejos su sombrero; un carro fúnebre y coches del duelo se interpusieron; y cuando desapareció el obstáculo, la visión desapareció también.

Felizmente, recordó que el ciudadano almorzaba todos los días, a las once precisamente, en un pequeño restaurante de la plaza Gaillon. Se trataba de tener paciencia; y después de un interminable andar desde la Bolsa a la Madeleine y de la Madeleine al Gimnasio, Frédéric, a las once en punto, entró en el restaurante de la plaza Gaillon, seguro de encontrar allí a su Regimbart.

—No le conozco —dijo el bodeguero con tono arrogante.

Frédéric insistió, y él repuso:

—Ya no le conozco, caballero —con un fruncimiento de cejas majestuoso y movimiento de cabeza que designaban un misterio.

Pero en su última entrevista, el ciudadano había hablado del cafetín Alexandre. Frédéric se tragó un bizcocho, y saltando a un carruaje, preguntó al cochero si no había en alguna parte, en las alturas de Sainte-Geneviève, un cierto café Alexandre. El cochero le llevó a la calle Francs-Bourgeois-Sainte-Michel, a un establecimiento de aquel nombre. Y a su pregunta:

—¿El señor Regimbart?

El cafetero le respondió con sonrisa demasiado amable:

—No le hemos visto todavía, caballero. —Mientras, lanzaba a su esposa,

sentada detrás del mostrador, una mirada de complicidad.

Y al punto, volviéndose hacia el reloj, añadió:

—Mas espero que le tendremos dentro de diez minutos, un cuarto de hora lo más tarde. Célestin, pronto, los periódicos. ¿Qué desea tomar el señor?

Aunque no tenía necesidad de tomar nada, Frédéric se bebió una copa de ron; después, una copa de kirsch; después, una copa de curaçao; después diferentes grogs fríos y calientes. Leyó y releyó todo *Le Siècle* del día; examinó hasta los granos del papel de la caricatura del Charivari; por fin se llegó a saber los anuncios de memoria. De cuando en cuando sonaba ruido de botas en la acera; era él, y la figura de alguien se perfilaba en los cristales; pero siempre pasaban de largo.

Para no aburrirse, Frédéric mudaba de sitio; fue a colocarse al fondo; luego, a la derecha; luego, a la izquierda. Y permanecía en medio de la banqueta con los dos brazos extendidos; pero un gato, rozando suavemente el terciopelo del respaldo, le causaba sobresaltos, saltando de repente para lamer las manchas de azúcar en los platillos; y el niño de la casa, intolerable mocososo de cuatro años, jugaba con una carraca en el mostrador. Su mamá, mujercita paliducha de dientes picados, sonreía con aire estúpido. ¿Qué podía hacer Regimbart? Frédéric le aguardaba perdido en un malestar ilimitado.

La lluvia sonaba como granizo sobre la capota del coche. Por la abertura de la cortina de muselina veía al pobre caballo en la calle, más inmóvil que un caballo de madera. El arroyo se hizo enorme y corría entre los rayos de las ruedas, y el cochero, abrigándose con la manta, dormitaba; pero temiendo que su burgués se esquivara, de cuando en cuando entreabría la puerta, lleno de agua como un río; y si las miradas pudieran secar las cosas, Frédéric hubiera disuelto el reloj a fuerza de fijar en él los ojos; y, sin embargo, andaba. El señor Alexandre se paseaba de lo ancho a lo largo, repitiendo:

—¡Va a venir, vaya! Va a venir.

Y para distraerlo hacía discursos y le hablaba de política, llevando su complacencia hasta proponerle una partida de dominó.

En fin, a las cuatro y media, Frédéric, que estaba allí desde el mediodía, se levantó de un salto declarando que no aguardaba más.

—Yo tampoco comprendo nada de esto —respondió el cafetero con aire cándido—. Es la primera vez que falta el señor Ledoux.

—¿Cómo, el señor Ledoux?

—Pues sí, señor.

—He dicho Regimbart —exclamó Frédéric exasperado.

—Perdone usted; está usted equivocado. ¿No es verdad, señora Alexandre, que el señor ha dicho señor Ledoux?

Y añadió interpelando al mozo:

—Tú lo has oído también, como yo.

Para vengarse de su amo, sin duda, el mozo se contentó con sonreír.

Frédéric se hizo llevar hacia los bulevares, indignado por el tiempo perdido, furioso contra el ciudadano, implorando su presencia como la de un dios y bien resuelto a extraerle del fondo de las cuevas más profundas. El coche le molestaba y lo despidió; sus ideas se confundían; después, todos los nombres de los cafés que había oído pronunciar por aquel imbécil se ofrecían a su memoria a la vez, como las mil piezas de los fuegos artificiales; café Gascard, café Grimbert, café Halbout; cafetín Bordelés, Habanero, del Havre, del Buey a la Moda, Cervecería Alemana, Madre Morel. Y se trasladó a todos sucesivamente. Pero de uno acababa de salir Regimbart; a otro, quizá iría; en el tercero no le habían visto hacía seis meses; en otra parte había encargado ayer una pierna asada de cordero para el sábado. Por fin, en casa de Vautier, botillería, al abrir la puerta tropezó con el mozo.

—¿Conoce usted al señor Regimbart?

—¿Cómo si le conozco, caballero? Soy yo quien ha tenido el honor de servirle. Está arriba; acaba de comer.

Y con la servilleta en el brazo, el mismo dueño del establecimiento se le acercó y le dijo:

—¿Pregunta usted por el señor Regimbart, caballero? Hace un momento estaba aquí.

Frédéric lanzó un juramento; pero el cafetero le afirmó que le encontraría en casa de Bouttevilain infaliblemente.

—Doy a usted mi palabra de honor. Se ha marchado un poco antes que de costumbre, porque tiene una cita de negocios con unos señores. Pero le encontrará usted, repito, en casa de Bouttevilain, calle Saint-Martin, noventa y dos, segunda escalera, a la izquierda, en el fondo del patio, entresuelo, puerta de la derecha.

Por fin le vio a través del humo de las pipas, solo, en el fondo de un cuartito cerca del billar, con una pipa delante, el mentón bajo y en actitud meditabunda.

—Hace mucho tiempo que le busco a usted.

Sin conmoverse, Regimbart le alargó dos dedos solamente, y como si le hubiera visto la víspera, dijo muchas frases insignificantes acerca de la

apertura de las sesiones.

Frédéric le interrumpió, preguntándole con el aire más natural que pudo:

—¿Arnoux está bien?

La respuesta tardó en llegar, porque Regimbart gargarizaba con su líquido:

—Sí; no está mal.

—¿Dónde vive ahora?

—Pues... calle Paradis-Poissonnière —contestó admirado el ciudadano.

—¿Qué número?

—¡Treinta y siete, caramba! ¡Tiene usted gracia!

Frédéric se levantó.

—¡Cómo! ¿Se marcha usted?

—Sí, sí; tengo un encargo: un negocio que olvidaba. ¡Adiós!

Frédéric fue desde el cafetín a casa de Arnoux, como impulsado por un viento tibio y con la tranquilidad extraordinaria que se experimenta en los sueños.

Se encontró muy pronto en un piso segundo, delante de una puerta cuya campanilla sonaba; se presentó una criada; una segunda puerta se abrió; la señora Arnoux estaba sentada junto al fuego. Arnoux dio un salto y lo abrazó.

Tenía ella en sus rodillas un niño de tres años aproximadamente; su hija, tan alta ya como su madre, estaba en pie, al otro lado de la chimenea.

—Permítame usted que le presente a este caballero —dijo Arnoux, tomando a su hijo en brazos.

Y se entretuvo algunos minutos en hacerle saltar por el aire, muy alto, para recibirlo con las manos.

—Vas a matarle. ¡Ah, Dios mío! Acaba ya —exclamó la señora Arnoux.

Pero Arnoux, jurando que no había peligro en aquello, seguía y hasta ceceaba las caricias en jerga marsellesa, su lengua natal. Después preguntó a Frédéric por qué había estado tanto tiempo sin escribirles, lo que había podido hacer allá, lo que le traía acá.

—Yo, ahora, querido amigo, soy comerciante en porcelanas. Pero hablemos de usted.

Frédéric alegó un largo proceso: la salud de su madre, insistiendo mucho sobre este punto para hacerse interesante. En resumen: que se instalaba en París definitivamente esta vez; y no dijo nada de la herencia, temiendo

perjudicar su pasado.

Las cortinas, como los muebles, eran de damasco de lana color marrón; dos almohadones se juntaban sobre el travesero; una olla se calentaba en los carbones, y la pantalla de la lámpara, colocada en el borde de la cómoda, daba sombra a la habitación. La señora Arnoux tenía un traje de casa, de merino grueso azul. La mirada, vuelta hacia las cenizas; y con una mano sobre el hombro del chiquillo, desataba con la otra el lazo de la almilla; el muchacho, en camisa, lloraba, rascándose la cabeza, como el hijo del señor Alexandre.

Frédéric esperaba espasmos de alegría; pero las pasiones se entibian cuando se las saca de su centro; y no encontrando ya a la señora Arnoux en el medio que la había conocido, le parecía haber perdido algo, que sufría como una degradación; que no era, en fin, la misma. La tranquilidad de su corazón le dejó estupefacto. Le informó de los amigos antiguos: de Pellerin, de los demás.

—No le veo con frecuencia —dijo Arnoux.

Ella añadió:

—Ya no recibimos como antes.

¿Era para advertirle que no le harían ninguna invitación? Pero Arnoux, continuando sus cordialidades, le censuró no haber venido a cenar con ellos, de improviso, y explicó por qué había cambiado de industria.

—¿Qué quiere usted hacer en una época de decadencia como la nuestra? La gran pintura ha pasado de moda. Además, puede llevarse el arte a todo. Ya sabe usted, amigo mío, que yo amo lo bello. Es preciso que le enseñe a usted mi fábrica un día de estos.

Y quiso mostrarle inmediatamente algunos de sus productos en su almacén del entresuelo.

Los platos, las soperas, las fuentes y las jofainas llenaban el suelo. Junto a las paredes, grandes ladrillos para cuartos de baño y tocadores, con asuntos mitológicos, estilo Renacimiento, mientras en el centro contenía un doble armario, que llegaba hasta el techo; vasos para helados, tiestos para flores, candelabros, pequeñas jardineras y grandes estatuas policromas, figurando un negro y una pastora a lo Pompadour. Las explicaciones de Arnoux fastidiaban a Frédéric, que tenía hambre y frío.

Corrió al Café Inglés, cenó allí espléndidamente, y se decía mientras iba comiendo: «¡Qué candidez la mía con mis dolores de allá! ¡Apenas si me ha conocido! ¡Qué burguesa!».

Y por una brusca euforia, formó resoluciones de egoísmo. Sentía su corazón tan duro como la mesa en que apoyaba sus codos; podría ya lanzarse

al mundo sin temor. Se acordó de los Dambreuse, a los que utilizaría; después, de Deslauriers. ¡Ah! ¡Tanto peor! Sin embargo, le hizo llegar por un mandadero una carta citándole para el día siguiente en el Palacio Real para almorzar juntos.

La fortuna no era para este tan propicia. Se había presentado al concurso de inauguración con un discurso «sobre el derecho de testar», en que sostenía que debía limitarse todo lo más posible; y su contrincante, excitándole a decir tonterías, consiguió que dijera muchas, sin que los examinadores cayeran en la cuenta. Después quiso la casualidad que sacara a la suerte, para asunto de la lección, la prescripción. Entonces, Deslauriers se había entregado a teorías deplorables; los pleitos antiguos debían producirse como los nuevos; ¿por qué el propietario había de verse privado de sus bienes?; ¿por qué no pudiera suministrar sus títulos sino después de treinta y un años corridos? Aquello era dar la seguridad del hombre honrado al heredero del ladrón enriquecido. Todas las injusticias estaban consagradas por una extensión de aquel derecho, que era la tiranía, el abuso de la fuerza. Y hasta llegó a exclamar:

—Debe abolirse; y los francos no pasarán más sobre los galos, los ingleses sobre los irlandeses, los yanquis sobre los pieles rojas, los turcos sobre los árabes, los blancos sobre los negros, la policía...

El presidente le interrumpió diciendo:

—Bien, bien, caballero; no tenemos nada que ver con las opiniones políticas de usted; más adelante se presentará usted.

Deslauriers no había querido presentarse. Pero aquel desdichado título XX del libro III del Código civil se había convertido para él en una montaña de dificultades, y elaboraba una gran obra sobre La prescripción considerada como base del derecho civil y del derecho natural de los pueblos; y se hallaba perdido con Dunod, Rogerius, Balbus, Merlin, Vazeille, Savigny, Troplong y otras lecturas importantes. Para entregarse a ellas con más libertad, había dimitido de su plaza de pasante mayor; vivía dando repasos, fabricando discursos, y en las sesiones de la Academia de Práctica Forense excitaba por su virulencia al partido conservador, a todos los jóvenes doctrinarios descendientes de Guizot; tanto, que tenía entre determinada gente una cierta celebridad, un poco mezclada de desconfianza hacia su persona.

Llegó a la cita llevando un grueso paletó forrado de lana encarnada, como el de Sénécal antes.

La discreción, debido al público que pasaba, le impidió abrazarse largamente, y fueron hasta casa de Vefour tomados del brazo, sonriendo de placer, con una lágrima en el fondo de los ojos.

Después, desde que estuvieron solos, Deslauriers exclamó:

—¡Ah! ¡Vamos a pasarlo bien ahora!

A Frédéric no le gustó de aquella manera de asociarse inmediatamente a su fortuna. Su amigo demostraba demasiada alegría para ellos dos y no mucha para él solo.

Luego Deslauriers contó su caída, y poco a poco sus trabajos, su existencia, hablando de sí mismo estoicamente y de los demás con acritud; todo le desagradaba: ni un solo hombre de posición que no fuera un pillo o un canalla. Por un vaso mal enjuagado se encolerizó contra el mozo; y ante la censura anodina de Frédéric, dijo:

—¡Como si yo fuera a violentarme por semejantes majaderos, que ganan hasta seis y ocho mil francos anuales, que son electores quizá elegibles! ¡Ah; no, no! —Y añadió con aire jovial—: Pero olvido que hablo con un capitalista, con un Mondor, porque tú ahora eres un Mondor.

Y volviendo al asunto de la herencia, expresó esta idea: que las sucesiones colaterales (cosa injusta en sí, aunque se alegraba de aquella) serían abolidas un día: en la próxima revolución.

—¿Lo crees? —dijo Frédéric.

—Cuenta con ello —respondió—. Esto no puede durar; se sufre mucho. Cuando veo en la miseria a gentes como Sénécal...

«Siempre él, Sénécal», pensó Frédéric.

—¿Qué hay de nuevo, hablando de otra cosa? ¿Estás aún enamorado de la señora Arnoux? Se pasó, ¿eh?

Frédéric, no sabiendo qué contestar, cerró los ojos bajando la cabeza.

A propósito de Arnoux, Deslauriers le contó que su periódico pertenecía entonces a Hussonnet, que lo había transformado. Aquello se llamaba El Arte, instituto literario, sociedad por acciones de cien francos cada una; capital social, cuarenta mil francos, con la facultad para cada accionista de llevar allí su trabajo, porque «la sociedad tiene por objeto publicar las obras de los principales; evitar al talento, quizá al genio, las dolorosas crisis que atraviesa... etcétera. ¿Ves la cosa?». Podía, sin embargo, hacerse algo, elevar el tono de dicha publicación; después, de repente, conservando los mismos redactores y prometiendo que continuarían los folletines, servir a los suscriptores un periódico político; los anticipos no serían enormes.

—¿Qué piensas tú de eso? ¿Quieres entrar en el asunto?

Frédéric no rechazó la proposición; pero era preciso esperar el arreglo de sus negocios.

—Ahora, si necesitas algo...

—Gracias, querido mío —dijo Deslauriers.

Enseguida fumaron puros, apoyados de codos en la barandilla de terciopelo de la ventana. Brillaba el sol, suave era el viento; bandadas de pájaros, revoloteando, bajaban al jardín; las estatuas de bronce y mármol, lavadas por la lluvia, relucían; niñeras con delantal hablaban sentadas en sillas y se oían las risas de los niños con el murmullo continuado que producía el canastillo del agua de la fuente.

Frédéric se había preocupado por la amargura de Deslauriers; pero por la influencia del vino que circulaba por sus venas, medio dormido, congestionado y recibiendo la luz de lleno en la cara, ya no experimentaba más que un inmenso bienestar, voluptuosamente estúpido, como una planta saturada de calor y humedad.

Deslauriers, con los párpados entreabiertos, miraba a lo lejos vagamente. Su pecho se levantaba y se puso a decir:

—¡Ah! ¡Aquello era más humano, cuando Camille Desmoulins, en pie allí, sobre una mesa, lanzaba al pueblo a la Bastilla! En aquel tiempo se vivía; podía uno afirmarse, probar su fuerza. Simples abogados mandaban a generales; descamisados abatían a los reyes, mientras que ahora... —Se calló y de repente añadió—: ¡Bah! El porvenir es grande.

Y tocando el tambor en los cristales, declamó estos versos de Barthélemy:

Reaparecerá la terrible Asamblea

que, pasados cincuenta años, aún turba vuestra cabeza,

coloso que arranca sin temor con potente paso...

—No sé lo demás. Pero es tarde y deberíamos marcharnos.

Y siguió exponiendo por la calle sus teorías.

Frédéric, sin escucharle, observaba en los escaparates de los comerciantes las telas y los muebles convenientes para su instalación; y quizá fuese el pensamiento de la señora Arnoux el que le hizo detenerse en una tienda de curiosidades ante unos platos de barro adornados de arabescos amarillos, de reflejos metálicos, y cuyo valor eran trescientos francos cada pieza, haciendo que se las separaran.

—Yo, en tu lugar —dijo Deslauriers—, me compraría mejor objetos de plata. —Demostraba en aquel amor a lo sólido el hombre su procedencia mediana.

En cuanto se quedó solo, Frédéric se dirigió a casa del célebre Pomadère, a quien encargó tres pantalones, dos fraques, un gabán de pieles y cinco chalecos; luego, a casa de un zapatero, de un camisero y de un sombrerero,

ordenando en todas partes que se dieran la mayor prisa posible.

Tres días después, por la tarde, a su regreso del Havre, encontró en su casa su guardarropa completo; e impaciente por usarlo, resolvió hacer en el mismo instante una visita a los Dambreuse. Pero era demasiado temprano: apenas las ocho.

«¡Si fuera a casa de los otros!», se dijo.

Arnoux, solo, delante de un espejo, estaba afeitándose y le propuso llevarle a un sitio en que se divertiría. Al oír el nombre del señor Dambreuse, añadió:

—¡Ah! Perfectamente. Verá usted allí amigos suyos; venga usted; estará eso gracioso.

Frédéric le escuchaba; la señora Arnoux conoció su voz y le dio las buenas noches; no se encontraba bien. Y se oía el ruido de una cuchara contra un vaso y todo ese rumor de cosas que se mueven suavemente en el cuarto de un enfermo.

Arnoux desapareció para despedirse de su mujer y le daba explicaciones:

—Tú sabes perfectamente que es una cosa seria: es preciso que vaya allí; es necesario; me esperan.

—Vete, vete, querido; diviértete.

Arnoux tomó un coche.

—Palacio Real, galería Montpensier, siete.

Y dejándose caer en los cojines, añadió:

—¡Ah! ¡Qué cansado me siento, querido amigo! Me temo que reventaré. A usted puedo decírselo. —E inclinándose sobre su oído misteriosamente, agregó—: Trato de encontrar el rojo de cobre de los chinos.

Y explicó lo que eran el barniz de la porcelana y el fuego lento.

Cuando llegó a casa de Chevet le entregaron una gran cesta, que hizo llevar al coche. Después escogió para «su pobre mujer» uvas, piñas, diferentes cosas de comer, y recomendó que las enviaran al día siguiente temprano.

Fueron enseguida a casa de un alquilador de trajes; se trataba de un baile. Arnoux escogió un calzón de terciopelo azul, casaca igual, una peluca roja; Frédéric, un dominó. Y bajaron en la calle Laval, delante de una casa iluminada por farolillos de color en el segundo piso.

Desde el pie de la escalera se oía el ruido de los violines.

—¿Dónde diablos me trae usted? —dijo Frédéric.

—A casa de una buena chica; no tenga usted miedo.

Un groom les abrió la puerta y entraron en la antesala, donde los paletós, las capas y los chales andaban amontonados por las sillas. Una mujer joven, en traje de dragón Luis XV, atravesaba por allí en aquel momento; era la señorita Rose-Annette Bron, la dueña del lugar.

—¿Y qué? —dijo Arnoux.

—Hecho —contestó ella.

—Gracias, ángel mío.

Y quiso abrazarla.

—Ten cuidado, imbécil; vas a estropear mi «maquinaria».

Arnoux presentó a Frédéric.

—Choque usted, caballero; sea usted bienvenido.

Separó un portier detrás de ella y se puso a gritar enfáticamente:

—El señor Arnoux, marmitón, y un príncipe amigo suyo.

Frédéric se sintió al principio deslumbrado por las luces; no vio más que seda, terciopelo, hombros desnudos, una masa de colores que se balanceaba al son de una orquesta escondida entre verdes ramas, entre paredes colgadas de seda amarilla, con retratos al pastel acá y allá, y candelabros de cristal estilo Luis XVI. Lámparas altas, cuyos globos raspados parecían bolas de nieve, dominaban cestas de flores colocadas en consolas, en los rincones; y enfrente, después de una segunda pieza, más pequeña, se distinguía en una tercera una cama con columnas torneadas, con una luna de Venecia en la cabecera.

Las danzas se pararon y hubo aplausos, una zambra de alegría a la vista de Arnoux, que se adelantaba con su cesto en la cabeza, formando un bulto en medio de las vituallas.

—Cuidado con la araña.

Frédéric alzó los ojos.

Era la araña de Sajonia antigua que adornaba la tienda del Arte Industrial; el recuerdo de aquellos pasados días vino a su memoria; pero un soldado de línea, en traje de diario, con ese aire bobo que da la tradición a los quintos, se plantó delante de él, abriendo los brazos para significar la admiración; y reconoció, a pesar de los terribles bigotes negros extremadamente engomados que le desfiguraban, a su antiguo amigo Hussonnet. En una algarabía mitad alsaciana, mitad negra, le colmaba el bohemio de felicitaciones, llamándole su coronel. Frédéric, aturdido por todas aquellas personas, no sabía qué contestar. Sonó el golpe de un arco sobre un atril, y bailarines y bailarinas se colocaron

en su sitio.

Eran, aproximadamente, sesenta; las mujeres, en su mayoría, de aldeanas o marquesas, y los hombres, casi todos de edad madura, en trajes de carretero, descargador o marinero.

Frédéric se colocó apoyado en una pared y miró la comparsa que tenía delante.

Un viejo, guapo, vestido como dux de Venecia, con una larga toga de seda púrpura, bailaba con la señorita Rosanette, que llevaba una casaca verde, calzón de punto y botas flexibles con espuelas de oro. La pareja de enfrente se componía de un gran «arnauta» cargado de yataganes y una suiza de ojos azules, blanca como la leche, gordita como una codorniz, en mangas de camisa y rojo corpiño. Para lucir su cabellera, que le llegaba a las corvas, una rubia alta, bailarina en la Ópera, se disfrazó de mujer salvaje, y encima de su faja de color oscuro no llevaba más que un ceñidor de cuero, brazaletes de vidrio y una diadema de oropel, de donde salía un alto plumero de plumas de pavo real. Delante de ella, uno a lo Pritchard, metido en un frac negro grotescamente ancho, llevaba el compás, dando con el codo en una gran tabaquera. Un pastor a lo Watteau, azul y plata, como rayo de luna, chocaba su cayado contra el tirso de una bacante, coronada de pámpanos, con una piel de leopardo sobre el lado izquierdo y coturnos con cintas de oro. De la otra parte, una polaca, con túnica de terciopelo nacarado, balanceaba su enagua de gasa sobre sus medias de seda gris perla, encerradas en botines de color rosa adornadas con piel blanca, y sonreía a un hombre de cuarenta años, panzón, disfrazado de niño de coro, que saltaba muy alto, levantando con una mano su sobrepelliz y sujetando con la otra su solideo encarnado. Pero la reina, la estrella, era la señorita Loulou, célebre bailarina de los bailes públicos. Como entonces era rica, llevaba una ancha gargantilla de encaje sobre su casaca de terciopelo negro liso, y su ancho pantalón de seda punzó, ceñido y sujeto a la cintura por una banda de casimir, tenía a lo largo de las costuras pequeñas camelias blancas naturales. Su pálida figura, un poco abotargada y de nariz remangada, parecía aún más insolente por lo enmarañado de su peluca, donde se sostenía un sombrero de hombre, de fieltro gris, doblado de un puñetazo sobre la oreja derecha, y en los saltos que pegaba, sus zapatos, con hebillas de diamantes, llegaban hasta casi la nariz de su vecino, un gordo barón de la Edad Media, enredado en una armadura de hierro. También había allí un ángel, con una espada de oro en la mano, dos alas de cisne a la espalda, y que yendo y viniendo, perdiendo a cada minuto a su caballero, un Luis XIV, no comprendía nada de las figuras y dificultaba la contradanza.

Frédéric miraba a aquellas personas y experimentaba un sentimiento de abandono, un malestar... Pensaba también en la señora Arnoux y le parecía participar de algo hostil que se tramara contra ella.

Cuando el baile terminó, la señorita Rosanette se le acercó. Se hallaba un tanto jadeante, y su gola, reluciente como un espejo, se movía blandamente debajo del mentón.

—Y usted, caballero —dijo—, ¿no baila?

Frédéric se excusó: no sabía bailar.

—¿De veras? Y conmigo, ¿se resuelve usted? —Y apoyada en una sola pierna, con la otra rodilla algo doblada, acariciando con la mano izquierda el puño de nácar de su espada, le miró durante un minuto con aire medio suplicante, medio burlón. Por fin, dijo—: Buenas noches.

Hizo una pirueta y desapareció.

Frédéric, descontento de sí mismo y no sabiendo qué hacer, se puso a vagar por el baile.

Entró en el tocador, guateado de seda azul pálido con ramos de flores de los campos; en el techo, y en un círculo de madera dorada, se veían amorcillos que, naciendo de un cielo azul, jugueteaban entre nubes en forma de edredón. Aquellas elegancias, que serían hoy míseras para las semejantes de Rosanette, le deslumbraron; y lo admiró todo: las enredaderas artificiales de volubilis que adornaban el contorno del espejo, las cortinas de la chimenea, el diván turco, y en un ángulo de pared, una especie de tienda tapizada de seda rosa, con muselina blanca por encima. Muebles negros con marqueterías de bronce guarnecían el cuarto de dormir, donde se levantaba, sobre un estrado cubierto de plumas de cisne, la gran cama de pabellón con plumas de avestruz. Agujas para la cabeza, de pedrerías, clavadas en acericos; sortijas dejadas en platillos, medallones con marcos de oro y cofrecillos de plata se distinguían en la sombra, a la luz que despedía una urna de Bohemia, colgada de tres cadenitas. Por una puertecita entreabierta se percibía una templada estufa que ocupaba toda la anchura de una terraza, que terminaba por el otro lado en una pajarera.

Era aquel, indudablemente, un centro hecho para agradarle. En una brusca efervescencia de su juventud, se juró gozarlo y se animó; después volvió a la entrada del salón, donde entonces había ya más gente (todo se agitaba en una especie de pulverulencia luminosa); permaneció en pie, contemplando las «cuadrillas», entornando los ojos para ver mejor y husmeando las blandas emanaciones de mujeres, que circulaban como un inmenso beso esparcido.

Al otro lado de la puerta, cerca de él, estaba Pellerin; Pellerin, en traje de sociedad, el brazo izquierdo en el pecho y sosteniendo en la mano derecha, con su sombrero, un guante blanco saltado.

—¡Caramba! Mucho tiempo hace que no se le ve a usted. ¿Dónde diablos ha estado? ¿De viajes? ¿En Italia? ¡Espléndida, ¿eh?, la Italia! ¿No tan dura

como dicen? Lléveme usted, un día, los bocetos que haya usted sacado.

Y sin esperar su respuesta, el artista se puso a hablar de sí mismo. Había hecho muchos progresos, progresos al reconocer definitivamente la tontería de la Línea. No se debía dar más importancia a la belleza y la unidad en una obra que al carácter y a la diversidad de las cosas.

—Porque todo existe en la naturaleza, luego todo es legítimo, todo es plástico. Se trata únicamente de recoger la nota. He descubierto el secreto. — Y dándole con el codo, repitió muchas veces—: He descubierto el secreto, ¿ve usted? Así, fíjese usted en aquella mujercita peinada como una esfinge que baila con un postillón ruso; eso es neto, seco, determinado, todo más grueso que ancho y de tonos crudos: añil debajo de los ojos, una lámina de cinabrio en la mejilla, hollín en las sienes, ¡pif, paf! —Y trazaba con el pulgar como pinceladas en el aire—. Mientras que allá, la gorda —continuó, señalando a una verdulera con traje de cereza, una cruz de oro al cuello y una pañoleta de linón atada a la espalda—, nada más que redondeces; las narices, remangadas como las aletas de su gorra; los extremos de la boca se vuelven hacia arriba; el mentón, desciende; todo él graso, derretido, copioso, tranquilo y reluciente: ¡un verdadero Rubens! Sin embargo, son perfectas. ¿Dónde está, pues, el tipo? —Y se acalora—. ¿Qué es una mujer bonita? ¿Qué es lo bello? ¡Ah!, lo bello, me dirá usted...

Frédéric le interrumpió para saber quién era un pierrot de perfil de macho cabrío con trazas de bendecir a todos los bailarines en medio de una reunión de pastores.

—Pues nada: un viudo, padre de tres muchachos. Los deja sin calzones, pasa su vida en el club y se entiende con la criada.

—¿Y aquel, vestido de juez, que habla en el hueco de la ventana con una marquesa a lo Pompadour?

—La marquesa es la señora Vandaël, antigua actriz del Gimnasio, la amante del dux, el conde de Palazot. Hace veinte años que están juntos; no se sabe por qué. Tenía buenos ojos antes esa mujer. En cuanto al ciudadano que está a su lado, le llaman el capitán de Herbigny, un viejo del Antiguo Régimen, que tiene por única fortuna su Cruz de Honor y su pensión, sirve de tío a las grisettes en las solemnidades, arregla los duelos y come siempre de convite.

—Un canalla —dijo Frédéric.

—No; un hombre honrado.

—¡Ah!

El artista le nombró otros varios y percibieron a un señor que llevaba,

como los médicos de Molière, una gran toga de sarga negra, pero muy abierta de arriba abajo, para enseñar todos sus dijes; añadió:

—Este representa al doctor Des Rogis; rabioso por no ser célebre, ha escrito un libro de pornografía médica, embetuna con gusto las botas al gran mundo, es discreto y estas señoras le adoran. Él y su esposa, aquella flaca castellana de traje gris, se arrastran por todos los sitios públicos y otros. A pesar de la estrechez con que viven, reciben un día, donde se dicen versos. ¡Atención!

El doctor se les acercó y pronto formaron los tres, a la entrada del salón, un grupo de habladores al que vino a reunirse Hussonnet; después, el amante de la mujer salvaje, un poeta joven que exhibía, bajo una corta capa a lo Francisco I, la más endeble de las anatomías, y, por fin, un chico de ingenio, disfrazado de turco de guardarropía. Pero su casaca de galones amarillos había viajado tanto sobre la espalda de los dentistas ambulantes, su ancho pantalón de pliegues era de un encarnado tan desteñido, su turbante enrollado, como una anguila, a la tártara, de un aspecto tan pobre, y todo su traje, en fin, de tal suerte deplorable y gastado, que las mujeres no disimulaban su disgusto. El doctor le consolaba con grandes elogios acerca de la cargadora, su amante. Este turco era hijo de un banquero.

Entre dos cuadrillas, Rosanette se encaminó hacia la chimenea, cerca de la que se hallaba, instalado en una butaca, un obeso viejecillo con frac marrón de botón dorado. A pesar de sus mejillas ajadas, que caían sobre su alta corbata blanca, su pelo, rubio todavía, y naturalmente rizado, como el de un perro de aguas, le daba el aspecto de algo retozón. Ella le escuchó inclinada hacia su rostro. Después le preparó un vaso de jarabe; y nada más bello que aquellas manos cubiertas de los encajes que salían de su casaca verde. Cuando el buen hombre hubo bebido, las besó.

—¡Pues si es el señor Oudry, el vecino de Arnoux!

—¡Él lo ha perdido! —dijo, riendo, Pellerin.

—¿Cómo?

Un postillón de Longjumeau la cogió por la cintura porque empezaba un vals. Entonces, todas las mujeres, sentadas en las banquetas de alrededor del salón, se levantaron a la desbandada, rápidamente, y sus enaguas, sus bandas, sus tocados, giraron enseguida.

Y giraban ellas tan cerca de Frédéric, que distinguía las gotas de sus frentes, y aquel movimiento giratorio, cada vez más vivo y regular, vertiginoso, comunicando a su pensamiento una especie de embriaguez, hacía que en él surgieran otras imágenes, mientras que todas pasaban en el mismo desvanecimiento y cada una con una excitación particular, según el género de

su belleza... La polaca, que se abandonaba de una manera lánguida, le daba ganas de estrecharla contra su corazón, desfilando ambos en un trineo por una planicie de hielo. Horizontes de voluptuosidad tranquila a orillas del lago, en una quinta, se desarrollaban a los pasos de la suiza, que valsaba con el torso derecho y los párpados caídos.

Después, de repente, la bacante, con su cabeza morena echada hacia atrás, le hacía soñar con caricias devoradoras, en bosques de adelfas, en tiempo tormentoso, al confuso ruido de los tamboriles.

La verdulera, a quien ahogaba el compás excesivamente rápido, lanzaba carcajadas, y hubiera él querido, bebiendo con ella de sitio en sitio, jugar con ambas manos con su pañoleta, como en los buenos tiempos antiguos.

Pero la cargadora, cuyos pies ligeros apenas si tocaban el suelo, parecía guardar, en la sutilidad de sus miembros y la seriedad de su semblante, todos los refinamientos del amor moderno, que tiene la exactitud de una ciencia y la movilidad de un pájaro. Rosanette giraba con la mano en la cadera; su peluca de castaña saltaba sobre su cuello, enviando polvo de iris a su alrededor; y a cada vuelta, con la punta de sus espuelas de oro, casi tocaba a Frédéric.

Al último acorde del vals se presentó la señorita Vatnaz, que llevaba un pañuelo argelino en la cabeza, muchos cequíes sobre la frente, antimonio en el rabillo de los ojos, con una especie de paletó de cachemira negro, que caía sobre una enagua clara, bordada de plata, y, por fin, en la mano, un tamboril vascongado.

Detrás de ella iba un muchacho alto, con el traje clásico de Dante, y que era (ya no se ocultaba ella) el antiguo cantante del Alhambra, que, llamándose Auguste Delamare, se hizo llamar, primero, Anténor Dellamarre; después, Delmas; después, Belmar, y, finalmente, Delmar, mortificando así y perfeccionando su nombre, según su gloria creciente, porque había dejado el baile público por el teatro y hasta acababa de estrenarse ruidosamente, en el Ambigu, Gaspardo el Pescador.

Hussonnet, al verle, se enfurruñó. Desde que rechazaron su pieza, execraba a los cómicos.

Nadie podía imaginarse la vanidad de esos señores; de aquel, sobre todo.

—¡Qué petulante; vean ustedes!

Después de un ligero saludo a Rosanette, Delmar se adosó a la chimenea y allí permaneció, inmóvil, con una mano sobre el corazón, el pie izquierdo adelante, los ojos al cielo, con su corona de dorados laureles por encima de su capuchón, esforzándose por poner en su mirada mucha poesía para fascinar a las señoras. Se formaba, de lejos, un gran círculo a su alrededor. Pero la

Vatnaz, cuando abrazó a sus anchas a Rosanette, vino a rogar a Hussonnet que revisara, desde el punto de vista del estilo, una obra de educación que quería publicar: La guirnalda de las señoritas... colección de literatura y moral. El literato prometió su concurso. Entonces, le preguntó si no podría, en un periódico de los que tenía a su disposición, hacer un poco de atmósfera en favor de su amigo, y hasta confiarle más tarde un papel. Hussonnet se olvidó de tomar un vaso de ponche.

Arnoux lo había fabricado, y seguido por el groom del conde, que llevaba una bandeja vacía, lo ofrecía a las gentes con satisfacción.

Cuando pasó por delante del señor Oudry, Rosanette le detuvo.

—Y bien. ¿Y aquel negocio?

Se ruborizó un poco, y dirigiéndose, por fin, al buen hombre, dijo:

—Nuestra amiga me ha dicho que usted tendrá la bondad...

—¡Cómo no! Vecino, a la disposición de usted.

Y se pronunció el nombre del señor Dambreuse; como hablaban a media voz, Frédéric los oía confusamente.

Se dirigió al otro lado de la chimenea, donde Rosanette y Delmar hablaban juntos.

El cómico de la legua tenía una cara vulgar, hecha, como las decoraciones de los teatros, para ser vista desde lejos; manos crasas, pies grandes, una mandíbula tosca. Denigraba a los actores más ilustres, trataba por encima del hombro a los poetas; decía «mi órgano, mi físico, mis medios», esmaltando su discurso de palabras poco inteligibles para él mismo, y a las que era aficionado, como «morbidez», «análogo» y «homogeneidad».

Rosanette le escuchaba con pequeños movimientos de cabeza aprobatorios; se veía la admiración pintarse bajo la pintura de sus mejillas, y algo de húmedo pasaba, como un velo, sobre sus ojos claros, de indefinible color. ¿Cómo semejante hombre pedía encantarla? Frédéric se incitaba interiormente a despreciarle aún más, para borrar quizá la especie de envidia que le tenía.

La señorita Vatnaz se hallaba entonces con Arnoux, el cual, aunque siendo muy alto, de cuando en cuando lanzaba una mirada sobre su amiga, a quien el señor Oudry no perdía de vista.

Después, Arnoux y la Vatnaz desaparecieron; el buen hombre fue a hablar bajo con Rosanette.

—Bien; sí; está convenido. Déjeme usted en paz.

Y rogó a Frédéric que fuera a la cocina a ver si Arnoux estaba allí.

Un batallón de vasos medio llenos cubría el suelo; y las cacerolas, las marmitas, la tartera, la sartén, saltaban. Arnoux mandaba a los criados tuteándolos, batía la salsa y la probaba, regocijándose con la sirvienta.

—Bueno —dijo—; avísele usted que se va a servir.

Ya no se bailaba; las mujeres iban a sentarse nuevamente; los hombres se paseaban. En el centro del salón, una de las cortinas colgadas de una ventana se inflaba al viento, y la esfinge, a pesar de las observaciones de todo el mundo, exponía a la corriente del aire sus brazos sudorosos. ¿Dónde se encontraba Rosanette? Frédéric la buscó más lejos hasta el tocador y el cuarto de dormir. Algunos, para estar solos, o dos a dos, se habían refugiado allí. La sombra y los cuchicheos se mezclaban. Se oían risitas debajo de los pañuelos, y se percibían, al borde de los corsés, movimientos de abanico lentos y dulces, como el aleteo de pájaro herido.

Al entrar en la estufa vio bajo las anchas hojas de un caládium, junto al salto de agua, a Delmar, acostado por completo sobre el canapé de hierro; Rosanette, sentada a su lado, tenía la mano entre su pelo y se miraban. En el mismo instante, Arnoux entró por el otro extremo, el de la pajarera. Delmar se levantó de un salto, después salió con lento paso sin volverse, y hasta se detuvo cerca de la puerta para coger una flor de malvavisco que puso en su ojal. Rosanette bajó la cara; Frédéric, que la veía de perfil, notó que lloraba.

—¡Vaya! ¿Qué tienes? —dijo Arnoux.

Ella se encogió de hombros sin responder.

—¿Es por su culpa? —repuso.

Ella le echó los brazos al cuello, y besándole en la frente dijo con lentitud:

—Bien sabes que siempre te amaré, gordo mío. No pensemos más en ello. Vamos a cenar.

Una araña de bronce de cuarenta bujías alumbraba la sala, cuyas paredes desaparecían debajo de barro antiguos colgados en ellas; y aquella luz cruda, cayendo a plomo, hacía más blanco aún, entre los entremeses y las frutas, un gigantesco rodaballo que ocupaba el centro del mantel, lleno de platos de sopa a la pepitoria.

Con el roce de las telas, las mujeres, amontonando sus faldas, sus mangas y sus bandas, se sentaron unas junto a otras; los hombres, de pie, ocuparon los rincones: Pellerin y el señor Oudry fueron colocados al lado de Rosanette; Arnoux estaba enfrente; Palazot y su amigo acababan de marcharse.

—¡Buen viaje! —dijo ella—. Ataquemos.

Y el niño de coro, hombre chistoso, haciendo la señal de la cruz, empezó el

Benedicite.

Las mujeres se escandalizaron, y especialmente la verdulera, madre de una hija de quien quería hacer una mujer honrada. Arnoux tampoco «gustaba de aquello», pensando que debía respetarse la religión.

Un reloj alemán, provisto de un gallo, dando las dos, provocó acerca del cuclillo algunas bromas. Toda clase de conversaciones se sucedieron: quid pro quos, anécdotas, jactancias, apuestas, mentiras sostenidas por verdades, asertos improbables, un tumulto de palabras que pronto se convirtió en conversaciones particulares. Los vinos circulaban, los platos se sucedían, el doctor servía. Desde lejos se tiraban naranjas, tapones; se dejaba el sitio para hablar con alguien. Con frecuencia, Rosanette se volvía hacia Delmar, inmóvil detrás de ella; Pellerin charlaba; el señor Oudry sonreía; la señorita Vatnaz se comía casi ella sola el bosque de cangrejos, cuyos caparazones sonaban entre sus largos dientes. El ángel, colocado sobre el taburete del piano (único sitio en que sus alas le permitían sentarse), masticaba plácidamente sin interrupción.

—¡Qué tenedor! —repetía el niño de coro—. ¡Qué tenedor!

Y la esfinge bebía aguardiente, gritaba a pulmón batiente, se movía como un demonio. De repente se hincharon sus mejillas, y no resistiendo ya a la sangre que la ahogaba, llevó la servilleta a sus labios y luego la tiró debajo de la mesa.

Frédéric la había visto.

—Eso no es nada.

Y a sus instancias para que se marchara a cuidarse, respondió lentamente:

—¿Para qué? Lo mismo da una cosa que otra; la vida no es tan agradable.

Entonces se estremeció, sobrecogido por una tristeza glacial, como si hubiera entrevisto mundos enteros de miseria y desesperación, un brasero de carbón junto a un camastro y los cadáveres de la Morgue con sus cubiertas de cuero y el chorro de agua fría que corre por sus pelos.

A todo esto, Hussonnet, agazapado a los pies de la mujer salvaje, gritaba con voz ronca para imitar al actor Grassot:

—No seas cruel, ¡oh, Celuta! Esta pequeña fiesta de familia es encantadora. Embriagadme de voluptuosidades, ¡amores míos! Retocemos, retocemos.

Y se puso a besar a las mujeres en los hombros. Ellas se estremecían, pinchadas por sus bigotes; después ideó romper un plato con la cabeza dándole un golpecito. Le imitaron otros; los pedazos de porcelana volaban como tejas

en día de viento fuerte, y la cargadora decía:

—No se contengan ustedes; eso no cuesta nada. El burgués que lo fabrica nos los regala.

Todos los ojos se dirigieron a Arnoux, que replicó:

—Con factura; permítanme ustedes —deseando, indudablemente, pasar por no ser, o no ser ya, el amante de Rosanette.

En esto se oyeron dos voces furiosas:

—¡Imbécil!

—¡Tunante!

—Estoy a las órdenes de usted.

—Yo, a las de usted.

Aquello era que disputaban el caballero de la Edad Media y el postillón ruso por haber sostenido este que las armaduras dispensaban el ser valiente, y el otro lo había tomado por una injuria. Quería batirse; todos se interpusieron, y el capitán, en medio del tumulto, trataba de hacerse oír:

—¡Señores, escúchenme ustedes una palabra! Yo tengo experiencia de estas cosas, señores.

Rosanette dio con su cuchillo en un vaso y acabó por obtener silencio; y dirigiéndose al caballero, que conservaba su casco, y luego al postillón, que tenía una gorra de mucho pelo, dijo:

—Quítese usted primero su cacerola; eso me ahoga; y usted, abajo esa cabeza de lobo. ¿Quieren ustedes obedecerme, pardiez? Mírenme ustedes las espuelas: ¡soy la mariscal!

Entonces cogió de encima de la estufa una botella de vino de Champán y lo echó desde muy alto en las copas que le presentaban. Como la mesa era demasiado ancha, los convidados, especialmente las mujeres, se fueron a su lado, levantándose sobre la punta de los pies, sobre los palos de las sillas, formando durante un minuto un grupo piramidal de peinados, de hombros desnudos, de brazos extendidos, de cuerpos inclinados; y grandes chorros de vino lo regaban todo, porque el pierrot y Arnoux, en los dos extremos de la sala, destapando cada uno una botella, salpicaban las caras. Los pajarillos de la pajarera, cuya puerta se había dejado abierta, invadían la sala, todos espantados, revoloteando alrededor de la araña, dándose contra los cristales, contra los muebles, y algunos, subidos en las cabezas, formaban en el centro de los cabellos como anchas flores.

Los músicos se habían marchado; se llevó el piano de la antesala al salón;

la Vatnaz se puso a él y, acompañada por el niño de coro, que golpeaba el tambor vasco, empezó una contradanza con furia, pisando las teclas como un caballo que piafa y moviendo la cintura para marcar mejor el compás. La mariscala arrastró a Frédéric; Hussonnet hacía la rueda, la cargadora se dislocaba como un clown, el pierrot tomaba maneras de orangután; la salvaje, con los brazos abiertos, imitaba la oscilación de una chalupa. Por fin, todos, no pudiendo ya más, se detuvieron y se abrió una ventana.

Penetró la luz del día con la frescura de la mañana; hubo una exclamación de sorpresa y después silencio. Las llamas amarillentas vacilaban, haciendo de cuando en cuando estallar las arandelas. Cintas, flores y perlas sembraban el suelo; manchas de ponche y de jarabe llenaban las consolas; las colgaduras estaban sucias; los trajes, estropeados, llenos de polvo; las trenzas de pelo colgaban sobre los hombros, y la pintura, confundiéndose y corriendo con el sudor, descubría pálidos rostros, cuyos rojos párpados se cerraban.

La mariscala, fresca como si saliera de un baño, tenía las mejillas rosadas, los ojos brillantes; arrojó lejos su peluca, sus cabellos cayeron a su alrededor como una piel, no dejando ver de todo su vestido más que su calzón, cosa que producía un efecto cómico y lindo a la vez.

La esfinge, cuyos dientes castañeteaban de fiebre, tuvo necesidad de un chal. Rosanette corrió a su cuarto para buscarlo, y como la otra la seguía, le cerró vivamente la puerta en las narices.

El turco observó en voz alta que no se había visto salir al señor Oudry. Nadie recogió aquella malicia, tan cansado estaba todo el mundo.

Después, esperando los carruajes, se abrigaron en las capellinas y las capas. Sonaron las siete.

El ángel continuaba en el comedor, sentada delante de una compota de manteca y de sardinas, y la verdulera, a su salud, fumaba cigarrillos, dándole al par consejos acerca de la existencia.

Por fin llegaron los coches y se fueron los invitados. Hussonnet, empleado en una correspondencia para provincias, debía leer antes de almorzar cincuenta y tres periódicos; la salvaje tenía ensayo en su teatro; Pellerin, un modelo; el niño de coro, tres citas. A todo esto, el ángel, cogida por los primeros síntomas de una indigestión, no pudo levantarse. El barón de la Edad Media la llevó hasta el coche.

—Tenga usted cuidado con sus alas —gritó por la ventana la cargadora.

Estaban ya en la meseta, cuando la señorita Vatnaz decía a Rosanette:

—Adiós, querida; ha estado muy bien tu tertulia.

Después añadió junto a su oído:

—Vigílele.

—Nos veremos en mejores momentos —contestó la mariscala volviéndole la espalda lentamente.

Arnoux y Frédéric se volvieron juntos, como habían venido. El comerciante de porcelanas tenía un aire de tal modo sombrío, que su compañero le creyó indispuesto.

—¿Yo? No, de ninguna manera.

Y se mordía el bigote, fruncía su entrecejo, y Frédéric le preguntó si le atormentaban sus negocios.

—¡De ninguna manera!

Después preguntó a su vez de repente:

—¿Conoce usted, no es verdad, al tío Oudry? —Y agregó con expresión de odio—: Es rico el viejo bribón.

Enseguida, Arnoux habló de una cochura importante que debían acabar aquel día en su fábrica. Quería verla. El tren salía una hora más tarde.

—Es preciso, sin embargo, que vaya a abrazar a mi mujer.

«¡Ah! ¡Su mujer!», pensó Frédéric.

Se acostó con un dolor intolerable en la cabeza; bebió una botella de agua para calmar la sed. Otra sed se le había despertado: la de las mujeres, del lujo y de todo lo que lleva en sí la vida parisiense. Se sentía algo aturdido, como un hombre que desembarca, y en la alucinación del primer sueño veía pasar y repasar continuamente los hombros de la verdulera, las caderas de la cargadora, las pantorrillas de la polaca, la cabellera de la salvaje.

Después, dos grandes ojos negros que no estaban en el baile aparecieron; y ligeros como mariposas, ardientes como antorchas, iban, venían, vibraban, subían a la cornisa, bajaban hasta su boca. Frédéric se empeñaba en reconocer aquellos ojos sin conseguirlo. Pero ya el sueño le había cogido; le parecía que se hallaba enganchado, al lado de Arnoux, a la lanza de un carruaje, y la mariscala, a horcajadas sobre él, le rasgaba el vientre con sus espuelas de oro.

II

Frédéric encontró en la esquina de la calle Rumford una casita y la compró; a la vez, el cupé, el caballo, los muebles y dos jardineras tomadas en casa de Arnoux, para ponerlas a los dos lados de la puerta de su salón. Detrás

de esta habitación había un cuarto de dormir y un gabinete, en el cual se le ocurrió acomodar a Deslauriers. Pero ¿cómo la recibiría a ella, a su futura amante? La presencia de su amigo sería molesta. Echó abajo el tabique para agrandar el salón, y del gabinete hizo un cuarto de fumar.

Compró los poemas de su predilección, viajes, atlas, diccionarios, porque tenía innumerables planes de trabajo; daba prisa a los obreros, corría por los almacenes, y en su impaciencia por gozar, se lo llevaba todo sin regatear.

Según las cuentas de sus proveedores, Frédéric notó que tendría que desembolsar próximamente unos cuarenta mil francos, sin incluir los derechos de sucesión, que pasarían de treinta y siete mil. Como su fortuna consistía en bienes territoriales, escribió al notario del Havre para que vendiera una parte de ellos, para así pagar sus deudas y tener algún dinero a su disposición. Después, queriendo conocer, por fin, esa cosa vaga, brillante, indefinible, que se llama «el mundo», preguntó por carta a los Dambreuse si podrían recibirle. La señora contestó que esperaban su visita para el día siguiente.

Era noche de recepción. Los coches paraban en el patio. Dos criados se precipitaron a la marquesina, y un tercero, en lo alto de la escalera, le precedió.

Atravesó una antesala, una segunda pieza, después un gran salón de ocho ventanas, y cuya monumental chimenea soportaba un reloj en forma de esfera con dos vasos de porcelana monstruosos que contenían como dos matorrales de oro: dos haces de bujías. Cuadros de la escuela del Españolito colgaban de las paredes; los pesados portiers de tapicería caían majestuosamente; y las butacas, las consolas, las mesas, todo el mobiliario, que era de estilo Imperio, tenía algo de imponente y diplomático. Frédéric sonreía de placer a su pesar.

Por fin llegó a una habitación ovalada, artesonada en madera rosa, repleta de bellos muebles y que no tenía otro vano que una sola cristalera que daba al jardín. La señora Dambreuse estaba cerca del fuego, y una decena de personas formaban círculo a su alrededor. Con una frase amable le indicó que se sentara, pero sin aparentar sorpresa por no haberle visto en tanto tiempo.

Elogiaban, cuando entró, la elocuencia del abate Coeur; después deploraron la inmoralidad de los sirvientes, a propósito de un robo cometido por un ayuda de cámara, y las conversaciones se enredaron. La vieja señora Sommary estaba constipada; la señorita Turvisot se casaba; los Montcharron no regresarían antes de fines de enero; los Bretancourt, tampoco; ahora la gente prolongaba su estancia en el campo. Y la miseria de las conversaciones se encontraba como más de relieve que el lujo de las cosas ambientes, pero lo que se decía era menos estúpido que la manera de decirlo, sin objeto, sin ilación y sin animación. Había allí, sin embargo, hombres versados en la vida, un antiguo ministro, el cura de una gran parroquia, dos o tres altos

funcionarios del gobierno, y se entretenían en los más menudos lugares comunes. Algunas parecían señoras nobles, ancianas y cansadas; otros tenían aspecto de chalanes, y los viejos acompañaban a sus mujeres, de las que podían pasar por abuelos.

La señora Dambreuse recibía graciosamente a todo el mundo. En cuanto se hablaba de un enfermo, fruncía el ceño dolorosamente, y adoptaba un aire de contento si se trataba de bailes o de tertulias. Pronto habría de privarse de concurrir a estas fiestas, porque iba a sacar de la pensión a una sobrina de su marido, huérfana. Exaltaron su sacrificio; aquello era conducirse como verdadera madre de familia.

Frédéric la observaba. La piel mate de su rostro parecía tersa y de una frescura sin brillo, como una fruta en conserva; pero sus cabellos, en tirabuzones a la inglesa, eran más finos que la seda; sus ojos, de un azul reluciente; todos sus gestos, delicados. Sentada allá en el fondo, en el confidente, acariciaba los flecos encarnados de una pantalla japonesa para hacer valer sus manos indudablemente; manos largas y estrechas, un tanto delgadas, con los dedos algo doblados por la punta. Vestía un traje moaré gris, cerrado, como una puritana.

Frédéric le preguntó si aquel año no iría a la Fortelle; la señora Dambreuse no lo sabía. Comprendía él perfectamente que no fuera, pues se aburría en Nogent. Aumentaban las visitas: era aquello un ruido constante de trajes sobre la alfombra; las señoras, en el borde de sus sillas, fingían risitas, articulaban dos o tres frases y al cabo de cinco minutos hablaban con sus hijas. Pronto la conversación no pudo mantenerse, y Frédéric se retiraba, cuando la señora Dambreuse le dijo:

—Todos los miércoles, ¿no es eso, señor Moreau? —compensando con aquellas palabras toda la indiferencia que había manifestado.

Salió contento. Sin embargo, aspiró en la calle una gran cantidad de aire, y por necesidad de un medio menos artificial, Frédéric recordó que debía una visita a la mariscala.

La puerta de la antesala estaba abierta; dos bichillos habaneros acudieron y una voz gritó:

—¡Delphine! ¡Delphine! ¿Es usted, Félix?

Se quedó parado; los dos perrillos seguían ladrando. Por fin, se presentó Rosanette, envuelta en una especie de peinador de muselina blanca guarnecido de encajes y con los pies desnudos en babuchas.

—¡Ah! Perdone usted, caballero. Le tomaba a usted por el peluquero; un minuto; enseguida vengo.

Y él permaneció solo en el comedor, cuyas persianas se hallaban cerradas. Lo recorría Frédéric con la vista, acordándose del ruido de la otra noche, cuando observó que en el centro de la mesa había un sombrero de hombre, un fieltro viejo, abollado, grasiento, inmundo. ¿De quién era aquel sombrero? Mostrándose imprudentemente, parecía decir: «¿Qué me importa, después de todo? Yo soy el amo».

La mariscala apareció. Lo cogió, abrió la estufa, lo tiró en ella; volvió a cerrar la puerta (otras puertas, al mismo tiempo, se abrían y se cerraban), y habiendo hecho pasar a Frédéric por la cocina, le introdujo en su tocador.

Se veía, desde luego, que aquel era el sitio más frecuentado de la casa y como su verdadero centro moral. Tela persa de grandes follajes tapizaba las paredes, los sillones y un ancho diván de muelles. Sobre una mesa de mármol blanco resaltaban dos grandes jarrones de porcelana azul; placas de cristal formaban un armario: estaban repletas de frascos, cepillos, peines, barras de cosmético, cajas de polvos; en una alta Psique, o espejo montado sobre dos columnas, resplandecía la llama de la chimenea; un paño colgaba de la parte de afuera del baño, y se aspiraban perfumes de pasta de almendra y de benjuí.

—Perdone usted el desorden. Esta noche ceno fuera.

Y al girar sobre sus talones, por poco aplasta a uno de los perrillos. Frédéric declaró que eran encantadores. Ella los levantó a los dos, y poniendo junto a la cara de Frédéric su negro hocico, les dijo:

—Vamos, una risita; a besar a este caballero.

Un hombre con levita sucia, de cuello de pieles, entró bruscamente.

—Apreciable Félix —dijo ella—, el domingo próximo, sin falta, quedará arreglado ese negocio.

El hombre se puso a peinarla, dándole noticias de sus amigas: la señora Rochegune, la señora Saint-Florentin, la señora Lombard; todas nobles como en el hotel Dambreuse. Después habló de teatros; por la noche, en el Ambigu, daban una representación extraordinaria.

—¿Irá usted?

—No, desde luego. Me quedo en casa.

Delphine se presentó; la riñeron por haber salido sin su permiso; la otra juró que «volvía del mercado».

—Bueno; tráigame usted el libro. Lo permite usted, ¿no es verdad?

Y leyendo a media voz el cuaderno, Rosanette hacía observaciones sobre cada artículo. La suma estaba equivocada.

—Devuélvame usted quince céntimos.

Delphine se los dio y, cuando se fue, añadió Rosanette:

—¡Virgen santísima! ¡Qué desgracia es tratar con estas gentes!

A Frédéric le chocó aquella recriminación, que le recordaba demasiado a las otras, y establecía entre ambas una especie de igualdad fastidiosa.

Delphine volvió y se acercó a la mariscala para cuchichear unas palabras a su oído:

—No; no quiero.

Delphine se presentó de nuevo.

—Señora, insiste.

—¡Qué fastidio! Échala fuera.

En aquel mismo momento, una señora vieja, vestida de negro, empujó la puerta. Frédéric no oyó nada; no vio nada; Rosanette se había precipitado en el cuarto a su encuentro.

Cuando volvió traía la cara roja, y se sentó en uno de los sillones sin hablar. Una lágrima resbaló por su mejilla; y después, volviéndose hacia el joven, le preguntó dulcemente:

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Frédéric.

—¡Ah, Frédéric! ¿No le molesta a usted que le llame así?

Y le miraba con mimo; más: con amor, cuando de repente lanzó un grito de alegría a la vista de la señorita Vatnaz. La mujer artista no tenía tiempo que perder, debiendo, como debía, presidir a las seis en punto su mesa redonda; y venía jadeando hasta no poder más.

Primero sacó de su ridículo bolso una cadena de reloj con un papel, después, diferentes objetos, adquisiciones.

—Sabrás que hay en la calle Joubert guantes de Suecia a dieciocho francos, magníficos. Tu tintorero pide ocho días más. En cuanto al guipure, he dicho que se volvería. Bugneaux ha recibido a cuenta. Eso es todo, me parece. Me debes ciento ochenta y cinco francos.

Rosanette fue a sacar de un cajón diez napoleones de oro de veinte francos; ninguna de ellas dos tenía la vuelta de quince. Frédéric le ofreció...

—Ya se los devolveré a usted —dijo la Vatnaz, metiendo los quince francos en su saco—. Pero es usted una mala persona; yo no le quiero a usted,

porque el otro día no me sacó usted a bailar ni una sola vez... ¡Ah!, querida, he descubierto en una tienda del muelle Voltaire un cuadro de pájaros disecados que son preciosos como amores; en tu lugar lo compraría. ¿Qué te parece esto?

Y exhibió un retal viejo de seda rosa que había comprado en el Templete para hacer un jubón de la Edad Media a Delmar.

—Ha venido hoy, ¿no es verdad?

—No.

—Es singular. —Y después de un minuto añadió—: ¿Adónde vas esta noche?

—A la casa de Alphonsine —dijo Rosanette; tercera versión de la manera como pensaba pasar la noche.

La señorita Vatnaz preguntó:

—¿Hay algo nuevo del viejo de la Montaña?

Pero por un súbito guiño de los ojos, la mariscala le mandó callar y acompañó a Frédéric hasta la antesala para saber si vería pronto a Arnoux.

—Ruéguele usted que venga; no delante de su mujer, por supuesto.

Junto a la puerta había un paraguas y un par de zuecos arrimados a la pared.

—Los chanclos de la Vatnaz —dijo Rosanette—. ¡Qué pie!, ¿eh? Es robusta mi amiguita.

Y en tono melodramático, apoyando la última letra de la palabra, añadió:

—No hay que fiar...

Frédéric, alentado por aquella especie de confianza, quiso besarle el cuello. Ella dijo con frialdad:

—Puede usted hacerlo; eso no cuesta nada.

Se sentía contento al salir de allí, no dudando que la mariscala sería pronto su amante. Aquel deseo despertó otro; y a pesar de la especie de rencor que le guardaba, tuvo ganas de ver a la señora Arnoux.

Además, debía ir allá para hacer el encargo de Rosanette.

«Pero ahora —pensó; daban las seis—, Arnoux estará indudablemente en su casa».

Y aplazó su visita para el día siguiente.

La encontró en la misma actitud que el primer día, y haciendo una camisa

de niño. El chiquillo, a sus pies, jugaba con una jaula de fieras de madera; Marthe escribía, algo más lejos.

Empezó cumplimentándola respecto a sus hijos, contestando ella sin ninguna necia exageración maternal. Tenía el cuarto un aspecto tranquilo; pasaba por los cristales un sol hermoso, relucían las aristas de los muebles, y como la señora Arnoux se hallaba sentada cerca de la ventana, uno de los rayos, dando en los engancha-corazones o diablillos o tolanos de su nuca, penetraba como un fluido de oro en su cutis de ámbar.

Entonces dijo él:

—Aquí tenemos una personita que ha crecido mucho en estos tres años. ¿Se acuerda usted, señorita, cuando dormía usted sobre mis rodillas en el coche?

Marthe no se acordaba.

—Una noche, volviendo de Saint-Cloud.

La señora Arnoux puso en su mirada singular tristeza. ¿Era para prohibirle toda alusión a su común recuerdo? Sus hermosos ojos negros, cuya esclerótica brillaba, se movían dulcemente bajo sus párpados, algo pesados, y en la profundidad de sus pupilas había una infinita bondad. Él se sintió dominado nuevamente por un amor más fuerte que nunca, inmenso; una especie de contemplación le sobrecogía, que sin embargo sacudió. ¿Cómo hacerse valer? ¿Por qué medios? Y después de buscar mucho, Frédéric no encontró nada mejor que el dinero. Se puso a hablar del tiempo, que era menos frío que en el Havre.

—¿Ha estado usted allí?

—Sí; para un negocio... de familia... una herencia.

—Me alegro mucho —contestó ella con un aire de placer tan verdadero, que él agradeció como un gran servicio.

Ella le preguntó luego qué pensaba hacer, porque un hombre debía ocuparse en algo. Él se acordó de su mentira y dijo que esperaba llegar al Consejo de Estado por mediación del señor Dambreuse el diputado.

—¿Le conoce usted, quizá?

—De nombre únicamente.

Después, en voz baja, le preguntó:

—Le llevó a usted «él» al baile la otra noche, ¿no es verdad?

Frédéric se callaba.

—Eso es lo que quería saber. Gracias.

Enseguida le dirigió dos o tres preguntas discretas acerca de su familia y de su provincia, manifestándole que era muy amable haber permanecido en ella tanto tiempo sin olvidarlos.

—¿Podía acaso? —contestó—. ¿Lo dudaba usted?

La señora Arnoux se levantó.

—Creo que nos profesa usted una buena y sólida amistad. Adiós... hasta la vista. —Y le alargó la mano de una manera franca y viril.

¿No era aquello un compromiso, una promesa? Frédéric se sentía muy contento de la vida; se contenía para no cantar; tenía necesidad de expansión, de mostrarse generoso, de dar limosnas... Miró si a su alrededor había alguien a quien socorrer; no pasaba ningún menesteroso, y su veleidad de sacrificio se desvaneció porque no era hombre que buscara lejos la ocasión de realizarlos.

En esto se acordó de sus amigos. El primero en quien pensó fue en Hussonnet, y el segundo, Pellerin. La posición ínfima de Deslauriers requería, naturalmente, consideraciones; en cuanto a Cisy, se alegraba de poder hacerle ver un poco su fortuna. Así es que escribió a los cuatro para que vinieran a bautizar la casa el domingo siguiente, a las once en punto, y encargó a Deslauriers que llevara a Sénécál.

El pasante había sido despedido de su tercer pensionado por no haber aceptado distribución de premios, según costumbre para él contraria al principio de igualdad. Al presente se hallaba en casa de un constructor de máquinas, y hacía ya seis meses que no vivía con Deslauriers.

Su separación no tuvo nada de penosa. Sénécál, en los últimos tiempos, recibía hombres de blusa, todos patriotas, todos trabajadores, todas gentes excelentes, pero cuya compañía parecía fastidiosa al abogado. Además, ciertas ideas de su amigo, muy buenas como armas de guerra, le desagradaban. Se las callaba por ambición, creyendo que por este medio le guiaría, esperando, como esperaba con paciencia, un gran trastorno, del cual contaba sacar su plaza, hacerse un hueco.

Las convicciones de Sénécál eran más desinteresadas. Todas las noches, cuando su tarea acababa, entraba en su buhardilla y buscaba en sus libros con qué justificar sus sueños. Había anotado el Contrato social; se atiborraba de la Revista Independiente; conocía a Mably, Morelly, Fourier, Saint-Simon, Comte, Cabet, Louis Blanc, la extensa carretada de los escritores socialistas, de aquellos que reclaman para la humanidad el nivel de los cuarteles, de los que quisieran divertirla en un lupanar o doblarla sobre un mostrador. Y de la mezcla de todo eso se había formado un ideal de democracia virtuosa que

tenía el doble aspecto de una granja y una industria: una especie de Lacedemonia americana, en que el individuo no existía más que para servir a la sociedad; más omnipotente, absoluta, infalible y divina que los grandes lamas y los Nabucodonosores. Ni una sola duda le asaltaba sobre la próxima eventualidad de aquella concepción; y todo lo que le parecía hostil merecía el encarnizamiento de Sénécal, con razonamientos de geómetra y una buena fe de inquisidor. Los títulos nobiliarios, las cruces, los penachos, las libreas especialmente y hasta las reputaciones demasiado sonoras le escandalizaban. Sus estudios y sus sufrimientos avivaban más cada día su odio esencial hacia toda distinción o superioridad cualquiera.

—¿Qué debo yo a ese caballero para prodigarle atenciones? Si necesitaba de mí, podía venir.

Deslauriers le arrastró. Encontraron a su amigo en su cuarto de dormir. Reposteros y dobles cortinas, luna veneciana, nada faltaba allí; Frédéric, con una chaqueta de terciopelo, se hallaba recostado en una butaca, fumando cigarrillos de tabaco turco.

Sénécal se puso más sombrío que de costumbre, como los beatos a quienes llevan a reuniones de placer. Deslauriers lo observó todo al primer golpe de vista, y, saludando muy rendidamente, dijo:

—Presento mis respetos a su excelencia.

Dussardier le echó los brazos al cuello.

—¿Es usted rico ahora? ¡Tanto mejor, caramba; tanto mejor!

Cisy se presentó con gasa en el sombrero. Desde la muerte de su abuela disfrutaba de una fortuna importante y cuidaba menos de divertirse que de distinguirse de los demás, de no ser como todo el mundo; en fin, de «tener cachet», esta era su frase.

A todo esto, eran las doce y todos bostezaban. Frédéric esperaba a alguien. Al nombre de Arnoux, Pellerin torció el gesto, considerándole como un renegado desde que había abandonado las artes.

—Si prescindimos de él, ¿qué dirían ustedes?

Todos asintieron.

Un criado con altas polainas abrió la puerta, y se vio el comedor con su gran plinto de roble con realces de oro y sus dos aparadores cargados de vajilla. Las botellas de vino se calentaban en la estufa; las hojas de los cuchillos nuevos relucían cerca de las ostras; había en el tono nacarado de los vasos de muselina como una suavidad estimulante, y la mesa desaparecía cubierta de caza, frutas, cosas extraordinarias. Aquellas atenciones eran superfluas para Sénécal.

Empezó por pedir pan casero y del más duro posible, y a este propósito habló de los asesinatos de Buzançais y de la crisis de las subsistencias.

Nada de eso habría sucedido si se protegiera más la agricultura, si no estuviera todo entregado a la concurrencia, a la anarquía, a la deplorable máxima del «dejad hacer, dejad pasar». Así se constituía el feudalismo del dinero, peor que el otro. Pero que tengan cuidado; el pueblo se cansará al fin y podrá hacer pagar sus sufrimientos a los detentadores del capital, bien por sangrientas proscriciones o por el pillaje de sus palacios, grandes o pequeños.

Frédéric entrevió en un relámpago una oleada de hombres, con los brazos desnudos, invadiendo el gran salón de la señora Dambreuse, rompiendo los espejos a golpes de pico.

Sénécal continuaba: el obrero, vista la insignificancia de los salarios, era más despreciado que el ilota, el negro y el paria, sobre todo si tiene hijos.

—¿Debe desembarazarse de ellos por la asfixia, como lo aconseja no sé qué doctor inglés descendiente de Malthus? —Y volviéndose hacia Cisy, le dijo—: ¿Estaremos reducidos a los consejos del infame Malthus?

Cisy, que ignoraba la infamia y aun la existencia de Malthus, respondió que, sin embargo, se socorrían muchas miserias y que las clases elevadas...

—¡Ah, las clases elevadas! —dijo con falsa risa el socialista—. En primer lugar, no hay clases elevadas; nadie es elevado sino por el corazón. Nosotros no queremos limosnas, ¿entiende usted?, sino la igualdad, el justo reparto de los productos.

Lo que él pedía era que el obrero pudiera llegar a ser capitalista, como el soldado, el coronel. Los gremios, al menos, al limitar el número de los aprendices, impedían el amontonamiento de los trabajadores, y el sentimiento de la fraternidad se hallaba mantenido por las fiestas y los estandartes.

Hussonnet, como poeta, echaba de menos los estandartes; Pellerin también, predilección que nació en el café Dagneaux, oyendo hablar a falansterianos, y declaró que Fourier era un gran hombre.

—¡Vaya! —dijo Deslauriers—. Un viejo necio que ve en la destrucción de imperios efectos de la venganza divina. Como el señor Saint-Simon y su Iglesia, con su odio a la Revolución francesa: un montón de farsantes que querían restaurar el catolicismo.

El señor Cisy, por ilustrarse, sin duda, o dar de sí buen concepto, se puso a decir despacio:

—¿Esos dos sabios no son de la opinión de Voltaire?

—Ese se lo regalo a usted —contestó Sénécal.

—¿Cómo? Yo creía...

—No; porque no amaba al pueblo.

Después, la conversación descendió a los sucesos contemporáneos: los matrimonios españoles, las dilapidaciones de Rochefort, el nuevo capítulo de Saint-Denis, que produciría un aumento de contribuciones. Según Sénécal, ya se pagaba bastante, sin embargo.

—¿Y para qué, Dios mío? Para levantar palacios a los monos del museo, hacer formar en parada en nuestras plazas a brillantes estados mayores o sostener entre los criados del castillo una etiqueta gótica.

—He leído en La Moda —dijo Cisy— que el día de San Fernando, en el baile de las Tullerías, todo el mundo iba gallardamente disfrazado.

—¡Si eso no es lastimoso...! —dijo el socialista, encogiéndose de hombros con disgusto.

—¿Y el museo de Versalles? —exclamó Pellerin—. Hablemos de él. Esos imbéciles han acortado un Delacroix y alargado un Gros. En el Louvre han restaurado, arañado y revuelto tan bien todos los lienzos, que quizá en diez años no quede uno. En cuanto a los errores del catálogo, un alemán ha escrito sobre ellos todo un libro. Los extranjeros, palabra, se burlan de nosotros.

—Sí; somos la risa de Europa —dijo Sénécal.

—Eso sucede porque el arte se halla enfeudado en la corona.

—Mientras no tengamos el sufragio universal...

—¡Permítame usted! Porque el artista rechazado hacía veinte años en todos los salones estaba furioso contra el poder. Que nos dejen en paz. Yo no pido nada; únicamente las cámaras deberían estatuir acerca de los intereses del arte. Sería preciso establecer una cátedra de estética cuyo profesor, hombre a la vez práctico y filósofo, llegue, era de esperar, a agrupar la muchedumbre. Hará usted bien, Hussonnet, en decir algo de esto en su periódico.

—¿Es que los periódicos son libres? ¿Es que lo somos nosotros? —dijo Deslauriers acalorado.

—Cuando se piensa que puede haber hasta veintiocho formalidades para establecer un barquichuelo en un río, le dan a uno ganas de irse a vivir entre los antropófagos. El gobierno nos devora. Todo lo tiene: la filosofía, el derecho a las artes, el aire del cielo; y Francia agoniza encorvada, bajo la bota del gendarme y la sotana del clerizonte.

El futuro Mirabeau derramaba así su bilis con fuerza. Por fin cogió su copa, se levantó, y el puño en la cadera, el ojo brillante, dijo:

—Bebo a la completa destrucción del orden actual; es decir, de todo lo que se llama privilegio, monopolio, dirección, jerarquía, autoridad, Estado. —Y en voz alta añadió—: Que quisiera destruir como destruyo esto —lanzando sobre la mesa el lindo vaso de pie, que se rompió en mil pedazos.

Todos aplaudieron, y Deslauriers principalmente.

El espectáculo de las injusticias le hacía saltar el corazón. Se inquietaba por Barbès; era de aquellos que se arrojaban de los coches para socorrer a los caballos que se caen. Su erudición se limitaba a dos obras, una titulada Crímenes de los reyes; la otra, Misterios del Vaticano. Había escuchado al abogado con la boca abierta, con deleite. Por fin, no conteniéndose más, dijo:

—Yo, lo que censuro a Luis Felipe, es haber abandonado a los polacos.

—Un momento —exclamó Hussonnet—. En primer lugar... Polonia no existe: es una invención de Lafayette. Los polacos, por regla general, son todos del barrio Saint-Marceau, puesto que los verdaderos se ahogaron con Poniatowski.

En resumen: él ya no caía en eso; se había curado de todo eso. Todo eso era como la serpiente de mar, la revocación del edicto de Nantes, y esa antigua farsa de la Saint-Barthélemy.

Sénécal, sin defender a los polacos, recogió las últimas palabras del literato. Se había calumniado a los papas, que después de todo defendían al pueblo, y llamaba a la Liga la aurora de la democracia, un gran movimiento igualatorio contra el individualismo de los protestantes.

Frédéric se hallaba un tanto sorprendido con aquellas ideas, que fastidiaban a Cisy probablemente, porque llevó la conversación a los cuadros vivos del Gimnasio, que atraían por entonces a mucha gente.

Sénécal se afligió de aquello. Tales espectáculos corrompían a las hijas del proletario; después se las veía ostentar un lujo insolente. Por eso aprobaba a los estudiantes bávaros que habían ultrajado a Lola Montes. A semejanza de Rousseau, hacía más caso de la mujer de un carbonero que de la amante de un rey.

—Bromeáis con lo selecto —replicó majestuosamente Hussonnet. Y tomó la defensa de esas señoras en favor de Rosanette.

Luego, como hablara de su baile y del traje de Arnoux, dijo Pellerin:

—Dicen que se bambolea en sus negocios.

El comerciante de cuadros acababa de tener un proceso por sus terrenos de Belleville, y andaba ahora en una compañía de caolín, en la Baja Bretaña, con otro farsante de su especie; Dussardier sabía más de eso porque su principal, el

señor Moussinot, había ido a informarse, respecto de Arnoux, cerca del banquero Oscar Lefebvre, y este había contestado que le juzgaba poco sólido, conociendo algunas de sus renovaciones.

Concluyeron los postres y pasaron al salón, tapizado, como el de la mariscal, de damasco amarillo y en el estilo Luis XVI.

Pellerin censuró a Frédéric por no haber escogido mejor el estilo neogriego; Sénécal encendió cerillas frotándolas contra los tapices; Deslauriers no hizo observación alguna, aunque sí de la biblioteca, que llamó biblioteca de señorita.

La mayoría de los literatos contemporáneos se encontraban en ella; pero fue imposible hablar de sus obras, porque Hussonnet, inmediatamente, contaba anécdotas sobre sus personas, criticaba sus figuras, sus costumbres, sus trajes, exaltando los ingenios de decimoquinto orden, denigrando los de primera y deplorando, por supuesto, la decadencia moderna. Tal cancioncilla de aldeano contenía por sí sola más poesía que todos los líricos del siglo XIX: Balzac era ponderado; Byron, echado por tierra; Hugo no entendía nada del teatro, etcétera.

—¿Por qué —decía Sénécal— no tiene usted los volúmenes de nuestros poetas obreros?

Y el señor Cisy, que se ocupaba de literatura, se admiró de no ver sobre la mesa de Frédéric alguna de esas fisiologías nuevas, fisiología del fumador, del pescador de caña, del empleado de fronteras.

Llegaron a fastidiarle tanto, que le dieron ganas de echarlos a la calle.

«Pero ¡qué estúpido soy!». Y llamando aparte a Deslauriers, le preguntó si podía servirle en algo. Y el excelente muchacho se enterneció. Con su plaza de cajero no necesitaba de nada.

Enseguida, Frédéric llevó a Deslauriers a su cuarto, y sacando de su gaveta dos mil francos, le dijo:

—Toma, querido amigo; guárdate eso. Es el resto de nuestras cuentas antiguas.

—Pero... ¿y el periódico? —dijo el abogado—. He hablado de él con Hussonnet, ya sabes.

Y Frédéric contestó que por entonces se encontraba «un poco maltrecho». El otro sonrió amargamente.

Después de los licores se bebió cerveza; después de la cerveza, grogs; se fumaron más pipas, y por fin, a las cinco de la tarde, se fueron todos. Iban unos junto a otros, sin hablar, cuando Dussardier se puso a decir que Frédéric

los había recibido perfectamente. Todos convinieron en ello.

Hussonnet declaró que su almuerzo era un poco pesado; Sénécal criticó la futilidad de su interior; Cisy pensaba lo propio; aquello carecía absolutamente de cachet.

—Yo creo —dijo Pellerin— que bien hubiera podido pedirme un cuadro.

Deslauriers se callaba, llevando en los bolsillos de su pantalón sus billetes de banco.

Frédéric se quedó solo; pensaba en sus amigos, y sentía entre ellos y él como un gran foso lleno de sombras que los separaba. Les había alargado la mano, sin embargo, y no habían correspondido a la franqueza de su corazón. Se acordó de las palabras de Pellerin y de Dussardier respecto a Arnoux. Eran una calumnia, una invención, sin duda; pero ¿por qué? Y vio a la señora Arnoux arruinada, llorando, vendiendo sus muebles. Aquella idea le atormentó toda la noche; al día siguiente se presentó en su casa.

No sabiendo cómo comunicar lo que sabía, le preguntó en forma de conversación si Arnoux tenía aún sus terrenos de Belleville.

—Sí; claro.

—Creo que anda ahora en una compañía para caolín en Bretaña.

—Es verdad.

—Su fábrica marcha muy bien, ¿no es cierto?

—Pues... supongo.

Y como él vacilara, añadió:

—¿Qué le ocurre? Me da usted miedo.

Él le contó la historia de las renovaciones. Bajó ella la cabeza y dijo:

—Lo sospechaba.

En efecto, Arnoux, para hacer una buena especulación, había rehusado vender sus terrenos; había tomado sobre ellos mucho, y no encontrando adquirentes había creído arreglarse estableciendo una manufactura. Los gastos habían excedido a los cálculos. Ella no sabía más de eso, porque Arnoux eludía todas las preguntas y afirmaba constantemente que aquello iba muy bien.

Frédéric trató de tranquilizarla; tal vez serían dificultades momentáneas; por lo demás, si él averiguaba algo se lo diría.

—¡Oh, sí! ¿No es verdad? —dijo ella, juntando las manos con un aire de súplica encantador.

Podía, pues, serle útil: entraba ya en su existencia, en su corazón.

Arnoux se presentó.

—Es usted muy amable viniendo a buscarme para cenar.

Frédéric permaneció mudo. Arnoux habló de cosas indiferentes; después advirtió a su mujer que volvería muy tarde, porque tenía una cita con el señor Oudry.

—¿En su casa?

—Seguramente; en su casa.

Confesó al bajar la escalera que encontrándose libre la mariscala iban a hacer una linda partida al Moulin-Rouge; y como necesitaba siempre de alguien que recibiera sus expansiones, se hizo acompañar de Frédéric hasta la puerta.

En lugar de entrar, se paseó por la acera mirando las ventanas del piso segundo. De repente, las cortinas se abrieron.

—¡Bravo! El tío Oudry ya no está. Buenas noches.

Luego era el tío Oudry quien la mantenía. Frédéric no sabía qué pensar ahora.

A partir de aquel día, Arnoux estuvo más cordial que antes: le convidaba a cenar en casa de su amante, y muy pronto Frédéric frecuentó a la vez ambas casas.

La de Rosanette le divertía. Iban allí por la noche al salir del club o del teatro; tomaban una taza de café, jugaban a la lotería; los domingos se hacían charadas; Rosanette, más turbulenta que las demás, se distinguía por sus invenciones chuscas, como correr a cuatro patas o encajarse un gorro de algodón. Para mirar a los transeúntes por la ventana, tenía un sombrero especial; fumaba en pipa, cantaba tirolesas. Por la tarde, por entretenerse, cortaba flores en un pedazo de tela persa; las pegaba ella misma en sus cristales; llenaba de mejunjes a sus dos perrillos; hacía quemar pastillas o se echaba la buena ventura. Incapaz de resistir a su deseo, se encaprichaba por un cachorro que había visto, no dormía, corría a comprarlo, lo cambiaba por otro y malvendía las telas; perdía sus alhajas, despilfarraba el dinero, hubiera vendido su camisa por un palco de proscenio. Muchas veces preguntaba a Frédéric la explicación de una palabra que había leído; pero no oía la respuesta, porque saltaba en el acto a otra idea, multiplicando las preguntas. Después de espasmos de alegría tenía cóleras infantiles; o soñaba, sentada en el suelo, delante del fuego, con la cabeza baja y la rodilla entre ambas manos, más inerte que una culebra adormecida. Sin darle importancia, se vestía delante de él, estiraba despacio sus medias de seda, después se lavaba con

mucha agua la cara, doblando la cintura como una náyade que se estremece; y la risa de sus blancos dientes, las chispas de sus ojos, su belleza, su alegría, deslumbraban a Frédéric, azotándole sus nervios.

Casi siempre encontraba a la señora Arnoux enseñando a leer a su chiquillo o detrás de la silla de Marthe, que solfeaba al piano; cuando trabajaba en una obra de costura, era para él gran dicha recoger algunas veces sus tijeras. Todos sus movimientos eran de una tranquila majestad: sus manos, pequeñas, parecían hechas para derramar limosnas, para enjugar lágrimas, y su voz, un tanto opaca, naturalmente, tenía entonaciones cariñosas y como el soplo de la brisa ligera.

No se exaltaba por la literatura; pero su espíritu gustaba de palabras sencillas y penetrantes; le agradaban los viajes, el ruido del viento en los bosques y pasearse con la cabeza descubierta en los días de lluvia. Frédéric escuchaba aquellas cosas deliciosamente, creyendo ver que empezaba en ella un cierto abandono de sí misma.

El trato de aquellas dos mujeres sonaba en su vida como dos músicas: la una, alegre, ardiente, divertida; la otra, grave y casi religiosa; y vibrando a la vez, iban aumentando y mezclándose poco a poco. Porque si la señora Arnoux le rozaba tan solo con un dedo, la imagen de la otra inmediatamente se presentaba a su deseo, porque de este lado era menos lejana la esperanza; y cuando al lado de Rosanette llegaba su corazón a conmoverse, se acordaba de su gran amor.

Aquella confusión estaba provocada por similitudes entre los dos interiores. Uno de los cofres que veía antes en el bulevar Montmartre adornaba ahora el comedor de Rosanette; el otro, el salón de la señora Arnoux. En las dos casas, los servicios de mesa eran parecidos, y hasta se encontraba la misma gorra de terciopelo andando por las butacas: después, una multitud de regalos, de pantallas, de cajas, de abanicos, iban y venían de casa de la amante a casa de la esposa, porque, sin la menor dificultad, Arnoux muchas veces le recogía a la una lo que le había dado, para dárselo a la otra.

La mariscala se reía con Frédéric de sus malas maneras. Un domingo, después de comer, le llevó detrás de la puerta y le enseñó en su paletó un papel de pasteles que acababa de escamotear en la mesa para regalárselos, sin duda, a sus chiquillos; Arnoux se entregaba a travesuras rayanas en la indecencia. Era para él un deber defraudar los consumos; jamás iba al teatro pagando; con un billete inferior pretendía ocupar un puesto superior, y contaba como excelente farsa que tenía costumbre en los baños fríos de echar en la hucha del mozo un botón de calzoncillos en vez de una pieza de diez céntimos. A pesar de todas aquellas cosas, la mariscala le amaba.

Un día, sin embargo, le dijo a Frédéric hablándole de Arnoux:

—Me fastidia; ya tengo bastante; tanto peor para él; ya encontraré otro.

Frédéric creía que ya había encontrado a otro y que se llamaba Oudry.

—Bueno —dijo Rosanette—. Y eso ¡qué importa! —Y después añadió con lágrimas en la voz—: Le pido bien poca cosa, sin embargo; y no quiere el animal, y no quiere. En cuanto a promesas, ya es distinto.

Hasta le había prometido la cuarta parte de los beneficios en las famosas minas de caolín; pero ningún beneficio aparecía, como tampoco el casimir con que hacía seis meses la entretenía.

Frédéric pensó inmediatamente en regalárselo; pero Arnoux podría tomarlo como una lección y enfadarse. Y, con todo, era bueno; su misma mujer lo decía; ¡pero tan loco!

En vez de llevar todos los días a comer gentes a su casa, llevaba a sus conocidos al restaurante; compraba cosas completamente inútiles, como cadenas de oro, relojes, artículos de menaje. La señora Arnoux hasta le enseñó a Frédéric, en el corredor, una enorme provisión de ollas, cafeteras y teteras: Arnoux le había hecho firmar un pagaré suscrito a la orden del señor Dambreuse.

A todo esto, Frédéric conservaba sus proyectos literarios por una especie de punto de honor respecto a sí mismo. Quiso escribir una historia de la estética, resultado de sus conversaciones con Pellerin; después, poner en drama diferentes épocas de la Revolución francesa y componer una gran comedia al influjo de Deslauriers y Hussonnet. En medio de su trabajo, muchas veces el rostro de la una o de la otra pasaba por delante; luchaba contra el deseo de verlos, no tardaba en ceder y se sentía más triste al volver de casa de la señora Arnoux.

Una mañana que rumiaba su melancolía al rincón del fuego, entró Deslauriers. Los discursos incendiarios de Sénécal habían inquietado a su principal, y, una vez más, se encontraba sin recursos.

—¿Qué quieres que yo le haga? —dijo Frédéric.

—Nada; no tienes dinero, ya lo sé, pero ¿te molestaría buscarle una plaza por conducto del señor Dambreuse o de Arnoux?

Este debía de necesitar ingenieros para su establecimiento. Frédéric tuvo una inspiración: Sénécal podría advertirle las ausencias del marido, llevar cartas, ayudarle en mil ocasiones que se presentarían. De hombre a hombre se cambian siempre esos servicios. Además, él encontraría medio de emplearle sin que él lo advirtiese. La casualidad le ofreció un auxiliar; aquello era un buen augurio, preciso era recogerlo; y, fingiendo indiferencia, contestó que la cosa quizá sería factible y que se ocuparía de ella.

Y se ocupó inmediatamente. Arnoux trabajaba mucho en su fábrica: buscaba el rojo bronceado de los chinos, pero sus colores se volatizaban por la cocción. Para cortar las grietas de sus barros, mudaba cal a la arcilla, pero las piezas se rompían en su mayoría; el esmalte de sus pinturas, sobre crudo, hervía; sus grandes placas se arrugaban, y atribuyendo esos fracasos a los malos utensilios de su fábrica, quería encargar otros molinos de pulverizar, otras secadoras. Frédéric recordó algunas de estas cosas, y le preguntó sobre ellas, anunciándole que había encontrado a un hombre muy útil, capaz de encontrar su famoso rojo. Arnoux dio un salto; después, habiéndole oído, contestó que no necesitaba a nadie.

Frédéric exaltó los prodigiosos conocimientos de Sénécal, a la vez ingeniero, químico y contable; un matemático de primera fuerza.

El fabricante consintió en verle. Ambos discutieron acerca de los emolumentos. Frédéric se interpuso y llegó, el fin de semana, a ponerlos de acuerdo.

Pero como la fábrica estaba situada en Creil, Sénécal no podía ayudarle en nada. Aquella reflexión tan sencilla abatió su ánimo como una desventura.

Pensó que cuanto más desligado estuviese Arnoux de su mujer, mayores probabilidades tendría él cerca de ella. Entonces se puso a hacer la apología de Rosanette constantemente; le echó en cara sus faltas para con ella, contó las vagas amenazas de días pasados, y hasta habló del casimir, sin callarse que ella le tachaba de avaro.

Arnoux, picado por la palabra (y concibiendo, además, inquietudes) llevó el casimir a Rosanette, pero riñéndola por haberse quejado a Frédéric; como ella le dijera que le había recordado cien veces la promesa, pretendió demostrar que se le había olvidado con sus muchas ocupaciones.

Al día siguiente se presentó Frédéric en casa de ella; aunque eran las dos, la mariscala estaba aún acostada, y a su cabecera, Delmar, instalado delante de un velador, tomaba un poco de paté. Desde lejos, gritó ella:

—Lo tengo, lo tengo.

Y después, cogiéndole por las orejas, le besó en la frente, le dio muchas gracias, le tuteó, hasta quiso hacerle acostar en su cama. Sus lucidos y tiernos ojos brillaban, su húmeda boca sonreía, sus dos brazos redondos salían de su camisa sin mangas, y de cuando en cuando sentía él, a través de la batista, los fuertes contornos de su cuerpo. Mientras, Delmar abría mucho los ojos.

—Pero verdaderamente, amiga mía, querida amiga mía...

Lo mismo sucedió las veces siguientes. En cuanto entraba Frédéric, se ponía en pie sobre su cojín para que la besara mejor, le llamaba monín,

querido, ponía flores en su ojal, arreglaba su corbata. Aquellas graciosas atenciones aumentaban siempre que Delmar estaba presente.

¿Eran preludios? Así lo creyó Frédéric. En cuanto a lo de engañar a su amigo, Arnoux en su lugar no dudaría, y tenía el derecho de no ser virtuoso con su amante, habiéndolo sido siempre con su mujer; porque creía haberlo sido, o, más bien, hubiera querido creérselo para fortificar su prodigiosa cobardía. Se encontró estúpido, sin embargo, y resolvió tratar a la mariscala abiertamente.

Así pues, una tarde, cuando se sentó en su cómoda, Frédéric se aproximó a ella y hubo algo de elocuencia, tan poco ambigua, que ella se levantó completamente ruborizada. Volvió él, y entonces se deshizo ella en lágrimas, diciendo que era muy desgraciada y que no era esto una razón para que la despreciaran. Retiró sus tentativas; tomó ella entonces diverso camino, que fue el de reírse siempre; creyó él malicioso usar el mismo tono exagerándolo, pero se demostraba demasiado alegre para que fuera sincero, y este juego de camaradas era un obstáculo a las manifestaciones de toda emoción seria. Por fin, otro día le contestó que ella no aceptaba los restos de otra.

—¿Qué otra?

—Pues sí; vete a buscar a la señora Arnoux.

Porque Frédéric hablaba de ella muy a menudo; Arnoux, por su parte, tenía la misma manía, y Rosanette acabó por impacientarse de oír siempre elogiar a aquella mujer, y su imputación venía a ser una especie de venganza. Frédéric le guardó rencor por ella.

Empezaba además a molestarle mucho. A veces, dándoselas de experimentada, maldecía del amor con risa escéptica, que producía comezones y hasta guantadas. Un cuarto de hora más tarde, era aquello la única cosa que había en el mundo, y cruzando los brazos sobre el pecho, como para escuchar a alguien, murmuraba: «¡Sí, es bueno; es tan bueno!», los párpados entreabiertos y casi espasmodiada de embriaguez. Imposible era conocerla; saber, por ejemplo, si amaba a Arnoux, porque se burlaba de él y parecía tener celos. Otro tanto acontecía respecto a la Vatnaz, a quien llamaba miserable, y otras veces su mejor amiga. Tenía, en fin, en toda su persona, y hasta en el torcido de su moño, algo de inexplicable, que parecía un reto, y Frédéric la deseaba, sobre todo, por el placer de vencerla y dominarla.

¿Cómo hacer? Porque muchas veces le despedía sin ninguna ceremonia, presentándose un minuto entre puerta para cuchichear:

—Estoy ocupada; hasta la noche.

O la encontraba en medio de doce personas; y cuando estaban solos,

parecía cosa de apuesta, tales eran los obstáculos que se sucedían.

La convidaba a cenar, pero rehusaba siempre; una vez aceptó, pero no fue.

Una idea maquiavélica surgió en su cerebro. Conociendo por Dussardier las recriminaciones de Pellerin a su respecto, imaginó encargarle el retrato de la mariscala, un retrato de tamaño natural, que exigiría muchas sesiones; no faltaría ni a una, y la acostumbrada inexactitud del artista facilitaría sus conferencias. Invitó, pues, a Rosanette a que se dejara pintar, para ofrecer sus facciones a su querido Arnoux. Aceptó, porque se veía en medio del gran salón, en el sitio de honor, con una multitud de gente delante, y los periódicos hablarían de ella, con lo que «se lanzaría» de repente.

En cuanto a Pellerin, acogió la proposición ávidamente, porque aquel retrato le distinguiría como un gran hombre y sería una obra maestra.

Pasó revista en su memoria a todos los retratos de maestro que conocía, y al fin se decidió por un Tiziano, que realzaría con adornos a la veneciana. Ejecutaría su pensamiento sin sombras ficticias, con una luz franca, iluminando las carnes en un solo tono y haciendo brillar los accesorios.

«¡Si le pusiera —pensaba— un traje de seda rosa con un albornoz oriental! No; el albornoz resulta canalla. ¡Si la vistiera mejor de terciopelo azul, sobre un fondo gris, muy coloreado! Pudiera colocársele también una gola de guipur blanco, con un abanico negro y una cortina escarlata detrás».

Y buscando así, ampliaba todos los días su concepción maravillosa de ella.

Le palpitaba el corazón cuando Rosanette, acompañada de Frédéric, llegó a su casa para la primera sesión. La colocó de pie, en una especie de estrado, en medio de la habitación, y quejándose del día y echando de menos su antiguo taller, hizo primero que apoyara el codo sobre un pedestal, después que se sentara en un sillón, y alternativamente se alejaba y aproximaba a ella para corregir de un capirotazo los pliegues del traje, la miraba con los ojos medio cerrados y consultaba a Frédéric con una palabra.

—Pues bien, no —exclamó—. Vuelvo a mi primera idea. La visto a usted de veneciana.

Tendría un traje de terciopelo punzó con un cinturón de platería, y su ancha manga dejaría ver su brazo desnudo apoyado en la balaustrada de una escalera colocada detrás de ella. A su izquierda, una gran columna llegaría hasta el límite del lienzo, a unirse allí con arquitecturas, describiendo un arco. Se verían abajo, vagamente, macizos de naranjos casi negros, cortando un cielo azul rayado de nubes blancas.

En la balaustrada, cubierta con un tapiz, habría un plato de plata, con un ramo de flores, un rosario de ámbar, un puñal y un cofrecillo de marfil

antiguo, algo amarillento, de donde rebosarían cequíes de oro, hasta algunos en el suelo; caídos acá y allá, formarían brillantes salpicaduras, de modo que llevaran la vista a la punta del pie, porque estaría colocada en el penúltimo escalón, con un movimiento natural y en plena luz.

Fue a buscar una caja de cuadros, que puso sobre el estrado para afianzar el escalón; después dispuso como accesorios sobre un taburete, a guisa de balaustrada, su chaqueta, un escudo, una caja de sardinas, un paquete de plumas, un cuchillo, y cuando hubo arrojado ante Rosanette una docena de piezas, le hizo tomar postura.

—Figúrese usted que estas cosas son riquezas, espléndidos presentes. La cabeza irá un poco a la derecha. Perfectamente; y no se mueva usted ya. Esa actitud majestuosa sienta bien a su género de belleza.

Llevaba un traje escocés con un gran manguito y se contenía para no reírse.

—En cuanto al peinado, pondremos entre los cabellos un hilo de perlas; eso hace siempre buen efecto en los cabellos rojos.

La mariscala protestó diciendo que ella no tenía el pelo rojo.

—¡Calle usted! El rojo de los pintores no es el de los profanos.

Y empezó a bosquejar la posición de las masas; tan pronto se hallaba con los grandes artistas del Renacimiento, como hablaba de ellos. Durante una hora soñó en voz alta con aquellas existencias magníficas, llenas de genio, de gloria y de suntuosidades, con entradas triunfales en las ciudades, galas a la luz de las antorchas, entre mujeres medio desnudas, bellas como diosas.

—Usted estaba hecha para vivir en aquel tiempo. Una criatura de ese calibre habría merecido un monseñor.

Rosanette encontraba muy delicados aquellos cumplidos. Se fijó el día de la sesión próxima, y Frédéric se encargó de llevar los accesorios.

Como el calor de la estufa la había aturdido un poco, se volvieron a pie por la calle del Bac y llegaron al puente Real. Hacía un tiempo hermoso, crudo y espléndido. El sol se ponía; algunos de los vidrios de las casas de la Cité brillaban de lejos como planchas de oro, mientras que, por detrás, a la derecha, las torres de Notre-Dame se perfilaban negras en el cielo azul, blandamente bañado el horizonte de vapores grises. El viento sopló y Rosanette declaró que tenía hambre, por lo cual entraron en la pastelería inglesa.

Mujeres jóvenes, con sus niños, comían de pie en el buffet de mármol, en el que se juntaban, bajo campanas de cristal, los platos de pastelillos; Rosanette se comió dos tartas a la crema; su azúcar en polvo le hacía bigote en los extremos de su boca. De cuando en cuando, para limpiarlos, sacaba su

pañuelo del manguito, y su figura parecía, bajo su capota de seda verde, una rosa abierta entre sus hojas.

Se volvieron a poner en marcha; en la calle de la Paix se detuvo delante de una platería contemplando un brazalete; Frédéric quiso regalárselo.

—No —dijo—. Guarda tu dinero.

La frase le ofendió.

—¿Qué tiene la mimí? ¿Estamos tristes?

Y reanudaron la conversación; llegó, como de costumbre, a promesas de amor.

—Bien sabes tú que eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque...

Iban juntos, ella apoyada en su brazo, y los volantes de su traje le daban en las piernas. Entonces recordó un crepúsculo de invierno, en que sobre la misma acera llevaba a su lado también a la señora Arnoux, y aquel recuerdo le absorbió de tal modo, que ya no veía a Rosanette ni pensaba en ella siquiera.

Miraba ella a la ventana, enfrente de sí, dejándose casi arrastrar como niño perezoso. Era la hora en que se volvía de paseo y los carruajes desfilaban al trote largo sobre el pavimento seco. Las lisonjas de Pellerin le volvieron sin duda a la memoria y lanzó un suspiro.

—¡Ah! ¡Cuántas hay felices! Estoy hecha, decididamente, para un hombre rico.

Él contestó en tono brutal:

—Tenía usted uno, sin embargo; porque el señor Oudry pasaba por tres veces millonario.

Ella no deseaba más que verse libre de él.

Y exhaló amargas burlas acerca de aquel viejo burgués de peluca, demostrándole que semejante unión era indigna y que debía romperla.

—Sí —contestó la mariscala como hablándose a sí misma—. Es lo que acabaré por hacer, indudablemente.

Frédéric quedó encantado por aquel desinterés. Andaba ella más despacio; él la creyó cansada; ella se obstinó en no querer coche, y le despidió delante de su puerta, enviándole un beso con la punta de los dedos.

«¡Ah, qué fastidio! ¡Y pensar que hay imbéciles que me consideran rico!».

Y al llegar a su casa iba sombrío, Hussonnet y Deslauriers le esperaban. El bohemio, sentado delante de su mesa, dibujaba cabezas de turco, y el abogado, con las botas llenas de cascarrias, dormitaba en un diván.

—¡Al fin! —exclamó—. Pero ¡qué aire tan feroz! ¿Puedes oírme?

Su boga como pasante disminuía, porque enseñaba a sus discípulos teorías desfavorables para sus exámenes. Había pleiteado dos o tres veces y había perdido, y cada nueva decepción le impulsaba más y más a su antiguo sueño: un periódico donde pudiera desarrollar sus ideas, vengarse, escupir su bilis. Fortuna y reputación, además, llegarían. En esta esperanza había enredado al bohemio Hussonnet, que poseía una publicación.

Lo imprimiría en papel rosa; inventaba canards, componía jeroglíficos, intentaba entablar polémicas y hasta (a despecho del local) quería montar conciertos. La suscripción de un año daba derecho a un sitio de orquesta en uno de los principales teatros de París; además, la administración se encargaba de suministrar a los señores extranjeros todas las noticias apetecibles, artísticas y de otra clase. Pero el impresor amenazaba, se debían tres plazos al propietario, surgían toda especie de dificultades, y Hussonnet habría dejado morir *El Arte* sin las exhortaciones del abogado, que le predicaba cotidianamente. Le había llevado allí para dar más peso a sus gestiones.

—Venimos por lo del periódico —dijo.

—¿Qué? ¿Todavía piensas en eso? —contestó Frédéric con aire distraído.

—Ciertamente que pienso en ello.

Y expuso de nuevo su plan. Por las noticias de la Bolsa, se pondrían en relaciones con los financieros y obtendrían así los cien mil francos de fianza indispensables. Pero para que la publicación pudiera transformarse en periódico político, era preciso antes tener una gran suscripción, y para esto, resolverse a algunos gastos, tanto como el papel, imprenta, oficina; en resumen: una suma de quince mil francos.

—No tengo fondos —dijo Frédéric.

—¿Y nosotros, pues? —contestó Deslauriers, cruzándose de brazos.

Frédéric, ofendido del gesto, añadió:

—¿Es culpa mía...?

—Muy bien. Ellos tienen leña en su chimenea, trufas en su mesa, una buena cama, una biblioteca, un carruaje, todas las dulzuras. Pero que otro, triste bajo las tejas, coma por un franco, trabaje como un forzado y patalee en la miseria, ¿es culpa suya?

Y repetía: «¿Es culpa suya?», con una ironía ciceroniana que olía a

tribunales. Frédéric quería hablar.

—Además, ya comprendo, se tienen ciertas necesidades... aristocráticas; porque, sin duda... alguna mujer...

—Y bien, aun cuando eso fuera, ¿no soy libre...?

—¡Oh! Muy libre —Y después de un minuto de silencio, añadió—: ¡Es tan cómodo prometer!

—¡Dios mío! No niego haber prometido —contestó Frédéric.

El abogado continuó:

—En el colegio se hacen juramentos: se constituirá una falange, se imitará a Los trece, de Balzac. Después, cuando nos encontramos, «Buenas noches, amigo mío; vete a paseo», porque aquel que pudiera servir al otro, retiene precisamente todo para sí mismo.

—¿Cómo?

—Sí; tú ni siquiera nos has presentado en casa de los Dambreuse.

Frédéric le miró; con su pobre levita, sus gafas deslucidas y su pálida fisonomía, el abogado le parecía tan galopín que no pudo evitar una sonrisa desdeñosa. Deslauriers la recogió y se puso encarnado.

Tenía ya su sombrero en la mano para irse, cuando Hussonnet, lleno de inquietud, trataba de dulcificarle por miradas suplicantes, y como Frédéric le volvía la espalda, le dijo:

—Vamos, sea usted mi mecenas; proteja usted las artes.

Frédéric, con un brusco movimiento de resignación, cogió una hoja de papel y, después de garrapatear en ella unas líneas, se la largó. Luego pasó la carta a Deslauriers, y le dijo:

—Discúlpeme usted, señor.

Su amigo rogaba a su notario que le enviara lo más pronto posible quince mil francos.

—¡Ah! Te reconozco en eso —exclamó Deslauriers.

—Palabra de honor —añadió el bohemio—, es usted un valiente, y le pondrán a usted en la galería de los hombres útiles.

El abogado agregó:

—¡No perderás nada en ello; la especulación es excelente!

—¡Caramba! —gritó Hussonnet—. ¡Pondría mi cabeza en la horca!

Y endilgó tantas tonterías y prometió tantas maravillas (en las que quizá

creyera), que Frédéric no sabía si todo aquello lo hacía para burlarse de los otros o de sí mismo.

Aquella tarde recibió una carta de su madre. Se admiraba de no verle aún ministro, bromeando sobre esto un poco. Después hablaba de su salud, y le manifestaba que el señor Roque iba ya a su casa. «Desde que está viudo, he creído que no había inconveniente en recibirle. Louise está muy cambiada favorablemente». Y en posdata, añadía: «No me dices nada de tus excelentes relaciones con el señor Dambreuse; en tu lugar, le utilizaría».

¿Por qué no? Había abandonado sus ambiciones intelectuales y su fortuna (lo veía) era insuficiente; porque pagadas sus deudas y entregada a los otros la suma convenida, su renta disminuiría en cuatro mil francos. Además, sentía la necesidad de salir de aquella existencia, de ocuparse de algo. Así que, al día siguiente, comiendo en casa de la señora Arnoux, dijo que su madre le atormentaba para que abrazara una profesión.

—Pero yo creía —dijo ella— que el señor Dambreuse debía proporcionaros la entrada en el Consejo de Estado. Eso le sentaría a usted muy bien.

Ella lo quería; obedeció.

El banquero, como la primera vez, se hallaba sentado a su mesa de despacho, y con un gesto le rogó esperase algunos minutos, porque un caballero, que daba la espalda a la puerta, le hablaba de asuntos graves. Se trataba de carbón de piedra y de una fusión que realizar entre diversas compañías.

Los tratados del general Foy y de Luis Felipe formaban pareja a los lados del espejo; los estantes llegaban hasta los artesonados del techo, y había seis sillas de paja, ya que para sus negocios no necesitaba el señor Dambreuse habitación más elegante; era aquella como esas oscuras cocinas donde se elaboran grandes festines. Frédéric observó sobre todo los cofres monstruosos encajados en los rincones, y se preguntaba cuántos millones podrían contener. El banquero abrió uno, y la plancha de hierro giró, no dejando ver en el interior sino cuadernos de papel azul.

Por fin, el individuo pasó por delante de Frédéric: era el tío Oudry. Ambos se saludaron, ruborizándose, cosa que pareció admirar al señor Dambreuse. Por lo demás, se mostró muy amable; nada más fácil que recomendar a su joven amigo al ministro, que se consideraría dichoso de tenerle en la administración, y concluyó sus corteses atenciones invitándole a una tertulia que daba dentro de algunos días.

Frédéric subía en el cupé para ir a casa de ella, cuando llegó una carta de la mariscala. A la luz de los faroles leyó: «Querido: He seguido los consejos de

usted. Acabo de expulsar a mi oso. A partir de mañana por la noche, ¡libertad! Diga usted que no soy valiente».

Nada más; pero aquello era convidarle a la plaza vacante; lanzó una exclamación, guardó la carta en el bolsillo y partió.

Había dos municipales de caballería en la calle.

Una fila de farolillos ardía en las dos puertas cocheras, y los criados, en el patio, gritaban para hacer adelantar los coches hasta la cuadra debajo de la marquesina. Después, de repente, el ruido cesaba en el vestíbulo.

Altos árboles llenaban el arco de la escalera interior; los globos de porcelana esparcían una luz que ondulaba como aguas de muaré y raso blanco en las paredes.

Frédéric subió los escalones alegremente; un ujier pronunció su nombre; el señor Dambreuse le alargó la mano; casi al punto se presentó la señora.

Llevaba un traje malva guarnecido de encajes, los bucles de su peinado más numerosos que de costumbre, y sin una sola alhaja.

Ella se quejaba de sus raras visitas; encontró el medio de decir algo. Llegaban los invitados; a modo de saludo, se inclinaban de lado, o se doblaban, o bajaban la cabeza únicamente; luego, un matrimonio, una familia, pasaba, y todos se dispersaban por el salón ya lleno.

Bajo la araña del centro, una otomana enorme sostenía una jardinera, cuyas flores se inclinaban como penachos sobre las cabezas de las mujeres, sentadas alrededor, mientras que otras ocupaban las butacas que formaban dos líneas rectas, simétricas, interrumpidas por las altas cortinas de las ventanas, de terciopelo nacarado, y los huecos de las puertas, de dinteles dorados.

Los hombres que estaban en pie, con su sombrero en la mano, formaban de lejos una sola masa negra, en que las cintas de los ojales señalaban puntos rojos acá y allá, cuya masa hacía aún más sombría la monótona blancura de las corbatas. Excepto algunos jóvenes de barba naciente, todos parecían aburrirse; algunos petimetres, con aire desgarbado, se balanceaban sobre sus talones.

Las cabezas grises, las pelucas, eran numerosas; de cuando en cuando relucía un cráneo calvo, y las fisonomías, o de color de púrpura o muy pálidas, demostraban en su quebranto la huella de inmensas fatigas, como pertenecientes las gentes aquellas a la política o a los negocios. El señor Dambreuse había también invitado a muchos sabios, magistrados, dos o tres médicos ilustres, y rechazaba con modestas expresiones los elogios que le hacían sobre la tertulia y las alusiones a su riqueza.

Por todas partes circulaba la servidumbre galoneada de oro. Los grandes candelabros, como ramos de fuego, iluminaban los tapices de las paredes,

reproduciéndose en los espejos; y allá en el fondo del comedor, donde lucía una enredadera de jazmines, el buffet parecía un altar mayor de catedral o una exposición de platería, tantos eran los platos, las campanas, los cubiertos y cucharones de plata y plata sobredorada que había en medio de la cristalería de facetas, que proyectaban en las viandas resplandores irisados. Los otros tres salones se veían repletos de objetos de arte, paisajes de maestros en los testers, marfiles y porcelanas en las mesas, cachivaches de China en las consolas, biombos de laca doblándose delante de las ventanas, fajas de camelias en las chimeneas y una música ligera vibraba de lejos como un susurro de abejas.

Las cuadrillas no eran numerosas, y los bailarines, en la manera displicente con que arrastraban los zapatos, parecían cumplir un deber. Frédéric oyó frases como estas:

—¿Ha estado usted en la última fiesta de beneficencia en el hotel Lambert, señorita?

—No, señor.

—¡Pronto va a hacer un calor...!

—En verdad asfixiante.

—¿De quién es esta polca?

—No lo sé, señora.

Y detrás de él, tres vejestorios, colocados en el hueco de una ventana, cuchicheaban sobre asuntos obscenos; otros hablaban de ferrocarriles, librecambio; un sportman contaba una historia de caza, un legitimista y un orleanista discutían.

Vagando de grupo en grupo, llegó al salón de los jugadores, donde, en un círculo de gentes graves, vio a Martinon, agregado por entonces a los tribunales de la capital.

A su ancha cara de color de cera cuadraba perfectamente su barba, que era una maravilla por lo idénticamente igualados que estaban los pelos negros, y guardando un justo medio entre la elegancia exigida por su edad y la dignidad que reclamaba su profesión, colocaba su dedo pulgar en el hueco del chaleco, según la costumbre de los gomosos, y luego, su mano en el escote; a la manera de los doctrinarios, llevaba las botas extracharoladas; llevaba afeitadas las sienes, para formarse así una frente de pensador.

Después de algunas frases dichas con frialdad, se volvió a su conciliábulo.

Un propietario exclamaba:

—Es esa una clase de hombres que sueñan con trastornar la sociedad.

—¡Piden la organización del trabajo! —expuso otro—. ¿Se concibe eso?

—¿Qué quiere usted —contestó un tercero—, cuando vemos al señor Genoude dar la mano a Le Siècle?

—¡Y los mismos conservadores llamarse progresistas! Para traernos ¿qué? ¡La República! ¡Como si fuera posible en Francia!

Todos convinieron en que la República era imposible en Francia.

—No importa —observó en voz alta un caballero—. Se ocupan demasiado de la revolución; se publican acerca de esto un montón de historias, de libros...

—Sin tener en cuenta —dijo Martinon— que hay quizá asuntos más serios de estudio.

Un ministerial habló de los escándalos del teatro:

—Así, por ejemplo, ese drama nuevo, La reina Margarita, pasa verdaderamente de los límites. ¿Dónde estaba la necesidad de que nos hablaran de los Valois? Todo eso representa la realeza bajo un aspecto desfavorable. ¡Como la prensa! Las leyes de septiembre, dígame lo que se quiera, son demasiado suaves; yo desearía tribunales militares para enmudecer a los periodistas; a la menor insolencia, llevarlos ante un consejo de guerra, y andando.

—¡Cuidado, caballero, cuidado! —dijo un profesor—. ¡No ataque usted nuestras preciadas conquistas de mil ochocientos treinta! Respetemos nuestras libertades.

Sería preciso descentralizar, más bien, distribuir el excedente de las poblaciones en los campos.

—¡Pero si están gangrenadas! —exclamó un católico—. Haga usted que se afirme la religión.

Martinon se apresuró a decir:

—En efecto; ese es un freno.

Todo el mal estaba en ese afán moderno de elevarse todo el mundo por encima de su clase, de gozar el lujo.

—Sin embargo —objetó un industrial—, el lujo favorece al comercio. Así es que yo aplaudo que el duque de Nemours exija el calzón corto para sus tertulias.

—Thiers ha ido a ellas con pantalón. ¿Conoce usted su frase?

—Sí, encantadora. Pero huele a demagogo, y su discurso en la cuestión de

las incompatibilidades no ha dejado de tener su influencia en el atentado del doce de mayo.

—¡Ah, bah!

—¿Eh? ¿Eh?

El círculo aquel se vio obligado a romperse para dar paso a un criado que llevaba una bandeja y trataba de entrar en el salón de los jugadores.

Debajo de las pantallas verdes de las bujías, hileras de cartas y de monedas de oro cubrían la mesa. Frédéric se detuvo delante de una, perdió los trescientos francos que llevaba en el bolsillo, hizo una pirueta y se encontró en el umbral del gabinete en el que entonces se hallaba la señora Dambreuse.

Lo llenaban las mujeres, unas junto a otras, en sillas sin respaldo. Sus largas faldas, ahuecadas a su alrededor, parecían olas de las que surgían sus talles, ofreciéndose a las miradas sus senos en los escotes de los cuerpos. Casi todas llevaban un ramo de violetas en la mano. El tono mate de sus guantes hacía resaltar la blancura humana de sus brazos; flequillos y hierbas colgaban sobre sus hombros, y podría creerse, en ciertos estremecimientos, que el traje iba a resbalar. Pero la decencia de las figuras templaba las provocaciones del vestido; muchas hasta tenían una palidez casi bestial, y aquel conjunto de mujeres medio desnudas hacía soñar con el interior de un harén. A la mente del joven vino una comparación más grosera. En efecto, toda clase de bellezas se encontraban allí: inglesas de bello perfil; una italiana, cuyos ojos negros fulguraban como un Vesubio; tres hermanas vestidas de azul; tres normandas, frescas como manzanas en el mes de abril; una rusa alta, con aderezo de amatistas. Y los blancos destellos de los brillantes que temblaban en forma de piochas entre los cabellos, los focos luminosos de la pedrería colocada sobre los pechos y el suave brillo de las perlas que daban tono a los semblantes, se mezclaban con los resplandores de las sortijas de oro, los encajes, los polvos, las plumas, el bermellón de las boquitas, el nácar de los dientes. El techo, redondeado como una cúpula, daba al gabinete la figura de una cesta de flores, y una corriente de aire perfumado circulaba a impulso del movimiento de los abanicos.

Frédéric, situado detrás de ellas con su lente en el ojo, no juzgaba todos los hombros irreprochables; pensaba en la mariscala, conteniendo o consolando así sus tentaciones.

Se fijaba, sin embargo, en la señora Dambreuse, encontrándola encantadora, a pesar de su boca grande y las ventanas de su nariz demasiado abiertas; pero su gracia era particular. Los bucles de sus cabellos tenían como una languidez apasionada, y su frente color de ágata parecía contener muchas cosas, como obra de un maestro.

Había llevado a su lado a la sobrina de su marido, joven bastante fea. De cuando en cuando, se levantaba para recibir a los que llegaban; y el murmullo de las voces femeninas, aumentando, formaba como una charla de pájaros.

Se trataba de los embajadores tunecinos y de sus trajes. Una señora había asistido a la última recepción de la Academia; otra habló del Don Juan de Molière, recientemente repuesto en los Franceses. Pero señalando con una mirada a su sobrina, la señorita Dambreuse puso un dedo en la boca, y una sonrisa que se le escapaba desmentía aquella austeridad.

De repente, se presentó Martinon, de frente, por la otra puerta. Ella se levantó; le ofreció galanterías, atravesó las mesas de juego y los encontró en el gran salón; la señora Dambreuse dejó al punto a su caballero, y le habló familiarmente.

Comprendía que no jugara, que no bailara.

—En la juventud se está triste.

Después, recogiendo en una sola mirada el baile, añadió:

—Además, todo esto no es muy divertido para ciertas naturalezas, a lo menos.

Y se detenía delante de la fila de sillones, distribuyendo acá y allá palabras amables, mientras que los viejos que llevaban lentes venían a hacerle la corte. Presentó a algunos a Frédéric. El señor Dambreuse le tocó en el codo ligeramente y le llevó fuera, a la terraza. Había visto al ministro; la cosa no era fácil; antes de ser presentado como auditor en el Consejo de Estado se debía pasar un examen. Frédéric, poseído de una confianza inexplicable, dijo que sabía las materias. El financiero no se sorprendió, en vista de los elogios que de él hacía el señor Roque.

Al oír aquel nombre, Frédéric veía a la pequeña Louise, su casa, su cuarto; y se acordó de las noches en que permanecía junto a su ventana oyendo el paso de los carreteros. Aquel recuerdo de sus tristezas despertó el pensamiento de la señora Arnoux, y callaba mientras seguía andando por la terraza. Los cristales formaban en medio de las tinieblas grandes planchas rojas; el ruido del baile se debilitaba; los carruajes empezaban a irse.

—¿Por qué —repuso el señor Dambreuse— se fija usted en el Consejo de Estado?

Y afirmó con un tinte liberal que las funciones públicas no llevaban a ninguna parte; de esto él sabía algo; los negocios valían más. Frédéric objetó la dificultad de aprenderlos.

—¡Ah, bah! En poco tiempo yo le enseñaré a usted.

¿Quería asociarse a sus empresas? El joven divisó como en un relámpago una inmensa fortuna que iba a llegarle.

—Entremos —dijo el banquero—. Cena usted con nosotros, ¿no es verdad?

Eran las tres; ya se iban. En el comedor, una mesa servida esperaba a los íntimos. El señor Dambreuse vio a Martinon, y acercándose a su mujer, le preguntó en voz baja:

—¿Le has invitado tú?

Ella contestó secamente:

—Sí.

La sobrina no estaba allí. Se bebió muy bien, se rio muy alto y no chocaban atrevidas gracias, experimentando todos ese alivio que sigue a la sujeción cuando es algo larga. Solo Martinon se mostró serio; rehusó beber champán por buen gusto; listo, por otra parte, y muy fino, le preguntaba muchas veces por su salud al señor Dambreuse, que tenía el pecho hundido y se quejaba de opresión, y a continuación dirigía sus ojos azulados del lado de la señora.

Interpeló ésta a Frédéric para saber qué muchachas le habían gustado; dijo él que no se había fijado en ninguna, prefiriendo, además, a las mujeres de treinta años.

—Eso quizá no sea tonto —respondió ella.

Luego, al ponerse los abrigos de pieles y los gabanes, el señor Dambreuse le dijo:

—Venga usted a verme una mañana. Hablaremos.

Martinon, al pie de la escalera, encendió un cigarro, y presentaba, al fumarlo, un perfil de tal modo basto, que su compañero largó esta frase:

—Buena cabeza tienes, palabra.

—Por ella se han perdido algunas —contestó el joven magistrado, con aire a la vez convencido y picado.

Frédéric, al ausentarse, resumió la tertulia. Primero su traje (se había mirado muchas veces en los espejos), desde el corte del frac hasta el lazo de los zapatos, nada dejaba que desear; había hablado con hombres importantes, había visto de cerca mujeres ricas; el señor Dambreuse se había mostrado excelente, y la señora Dambreuse, casi afectuosa. Pero una por una, sus menores frases, sus miradas, mil cosas, inanalizables, y, sin embargo, expresivas. ¡Qué hermoso sería en verdad tener una amante como ella!

¿Por qué no, después de todo? Valía tanto como cualquier otro. ¡Quizá no fuese tan difícil! Y al punto recordó a Martinon; y, durmiéndose, se sonreía compasivamente de aquel buen muchacho.

La idea de la mariscala le despertó; aquellas frases de su carta, «A partir de mañana por la noche», eran una cita, indudablemente, para aquel mismo día. Esperó hasta las nueve y corrió a su casa.

Alguien que subía la escalera delante cerró la puerta. Llamó; Delphine vino a abrir y aseguró que la señora no estaba. Frédéric insistió, rogó; tenía que participarle algo muy grave, una palabra solamente. Por fin el argumento de la moneda de veinte francos triunfó, y la criada le dejó solo en la antesala. Rosanette se presentó; estaba en camisa, con el pelo suelto, y moviendo la cabeza le hizo señas con los brazos de que no podía recibirle.

Frédéric bajó la escalera despacio. Aquel capricho pasaba más allá de todos los demás, y no comprendía nada de aquello.

Delante de la portería, le detuvo la señorita Vatnaz.

—¿Le ha recibido a usted?

—No.

—¿Le han echado a usted?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo figuro; pero venga usted; me ahogo.

Y le llevó hasta la calle, jadeante, sintiendo temblar su flaco brazo en el de Frédéric. De repente, estalló:

—¡Miserable!

—¿Quién?

—¡Pues él! ¡Delmar!

Aquella revelación humilló a Frédéric, que dijo:

—¿Está usted segura?

—¡Cuando le digo a usted que le he seguido! —exclamó la Vatnaz—. Le he visto entrar. ¿Comprende usted ahora? Debía esperarlo, por otra parte; soy yo, con mi necedad, quien le ha traído a su casa. ¡Y si usted supiera, Dios mío! Yo le he recogido, le he mantenido, vestido. ¿Y todas mis gestiones por los periódicos? Le amaba como una madre.

Después, con una sonrisita amarga, añadió:

—El caballero necesita trajes de terciopelo; una especulación de su parte,

como usted comprenderá. ¿Y ella? ¡Decir que yo la he conocido confeccionando ropa blanca! Sin mí, más de veinte veces hubiera caído en el fango. Pero en él la hundiré. ¡Ah, sí: quiero que reviente en el hospital! Se sabrá todo.

Y como un torrente de agua sucia llena de inmundicias, su cólera contó a Frédéric tumultuosamente todas las vergüenzas de su rival.

—Ha sido amante de Jumillac, de Flacourt, del pequeño Allard, de Bertinaux, de Saint-Valéry, el pecoso de viruelas. No; el otro; son dos hermanos; lo mismo da. Y cuando tenía apuros yo lo arreglaba todo. ¿Qué iba yo ganando? ¡Es tan avara! Y luego, como usted comprenderá, es una complacencia de mi parte violenta, porque al cabo no es ella de mi círculo. ¿Soy yo, acaso, una «chica»? ¿Me vendo yo? Sin contar con que es tonta como una berza; escribe categoría con q. Por lo demás, bien están juntos; forman pareja, aunque se titule él artista y se crea un genio. Pero ¡Dios mío! Si tuviera entendimiento siquiera, no habría cometido semejante infamia. No se deja a una mujer superior por una bribona. ¡Me río de eso, después de todo! Se va volviendo feo; le execro. Si le encontrara, mire usted, le escupiría en la cara. —Y escupió—. Sí; vea usted el caso que hago yo ahora de él. Y Arnoux, ¿eh? ¿No es eso abominable? ¡La ha perdonado tantas veces! ¡No se imagina uno sus sacrificios; debería besar sus pies! ¡Es tan generoso, tan bueno!

Frédéric gozaba oyendo denigrar a Delmar; había aceptado lo de Arnoux. Aquella perfidia de Rosanette le parecía una cosa anormal, injusta, y contagiado por la emoción de la solterona, llegó a sentir por ella como enternecimiento. De repente, se encontró delante de la puerta de Arnoux; la señorita Vatnaz, sin que él lo advirtiera, le había hecho bajar por el barrio Poissonnière.

—Ya estamos —dijo—. Yo no pienso subir; pero a usted nada se lo impide.

—¿Para qué?

—Para decírselo todo, caramba.

Frédéric, despertándose sobresaltado, comprendió la infamia a que le empujaban.

Levantó él los ojos hacia el segundo piso. La lámpara de la señora Arnoux ardía; nada, efectivamente, le impedía subir.

—Yo le espero a usted aquí. Vaya usted.

Aquella orden acabó de enfriarle, y dijo:

—Me quedaré arriba bastante tiempo. Mejor haría usted en volverse; iré mañana por la casa de usted.

—No, no —replicó la Vatnaz, dando con el pie en el suelo—. Cójale usted, lléveselo usted, haga usted que los sorprenda.

—Pero Delmar ya no estará allí.

Ella bajó la cabeza:

—Sí, quizá sea verdad.

Y permaneció sin hablar en medio de la calle, entre los coches; después, fijando en él sus ojos de gata salvaje, dijo:

—Puedo contar con usted, ¿verdad? Entre nosotros dos este asunto es sagrado; haga usted lo dicho. Hasta mañana.

Frédéric, al atravesar el comedor, oyó dos voces disputando. La de la señora de Arnoux decía:

—¡No mientas, no mientas más!

Entró y se callaron.

Arnoux se paseaba a lo largo y lo ancho del cuarto, y la señora estaba sentada en la sillita junto al fuego, extremadamente pálida, con la vista fija. Frédéric hizo un movimiento para retirarse; Arnoux le cogió de la mano, juzgándose feliz por el socorro que le llegaba.

—Pero temo... —dijo Frédéric.

—¡Quédese usted! —le sopló por lo bajo Arnoux en el oído.

La señora añadió:

—Es preciso ser indulgente, señor Moreau. Estas son cosas que se ven algunas veces en los matrimonios.

—O que se provocan en ellos —dijo aturdidamente Arnoux—. ¡Las mujeres tienen unos antojos! Esta, por ejemplo, no es mala; no, al contrario; pues bien: se divierte hace una hora en molestarme con un montón de historias.

—Que son verdaderas —replicó la señora, impacientada—. Porque el hecho es que tú lo has comprado.

—¿Yo?

—Sí, tú mismo. ¡En el Persa!

«El casimir», pensó Frédéric, que se consideraba culpable, y tuvo miedo.

Ella añadió enseguida:

—Fue el mes pasado, sábado, catorce.

—Precisamente ese día estaba yo en Creil.

—De ninguna manera, porque comimos en casa de los Bertin el catorce.

—¿El catorce...? —dijo Arnoux levantando los ojos como para buscar una fecha.

—Y hasta era rubio el dependiente que te lo vendió.

—¿Puedo yo acordarme del dependiente?

—Sin embargo, ha escrito, dictándoselas tú, las señas: calle Laval, dieciocho.

—¿Cómo sabes tú eso? —dijo Arnoux, estupefacto.

Ella se encogió de hombros.

—Es muy sencillo; he ido a que arreglen mi casimir, y uno de los jefes de sección me ha dicho que acababan de enviar uno parecido a casa de la señora Arnoux.

—¿Es culpa mía si hay en la misma calle otra señora Arnoux?

—Sí, pero no un Jacques Arnoux —contestó ella.

Entonces se puso él a divagar, protestando de su inocencia. Era aquello una equivocación, una casualidad, una de esas cosas inexplicables que suceden. No debe condenarse a las gentes por simples sospechas, vagos indicios; y citó el ejemplo del infortunado Lesurques.

—En fin, seguro que te engañas. ¿Quieres que te lo jure?

—No merece la pena.

—¿Por qué?

Ella le miró de frente, sin decir nada; después alargó la mano, cogió el cofrecillo de plata de encima de la chimenea y le dio una factura grande abierta.

Arnoux se puso rojo hasta las orejas y sus facciones descompuestas se hincharon.

—¿Y ahora?

—Pero... —respondió—. ¿Qué prueba esto?

—¡Ah! —dijo ella con entonación de voz singular, en que había ironía y dolor—. ¡Ah!

Arnoux conservó la cuenta entre sus manos, y le daba vueltas sin apartar de ella los ojos, como si hubiera de encontrar allí la solución de un gran problema.

—¡Ah, sí, sí, ya recuerdo! —dijo por fin—. Es un encargo. Frédéric, usted debe de saber esto.

Frédéric callaba.

—Una comisión que me había encargado... el tío Oudry.

—¿Y para quién?

—Para su amante.

—Para la tuya —exclamó la señora, poniéndose en pie.

—Te juro...

—No empieces de nuevo; lo sé todo.

—¡Ah! ¡Perfectamente! ¡Así que se me espía!

—¡Eso ofende quizá tu delicadeza! —replicó ella con frialdad.

—Desde el momento en que nos incomodamos —contestó Arnoux, buscando su sombrero—, ya no hay medio de razonar. —Después añadió, dando un gran suspiro—: No se case usted, pobre amigo mío, no; créame usted.

Y se marchó porque tenía necesidad de tomar el aire.

Entonces hubo un gran silencio, y todo en la habitación parecía más inmóvil. Un círculo luminoso, por encima de la lámpara, blanqueaba el techo, mientras que en los rincones se extendía la sombra como gasas negras superpuestas; se oía el tictac del reloj y el chisporroteo de la lumbre.

La señora Arnoux acababa de volverse a sentar al otro extremo de la chimenea; se mordía los labios temblando; alzó sus dos manos y, escapándosele un sollozo, se echó a llorar.

Se colocó Frédéric en la silla baja y, con voz cariñosa, como se hace con una persona enferma, dijo:

—No dudará usted que participo...

Ella no contestó nada, pero continuó con sus reflexiones en voz alta:

—Bien libre le dejo; no tenía necesidad de mentir.

—Ciertamente —dijo Frédéric.

Eso eran consecuencias de sus costumbres, sin duda; no habría reflexionado seguramente... y quizá en cosas más graves...

—¿Qué ve usted, pues, que sea más grave?

—¡Oh, nada!

Frédéric se inclinó con sonrisa obediente. Arnoux, sin embargo, poseía ciertas cualidades; amaba a sus hijos.

—Y hace todo para arruinarlos.

Eso provenía de su carácter ligero, porque, en fin, era un buen muchacho en el fondo.

—¿Y qué es lo que quiere decir con eso de un buen muchacho?

Le defendía así, de la manera más vaga que podía hallar, y a la vez que la compadecía, se alegraba y deleitaba en el fondo de su alma. Por venganza o necesidad de cariño, se refugiaba en él; sus esperanzas, desmesuradamente aumentadas, reforzaban su amor.

Jamás le pareció más atractiva, tan profundamente bella. De cuando en cuando, una aspiración alzaba su pecho; sus dos ojos fijos parecían dilatados por una visión interior, y su boca permanecía entreabierta como para entregar su alma. Alguna vez apoyaba en sus labios fuertemente el pañuelo: ¡cuánto hubiera él dado por ser aquel pequeño pedazo de batista húmedo de lágrimas! A su pesar, miraba a la cama, al fondo de la alcoba, figurándose su cabeza en la almohada, y lo veía tan perfectamente, que tenía que contenerse para no estrecharla en sus brazos. Bajó ella sus párpados, apaciguada, inerte. Entonces se aproximó más, e inclinándose sobre ella, examinó ávidamente su rostro. Un ruido de pasos sonó en el corredor; era el otro; le oyeron cerrar la puerta de su cuarto. Frédéric preguntó con un gesto a la señora si iba a buscarle.

Contestó ella «Sí» por el mismo procedimiento; y aquel cambio mudo de sus pensamientos era como un consentimiento, un principio de adulterio.

Arnoux estaba para acostarse y se quitaba la levita.

—Y bien, ¿cómo está?

—Mejor —dijo Frédéric—. Eso se pasará.

Pero Arnoux se hallaba apenado.

—No la conoce usted. Tiene ahora unos nervios... ¡Imbécil de dependiente! Vea usted lo que es ser demasiado bueno. Si no hubiera regalado ese maldito chal a Rosanette...

—No lo sienta usted, porque le está lo más agradecida posible.

—¿Lo cree usted?

Frédéric no lo dudaba; y la prueba era que acababa de despedir al tío Oudry.

—¡Pobrecilla!

Y en el exceso de su emoción, quería Arnoux ir a su casa.

—No vale la pena; yo vengo de allí; está enferma...

—¡Razón de más!

Volvió a ponerse la levita, y ya había cogido su palmatoria. Frédéric maldijo su necedad, y le manifestó que, por decencia, debía quedarse aquella noche al lado de su mujer; no podía abandonarla sin que pareciera mal.

—Francamente, no sería usted razonable. Nada urge allí; mañana irá usted. Vamos, hágalo usted por mí.

Arnoux dejó la palmatoria y le dijo, abrazándole:

—Es usted muy bueno.

III

Desde entonces empezó para Frédéric una existencia miserable, convirtiéndose en el parásito de la casa.

Si se hallaba alguien indispuerto, venía tres veces al día a preguntar por su salud; iba a casa del afinador de pianos, inventaba mil atenciones y sufría con aire de contento las malas caras de la señorita Marthe y las caricias del joven Eugène, que le pasaba constantemente por el rostro sus manos sucias. Asistía a las comidas en que el señor y la señora, uno enfrente de otro, no cambiaban una sola palabra, o Arnoux mortificaba a su mujer con observaciones desatinadas. Concluida la comida, el marido jugaba con su hijo en el cuarto, se escondía detrás de los muebles o bien se le echaba a la espalda, andando a cuatro patas, como el Bearnés. Por último, se iba, y ella comenzaba inmediatamente a hablar de su eterno motivo de queja: Arnoux.

No eran sus desarreglos los que la indignaban. Pero parecía que su orgullo se molestaba, y dejaba ver su repugnancia hacia aquel hombre sin delicadeza, sin dignidad, sin honor.

—¡Más bien parece loco! —decía.

Frédéric provocaba diestramente sus confidencias, y muy pronto conoció toda su vida.

Sus padres eran modestas personas de Chartres. Un día, Arnoux, dibujando a orillas del río (él se creía pintor en aquella época), la vio salir de la iglesia y la pidió en matrimonio; en atención a su fortuna, no vacilaron; la amaba, además, perdidamente.

Y añadió:

—¡Aún me quiere, Dios mío, aunque a su manera!

El primer mes viajaron por Italia.

Arnoux, a pesar de su entusiasmo por los paisajes y las obras maestras, no había hecho más que lamentarse del vino, y organizaba meriendas, partidas de piquenique con ingleses, para distraerse. Algunos cuadros bien revendidos le llevaron al comercio de las artes. Luego se metió en manufacturas de porcelana. Ahora le ocupaban otras especulaciones y, vulgarizándose más y más, adoptaba costumbres groseras y dispendiosas. Ella le reprochaba menos sus vicios que el resto de sus acciones. Ningún cambio podía llegar a realizarse, y la desgracia era irreparable.

Frédéric aseguraba que en su existencia sentía análogo vacío.

Sin embargo, era muy joven. ¿Por qué desesperar? Y le daba ella buenos consejos:

—Trabaje usted. ¡Cásese usted!

Él contestaba solo con amargas sonrisas, porque en vez de expresar el verdadero motivo de su pena fingía otro sublime, haciéndose un poco el Antony, el maldito; lenguaje, por lo demás, que no desnaturalizaba por completo su pensamiento.

La acción, para ciertos hombres, es tanto más impracticable cuanto el deseo es más fuerte. La desconfianza en sí mismos los embaraza; el temor de desagradar, los espanta; además, los afectos profundos se parecen a las mujeres honestas: tienen miedo de ser descubiertos, y pasan la vida con los ojos bajos.

Aunque conociera más a la señora Arnoux (quizá por esta razón), se sentía más cobarde que en otro tiempo. Todas las mañanas se juraba ser más atrevido; pero un pudor invencible se lo impedía, sin que pudiera guiarse por ningún ejemplo, puesto que aquella se diferenciaba de las otras. Por la fuerza de sus sueños, la había colocado fuera de las condiciones humanas, y al lado de ella se sentía menos importante sobre la tierra que las tiritas de seda que se escapaban de las tijeras de su dama.

Después pensaba en cosas monstruosas, absurdas, como sorpresas nocturnas, por medio de narcóticos y llaves falsas, pareciéndole todo más fácil que afrontar el desdén.

Por otra parte, los niños, las dos niñeras, la disposición de las habitaciones constituían obstáculos insuperables. Así que resolvió poseerla solo él, y marcharse a vivir juntos muy lejos, en el fondo de alguna soledad, y hasta pensaba en qué lago muy azul, a orillas de qué playa tan suave, si sería en

España, en Suiza o en Oriente; y escogiendo ex profeso los días en que ella se mostraba más irritada, le decía que era preciso salir de aquello, imaginar un medio, y que no veía más que el de la separación. Pero el amor por sus hijos siempre la impediría llegar a esos extremos. Tanta virtud aumentaba el respeto de Frédéric.

Sus tardes se pasaban recordando la visita de la víspera, deseando la de aquel día. Cuando no cenaba en casa de ellos, hacia las nueve, se apostaba en la esquina de la calle, y en cuanto Arnoux cerraba la puerta, Frédéric subía apresuradamente los dos pisos y preguntaba a la criada con cierta candidez:

—¿Está el señor?

Después fingía sorprenderse de que no estuviera.

Muchas veces volvía Arnoux de improviso, y entonces era preciso acompañarle a un cafetín de la calle Sainte-Anne, que por entonces frecuentaba Regimbart.

El ciudadano empezaba por lanzar contra la corona alguna nueva copla. Luego hablaban, dirigiéndose amistosas injurias; porque el fabricante tenía a Regimbart por un pensador de alto vuelo, y apesadumbrado de ver tantos talentos perdidos, le censuraba su pereza.

El ciudadano juzgaba a Arnoux lleno de corazón y de imaginación, aunque decididamente demasiado inmoral; así, le trataba sin la menor indulgencia y aun rehusaba cenar en su casa, porque «las ceremonias le molestaban».

Alguna vez, en el momento de despedirse, sentía Arnoux «necesidad» de tomar una tortilla o manzanas cocidas; y como no se encontraban los comestibles nunca en el establecimiento, los enviaba a buscar. Esperaban; Regimbart no se iba, y acababa por aceptar algo refunfuñando.

Sin embargo, se hallaba sombrío, puesto que permanecía durante horas enteras frente al mismo vaso medio lleno.

No arreglando la providencia las cosas conforme a sus ideas, se volvía hipocondríaco, no quería ni siquiera leer los periódicos, y vomitaba rugidos al solo nombre de Inglaterra.

En cierta ocasión gritó, porque un mozo le servía mal, lo siguiente:

—¿No tenemos bastante con las afrentas del extranjero?

Fuera de estas crisis, permanecía taciturno, meditando «un golpe infalible para hacer estallar toda la máquina».

Mientras que se perdía en sus reflexiones, contaba Arnoux, con voz monótona y con mirada algo extraviada por la embriaguez, increíbles anécdotas, en que siempre había brillado, gracias a su aplomo; y Frédéric

(indudablemente, por profundas semejanzas) experimentaba una cierta inclinación hacia su persona. Se reprochaba aquella debilidad, pensando que, por el contrario, debía aborrecerle.

Se lamentaba Arnoux delante de él del genio de su mujer, de su terquedad, de sus injustas prevenciones. No era así en otro tiempo.

—En su lugar —decía Frédéric—, le asignaría una pensión y viviría solo.

Arnoux no contestaba nada; y un momento después la elogiaba. Era buena, inteligente, virtuosa; y repasando sus cualidades corporales, prodigaba las revelaciones, con el aturdimiento de esas gentes que enseñan sus tesoros en las posadas.

Una catástrofe destruyó su equilibrio.

Había entrado como miembro del consejo de vigilancia en una compañía de caolín. Pero, fiándose de todo lo que le decían, había firmado informes inexactos y aprobado, sin comprobación, los inventarios anuales fraudulentamente redactados por el gerente. Ahora bien: la compañía había quebrado, y Arnoux, civilmente responsable, acababa de ser condenado, con los demás, a garantizar los daños y perjuicios; cosa que le ocasionaba una pérdida de cerca de treinta mil francos, agravada con los gastos del juicio.

Frédéric lo supo por un periódico, y voló a la calle Paradis.

Fue recibido en la habitación de la señora. Era la hora del desayuno, y sobre un velador, cerca del fuego, se veían los tazones de café con leche.

Las zapatillas estaban sobre la alfombra; los vestidos, sobre los sillones. Arnoux, con pantalón y chaquetilla de tricot, tenía los ojos rojos y el pelo enmarañado; el pequeño Eugène, a causa de sus parótidas hinchadas, lloraba, mientras masticaba su rebanada de pan con manteca; su hermana comía tranquilamente; la señora Arnoux, algo más pálida que de costumbre, servía a los tres.

—¿Lo sabe usted ya? —dijo Arnoux, suspirando fuertemente.

Y a un gesto de compasión de Frédéric, añadió:

—He sido víctima de mi confianza.

Luego se calló, y su abatimiento era tan grande que rechazó el desayuno. La señora Arnoux alzó los ojos y los hombros, pasándose las manos por la frente.

—Después de todo, no soy culpable. Nada tengo que reprocharme. Es una desgracia. Ya saldremos de ella. ¡Ah, sí, tanto peor!

Y cogió un bizcocho, obedeciendo también a los ruegos de su mujer.

A la tarde quiso cenar solo, con ella, en un reservado de la Maison d'Or. Su señora no se explicaba aquel movimiento del corazón, y se ofendió de creerse tratada como una entretenida, cosa que, por parte de Arnoux, representaba, por el contrario, una prueba de afecto. Aburrido, luego se fue a distraer a casa de la mariscal.

Hasta el presente le habían pasado muchas cosas por su carácter bonachón. Su proceso le clasificó entre las gentes deshonradas. La soledad se hizo alrededor de su casa.

Frédéric, como cuestión de honor, creyó que debía frecuentarla más que nunca. Abonó un palco en los Italianos, y los llevaba allí una vez en semana. Se hallaban, sin embargo, los cónyuges en ese período de las uniones desatadas, en que se produce una invencible lasitud por las concesiones que antes se han hecho, mutuamente, y se convierte la existencia en intolerable. La señora se contenía para no estallar, Arnoux se entristecía y el espectáculo de aquellos dos seres desgraciados apesadumbraba a Frédéric.

Ella le había encargado, puesto que poseía su confianza, que se enterase de sus negocios. Frédéric sufría y se avergonzaba de aceptar las cenas ambicionando a la mujer.

Continuó, sin embargo, así, dándose por pretexto que debía defenderla, y que ya se presentaría la ocasión de serle útil.

Ocho días después del baile, había hecho una visita a Dambreuse. El negociante le ofreció una veintena de acciones en su empresa de hullas; Frédéric no había vuelto. Deslauriers le escribía cartas y las dejaba sin contestar. Pellerin le había invitado a que fuera a ver el retrato, y siempre se excusaba. Cedió, no obstante, a Cisy, que le apremiaba para conocer a Rosanette.

Le recibió esta muy agradablemente, pero sin echarle los brazos al cuello, como otras veces. Su compañero se consideró muy feliz con ser admitido en casa de una impura, y sobre todo con poder hablar con un actor: Delmar estaba allí.

Un drama en que había este representado el papel de un aldeano que profetiza a Luis XIV el 89, le puso tan de relieve, que le fabricaban incesantemente el mismo papel; y sus funciones consistían, por entonces, en denostar a los monarcas de todos los países. Cervejero inglés, amonestaba a Carlos I; estudiante de Salamanca, maldecía a Felipe II, o padre sensible, se indignaba contra la Pompadour. ¡Esto era lo más hermoso! Los pilletes le esperaban a la puerta del escenario para verle, y su biografía, vendida en los entreactos, le pintaba cuidando a su anciana madre, leyendo el Evangelio, asistiendo a los pobres; era la estampa, en una palabra, de san Vicente de Paul

con mezcla de Bruto y de Mirabeau. Decían: «Nuestro» Delmar. Tenía una misión: convertirse en Cristo.

Todo esto había fascinado a Rosanette, y se había desembarazado del tío Oudry, que no era Cupido, sin preocuparse de nada.

Arnoux, que la conocía, se aprovechó de la coyuntura mucho tiempo para sostenerla con poco gasto; el buen hombre había venido, y los tres procuraron no explicarse francamente. Porque, imaginándose que ella se despediría del otro por sí misma, Arnoux había aumentado su pensión. Pero las peticiones se renovaban con inexplicable frecuencia, puesto que ella llevaba un tren de vida dispendioso; hasta había vendido su casimir, deseando pagar las deudas antiguas, decía ella; y él, siempre dando; embrujado por ella, abusaba de él sin piedad. Así, las facturas, los recibos timbrados llovían en la casa. Frédéric presentía una crisis próxima.

Un día se fue a ver a la señora Arnoux, que había salido. El señor trabajaba abajo, en el almacén.

En efecto, Arnoux, en medio de sus cacharros, procuraba engañar a unos recién casados, provincianos. Hablaba de maniquetas y de contrafoques, del cajón de la cerveza y del barnizaje; los otros, no queriendo aparentar que nada comprendían, hacían gestos de aprobación y compraban.

Cuando los parroquianos se marcharon, contó que había tenido aquella mañana un pequeño altercado con su mujer. Para prevenir las observaciones sobre los gastos, había asegurado que la mariscala no era ya su amante.

—Hasta le he dicho que lo era de usted.

Frédéric se indignó, pero sus reproches podrían traicionarle, y balbució:

—Ha hecho usted mal, pero muy mal.

—¿Qué importa eso? —dijo Arnoux—. ¿Dónde está la deshonra de pasar por su amante? Yo lo soy verdaderamente. ¿No le agradaría a usted serlo?

¿Habría ella hablado? ¿Sería una alusión?

Frédéric se apresuró a responder:

—¡No, nada; al contrario!

—Bueno, ¿entonces...?

—Sí, es verdad; no importa nada.

Arnoux añadió:

—¿Por qué no va usted ya por allí?

Frédéric prometió volver.

—¡Ah, se me olvidaba! Debería usted... hablando de Rosanette... decir algo a mi mujer... algo que la persuada de que es usted su amante. Esto se lo pido a usted como un favor, ¿eh?

El joven, por toda respuesta, hizo un gesto ambiguo. Esa calumnia le perdía. Aquella misma tarde fue a verla y juró que la afirmación de Arnoux era falsa.

—¿De veras?

Parecía sincero; y después de haber respirado ella ampliamente, dijo:

—Le creo a usted. —Y sonrió agradablemente. Luego bajó la cabeza, y, sin mirarle, añadió—: Por lo demás, nadie tiene derechos sobre usted.

Luego no adivinaba ella nada, y le despreciaba, puesto que no pensaba que pudiera amarla lo bastante para serle fiel. Frédéric, olvidando sus tentativas acerca de la otra, encontraba el permiso ultrajante.

Luego, ella le rogó que fuese alguna vez a casa de aquella mujer, para enterarse de lo que por allí pasaba.

Vino Arnoux, y cinco minutos después quiso arrastrarle a casa de Rosanette.

La situación se hacía intolerable.

Le distrajo una carta del notario, que debía enviarle al día siguiente quince mil francos, y para reparar su descuido con Deslauriers, fue corriendo a comunicarle la buena noticia.

Vivía el abogado en la calle Trois-Maries, piso quinto, que daba a un patio. Su gabinete, piececita embaldosada, fría y empapelada de color gris, tenía por principal adorno una medalla de oro, premio de su doctorado, apoyada en un estuche de ébano contra el espejo. Un armario de caoba guardaba detrás de cristales unos cien volúmenes, aproximadamente. La mesa, cubierta de badana, ocupaba el centro de la habitación, y cuatro butacas viejas de terciopelo verde, los rincones; algunas vitrinas se chamuscaban en la chimenea, donde siempre había un tronco de leña dispuesto para arder a toque de campana. Era la hora de las consultas: el abogado llevaba corbata blanca.

El anuncio de los quince mil francos (con los que, indudablemente, ya no contaba) le produjo un estremecimiento de placer.

—Muy bien, valiente amigo; muy bien, pero muy bien.

Arrojó leña al fuego, volvió a sentarse y habló inmediatamente del periódico. La primera cosa que había que hacer era desembarazarse de Hussonnet.

—Ese tunante me molesta. En cuanto a manifestar una opinión, la más equitativa, según mi sentir, y la más fuerte, es no tener ninguna.

Frédéric pareció admirado.

—¡Indudablemente! Ya es tiempo de tratar científicamente la política. Los viejos del siglo dieciocho empezaban cuando Rousseau, los literatos, introdujeron la filantropía, la poesía y otras bromas, con gran contentamiento de los católicos; alianza natural, por lo demás, puesto que los reformistas modernos, puedo probarlo, creen todos en la revelación. Pero si ustedes cantan misas para Polonia, si en lugar del Dios de los dominios, que era un verdugo, colocan ustedes el Dios de los románticos, que es un tapicero; si, finalmente, no tienen ustedes de lo absoluto un concepto más amplio que sus abuelos, la monarquía se traslucirá a través de las formas republicanas, y el gorro colorado no será jamás sino un solideo sacerdotal. Solo que el régimen celular habrá reemplazado a la tortura; el ultraje a la religión, al sacrilegio; el concierto europeo, a la Santa Alianza; y en este hermoso orden que se admira, de restos del tiempo de Luis Catorce, de ruinas volterianas, con el estuco imperial por encima, y fragmentos de constitución inglesa, se vería a los consejos municipales intentando vejar al alcalde; los consejos generales, a su prefecto; las cámaras, al rey; la prensa, al poder; la administración, a todo el mundo. Pero las buenas almas se extasían sobre el Código civil, obra fabricada, por más que se diga, con espíritu mezquino, tiránico; porque el legislador, en vez de cumplir su misión, que es regularizar la costumbre, ha preferido modelar la sociedad como un Licurgo. ¿Por qué la ley ata al padre de familia en materia de testamento? ¿Por qué dificulta la venta forzosa de los inmuebles? ¿Por qué castiga como delito la vagancia, que ni aun falta debiera ser? Y mucho más aún. Yo conozco bien todo esto; así que voy a escribir una novelita titulada Historia de la idea de justicia, que será curiosa. Pero tengo una sed espantosa. ¿Y tú?

Se asomó a la ventana y gritó al portero que fuese a buscar grogs a la taberna.

—En resumen, veo tres partidos... no, tres grupos, ninguno de los cuales me interesa: el de los que tienen, el de los que no tienen ya y el de los que procuran tener. Pero todos se conforman en la imbécil idolatría de la autoridad. Ejemplos: Mably recomienda que se impida a los filósofos publicar sus doctrinas; Wronski, geómetra, llama en su lengua a la censura «represión crítica de la espontaneidad especulativa». El padre Enfantin bendice a los Habsburgo «por haber pasado por encima de los Alpes una pesada mano que apriete a Italia»; Pierre Leroux quiere que se obligue a oír a un orador y Louis Blanc se inclina a una religión de Estado: ¡tanta rabia de gobierno tiene ese pueblo de vasallos! Y, sin embargo, ni uno solo es legítimo, a pesar de sus principios sempiternos. Pero como «principio» significa «origen», es preciso

referirse siempre a una revolución, a un acto de violencia, a un hecho transitorio. Así, el principio del nuestro es la soberanía nacional, comprendida en la forma parlamentaria, aunque no le convenga al Parlamento. Pero en que la soberanía del pueblo será más sagrada que el derecho divino. Una y otro son dos ficciones. Basta de metafísica, basta de fantasmas. ¡No se necesitan dogmas para hacer barrer las calles! Se diría que destruye la sociedad. Bueno, ¿y qué? ¿Qué mal habría en ello? ¡A fe que está bien la sociedad!

Frédéric hubiera tenido muchas cosas que contestarle. Pero viéndole lejos de las teorías de Sénecal, se sentía lleno de indulgencia, contentándose con objetar que semejante sistema haría que generalmente los aborreciesen.

—Al contrario; como habríamos dado a cada partido una prenda de odio contra su vecino, todos contarían con nosotros. Tú mismo vas a hacernos crítica trascendental.

Era preciso atacar las ideas recibidas, la Academia, la Escuela Normal, el Conservatorio, la Comedia Francesa, todo lo que pareciera una insinuación. Por este medio se daría un conjunto de doctrina a su revista. Después, cuando estuviera bien establecida, la revista se convertiría de repente en diario, y entonces se ocuparía de las personas.

—Y ten por seguro que se nos respetará.

Deslauriers se aproximaba a su antiguo sueño: la redacción en jefe; es decir, a la inmensa felicidad de dirigir a los demás, de cortar a diestro y siniestro en sus artículos, pedirlos, rechazarlos.

Sus ojos chispeaban detrás de sus gafas; se exaltaba y bebía copas y copas a sorbos, maquinalmente.

—Será preciso que des una comida por semana. Esto es indispensable, aunque consumieras la mitad de tu renta. Querrán venir las gentes; eso será un centro para los demás, una palanca para ti; y manejando la opinión por los dos extremos, literatura y política, antes de seis meses, ya verás, tendremos un puesto elevado en París.

Frédéric, oyéndole, experimentaba una sensación de rejuvenecimiento, como un hombre que, después de larga permanencia en una habitación, se ve transportado al aire libre. Aquel entusiasmo le arrastraba.

—Sí, he sido un perezoso, un imbécil; tienes razón.

—Perfectamente —dijo Deslauriers—; recobro a mi Frédéric.

Y poniéndole el puño en la cara, añadió:

—¡Ah! Mucho me has hecho sufrir, pero no importa; siempre te quiero.

Se hallaba en pie, y se miraban ambos enternecidos y prontos a abrazarse.

Una cofia de mujer apareció en el umbral de la antesala.

—¿Qué traes? —preguntó Deslauriers.

Era la señorita Clémence, su amante.

Contestó ella que, pasando casualmente por delante de la casa, no había podido resistir al deseo de verle, y para hacer juntos una pequeña merienda, le traía pasteles, que depositó sobre la mesa.

—Ten cuidado con mis papeles —replicó agriamente el abogado—. Ya sabes que es la tercera vez que te prohíbo venir a la hora de mis consultas.

Quiso ella abrazarle, pero rechazándola, le dijo:

—Vete inmediatamente.

Sollozó ella y Deslauriers añadió:

—Ya me estás fastidiando.

—Es que te amo.

—Yo no pido que me amen, sino que me complazcan.

Palabra tan dura contuvo las lágrimas de Clémence. Se plantó delante de la ventana, y allí permaneció inmóvil, con la frente contra los cristales.

Su actitud y su mutismo molestaban a Deslauriers.

—Cuando concluyas pedirás tu coche, ¿eh?

Ella se volvió sobresaltada y dijo:

—¿Me despides?

—Exactamente.

Fijó en él sus grandes ojos azules, como una última súplica, indudablemente; después se cruzó las puntas de su pañuelo, esperó un minuto más y se marchó.

—Deberías llamarla —dijo Frédéric.

—¡Vaya!

Y como tuviera necesidad de salir, entró Deslauriers en su cocina, que le servía de tocador.

Allí, encima del fregadero, cerca de un par de botas, los restos de un modesto almuerzo, un colchón con una manta andaba rodando por el suelo en un rincón.

—Esto te demuestra —dijo— que recibo a pocas marquesas. Se pasa uno sin ellas, y otros también. Las que nada cuestan te quitan el tiempo, que es

dinero bajo forma distinta, y yo no soy rico. Son, además, tan tontas, ¡tan tontas! ¿Puedes tú hablar con una mujer?

Se separaron en el ángulo del Pont-Neuf.

—Quedamos convenidos: me llevarás la cosa mañana, en cuanto la tengas.

—Convenido —dijo Frédéric.

Al despertarse al día siguiente, recibió por el correo un bono de quince mil francos contra el banco.

Aquel pedazo de papel le representaba quince sacos grandes de plata, y se dijo que con semejante suma podría, primeramente, conservar su coche durante tres años, en vez de venderlo, como se vería obligado a hacer dentro de poco, o comprarse dos lindas armaduras adamasquinadas que había visto en el muelle Voltaire; luego, muchas cosas más: pinturas, libros y ¡cuántos ramos de flores que regalar a la señora Arnoux! Todo valdría más, en fin, que arriesgar, que perder tanto dinero en aquel periódico. Le parecía Deslauriers presuntuoso, y le enfrió su insensibilidad de la víspera. Se abandonaba Frédéric a estos sentimientos cuando se vio sorprendido por Arnoux, que entraba, y que se sentó pesadamente sobre el borde de la cama como un hombre acabado.

—¿Qué es lo que hay?

—¡Estoy perdido!

Tenía que entregar aquel mismo día, en el estudio del señor Beauminet, notario de la calle Sainte-Anne, dieciocho mil francos, prestados por un tal Vanneroy.

—Es un desastre inexplicable. Y, sin embargo, le he dado una hipoteca que debiera tranquilizarle. Pero me amenaza con una citación si no se le paga esta misma tarde. ¡Enseguida!

—¿Y entonces?

—Entonces es muy sencillo. Hará que me expropien mi inmueble. El primer anuncio me arruina; eso es todo. ¡Ah! Si encontrase a alguien que me adelantara esa maldita suma, ocuparía el lugar de Vanneroy y yo me salvaría. ¿No la tendría usted, por casualidad?

El cheque estaba sobre la mesa de noche, cerca de un libro.

Frédéric levantó el volumen y lo puso encima, contestando:

—Dios mío, no, querido amigo.

Pero le costaba no complacer a Arnoux.

—¡Cómo! ¿No encuentra usted ninguna persona que quiera...?

—¡Nadie! ¡Y pensar que de aquí a ocho días tendré ingresos! Me deben quizá... cincuenta mil francos a fin de mes.

—¿No podría usted rogar a los individuos que le deben que adelantaran...?

—¡Ya, ya!

—Pero ¿tendrá usted algunos valores, billetes...!

—¡Nada!

—¿Qué hacer? —dijo Frédéric.

—Eso es lo que yo me pregunto —contestó Arnoux, y se calló, paseando a lo largo de la habitación.

—¡No se trata de mí, Dios mío, sino de mis hijos, de mi pobre mujer!

Después añadió, deteniéndose a cada palabra:

—En fin... Seré fuerte... Embalaré todo... Y me iré a buscar fortuna... no sé adónde.

—¡Imposible! —exclamó Frédéric.

Arnoux repuso con calma:

—¿Cómo quiere usted que viva yo en París ahora?

Silencio prolongado.

Frédéric empezó a decir:

—¿Cuándo devolvería usted ese dinero?

No porque él lo tuviera; al contrario. Pero nada le impedía ver a algunos amigos, hacer gestiones. Y llamó a su criado para vestirse. Arnoux le daba las gracias.

—Son dieciocho mil francos lo que usted necesita, ¿no es verdad?

—¡Oh! Me contentaría con dieciséis mil. Porque reuniré dos mil quinientos, tres mil con mi plata, suponiendo que Vanneroy me dé de plazo hasta mañana. Y se lo repito a usted: puede usted afirmar, jurar al prestamista, que dentro de ocho días, quizá cinco o seis, será reembolsado el dinero. Además, la hipoteca responde. No hay, pues, peligro, ¿comprende usted?

Frédéric le aseguró que comprendía y que iba a salir inmediatamente.

Volvió a su casa maldiciendo a Deslauriers, porque quería cumplir su palabra, y complacer, sin embargo, a Arnoux.

«Si me dirigiese al señor Dambreuse... Pero ¿con qué pretexto pedirle

dinero? Soy yo el que tiene que llevárselo por sus acciones de hullas. ¡Que se vaya a paseo con sus acciones! ¡No se las debo!».

Y Frédéric se aplaudía su independencia, como si hubiera rehusado un servicio al señor Dambreuse. Y enseguida se dijo: «Pierdo por un lado, pues con quince mil francos podría ganar cien mil... En la Bolsa, eso se ve algunas veces... Ya que yo pierdo, ¿no podría esperar Deslauriers? No, no; no estaría bien hecho: vamos allá».

Miró su reloj: «No hay prisa. El banco no se cierra hasta las cinco».

Y a las cuatro y media, cuando tuvo su dinero, añadía: «Ya es inútil; no le encontraría ahora; iré esta noche», dándose así el medio de cambiar de parecer, porque siempre queda en la conciencia algo de los sofismas que en ella han penetrado; se conserva el sabor, como sucede con un licor de mala clase.

Se paseó por los bulevares, y cenó solo en el restaurante. Después vio un acto en el Vaudeville, para distraerse. Pero sus billetes de banco le molestaban como si los hubiese robado. No le habría pesado perderlos.

Al volver a su casa encontró una carta con estas palabras:

«¿Qué hay de nuevo?

»Mi mujer une a los míos sus votos. Querido amigo, en la espera, etcétera.

»De usted, etcétera».

Y un párrafo...

—¡Su mujer! ¡Ella me suplica!

En el mismo momento apareció Arnoux, para saber si había recibido la suma urgente.

—Aquí está —dijo Frédéric.

Y veinticuatro horas después contestó a Deslauriers: «No he recibido nada».

El abogado volvió tres días seguidos. Le apremiaba para que escribiese al notario, y hasta ofreció hacer el viaje al Havre.

—No, es inútil; voy a ir yo.

Al expirar la semana, Frédéric pidió tímidamente al señor Arnoux sus quince mil francos. Arnoux le remitió al día siguiente; después, al otro. Frédéric no se arriesgaba a salir hasta bien entrada la noche, temiendo que Deslauriers le sorprendiera.

Una de ellas tropezó con él.

—Voy a buscarlos —dijo.

Y Deslauriers le acompañó hasta la puerta de una casa en el barrio Poissonnière.

—Espérame.

Esperó. Por fin, después de cuarenta y tres minutos, Frédéric salió con Arnoux, y le hizo seña de que tuviera un poco más de paciencia. El comerciante de porcelanas y su compañero subieron, dándose el brazo, la calle Hauteville, y tomaron enseguida la calle Chabrol.

La noche era oscura, con ráfagas de aire tibio. Arnoux andaba despacio, hablando de las Galerías del Comercio; una serie de pasajes cubiertos que conducirían del bulevar Saint-Denis al Châtelet, especulación maravillosa en la que tenía muchas ganas de entrar; se detenía de cuando en cuando para ver por los cristales de las tiendas la figura de las costureras, y después continuaba su discurso.

Frédéric oía los pasos de Deslauriers detrás de él, como un reproche, como golpes que le dieran sobre su conciencia. Pero no se atrevía a dirigir su reclamación por falsa vergüenza y temiendo que fuera inútil. El otro se acercaba y se decidió.

Arnoux, con tono bastante desembarazado, dijo que no habiendo reunido sus ingresos, no podía devolverle los quince mil francos.

—Supongo que no los necesitará usted.

En este momento, Deslauriers se acercó a Frédéric, y llamándole aparte le dijo:

—Sé franco: ¿los tienes o no?

—Pues bien: no —contestó Frédéric—. Los he perdido.

—¡Ah! ¿Y a qué?

—Al juego.

Deslauriers no respondió una palabra; se despidió muy bajo y se marchó. Arnoux había aprovechado la ocasión para encender un cigarro en un despacho de tabaco. Se reunió, preguntando quién era aquel joven.

—Nada, un amigo.

Después, tres minutos después, delante de la puerta de Rosanette, dijo Arnoux:

—Suba usted; se alegrará de verle. ¡Qué salvaje es usted ahora!

Le iluminaba un reverbero de enfrente; y con un cigarro entre sus blancos

dientes y su aire feliz, tenía algo de intolerable.

—¡Ah! A propósito; mi notario ha ido esta mañana a casa de usted para esa inscripción de hipoteca. Mi mujer es la que me lo ha recordado.

—¡Una mujer de cabeza! —dijo maquinalmente Frédéric.

—¡Ya lo creo!

Y Arnoux empezó sus elogios. No tenía igual por su entendimiento, su corazón, la economía, y añadió bajando la voz y moviendo los ojos:

—¡Y como cuerpo de mujer...!

—Adiós —dijo Frédéric.

Arnoux hizo un movimiento.

—Toma, ¿y por qué?

Y con la mano tendida hacia él, le observó todo, sorprendido por la cólera de su rostro.

Frédéric replicó secamente:

—Adiós.

Bajó por la calle Bréda como piedra que rueda, furioso contra Arnoux, jurándose no volver a verle, ni a ella tampoco, lastimado, desolado. En vez de la ruptura que esperaba, el otro se ponía a quererla, y completamente, desde la punta del pelo hasta el fondo del alma. La vulgaridad de aquel hombre exasperaba a Frédéric. ¡Luego todo pertenecía a aquel! Se encontraba a la puerta de la loreta, y la mortificación de una ruptura se agregaba a la rabia de su impotencia. Además, la probidad de Arnoux al ofrecerle garantías para su dinero le humillaba; hubiera querido estrangularle; y, por encima de todo, la pena le hacía extenderse sobre su conciencia como una niebla el sentimiento de su cobardía hacia su amigo. Le ahogaban las lágrimas.

Deslauriers bajaba por la calle de los Mártires, jurando alto de indignación; porque su proyecto, cual obelisco abatido, le parecía ahora de una altura extraordinaria. Se consideraba robado, como si hubiera sufrido un gran perjuicio. Su amistad con Frédéric quedaba muerta, y experimentaba con ello alegría; era una compensación. Le entraba el odio contra los ricos. Se sentía inclinado hacia las opiniones de Sénécál y se prometió servirlos.

Arnoux, durante este tiempo, cómodamente sentado en una butaca, cerca del fuego, sorbía una taza de té con la mariscala en las rodillas.

Frédéric no volvió por casa de ellos, y para distraerse de su pasión calamitosa, adoptando el primer asunto que se presentó, resolvió componer una Historia del Renacimiento. Amontonó, mezclados sobre su mesa, los

humanistas, los filósofos y los poetas; iba al gabinete de las estampas a ver los grabados de Marco Antonio; procuraba entender a Maquiavelo. Poco a poco le apaciguó la serenidad del trabajo. Penetrando en la personalidad de los demás, olvidó la suya, única manera de no sufrir por ella.

Un día que tomaba notas, tranquilamente, se abrió la puerta y el criado anunció a la señora Arnoux.

Era ella, en efecto. ¿Sola? No; porque llevaba de la mano al pequeño Eugène, seguido de su niñera con delantal blanco. Se sentó la señora, y después de haber tosido, dijo:

—Hace mucho tiempo que no ha venido por casa.

No excusándose Frédéric, añadió ella:

—Eso es muy delicado por parte de usted.

Él contestó:

—¿Qué es lo delicado?

—Lo que ha hecho usted por Arnoux —dijo ella.

Frédéric tuvo un gesto que significaba: «¡Bastante me importa; era por usted!».

Envió ella a su hijo al salón para que jugara con la niñera. Cambiaron dos o tres palabras acerca de la salud, y la conversación se acabó.

Llevaba ella un traje de seda oscura, del color de un vino de España, con paletó de terciopelo negro, ribeteado de marta; aquella piel daba ganas de pasar las manos por encima, y sus largas bandas, bien alisadas, atraían los labios. Pero la emoción la turbaba, y volviendo los ojos del lado de la puerta dijo:

—Hace algo de calor aquí.

Frédéric adivinó la prudente intención de su mirada.

Las dos hojas solo estaban entornadas.

—¡Ah! Es verdad.

Y sonrió como para decir: «No temo nada».

Le preguntó él lo que allí la llevaba.

—Mi marido —repuso ella con algún esfuerzo— me ha animado a venir a su casa no atreviéndose él a hacerlo.

—¿Y por qué?

—Conoce usted al señor Dambreuse, ¿no es verdad?

—Sí; un poco. —Y se calló—. No importa; acabe usted.

Entonces contó ella que la antevíspera no había podido satisfacer Arnoux cuatro pagarés de mil francos, suscritos a la orden del banquero, y en los cuales le obligó a poner su firma. Ella se arrepentía de haber comprometido la fortuna de sus hijos; pero todo era preferible a la deshonra; y si el señor Dambreuse suspendía los procedimientos, le pagarían, seguramente, muy pronto, porque ella iba a Chartres a vender una casita que tenía.

—¡Pobre mujer! —murmuró Frédéric—. Iré; cuente usted conmigo.

—Gracias.

Y se levantó para marcharse.

—¿Qué prisa tiene usted todavía?

Permaneció ella en pie, examinando el trofeo de flechas mogólicas colgado del techo, la biblioteca, las encuadernaciones, los utensilios todos de escribir; levantó la cubeta de bronce en que estaban metidas las plumas; se posaron sus tacones en diferentes sitios de la alfombra.

Había venido muchas veces a casa de Frédéric, pero siempre con Arnoux. Se hallaban solos ahora, solos en su propia casa; acontecimiento extraordinario; casi una dicha.

Quiso ella ver su jardincito; él le ofreció su brazo para enseñarle sus dominios, treinta pies de terreno encerrado entre casas, con arbustos en los ángulos y un macizo de flores en el centro.

Era en los primeros días de abril; las hojas de las lilas ya verdeaban, un puro ambiente se dejaba sentir, y los pajarillos piaban, alternando su canto con el lejano ruido que producía la fragua de un maestro de coches.

Frédéric fue a buscar una badila, y mientras paseaban ellos juntos, el niño formaba montones de arena en las veredas.

La señora Arnoux no creía que tuviera nunca gran imaginación, pero era cariñoso. Su hermana, por el contrario, era de una sagacidad natural, que a veces la mortificaba.

—Ya cambiaré —dijo Frédéric—. No hay que desesperar nunca.

Ella repitió: «No hay que desesperar nunca». Repetición maquinal de su frase, que le pareció a él una especie de estímulo. Cogió una rosa, la única del jardín, y le dijo:

—¿Se acuerda usted... de cierto ramo de rosas, una tarde, en el coche?

Se ruborizó ella un poco, y con aire de compasión irónica, contestó:

—¡Ah, era yo muy joven!

—Y a esta —repuso en voz baja Frédéric—, ¿le sucederá lo mismo?

Respondió ella, dando vueltas al tallo entre sus dedos, como el hilo de un huso:

—No; la guardaré.

Con un gesto llamó a la niñera, que cogió en sus brazos al niño; después, en el umbral de la puerta de la calle, la señora Arnoux aspiró el perfume de la flor, inclinando su cabeza sobre la espalda, y con una mirada tan dulce como un beso.

Cuando subió él a su gabinete contempló la butaca en que estuvo sentada y todos los objetos que había tocado. Algo de ella sentía a su alrededor. La caricia de su presencia duraba todavía.

«¡Es, pues, cierto, que ha estado aquí!», se decía, y se sumergía en las ondas de una infinita ternura.

Al día siguiente se presentó, a las once, en casa del señor Dambreuse. Le recibieron en el comedor, donde el banquero almorzaba vis-à-vis con su mujer.

Su sobrina estaba cerca de ella, y al otro lado, la institutriz, una inglesa, muy picada de viruela.

El señor Dambreuse invitó a su joven amigo a que los acompañara, y habiendo rehusado, añadió:

—¿En qué puedo servirle a usted? Ya escucho.

Frédéric contestó, afectando indiferencia, que iba a interesarse por un tal Arnoux.

—¡Ah! ¡Ah! El antiguo comerciante de cuadros —dijo el banquero, con muda risa, que descubría sus encías—. Oudry le avalaba en otro tiempo; han reñido.

Y se puso a recorrer las cartas y los periódicos esparcidos cerca de su cubierto.

Dos criados servían, sin que se oyeran sus pasos en el suelo de madera; y la altura de la sala, que tenía tres portiers de tapicería y dos fuentes de mármol blanco, lo pulimentado de las estufas, la colocación de los entremeses y hasta los tiosos dobles de las servilletas, todo aquel lujoso bienestar establecía en el pensamiento de Frédéric cierto contraste con otro almuerzo en casa de Arnoux. No se atrevía a interrumpir al señor Dambreuse, y notando la señora su embarazo, dijo:

—¿Ve usted alguna vez a nuestro amigo Martinon?

—Esta noche vendrá —interrumpió vivamente la señorita.

—¡Ah! ¿Lo sabes tú? —replicó su tía, fijando en ella una fría mirada.

En esto, uno de los criados le dijo algo al oído, y ella añadió:

—¡Tu costurera, hija mía...! ¡Miss John!

Y la institutriz, obediente, desapareció con su discípula.

Interrumpido el señor Dambreuse por el ruido de las sillas, preguntó lo que ocurría.

—Es la señora Regimbart.

—¡Calla! ¡Regimbart! Yo conozco ese nombre; he visto su firma.

Frédéric abordó por fin la cuestión; Arnoux merecía interés; hasta pensaba, para el único objeto de cumplir sus compromisos, vender una casa de su mujer.

—Pasa por ser muy linda —dijo la señora Dambreuse.

El banquero añadió con aire bonachón:

—¿Es usted su amigo... íntimo?

Frédéric, sin contestar claramente, repuso que le quedaría muy agradecido si tomara en consideración...

—Bien; puesto que usted toma empeño, sea; esperemos. Tengo aún tiempo. ¿Quiere usted que bajemos a mi despacho?

El almuerzo había terminado. La señora Dambreuse se inclinó ligeramente, sonriendo con una particular sonrisa, llena a la vez de cortesía y de ironía. Frédéric no tuvo tiempo de pensar en ello, porque desde el momento en que estuvieron solos el señor Dambreuse le dijo:

—No ha venido usted a buscar sus acciones. —Y, sin permitirle excusarse, añadió—: Bien, bien; es muy justo que conozca usted un poco mejor el negocio.

Le ofreció un cigarrillo y empezó:

La Unión General de las Hullas Francesas estaba constituida; no se esperaba más que el reglamento. Solo el hecho de la fusión disminuía los gastos de vigilancia y de mano de obra, aumentando los beneficios. Además, la sociedad imaginaba una cosa nueva, que era interesar a los obreros en su empresa. Les construiría casas, alojamientos sanos, constituyéndose, en una palabra, en el proveedor de sus empleados, dándoselo todo a precio de fábrica.

—Y ganarán, caballero; ese es el verdadero progreso. Así se responde

activamente a ciertas reclamaciones republicanas. Tenemos en nuestro consejo —y exhibió un prospecto— un par de Francia, un sabio del Instituto, un oficial superior de ingenieros retirado, nombres conocidos. Elementos semejantes tranquilizan a los capitales temerosos y llaman a los capitales inteligentes.

La compañía tendría a su favor los pedidos del Estado, después los ferrocarriles, la marina de vapor, los establecimientos metalúrgicos, el gas, las modestas cocinas.

—De esta suerte calentamos, iluminamos, penetramos hasta el hogar de las casas más humildes. Pero ¿cómo, me dirá usted, podemos asegurar la venta? Merced a dichos protectores, querido señor, y los obtendremos; eso es cosa nuestra. Yo, por mi parte, soy francamente prohibicionista. ¡El país antes que todo!

Le habían nombrado director; pero le faltaba el tiempo para ocuparse de ciertos detalles; de la redacción, entre otras cosas.

—Ando algo reñido con los autores; he olvidado el griego. Tendré necesidad de alguien... que pueda traducir mis ideas.

Y añadió, de repente:

—¿Quiere usted ser ese hombre con el título de secretario general?

Frédéric no supo qué contestar.

—Y bien, ¿quién se lo impide a usted?

Sus funciones se limitarían a escribir, todos los años, una memoria para los accionistas. Se hallaría en relaciones diarias con los hombres más importantes de París. Representante de la compañía cerca de los obreros, le adorarían, naturalmente, cosa que más tarde le permitiría entrar en el consejo general, en la diputación.

Los oídos de Frédéric zumbaban. ¿De dónde provenía aquella benevolencia? Y se confundía en agradecimiento.

Pero no era necesario, decía el banquero, que fuera dependiente de nadie. El mejor medio para esto era tomar acciones, «soberbia colocación, además, porque su capital de usted garantiza su posición, así como su posición garantiza al capital».

—¿A cuánto próximamente debe ascender? —preguntó Frédéric.

—Dios mío, lo que usted quiera; de cuarenta mil a sesenta mil francos, por ejemplo.

Aquella suma era tan mínima para el señor Dambreuse, y su autoridad tan grande, que el joven se decidió inmediatamente a vender una finca. Aceptó. El

señor Dambreuse fijaría un día cualquiera para verse y terminar sus convenios.

—¿Así que puedo decir a Jacques Arnoux...?

—Cuanto usted quiera, ¡pobre muchacho! Cuanto usted quiera.

Frédéric escribió a los Arnoux que se tranquilizaran, y envió la carta con su criado, al cual respondieron:

—Muy bien.

Su gestión, sin embargo, merecía más. Esperaba una visita; por lo menos, una carta. Ni recibió visita ni leyó carta alguna.

¿Había olvidado de parte de ellos o intención? Puesto que la señora Arnoux había venido una vez, ¿quién le impedía volver? La especie de participación, de confesión que le había hecho ella, ¿no era más que una maniobra ejecutada por interés? «¿Se habrán burlado de mí? ¿Es ella cómplice?». Un cierto pudor, a pesar de sus deseos, le impidió ir a casa de ellos.

Una mañana (tres semanas después de su entrevista) le escribió el señor Dambreuse que le esperaba aquel mismo día, a la una.

Ya en camino, la idea de los Arnoux le asaltó nuevamente, y no encontrando razón a su conducta, le sobrecogió una angustia, un presentimiento fúnebre. Para librarse de él llamó un coche y se hizo llevar a la calle Paradis. Arnoux estaba de viaje.

—¿Y la señora?

—En el campo, en la fábrica.

—¿Cuándo vuelve el señor?

—Mañana, sin falta.

La encontraría sola; aquel era el momento. Algo imperioso le gritaba en su conciencia: «Ve allí, pues».

«Pero ¿y el señor Dambreuse? Pues bien, tanto peor; diré que he estado enfermo». Corrió a la estación; después, al vagón. ¡Quizá haga mal! ¡Ah, ah, qué importa!

Extendiéndose a izquierda y derecha, verdes llanuras rodeaban el tren; las casetas de las estaciones se deslizaban como decoraciones, y el humo de la locomotora vertía siempre del mismo lado sus gruesos copos, que revoloteaban por la hierba algún tiempo, dispersándose después.

Frédéric, solo en su asiento, miraba aquello, por aburrimiento, perdido en esa languidez que produce el exceso mismo de la impaciencia. Grúas y almacenes se divisaron. Estaba en Creil.

La ciudad, construida en la vertiente de dos colinas bajas (de las cuales una está pelada, y la segunda coronada de bosque), con la torre de su iglesia, sus casas desiguales y su puente de piedra, le parecía que presentaba algo de alegre, de discreto y de bueno. Un gran barco chato descendía por la corriente, que se encrespaba, golpeada por el viento; unas cuantas gallinas, al pie del monte, picoteaban en la paja; una mujer pasó, llevando sobre su cabeza ropa blanca mojada.

Después del puente, se encontró en una isla, donde se ven, hacia la derecha, las ruinas de una abadía. Un molino giraba, cortando en toda su anchura, el segundo brazo del Oise, que domina la manufactura. La importancia de aquella construcción admiró mucho a Frédéric, concibiendo mayor respeto hacia Arnoux. Tres pasos más allá tomó una callejuela, que cerraba en el fondo una verja.

Entró. La conserje le llamó, gritándole:

—¿Tiene usted su permiso?

—¿Para qué?

—Para visitar el establecimiento.

Frédéric, en tono brutal, dijo que venía a ver al señor Arnoux.

—¿Quién es ese señor Arnoux?

—Pues el jefe, el dueño, el propietario, en fin.

—No, señor; esta es la fábrica de los señores Lebœuf y Milliet.

La buena mujer bromeaba, sin duda. Llegaban algunos obreros; preguntó a dos o tres; su respuesta fue la misma.

Frédéric salió del patio, vacilante como un hombre ebrio; y llevaba un aire tan descorazonado, que en el puente de la Boucherie, un vecino que se disponía a fumar su pipa le preguntó si buscaba algo. Aquel conocía la manufactura de Arnoux. Estaba situada en Montataire.

Frédéric trató de proporcionarse un coche; no los había más que en la estación. Volvió a ella, donde se hallaba parada delante del despacho de equipajes, solitariamente, una calesa, dislocada, con un caballo viejo enganchado, cuyos arreos descosidos colgaban sobre las varas.

Un pilluelo se ofreció a descubrir al Tío Pilon. Al cabo de diez minutos volvió; el Tío Pilon estaba almorzando. Frédéric prescindió de él y se marchó. Pero la barrera del paso se hallaba cerrada. Era preciso esperar que atravesaran dos trenes. Por fin se metió por el campo.

El verde monótono hacía que pareciera un inmenso paño de billar. A las

dos orillas del camino se veían alineadas escorias de hierro, como montones de gujarros. Algo más lejos humeaban, unas junto a las otras, chimeneas de fábrica. Frente a él se alzaba, sobre una colina redonda, un castillo pequeño, con sus torrecillas, el campanario cuadrangular de una iglesia, los muros por bajo, formando con los árboles líneas irregulares, y al final, las casas del pueblo, que se desparramaban.

Son de un solo piso, con escaleras de tres escalones, hechas de bloque, sin cemento. A intervalos se oía la campanilla de algún tendero. Pesados pasos se hundían en el negro fango, y una lluvia menuda caía cortando en mil líneas cruzadas el pálido cielo.

Frédéric siguió por el centro; después encontró a su izquierda, a la entrada de un camino, un gran arco de madera, que tenía escrito en letras doradas: PORCELANAS.

No fue casual que Jacques Arnoux eligiera la proximidad de Creil, porque colocando su manufactura lo más cerca posible de la otra (acreditada hacía mucho tiempo) provocaba en el público una confusión favorable a sus intereses.

El cuerpo principal del edificio se apoyaba en la orilla misma del río que atraviesa la pradera. La casa del dueño, rodeada por un jardín, se distinguía por su escalera adornada de cuatro tiestos plantados de cactus. Masas de tierra blanca se secaban debajo de algunos cobertizos; otras, al aire libre, y en el centro del patio se hallaba Sénécal, con su eterno paletó azul forrado de rojo.

El antiguo pasante alargó su mano fría.

—¿Viene usted por el principal? No está.

Frédéric, desconcertado, contestó secamente:

—Ya lo sabía.

Pero, dominándose inmediatamente, añadió:

—Vengo por un asunto que concierne a la señora Arnoux. ¿Puede recibirme?

—¡Ah! No la he visto hace tres días —dijo Sénécal.

Y enhebró una letanía de quejas. Al aceptar las condiciones del fabricante entendió que viviría en París, y no meterse en aquel campo, lejos de sus amigos, privado de periódicos. No importaba: había pasado por esto. Pero Arnoux parecía no fijarse en su mérito. En verdad que era limitado y retrógrado; ignorante como nadie. En vez de buscar perfeccionamientos artísticos, hubiera sido mejor introducir calentadores de hulla y de gas. El ciudadano «se hundía»; Sénécal subrayó la palabra. Que sus ocupaciones le

desagradaban; y se empeñó en que Frédéric hablara en su favor y le aumentaran sus emolumentos.

—Esté usted tranquilo —dijo el otro.

No encontró a nadie en la escalera. En el primer piso adelantó la cabeza en una habitación vacía: era el salón; llamó muy alto. No le respondieron; sin duda, la cocinera había salido, y la niñera también. Por fin llegó al piso segundo y empujó una puerta. La señora Arnoux estaba sola delante de un armario de espejo. El cinturón de su bata entreabierto colgaba a lo largo de sus caderas. Todo un lado de sus cabellos le formaba una onda negra sobre el hombro derecho, y tenía sus dos brazos levantados, sujetando con una mano su moño, mientras que con la otra introducía en él una horquilla. Dio un grito y desapareció.

Después volvió correctamente vestida. Su cuerpo, sus ojos, el ruido de su traje: todo le encantó. Frédéric se contenía para no cubrirla de besos.

—Perdone usted —dijo ella—, pero no podía...

Tuvo el atrevimiento él de interrumpirla:

—Sin embargo... estaba usted muy bien... hace un momento.

Indudablemente, encontró ella un tanto grosero el cumplido, puesto que se colorearon sus mejillas. Él temió haberla ofendido.

—¿A qué dichosa casualidad se debe el que usted haya venido? —dijo ella.

No supo él qué responder, y después de una risita falsa, que le dio tiempo para reflexionar, preguntó:

—¿Si se lo dijera a usted me creería?

—¿Por qué no?

Frédéric contó que noches pasadas había tenido un sueño espantoso.

—He soñado que se hallaba usted gravemente enferma, cerca de la muerte.

—¡Oh! Ni yo ni mi marido estamos nunca enfermos.

—No he soñado más que con usted.

Lo miró ella con calma y contestó:

—Los sueños no siempre se realizan.

Balbució Frédéric, buscó palabras, y por último se lanzó en una larga parrafada sobre la afinidad de las almas: existía una fuerza que podía, a través de los espacios, poner en contacto a dos personas, advertirlas de lo que sienten y hacer que se reúnan.

Le escuchaba ella con la cabeza baja, sonriendo con su sonrisa hermosa. Observaba él con el rabillo del ojo, con alegría, y se expansionaba su amor más libremente ante la facilidad de un lugar común. Propuso ella ver la fábrica, y, como insistiera, aceptó él.

Para distraerle primeramente con algo divertido le enseñó la especie de museo que adornaba la escalera. Las piezas colgadas de las paredes o colocadas en tablillas demostraban los esfuerzos y los empeños sucesivos de Arnoux. Después de haber buscado el rojo de los colores de los chinos, quiso hacer mayólicas, faenzas, lozas, etrusco oriental, intentando, por fin, algunos de los perfeccionamientos realizados más tarde. Así es que se encontraban en la serie grandes vasos cubiertos de mandarines, escudillas de reflejos metálicos cambiantes, jarros con realce de escrituras árabes, otros del gusto Renacimiento y grandes platos con dos personajes que parecían dibujados con sangre, de una manera delicada y vaporosa. Ahora fabricaba letras para muestras, etiquetas para vinos; pero su inteligencia no era bastante elevada para llegar hasta el arte, ni bastante oscura para pensar exclusivamente en el provecho, con lo que, sin contentar a nadie, se arruinaba.

Consideraban ambos estas cosas, cuando la señorita Marthe pasó por allí.

—¿No le reconoces ya? —le dijo su madre.

—Sí, por supuesto —contestó ella saludando, mientras su mirada límpida y recelosa, su mirada virginal, parecía murmurar: «¿Qué vienes tú a hacer aquí?», y subió las escaleras, con la cabeza algo inclinada hacia la espalda.

La señora Arnoux condujo a Frédéric hacia el patio, explicándole luego con tono serio cómo se muelen las tierras, se limpian y tamizan.

—Lo importante es la preparación de las pastas.

Y le introdujo en una sala llena de cubas, donde giraba sobre sí mismo un eje vertical armado de brazos horizontales. Frédéric se reprochó el no haber rehusado resueltamente la proposición poco antes.

—Estas son las máquinas hidráulicas para la separación de la bazofia de las tierras —dijo ella.

Él encontró la palabra grotesca y como inconveniente en sus labios.

Anchas correas colgaban de uno a otro extremo del techo, para enrollarse en tambores, agitándose todo de una manera continua, matemática, excitante.

Salieron de allí, y pasaron cerca de una cabaña en ruinas que en otro tiempo había servido para guardar instrumentos de jardinería.

—Ya no se utiliza —dijo la señora Arnoux.

Él replicó con voz trémula:

—Allí puede gozarse de la felicidad.

El ruido de la bomba de incendios cubrió sus palabras, y entraron en el taller de modelados.

Hombres sentados a una estrecha mesa colocaban delante de sí, y sobre un disco giratorio, un trozo de pasta. Con la mano izquierda rasaban en el interior, con la derecha alisaban la superficie, y se veían salir vasos de la operación, como flores que se abren.

La señora Arnoux hizo exhibir los moldes para las obras más difíciles.

En otra pieza se trabajaban los filetes, las molduras, las líneas salientes.

En el piso superior se afinaban las juntas y se tapaban con yeso los agujerillos que habían dejado las precedentes operaciones. En las ventanas, en los rincones, en medio de los corredores, se alineaban los cacharros.

Frédéric empezaba a aburrirse.

—Quizá le fatigue a usted todo esto —dijo ella.

Temiendo que fuese preciso terminar allí su visita, manifestó, por el contrario, mucho entusiasmo. Hasta llegó a lamentarse de no haberse dedicado a esa industria.

Ella pareció sorprendida.

—Ciertamente; porque así habría podido vivir cerca de usted.

Y como intentara buscar la mirada de la señora Arnoux, esta, para evitarlo, cogió de la consola bolitas de pasta, sobrantes de piezas defectuosas, las aplastó en forma de galleta y estampó su mano encima.

—¿Puedo llevarme eso? —dijo Frédéric.

—¡Qué niño es usted, Dios mío!

Iba él a contestar cuando entró Sénécal.

El señor subdirector, desde el umbral, observó una infracción reglamentaria. Los talleres debían barrerse todas las semanas; era sábado, y como los obreros no lo habían hecho, Sénécal les declaró que estarían una hora más. «Tanto peor para ustedes».

Se inclinaron sobre su faena, sin murmurar; pero se adivinaba su cólera en la ronca respiración de su pecho. Verdad es que eran difíciles de manejar, y todos procedían de la fábrica grande, de la que habían sido despedidos. El republicano los gobernaba con dureza. Hombre de teorías, únicamente consideraba a las masas y se manifestaba inflexible con los individuos.

Frédéric, contrariado por su presencia, preguntó a la señora Arnoux, a

media voz, si no había posibilidad de ver los hornos. Descendían a la planta baja, y cuando ella empezaba a explicar el uso de las arquillas, Sénécal, que los había seguido, se interpuso, continuando por sí mismo la demostración. Se extendió acerca de las diferentes clases de combustibles, la hornada, los piróscopos, los englobados, los luestres y los metales, prodigando los términos de química: cloruro, sulfato, bórax, carbonato. Frédéric nada comprendía, y a cada minuto se volvía hacia la señora Arnoux.

—No escucha usted —dijo ella—. El señor Sénécal es, sin embargo, muy claro. Sabe todas estas cosas mucho mejor que yo.

El matemático, lisonjeado por aquel elogio, propuso ir a ver la coloración. Frédéric dirigió una mirada ansiosa a la señora Arnoux, que permaneció impassible, no queriendo, indudablemente, ni estar sola con él, ni dejarle tampoco. Le ofreció él su brazo.

—No, mil gracias; es la escalera demasiado estrecha.

Y cuando llegaron arriba, Sénécal abrió la puerta de un departamento lleno de mujeres.

Manejaban éstas pinceles, ampollitas, conchas, placas de vidrio. A lo largo de la cornisa, contra la pared, se alineaban planchas grabadas; pedacillos de papel fino revoloteaban, y una chimenea de función exhalaba una temperatura asfixiante, a la que se mezclaba el olor de la trementina.

Casi todas las obreras tenían pobres vestidos. Se veía una, sin embargo, que llevaba un pañuelo y largos pendientes. A la vez que delicada y regordeta, eran negros sus grandes ojos y sus labios carnosos, como los de una negra. Su abundante pecho se marcaba bajo la camisa, sujeta a la cintura por las cintas de su falda, y con uno de sus codos sobre la mesa, mientras que el otro colgaba, miraba vagamente, a lo lejos, el campo. A su lado había una botella de vino y salchicha.

Prohibía el reglamento que se comiera en los talleres, medida de aseo para el trabajo y de higiene para los trabajadores.

Sénécal, por sentimiento del deber o necesidad de despotismo, gritó desde lejos, indicando el anuncio de un cuadro:

—¡Eh!, allí abajo, la bordelesa; léame usted, en voz alta, el artículo nueve.

—Bueno, ¿y qué más?

—¿Qué más, señorita? Pues que pagará usted tres francos de multa.

Le miró ella frente a frente, descaradamente, y dijo:

—Bastante me importa. Cuando vuelva el amo me levantará la multa. Me río de usted, buen hombre.

Sénécal, que paseaba con las manos a la espalda, como un pasante en la sala de estudios, se contentó con sonreír.

—Artículo trece: insubordinación, diez francos.

La bordelesa volvió a su tarea. La señora Arnoux, por las conveniencias, no decía nada, pero frunció el entrecejo.

Frédéric murmuró:

—¡Ah, para demócrata es usted bastante duro!

El otro contestó doctoralmente:

—La democracia no es la desvergüenza del individualismo. Es el nivel común ante la ley, la distribución del trabajo, el orden.

—Olvida usted la humanidad —dijo Frédéric.

La señora Arnoux tomó su brazo; Sénécal, quizá ofendido por aquella muda aprobación, se fue.

Frédéric experimentó al punto un gran consuelo.

Desde por la mañana buscaba la ocasión de declararse y al fin llegaba. Por otra parte, el espontáneo movimiento de la señora Arnoux le pareció que contenía promesas, y rogó, como si fuera para calentarse los pies, que subieran a su cuarto. Pero cuando estuvo sentado cerca de ella, comenzó su turbación; le faltaba el punto de partida. Felizmente, se acordó de Sénécal.

—Nada más necio —dijo— que ese castigo.

La señora Arnoux contestó:

—Hay severidades indispensables.

—¡Cómo...! ¡Usted que es tan buena...! ¡Ah!, me equivoco, porque algunas veces se complace usted en hacer sufrir...

—No comprendo los enigmas, amigo mío.

Y su austera mirada, más aún que la frase, le contuvo. Frédéric se hallaba determinado a continuar. Sobre la cómoda se encontraba, casualmente, un libro de Musset; miró algunas páginas, se puso a hablar del amor, de sus desesperaciones y vehemencias.

Todo aquello, según la señora Arnoux, era criminal o ficticio.

El joven se sintió mortificado por aquella negación, y para combatirla citó como prueba los suicidios que se leen en los periódicos y exaltó los grandes tipos literarios: Fedra, Dido, Romeo, Des Grieux. Él los superaría.

El fuego ya no ardía en la chimenea; golpeaba la lluvia contra los cristales:

la señora Arnoux, inmóvil, permanecía con sus dos manos apoyadas sobre los brazos de la butaca; las cintas de su gorrita caían como bandas de una esfinge: su puro perfil se destacaba pálido en medio de la sombra.

Él ardía en ganas de arrojarse a sus pies. Se oyó ruido en el corredor, y no se atrevió.

También se lo impedía una especie de temor religioso. Aquel traje, que se confundía con las tinieblas, le parecía desmesurado, infinito, inmóvil, y por causa de esto precisamente aumentaba su deseo. Pero el miedo de hacer demasiado y de no hacer bastante le quitaba todo discernimiento.

«Si le desagrado —pensó—, que me arroje; si me quiere, que me anime». Y dijo, suspirando:

—¿Luego no admite usted que pueda amarse... a una mujer?

La señora Arnoux replicó:

—Cuando es soltera se casa uno con ella; cuando pertenece a otro se aleja uno de ella.

—¿De modo que la dicha es imposible?

—No; pero jamás se la encuentra en la mentira, las inquietudes y el remordimiento.

—¿Qué importa si se compensan por sublimes alegrías?

—La experiencia es demasiado costosa.

Quiso él atacarla por la ironía, y dijo:

—La virtud no será, pues, sino cobardía.

—Diga usted previsión, más bien. Aun para aquellas que olvidan el deber o la religión puede bastar sencillamente el buen sentido. El egoísmo es base sólida para la prudencia.

—¡Qué máximas tan humildes tiene usted!

—No me precio de ser una gran señora.

En este momento se presentó el chiquillo.

—Mamá, ¿vienes a cenar?

—Sí, enseguida.

Frédéric se levantó, y al mismo tiempo apareció Marthe. No podía él decidirse a marchar, y con mirada enteramente llena de súplicas, preguntó:

—Esas mujeres de que usted habla, ¿son tan insensibles?

—No, sino sordas cuando es preciso.

Y se tenía en pie en la puerta de la habitación, con sus dos hijos a los lados. Se inclinó él sin decir una palabra, y ella respondió silenciosamente a su saludo.

Lo que sintió él en primer término fue una estupefacción infinita. Aquella manera de hacerle comprender la inutilidad de su esperanza le confundía. Se veía perdido, como un hombre que cae al fondo de un abismo, que sabe que no le socorrerán y que debe morir.

Andaba, sin embargo, pero sin ver nada, al azar; tropezaba en las piedras y se equivocó de camino. Un ruido de zuecos llegó hasta su oído; eran los obreros que salían de la fundición.

Entonces se dominó.

A lo lejos, los faroles del ferrocarril trazaban una línea de fuego.

Llegó en el momento de partir un tren. Entró en un vagón y se durmió.

Una hora después, en los bulevares, la alegría de París por las noches llevó de repente su viaje a un pasado ya lejano.

Quiso ser fuerte y alivió su corazón, denigrando a la señora Arnoux con epítetos injuriosos.

—Es una imbécil, una pava, una bestia; no pensemos en ella más.

Al entrar en su casa encontró, en su gabinete, una carta de ocho páginas en papel glaseado de azul y con las iniciales R. A.

Empezaba con reproches amistosos: «¿Qué hace usted, querido mío? Me aburro».

Pero la escritura era tan abominable que Frédéric iba a tirar el paquete, cuando percibió una posdata que decía así: «Cuento con usted mañana para que me lleve a las carreras».

¿Qué significaba aquella invitación? ¿Era una añagaza más de la mariscala? Pero no se burla nadie dos veces del mismo hombre sin motivo; y lleno de curiosidad volvió a leer la carta atentamente.

Frédéric vio: «Equivocación... desilusiones... Pobres chicas nosotras... semejante a dos ríos que se juntan», etcétera.

Aquel estilo contrastaba con el lenguaje ordinario de la loreta.

¿Qué cambio había sobrevenido?

Retuvo mucho tiempo las páginas entre sus dedos. Olían a perfume, y había, en la forma de los caracteres y el espacio irregular de las líneas, algo

como un desorden de tocador que le turbó.

«¿Por qué no he de ir? —se dijo, por fin—. ¡Si la señora Arnoux lo supiese! ¡Que lo sepa, tanto mejor, y que la ponga celosa; eso me vengará!».

IV

La mariscala se hallaba dispuesta y le esperaba.

—Qué amable —dijo, fijando en él sus lindos ojos, a la vez tiernos y alegres.

Cuando tuvo hecho el lazo de su capota, se sentó en el diván y permaneció silenciosa.

—¿Nos vamos? —preguntó Frédéric. Ella miró el reloj.

—¡Oh, no! No antes de la una y media —como si ella misma hubiera señalado aquel límite a su incertidumbre.

Cuando sonó, por fin, la hora:

—Bien; andiamo, caro mio!

Y dio la última mano a las bandas de su peinado e hizo varias recomendaciones a Delphine.

—¿La señora vuelve a cenar?

—¿Para qué? Cenaremos juntos en cualquier parte, en el Café Inglés, donde usted quiera.

—Conforme.

Los perrillos ladraban a su alrededor.

—Los podemos llevar, ¿verdad?

Frédéric los llevó él mismo hasta el coche. Era este una berlina de alquiler con dos caballos de posta y un postillón. Frédéric hizo colocar a su criado en el asiento de detrás. La mariscala pareció satisfecha de sus atenciones; después, cuando estuvo acomodada, le preguntó si había estado en casa de Arnoux recientemente.

—Hace ya un mes —contestó Frédéric.

—Yo le encontré anteayer; quizá hubiera venido hoy mismo. Pero está lleno de complicaciones: un nuevo proceso, no sé qué. ¡Qué demonio de hombre!

—¡Sí, muy particular! —Y Frédéric añadió, en tono indiferente—: A propósito, ¿continúa usted viendo... ¿cómo le llamaba usted... a aquel antiguo cantante... Delmar?

Ella replicó con sequedad:

—No, eso se acabó.

De modo que su ruptura era cierta. Frédéric se hizo ilusiones.

Atravesaron al paso el barrio de Bréda; las calles, por ser domingo, estaban desiertas, y detrás de las ventanas se veían algunas figuras burguesas. El carruaje empezó a andar más deprisa; el ruido de las ruedas hacía que se volvieran los transeúntes; el cuero de la capota, bajada, brillaba; el criado se doblaba por la cintura y los dos habaneros, juntos, parecían dos manguitos de armiño echados sobre los cojines. Frédéric se movía al compás del cabeceo de los muelles de suspensión. La mariscala volvía la cabeza a izquierda y derecha, sonriendo.

Su sombrero de paja nacarada estaba adornado con encaje negro. La capucha de su albornoz flotaba al aire y se cubría del sol con una sombrilla de satín lila, cuya punta tenía la figura de una pagoda.

—¡Qué monada de deditos! —dijo Frédéric, cogiéndole suavemente la otra mano, la izquierda, en que se veía un brazalete de oro de forma de barbada—. Caramba, es bonita esta pulsera: ¿de dónde procede esto?

—¡Oh!, hace ya mucho tiempo que la tengo —contestó la mariscala.

El joven nada objetó a aquella hipócrita respuesta. Prefirió aprovecharse de las circunstancias, y como la seguía teniendo por el puño, apoyó encima sus labios, entre el guante y la manga.

—Estese usted quieto, que van a vernos.

—¡Bah! ¿Y qué importa eso?

Después de la plaza de la Concorde tomaron por el muelle Conférence y el muelle de Billy, donde se ve un cedro en un jardín. Rosanette creía que el Líbano se hallaba situado en China; se rio de su propia ignorancia y rogó a Frédéric que le diese lecciones de geografía. Luego, dejando a la derecha el Trocadero, atravesaron el puente de Jena, y se detuvieron, por último, en el centro del Campo de Marte, cerca de los demás coches, ya alineados en el hipódromo.

Los cerrillos de césped se hallaban poblados de gente menuda. Se percibían curiosos en el balcón de la escuela militar, y los dos pabellones de fuera del pesaje, las dos tribunas levantadas en su recinto y una tercera delante de la del rey, estaban llenas de una multitud bien vestida que demostraba, por

su actitud, culta reverencia hacia una diversión entonces nueva. El público de las carreras, más especial en aquel tiempo, tenía un aspecto menos vulgar; era la época de las valonas de terciopelo y de los guantes blancos. Las mujeres, vestidas de colores brillantes, llevaban traje de talle largo, y sentadas en las gradas, aquellas parecían como grandes macizos de flores, tachonados de negro, en algunos sitios, por los oscuros trajes de los hombres. Pero todas las miradas se dirigían hacia el célebre argelino Bou-Maza, que permanecía impassible, entre dos oficiales del Estado Mayor, en una de las tribunas particulares.

La del Jockey Club contenía únicamente señoras graves.

Los más entusiastas se habían colocado abajo, contra la pista, defendida por dos líneas de barrotes de madera unidos por cuerdas; en el extensísimo óvalo que describía este camino, vendedores de coco agitaban su matraca, otros pregonaban el programa de las carreras, otros voceaban cigarros, y se elevaba entre todos un inmenso zumbido; pasaban y repasaban los guardias municipales. La campana colgaba de uno de los postes cubierto de cifras: sonó y aparecieron cinco caballos; la gente entró en las tribunas.

Y, sin embargo, gruesas nubes desfloraban con sus espirales la cima de los olmos de enfrente. Rosanette tenía miedo de que lloviera.

—Tengo grandes paraguas —dijo Frédéric— y cuanto se necesita para distraerse —añadió, destapando el cofre del asiento, donde había provisiones de boca en un cesto.

—Bravo, nos entenderemos.

—Y aún nos entenderemos mejor, ¿no es verdad?

—Pudiera ser —dijo ella, ruborizándose.

Los jockeys, con sus casacas de seda, procuraban alinear sus caballos, conteniéndolos con ambas manos. Alguien movió una bandera roja. Entonces, los cinco, inclinándose sobre las crines, arrancaron. Permanecieron al principio apretados, como en masa; muy pronto el grupo se alargó, se acortó; el que llevaba la casaca amarilla, en medio de la primera vuelta, estuvo para caer; durante mucho tiempo hubo incertidumbre entre Filly y Tibi; después, Tom Pouces se vio a la cabeza; pero Clubstick, atrasado desde la partida, se les reunió y llegó el primero, pasando a Sir Charles en dos cuerpos; fue aquello una sorpresa; se gritó, y las barracas de tablas temblaron al peso de los pataleos.

—Nos divertimos —exclamó la mariscala—. Te amo, querido mío.

Frédéric no dudó ya de su dicha; aquella última frase de Rosanette se lo confirmaba.

A cien pasos de él, en un milord, apareció una señora. Se inclinó hacia fuera de la portezuela, entrando luego precipitadamente; este juego se repitió muchas veces; Frédéric no pudo distinguir su figura. Le asaltó una sospecha y le pareció que era la señora Arnoux. Imposible, sin embargo. ¿Por qué habría venido?

Se bajó del coche con cierto pretexto de pasear.

—No es usted muy galante —dijo Rosanette.

Él no la escuchó y adelantó sus pasos. El milord dio la vuelta y se puso al trote.

En aquel mismo momento, Frédéric se vio sorprendido por Cisy.

—Buenas tardes, querido; ¿cómo está usted? Hussonnet se encuentra allá abajo. Oiga usted.

Frédéric intentó desprenderse para aproximarse al milord. La mariscala le hacía señas para que fuera a reunirse con ella. Cisy la vio y se empeñó en saludarla.

Cuando se acabó el luto de su abuela realizó su ideal de llegar a tener cachet. Chaleco escocés, traje corto, grandes borlas en los zapatos y billete de entrada en la presilla del sombrero; nada faltaba, efectivamente, a lo que él mismo llamaba su chic, un chic anglófilo y mosquetero.

Comenzó por quejarse del Campo de Marte: execrable turf; habló enseguida de Chantilly y de las gracias que allí se hacían; juró que podía beber doce copas de champán durante las doce campanadas de la medianoche; propuso a la mariscala que apostara, acariciando suavemente a sus dos bichillos. Y apoyándose con el otro codo en la portezuela, continuó diciendo necedades, con el puño de su stick en la boca, las piernas separadas, los riñones estirados. Frédéric, a su lado, fumaba, procurando siempre descubrir lo que se había hecho del milord.

Sonó la campana; Cisy se marchó, para gran alegría de Rosanette, a quien fastidiaba mucho, según ella decía.

La segunda prueba, nada de particular ofreció; tampoco la tercera, excepto un hombre a quien se llevaron en la camilla. La cuarta, en que ocho caballos se disputaron el premio de la villa, fue más interesante.

Los espectadores de las tribunas se habían subido en los bancos. Los demás, en pie en los coches, seguían, gemelos en mano, la evolución de los jockeys; se les veía pasar como manchas encarnadas, amarillas, blancas y azules, a todo lo largo de la multitud que rodeaba el hipódromo. A lo lejos no parecía excesiva su velocidad; al otro extremo del Campo de Marte, hasta se creía que la disminuían y que adelantaban solo desliziéndose, tocando los

vientres de los caballos en la tierra sin que se plegaran sus patas. Pero volvían bien de prisa, y entonces se agrandaban; su paso cortaba los aires, temblaba el suelo, volaban las piedras, y el viento, penetrando en las casacas de los jockeys, las hacía moverse como si fueran velas; con grandes latigazos fustigaban a sus bestias para llegar al poste, que era el límite. Se mudaban las cifras, y en medio de los aplausos, el caballo victorioso se arrastraba hasta el pesaje enteramente cubierto de sudor, las rodillas tiesas, la cola baja, mientras que su caballero, como agonizando en su silla, se apretaba los costados.

Una disputa retrasó la última partida. La multitud, que se aburría, se esparció. Algunos grupos de hombres hablaban debajo de las tribunas. Las conversaciones eran libres; las mujeres de la buena sociedad se marcharon, escandalizadas con la proximidad de las loretas.

También se veían allí eminencias de los bailes públicos; comediantas del bulevar (y no eran las más bellas las que recibían los mayores homenajes). La vieja Georgine Aubert, a la que un zarzuelista llamaba el Luis XI de la prostitución, terriblemente repintada y lanzando de cuando en cuando una especie de risa que parecía un gruñido, estaba completamente tendida en su larga calesa, bajo una palatina de marta, como en pleno invierno. La señora Remoussot, de moda por su proceso, subida en lo alto de un break, acompañada por americanos, y Thérèse Bachelu, con un aire de virgen gótica, ocupaba, con sus doce volantes, el interior de un caracol que en el sitio del alero tenía una jardinera llena de rosas. La mariscala se sintió celosa con aquellas glorias; para que la notasen se puso a hacer grandes gestos y a hablar muy alto.

Algunos gentlemen la reconocieron y le dirigieron saludos. Ella les contestaba diciendo sus nombres a Frédéric. Todos eran condes, vizcondes, duques y marqueses; y se hinchaba al ver que todos los ojos expresaban un cierto respeto hacia su buena fortuna.

No mostraba Cisy aire menos dichoso en el círculo de hombres maduros que le rodeaba. Sonreían ellos desde lo alto de sus corbatas, como burlándose de él, que al final dio la mano al más viejo y se adelantó hacia la mariscala.

Comía ella con afectada glotonería un trozo de foie-gras; Frédéric, por obediencia, la imitaba, sosteniendo entre sus rodillas una botella de vino.

Volvió a verse el milord; era la señora Arnoux, que palideció extraordinariamente.

—Dame champán —dijo Rosanette, y levantando su copa llena, lo más alto posible, gritó—: ¡Olé por la de allá abajo, por las mujeres honradas, la esposa de mi protector! ¡Oh!

Las risas se oyeron a su alrededor; el milord desapareció. Frédéric le tiró

del vestido; estaba pronto a estallar. Pero Cisy estaba allí, en la misma actitud de antes, y con exceso de aplomo invitó a Rosanette a cenar aquella noche.

—Imposible —contestó ella.

—Vamos juntos al Café Inglés.

Frédéric, como si nada hubiese oído, permaneció mudo; y Cisy dejó a la mariscala con aire contrariado. Mientras hablaba con ella, en pie a la portezuela de la derecha, se presentó Hussonnet por la izquierda, y recogiendo aquella palabra de Café Inglés, dijo:

—Bello establecimiento; podríamos tomar allí un bocado, ¿eh?

—Como usted quiera —dijo Frédéric, que, arrellanado en el rincón de la berlina, miraba cómo desaparecía el milord por el horizonte, sintiendo que algo irreparable acababa de suceder y que había perdido a su gran amor. Y la otra estaba allí, cerca de él, el amor fácil y alegre. Pero, cansado, lleno de deseos contradictorios y ni sabiendo lo que quería, experimentó una tristeza desmesurada, ganas de morir.

Un gran ruido de pasos y de voces le hizo levantar la cabeza: los pilluelos, montándose sobre las cuerdas de la pista, iban a mirar las tribunas; la gente se marchaba. Cayeron algunas gotas de lluvia; la complicación de los coches aumentó. Hussonnet se había perdido.

—Tanto mejor —dijo Frédéric.

—¿Preferimos estar solos? —preguntó la mariscala, poniendo su mano sobre la de él.

Entonces pasó por delante de ellos, con resplandores de cobre y acero, un espléndido landó tirado por cuatro caballos a la Daumont con dos jockeys con chupa de terciopelo, con volantes de oro. La señora Dambreuse iba al lado de su marido; Martinon, enfrente; los tres se mostraban admirados.

«Me han reconocido», se dijo Frédéric.

Quiso Rosanette que pasaran para ver mejor el desfile. La señora Arnoux podía presentarse de nuevo y gritó él al postillón:

—Sigue, sigue, adelante.

Y la berlina se lanzó hacia los Campos Elíseos, por en medio de los demás carruajes, calesas, briscas, wurts, tándems, tálburis, dogcarts, carros de mudanza con cortinillas de cuero, en que iban obreros cantando cuchufletas en coches de los llamados semifortunas, que dirigían con prudencia los mismos padres de familia. En victorias atestadas de gente, algunos muchachos, sentados sobre los pies de los demás, colgando sus dos piernas fuera. Grandes cupés con asiento de paño paseaban viejas aristócratas, que dormitaban; o era

un magnífico stopper el que pasaba, llevando una silla modesta y coquetona, como el frac negro de un dandi. El aguacero aumentaba, sin embargo. Se abrían los paraguas, las sombrillas, los mackintosh; se cruzaban desde lejos las frases: «Buenas tardes», «¿Va bien?», «Sí», «No», «Hasta luego», y se sucedían las figuras con una rapidez de sombras chinescas. Frédéric y Rosanette no se hablaban, sintiendo una especie de atontamiento al ver tan cerca de ellos y continuamente todas aquellas ruedas volteando.

En algunos momentos, las filas de carruajes, demasiado apretadas, se detenían todas a la vez en muchas hileras. Entonces se acercaban unos y otros y se examinaban mutuamente. De los coches con escudo caían miradas de indiferencia sobre la multitud; ojos llenos de envidia brillaban en el fondo de los de alquiler; sonrisas denigrantes respondían a las cabezas de porte orgulloso; bocas grandes, abiertas, expresaban admiraciones imbéciles; y acá y allá, algún transeúnte, en medio de la vía, daba un salto atrás de repente para evitar al jinete que galopaba entre los carruajes, logrando salir del apuro. Después, todo volvía a ponerse en movimiento; los cocheros aflojaban las riendas, bajaban sus largos látigos; los caballos animados, sacudiendo su barbada, arrojaban espuma a su alrededor, y las grupas y los arneses humeaban en el vapor de agua que atravesaba el sol poniente. Pasando por debajo del Arco del Triunfo, despedían, a la altura de un hombre, una luz rojiza que hacía brillar los cubos de las ruedas, los pestillos de las portezuelas, el cabo de las lanzas, las anillas de los cabezales; y a los dos lados de la gran avenida (semejante a un río en que ondularan crines, vestidos, cabezas humanas), los árboles, enteramente relucientes por la lluvia, se alzaban como dos verdes paredes. El azul del cielo, en lo alto, reapareciendo en determinados sitios, mostraba suavidades de raso.

Entonces, Frédéric recordó los días, ya lejanos, en que envidiaba la inapreciable dicha de encontrarse en uno de aquellos carruajes, al lado de una de aquellas mujeres. Y ahora poseía esa dicha y no por ello era más feliz.

La lluvia había cesado. Los transeúntes, refugiados entre las columnas del guardamuebles, se iban de allí. Algunos paseantes, en la calle Real, subían hacia el bulevar. Delante del Ministerio de Asuntos Exteriores, una hilera de papanatas se estacionaba sobre las escaleras.

Cerca de los Baños Chinos, como había algunos hoyos en el empedrado, la berlina iba más despacio. Un hombre que llevaba un paletó de color avellana iba por el borde de la acera, y en sus espaldas fue a dar un salpicón que brotó de las ruedas. El hombre se volvió, furioso; Frédéric se puso pálido, porque conoció a Deslauriers.

A la puerta del Café Inglés despidió el coche. Rosanette había subido delante mientras él pagaba al postillón.

La encontró en la escalera, hablando con un caballero. Frédéric cogió su brazo. Pero, en medio del corredor, un segundo caballero la detuvo.

—Anda —dijo—, enseguida estoy contigo.

Y él entró solo en el gabinete. Por las dos ventanas abiertas se veía gente en las de las otras casas, vis-à-vis. Grandes manchas de agua se movían aún en el asfalto del suelo, que se secaba, y una magnolia colocada junto al balcón embalsamaba la habitación. Aquel perfume y aquella frescura aflojaron sus nervios; se dejó caer sobre el diván encarnado, debajo del espejo.

La mariscala llegó y, besándole en la frente, le preguntó:

—¿Tenemos penas?

—Quizá —replicó Frédéric.

—No eres tú el único.

Lo que equivalía a decir: «Olvidemos cada uno las nuestras en una felicidad común».

Después puso en los labios de Frédéric un pétalo de rosa. Aquel movimiento, de una gracia y casi de una mansedumbre lasciva, enterneció a Frédéric.

—¿Por qué me causas pesar? —dijo él, pensando en la señora Arnoux.

—¿Yo, pesar?

Y en pie, delante de Frédéric, le miraba, frunciendo el entrecejo y con ambas manos sobre sus hombros.

Toda su virtud, todo su rencor, se quebró en una cobardía insondable, y dijo:

—Sí, puesto que no quieres darme tu amor. —Y la atraía para ponerla sobre sus rodillas.

Se dejaba ella; él le estrechaba su cintura, excitándose con el frío de su vestido de seda.

—¿Dónde están? —dijo la voz de Hussonnet en el corredor.

La mariscala se levantó precipitadamente y fue a colocarse al otro extremo del gabinete, de espaldas a la puerta.

Pidió ostras y se sentaron a la mesa.

Hussonnet no estuvo divertido. A fuerza de escribir diariamente sobre toda clase de asuntos, de oír muchas discusiones y de emitir paradojas para deslumbrar, había concluido por perder la noción exacta de las cosas,

cegándose a sí mismo con sus mezquinos petardos. Las dificultades de una vida ligera en otro tiempo, pero embarazosa al presente, le mantenían en perpetua agitación, y su impotencia, que no quería confesarse, le hacía anguloso y sarcástico. A propósito del ozai, baile nuevo, hizo guerra cruda a la danza, y a propósito de la danza, a los italianos, que por entonces se veían reemplazados con una compañía de actores españoles, «como si no estuviéramos bastante cansados de los castellanos». Frédéric se disgustó a causa de su amor romántico hacia España, y, para interrumpir la conversación, preguntó por el Colegio de Francia, del cual acababan de excluir a Edgar Quinet y a Mickiewicz. Pero Hussonnet, admirador de Maistre, se declaró a favor de la autoridad y el espiritualismo. Dudaba, sin embargo, de los hechos mejor comprobados, negaba la historia, discutía las cosas más positivas, hasta exclamar, tratándose de la palabra geometría: «¡Qué broma es eso de la geometría! Todo mezclado de imitaciones de actores». Sainville era su modelo predilecto.

Aquellas excentricidades fatigaban a Frédéric, que en un movimiento de impaciencia dio con la bota por debajo de la mesa a uno de los bichillos. Los dos se pusieron a ladrar de una manera espantosa.

—Debería usted disponer que se los llevaran —dijo Frédéric bruscamente.

Rosanette no tenía confianza en nadie. Entonces Frédéric se volvió hacia el bohemio y le dijo:

—Vamos, Hussonnet, sacrifíquese usted.

—Sí, sí, amigo mío; eso sería muy amable.

Hussonnet se marchó sin hacerse de rogar.

¿De qué manera pagarían su complacencia? Frédéric ni se ocupó de ello. Empezaba a alegrarse de la entrevista cuando entró un mozo.

—Señora, preguntan por usted.

—¡Cómo! ¿Todavía?

—Es preciso, sin, embargo, que vaya a ver —dijo Rosanette.

Como sentía sed y necesidad, aquella desaparición le pareció un delito, casi una grosería. ¿Qué es lo que quería, pues? ¿No tenía bastante con haber ofendido a la señora Arnoux? Peor para esta; eso era aparte. En aquel momento aborrecía a todas las mujeres y le ahogaban las lágrimas por ver su amor ignorado y su concupiscencia engañada.

La mariscal entró, presentándole a Cisy.

—He invitado a este caballero. He hecho bien, ¿no es verdad?

—Perfectamente; ya lo creo.

Y Frédéric, con sonrisa de ajusticiado, hizo seña al caballero de que se sentara.

La mariscala se puso a leer la lista de los platos, deteniéndose en estos nombres extravagantes:

—¿Si tomáramos, por ejemplo, una rueda de conejos a la Richelieu y un puding a la Orléans?

—Nada de Orléans —exclamó Cisy, que era legitimista y creyó haber dicho una gracia.

—¿Prefiere usted un rodaballo a la Chambord? —repuso ella.

Aquella galantería chocó a Frédéric.

La mariscala se decidió por una sencilla cazuela de cangrejos, trufas, una ensalada de piña y sorbetes a la vainilla.

—Después, veremos. ¡Andando! ¡Ah!, se me olvidaba. Mozo, tráigame usted un salchichón, pero sin ajo.

Y llamaba joven al mozo, golpeaba el vaso con su cuchillo, tiraba al techo las migas de pan y quiso beber enseguida vino de Borgoña.

—No se toma de ese al principio —dijo Frédéric.

—Algunas veces se hace, según el vizconde.

—No, nunca.

—Sí, desde luego; se lo aseguro a usted —intervino Cisy.

—¡Ah! ¿Lo ves?

La mirada con que acompañó ella aquella frase significaba: «Este es un hombre rico, escúchale».

La puerta se abría a cada paso, los mozos chillaban y en el gabinete de al lado alguien aporreaba un vals sobre un infernal piano.

Las carreras llevaron luego la conversación a tratar de equitación y de los dos sistemas rivales. Cisy defendía a Baucher; Frédéric, al conde Aure, y Rosanette se encogió de hombros, diciendo:

—Basta, por Dios; él entiende más que tú de estas cosas.

Mordía a todo esto una granada, con el codo apoyado sobre la mesa; las bujías del candelabro, delante de ella, oscilaban con el viento; aquella luz blanquecina daba a su cutis tonos nacarados, rosa a sus párpados, brillo a sus ojos; el rojo de la fruta se confundía con el púrpura de sus labios, su delgada

nariz temblaba y toda su persona ofrecía algo de insolente, ebrio y ahogado que exasperaba a Frédéric y le infundía, sin embargo, locos deseos.

Después preguntó Rosanette, con voz tranquila, a quién pertenecía aquel landó de librea marrón.

—A la condesa de Dambreuse —contestó Cisy.

—Son muy ricos, ¿no es verdad?

—Sí, muy ricos; por más que la señora Dambreuse, que era sencillamente la señorita Boutron, hija de un gobernador, tenga una fortuna modesta.

Su marido, por el contrario, debía reunir muchas herencias. Cisy las enumeraba; como visitaba a los Dambreuse, conocía su historia.

Frédéric, para disgustarle, se empeñó en contradecirle. Sostuvo que la señora Dambreuse se llamaba De Boutron; aseguraba su nobleza.

—Sea lo que quiera, yo desearía tener su tren —dijo la mariscala, recostándose en su butaca.

Y la manga de su vestido, levantándose un poco, descubrió, en su muñeca izquierda, un brazalete adornado con tres ópalos.

Frédéric lo vio.

—¡Caramba!

Se miraron los tres y se pusieron rojos.

La puerta se entreabrió discretamente, apareció el ala de un sombrero y, después, el perfil de Hussonnet.

—Perdonen ustedes si les molesto, enamorados.

Pero se contuvo, sorprendiéndose de ver a Cisy y de que Cisy hubiese ocupado su sitio.

Trajeron otro cubierto, y como tenía mucha hambre, cogía al azar entre los restos de la comida: carne de una fuente, fruta de una cesta; bebía con una mano mientras se servía con la otra, y a todo esto daba cuenta de su misión.

Los dos tutús estaban en el domicilio. Nada nuevo ocurría por allí. Había encontrado a la cocinera con un soldado, falso cuento, inventado únicamente para hacer efecto.

La mariscala descolgó de la percha su capota. Frédéric se precipitó a la campanilla, gritando desde lejos al mozo:

—Un coche.

—Tengo el mío —dijo el vizconde.

—Pero, caballero...

—Sin embargo, caballero...

Se miraron fijamente en las pupilas, ambos pálidos y las manos temblorosas.

Por fin, la mariscala tomó el brazo de Cisy y le dijo a Frédéric, señalando al bohemio, sentado a la mesa:

—Cuídele usted, que se ahoga, y no quisiera que su sacrificio por mis perrillos le ocasionara la muerte.

La puerta se cerró.

—¿Y bien? —dijo Hussonnet.

—Y bien, ¿qué?

—Yo creía...

—¿Qué es lo que usted creía?

—¿Pero es que usted no...?

Y completó su frase con un gesto.

—¿Eh? No; jamás.

Hussonnet no insistió más.

Al invitarse este a cenar se propuso un cometido. Su periódico, que ya no se llamaba El Arte, sino Le Flambard, con este epígrafe: «Artilleros, a vuestras piezas», no prosperaba absolutamente, y tenía deseos de transformarlo en revista, solo, sin el auxilio de Deslauriers. Habló nuevamente de su antiguo proyecto y expresó su plan del presente.

Frédéric, sin entender nada, respondía vagamente, y Hussonnet, empuñando muchos cigarros de encima de la mesa, dijo: «Adiós, amigo», y desapareció.

Frédéric pidió la cuenta; era sustanciosa, y el mozo esperaba su dinero, servilleta al brazo, cuando otro, un individuo pálido que se parecía a Martinon, vino a decirle:

—Dispense usted; en el mostrador se han olvidado de incluir el coche.

—¿Qué coche?

—El que ese caballero tomó antes para llevar los perrillos.

Y la fisonomía del mozo se alargó, como si compadeciera al pobre joven. A Frédéric le entraron ganas de golpearle. Dio de propina los veinte francos que le devolvieron.

—Gracias, excelencia —dijo el hombre de la servilleta con un gran saludo.

Frédéric pasó el día siguiente rumiando su cólera y su humillación. Se reprochó no haber abofeteado a Cisy. En cuanto a la mariscala, juró no volverla a ver; no faltaban otras tan bellas, y puesto que era necesario dinero para poseer esas mujeres, jugaría a la Bolsa el precio de su finca, se haría rico, aplastaría con su lujo a la mariscala y a todo el mundo. Cuando llegó la noche se admiró de no haber pensado en la señora Arnoux.

—Mucho mejor, ¿para qué?

Al otro día, a las ocho, vino Pellerin a visitarle. Comenzó por admiraciones acerca del mobiliario, de las monerías. Después, bruscamente, le preguntó:

—¿Estaba usted en las carreras el domingo?

—¡Ah, sí!

Entonces, el pintor clamó contra la anatomía de los caballos ingleses, elogió los de Gericault, los caballos del Partenón.

—Iba con usted Rosanette.

Y empezó su elogio distraídamente.

La frialdad de Frédéric le desconcertó. No sabía cómo llegar al punto del retrato.

Su primera intención había sido hacer un Tiziano. Pero, poco a poco, la variada colaboración de su modelo le redujo; y había trabajado francamente, acumulando pasta sobre pasta y luz sobre luz. Al principio Rosanette pareció encantada; sus citas con Delmar interrumpían las sesiones y dejaron a Pellerin tiempo bastante para deslumbrarse. Luego se apaciguó la admiración y se preguntó si su pintura no carecía de grandeza. Había vuelto a ver los Tizianos, había comprendido la distancia, reconocía su falta y se puso a repasar sus contornos sencillamente. Enseguida había procurado, desgastándolos, perder en ellos, mezclar los tonos de la cabeza y los de los fondos; y la figura había tomado consistencia; las sombras, vigor; todo parecía más firme. Por fin, la mariscala había vuelto. Hasta se había permitido objeciones; el artista, naturalmente, había perseverado. Después de grandes furiosos contra su tontería, se dijo que quizá tuviera razón ella. Entonces había comenzado el período de las dudas, sacudidas del pensamiento que provocan los calambres de estómago, los insomnios, la fiebre, el disgusto de sí mismo; tuvo valor para hacer retoques, aunque sin corazón y sintiendo que su obra era mala.

Se lamentaba solo de haber sido rechazado del salón; después reprochaba a Frédéric no haber ido a ver el retrato de la mariscala.

—¡Bastante me importa la mariscala!

Aquella declaración le envalentonó.

—¿Creería usted que aquella bestia no lo quiere ya ahora?

Lo que no decía era que le había reclamado mil escudos. En su visita, la mariscala se había preocupado poco de saber quién pagaría, y prefiriendo sacar de Arnoux cosas más urgentes, ni siquiera le había hablado del asunto.

—Y bien, ¿y Arnoux? —dijo Frédéric.

Ella lo había dirigido a él, pero el antiguo comerciante de cuadros no tenía qué hacer del retrato.

—Sostiene que eso pertenece a Rosanette.

—Y, en efecto, es de ella.

—¡Cómo! Ella es la que me envía a usted —replicó Pellerin.

Si él hubiera creído en la excelencia de su obra, quizá no hubiera pensado en explotarla. Pero una suma (y una suma considerable) sería un mentís a la crítica, una confirmación para sí mismo. Frédéric, para librarse de esto, inquirió sus condiciones cortésmente.

La extravagancia de la cifra le rebeló, contestando:

—No, ¡ah!, no.

—Es usted, sin embargo, su amante; usted es el que lo ha pedido.

—Permítame usted; yo he sido el intermediario.

—Pero yo no puedo quedarme con eso entre las manos.

El artista se amostazó.

—No le creía a usted tan Cupido.

—Ni yo a usted tan avaro. Servidor.

Acababa de marcharse, cuando Sénécal se presentó.

Frédéric, turbado, hizo un movimiento de inquietud.

—¿Qué hay?

Sénécal contó su historia.

—El sábado, a las nueve, recibió la señora Arnoux una carta que la llamaba a París; como casualmente nadie se encontraba por allí para ir a Creil a buscar un coche, deseaba que yo mismo fuera. Lo he rehusado porque eso no entraba en mis funciones. Se marchó y volvió el domingo por la noche. Ayer por la mañana se presenta Arnoux por la fábrica. La bordelesa se ha quejado. Yo no sé lo que pasó entre ellos, pero él ha levantado la multa delante de todo

el mundo. Cambiamos algunas palabras vivas, y en fin, que me pagó mi cuenta y aquí estoy. —Después, deteniéndose en las frases, añadió—: Por lo demás, no me arrepiento; he cumplido con mi deber. No importa; pero usted es la causa.

—¿Cómo? —exclamó Frédéric, temiendo que Sénécal hubiera adivinado.

Sénécal nada había adivinado, puesto que añadió:

—Quiero decir que sin usted hubiera quizá encontrado cosa mejor.

Frédéric sintió una especie de remordimiento.

—¿En qué puedo servirle a usted ahora?

Sénécal pedía un empleo cualquiera, una plaza.

—Esto le es a usted fácil. ¡Conoce usted tanta gente! El señor Dambreuse, entre otros, según me ha dicho Deslauriers.

Este recuerdo de Deslauriers fue desagradable para su amigo. No pensaba volver por casa de los Dambreuse, después de su encuentro en el Campo de Marte.

—No soy bastante íntimo en esa casa para recomendar a nadie.

El demócrata pasó aquella negativa estoicamente, y después de un minuto de silencio, añadió:

—Todo esto, estoy seguro, procede de la bordelesa, y también de su señora de usted, la de Arnoux.

Aquel «de usted» arrancó del corazón de Frédéric lo poco de buena voluntad que conservaba. Por delicadeza, sin embargo, cogió la llave de su escritorio.

Sénécal le detuvo:

—Gracias.

Después, olvidando sus miserias, habló de las cosas de la patria: las cruces honoríficas prodigadas el día del rey, un cambio de gobierno, los asuntos Drouillard y Bénier, escándalos de la época; clamó contra la clase media y predicó una revolución.

Un crid japonés, colgado de la pared, detuvo sus miradas. Lo cogió, lo examinó y después lo arrojó sobre el canapé, con aire de disgusto.

—Vaya, adiós. Necesito ir a Notre-Dame-de-Lorette.

—¿Para qué?

—Porque hoy es el funeral del aniversario de Godefroy Cavaignac. Ese

murió manos a la obra. Pero no todo había concluido... quién sabe... —Y Sénécál alargó la mano valientemente—. Quizá no nos volvamos a ver nunca. Adiós.

Aquel adiós, repetido por dos veces; aquel entrecejo fruncido al contemplar el puñal; su resignación y su aire solemne, sobre todo, hicieron soñar a Frédéric; pero bien pronto dejó de pensar en ello.

En la misma semana le envió su notario del Havre el precio de su finca: ciento sesenta y cuatro mil francos.

Hizo dos partes del dinero: colocó la primera en valores del Estado y fue a llevar la segunda a casa de un agente de cambio para arriesgarla en la Bolsa. Comía en los restaurantes de moda, frecuentaba los teatros y procuraba distraerse, cuando Hussonnet le escribió una carta, contándole alegremente que la mariscala había despedido a Cisy al día siguiente de las carreras. A Frédéric le agradó aquello, sin preocuparle de por qué el bohemio le noticiaba la aventura. La casualidad quiso que encontrara a Cisy tres días después. El caballero puso buena cara y hasta le invitó a cenar para el miércoles siguiente.

Frédéric, en la mañana de aquel día, recibió una notificación del alguacil, en la que el señor Charles-Jean-Baptiste Oudry le manifestaba que, por fallo de los tribunales, había adquirido una propiedad, situada en Belleville, perteneciente al señor Jacques Arnoux, y que estaba pronto a pagar los doscientos veintitrés mil francos, importe de la venta. Pero que de la misma acta resultaba que la suma de las hipotecas con que se hallaba gravado el inmueble excedía el precio de la adquisición, quedando el crédito de Frédéric completamente perdido.

Todo el mal venía de no haber renovado en tiempo oportuno una inscripción hipotecaria. Arnoux se había encargado de aquella comisión y enseguida la había olvidado.

Frédéric se incomodó con él, y cuando pasó la cólera, dijo: «Después de todo... ¿qué? Si eso puede salvarle, tanto mejor; no me moriré por eso; no hay que pensar más en eso».

Pero revolviendo sus papeles sobre la mesa encontró la carta de Hussonnet y vio la posdata, en que no se había fijado la primera vez. El bohemio pedía cinco mil francos, cifra redonda para arreglar el asunto del periódico.

«¡Ah! ¡Lo que es este, no me fastidia!».

Y se negó brutalmente en una carta lacónica, después de lo cual se vistió para ir a la Maison d'Or.

Cisy presentó a sus convidados, empezando por el más respetable, un caballero grueso de pelo blanco:

—El marqués Gilbert des Aulnays, mi padrino. El señor Anselme de Forchambeaux —dijo después (era este un joven rubio y flaco, ya calvo); luego, dirigiéndose a un señor de cuarenta años, de maneras sencillas—: Joseph Boffreu, mi primo, y este es mi antiguo profesor, el señor Vezou — personaje mitad carretero, mitad seminarista, con grandes patillas y una levita grande, abrochada en la cintura por un solo botón, formándole pechera y pechuga.

Cisy esperaba todavía a uno: el barón de Comaing, «que quizá vendrá, aunque no es seguro». A cada momento salía: parecía inquieto; y, por último, a las ocho entraron en una sala magníficamente alumbrada y demasiado espaciosa para el número de convidados. Cisy la había escogido expresamente.

Se veía un centro de plata sobredorada, cargado de flores y frutas, en medio de la mesa, que estaba cubierta de platos de plata, según la antigua moda francesa; los platitos de entremeses, llenos de salazones y especias, formaban el adorno de todo alrededor; había, de trecho en trecho, jarros de vino rosado; cinco copas de diferente tamaño estaban alineadas delante de cada sitio, con cosas de uso desconocido, mil utensilios de boca ingeniosos; y solo para el primer servicio se contaba: una cabeza de sollo rociada de champán, un jamón de York con tokai, zorzales al frito, codornices asadas, un vol-au-vent bechâmel, un salteado de perdices rojas, y a los dos extremos de todo esto, hileras de patatas mezcladas con frutas. Una araña y varios candelabros alumbraban la habitación, colgada de damasco encarnado. Cuatro criados de frac negro se hallaban situados detrás de los sillones de tafelete. Ante aquel espectáculo, los convidados se deshicieron en ponderaciones; especialmente el preceptor.

—Palabra de honor que nuestro anfitrión ha hecho verdaderas locuras. Esto resulta demasiado hermoso.

—¿Esto? —dijo el vizconde de Cisy—. Venga, venga. —Y a la primera cucharada, añadió—: Respetable señor Aulnays, ¿ha ido usted al Palacio Real a ver Padre y portero?

—Ya sabes que no tengo tiempo —contestó el marqués.

Sus mañanas se dedicaban a un curso de arboricultura; sus noches, al Círculo Agrícola, y todas sus tardes, a estudios en las fábricas de instrumentos aratorios. Vivía en la Saintonge las tres cuartas partes del año y aprovechaba sus viajes a la capital para instruirse. Su sombrero de alas anchas, colocado sobre una consola, estaba lleno de folletos.

Cisy advirtió que el señor Forchambeaux rechazaba el vino y exclamó:

—Beba usted, ¡qué demonio! No está usted alegre por ser esta la última comida de soltero a que asiste.

Al oír aquellas palabras, todos se inclinaron, felicitándole.

—Y la joven —dijo el preceptor— será encantadora, seguramente.

—¡Pardiez! —exclamó Cisy—, pero no importa; hace mal. ¡Es tan estúpido el casamiento!

—Hablas ligeramente, amigo mío —replicó el señor Aulnays, derramando una lágrima al recuerdo de su difunta.

Y Forchambeaux replicó muchas veces seguidas, con risa falsa:

—Ahí parará usted también, ahí parará usted.

Cisy protestó. Él prefería «divertirse, ser libre». Quería aprender a manejar los puños para visitar los barrios bajos de la Cité como el príncipe Rodolfo de Los misterios de París. Sacó de su bolsillo un rompecabezas; trataba con aspereza a los criados; bebía excesivamente, y, para dar de sí buena opinión, denigraba todos los platos. Despreció hasta las trufas, y el preceptor, que se deleitaba con aquello, dijo con bajeza:

—Esto no vale lo que aquellos huevos helados de su señora abuela.

Después se puso a hablar con su vecino el agrónomo, que encontraba en la residencia del campo muchas ventajas, aunque no fuera más que la de educar a sus hijos en gustos sencillos. El preceptor aplaudía aquellas ideas y le adulaba, suponiéndole influencia con su discípulo, de quien secretamente deseaba ser el agente de negocios.

Frédéric venía lleno de mal humor contra Cisy.

Su necedad le había desarmado. Pero sus gestos, su figura, toda su persona, al recordarle la comida del Café Inglés, le molestaba más y más, y escuchaba las observaciones desagradables que hacía a media voz el primo Joseph, buen muchacho, sin fortuna, aficionado a la caza y estudiante con plaza de gracia. Cisy, a manera de broma, le llamó «ladrón» muchas veces. De repente dijo:

—¡Ah, el barón!

Entonces entró una persona de treinta años, que tenía algo de rudo en la fisonomía, de suelto en sus ademanes, con el sombrero en la oreja y una flor en el ojal. Aquel era el ideal del vizconde. Quedó este encantado por su venida y, excitándole su presencia, hasta intentó un quid pro quo, pues dijo al pasar un gallo silvestre:

—Este es el mejor de los caracteres del campo o de La Bruyère.

Enseguida dirigió al señor Comaing multitud de preguntas sobre personas desconocidas para los demás, y, por fin, como dominado por una idea, le dijo:

—Diga usted: ¿ha pensado usted en mí?

El otro se encogió de hombros.

—No tiene usted edad, niño mío; imposible.

Cisy le había rogado que le presentara en su club. Pero el barón, apiadándose sin duda de su amor propio, añadió:

—¡Ah!, se me olvidaba. Mil felicitaciones por la apuesta, querido.

—¿Qué apuesta?

—La que hizo usted en las carreras, de ir en la misma noche a casa de aquella señora.

Frédéric sintió como la sensación de un latigazo. Pero enseguida se calmó, al ver la fisonomía desconcertada de Cisy.

En efecto, la mariscala, desde el día siguiente, se arrepintió, cuando Arnoux, su primer amante, su hombre, se presentó aquella mañana.

Ambos habían hecho comprender al vizconde que «molestaba» y le habían despedido con pocos miramientos.

Así es que hizo como que no entendía. El barón agregó:

—¿Qué es de ella, de la valiente Rose...? ¿Conserva aún sus hermosas piernas? —demostrando con estas palabras que la conocía íntimamente.

A Frédéric le contrarió el descubrimiento.

—No hay por qué ruborizarse —dijo el barón—; es un bonito negocio.

Cisy chasqueó la lengua.

—¡Psss...! No tan bonito.

—¡Ah!

—Dios mío, sí. En primer lugar, yo no le encuentro nada de extraordinario; y después, se tienen semejantes cuantas se quieran, porque, en fin... es de las que se venden.

—No a todo el mundo —contestó acremente Frédéric.

—¡Se cree diferente de los demás! —replicó Cisy—. ¡Qué broma!

Y la risa fue general en la mesa.

Frédéric sintió que le ahogaban los latidos de su corazón y bebió dos vasos de agua seguidos. Pero el barón había conservado buen recuerdo de Rosanette.

—¿Sigue aún con el tal Arnoux?

—No sé nada —contestó Cisy—. No conozco a ese señor.

Añadió, sin embargo, que era una especie de petardista.

—Un momento —gritó Frédéric.

—Con todo, la cosa es cierta. Hasta ha tenido un proceso.

—Eso no es verdad.

Frédéric se puso a defender a Arnoux. Él garantizaba su probidad; acabó por creer en ella; inventaba cifras, pruebas. El vizconde, lleno de rencor, y que además estaba ebrio, se empeñó en sus afirmaciones, tanto que Frédéric le preguntó seriamente:

—¿Lo hace usted por ofenderme, caballero?

Y le miraba con las pupilas ardientes, como su cigarro.

—¡Oh!, no, de ningún modo; hasta le concedo a usted que tiene algo bueno: su mujer.

—¿La conoce usted?

—¡Caramba! Todo el mundo conoce a Sophie Arnoux.

—¿Dice usted...?

Cisy, que se había levantado, replicó balbuciendo:

—Todo el mundo conoce eso.

—¡Cállese usted; no son esas las que usted visita!

—Me felicito de ello.

Frédéric le tiró a la cara su plato, que pasó por encima de la mesa, derribó dos botellas, rompió una compotera, y haciéndose añicos contra el centro, lo quebró en tres pedazos, dando en el vientre al vizconde.

Todos se levantaron para contenerle. Él luchaba gritando, preso de una especie de frenesí; el señor Aulnays repetía:

—Cálmense; vamos, querido niño.

—Pero esto es espantoso —vociferaba el preceptor.

Forchambeaux, lívido como las ciruelas, temblaba.

Joseph reía a carcajadas; los mozos secaban el vino y recogían del suelo los restos, y el barón fue a cerrar la ventana, porque el ruido, a pesar del que hacían los coches, hubiera podido oírse desde el bulevar.

Como todo el mundo en el momento de ser lanzado el plato hablaba a la vez, fue imposible descubrir la causa de aquella ofensa, si era por Arnoux, por la señora Arnoux, por Rosanette o por otra persona.

Lo único cierto era la incalificable brutalidad de Frédéric, que positivamente rehusó el manifestarse pesaroso de haberla cometido.

El señor Aulnays procuró dulcificarlo, el primo Joseph, el preceptor, el mismo Forchambeaux. Durante este tiempo el barón reconfortaba a Cisy, que, cediendo a una debilidad nerviosa, derramaba lágrimas. Frédéric, por el contrario, se irritaba más cada vez, y así se hubieran estado hasta por la mañana si el barón no hubiera dicho, para terminar:

—Caballero, el vizconde enviará a su casa de usted los padrinos.

—¿Hora?

—A mediodía, si le parece a usted bien.

—Perfectamente, caballero.

Frédéric, una vez fuera, respiró a pulmones llenos. Hacía mucho tiempo que contenía su corazón. Acababa, por fin, de satisfacerlo; experimentaba cierto orgullo de virilidad, una superabundancia de fuerzas íntimas que le embriagaban. Necesitaba de dos padrinos. El primero en quien pensó fue en Regimbart, dirigiéndose inmediatamente hacia un café de la calle Saint-Denis. La delantera estaba cerrada, pero brillaba luz en los cristales de encima de la puerta. Se abrió esta y entró, encorvándose mucho.

Una vela de sebo en el borde del mostrador alumbraba la sala desierta. Todos los taburetes, con las patas al aire, estaban colocados encima de las mesas. El dueño y la dueña, con un mozo, cenaban en el ángulo cerca de la cocina; y Regimbart, con el sombrero puesto, participaba de la comida, e incluso molestaba al mozo, que a cada bocado se veía obligado a volverse un poco de lado. Frédéric le contó la cosa brevemente y reclamó su ayuda. El ciudadano empezó por no contestar nada; movía los ojos con aire de reflexionar; dio bastantes vueltas por la sala, y dijo, por último:

—Sí, con mucho gusto.

Y una sonrisa homicida desarrugó su ceño, al saber que era un noble el adversario.

—Le haremos andar deprisa; tranquilícese usted. En primer lugar... con la espada...

—Es que quizá —objetó Frédéric— no tenga yo el derecho...

—¡Le digo a usted que es preciso escoger la espada! —replicó brutalmente el ciudadano—. ¿Sabe usted tirar?

—Un poco.

—¡Ah, un poco! Vea usted cómo son todos. Y sienten la rabia de dar un

asalto. ¿Qué prueba la sala de armas? Escúcheme usted: manténgase usted bien a distancia, encerrándose siempre en círculos, y rompa usted, rompa usted. Eso está permitido. Cánsele usted; después, a fondo sobre él, francamente. Y, sobre todo, fuera malicia; nada de golpes a La Fougère, no; simples, uno, dos, librar la espada, ponerla en disposición de dominar la del adversario. ¿Ve usted? Volviendo el puño como para abrir una cerradura. Tío Vauthier, deme usted su bastón. ¡Ah! Esto basta.

Y empuñó la barrilla que servía para encender el gas, encorvó el brazo izquierdo, dobló el derecho y se puso a tirar bastonazos sobre el tabique. Golpeaba con el pie, se animaba, hasta fingía tropezar con dificultades, gritando: «¿Estás, estás ahí?». Y su silueta se proyectaba en la pared, con su sombrero que parecía tocar en el techo. El cafetero decía de cuando en cuando: «Bravo, muy bien». Su esposa le admiraba también, aunque conmovida; y Théodore, antiguo soldado, permanecía enclavado de embobamiento, viéndole, porque era, además, fanático del señor Regimbart.

Al día siguiente, temprano, corrió Frédéric al almacén de Dussardier. Después de una serie de piezas, todas llenas de telas metidas en anaqueles, o extendidas de través sobre mesas, mientras que en algunos sitios perchas de madera sostenían chales, le localizó en una especie de caja enrejada, en medio de registros, y escribiendo de pie sobre un pupitre. El valiente muchacho dejó inmediatamente su trabajo.

Los padrinos llegaron antes del mediodía. Frédéric, por bien parecer, creyó que no debía asistir a la conferencia.

El barón y Joseph declararon que se contentarían con las excusas más sencillas. Pero Regimbart tenía por principio no ceder nunca, y quería defender al señor Arnoux (Frédéric no le había hablado de otra cosa). Pidió que el vizconde diera las satisfacciones. El señor Comaing se indignó con la jactancia. El ciudadano no pensaba ceder. La conciliación se hizo imposible: se batirían.

Otras dificultades surgieron, porque la elección de armas legalmente correspondía a Cisy, como ofendido. Pero Regimbart sostuvo que, por el envío de la nota, se constituía en ofensor. Los padrinos afirmaron que un bofetón no era, sin embargo, la más cruel de las ofensas. El ciudadano discutió las palabras, puesto que un golpe no era un bofetón. Por último, se decidió consultar el caso a militares, y los cuatro padrinos salieron para celebrar la consulta con oficiales de un cuartel cualquiera.

Se detuvieron en el del muelle de Orsay. El señor Comaing abordó a dos capitanes y les expuso la cuestión. Los capitanes no comprendieron nada, embrollados con las frases incidentales del ciudadano, y aconsejaron a aquellos señores que escribieran el asunto, después de lo cual determinarían.

Se fueron entonces a un café, y hasta para hacer las cosas con mayor discreción, designaron a Cisy por G, y a Frédéric por una K.

Luego volvieron al cuartel. Los oficiales habían salido; se presentaron a poco y declararon que, evidentemente, la elección de armas correspondía al señor G. Todos fueron a casa de Cisy. Regimbart y Dussardier se quedaron en la acera.

Cuando el vizconde conoció la solución, se turbó de tal manera, que hizo que se la repitieran muchas veces; y cuando el señor Comaing llegó a las pretensiones de Regimbart, Cisy murmuró «sin embargo», no estando lejos de aceptarlas.

Después se dejó caer en una butaca y declaró que no se batiría.

—¿Eh? ¿Cómo? —dijo el barón.

Entonces Cisy se entregó a un flujo labial desordenado. Quería batirse a trabuco, a quemarropa, con una sola pistola.

—O se pondrá arsénico en un vaso y se escogerá por suerte. Esto se hace algunas veces. ¡Lo he leído yo!

El barón, poco paciente, de ordinario, le trató con dureza.

—Esos señores esperan la respuesta de usted. Esto es indecente a la verdad. ¿Qué elige usted, veamos: la espada?

El vizconde replicó «sí» por un movimiento de cabeza, y la cita se fijó para el día siguiente en la puerta Maillot, a las siete en punto.

Dussardier tenía que volver a sus negocios y Regimbart fue a visitar a Frédéric.

Le habían dejado todo el día sin noticias, y su impaciencia se había hecho intolerable.

—Tanto mejor —exclamó.

El ciudadano quedó satisfecho de su actitud.

—¿Creerá usted que nos exigían excusas? Casi nada, una sola palabra. Pero yo les he enviado lindamente a paseo. Como debía, ¿no es verdad?

—Indudablemente —dijo Frédéric, aunque pensando que hubiera hecho mejor buscando otro padrino.

Después, cuando se encontró solo, repitió muy alto y muchas veces: «Voy a batirme. Voy a batirme. Es preciso».

Y como al pasearse por el cuarto se detuviera delante de un espejo y advirtiera que estaba pálido, se dijo: «¿Tendré quizá miedo?».

Una abominable angustia le sobrecogió a la idea de tener miedo sobre el terreno.

«Sin embargo, ¿si yo muriera? Mi padre murió del mismo modo. Sí; me matarán».

Y, de repente, vio a su madre vestida de negro; imágenes incoherentes se desenvolvieron en su cabeza. Le exasperó su propia cobardía, y se entregó a un paroxismo de bravura, a una sed carnífera. Calmada la fiebre aquella, se sintió con alegría inquebrantable. Para distraerse, se fue a la Ópera, donde había baile. Oyó la música, dirigió los gemelos a las bailarinas y bebió un vaso de ponche en el entreacto.

Pero al entrar en su casa, la vista de su gabinete, de sus muebles, donde quizá se encontraba por última vez, le produjo cierta debilidad.

Bajó a su jardín. Las estrellas brillaban, y las contempló. La idea de batirse por una mujer le agrandaba a sus ojos, le ennoblecía. Después fue a sentarse tranquilamente.

No fue para Cisy lo mismo. Luego que se marchó el barón, Joseph había procurado animar su espíritu, y como el vizconde permaneciera frío, exclamó:

—Si es que prefieres, valiente mío, que las cosas queden así, iré a decirlo.

Cisy no se atrevió a decir «ciertamente», pero le disgustó que su primo no le prestara aquel servicio sin siquiera mencionárselo.

Deseaba que Frédéric se muriese durante la noche de un ataque de apoplejía o que se produjera una conmoción popular y que hubiera por la mañana tantas barricadas que quedaran cerradas todas las entradas del bosque de Boulogne, o que algún acontecimiento impidiera a uno de los padrinos acudir al sitio, porque el duelo no tendría lugar a falta de testigos. Le dieron ganas de escapar en algún tren expreso, a cualquier parte. Lamentó no saber medicina para tomar algo que sin exponer su vida hiciera creer en su muerte. Y luego, hasta desear ponerse gravemente enfermo.

Para oír un consejo, recibir algún auxilio, envió a buscar al señor Aulnays. Pero el excelente hombre se había vuelto a Saintonge, por un telegrama en el que se le noticiaba la indisposición de una de sus hijas. Aquello pareció de mal augurio a Cisy. Felizmente, el señor Vezou, su preceptor, vino a verle. Entonces se extendió.

—¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

—Yo, en su lugar, señor conde, pagaría a un ganapán que le propinara una paliza.

—Siempre sabría la procedencia —contestó Cisy.

Y de cuando en cuando lanzaba un gemido. Después añadió:

—Pero ¿es que tiene uno derecho de batirse en desafío?

—Es un resto de barbarie. ¿Qué quiere usted?

Por complacencia, el pedagogo se invitó a sí mismo a comer; su discípulo no probó bocado, y después de la comida experimentó la necesidad de dar una vuelta.

Dijo, al pasar por delante de una iglesia:

—¡Si entráramos un momento... para ver!

El señor Vezou lo estimó oportuno y hasta le dio agua bendita.

Era el mes de María; las flores cubrían el altar, cantaban las voces y sonaba el órgano. Pero le fue imposible orar, porque las pompas de la religión le inspiraban ideas de funeral, oía como el murmullo del De profundis.

—Vayámonos, no me encuentro bien.

Toda la noche la emplearon en jugar a las cartas. El vizconde se esforzaba en perder, para conjurar la mala suerte, cosa de que se aprovechó el señor Vezou. Al fin, al amanecer, Cisy, que ya no podía más, se echó sobre la alfombra y tuvo un sueño lleno de pesadillas desagradables.

Si el valor, sin embargo, consiste en querer dominar la debilidad, el vizconde fue valeroso, porque, a la vista de sus padrinos, que vinieron a buscarle, se irguió con todas sus fuerzas, porque la vanidad le hizo comprender que un retroceso le perdería. El señor Comaing le cumplimentó por su buen semblante.

Pero en el camino, el balanceo del coche y el calor del sol matinal le enervaron. Su energía cayó, y ni siquiera distinguía dónde estaba.

El barón se divirtió en aumentar su terror, hablando del «cadáver» y de la manera de enterrarlo en la villa, clandestinamente. Joseph replicaba; ambos, juzgando el asunto ridículo, estaban persuadidos de que se arreglaría.

Cisy llevaba la cabeza sobre el pecho; la levantó nuevamente e hizo observar que no habían traído médico.

—Es inútil —dijo el barón.

—¿Entonces es que no hay peligro?

Joseph contestó con gravedad:

—Es de esperar.

Y nadie habló más en el coche.

A las siete y diez minutos llegaron a la puerta Maillot. Frédéric y sus padrinos estaban allí, los tres vestidos de negro. Regimbart no llevaba corbata; tenía en sus manos una especie de caja de violón, especial para aquel género de aventuras. Se cambió un saludo frío, y después penetraron todos en el bosque de Boulogne, por el camino de Madrid, para encontrar allí un sitio conveniente.

Regimbart dijo a Frédéric, que iba entre él y Dussardier:

—Y bien, ¿cómo andamos de miedo? Si tiene usted necesidad de algo, no se contraría usted; conozco estas cosas. El temor es natural en el hombre.

Después, en voz baja, añadió:

—No fume usted; eso debilita.

Frédéric tiró su cigarro, que le molestaba, y continuó en pie firme. El vizconde venía detrás, apoyado en el brazo de sus dos padrinos.

Pocos transeúntes encontraron. Estaba el cielo azul, y se oía de trecho en trecho cómo saltaban los conejos. A la vuelta de una senda, una mujer de pañuelo hablaba con un hombre de blusa, y en la gran avenida, debajo de los castaños, algunos criados con chalecos de dril paseaban caballos.

Cisy recordaba los días felices en que montado sobre su alazán, y en el ojo su lente, cabalgaba a la portezuela de los carruajes; aquellos recuerdos aumentaban su angustia; una sed intolerable le abrasaba; el susurro de las moscas se confundía con los latidos de sus arterias; sus pies se hundían en la arena; le parecía que estaba hacía una infinidad de tiempo andando.

Los padrinos, sin detenerse, escudriñaban con la vista las dos orillas del camino. Deliberaron si se iría a la Cruz Catelan o debajo de los muros de Bagatela. Por fin tomaron a la derecha, y se detuvieron en una especie de cuadro, entre pinos. El sitio fue escogido de manera que quedara dividido igualmente el nivel del terreno. Se señalaron los dos puestos en que los adversarios debían colocarse. Enseguida Regimbart abrió la caja, que contenía, sobre un forro de badana encarnada, cuatro espadas preciosas, con empuñaduras adornadas de filigranas, hueco el centro del estuche. Un rayo luminoso, atravesando las hojas, cayó encima; y le pareció a Cisy que brillaban como víboras de plata sobre un charco de sangre.

El ciudadano hizo ver que eran del mismo largo; tomó la tercera para él mismo, a fin de separar a los combatientes en caso de necesidad. El señor Comaing llevaba un bastón. Hubo un momento de silencio. Se miraron, y todas las caras manifestaban algo de espanto o de cruel.

Frédéric se había quitado su levita y su chaleco. Joseph ayudó a que Cisy hiciera lo mismo; desatada su corbata, se vio a su cuello una medalla

bendecida, cosa que valió una risa de compasión a Regimbart.

Entonces el señor Comaing (para dejar a Frédéric un instante más de reflexión) intentó suscitar algunos ardidés. Reclamó el derecho de ponerse un guante, el de coger la espada de su adversario con la mano izquierda.

Regimbart, que tenía prisa, no se opuso. Por último, el barón, dirigiéndose a Frédéric, dijo:

—Todo depende de usted, caballero. Nunca hay deshonra en reconocer las propias faltas.

Dussardier aprobaba con el gesto. El ciudadano se indignó.

—Se cree usted que estamos aquí para desplumar los patos, ¿eh...! ¡En guardia!

Los adversarios se hallaban uno frente a otro, sus respectivos padrinos de cada lado. Él dio la señal.

—Vamos.

Cisy se puso horriblemente pálido. Su hoja temblaba por la punta como un látigo. Su cabeza se caía, sus brazos se separaron, y cayó de espaldas desvanecido. Joseph le levantó, y poniéndole en las narices un frasco, le sacudía fuertemente. El vizconde abrió los ojos, y después, de repente, saltó sobre su espada como un furioso. Frédéric conservaba la suya, y le esperaba, la vista fija, alta la mano.

—¡Deteneos, deteneos! —gritó una voz que procedía del camino, al mismo tiempo que el ruido de un caballo al galope; la capota de un cabriolé rompía las ramas; un hombre inclinado hacia fuera agitaba su pañuelo y seguía gritando—: ¡Deteneos, deteneos!

El señor Comaing, temiendo una intervención de la policía, levantó su bastón:

—Terminemos, pues; el vizconde sangra.

—¿Yo? —dijo Cisy.

En efecto, al caer se había desollado el pulgar de la mano izquierda.

—Pero ha sido al caerse —contestó el ciudadano.

El barón fingió no oírle.

Arnoux había saltado del cabriolé.

—¿Llego demasiado tarde? No. ¡Gracias a Dios!

Tenía estrechamente abrazado a Frédéric; le palpaba, le cubría de besos la

cara.

—Conozco el motivo; ha querido usted defender a su antiguo amigo. Eso es hermoso, hermoso. Jamás lo olvidaré. ¡Qué bueno es usted! ¡Ah, querido hijo!

Le contemplaba y derramaba lágrimas, sonriendo de felicidad. El barón se volvió a Joseph y le dijo:

—Creo que estamos de más en esta pequeña fiesta de familia. Esto ha concluido, ¿no es verdad, señores? Vizconde, ponga usted su brazo en cabestrillo; allí tiene usted mi pañuelo.

Después añadió con gesto imperioso:

—Vamos, fuera el rencor; es lo que procede.

Los dos combatientes se estrecharon la mano suavemente. El vizconde, el señor Comaing y Joseph desaparecieron por un lado, y Frédéric se fue por el otro con sus amigos.

Como el restaurante de Madrid no estaba lejos, Arnoux propuso ir allí a tomar un vaso de cerveza.

—Y hasta podríamos almorzar —dijo Regimbart.

Pero Dussardier no tenía bastante tiempo, y se limitaron a un refresco en el jardín. Todos experimentaban esa beatitud que sigue a los acontecimientos felices. El ciudadano, sin embargo, estaba fastidiado con que hubiesen interrumpido el duelo en el momento oportuno.

Arnoux lo había sabido por un tal Compain, amigo de Regimbart; y por un movimiento del corazón corrió a impedirlo, creyendo, por otra parte, ser él la causa. Rogó a Frédéric que le suministrara algunos detalles. Frédéric, conmovido por las pruebas de su ternura, evitó aumentar su ilusión, y dijo:

—Por favor, no se hable más.

Arnoux halló esta reserva muy delicada. Después, con su ligereza ordinaria, pasando a otro orden de ideas, preguntó:

—¿Qué hay de nuevo, ciudadano?

Y se pusieron a tratar de tráficos y vencimientos. Para estar con más comodidad, hasta se apartaron a otra mesa a cuchichear.

Frédéric percibió estas palabras:

—Va usted a firmarme...

—Sí, pero usted, bien entendido...

—Lo he negociado al fin por trescientos.

—Bonita comisión, a fe mía.

En resumen, que resultaba claro que Arnoux trataba con el ciudadano muchas cosas.

Frédéric pensó en recordarle sus quince mil francos. Pero su reciente paso prohibía los reproches, aun los más suaves. Por otra parte, estaba cansado; el sitio no era conveniente, y remitió el asunto para otro día.

Arnoux, sentado a la sombra de un ligustro, fumaba con aire alegre. Alzó los ojos hacia las puertas de los gabinetes, que daban al jardín, y dijo que él había venido allí, en otro tiempo, con frecuencia.

—No solo, indudablemente —dijo el ciudadano.

—¡Caramba!

—¡Qué tunante es usted! Un hombre casado.

—¿Y usted? —replicó Arnoux, y con sonrisa indulgente añadió—: Estoy seguro de que este bribón posee en alguna parte un cuarto, en donde recibe a las chiquitas...

El ciudadano confesó que aquello era verdad, con un sencillo fruncimiento de cejas. Entonces, aquellos dos señores expusieron sus gustos; Arnoux prefería ahora la juventud, las obreras; Regimbart detestaba «las remilgadas» y estaba, antes que todo, por lo positivo. La conclusión que dedujo el comerciante de porcelanas fue que no debía tratarse seriamente a las mujeres.

«Sin embargo, ama a la suya», pensaba Frédéric, volviéndose hacia donde estaba aquel hombre, que consideraba mala persona. Le tenía mala voluntad por aquel duelo, como si fuera por él por quien hacía un momento había arriesgado su vida.

Pero agradecía a Dussardier su sacrificio; el dependiente, a sus instancias, llegó muy pronto a visitarle diariamente.

Frédéric le prestaba libros: Thiers, Dulaure, Barante, Los girondinos, de Lamartine. El excelente muchacho le escuchaba con recogimiento, y aceptaba sus opiniones como las de un maestro.

Una noche llegó todo asustado.

Por la mañana, en el bulevar, un hombre que corría sin aliento tropezó con él, y habiéndole reconocido como amigo de Sénecal, le había dicho:

—Acaban de prenderle, y yo huyo.

Nada más cierto. Dussardier pasó el día tomando informes. Sénecal se

hallaba encerrado como sospechoso de atentado político.

Hijo de un contraamaestre, nacido en Lyon, y habiendo tenido por profesor a un antiguo discípulo de Chalier, en cuanto llegó a París hizo que le presentaran en la Sociedad de las Familias; y siendo conocidas sus costumbres, la policía le vigilaba. Tomó parte en el asunto de mayo de 1839, y desde entonces permanecía oscurecido, pero exaltándose cada vez más; fanático de Alibaud, mezclando sus odios contra la sociedad a los del pueblo contra la monarquía, y despertando todas las mañanas con la esperanza de una revolución que en quince días o en un mes cambiase el mundo. Por último, descorazonado por la blandura de sus hermanos, furioso con los retrasos que oponían a sus sueños y desesperado de la patria, entró como químico en el complot de las bombas incendiarias, y le sorprendieron llevando pólvora para ensayar en Montmartre una suprema tentativa que restableciera la República.

No la quería menos Dussardier, porque significaba, según creía, libertad y felicidad universal. Un día, tenía quince años, en la calle Transnonain, delante de una droguería, vio soldados con la bayoneta roja de sangre, con pelos pegados a la culata de sus fusiles; desde aquel tiempo le exasperaba el gobierno como la misma encarnación de la injusticia. Confundía un tanto a los asesinos con los gendarmes; un espía equivalía a sus ojos a un parricida. Todo el mal repartido por la tierra lo atribuía cándidamente al poder, y lo aborrecía, con aborrecimiento esencial, permanente, que le llenaba todo el corazón y refinaba su sensibilidad. Las declaraciones de Sénécal le habían deslumbrado. Que fuese o no culpable y odiosa su tentativa, nada importaba. Desde el momento en que era una víctima de la autoridad, era preciso servirle.

—Los pares le condenarán, seguramente. Después le llevarán en un coche celular, como un presidiario, y le encerrarán en Mont-Saint-Michel, donde el gobierno los hace morir. Austen se ha vuelto loco. Steuben se ha suicidado. Para conducir a Barbès a un calabozo le han tirado de las piernas y del pelo. Le pateaban el cuerpo, y su cabeza saltaba en cada peldaño de la larga escalera. ¡Qué abominación! ¡Miserables! Le ahogaban sollozos de cólera y daba vueltas por el cuarto, presa de una gran angustia.

—Y habrá que hacer algo. Veamos; yo no sé. Si intentáramos liberarle, ¡eh! Mientras le conducen al Luxemburgo podemos arrojarnos sobre la escolta en el corredor. Una docena de hombres resueltos pasan por cualquier parte.

Era tal la llama de sus ojos, que Frédéric se asustó.

Sénécal le pareció más grande de lo que él creía. Recordó sus sufrimientos, su vida austera; sin sentir hacia él el entusiasmo de Dussardier, experimentaba, sin embargo, aquella admiración que inspira todo hombre que se sacrifica por una idea. Se decía que si él le hubiera socorrido, Sénécal no estaría donde estaba, y los dos amigos buscaron laboriosamente alguna combinación para

salvarle.

Les fue imposible llegar hasta el preso.

Frédéric se enteró de su suerte por los periódicos, y durante tres semanas frecuentó los gabinetes de lectura.

Un día, muchos números de Le Flambard cayeron en sus manos. El artículo de fondo se hallaba consagrado, invariablemente, a echar por tierra a algún hombre ilustre. Venían enseguida las noticias del mundo, los «se dice». Después, se bromeaba acerca del Odeón, Carpentras, la piscicultura y los condenados a muerte, cuando los había. La desaparición de un barco suministró materia de broma durante un año. En la tercera columna, un correo de las artes daba en forma de anécdota o consejo reclamos de sastres, con crónicas de salones, anuncios de ventas, crítica de obras, tratando con la misma tinta un volumen de versos y un par de botas. La única parte seria era la crítica de los teatros pequeños, en la que se encarnizaban con dos o tres directores; y con los intereses del arte se invocaban a propósito de las decoraciones, de los funámbulos o de una dama joven de Los abandonados.

Frédéric iba a tirar todo aquello cuando sus ojos tropezaron con un artículo titulado «Una gallina huera entre tres cocos». Era la historia de su duelo, contada con estilo vivaracho, campechano. Se reconoció sin dificultad, porque le designaban por una frase que se repetía mucho: «Un joven del colegio de Sens sin sentido».[*]

Hasta le representaban como un pobre diablo de provincias, un oscuro badulaque que trataba de codearse con los grandes señores.

En cuanto al vizconde, le reservaban el papel simpático; primero, en la casa donde él se introdujo por fuerza; después, en la apuesta, puesto que se llevaba a la doncella, y finalmente, sobre el terreno, donde se conducía como caballero. No se negaba la bravura de Frédéric precisamente, pero se daba a entender que un intermediario, el mismo protector, se había presentado exactamente en el momento oportuno. Todo terminaba en una frase, llena tal vez de perfidias: «¿De dónde viene tu ternura? ¡Problema! Y, como dice Bazile, ¿quién diablos es aquí el engañado?».

Era aquella, sin género de duda, una venganza de Hussonnet contra Frédéric, por haberle rehusado los cinco mil francos.

¿Qué hacer? Si le pedía satisfacción, protestaría el bohemio de su inocencia, y no ganaría nada con ello. Lo mejor era tragar la cosa silenciosamente. Nadie, después de todo, leía Le Flambard.

Al salir del gabinete de lectura vio gente delante de la tienda de un comerciante de cuadros. Estaban mirando un retrato de mujer, con esta línea

debajo en letras negras: «Señorita Rose-Annette Bron, perteneciente a don Frédéric Moreau, de Nogent».

Era ella, en efecto, poco más o menos, vista de frente, con el seno descubierto, suelto el pelo, y con una bolsa de terciopelo encarnado en las manos, mientras que por detrás un pavo real adelantaba su pico hacia el hombro, tapando la pared con sus grandes plumas en forma de abanico.

Pellerin dispuso la exhibición para obligar a Frédéric al pago, persuadido de que era célebre, y de que todo París, animándose en su favor, iba a ocuparse de aquella miseria.

¿Sería una conjuración? El pintor y el periodista, ¿se habrían puesto de acuerdo?

Su duelo de nada había servido. Se convertía en ridículo, y todo el mundo se burlaba de él.

Tres días después, a fines de junio, las acciones del Norte subieron quince francos, y como él había comprado dos mil el mes anterior, ganó treinta mil francos. Aquella caricia de la fortuna le infundió nueva confianza. Se dijo que no tenía necesidad de nadie, que todas sus contrariedades procedían de su timidez, de sus vacilaciones. Hubiera debido empezar por la mariscala brutalmente, rechazar a Hussonnet desde el primer día, no comprometerse con Pellerin; y para demostrar que nada le molestaba, fue a casa de la señora Dambreuse, a una de sus reuniones ordinarias.

En medio de la antesala, Martinon, que llegaba al mismo tiempo que él, se volvió, preguntándole:

—¿Cómo vienes tú aquí? —con aire sorprendido e incluso contrariado de verle.

—¿Por qué no?

Y a la vez que procuraba explicarse semejante acogida, Frédéric se adelantó hacia el salón.

La luz era débil, a pesar de las lámparas colocadas en los rincones, porque las tres ventanas grandes, abiertas, formaban tres anchos paralelos de sombra negra. Algunas jardineras, debajo de los cuadros, ocupaban hasta la altura de un hombre los huecos de las paredes, y una tetera de plata, con su gran recipiente para el agua hirviendo, se divisaba al fondo brillante como un espejo. Se oía el murmullo de voces discretas y el ruido de los escaupines al crujir sobre la alfombra.

Vio primero tres fraques negros; después una mesa redonda alumbrada por una gran bomba, siete u ocho mujeres en traje de verano, y algo más allá, a la señora Dambreuse en una butaca mecedora. Su traje de tafetán lila tenía las

mangas adornadas, abiertas, con bullones de muselina, armonizándose el tono suave de la tela con el color de sus cabellos. Se hallaba algo recostada hacia atrás, y apoyaba la punta del pie en un cojín; tranquila como una obra de arte llena de delicadeza, como una flor cultivada con esmero.

El señor Dambreuse y un anciano de pelo blanco se paseaban a lo largo del salón. Algunos hablaban sentados en los divanes, acá y allá; otros, en pie, formaban un círculo en el centro.

Se ocupaban de votos, de mejoras, de multas y correcciones; del discurso de Grandin, de la réplica de Benoist. El tercer partido iba decididamente demasiado lejos. El centro izquierda hubiera debido acordarse algo más de su origen. El ministerio recibía grandes golpes. Podía, sin embargo, tranquilizar la circunstancia de que no se le veía sucesor. En resumen: que la situación era completamente análoga a la de 1834.

Como aquellas cosas aburrían a Frédéric, se aproximó a las mujeres. Se hallaba Martinon entre ellas, en pie, con el sombrero debajo del brazo; la cara, casi de frente, y tan correcta, que parecía porcelana de Sèvres. Tomó una *Revue des Deux Mondes* que se veía encima de la mesa, entre una *Imitación*, de Kempis, y un *Anuario de Gotha*, y juzgó en voz alta a un poeta ilustre; dijo que concurrían a las conferencias de san Francisco; se quejó de su laringe y tragaba de cuando en cuando una pastilla de goma. Sin embargo, hablaba de música y se las daba de listo. La señorita Cécile, la sobrina del señor Dambreuse, que bordaba un par de puños, le miraba con sus pupilas de azul pálido, y miss John, la institutriz de nariz roma, había suspendido su labor; ambas parecían exclamar interiormente: «¡Qué hermoso es!».

La señora Dambreuse se volvió hacia Martinon y le dijo:

—Deme usted mi abanico, que está sobre aquella consola, allá abajo. Se equivoca usted: es el otro.

Se levantó ella y, como él volvía, se encontraron en medio del salón, frente a frente. Le dirigió ella algunas palabras con cierta viveza, reproches, indudablemente, a juzgar por la expresión altanera de su fisonomía. Martinon intentó sonreír y fue luego a mezclarse en el conciliábulo de los hombres serios. La señora Dambreuse ocupó de nuevo su sitio y dijo a Frédéric, inclinándose sobre el brazo de su butaca:

—He visto anteayer a alguien que me habló de usted: el señor Cisy. Le conoce usted, ¿no es verdad?

—Sí... un poco.

De repente, la señora Dambreuse exclamó:

—¡Duquesa! ¡Ah, qué dicha!

Y se adelantó hacia la puerta, al encuentro de una señora viejecita que llevaba un traje de tafetán carmelita y una gorra de guipure de bridas largas. Hija de un compañero de destierro del conde de Artois y viuda de un mariscal del Imperio, nombrado par de Francia en 1830, se hallaba tan unida a la antigua corte como a la nueva y podía obtener muchas cosas. Los que hablaban en pie le dejaron paso y siguieron luego su discusión.

Ahora rodaba sobre el pauperismo, cuyas pinturas todas, según aquellos señores, eran muy exageradas.

—Sin embargo —objetó Martinon—, confesemos que la miseria existe. Pero el remedio no depende de la ciencia ni del poder. Es esta una cuestión puramente individual. Cuando las clases bajas quieran desembarazarse de sus vicios se librarán de sus necesidades. Que el pueblo sea más moral y será menos pobre.

Según el señor Dambreuse, a nada bueno se llegaría sin una superabundancia del capital. Luego el único medio posible era el de confiar, «como por su parte querían los saintsimonianos (Dios mío, algo bueno tenían; seamos justos con todo el mundo), de confiar, digo, la causa del progreso a los que pueden acrecentar la fortuna pública». Insensiblemente se vino a tratar de las grandes explotaciones industriales, los ferrocarriles, la hulla. Y el señor Dambreuse, dirigiéndose a Frédéric, le dijo por lo bajo:

—No vino usted para nuestro asunto.

Frédéric alegó una indisposición; pero, comprendiendo que la excusa resultaba demasiado tonta, añadió:

—He necesitado, además, mis fondos.

—¿Para comprar un carruaje? —preguntó la señora Dambreuse, que pasaba por allí, con una taza de té en la mano, y mirándole durante un minuto con la cabeza algo inclinada hacia atrás.

Le creía ella amante de Rosanette; la alusión estaba clara. Y hasta le pareció a Frédéric que todas las señoras le miraban también desde lejos, cuchicheando. Para enterarse mejor de lo que pensaban se les aproximó, una vez más.

Al otro lado de la mesa, Martinon, cerca de la señorita Cécile, hojeaba un álbum de litografías que representaban costumbres españolas. Iba leyendo en voz alta los epígrafes: «Mujer de Sevilla», «Jardinera de Valencia», «Picador andaluz», y, llegando una vez hasta lo último de una página, continuó sin interrupción:

—Jacques Arnoux, editor. Uno de tus amigos, ¿eh?

—Cierto —dijo Frédéric, herido por el tono.

La señora Dambreuse añadió:

—En efecto, una mañana vino usted... para una casa, creo; sí, una que pertenecía a su mujer.

(Aquello significaba: «La amante de usted»).

Él se ruborizó por completo, y el señor Dambreuse, que en aquel momento se acercaba, agregó:

—Y hasta parecía usted interesarse mucho por ellos.

Las últimas palabras acabaron por desconcertar a Frédéric. Su turbación, que él pensaba veía todo el mundo, iba a confirmar las sospechas, cuando el señor Dambreuse le dijo, más cerca y en tono grave:

—Supongo que no harán ustedes negocios juntos.

Protestó Frédéric por movimientos multiplicados de cabeza, sin comprender la intención del capitalista, que quería darle un consejo.

Tenía ganas de marcharse. El temor de parecer cobarde le retuvo. Un criado recogía las tazas de té; la señora Dambreuse hablaba con un diplomático de frac azul; dos jóvenes, uniendo sus frentes, se miraban las sortijas; las demás, sentadas en semicírculo en sus butacas, movían suavemente sus blancos rostros, adornados de cabelleras negras o rubias; nadie, en fin, se ocupaba de él. Frédéric dio media vuelta y por una serie de zigzags casi logró alcanzar la puerta, cuando al pasar cerca de una consola vio encima, entre un vaso de china y la madera, un periódico doblado. Tiró un poco de él y leyó: Le Flambard.

¿Quién lo habría llevado? Cisy. Nadie más, seguramente. Pero, después de todo, ¿qué importaba? Iban a creer, ya creían todos en el artículo. ¿Por qué aquel encarnizamiento? Una ironía muda le dominaba. Se sentía perdido como en un desierto. Pero la voz de Martinon se elevó y dijo:

—A propósito de Arnoux, he leído entre los sospechosos de las bombas incendiarias el nombre de uno de sus empleados: Sénécal. ¿Es el nuestro?

—El mismo —contestó Frédéric.

Martinon repetía, gritando mucho:

—¡Cómo! ¡Nuestro Sénécal! ¡Nuestro Sénécal!

Entonces le preguntaron acerca del complot; su plaza de agregado al tribunal debía proporcionarle detalles.

Confesó él que no los tenía. Además, él conocía muy poco al personaje, pues solo le había visto dos o tres veces; en resumen, le tenía por un pícaro. Frédéric indignado, exclamó:

—No, por cierto; es un muchacho muy honrado.

—Sin embargo, caballero —dijo un propietario—, una persona que conspira no es honrada.

La mayoría de los hombres que estaban allí habían servido, por lo menos, a cuatro gobiernos, y hubieran vendido a Francia o al género humano para garantizar su fortuna, evitarse un contratiempo, una dificultad o por simple bajeza únicamente, adoración instintiva de la fuerza. Todos declararon los crímenes políticos inexcusables. Más bien era preciso perdonar los que provenían de la necesidad. Y no faltó poner el eterno ejemplo del padre de familia, robando el eterno pedazo de pan en casa del eterno panadero.

Un empleado hasta añadió:

—Yo, caballero, si supiera que mi hermano conspiraba, le denunciaría.

Frédéric invocó el derecho de resistencia, y recordando algunas frases que le había dicho Deslauriers, citó a Desolmes, Blackstone, la carta de derechos de Inglaterra y el artículo 2 de la Constitución del 91. Y en virtud de este derecho precisamente se había proclamado la caída de Napoleón; se le había reconocido en 1830 y escrito a la cabeza de la carta.

—Además, cuando el soberano falta al contrato, la justicia exige que se le derribe.

—Pero eso es abominable —exclamó la mujer de un gobernador.

Todas las demás se callaban, vagamente espantadas, como si hubiesen oído el ruido de las balas. La señora Dambreuse se balanceaba en su butaca y le escuchaba sonriendo.

Un industrial, antiguo carbonero, procuró demostrarle que los Orléans eran una excelente familia; indudablemente, existían abusos...

—Y bien, ¿entonces?

—Pero no deben decirse, señor mío. Si usted supiera cómo todos esos gritos de la opinión perjudican los negocios...

—¡Yo me río de los negocios! —replicó Frédéric.

La podredumbre de aquellos viejos le exasperaba, y arrastrado por la valentía que se ampara algunas veces de los más tímidos, atacó a los financieros, a los diputados, al gobierno, al rey; tomó la defensa de los árabes y dijo muchas tonterías. Algunos le animaban irónicamente: «Siga usted, continúe», mientras que otros murmuraban: «¡Demonio, qué exaltación!». Por fin, juzgó conveniente retirarse, y al marcharse, el señor Dambreuse le manifestó, aludiendo a la plaza de secretario:

—Nada hay aún decidido. Pero despáchese usted.

Y la señora Dambreuse:

—Hasta muy pronto, ¿verdad?

Frédéric juzgó la despedida de ambos como una última burla. Se hallaba resuelto a no volver por aquella casa, a no mantener relaciones con todas aquellas gentes. Creía haberlos herido, ignorando qué gran fondo de indiferencia posee el mundo. Aquellas mujeres, sobre todo, le indignaban. Ni una siquiera le había sostenido la mirada. Las detestaba por no haberlas conmovido. En cuanto a la señora Dambreuse, encontraba él en ella algo a la vez lánguido y seco que impedía definirla con una fórmula. ¿Tenía un amante? ¿Qué amante? ¿Era el diplomático u otro? ¿Quizá Martinon? ¡Imposible! Sin embargo, sentía contra él una especie de envidia, y hacia ella una malevolencia inexplicable.

Dussardier fue aquella noche, como de costumbre, y le aguardaba. Frédéric tenía hinchado el corazón, lo desahogó, y sus lamentos, aunque vagos y difíciles de comprender, entretenían al excelente muchacho; llegó hasta a quejarse de su aislamiento. Dussardier, con alguna vacilación, propuso ir a casa de Deslauriers.

Frédéric experimentó, al solo nombre del abogado, una extremada necesidad de volver a verle. Su soledad intelectual era profunda y la compañía de Dussardier, insuficiente. Contestó que arreglara las cosas como quisiera.

Deslauriers sentía igualmente, desde su ruptura, una privación de su vida. Así que cedió sin trabajo a las demostraciones cordiales.

Ambos se abrazaron y se pusieron después a hablar de asuntos indiferentes.

La reserva de Deslauriers enterneció a Frédéric, y para darle una especie de compensación le contó, al día siguiente, la pérdida de sus quince mil francos, sin decir que aquellos quince mil francos le estaban destinados primitivamente. El abogado no lo dudó, sin embargo. Aquella desdichada aventura, que le daba la razón en sus prevenciones contra Arnoux, desarmó por completo su rencor y no habló de la antigua promesa.

Frédéric, engañado por su silencio, creyó que la había olvidado. Algunos días después, le preguntó si no existían medios de recuperar sus fondos.

Podían discutirse las precedentes hipotecas, atacar a Arnoux como estelionatario, perseguir el domicilio en perjuicio de la mujer.

—No, no; contra ella, no —exclamó Frédéric, y cediendo a las preguntas del antiguo pasante, confesó la verdad.

Deslauriers quedó convencido de que no la decía completamente, sin duda por delicadeza. Aquella falta de confianza le hirió.

Estaban tan unidos, sin embargo, como en otro tiempo, y hasta sentían tanto placer cuando se encontraban juntos, que la presencia de Dussardier les molestaba. Con pretexto de citas, llegaron poco a poco a desembarazarse de él. Hay hombres que solo tienen por misión entre los demás la de servir de intermediarios; se pasa por ellos como sobre puentes y se va más lejos.

Frédéric no ocultaba nada a su antiguo amigo. Le contó el negocio de las hullas, con la proposición del señor Dambreuse. El abogado se puso pensativo.

—¡Es singular! Se necesitaría para esa plaza alguien bastante fuerte en derecho.

—Pero tú podrás ayudarme —dijo Frédéric.

—Sí... desde luego; ciertamente.

En la misma semana le enseñó una carta de su madre.

La señora Moreau se acusaba de haber juzgado mal al señor Roque, que había dado de su conducta satisfactorias explicaciones. Después hablaba de su fortuna y de la posibilidad, para más adelante, de un matrimonio con Louise.

—Eso no sería, quizá, malo —dijo Deslauriers.

Frédéric lo aplazó para lejos; el tío Roque, además, era un viejo ratero. Esto no importaba nada, según el abogado.

A fines de julio experimentaron una baja inexplicable las acciones del Norte. Frédéric no había vendido las suyas y perdió, de un solo golpe, sesenta mil francos. Sus ingresos disminuyeron sensiblemente. Debía: o limitar sus gastos, o escoger una profesión, o hacer un buen casamiento.

Entonces, Deslauriers le habló de la señorita Roque. Nada le impedía ir a ver un poco las cosas por sí mismo. Frédéric se hallaba algo fatigado; la provincia y la casa materna le confortarían. Partió.

El aspecto de las calles de Nogent, que atravesó a la luz de la luna, le llevó a recuerdos antiguos, y experimentaba una especie de angustia, como los que vuelven de largos viajes.

Se encontraban en casa de su madre sus conocidos de otro tiempo: los señores Gamblin, Heudras y Chambrion, la familia Lebrun, aquellas señoritas Auger; además, el señor Roque, y enfrente de la señora Moreau, en una mesa de juego, la señorita Louise, que ya era una mujer, y que se levantó, lanzando un grito. Todos se agitaron. Ella permaneció inmóvil, en pie, y los cuatro candelabros de plata que estaban sobre la mesa aumentaban su palidez. Cuando volvió a ponerse a jugar, temblaba su mano. Aquella emoción lisonjeó

desmesuradamente a Frédéric, cuyo orgullo estaba enfermo, y se dijo: «Tú me amas», y tomando su revancha por los sinsabores que había soportado allá, se puso a hacer el parisién, el león, dio noticias de los teatros, contó anécdotas de la sociedad, tomadas de los periodiquillos, y deslumbró, finalmente, a sus compatriotas.

Al día siguiente, la señora Moreau se extendió respecto de las cualidades de Louise; después enumeró los bosques, las fincas que poseería. La fortuna del señor Roque era considerable.

La había adquirido colocando fondos para el señor Dambreuse; porque prestaba a personas que ofreciesen buenas garantías hipotecarias, cosa que le consentía pedir suplementos o comisiones. El capital, gracias a una activa vigilancia, nada arriesgaba. Por otra parte, el tío Roque no vacilaba jamás ante una ejecución; luego volvía a comprar a bajo precio los bienes hipotecados, y el señor Dambreuse, que veía la devolución de sus fondos, hallaba sus negocios bien manejados.

Pero aquella manifestación extralegal le ligaba a su administrador y no podía rehusarle cosa alguna. A sus instancias se debía la buena acogida que dispensó a Frédéric.

En efecto, el tío Roque ocultaba en el fondo de su alma una ambición. Quería que su hija fuera condesa; y para llegar hasta allí, sin comprometer la felicidad de Louise, no conocía más hombre que aquel.

Por la protección del señor Dambreuse le reintegraría en el título de su abuelo, porque la señora Moreau era hija de un conde de Fouvens, emparentada, además, con las más antiguas familias de la Champán: los Lavernade, los d'Étrigny.

Respecto a los Moreau, una inscripción gótica que se veía cerca de los molinos de Villeneuve-l'Archevêque hablaba de un Jacques Moreau que los había reedificado en 1596; y la tumba de su hijo Pierre Moreau, primer escudero del rey Luis XIV, se hallaba en la capilla de Saint-Nicolas.

Tanta nobleza fascinaba al señor Roque, hijo de un antiguo sirviente. Si la corona condal no venía se consolaría con otra cosa; porque Frédéric podría llegar a la diputación cuando el señor Dambreuse fuese nombrado par, y entonces ayudarle en sus negocios, obtenerle suministros, concesiones. El joven le agradaba, personalmente. En fin, que le quería por yerno, porque desde hacía mucho tiempo se había obsesionado con aquella idea, que se agrandaba cada vez más.

Al presente visitaba la iglesia y había seducido a la señora Moreau ante la esperanza del título principalmente. Se había guardado ella, sin embargo, de darle una respuesta decisiva.

En resumen, que ocho días después, sin que compromiso alguno se hubiera formado, Frédéric pasaba por ser el «futuro» de la señorita Louise; y el tío Roque, poco escrupuloso, los dejaba solos en ocasiones.

V

Deslauriers se había llevado de casa de Frédéric la copia del acta de subrogación, con un poder en forma que le confería su representación plena; pero cuando subió sus cinco pisos y estuvo solo, en su triste gabinete, en su sillón de badana, la vista del papel sellado le descorazonó.

Estaba harto de aquellas cosas y de los restaurantes de un franco con sesenta céntimos, de los viajes en ómnibus, de su miseria, de sus esfuerzos. Cogió de nuevo los papeles; algunos otros andaban por allí; y eran los prospectos de la compañía hullera, con la lista de las minas y el detalle de su contenido, que Frédéric le dejó para conocer su opinión.

Una idea se le ocurrió: la de presentarse en casa del señor Dambreuse y pedirle la plaza de secretario. Aquella plaza seguramente no iba a concederse sin la adquisición de cierto número de acciones. Reconoció la locura de su proyecto, y se dijo: «¡Oh, no; estaría mal hecho!».

Entonces buscó el medio de que se valdría para cobrar los quince mil francos. Semejante suma nada suponía para Frédéric. Pero si él la hubiera tenido, ¡qué alivio! Y el antiguo pasante se indignó de que la fortuna del otro fuese grande.

«Hace de ella un uso deplorable. Es un egoísta. Y yo me río de sus quince mil francos».

¿Por qué los había prestado? Por los lindos ojos de la señora Arnoux. ¡Era su amante! Deslauriers no lo dudaba. He ahí una cosa más para la que sirve el dinero. Y le dominaron pensamientos de odio.

Después pensó en la persona misma de Frédéric, que siempre había ejercido sobre él un encanto casi femenino, y pronto llegó a admirarle por un éxito del que él se consideraba incapaz.

Sin embargo, ¿acaso la voluntad no constituye el elemento capital de las empresas y ella triunfa ante todo...?

«¡Ah, será preciso! —Pero se avergonzó de aquella perfidia, y un minuto después se preguntó—: ¡Bah!, ¿es que tengo miedo?».

La señora Arnoux (a fuerza de oír hablar de ella) había acabado por

grabarse en su imaginación extraordinariamente. La persistencia de aquel amor le irritaba como un problema. Su austeridad, un tanto teatral, le fastidiaba ahora. Por otra parte, la mujer de mundo (o la que juzgaba por tal) deslumbraba al abogado como el símbolo y el resumen de mil placeres desconocidos. Pobre, anhelaba el lujo bajo su forma más clara.

«Después de todo, si se enfadara, peor para él. Se ha conducido bastante mal conmigo para que yo me contraríe. Nada me confirma que sea ella su amante. Él me lo ha negado, luego soy libre».

El deseo de aquella empresa ya no le abandonó. Era como una prueba de sus fuerzas la que quería hacer. Hasta tal punto que un día, de repente, embetunó él mismo sus botas, compró guantes blancos y se puso en camino, sustituyéndose a Frédéric e imaginándose ser él por una singular evolución intelectual, en que entraba a la vez venganza y simpatía, imitación y audacia.

Se hizo anunciar como «el doctor Deslauriers».

La señora Arnoux se sorprendió, porque no había llamado a ningún médico.

—Mil perdones; soy doctor en derecho. Vengo en representación de los intereses del señor Moreau.

Aquel nombre pareció turbarla.

«¡Tanto mejor! —pensó el antiguo pasante—; puesto que le ha querido a él, me querrá a mí», animándose con la idea admitida de que es más fácil suplantar a un amante que a un marido.

Había tenido el gusto de encontrarla una vez en el palacio de justicia; hasta citó la fecha. Tanta memoria admiró a la señora Arnoux. Y añadió en tono suave:

—Ya tenían ustedes... algunas dificultades... en sus negocios.

Ella no contestó nada, luego era verdad.

Se puso a hablar de varias cosas: de su alojamiento, de la fábrica; después, advirtiendo a los lados del espejo algunos medallones, dijo:

—¡Ah! Retratos de familia, sin duda. —Y se fijó en uno de anciana: la madre de la señora Arnoux—. Tiene todo el aire de una excelente persona, un tipo meridional. —Y a la observación de que era de Chartres, añadió—: Chartres, hermosa ciudad.

Elogió la catedral y las pastas de la porcelana; luego, volviendo al retrato, encontró en él parecido con la señora Arnoux, y le lanzaba indiscretas adulaciones; ella no se fijó. Tomó él confianza y manifestó que conocía a Arnoux desde hacía mucho tiempo.

—Es un muchacho excelente, pero que se compromete. Por ejemplo, respecto de esta hipoteca, no se concibe una ligereza...

—Sí, ya sé —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Aquel testimonio involuntario de menosprecio animó a Deslauriers a continuar.

—Su historia del caolín, quizá lo ignore usted, ha podido acabar muy mal, e incluso su reputación...

Un fruncimiento de cejas le detuvo.

Entonces, encerrándose en las generalidades, compadeció a las pobres mujeres cuyos esposos malgastaban la fortuna...

—Pero si es de él, caballero; yo no tengo nada.

No importaba. No se sabía... Una persona de experiencia podría servir. Y se explayó en ofrecimientos desinteresados, exaltó sus propios méritos, y la miraba a la cara, a través de sus gafas, que relucían.

Una vaga confusión le sobrecogía; pero de repente dijo:

—Ruego a usted que veamos el negocio.

Él exhibió el legajo.

—Este es el poder de Frédéric. Con semejante título en manos de un alguacil, que pediría una citación, nada más sencillo; en veinticuatro horas...

—Ella permanecía impasible; entonces, él cambió de maniobra—: Yo, por mi parte, no comprendo lo que le lleva a reclamar esta suma, porque lo cierto es que para nada la necesita.

—¿Cómo? El señor Moreau es bastante bueno para...

—¡Oh! De acuerdo...

Y Deslauriers emprendió su elogio; después pasó a denigrarle, muy suavemente, considerándole olvidadizo, avaro.

—Yo le creía amigo de usted, caballero.

—Eso no me impide ver sus defectos. Así que él agradece muy poco... ¿cómo diría yo?, la simpatía...

La señora Arnoux volvía las hojas del grueso cuaderno y se detuvo para pedirle explicación de una palabra.

Se inclinó él sobre su hombro, y tan cerca de ella, que rozó su mejilla. Ella se ruborizó, rubor que inflamó a Deslauriers, besándole vorazmente su mano.

—¿Qué hace usted, caballero?

Y en pie contra la pared, la retenía inmóvil, ante sus grandes ojos negros irritados.

—Escúcheme usted: yo la amo.

Ella lanzó una carcajada, risa aguda, desesperante, atroz. Deslauriers sintió que la cólera le estrangulaba. Se contuvo, y con la cara de un vencido que pide perdón, dijo:

—¡Ah! Hace usted mal. Yo no obraré como él.

—Pero ¿de quién habla usted?

—De Frédéric.

—¡Eh! El señor Moreau me inquieta poco, ya se lo he dicho a usted.

—¡Oh! Perdón... perdón. —Después, con voz mordaz y dejando caer sus frases, añadió—: Pues yo creía que se interesaba usted lo bastante por su persona para saber con placer...

Ella se puso pálida. El antiguo pasante agregó:

—Va a casarse.

—¡Él!

—Dentro de un mes, lo más tarde, con la señorita Roque, la hija del administrador del señor Dambreuse. Y hasta ha marchado a Nogent, solo para eso.

Llevó ella la mano a su corazón, como si recibiera el choque de un gran golpe; pero inmediatamente tiró de la campanilla. Deslauriers no esperó que le pusieran en la puerta. Cuando ella se volvió había desaparecido.

La señora Arnoux estaba algo sofocada, y se acercó a la ventana para respirar.

Del otro lado de la calle, en la acera, un embalador, en mangas de camisa, clavaba una caja. Pasaban algunos coches de alquiler. Cerró la ventana y volvió a sentarse. Las altas casas vecinas interceptaban el sol y una fría claridad entraba en la habitación. Sus hijos habían salido; nada a su alrededor se movía.

«Va a casarse, ¿es posible? —Y un temblor nervioso la sobrecogió—. ¿Por qué es esto? ¿Es que le amo? —Después, repentinamente, añadió—: ¡Sí, le amo... le amo!».

Le parecía que descendía hasta algo profundo que ya no acabaría. En el reloj dieron las tres; oyó apagarse las vibraciones del timbre y permaneció al lado de la butaca, con las pupilas fijas y siempre sonriente.

Aquella misma tarde, en aquel mismo momento, Frédéric y Louise se paseaban por el jardín que el señor Roque poseía al extremo de la isla. La vieja Catherine los vigilaba de lejos; iban juntos y Frédéric le decía:

—¿Recuerda usted cuando la llevaba al campo?

—¡Qué bueno era usted conmigo! —contestó ella—. Me ayudaba usted a hacer tortas con arena, a llenar mi regadera, a mecarme en el columpio.

—Todas sus muñecas tenían nombre de reinas o marquesas, ¿qué ha sido de ellas?

—No lo sé, verdaderamente.

—¿Y su perrillo de usted, Moricaud?

—Se ahogó el pobrecillo.

—¿Y aquel Don Quijote, cuyos grabados pintábamos juntos con colores?

—Todavía lo tengo.

Le recordó él el día de su primera comunión y lo bella que estaba en las vísperas con su velo blanco y su gran cirio, mientras desfilaban todos alrededor del coro y sonaba la campana.

Aquellos recuerdos tenían, sin duda, poco encanto para la señorita Roque; no tuvo nada que contestar, y un minuto más tarde dijo:

—¡Malo!, que ni una sola vez me ha dado noticias tuyas.

Frédéric se disculpó con sus numerosos trabajos.

—¿En qué, pues, se ocupa usted?

Le turbó un tanto la pregunta, y después manifestó que estudiaba política.

—¡Ya! —Y sin más interrogar, añadió—: ¡Eso le ocupa a usted, pero yo...!

Entonces le contó la aridez de su existencia: sin ver a persona alguna, sin el menor placer, sin la más pequeña distracción. Desearía montar a caballo.

—El vicario dice que eso es inconveniente para una joven. ¡Qué necias son las conveniencias! En otros tiempos me dejaban hacer cuanto quería; ahora, nada.

—Sin embargo, su padre la ama.

—Sí, pero...

Y lanzó un suspiro que significaba: «Esto no basta a mi dicha».

Hubo un instante de silencio, en que no se oía sino el crujido de la arena bajo sus pies con el murmullo de la cascada, porque el Sena, más arriba de

Nogent, se divide en dos brazos. El que mueve los molinos desagua en aquel sitio la superabundancia de sus ondas, para reunirse más abajo al curso natural del río; y cuando se viene de los puentes se percibe, a la derecha, en el otro ribazo, un declive de césped que domina una casa blanca. A la izquierda, en la pradera, se extienden los álamos, y el horizonte, enfrente, se halla cortado por una cueva del río, liso como un espejo entonces; sobre sus tranquilas aguas patinaban grandes insectos. Grupos de cañas y juncos lo limitaban desigualmente; toda clase de plantas echa allí sus botones de oro, o deja colgar sus amarillos racimos, o yergue sus varas de flores de amaranto, o forma al azar verdes mazorcas. En una ensenada de la margen se asentaban algunos nenúfares, y una hilera de añosos sauces, que ocultaban trampas para lobos, eran toda la defensa del jardín por aquel lado de la isla.

Detrás, en el interior, cuatro paredes y un caballete de pizarra encerraban la huerta, cuyos cuadros de tierra, recientemente labrados, formaban oscuras plantaciones. Las campanas de los melones brillaban en fila sobre su estrecha cama; las alcachofas, las judías, las espinacas, las zanahorias y los tomates alternaban hasta dar en un piano de espárragos, que parecía un bosquecillo de plumas.

Todo aquel terreno había sido, en los tiempos del Directorio, lo que llamaban una locura. Los árboles, desde entonces, habían crecido desmesuradamente. La clemátide se mezclaba a los setos, los caminos estaban cubiertos de musgo, por todas partes abundaban las zarzas. Los trozos de estatua desmenuzaban su enlucido debajo de las hierbas. Al andar era fácil enredarse en los pedazos de alguna pieza de alambre. No quedaba ya del pabellón más que dos habitaciones del piso bajo, con jirones de papel azul. Delante de la fachada avanzaba un enrejado a la italiana, donde, sobre pilares de ladrillo, una verja de madera sostenía una parra.

Llegaron allí debajo ambos, y como la luz pasaba por los desiguales agujeros del verde, Frédéric, que hablaba a Louise de lado, observaba sobre su rostro la sombra de las hojas.

Llevaba el moño de sus cabellos rojos atravesado por una aguja terminada en una bola de vidrio imitando esmeralda, y a pesar de su luto (tan nativo era su mal gusto), pantuflas de paja guarnecidas de raso encarnado, curiosidad vulgar, compradas indudablemente en alguna feria.

Las vio él y la felicitó irónicamente.

—No se ría usted de mí —dijo ella.

Considerándole después todo entero, en conjunto, desde su sombrero de fieltro gris hasta sus calcetines de seda, añadió:

—¡Qué coquetón es usted!

Enseguida le rogó que le indicara algunas obras que leer. Él le designó muchas, y ella agregó:

—¡Qué sabio es usted!

Desde muy pequeña sintió uno de esos amores que tienen a la vez la pureza de una religión y la violencia de una necesidad. Él había sido su camarada, su hermano, su maestro; había distraído su espíritu, hecho palpitar su corazón y derramado involuntariamente hasta lo más íntimo de ella una embriaguez latente y continua. Luego, la había dejado en plena crisis trágica, apenas muerta su madre, confundiendo una y otra desesperación. La ausencia le había idealizado en su recuerdo, volvía con una especie de aureola y ella se entregaba ingenuamente a la dicha de verle.

Por primera vez en su vida Frédéric se sentía amado, y aquel placer nuevo, que no traspasaba el orden de los sentimientos agradables, le producía como una íntima expansión.

Una gruesa nube corría por el cielo en aquel momento.

—Se dirige hacia París —dijo Louise—. ¿No es verdad que quisiera usted seguirla?

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Quién sabe! —Y penetrándole con una aguda mirada, añadió—: Quizá tenga usted allí... —Buscó la palabra—: Algún afecto.

—Yo no tengo afectos.

—¿Seguro?

—Pues sí, señorita, seguro.

En menos de un año se había operado en la joven una transformación que admiraba a Frédéric. Después de un minuto de silencio, agregó:

—Deberíamos tutearnos, como en otros tiempos, ¿quiere usted?

—No.

—¿Por qué?

—Porque...

Insistió él, y ella contestó, bajando la cabeza:

—No me atrevo.

Habían llegado al extremo del jardín, hasta la orilla del Livon. Frédéric, por tunantería, se puso a tirar piedras. Ella le ordenó que se sentara; obedeció y, mirando a la cascada, dijo:

—Como el Niágara.

Y empezó a hablar de las comarcas lejanas y de los grandes viajes; a ella le encantaba la idea de emprenderlos; no hubiera tenido miedo de nada, ni de las tempestades, ni de los leones.

Sentados el uno junto al otro, cogían puñados de la arena que tenían delante; después, sin cesar de hablar, la dejaban escapar de sus manos; y el viento cálido que llegaba de las llanuras les traía bocanadas del perfumoso lavanda y el olor de la brea que salía de una barca, detrás de la esclusa. El sol daba en la cascada; los verdosos bloques de la paredilla por donde el agua corría aparecían como bajo una gasa de plata continuamente rodando. Una larga barra de espuma brotaba al pie, cadenciosamente, y luego formaba torbellinos, mil corrientes opuestas, y acababa por confundirse en un solo y límpido lienzo.

Louise murmuró que envidiaba la existencia de los peces.

—¡Debe de ser tan dulce rodar por ahí dentro, a su gusto, sentirse acariciado por todas partes!

Y se estremecía con movimientos de un mimo sensual.

Pero una voz gritó:

—¿Dónde estás?

—La criada llama —dijo Frédéric.

—Bien, bien.

Louise no se movía.

—Va a incomodarse —añadió él.

—Me es indiferente, y además... —La señorita Roque dio a entender, con un gesto, que la tenía a su discreción.

Sin embargo, se levantó; se quejó luego de dolor de cabeza, y al pasar por delante de un amplio cobertizo, lleno de leña, dijo:

—Si nos metiéramos debajo al regode...

Él fingió no comprender aquella palabra de jerga e incluso bromeó sobre su acento. Poco a poco, los extremos de su boca se juntaron, se mordía los labios y hasta se separó enfurruñada.

Frédéric se acercó a ella, juró que no había querido molestarla y que la quería mucho.

—¿Eso es verdad? —exclamó ella mirándole, y con sonrisa que iluminaba todo su semblante, un tanto sembrado de manchas de salvado.

No resistió Frédéric a aquella valentía de sentimiento, a la frescura de su juventud, y repuso:

—¿Por qué te había de mentir? Dudas... ¿eh? —Y pasó su brazo izquierdo alrededor de su cintura.

Un grito suave, como un arrullo, se escapó de su garganta; su cabeza se hizo atrás, desfallecía; él la sostuvo. Y los escrúpulos de su probidad fueron inútiles: ante aquella virgen que se ofrecía tuvo miedo. La ayudó enseguida a dar algunos pasos dulcemente. Sus caricias de lenguaje habían cesado, y no queriendo decir ya sino cosas insignificantes, le habló de las personas de la sociedad de Nogent.

De repente le rechazó ella, y le dijo con tono amargo:

—¡No tendrás valor para llevarme!

Él permaneció inmóvil, con aire de gran aturdimiento. Rompió ella en sollozos, y hundiendo la cabeza en el pecho, añadió:

—¿Puedo yo vivir sin ti?

Procuraba él tranquilizarla; ella le puso sus dos manos sobre los hombros para mirarle mejor frente a frente, y fijando en las suyas sus verdes pupilas, casi ferozmente húmedas, preguntó:

—¿Quieres ser mi marido?

—Pero... —replicó Frédéric, buscando alguna respuesta—. Sin duda... no deseo otra cosa.

En aquel momento apareció el gorro del señor Roque detrás de una lila.

Condujo a su joven amigo durante dos días alrededor de sus propiedades; y al volver Frédéric del pequeño viaje, encontró en casa de su madre tres cartas.

La primera era del señor Dambreuse, invitándole a comer para el martes precedente. ¿Por qué aquella cortesía? Luego le habían perdonado su desahogo.

La segunda era de Rosanette, que le daba gracias por haber arriesgado su vida por ella; Frédéric no comprendió al principio lo que quería decir; por fin, después de muchos ambages, imploraba, invocaba su amistad, confiando en su delicadeza, de rodillas, decía, vista la urgente necesidad, y como se pide pan, un pequeño socorro de quinientos francos. Se decidió a enviárselos inmediatamente.

La tercera carta procedía de Deslauriers: hablaba de la subrogación y era larga, oscura. El abogado no había aún tomado partido alguno. Le animaba a no molestarse. «Es inútil que vuelvas», insistiendo sobre esto de manera

extraña.

Frédéric se perdió en toda clase de conjeturas y le entraron deseos de irse; aquella pretensión de gobernar su conducta le resolvía.

Por otra parte, la nostalgia del bulevar empezaba a dominarle, y después, su madre le daba tal prisa, el señor Roque se movía tanto a su lado y la señorita Louise le amaba con tanta fuerza, que no podía permanecer ya mucho tiempo sin declararse.

Tenía necesidad de reflexionar, juzgaría mejor las cosas desde lejos.

Para motivar su viaje, Frédéric inventó una historia, y se marchó, diciendo a todo el mundo que volvería pronto.

VI

Su regreso a París no le produjo placer alguno; era por la noche a fines del mes de agosto; el bulevar parecía vacío, los transeúntes se sucedían con ceñudos semblantes, a trechos se veía una caldera de asfalto que humeaba y muchas casas tenían sus persianas enteramente cerradas. Llegó a la suya: el polvo cubría las colgaduras, y al comer, completamente solo, dominó a Frédéric un extraño sentimiento de abandono; entonces pensó en la señorita Roque.

La idea de casarse no le pareció ya exorbitante. Viajarían, irían a Italia, a Oriente. Y la contemplaba en pie sobre un montículo, admirando un paisaje, o bien, apoyada en su brazo en una galería florentina, deteniéndose ante los cuadros. ¡Qué alegría la de ver a aquel delicado ser alegrarse ante los esplendores del arte y la naturaleza! Fuera de su entorno, en poco tiempo sería una encantadora compañera. La fortuna del señor Roque le tentaba, además. Sin embargo, semejante determinación le repugnaba como una flaqueza, un envilecimiento.

Pero estaba enteramente resuelto (a cualquier precio) a cambiar de existencia; es decir, a no perder más su razón en pasiones infructuosas, y hasta vacilaba en cumplir el encargo de Louise de comprar para ella, en casa de Jacques Arnoux, dos grandes estatuas policromas que representarían dos negros, como los había en el gobierno de Troyes. Conocía la marca del fabricante, y no quería más que aquella. Frédéric tenía miedo, si volvía a casa de ellos, de caer de nuevo en su antiguo amor.

Aquellas reflexiones le ocuparon toda la noche; cuando iba a acostarse entró una mujer.

—Soy yo —dijo riendo la señorita Vatnaz—. Vengo de parte de Rosanette.

¿Se habían, pues, reconciliado?

—Dios mío, sí. Yo no soy mala, ya lo sabe usted. Además, la pobre chica... Sería muy largo de contárselo a usted.

En resumen, la mariscala deseaba verle; esperaba una respuesta, puesto que su carta se había paseado de París a Nogent; la señorita Vatnaz no sabía lo que contenía. Entonces, Frédéric se informó de la mariscala.

Estaba ahora con un hombre muy rico, un ruso, el príncipe Chernukov, que la había visto en las carreras del Campo de Marte el verano pasado.

—Tiene tres carruajes, caballo de silla, librea, groom de chic inglés, casa de campo, palco en los Italianos y bastantes cosas más. Ya lo sabe usted, querido.

Y la Vatnaz, como si se aprovechara de aquel cambio de fortuna, parecía más alegre, completamente feliz. Se quitó los guantes y se puso a examinar los muebles y las chucherías. Los tasaba en su justo precio, como un chalán. Debería haberle consultado para obtener todo aquello en mejores condiciones, y le felicitaba por su buen gusto, diciendo:

—¡Ah! Esto es lindo, muy bonito. No hay como usted para estas cosas.

Después, percibiendo en el fondo de la alcoba una puerta, añadió:

—Por ahí salen las mujercitas, ¿eh?

Y amistosamente le cogió el mentón. Él se estremeció al contacto de sus largas manos, a la vez flacas y suaves. Alrededor de sus muñecas llevaba un bordado de encaje, y sobre el cuerpo de su traje verde, pasamanerías, como un húsar. Su sombrero de tul negro, de alas bajas, ocultaba un poco su frente; sus ojos brillaban debajo; un olor de pachulí se escapaba de sus cabellos; la lámpara, colocada sobre un velador, iluminándola desde abajo, como batería de teatro, hacía resaltar sus mandíbulas, y de repente, ante aquella mujer fea, que tenía en la cintura ondulaciones de pantera, Frédéric se sintió presa de brutales deseos.

Le dijo ella con voz untuosa, sacando de su portamonedas tres cuadrados de papel:

—Va usted a tomarme esto.

Eran tres localidades para una representación a beneficio de Delmar.

—¿Cómo? ¿Él?

—Ciertamente.

La señorita Vatnaz, sin explicarse más, añadió que le adoraba más que nunca. El cómico, oyéndola, se clasificaba definitivamente entre «las eminencias de la época». Y no era tal o cual personaje el que representaba, sino el genio mismo de la Francia, el pueblo. Tenía «el alma humanitaria; comprendía el sacerdocio del arte». Frédéric, para librarse de aquellos elogios, le dio el dinero de las tres localidades.

—Es inútil que hable usted allí de esto. ¡Qué tarde es, Dios mío! Es preciso que le deje a usted. ¡Ah! Olvidaba las señas: calle Grange-Batelière, catorce. —Y en el umbral, añadió—: Adiós, hombre amado.

«¿Amado de quién? —se preguntó Frédéric—. ¡Qué persona tan singular!».

Y se acordó de que Dussardier le había dicho un día, respecto de ella: «¡Oh, no es gran cosa!», como aludiendo a historias poco honrosas.

Al día siguiente se presentó en casa de la mariscal. Habitaba una casa nueva, cuyas marquesinas se adelantaban hasta la calle. En cada meseta, un espejo a la pared; una jardinera rústica delante de las ventanas, y a todo lo largo de la escalera, un tapiz de lienzo.

Al entrar de fuera, la frescura de la escalera agradaba.

Un individuo vino a abrir; era un lacayo con chaleco encarnado. En la banqueta de la antesala, una mujer y dos hombres, proveedores, indudablemente, esperaban como en el vestíbulo de un ministro. A la izquierda, la puerta del comedor, entreabierta, permitía ver botellas vacías en los aparadores, servilletas en el respaldo de las sillas, y paralelamente se extendía una galería, donde bastones dorados sostenían una espaldera de rosas. Abajo, en el patio, dos mozos con los brazos desnudos limpiaban un landó. Sus voces subían hasta allí con el ruido intermitente de una almohaza que golpeaban contra una piedra.

El criado volvió. La señora iba a recibir al señor, y le hizo atravesar una segunda antesala; después, un gran salón, vestido de brocatel amarillo, con cordones en los rincones que se unían en el techo y parecían continuados por los adornos de la araña, que tenían la forma de cables. Indudablemente, la noche anterior había habido fiesta. Sobre las consolas quedaba ceniza de los cigarros.

Por fin, entró en una especie de tocador, al que confusamente daban luz cristales de color. Tréboles de madera tallada adornaban los altos de las puertas; detrás de una balaustrada, tres almohadones de púrpura componían un diván y el tubo de un narguile de platino rodaba por encima.

La chimenea, en vez de espejo, tenía un armario piramidal, que ostentaba

en sus tablillas toda una colección de curiosidades: relojes de plata antiguos, cornets de Bohemia, broches de pedrería, botones de verde jade, esmaltes, figuras de china, una virgencita bizantina con capa de plata sobredorada, y todo aquello se fundía en un crepúsculo dorado, con el azulado del color del tapiz, el nacarado reflejo de los taburetes, el tono leonado de las paredes, cubiertas de cuero marrón. En los ángulos, sobre pedestales, vasos de bronce con grupos de flores, que hacían pesada la atmósfera.

Rosanette apareció, vestida con una chupa de raso rosa, pantalón de casimir blanco, un collar de piastras y un casquete encarnado rodeado de una rama de jazmín.

Frédéric hizo un movimiento de sorpresa; después dijo que llevaba «la cosa en cuestión», presentándole el billete de banco.

Le miró ella muy absorta, y como continuaba con el billete en la mano, sin saber dónde ponerlo, dijo:

—Tómelo usted.

Lo cogió ella, y después lo arrojó sobre el diván y contestó:

—Es usted muy amable.

Era para pagar un terreno en Bellevue, que satisfacía así por anualidades. Semejante frescura ofendió a Frédéric. Por lo demás, tanto mejor; aquello le vengaba del pasado.

—Siéntese usted —dijo ella—. Ahí, más cerca. —Y añadió en tono grave—: En primer lugar, debo darle a usted las gracias, querido mío, por haber arriesgado la vida.

—¡Oh! Eso no es nada.

—¿Cómo? Al contrario. Eso es muy hermoso.

Y la mariscala le manifestó una gratitud embarazosa, porque debía de saber por Arnoux, que seguramente cedería a la necesidad de decirlo, que se había batido exclusivamente por él, según Arnoux se imaginaba.

«Quizá se burle de mí», pensó Frédéric.

Ya no tenía nada que hacer, y pretextando que tenía una cita, se levantó.

—No; quédese usted.

Volvió él a sentarse y la cumplimentó por su traje.

Ella contestó con aire de fatiga:

—Es el príncipe, que desea verme así. Y es preciso, además, fumar en semejantes máquinas —dijo Rosanette, señalando al narguile—. ¿Quiere usted

que lo probemos?

Trajeron fuego y, como quiera que todo aquello tardaba en encenderse, se puso a patear de impaciencia. Después se sintió presa de languidez y permaneció inmóvil en el diván, con un cojín debajo del brazo, el cuerpo algo torcido, doblada una rodilla y la otra pierna recta. La larga serpiente de cuero encarnado, que formaba un anillo en el suelo, se rodeaba a su brazo; apoyaba la boquilla de ámbar sobre sus labios y miraba a Frédéric, entornando los ojos a través del humo, cuyas nubes la envolvían. La aspiración de su pecho hacía gorjear el agua y murmuraba Rosanette de cuando en cuando:

—¡Pobre monín, pobre querido mío!

Procuraba él encontrar un asunto de conversación agradable, y se le presentó la idea de la Vatnaz, diciendo que le había parecido muy elegante.

—Pardiez —replicó la mariscala—. Es muy feliz esa con tenerme —sin añadir una palabra más, tantas restricciones había en sus pensamientos.

Ambos se sentían cortados y como si se hallaran en presencia de un obstáculo. En efecto, el duelo, cuya causa se creía Rosanette, había lisonjeado su amor propio. Después se admiró mucho de que Frédéric no se apresurase a prevalerse de su acción, y para obligarle a venir, inventó aquella necesidad de los quinientos francos. ¿Cómo Frédéric no reclamaba en pago un poco de ternura? Era aquel un refinamiento que la maravillaba, y en un momento de expansión, le dijo:

—¿Quiere usted venir con nosotros a los baños de mar?

—¿Cómo nosotros?

—Yo y mi pájaro; le haré pasar a usted por un primo mío, como en las comedias antiguas.

—Mil gracias.

—Bien, entonces tomará usted alojamiento cerca del nuestro.

La idea de ocultarse de un hombre rico le humillaba.

—No, eso es imposible.

—Como usted guste.

Rosanette volvió la cabeza y una lágrima cayó de sus párpados. Frédéric la percibió, y para demostrarle interés, dijo que se consideraba dichoso de verla al fin en posición excelente.

Ella se encogió de hombros. ¿Quién la afligía? ¿Sería, acaso, que no la amaban?

—¡Oh, a mí me aman siempre! —Y añadió—: Falta saber de qué manera.

Quejándose del calor que la ahogaba, la mariscala desabrochó su chupa, y sin más vestido alrededor de sus riñones que su camisa de seda, inclinó hacia atrás la cabeza, con un aire de esclava llena de provocaciones.

Un hombre de egoísmo menos reflexivo no hubiera pensado que el vizconde, el señor Comaing u otro pudiera sobrevenir. Pero Frédéric había sido burlado demasiadas veces por aquellas mismas miradas para comprometerse a una nueva humillación.

Quiso ella conocer sus relaciones, sus diversiones, y hasta llegó a informarse de sus negocios, y a ofrecerse a prestarle dinero si lo necesitaba. Frédéric, que nada tenía que hacer ya allí, cogió su sombrero.

—Vamos, querida, que se divierta usted mucho en su viaje; hasta la vista.

Movió ella los ojos y después, en tono seco, dijo:

—Hasta la vista.

Volvió a pasar por el salón amarillo y por la segunda antesala. En ella se veía sobre una mesa, entre un vaso lleno de tarjetas y un escritorio, un cofrecillo de plata cincelada: ¡era el de la señora Arnoux! Sintió entonces un estremecimiento y, a la vez, el escándalo de una profanación. Tentaciones le dieron de poner en él su mano, de abrirlo. Tuvo miedo de que le vieran y se marchó.

Frédéric fue virtuoso y no volvió más a casa de Arnoux.

Envió a su criado para que comprara los dos negros, haciéndole todas las recomendaciones indispensables, y la caja que los contenía salió aquella misma noche para Nogent. Al día siguiente, dirigiéndose hacia casa de Deslauriers, a la vuelta de la calle Vivienne y del bulevar, se encontró cara a cara con la señora Arnoux.

El primer movimiento de ambos fue hacerse atrás; después, la misma sonrisa asomó en sus labios y se reunieron. Durante un minuto, ninguno de los dos habló.

El sol daba en ella, y su figura oval, sus largas pestañas, su chal de encaje negro, moldeando la forma de sus hombros; su traje de seda, de gola de pichón; el ramo de violetas en la punta de su capota, todo le pareció de extraordinario esplendor. Una suavidad infinita exhalaban sus hermosos ojos, y balbuciendo las primeras palabras que se le ocurrieron, dijo Frédéric:

—¿Cómo está Arnoux?

—Bien. Muchas gracias.

—¿Y sus hijos?

—Están perfectamente.

—¡Ah... ah! Qué hermoso tiempo tenemos, ¿no es verdad?

—Magnífico, ciertamente.

—¿Va usted a hacer recados?

—Sí. —Y con una lenta inclinación de cabeza, añadió—: ¿Adiós?

No le había alargado la mano ni le había dirigido una sola frase afectuosa, ni siquiera le había invitado a ir a su casa. ¡Qué importaba! No hubiera cambiado aquel encuentro por la más grata de sus aventuras; iba saboreando su dulzura por todo el camino.

Deslauriers, sorprendido, al verle, disimuló su despecho, porque conservaba por obstinación alguna esperanza con la señora Arnoux, y había escrito a Frédéric que permaneciera en Nogent para estar más libre en sus maniobras.

Dijo, sin embargo, que se había presentado en casa de ella para saber si su contrato estipulaba la comunidad; entonces hubiera podido recurrirse contra la mujer, «y ella ha puesto una cara singular cuando le he hablado de tu matrimonio».

Pero ¡qué invención!

—Era preciso para demostrarle que tenías necesidad de tus capitales. Una persona indiferente no hubiera sentido la especie de síncope que sintió.

—¿De veras? —exclamó Frédéric.

—¡Ah, amigo mío, caro te vendes! Sé franco, vamos.

Una inmensa cobardía dominó al enamorado de la señora Arnoux.

—Pues no... te aseguro... mi palabra de honor.

Aquellas blandas negativas acabaron de convencer a Deslauriers, que le cumplimentó, pidiéndole detalles. Frédéric no los dio y hasta resistió al deseo de inventarlos.

En cuanto a la hipoteca, le dijo que no hiciera nada y esperase. Deslauriers le manifestó que le parecía mal, e incluso fue brutal en sus observaciones.

Además, estaba más sombrío, malévolo e irascible que nunca. Si en un año no cambiaba la fortuna se embarcaría para América o se levantaría la tapa de los sesos. Se mostraba, en fin, tan furioso contra todo y de un radicalismo tan absoluto, que Frédéric no pudo menos de decirle:

—Te pareces a Sénécal.

Deslauriers, con este motivo, le manifestó que había salido de Sainte-Pélagie porque el sumario no suministró bastantes pruebas, sin duda, para procesarle.

Por la alegría de su libertad, Dussardier quiso «dar un ponche», y rogó a Frédéric «que fuese de ellos», advirtiéndole de todos modos que allí encontraría a Hussonnet, que se había mostrado excelente con Sénécal.

En efecto, Le Flambard se había hecho órgano de una agencia de negocios, que decía en sus prospectos: «Agencia de viñedos, de publicidad, de cobros y noticias, etcétera...». Pero el bohemio temía que su industria perjudicara a su concepto literario, y había tomado al matemático para que llevara las cuentas. Aunque la plaza fuera mediana, Sénécal, sin ella, se hubiera muerto de hambre. Frédéric, no queriendo afligir al bravo dependiente, aceptó su invitación.

Dussardier, con tres días de anticipación, había encerado por sí mismo los ladrillos de su buhardilla, limpiando la butaca y chimenea, en la que se veía, bajo un globo, un reloj de alabastro entre una estalactita y un coco. Como sus dos candeleros y su palmatoria no eran suficientes, había pedido prestadas al conserje dos velas; y aquellas cinco luminarias brillaban sobre la cómoda, cubierta con tres servilletas, para que soportara más decentemente macarrones, bizcochos, un brioche y doce botellas de cerveza. Enfrente, adosada a la pared empapelada de amarillo, un pequeño armario de caoba contenía Las fábulas de Lachambeaudie, Los misterios de París, el Napoleón de Norvins, y en el centro de la alcoba sonreía, en su marco de palisandro, el rostro de Béranger.

Los convidados eran, además de Deslauriers y Sénécal, un reciente farmacéutico, que no tenía los fondos necesarios para establecerse, un joven de su casa de comercio, un encargado de designar los puestos en mercados y ferias para los vinos, un arquitecto y un señor empleado de los seguros. Regimbart no había podido ir, y se le echó de menos.

Acogieron a Frédéric con grandes demostraciones de simpatía: todos conocían, por Dussardier, sus palabras en casa del señor Dambreuse. Sénécal se contentó con alargarle la mano con aire digno.

Estaba apoyado en la chimenea. Los demás, sentados y con la pipa en los labios, le oían discutir acerca del sufragio universal, de donde debía resultar el triunfo de la democracia, la aplicación de los principios del Evangelio. Además, el momento se acercaba; los banquetes reformistas se multiplicaban en las provincias: el Piamonte, Nápoles, la Toscana...

—Eso es verdad —dijo Deslauriers, cortándole en redondo la palabra—. Esto no puede durar por más tiempo.

Y se puso a describir el cuadro de la situación.

Habíamos sacrificado a Holanda para obtener de Inglaterra el reconocimiento de Luis Felipe, y aquella famosa alianza inglesa se había perdido gracias a los matrimonios españoles. En Suiza, Guizot, a remolque del austríaco, sostenía los tratados de 1815. La Prusia, con su Zollverein, nos preparaba dificultades. La cuestión de Oriente continuaba pendiente.

—Eso no es razón para que el gran duque Constantino envíe regalos al de Aumale para fiarse mucho de Rusia. En cuanto al interior, jamás se ha visto mayor ceguedad, mayor tontería. La misma mayoría no se sostiene ya. Por todas partes, en fin, eso es, según la conocida frase, nada, nada, nada. Y ante vergüenzas tantas —proseguía el abogado, poniendo sus puños en las caderas— se declaran satisfechos.

Aquella alusión a un voto célebre provocó aplausos. Dussardier destapó una botella de cerveza: la espuma manchó las cortinas, pero él no se preocupó; alargó las pipas, cató el brioche, ofreció, bajó muchas veces para ver si el ponche iba a llegar, y no tardaron en exaltarse, pues todos tenían contra el poder igual exasperación violenta y sin otra causa que el odio a la injusticia, mezclando a las culpas legítimas los más necios reproches.

El farmacéutico gimió acerca del deplorable estado de nuestra flota. El corredor de seguros no toleraba los dos centinelas del mariscal Soult. Deslauriers denunció a los jesuitas, que acababan de instalarse en Lille, públicamente. Sénécal execraba aún más a Cousin, porque el eclecticismo, que enseña a obtener la certidumbre de la razón, desarrolla el egoísmo, destruye la solidaridad; el tratante de vinos, comprendiendo poco aquellas materias, observó muy alto que se olvidaba de muchas infamias.

—El vagón real de la línea del norte debe de costar ochenta mil francos.

—¿Quién los pagará?

—Sí, ¿quién los pagará? —replicó el empleado de comercio, furioso como si hubieran sacado aquel dinero de su bolsillo.

Siguieron las recriminaciones contra los lobos terribles de la Bolsa y la corrupción de los funcionarios. Debía elevarse aún más la acusación, según Sénécal, y dirigirse primero contra los príncipes, que resucitaban las costumbres de regencia.

—¿No han visto ustedes últimamente a los amigos del duque de Montpensier volver de Vincennes, ebrios indudablemente, y turbar con sus canciones a los obreros del arrabal de Saint-Antoine?

—Hasta se ha gritado «¡Abajo los ladrones!» —dijo el farmacéutico—. Yo estaba allí y grité también.

—¡Tanto mejor! El pueblo, al fin, se despierta, después del proceso de Teste-Cubières.

—A mí ese proceso me ha dado pena —dijo Dussardier—, porque eso deshonra a un antiguo soldado.

—¿Saben ustedes —añadió Sénécal— qué se ha descubierto en casa de la duquesa de Praslin...?

Pero la puerta se abrió de un puntapié y entró Hussonnet.

—¡Salud, señores míos! —dijo, sentándose sobre la cama.

No se hizo alusión alguna a su artículo, que por su parte lamentaba, por haberle zurrado fuerte la mariscala a propósito de él.

Venía de ver, en el teatro de Dumas, El caballero de la Casa Roja, y encontraba aquello fastidioso.

Semejante juicio admiró a los demócratas, porque aquel drama, por sus tendencias, sus decoraciones más bien, halagaba las pasiones. Protestaron. Sénécal, para terminar, preguntó si la pieza servía a la democracia.

—Sí... quizá; pero es de un estilo...

—Pues entonces es buena. ¿Qué es el estilo? La idea es lo principal. —Y sin dejar que hablara Frédéric, añadió—: Decía yo que en el asunto Praslin...

Hussonnet le interrumpió.

—Un achuchón más. ¡Cuánto me fastidia eso!

—Y a otros, además —replicó Deslauriers—. ¡Ese negocio ha hecho recoger nada más que cinco periódicos! Escuchen ustedes esta nota. —Y sacando su libro de memorias, leyó—: «Hemos sufrido, desde el establecimiento de la mejor de las repúblicas, mil doscientos veintinueve procesos contra la prensa, de donde ha resultado para los escritores: tres mil ciento cuarenta y un años de prisión, con la ligera suma de siete millones ciento diez mil quinientos francos de multa». Es gracioso, ¿eh?

Todos se sonreían amargamente. Frédéric, tan animado como los demás, repuso:

—La democracia pacífica tiene su proceso contra tu folletín, que es una novela titulada De parte de las mujeres.

—Vamos bien —dijo Hussonnet—. ¡Si nos prohíben nuestra parte de las mujeres...!

—Pero ¿qué es lo que no está prohibido? —exclamó Deslauriers—. Está prohibido fumar en el Luxemburgo, prohibido cantar el himno a Pío Noveno.

—¡Si hasta se prohíbe el banquete de los tipógrafos! —articuló una voz sorda.

Era la del arquitecto, oculto por la sombra en la alcoba, y hasta aquel momento silencioso. Añadió que en la semana pasada habían condenado a un llamado Rouget por ultrajes al rey.

—Salmonete Rouget está frito —dijo Hussonnet.

Aquella gracia pareció del todo inconveniente a Sénécal, que le reprochó por defender «al juglar del ayuntamiento, al amigo del traidor Dumouriez».

—¿Yo? Al contrario.

Él encontraba a Luis Felipe necio, guardia nacional, lo más tendero y gorro de algodón que pudiera imaginarse. Y poniendo la mano sobre el corazón, el bohemio pronunció las frases sacramentales: «Siempre con nuevo placer... La nacionalidad polaca no perecerá... Se continuarán nuestros grandes trabajos... Dadme dinero para mi modesta familia...». Todos se reían mucho, proclamándole un muchacho delicioso, lleno de ingenio; la alegría se redobló ante la vista de una ponchera llena que un cafetero llevó.

Las llamas de alcohol y las de las bujías calentaron pronto la habitación; y la luz de la buhardilla, atravesando el patio, iluminaba enfrente el alero del tejado, con el tubo de una chimenea que se alzaba recta y negra en la oscuridad. Hablaban muy alto, todos a la vez; se habían quitado las levitas, tropezaban con los muebles, chocaban los vasos.

Hussonnet gritó:

—Hagan ustedes subir grandes señoras para que esto sea más torre de Nesle, con color local y rembrandtesco, ¡caray!

Y el farmacéutico, que bebía ponche indefinidamente, entonó a plena voz:

—«Tengo dos grandes bueyes en mi establo, dos grandes bueyes blancos...».

Sénécal le puso la mano sobre la boca, porque no gustaba del desorden; y los inquilinos se asomaban a las ventanas, sorprendidos por aquel ruido insólito que salía del alojamiento de Dussardier.

El excelente muchacho era feliz, y dijo que aquello le recordaba las modestas sesiones de otro tiempo, en el muelle Napoleón; muchos faltaban, sin embargo, como Pellerin...

—Podemos pasar sin él —observó Frédéric.

Y Deslauriers se informó de Martinon.

—¿Qué hace ese interesante caballero?

Al punto, Frédéric, desahogando la mala voluntad que le tenía, atacó su ingenio, su carácter, su falsa elegancia, el hombre entero. Era todo un tipo de aldeano, improvisado señorito, la aristocracia nueva, la burguesía, no valía lo que la antigua, la nobleza. Sostenía aquella, y los demócratas aprobaban, como si él hubiera formado parte de la una, y hubieran frecuentado los otros la otra. Quedaron encantados de él. El farmacéutico hasta le comparó a d'Alton Shée, que, aunque par de Francia, defendía la causa del pueblo.

La hora de marcharse había llegado. Todos se separaron con grandes apretones de manos; Dussardier, por ternura, acompañó a Frédéric y Deslauriers. Desde que estuvieron en la calle, el abogado parecía reflexionar, y dijo después de un momento de silencio:

—¿Aborreces mucho, pues, a Pellerin?

Frédéric no ocultó su rencor.

El pintor había retirado, sin embargo, de la muestra el famoso cuadro. No debían indisponerse por fruslerías. ¿Para qué hacerse un enemigo?

—Ha cedido a un minuto de mal humor, excusable en un hombre que no tiene un céntimo. Tú puedes comprender eso.

Y Deslauriers subió a su casa, pero el dependiente no abandonó a Frédéric, y hasta le excitó a que comprara el retrato. En efecto, Pellerin, desesperado de intimidarle, les había preparado para que por sus gestiones tomara la tela.

Dussardier volvió a hablar de ella. Insistió. Las pretensiones del artista eran razonables.

—Estoy seguro de que quizá mediante quinientos francos...

—¡Ah... dáselos, tómalos! —dijo Frédéric.

Aquella misma noche le llevaron el cuadro. Le pareció más abominable aún que la primera vez. Las medias tintas y las sombras se habían aplomado con los retoques demasiado numerosos, y parecían oscurecidos con relación a las luces, que permanecían brillantes a trechos y desentonaban el conjunto.

Frédéric se vengó de haberlo pagado denigrándolo amargamente. Deslauriers lo creyó bajo su palabra y aprobó su conducta, porque ambicionaba siempre constituir una falange de la que sería el jefe; ciertos hombres se regocijaban de hacer a sus amigos cosas que les son desagradables.

Frédéric, a pesar de todo, no había vuelto a casa de los Dambreuse. Dos capitales le faltaban, y esto daría lugar a infinitas explicaciones; vacilaba en decidirse. ¿Tendría quizá razón? Nada era seguro, ahora, ni el negocio de las hullas ni otro alguno; era preciso abandonar aquella sociedad; por fin,

Deslauriers le separó de la empresa. A fuerza de odio se volvía virtuoso; y, además, quería más a Frédéric en la medianía. De esa manera permanecía su igual y en más íntima comunicación con él.

La comisión de la señorita Roque había sido muy mal ejecutada. Su padre le escribió, suministrándole las más precisas explicaciones, y finalizaba su carta con esta broma: «A riesgo de ponerle a usted melancólico».

Frédéric no tenía más remedio que volver a casa de Arnoux. Subió al almacén y no vio a nadie. La casa de comercio se hundía, y los empleados imitaban la incuria del principal.

Dejó a un lado el largo armario, cargado de porcelanas, que ocupaba de uno a otro extremo de la habitación; después, llegado al fondo, delante del escritorio, pisó más fuerte para hacerse oír.

El portier se levantó y apareció la señora Arnoux.

—¡Cómo! ¿Usted aquí, usted?

—Sí —balbució ella, algo turbada—. Buscaba...

Vio un pañuelo cerca del pupitre, y adivinó que había bajado a la habitación de su marido para acallar sin duda alguna inquietud.

—Pero... ¿tiene usted quizá necesidad de algo? —preguntó ella.

—Poca cosa, señora.

—Estos dependientes son intolerables; siempre están ausentes.

No había que condenarlos; por el contrario, se felicitaba de la circunstancia.

Ella le miró irónicamente.

—Y bien, ¿y ese matrimonio?

—¿Qué matrimonio?

—El de usted.

—Yo, jamás en mi vida.

Hizo ella un gesto de incredulidad.

—Y aun cuando eso fuera... uno se refugia en la medianía, por desesperación de lo hermoso que uno ha soñado.

—No todos los sueños de usted, sin embargo, eran tan... cándidos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Cuando se paseaba usted en las carreras con... ¡personas!

Maldijo a la mariscal; pero un recuerdo acudió a su mente y dijo:

—Pero usted misma, en otro tiempo, me rogó que la viera, en interés de Arnoux.

Y ella replicó moviendo la cabeza:

—Y usted se aprovechaba de eso para distraerse.

—Olvidemos, por Dios, todas esas tonterías.

—Es justo, puesto que va usted a casarse.

Y retenía un suspiro, mordiéndose los labios.

Entonces él gritó:

—Le repito a usted que no. ¿Puede usted creer que yo, con mis necesidades de inteligencia, mis costumbres, vaya a esconderme en provincias para jugar a las cartas, vigilar trabajadores y pasearme en zapatillas? ¿Con qué otro objeto, entonces? Le han contado a usted que era rica, ¿no es verdad? ¡Bah, yo me río del dinero! Es que después de haber deseado cuanto hay de más bello, de más tierno, de más encantador, una especie de paraíso en forma humana, y cuando lo he encontrado, por fin, ese ideal, cuando esa visión me oculta las demás... —Y cogiéndole la cabeza con ambas manos empezó a besarle los párpados, repitiendo—: No, no; jamás me casaré, jamás, jamás.

Ella aceptaba aquellas caricias absorta por la sorpresa y por el gozo.

La puerta del almacén, de lo alto de la escalera, se abrió. Ella dio un salto y permaneció con la mano extendida como para pedirle silencio. Se aproximaron pasos; después, alguien dijo desde fuera:

—¿Está ahí la señora?

—Adelante.

La señora Arnoux tenía el codo sobre el escritorio, y movía una pluma entre los dedos, tranquilamente, cuando el tenedor de libros alzó el portier.

Frédéric se levantó.

—Señora, tengo el honor de saludarla. El servicio estará pronto, ¿no es verdad? ¿Puedo contar con ello?

Ella nada respondió; pero aquella muda complicidad inflamó su rostro de todos los rubores del adulterio.

Al día siguiente volvió a casa de ella, y fue recibido. Con el fin de perseguir sus ventajas, inmediatamente, sin preámbulo, Frédéric empezó por justificarse del encuentro en el Campo de Marte. Solo la casualidad le había hecho tropezar con aquella mujer. Admitiendo que fuese linda (cosa que no

era cierta), ¿cómo podía detenerse en ella su pensamiento, ni aun por un minuto, puesto que amaba a otra?

—Lo sabe usted bien; se lo he dicho a usted.

La señora Arnoux bajó la cabeza.

—Siento que me lo haya usted dicho.

—¿Por qué?

—Las más elementales conveniencias exigen ahora que yo no vuelva a verle.

Protestó él de la inocencia de su amor. El pasado respondía del porvenir: se había prometido no perturbar su existencia, no aturdirla con sus lamentaciones.

—Pero ayer mi corazón se desbordaba —dijo Frédéric.

—No debemos pensar más en aquel momento, amigo mío.

—Sin embargo, ¿qué mal habría en que dos pobres seres confundieran su tristeza? —Y después—: Porque usted tampoco es feliz. ¡Oh, yo la conozco a usted! No tiene usted a nadie que comprenda la necesidad de afecto, de sacrificio que usted siente. ¡Yo haré todo lo que usted quiera! ¡No la ofenderé... se lo juro!

Y se dejó caer de rodillas, a su pesar, aplanado por un peso interior demasiado grave.

—Levántese usted —dijo ella—. Le quiero.

Y le declaró que si no obedecía, no la volvería a ver nunca.

—¡Ah, le desafío a usted! —repuso Frédéric—. ¿Qué es lo que tengo que hacer yo en el mundo? Los demás se esfuerzan por la riqueza, la celebridad, el poder. Yo no tengo estado; usted es mi ocupación exclusiva; toda mi fortuna, el objeto, el centro de mi existencia, de mis pensamientos. ¡Yo no puedo vivir sin usted, como no podría vivir sin el aire del cielo! ¿Es que no siente usted la aspiración de mi alma subir hasta la de usted, y que deben confundirse, y que muero por realizarlo?

La señora Arnoux se puso a temblar violentamente.

—Váyase usted, se lo ruego.

La expresión perturbada de su semblante le detuvo. Después adelantó un paso, pero ella se hizo atrás, y juntando las dos manos dijo:

—¡Déjeme usted, en nombre del cielo, por gracia!

Y Frédéric la amaba de tal modo, que salió.

Muy pronto se encolerizó consigo mismo, se reconoció un imbécil, y veinticuatro horas después volvió. La señora no estaba. Permaneció sobre la mesa, aturdido de furor e indignación. Arnoux se presentó y le dijo que su mujer, aquella misma mañana, se había marchado para instalarse en una casita de campo que alquilaban en Auteuil, porque ya no poseían la de Saint-Cloud.

—Esta es una más de sus humoradas. En fin, puesto que eso le agrada, y a mí también, ¡tanto mejor! ¿Cenaremos juntos esta noche?

Frédéric alegó un negocio urgente, y enseguida corrió a Auteuil.

La señora Arnoux dejó escapar un grito de alegría. Entonces todo su rencor desapareció.

Frédéric no habló de su amor. Para inspirarle mayor confianza, hasta exageró su reserva, y cuando preguntó si podría volver, ella contestó: «Sin duda», ofreciendo su mano, que casi al punto retiró.

Él, desde entonces, menudeó sus visitas. Prometía al cochero gruesas propinas. Pero, con frecuencia, la lentitud del caballo le impacientaba, y se bajaba, y, sin aliento, subía en un ómnibus. ¡Cómo desdeñaba las caras de las gentes sentadas enfrente de él, y que no iban a casa de ella!

Reconocía desde lejos su casa, en una enorme madreselva que cubría por un solo lado las tejas. Se trataba de una especie de chalet suizo, pintado de rojo, con un balcón exterior. Había en el jardín tres viejos castaños, y en el centro, sobre una elevación, un quitasol de paja sostenido por el tronco de un árbol. Bajo la pizarra de los muros, una gruesa parra mal sujeta colgaba por algunos lados, como un cable destrozado. La campanilla de la verja, un poco fuerte, prolongaba su repique, y había que esperar siempre mucho tiempo hasta que venían. Cada vez que esto pasaba sentía una angustia, un temor indeterminado.

Después oía crujir en la arena las pantuflas de la criada; o bien el mismo Arnoux se presentaba. Un día llegó hasta detrás de ella, que agachada sobre el césped buscaba violetas.

El carácter de su hija la había obligado a meterla en un convento. Su chiquillo pasaba las tardes en una escuela. Arnoux celebraba largos almuerzos en el Palacio Real con Regimbart y el amigo Compain. Ningún fastidioso podía sorprenderlos.

Estaba decidido a que no debían pertenecerse.

Aquella convivencia, que les garantizaba del peligro, facilitaba sus expansiones.

Ella le contó su existencia de otro tiempo, en Chartres, casa de su madre; su devoción hacia los doce años; después, su furor por la música, cuando cantaba hasta la noche, en su cuartito, desde donde se veían las murallas. Él le contó sus melancolías en el colegio, o cómo en su cielo poético resplandecía un rostro de mujer, de tal suerte que al verla por primera vez, la había reconocido.

Aquellos discursos no abrazaban, generalmente, sino los años de su trato. Él le recordaba detalles insignificantes, el color de su traje en tal época; qué persona se había presentado tal día; lo que ella había dicho en cierta ocasión, y ella contestaba por completo maravillada:

—Sí, lo recuerdo.

Sus gustos, sus juicios eran los mismos. A menudo el que escuchaba al otro exclamaba:

—¡Yo también!

Después venían las quejas interminables contra la providencia:

—¿Por qué el cielo no lo ha querido? ¡Si nos hubiéramos encontrado...!

—¡Ah, si yo hubiera sido más joven! —suspiraba ella.

—No, yo un poco más viejo.

Y se imaginaba una vida exclusivamente fecunda para llenar las más vastas soledades, abundante en todas las alegrías, desafiando todas las miserias, en que las horas hubieran desaparecido en una continuada expansión de sí mismo, y que habría producido algo de resplandeciente y elevado como la palpitación de las estrellas.

Casi siempre estaban al aire libre, en lo alto de la escalera. Las cimas de los árboles, amarillentos por el otoño, se alzaban ante ellos, desigualmente, hasta el borde del pálido cielo; o bien iban al extremo de la avenida, a un pabellón que tenía por único mueble un canapé de lienzo gris. Puntos negros manchaban el espejo; las paredes exhalaban olor a húmedo, y allí permanecían hablando de sí mismos, de los demás, de no importaba qué, encantados. Algunas veces, los rayos del sol, atravesando la celosía, pendían desde el techo hasta las piedras, como las cuerdas de una lira; brumas de polvo revoloteaban entre aquellas barras luminosas. Ella se entretenía en apartarlas con su mano; Frédéric se la cogía suavemente y contemplaba el enlace de sus venas, los poros de su piel, la forma de sus dedos, cada uno de los cuales era para él, más que una cosa, casi una persona.

Le daba ella sus guantes; la semana siguiente, su pañuelo. Le llamaba «Frédéric»; él la llamaba «Marie», adorando aquel nombre, expresamente hecho, decía, para ser suspirado en éxtasis, y que parecía contener nubes de

incienso, de capas de rosas.

Llegaron a fijar de antemano el día de sus visitas, y saliendo como por casualidad, iba a buscarle al camino.

Ella no hacía nada para excitar su amor, perdida en esa indolencia que caracteriza las grandes dichas. Durante toda la estación llevó un traje de estar por casa, de seda oscura, adornado con terciopelo del mismo color; vestido ancho, que convenía a la suavidad de sus actitudes y de su fisonomía seria. Por otra parte, empezaba el mes de agosto, el mes de las mujeres, época a la vez de reflexión y ternura, en que la madurez que empieza colorea la mirada de una llama más profunda, cuando la fuerza del corazón se mezcla con la experiencia de la vida y, al fin de su desarrollo, el ser completo se desborda de riquezas en la armonía de su belleza. Jamás había tenido mayor dulzura, mayor indulgencia. Segura de no desfallecer, se abandonaba a un sentimiento que le parecía un derecho conquistado por sus penas. ¡Aquello era, además, tan bueno y tan nuevo! ¡Qué abismo entre la grosería de Arnoux y las adoraciones de Frédéric!

Él temblaba ante la idea de perder por una palabra todo lo que creía haber ganado, diciéndose que puede llegar una ocasión, pero que no se corrige jamás una necesidad. Quería que ella se diera, y no tomarla. La seguridad de su amor le deleitaba como un precedente de la posesión, y después el encanto de su persona le turbaba más el corazón que los sentidos. Era aquella una beatitud indefinida, una tal embriaguez, que hasta se olvidaba de la posibilidad de una dicha absoluta. Lejos de ella le devoraban furiosas angustias.

Muy pronto hubo en sus diálogos grandes intervalos de silencio. A veces, una especie de pudor sexual les hacía ruborizarse uno ante otro. Todas las precauciones para ocultar su amor lo denunciaban; cuanto mayor se hacía, más reservadas eran sus maneras. Con el ejercicio de tal mentira se exasperó su sensibilidad. Gozaban deliciosamente del perfume de las hojas húmedas, sufrían viento del este; sentían irritaciones sin causa, presentimientos fúnebres; un ruido de pasos, el crujido de una madera, les ocasionaba espantos, como si hubiesen sido culpables; se veían lanzados a un abismo; una atmósfera tormentosa los envolvía, y cuando se le escapaban a Frédéric lamentaciones, se acusaba a sí misma.

—Sí, hago mal. ¡Parezco una coqueta! No venga usted más.

Entonces repetía él los propios juramentos, que escuchaba ella siempre con placer.

Su regreso a París y las complicaciones del día del año nuevo suspendieron un tanto sus entrevistas. Cuando volvió mostraba en sus maneras algo de más atrevido. Salía ella a cada paso para dar órdenes, y recibía, a pesar de sus

ruegos, a cuantos venían a verla. Se entregaban entonces a conversaciones sobre Léotade, Guizot, el Papa, la insurrección de Palermo y el banquete del duodécimo distrito, que inspiraban inquietudes. Frédéric se desahogaba declamando contra el poder; porque deseaba, como Deslauriers, un trastorno universal: tal era por entonces su acritud. La señora Arnoux, por su parte, se ponía sombría.

Su marido, prodigando las extravagancias, mantenía una obrera de la manufactura, a la que llamaban la bordelesa. La señora Arnoux se lo contó ella misma a Frédéric. Él quería sacar de allí un argumento, «puesto que la traicionaban».

—¡Oh, no me preocupa eso nada! —dijo ella.

Aquella declaración le pareció afirmar completamente su intimidad. ¿Desconfiaba de Arnoux?

—No; ahora no.

Y le contó que una noche los dejó solos, y volvió a escuchar detrás de la puerta, y como ambos hablaban de cosas indiferentes, desde aquel tiempo vivía en completa seguridad.

—Y con razón —dijo amargamente Frédéric.

—Indudablemente.

Mejor hubiera hecho no arriesgando semejante frase.

Un día no estaba ella en casa a la hora en que él acostumbraba ir, y lo consideró como una traición.

Se enfadó, después de ver las flores que tenía siempre colocadas en un vaso de agua.

—¿Dónde quiere usted que estén?

—Ahí no. Por lo demás, ahí están menos fríamente que en su corazón.

Algún tiempo más tarde le reprochó por haber asistido la víspera a los Italianos sin avisarle. Otros la habían visto, admirado, amado quizá; deteniéndose Frédéric en aquellas sospechas, únicamente para atormentarla con sus quejas; porque empezaba a aborrecerla, y lo menos que le correspondía era una parte de sus sufrimientos.

Una tarde, hacia mediados de febrero, la sorprendió muy conmovida. Eugène se quejaba de la garganta. El doctor había dicho, sin embargo, que aquello no era nada: un fuerte constipado, la gripe. Frédéric se admiró del trastorno del niño. No obstante, tranquilizó a su madre, citando el ejemplo de muchos chiquillos de su edad que acababan de pasar semejantes afecciones, y

se curaron muy pronto.

—¿De veras?

—Sí, seguro.

—¡Oh, qué bueno es usted! —Y le cogió la mano; él la estrechó en la suya.

—Déjela usted.

—¿Qué importa si es al que consuela a quien usted la ofrece...? Me cree usted en todas estas cosas, y duda usted de mí... cuando le hablo de mi amor.

—No dudo, pobre amigo mío.

—¿Por qué esa desconfianza, como si fuera yo un miserable, capaz de abusar...?

—¡Oh, no...!

—Si yo tuviera siquiera una prueba...

—¿Qué prueba?

—La que se concede al primero que llegase; la que a mí mismo me habéis concedido.

Y le recordó que una vez habían salido juntos, en un crepúsculo de invierno, en tiempo nublado. Todo aquello estaba ahora ya muy lejos. ¿Quién le impedía mostrarse de su brazo delante de todo el mundo, sin temor por su parte ni segunda intención por la suya, no habiendo nadie a su alrededor para importunarlos?

—Sea —dijo ella, con una valentía que dejó estupefacto a Frédéric.

Pero repuso vivamente:

—¿Quiere usted que la espere en la esquina de la calle Tronchet y de la calle Ferme?

—Dios mío, amigo mío —balbució la señora Arnoux.

Sin darle tiempo para reflexionar, añadió él:

—El martes próximo, ¿eh?

—¿El martes?

—Sí; entre dos y tres.

—Allí estaré.

Y volvió su rostro, en un movimiento de bochorno. Frédéric puso los labios en su nuca.

—¡Oh, eso no está bien hecho! —dijo ella—. No haga usted que me arrepienta.

Se separó él temiendo la movilidad ordinaria de las mujeres. Después, en el umbral, murmuró suavemente, como cosa enteramente convenida:

—Hasta el martes.

Bajó ella los ojos de manera discreta y resignada.

Frédéric tenía un plan. Esperaba que, merced a la lluvia o el sol, podría hacerla detenerse en un portal, entraría en la casa. Lo difícil era encontrar una excusa.

Empezó sus investigaciones, y hacia el centro de la calle Tronchet leyó de lejos un anuncio que decía: «Habitaciones amuebladas».

El mozo, comprendiendo su intención, le enseñó inmediatamente, en el entresuelo, una sala y un gabinete con dos salidas. Frédéric lo tomó por un mes y pagó por adelantado.

Después se fue a tres tiendas, para comprar la más rara perfumería; adquirió un trozo de guipure de imitación para sustituir el hermoso cubrepies de algodón encarnado, y escogió un par de pantuflas de raso azul; solo el temor de parecer grosero le moderó en sus compras; volvió con ellas, y con mayor devoción que los que levantan altares, cambió los muebles de sitio, arregló él mismo las cortinas, puso leña en la chimenea, violetas sobre la cómoda, y hubiera deseado alfombrar de oro el cuarto: «Mañana es —se decía—. Sí, mañana, no sueño». Y sentía palpar fuertemente su corazón ante el delirio de su esperanza; luego, cuando todo estuvo a punto, se metió la llave en el bolsillo, como si la dicha, que allí vagaba, hubiera podido escaparse.

Una carta de su madre le aguardaba en su casa:

«¿Por qué tan larga ausencia? Tu conducta empieza a parecer ridícula. Comprendo que, en cierta medida, vacilaras al principio ante esta unión; ¡sin embargo, reflexiona!».

Y precisaba las cosas; cuarenta y cinco mil libras de renta. Además, «se hablaba de esto». Y el señor Roque esperaba una respuesta definitiva.

En cuanto a la joven, su posición era verdaderamente difícil: «Te ama mucho».

Frédéric arrojó la carta sin acabar de leerla, y abrió otra de Deslauriers. «Mi antiguo amigo: La pera está madura. Según tus promesas, contamos contigo. Nos reunimos mañana al amanecer en la plaza del Panteón. Entra por el café Soufflot. Es preciso que te hable antes de la manifestación».

«¡Oh! Conozco bien sus manifestaciones. Mil gracias; tengo una cita más

agradable».

Al día siguiente, desde las once, Frédéric salió. Quería dar la última ojeada a los preparativos. Después, ¿quién sabe?, podría ella anticiparse por una circunstancia cualquiera. Al desembocar en la calle de Tronchet oyó detrás de la Madeleine un gran clamoreo, avanzó y vio al fondo de la plaza, a la izquierda, gentes de blusa y de la clase media.

En efecto, por un manifiesto publicado en los periódicos, estaban convocados en aquel sitio todos los suscriptores al banquete reformista. El ministerio, casi inmediatamente, había dictado un bando prohibiéndolo. La víspera la oposición parlamentaria había renunciado a verificarlo; pero los patriotas, que ignoraban aquella resolución de los jefes, habían acudido a la cita, seguidos de gran número de curiosos. Una diputación de las escuelas había ido antes a casa de Odilon Barrot. En aquel momento se hallaban en el Ministerio de Asuntos Exteriores; y no se sabía si el banquete tendría lugar, si el gobierno ejecutaría su amenaza, si se presentarían los guardias nacionales. Se aborrecía a los diputados como al poder. La muchedumbre aumentaba más y más, cuando de repente vibró en los aires el canto de La Marsellesa.

Era la columna de los estudiantes que llegaba. Marchaban al paso, en dos filas, con irritado aspecto, desnudas las manos y gritando todos por intervalos:

—¡Viva la reforma! ¡Abajo Guizot!

Los amigos de Frédéric seguramente estaban allí. Iban a verle y a arrastrarle. Se refugió vivamente en la calle Arcade.

Cuando los estudiantes dieron dos vueltas por la Madeleine, bajaron hacia la plaza de la Concorde, que estaba llena de gente, y la muchedumbre amontonada; parecía, desde lejos, un campo oscilante de piedras negras.

En aquel momento soldados de línea se ordenaron en batalla, a la izquierda de la iglesia.

Los grupos, sin embargo, se detenían. Para acabar, agentes de policía, de paisano, prendían a los más levantiscos y los llevaban a la prevención, brutalmente. Frédéric, a pesar de su indignación, permaneció mudo; hubieran podido prenderle como a los demás y habría faltado a la entrevista con la señora Arnoux.

Poco tiempo después aparecieron los cascos de los municipales, y golpearon a su alrededor con el sable de plano. Un caballero se cayó; corrieron a auxiliarle, y en cuanto el caballero estuvo en la silla, todos huyeron.

Entonces se hizo un gran silencio. La fría lluvia, que había mojado el asfalto, ya no caía. Se alejaban las nubes, blandamente heridas por el viento del oeste.

Frédéric se puso a recorrer la calle Tronchet, mirando hacia adelante y hacia atrás.

Las dos sonaron, por fin.

«¡Ah! Ahora es —se dijo—. Sale de su casa. Se acerca». Y un minuto después: «Ya tenía tiempo de haber venido». Hasta las tres procuró calmarse. «No; aún no tarda. Un poco de paciencia».

Y, para entretenerse, examinaba las pocas tiendas que se veían: un librero, un sillero, un almacén de objetos de lujo. Pronto conoció los nombres de las obras, todos los arneses, todas las telas. Los comerciantes, a fuerza de verle pasar y repasar continuamente, se admiraron, primero; después, asustados, cerraron sus escaparates.

Indudablemente, había tenido un impedimento, y sufría por él también. Pero ¡qué alegría en el acto! Porque iba a venir, eso era cierto. «Me lo ha prometido». Sin embargo, una angustia intolerable le sobrecogía.

Por un movimiento absurdo, entró en el hotel, como si hubiera podido encontrarse allí. En aquel mismo instante llegaría quizá a la calle; y escapó hacia ella. ¿Nadie? Y volvió a recorrer la acera.

Se fijaba en las hendiduras de las baldosas, en la boca de los canales, en los candelabros, en los números de encima de las puertas. Los más pequeños objetos se convertían en compañeros suyos, o más bien en espectadores irónicos; y las fachadas regulares de las casas le parecían inexorables... Sentía frío en los pies, y como si se viera agobiado. La repercusión de sus pasos le golpeaba el cerebro.

Cuando vio que eran las cuatro en su reloj experimentó un vértigo, un espanto. Intentó repetir versos, calcular cualquier cosa, inventar una historia. Imposible; la imagen de la señora Arnoux le dominaba. Tenía ganas de correr a su encuentro. Pero ¿qué camino tomaría para no cruzarse?

Llamó a un mozo de esquina, le puso en la mano cinco francos y le encargó que fuera a la calle Paradis, en casa de Jacques Arnoux, para averiguar del portero «si estaba la señora». Después se plantó en la esquina de la calle Ferme y la calle Tronchet, de manera que las pudiese ver simultáneamente. Al fondo de la perspectiva, en el bulevar, se deslizaban confusas masas. A veces distinguía el penacho de un dragón, un sombrero de mujer, y alargaba sus pupilas para reconocerla. Un chiquillo desaharrapado que enseñaba una marmota en una caja le pidió limosna, sonriendo.

El hombre del chaleco de terciopelo volvió. «El portero no la había visto salir». ¿Quién la retenía? Si estuviese enferma, se lo hubiera dicho. ¿Era una visita? Nada más fácil que no recibirla. Se golpeó la frente.

«¡Ah, pero qué bestia soy! Es la agitación popular». Aquella explicación natural le consoló. Luego, de repente: «Pero su barrio está tranquilo». Y una duda abominable le asaltó: «¿Si no viniera? ¿Si su promesa no fuera más que una palabra para alejarme? No, no». Lo que la retenía, sin duda, era una casualidad extraordinaria, uno de esos acontecimientos que destruyen todas las previsiones. En ese caso habría escrito. Y envió al mozo del hotel a su domicilio, calle Rumsford, para saber si había carta.

No habían llevado ninguna. Aquella carencia de noticias le tranquilizó.

Del número de piezas de moneda que cogía al azar en la mano, de la fisonomía de los transeúntes, del color de los caballos, formaba presagios, y cuando el augurio era contrario, se esforzaba por no creer en él. En sus accesos de furor contra la señora Arnoux la injuriaba a media voz. Luego sentía debilidades, casi desvanecimientos, y de repente movimientos de esperanza. Iba a llegar; estaba allí, detrás de él; se volvía, y nada. Una vez vio a treinta pasos, aproximadamente a una mujer de la misma estatura, con el mismo traje. Se acercó a ella, pero no era. Las cinco dieron, las cinco y media, las seis. Encendían el gas. La señora Arnoux no había venido.

Había ella soñado la noche anterior que estaba en la acera de la calle Tronchet hacía mucho tiempo. Allí esperaba algo indeterminado, considerable, sin embargo, y sin saber por qué, temía ser vista. Pero un maldito perrillo, encarnizado contra ella, mordía el bajo de su vestido, volviéndose contra ella obstinadamente y ladrando cada vez más fuerte. La señora Arnoux se despertó. El ladrido del perro continuaba; alargó el oído: aquello salía del cuarto de su hijo, al cual se precipitó descalza. Era el niño mismo, que tosía. Le abrasaban las manos, la cara roja y la voz singularmente ronca. La dificultad de su respiración aumentaba de minuto en minuto. Ella permaneció hasta el día inclinada sobre la cama, observándole.

A las ocho, el tambor de la guardia nacional vino a avisar al señor Arnoux de que le aguardaban sus camaradas. Se vistió precipitadamente y se marchó, prometiendo pasar inmediatamente por casa de un médico, el señor Colot. A las diez no había venido el señor Colot, y la señora Arnoux envió a su doncella. El doctor estaba de viaje, en el campo, y el joven que le reemplazaba andaba visitando.

Eugène tenía su cabeza de medio lado, sobre la almohada, frunciendo continuamente sus cejas, dilatando la nariz; su pobre figurita se volvía más descolorida que sus sábanas; y de su laringe se escapaba un silbido producido por cada inspiración, cada vez más corta, seca y como metálica. Su tos se parecía al ruido de esas bárbaras mecánicas que hacen ladrar a los perros de cartón.

La señora Arnoux se sobrecogió de espanto; se arrojó a las campanillas,

pidiendo socorro y gritando:

—¡Un médico, un médico!

Diez minutos después llegó un señor viejo, de corbata blanca y patillas grises, bien cortadas. Hizo muchas preguntas acerca de las costumbres, la edad y la temperatura del enfermito; luego examinó su garganta, aplicó la cabeza a la espalda y escribió una receta. El aire tranquilo de aquel buen hombre era odioso.

Olía a bálsamo. Ella hubiera querido pegarle. Dijo que volvería al oscurecer.

Muy pronto comenzaron de nuevo las toses violentas; a veces, el niño se levantaba de repente. Movimientos convulsivos le sacudían los músculos del pecho, y en sus aspiraciones su vientre se ahuecaba como si estuviera sofocado por haber corrido. Luego volvía a caer con la cabeza hacia atrás y la boca enteramente abierta. Con infinitas precauciones, procuraba la señora Arnoux hacerle tragar el contenido de los frascos: el jarabe de ipecacuana, una poción quermatizada; pero el niño rechazaba la cuchara; gimiendo con voz débil, parecía que soplaba las palabras.

De cuando en cuando releía ella la receta; la asustaban las observaciones del formulario; quizá se haya equivocado el farmacéutico. Le desesperaba su impotencia. El discípulo del señor Colot llegó.

Era un joven de modestos ademanes, nuevo en el oficio, y que no ocultó su impresión. Al principio permaneció indeciso, por temor de comprometerse, y al fin prescribió la aplicación de trozos de hielo. Se tardó mucho tiempo en encontrarlos y la vejiga que contenía los pedazos se rompió. Fue preciso mudar la camisa. Todo aquel desarreglo provocó un nuevo acceso, más terrible.

El niño se puso a arrancarse los lienzos de su cuello, como si hubiera querido retirar el obstáculo que le ahogaba, y arañaba la pared, cogía las cortinas de su cama, buscando un punto de apoyo para respirar. Su cara estaba entonces azulada, y todo su cuerpo, bañado en un sudor frío, parecía irse adelgazando. Sus ojos huraños se fijaban en su madre con terror; le echó los brazos al cuello, se colgó de él de una manera desesperada, y rechazando sus sollozos, balbucía ella palabras tiernas:

—¡Sí, amor mío, ángel mío, mi tesoro!

Luego sobrevenían momentos de calma.

Fue a buscar juguetes, un polichinela, una colección de estampas, y los extendió sobre la cama para distraerle. Hasta intentó cantar. Empezó una canción, que en otro tiempo le decía al mecerle, fajándole en aquella misma

sillita de tapicería. Pero él se estremeció con todo su cuerpo, como una ola a un golpe de viento; los globos de sus ojos se saltaban; creyó ella que se iba a morir, y se volvió para no verle.

Un instante después tuvo fuerzas para mirarle: todavía vivía. Las horas se sucedían, pesadas, tristes, interminables, desesperantes, y no contaba sus minutos sino por la progresión de aquella agonía. Las sacudidas de su pecho le arrojaban hacia delante como para destrozarle; por fin vomitó algo extraño, que parecía un tubo de pergamino. ¿Qué era aquello? Ella se imaginó que había lanzado un pedazo de sus entrañas; pero respiraba amplia y regularmente. Aquella apariencia de bienestar la asustó más que el resto; permanecía como petrificada, con los brazos colgando, los ojos fijos, cuando vino el señor Colot. El niño, en su opinión, estaba salvado.

Al principio no lo comprendió y se hizo repetir la frase. ¿No era aquello uno de esos consuelos propios de los médicos? El doctor se marchó con aire tranquilo. Entonces llegó para ella el momento de que las cuerdas que apretaban su corazón se desataran.

—¡Salvado! ¿Es posible?

De repente, la idea de Frédéric se le apareció de una manera neta, inexorable. Era un aviso de la providencia. Pero el Señor, en su misericordia, no había querido castigarla por completo. ¡Qué expiación más tarde si perseveraba en aquel amor! Indudablemente, insultarían a su hijo por su causa, y la señora Arnoux le veía joven, herido en un encuentro, llevado en una camilla, moribundo. De un salto se precipitó sobre la sillita; y con todas sus fuerzas, elevando su alma a las alturas, ofreció a Dios, como holocausto, el sacrificio de su primera pasión, de su única flaqueza.

Frédéric había vuelto a su casa y permanecía en su butaca, sin tener ni siquiera fuerza para maldecirla. Una especie de sueño le sobrecogió, y a través de aquel estado oía caer la lluvia, creyendo siempre que seguía allí, en la acera.

Al día siguiente, por una última cobardía, envió un mensajero a casa de la señora Arnoux.

Sea que el saboyano no hiciera la comisión, o que ella tuviera demasiadas cosas que decir para explicarse con una palabra, le llevaron la misma respuesta. La insolencia era demasiado fuerte. Una cólera orgullosa le dominó, y se sorprendió de no tener ni siquiera un deseo, y como hoja que arrebatara el huracán, desapareció su amor. Sintió un gran consuelo, una estoica alegría; después, una necesidad de acciones violentas, y salió por las calles sin rumbo fijo.

Los hombres del barrio pasaban, armados de fusil, con sables viejos,

llevando algunos gorros encarnados, y cantando La Marsellesa y Los gironinos. De cuando en cuando, un guardia nacional se apresuraba para reunirse a su alcaldía. A lo lejos sonaban los tambores; se batían en la puerta de Saint-Martin; en el aire se sentía algo alegre y belicoso. Frédéric seguía andando. La agitación de la gran ciudad le ponía contento.

En las alturas de Frascati divisó las ventanas de la mariscala; una idea loca se le ocurrió, una reacción de juventud, y atravesó el bulevar.

Cerraban la puerta cochera, y Delphine, la doncella, mientras escribía encima, con carbón, «Armas dadas», le dijo vivamente:

—Ah, ¡en buena situación se encuentra la señora! Ha despedido esta mañana a su groom, que la insultaba. Cree que van a robar por todas partes; se muere de miedo, tanto más cuanto el señor se ha marchado.

—¿Qué señor?

—El príncipe.

Frédéric entró en el tocador y la mariscala se presentó en enaguas, con el cabello suelto, espantada.

—¡Ah, gracias, vienes a salvarme; ya es la segunda vez, y nunca exiges recompensa!

—Mil perdones —dijo Frédéric, cogiéndole la cintura con ambas manos.

—¿Cómo? ¿Qué haces? —balbució la mariscala, a la vez sorprendida y alegre por aquellas maneras.

Él contestó:

—Sigo la moda, me reformo.

Se tendió ella sobre el diván y continuó riendo con sus besos.

Pasaron la tarde mirando, desde sus ventanas, a la gente en la calle. Él la llevó a cenar al Trois Frères Provençaux. La comida fue larga, exquisita. Regresaron a pie, a falta de coche.

Con la noticia de un cambio de ministerio, París se había transformado. Todo el mundo estaba contento. Circulaban los paseantes, y las lamparillas de cada piso daban una claridad como en pleno día. Los soldados volvían lentamente a sus cuarteles, fatigados y tristes. Les saludaban gritando «¡Vivan los de línea!», y ellos seguían sin contestar. En la guardia nacional, por el contrario, los oficiales, rojos de entusiasmo, blandían sus sables, vociferando «¡Viva la reforma!», y aquella frase, cada vez que la oían, hacía reír a los dos amantes. Frédéric bromeaba; estaba muy alegre.

Por la calle Duphot alcanzaron los bulevares. Faroles a la veneciana,

colgados de las casas, formaban guirnaldas de fuego. Un hormigueo confuso se agitaba debajo; en medio de esta sombra, en algunos sitios, brillaba la blancura de las bayonetas. Se elevó en esto un gran murmullo. La muchedumbre era demasiado compacta; el regreso directo, imposible, y entraban en la calle Caumartin cuando de repente se oyó, detrás de ellos, un ruido semejante al crujido de una inmensa pieza de seda que se desgarraba. Era el fusilamiento en el bulevar de los Capuchinos.

—¡Ah! Se elimina a algunos burgueses —dijo Frédéric tranquilamente, porque hay situaciones en que el hombre menos cruel se halla tan desligado de los demás, que vería perecer al género humano sin un solo latido de su corazón.

La mariscala, colgada de su brazo, apretaba los dientes, declarándose incapaz de dar veinte pasos más. Entonces, por un refinamiento del rencor, para más ultrajar en su alma a la señora Arnoux, él la llevó hasta el hotel de la calle Tronchet, a la habitación preparada para la otra.

Las flores no se habían estropeado; el guipure se había extendido sobre el lecho. Sacó del armario las pantuflas. Rosanette encontró muy delicadas aquellas atenciones.

Hacia la una se despertó por algunos movimientos lejanos y le vio sollozar, con la cabeza hundida en la almohada.

—¿Qué tienes, amor mío?

—Demasiada felicidad —dijo Frédéric—. ¡Hacía tanto tiempo que te deseaba!

TERCERA PARTE

I

El ruido de un tiroteo le sacó bruscamente de su sueño, y a pesar de las instancias de Rosanette, Frédéric, a la fuerza, quiso ir a ver lo que pasaba. Bajó los Campos Elíseos, de donde los tiros habían salido. En la esquina de la calle Saint-Honoré, algunos hombres de blusa le detuvieron, gritando:

—¡No, por ahí, no; al Palacio Real!

Frédéric los siguió. Las verjas de la Asunción estaban arrancadas. Más lejos vio tres baldosas en medio de la vía: el principio de una barricada,

indudablemente; después, cascos de botellas y paquetes de alambre para dificultar el paso de la caballería. De repente se adelantó de una callejuela un joven alto y pálido, cuyos cabellos negros flotaban sobre su espalda, cubierta con una especie de envoltura o capa de lunares de color. Llevaba un fusil largo, de soldado, y corría sobre las puntas de sus pantuflas, con todo el aire de un sonámbulo y listo como un tigre. De cuando en cuando se oía una detonación.

La víspera, por la noche, el espectáculo del carromato que contenía cinco cadáveres recogidos entre los del bulevar de los Capuchinos había cambiado las disposiciones del pueblo; y mientras que en las Tullerías los ayudantes de campo se reemplazaban, y Molé, en los preliminares de formar nuevo gabinete, no volvía, y Thiers procuraba constituir otro, y el rey enredaba, vacilaba y daba luego a Bugeaud el mando general para impedir que se saliera de él, la insurrección, como dirigida por un solo brazo, se organizaba formidablemente. Los hombres de frenética elocuencia arengaban a la multitud en las esquinas de las calles; otros, en las iglesias, tocaban a rebato a todo vuelo; se derretía plomo, se hacían cartuchos; los árboles de los bulevares, las vespacianas, los bancos, las verjas, los faroles de gas, todo fue arrancado, destruido; París, por la mañana, estaba cubierto de barricadas. La resistencia no duró; por todas partes se interponía la guardia nacional, de tal suerte que, a las ocho, el pueblo, de buen grado o por fuerza, poseía cinco cuarteles, casi todas las alcaldías, los puntos estratégicos más seguros. Por sí misma, sin sacudidas, la monarquía se fundía en una rápida disolución; en aquellos momentos se atacaba el puesto Château-d'Eau para liberar a cinco prisioneros que no estaban allí.

Frédéric se detuvo forzosamente a la entrada de la plaza. La llenaban grupos armados. Algunas compañías de línea ocupaban las calles de Saint-Thomas y Fromanteau. Una enorme barricada desembocaba en la calle Valois. El humo que se balanceaba en sus alturas se entreabrió, asomando algunos hombres que corrían por encima con grandes gesticulaciones y que desaparecieron; después empezó el tiroteo de nuevo. El puesto respondía, sin que en su interior se viera a nadie; sus ventanas, defendidas por los postigos de encima, se hallaban agujereadas de troneras; y el monumento, con sus dos pisos, sus dos alas, su fuente en el primero y su puertecilla en medio, empezaba a mostrar manchas blancas bajo el impacto de las balas. Su escalera, de tres peldaños, estaba vacía.

Al lado de Frédéric, un hombre con gorro griego y una cartuchera por encima del chaleco de tricot disputaba con una mujer que llevaba pañuelo a la cabeza, que le decía:

—Pero quédate, quédate.

—Déjame en paz —contestaba el marido—. Tú sola puedes cuidar de la portería. Ciudadano, yo te lo pregunto: ¿tengo razón? He cumplido con mi deber en todas partes: en el mil ochocientos treinta, en el treinta y dos, en el treinta y cuatro, en el treinta y nueve. Hoy se bate la gente y es preciso que me bata. Vete.

Y la portera acabó por ceder a sus indicaciones y a las de un guardia nacional, que estaba cerca de ellos, cuadragenario, cuya fisonomía bondadosa se hallaba adornada por un collar de barba rubia. Cargaba este su arma y tiraba, hablando siempre con Frédéric, tan tranquilo en medio de la conmoción como un horticultor en su jardín. Un muchacho con una arpillera le engatusaba para que le diera cápsulas, a fin de utilizar su fusil, bonita carabina de caza que le había dado «su señor».

—Cógelas de mi espalda —dijo el ciudadano— y lárgate; vas a conseguir que te maten.

Los tambores tocaban paso de carga. Agudos gritos, hurras de triunfo se oían. Un continuo remolino hacía oscilar a la muchedumbre. Frédéric, cogido entre dos masas densas, no se movía, fascinado, además, y extremadamente entretenido. Los heridos que caían, los muertos tendidos, no tenían el aire de verdaderos heridos, de verdaderos muertos. Le parecía asistir a un espectáculo.

En medio de la marejada, por encima de las cabezas, se veía a un anciano, de negro, en un caballo blanco con silla de terciopelo. En una mano llevaba una rama verde; en la otra, un papel, sacudiéndolos obstinadamente, hasta que, desesperando al fin de hacerse entender, desapareció.

La tropa de línea había desaparecido y los municipales quedaban solos guardando el puesto. Una oleada de intrépidos se abalanzó a las gradas; arrojándose contra la puerta, vinieron otros después; la puerta, quebrantada a los golpes de las barras de hierro, retumbaba; los municipales no cedían. Pero una calesa atestada de hierba seca, y que ardía como una gigante antorcha, fue arrastrada hasta los muros; se trajeron, de prisa, leños, paja y un barril de alcohol. El fuego subía a lo largo de las piedras; el edificio empezó a humear por todas partes como un cráter, y grandes llamas en lo alto, entre los balaustres de la terraza, se escapaban con estridente ruido. El primer piso del Palacio Real se había llenado de guardias nacionales; de todas las ventanas de la plaza se disparaba; silbaban las balas; el agua de la fuente rota se mezclaba con la sangre y formaba charcos en el suelo; la gente resbalaba en el fango sobre los trajes, los chacós y las armas. Frédéric sintió algo blando bajo sus pies: era la mano de un sargento con capote gris, echado de cara contra el arroyo. Nuevas bandadas de gentes llegaban, incesantemente, empujando a los combatientes contra el puesto. El tiroteo se hacía desde más cerca; los comerciantes de vinos tenían abierto; a sus tiendas se iba de cuando en cuando

a fumar una pipa, a beber una copa, y después se volvía a batirse. Un perro perdido aullaba, y eso hacía reír.

Frédéric se sintió movido por el choque de un hombre que, con un balazo en los riñones, cayó sobre su espalda agonizando. Ante aquel golpe, quizá dirigido contra él, se puso furioso, y al ir a precipitarse hacia delante, un guardia nacional le detuvo:

—Es inútil; el rey se acaba de marchar. Si no me cree usted... vaya a verlo.

Semejante afirmación calmó a Frédéric. La plaza Carrousel presentaba un aspecto tranquilo. El hotel de Nantes allí se alzaba como siempre, tomando a su cargo toda responsabilidad; y las casas por detrás, la cúpula del Louvre enfrente, la larga galería de madera a la derecha y el terreno baldío que ondulaba hasta las barracas de los numerosos vendedores ambulantes aparecían como anegados en el color gris del aire, donde lejanos murmullos se confundían con la bruma, mientras que, al otro extremo de la plaza, una luz cruda, que caía por una grieta de las nubes sobre la fachada de las Tullerías, recortaba blanquecinamente sus ventanas. Cerca del Arco del Triunfo había un caballo tendido, muerto. Detrás de las verjas hablaban grupos de cinco o seis personas. Las puertas del Palacio se abrieron, y los criados, en el umbral, dejaban entrar a la gente.

Abajo, en una salita, se servían tazas de café con leche. Algunos curiosos se sentaron junto a las mesas, bromeando; otros permanecían en pie, y entre ellos un cochero de punto, que cogió con ambas manos un bote lleno de azúcar molido, dirigió una mirada inquieta a izquierda y derecha, y luego se puso a comer vorazmente, metiendo la nariz en el gollete. En lo más bajo de la escalera principal, un hombre escribía su nombre en un registro. Frédéric le reconoció por la espalda.

—¡Anda! ¡Hussonnet!

—Pues sí —respondió el bohemio—. Me introduzco en la corte. Buena broma, ¿eh?

—Sí; subamos.

Y llegaron a la sala de los mariscales. Los retratos de aquellos ilustres, excepto el de Bugeaud, agujereado en el vientre, estaban todos intactos. Se veían apoyados en su espada, una cureña de cañón detrás y en actitudes formidables, conformes con las circunstancias. Un reloj grande señalaba la una y veinte minutos.

De repente sonó La Marsellesa. Hussonnet y Frédéric se asomaron a la barandilla. Era la gente, que se precipitaba por la escalera, sacudiendo, en oleadas vertiginosas, las cabezas desnudas, los cascos, los gorros encarnados,

bayonetas y hombros, tan impetuosamente, que las gentes desaparecían en aquella masa hirviente que subía sin cesar, como un río golpeado por una marea de equinoccio, con un largo mugido, bajo una impulsión irresistible. Arriba se esparció la gente y cesó el canto.

No se oía más que el pisar de los zapatos y el cabrilleo del resonar de los gritos. La muchedumbre, inofensiva, se contentaba con mirar; pero, de cuando en cuando, un codo rompía un cristal, o un vaso, o una estatua rodaba de una consola al suelo. Las maderas crujían con el peso. Todas las caras estaban coloradas y por ellas corrían gordas gotas de sudor. Hussonnet hizo la siguiente observación:

—Los héroes no huelen bien.

—Es usted provocativo —contestó Frédéric.

Y, empujados a su pesar, penetraron en una habitación, donde colgaba del techo un dosel de terciopelo encarnado. Debajo del trono estaba sentado un proletario de barba negra, con la camisa desabrochada, con el aire divertido y estúpido de un mono; algunos más subían las gradas para sentarse en aquel sitio.

—¡Qué mito! —dijo Hussonnet—. Vea usted al pueblo soberano.

El sillón fue levantado en brazos y atravesó balanceando toda la sala.

—¡Caray, cómo se mueve! La nave del Estado está presa de un mar tempestuoso y se balancea que da gusto.

Lo habían acercado a una ventana y, en medio de silbidos, lo tiraron.

—¡Pobre viejo! —dijo Hussonnet, viéndole caer al jardín, de donde prontamente fue recogido para ser enseguida trasladado hasta la Bastilla y quemado.

Entonces estalló una frenética alegría, como si en sustitución del trono hubiera aparecido un porvenir de ilimitada dicha; y el pueblo, menos por venganza que para firmar su posesión, rompió, destruyó los espejos y las colgaduras, las lámparas, los candelabros, las mesas, las sillas, los taburetes, todos los muebles, hasta los álbumes de dibujo, hasta las cestas de tapicería. Puesto que eran victoriosos, hacía falta que se divirtieran. Los niños se embozaban irónicamente con encajes y casimires. Redecillas de oro se arrollaban en las mangas de las blusas; sombreros con plumas de avestruz adornaban la cabeza de los herreros; cintas de la Legión de Honor servían de cinturón a las prostitutas. Cada cual manifestaba su capricho: unos bailaban, otros bebían. En el cuarto de la reina, una mujer daba pomada a su pelo; detrás de un biombo, dos aficionados jugaban a los naipes; Hussonnet señaló a Frédéric un individuo que fumaba su pipa con los codos apoyados en un

balcón; y el delirio redoblaba sus ruidos continuos de porcelanas hechas pedazos, trozos de cristal que sonaban al rebotar, como las tablillas de vidrio de una armónica.

Después, el furor ensombreció. Una curiosidad obscena hizo rebuscar todos los gabinetes, todos los rincones, abrir todos los cajones. Los galeotes hundieron sus brazos en la cama de las princesas y se retorcían encima, consolándose de no poder atropellarlas. Otros, de más siniestra fisonomía, andaban por allí silenciosamente, intentando robar algo; pero la multitud era demasiado numerosa. Por los huecos de las puertas solo se veía, en la hilera de las habitaciones, la oscura masa del pueblo entre los dorados, envuelta en una nube de polvo. Todos los pechos jadeaban, el calor se hacía más y más sofocante; los dos amigos, temiendo ahogarse, salieron.

En la antesala, en pie sobre un montón de vestidos, estaba una prostituta, como la estatua de la libertad; inmóvil, con los grandes ojos abiertos, espantosa.

Habían dado tres pasos fuera, cuando un pelotón de guardias municipales con sus capotes se adelantó hacia ellos y, retirando sus gorras policíacas, dejando al descubierto sus cráneos algo calvos, saludaron al pueblo con solemnidad. Ante aquel testimonio de respeto, los desharrapados vencedores se inflaron. Hussonnet y Frédéric no dejaron, tampoco ellos, de experimentar cierto placer.

El ardor los animaba. Volvieron al Palacio Real. Delante de la calle Fromanteau se veían, enterrados en la paja, cadáveres de soldados. Pasaron cerca impassiblemente, sintiéndose hasta orgullosos de verlos con buen aspecto.

El Palacio se hallaba lleno de gente. En el patio interior ardían siete hogueras. Se arrojaban por las ventanas pianos, cómodas y relojes. Bombas de incendio lanzaban el agua hasta los tejados. Algunos forajidos trataban de cortar las mangas con sus sables. Frédéric invitó a un politécnico a que se opusiera. El politécnico no comprendió; parecía, además, imbécil. Alrededor, en las dos galerías, el populacho, dueño de las bodegas, se entregaba a una horrible borrachera. El vino corría por arroyos; los boyons bebían en fondos de botella y vociferaban, tambaleándose.

—Salgamos de aquí —dijo Hussonnet—; esta gente me da asco.

A lo largo de la galería de Orléans yacían por el suelo los heridos sobre colchones, sirviéndoles de mantas cortinas de púrpura, y vecinas del barrio les traían caldos, ropa.

—¡No importa! —dijo Frédéric—. Yo encuentro al pueblo sublime.

El gran vestíbulo estaba lleno de un torbellino de gentes furiosas; los hombres querían subir a los pisos superiores para acabar de destruirlo todo; los guardias nacionales, en las escaleras, se esforzaban por contenerlos. El más intrépido era un cazador con la cabeza desnuda, el pelo de punta, el correaje destrozado. Su camisa se veía entre el pantalón y la levita y se movía en medio de los demás con encarnizamiento.

Hussonnet, que tenía la vista penetrante, reconoció a Arnoux desde lejos.

Después se fueron al jardín de las Tullerías para respirar con más libertad. Se sentaron en un banco, y allí permanecieron durante algunos minutos con los ojos cerrados, de tal modo aturcidos que no tenían fuerzas para hablar. Los transeúntes a su alrededor se juntaban. La duquesa de Orléans había sido nombrada regente; todo había concluido, y las gentes experimentaban esa especie de bienestar que sigue a los desenlaces rápidos, cuando en cada una de las buhardillas del palacio aparecieron algunos criados desgarrando sus libreas, que arrojaban al jardín en señal de abjuración. El pueblo les gritaba y ellos se retiraron.

La atención de Frédéric y de Hussonnet se distrajo con la vista de un gran mozo que andaba deprisa entre los árboles, con un fusil a la espalda; la cartuchera, sujetándole a la cintura su marinera roja. Volvió la cabeza y era Dussardier, que se arrojó en sus brazos.

—¡Ah, qué felicidad, amigos míos! —Y no pudo decir otra cosa, tanto era lo que palpitaba de alegría y de cansancio.

Hacía cuarenta y ocho horas que estaba en pie. Había trabajado en las barricadas del Barrio Latino, se había batido en la calle Rambuteau, había salvado a tres dragones, había entrado en las Tullerías con la columna Dunoyer, se había trasladado después a la Cámara y luego al ayuntamiento.

—De allí vengo. ¡Todo va bien; el pueblo triunfa! Los obreros y la clase media se abrazan. ¡Ah, si supierais lo que he visto! ¡Qué gentes más valientes! ¡Qué hermoso es esto! —Y, sin advertir que no tenía armas, añadió—: Muy seguro estaba de encontraros allí. ¡Aquello fue duro por un momento! ¡Pero no importa! —Una gota de sangre le corría por la mejilla, y a las preguntas de los otros, contestó—: Nada; el rasguño de una bayoneta.

—Sin embargo, es preciso que se cuide usted.

—¡Bah! Yo soy fuerte; ¿qué es esto? La República se ha proclamado; ahora seremos felices. Algunos periodistas que hace poco hablaban delante de mí decían que se va a liberar Polonia e Italia. No más reyes, ¿comprenden ustedes? ¡Toda la tierra libre, toda la tierra libre! —Y abrazando todo el horizonte de una sola mirada, separó sus brazos en actitud triunfante. Pero una larga hilera de hombres corría por la terraza, a orillas del agua—. ¡Caramba!

Se me olvidaba que los fuertes están ocupados. Es preciso que vaya allí, adiós.
—Se volvió para gritarles, blandiendo su fusil—: ¡Viva la República!

De las chimeneas del Palacio se escapaban enormes torbellinos de humo negro que arrojaban chispas. El repique de las campanas a lo lejos parecían balidos asustados. A izquierda y derecha, por todas partes, los vencedores descargaban sus armas. Frédéric, aunque no fuese guerrero, sintió agolparse su sangre gala. El magnetismo de las muchedumbres entusiastas le había contagiado. Aspiraba voluptuosamente el aire tormentoso, lleno de los olores de la pólvora, y, sin embargo, se estremecía a los efluvios de un amor inmenso, de una ternura suprema y universal, como si el corazón de la humanidad entera hubiera palpitado en su pecho.

—Ya quizá será tiempo —dijo Hussonnet, bostezando— de ir a instruir a las poblaciones.

Frédéric le siguió a su oficina de correspondencia, plaza de la Bourse, y se puso a componer para el diario de Troyes una relación de los sucesos en estilo lírico, una verdadera pieza de mérito, que firmó. Después comieron juntos en una taberna. Hussonnet estaba pensativo; las excentricidades de la revolución excedían las suyas.

Después del café, cuando fueron al ayuntamiento para saber novedades, su natural truhanesco se sobrepuso. Escalaban las barricadas como gamos y contestaban a los centinelas con frases patrióticas.

Oyeron, a la luz de las antorchas, proclamar el gobierno provisional. Por fin, a medianoche, Frédéric, destrozado de fatiga, volvió a su casa.

—Y bien —dijo a su criado mientras le desnudaba—, ¿estás contento?

—Sí, señor, sin duda; pero no me satisface este pueblo en danza.

Al despertarse al día siguiente, Frédéric pensó en Deslauriers y corrió a su casa. El abogado acababa de marcharse por haber sido nombrado comisario en provincias. La víspera por la noche había llegado hasta Ledru-Rollin, y estrechándole en nombre de las Escuelas, le había arrancado una plaza, una comisión. Por lo demás, decía el portero, debía escribir la próxima semana para dar sus señas.

Después de lo cual, Frédéric se fue a ver a la mariscal.

Ella le recibió con acritud porque le supo muy mal su abandono. Su rencor se desvaneció ante reiteradas promesas de paz. Todo se hallaba ahora tranquilo, ningún motivo de temor; él la abrazaba, y ella se declaró por la República, como ya lo había hecho monseñor el arzobispo de París, y como habían de hacerlo, con una precipitación de celo maravillosa, la magistratura, el Consejo de Estado, el Instituto, los mariscales de Francia, Changarnier, el

señor Falloux, todos los bonapartistas, todos los legitimistas y considerable número de orleanistas.

La caída de la monarquía había sido tan súbita que, pasada la primera estupefacción, hubo entre la clase media como cierta admiración de vivir todavía. La sumaria ejecución de algunos ladrones, fusilados sin juicio, pareció una cosa muy justa. Se repitió durante un mes la frase de Lamartine sobre la bandera roja, «que solo había dado la vuelta al Campo de Marte, mientras que la bandera tricolor» etcétera, y todos se agrupaban a su sombra, no queriendo ningún partido ver tres colores sino en la suya y prometiéndose cada cual, desde que se sintiera el más fuerte, arrancar los otros dos.

Como los negocios se hallaban en suspenso, la inquietud y la bobería llevaron a todo el mundo fuera de su casa. La sencillez de los trajes atenuaba la diferencia de los rangos sociales; el odio se ocultaba, las esperanzas se desenvolvían, la muchedumbre se sentía llena de dulzura. El orgullo de un derecho conquistado resplandecía en los rostros; se notaba una alegría de carnaval, maneras de vividor; nada era más divertido que el aspecto de París durante los primeros días.

Frédéric cogía del brazo a la mariscala y paseaban juntos por las calles. Ella se divertía con las rosetas que adornaban todos los ojales, los estandartes colgados de todas las ventanas, los anuncios a todo color pegados a las paredes, y de cuando en cuando echaba alguna moneda para los heridos en una bolsa puesta sobre una silla en medio de la vía. Después se detenían ante las caricaturas que representaban a Luis Felipe como tendero, como saltimbanqui, como perro, como sanguijuela. Pero los hombres de Caussidière, con su sable y su bandolera, le asustaban un poco. Otras veces se trataba de un árbol de la libertad plantado. Los señores eclesiásticos concurrían a la ceremonia, bendiciendo a la República, escoltados por sirvientes de galón de oro, y la muchedumbre encontraba aquello plausible. El espectáculo más frecuente era el de las diputaciones, de no importaba qué, que iban a reclamar algo al municipio, porque cada oficio, cada industria esperaba del gobierno el fin radical de su miseria.

Algunos, es verdad, iban al ayuntamiento para aconsejar, o felicitar, y, sencillamente, para visitar y ver funcionar la máquina.

Hacia mediados del mes de marzo, un día que atravesaba el puente de Arcole, teniendo que hacer un encargo para Rosanette en el Barrio Latino, Frédéric vio una columna de sombreros raros y largas barbas. A la cabeza, y batiendo un tambor, iba un negro, antiguo modelo de taller, y el hombre que llevaba la bandera, en que flotaba al viento la inscripción «Artistas pintores», era Pellerin.

Hizo señas a Frédéric de que le esperase, y volvió a los cinco minutos,

porque tenía tiempo disponible, puesto que el gobierno recibía en aquel momento a los canteros. Él iba con sus colegas a reclamar la creación de un fórum del arte, una especie de Bolsa donde se debatirían los intereses de la estética y se producirían obras sublimes, puesto que los trabajadores pondrían en común su genio. Muy pronto, París se cubriría de monumentos gigantescos; él los adornaría; hasta había comenzado una figura de la República. Uno de sus camaradas vino a buscarle, porque los empujaba la diputación del comercio de las aves.

—¡Qué necesidad! —gruñó una voz en la muchedumbre—. Siempre las mismas farsas; nada serio.

Era Regimbart, que no saludó a Frédéric, pero aprovechó la ocasión de desahogar su amargura.

El ciudadano empleaba sus días en vagabundear por las calles, retorciéndose el bigote, moviendo los ojos, aceptando y propagando noticias lúgubres y sin tener más que dos frases: «Mucho cuidado; van a arrollarnos»; o esta otra: «Caramba, escamotean la República». Se hallaba descontento de todo, y, particularmente, de que no hubiéramos recobrado nuestras fronteras naturales. El solo nombre de Lamartine le hacía encogerse de hombros. No creía a Ledru-Rollin «suficiente para el problema»; trataba a Dupont (del Eure) de viejo zorro; a Albert, de idiota; a Louis Blanc, de utopista; a Blanqui, de hombre extremadamente peligroso; y cuando Frédéric le preguntó lo que hubiera sido preciso hacer, contestó, apretándole el brazo hasta pulverizarlo:

—¡Tomar el Rin, le digo a usted; tomar el Rin, caray!

Y después se dio cuenta de la reacción. Se desenmascaraba. El saco de los castillos de Neuilly y de Suresne, el incendio de las Batignolles, los disturbios de Lyon, todos los excesos, todas las quejas se exageraban entonces, agregando, además, la circular de Ledru-Rollin, el curso forzoso de los billetes de banco, la renta bajando a sesenta francos, y, en fin, como suprema iniquidad, como último golpe, como colmo del horror, ¡el impuesto de los cuarenta y cinco céntimos! Y por encima de todo aquello, todavía había que contar el socialismo. Por más que aquellas teorías, tan nuevas como el juego de la oca, hubieran sido durante cuarenta años suficientemente debatidas para llenar las bibliotecas, asustaron a la clase media como una granizada de aerolitos, y se indignó, en virtud del odio que provoca el advenimiento de toda idea, porque es una idea, execración de la que más tarde sobreviene su glorificación y que hace que sus enemigos estén siempre debajo, por mediana que ella sea.

Entonces, la propiedad se elevó en su respeto al nivel de la religión y se confundió con Dios. Los ataques que se le dirigían parecían sacrilegio, casi antropofagia. A pesar de la legislación, la más humana que jamás hubiera,

reapareció el espectro del 93, y el tajo de la guillotina vibró en todas las sílabas de la palabra República, lo que no impedía que se la despreciara por su debilidad. Francia, sintiéndose sin amo, se puso a gritar de pavor, como ciego sin palo, como niño que ha perdido su niñera.

De todos los franceses, el que más temblaba era el señor Dambreuse. El nuevo estado de cosas amenazaba su fortuna, pero sobre todo se burlaba de su experiencia. ¡Un sistema tan bueno! ¡Un rey tan discreto! ¿Era aquello posible? ¡La tierra iba a hundirse! Desde el día siguiente, despidió a tres criados, vendió sus caballos, se compró, para salir a la calle, un sombrero flexible, hasta pensó en dejar crecer su barba, y permaneció en casa postrado, repasando amargamente los diarios más hostiles a sus ideas, y se puso de tal modo sombrío, que las bromas sobre la pipa de Flocon no tenían fuerza bastante para hacerle sonreír.

En tanto que apoyo del último reinado, temía las venganzas del pueblo contra sus propiedades de la Champán, cuando recordó la lucubración de Frédéric. Entonces se imaginó que su joven amigo era un personaje influyente y que podría, si no servirle, a lo menos defenderle, de suerte que una mañana el señor Dambreuse se presentó en su casa, acompañado de Martinon.

Aquella visita no tenía más objeto, dijo, que verle y hablar con él un poco. Después de todo, se alegraba de los acontecimientos y adoptaba de todo corazón «nuestra sublime divisa: libertad, igualdad, fraternidad; siendo, como había sido siempre, republicano en el fondo». Si votaba bajo el Antiguo Régimen con el ministerio, era sencillamente por acelerar una caída inevitable. Hasta se irritó contra Guizot, «que nos ha puesto en un bonito amasijo; convengamos en ello». En cambio, admiraba mucho a Lamartine, que se había mostrado «magnífico, palabra de honor, cuando a propósito de la bandera roja...».

—Sí, ya sé —dijo Frédéric.

Después de lo cual declaró sus simpatías hacia los obreros.

«Porque en último término, más o menos, todos somos obreros». Y llevaba la imparcialidad hasta reconocer que Proudhon tenía lógica. «¡Oh, mucha lógica, qué diablo!». Luego, en la independencia y soltura de una inteligencia superior, habló de la exposición de pintura, donde había visto el cuadro de Pellerin, encontrándolo original, bien tocado.

Martinon apoyaba todas sus palabras con muestras de aprobación; también él pensaba que era preciso «aliarse francamente a la República», y habló de su padre labrador: se hacía el aldeano, el hombre del pueblo. Muy pronto llegaron a las elecciones de la Asamblea Nacional y a los candidatos del distrito de la Fortelle. El de la oposición no tenía probabilidades.

—Debería usted ocupar su plaza —dijo el señor Dambreuse.

Frédéric se sonrió.

—¿Y por qué no? Porque obtendría los sufragios de los ultras, atendidas sus oposiciones personales; el de los conservadores, por su familia. Y quizá también —añadió el banquero, sonriendo—, un poco, gracias a mi influencia.

Frédéric objetó que no sabría cómo arreglarlo. Nada más fácil, haciéndose recomendar a los patriotas del Aube por un club de la capital. Se trataba de leer, no una profesión de fe como se veía diariamente, sino una exposición seria de principios.

—Llévemela usted; yo sé lo que conviene a la localidad. Y podrá usted, repito, prestar grandes servicios al país, a todos nosotros, a mí mismo.

En tiempos semejantes debían auxiliarse mutuamente, y si Frédéric tenía necesidad de algo, él o sus amigos...

—¡Oh! Mil gracias, querido amigo.

—A cuenta de revancha, bien entendido.

El banquero era decididamente un hombre excelente.

Frédéric no pudo dejar de reflexionar sobre su consejo; y muy pronto una especie de vértigo le deslumbró.

Las grandes figuras de la Convención pasaron ante su vista. Le pareció que una aurora magnífica iba a descubrirse. Roma, Viena, Berlín, estaban en insurrección; los austríacos, arrojados de Venecia; Europa entera se agitaba. Aquella era la hora de precipitarse en el movimiento, de acelerarlo quizá; y después le seducía el traje que se decía que llevarían los diputados. Ya se veía con el chaleco y faja tricolor; y aquel prurito, aquella alucinación se hizo tan fuerte, que se sinceró con Dussardier.

El entusiasmo del excelente muchacho no flaqueaba.

—Cierto, preséntese usted; seguro.

Sin embargo, Frédéric consultó a Deslauriers. La oposición idiota que dificultaba al comisario en su provincia había aumentado su liberalismo. Le envió inmediatamente violentas exhortaciones.

No obstante, Frédéric tenía necesidad de ver aprobado su proyecto por un mayor número de gentes, y confió la cosa a Rosanette, un día que la señorita Vatnaz estaba allí.

Era esta una de esas célibes parisienses que todas las noches, cuando han dado sus lecciones, o procurado vender sus cuadritos, colocar modestos manuscritos, vuelven a su casa con el barro en las enaguas, se hacen la

comida, se la comen enteramente solas, y después, con los pies sobre una estufilla y a la luz de una lámpara sucia, sueñan con el amor, con la familia, el hogar, la fortuna, con todo lo que les falta. También, como muchos otros, había saludado en la Revolución el advenimiento de la venganza, y se entregaba a una propaganda socialista desenfrenada.

La emancipación del proletario, según la Vatnaz, no era posible sino por la emancipación de la mujer. Quería su admisibilidad a todos los empleos, la verificación de la paternidad, otro código, la abolición, o al menos una reglamentación del matrimonio más inteligente. Entonces, cada francesa se casaría con un francés o adoptaría a un anciano. Era preciso que las nodrizas y las parteras fueran funcionarias asalariadas por el Estado; que hubiese un jurado para examinar las obras de las mujeres, editores especiales para las mujeres, una escuela politécnica para las mujeres, una guardia nacional para las mujeres; todo para las mujeres. Y puesto que el gobierno desconocía sus derechos, deberían vencer a la fuerza con la fuerza. Diez mil ciudadanas, con buenos fusiles, podían hacer temblar al ayuntamiento.

La candidatura de Frédéric le pareció favorable a sus ideas, y le animó, mostrándole la gloria en el horizonte. Rosanette se alegró de tener un hombre que hablase en la cámara.

—Y después te darán, quizá, un buen puesto.

Frédéric, hombre de todas las debilidades, fue conquistado por la demencia universal. Escribió un discurso y marchó a enseñárselo al señor Dambreuse.

Al ruido de la puerta que se cerraba se levantó una cortina detrás de la ventana y apareció una mujer. No tuvo tiempo de reconocerla; pero en la antesala le detuvo un cuadro: un cuadro de Pellerin, colocado sobre una silla, provisionalmente, sin duda.

Aquello representaba la República, o el progreso, o la civilización, bajo la figura de Jesucristo conduciendo una locomotora que atravesaba una selva virgen. Frédéric, después de un minuto de contemplación, exclamó:

—¡Qué bajeza!

—¿No es verdad, eh? —dijo el señor Dambreuse, que apareció al pronunciar aquella frase, imaginándose que concernía no a la pintura, sino a la doctrina glorificada por el cuadro.

Martinon llegó en el mismo momento. Pasaron al gabinete, y Frédéric sacó un papel de su bolsillo, cuando la señorita Cécile, entrando repentinamente, articuló con aire de candidez:

—¿Está aquí mi tía?

—Ya sabes que no —replicó el banquero—. Pero no importa; haz como si

estuvieras en tu cuarto, señorita.

Apenas salió, Martinon parecía buscar su pañuelo.

—Lo he olvidado en mi paletó; dispensen ustedes.

—Bien —dijo el señor Dambreuse.

Evidentemente, no se engañaba en aquella maniobra, y aun quizá la favorecía. ¿Por qué? Pero muy pronto volvió Martinon y Frédéric empezó su discurso. Desde la segunda página, que señalaba como una vergüenza la preponderancia de los intereses pecuniarios, el banquero torció el gesto. Luego, abordando las reformas, Frédéric pedía la libertad de comercio.

—¡Cómo...! Permítame usted.

El otro oía y continuaba. Reclamaba el impuesto progresivo, una federación europea y la instrucción del pueblo, estímulos amplios para las bellas artes.

—Aunque el país suministrara a hombres como Delacroix y Hugo cien mil francos de renta, ¿qué mal habría en ello?

Y concluía con algunos consejos a las clases superiores.

—No economicéis nada, ¡oh, ricos! Dad, dad.

Se detuvo y permaneció en pie. Sus dos oyentes, sentados, no hablaban; Martinon abría mucho los ojos; el señor Dambreuse estaba muy pálido. Por fin, disimulando su emoción, con agria sonrisa dijo:

—Es perfecto el discurso de usted. —Y elogió la forma bastante por no tener que expresarse respecto del fondo.

Aquella virulencia de parte de un joven inofensivo le asustaba, sobre todo como síntoma. Martinon trató de tranquilizarle. El partido conservador, dentro de poco, tomaría su revancha seguramente; en muchas villas se había echado a los comisarios del gobierno provisional; las elecciones estaban fijadas para el 23 de abril: había tiempo; en resumen, era preciso que el señor Dambreuse mismo se presentara en el Aube, y desde entonces Martinon no le abandonó ya, se convirtió en su secretario y le rodeó de filiales cuidados.

Frédéric llegó muy satisfecho de sí mismo a casa de Rosanette. Allí estaba Delmar, y le dijo que «definitivamente se presentaba candidato en las elecciones del Sena». En un manifiesto dirigido «al pueblo», en que le tuteaba, el autor se vanagloriaba de comprenderlo «a él» y de haberse hecho, atendiendo a su bien, «crucificar por el arte», de tal suerte que era su encarnación, su ideal; creía efectivamente tener sobre las masas una influencia enorme, hasta llegar a proponer más tarde, en un despacho ministerial, concluir él solo con una conmoción popular, y en cuanto a los medios que

emplearía, contestó únicamente:

—No teman ustedes; les enseñaré mi cabeza.

Frédéric, para mortificarle, le notificó su propia candidatura. El comediante, en el momento en que su futuro colega visitara la provincia, se declaró su servidor y ofreció introducirlo en los clubes.

Los visitaron todos: los rojos y los azules, los furibundos y los tranquilos, los puritanos, los místicos y los calaveras, aquellos en que se decretaba la muerte de los reyes, aquellos en que se denunciaban los fraudes del comercio; y por todas partes los arrendatarios maldecían a los propietarios; la blusa, al frac, y los ricos conspiraban contra los pobres. Muchos querían indemnizaciones como antiguos mártires de la política; otros imploraban dinero para poner en marcha inventos, o se trataba de planes falansterianos, proyectos de bazares cantonales, sistemas de felicidad pública. Y luego, acá y allá, algún relámpago de ingenio en aquellas nubes de necesidad; apóstrofes, súbitos como salpicaduras; el derecho formulado en un juramento, y flores de elocuencia en labios de un galopo, que llevaba el tahalí de un sable sobre su pecho desnudo y sin camisa. A veces también se veía a un caballero, aristócrata, humilde de maneras, diciendo cosas plebeyas, y que no se había lavado las manos para aparentar que estaban callosas. Un patriota le reconocía, los más virtuosos le amenazaban y se iba de allí con la rabia en el alma. Se debía, por afectación de buen sentido, denigrar siempre a los abogados y lanzar, con la mayor frecuencia posible, estas locuciones: «Apretar su piedra al edificio», «problema social», «taller».

Delmar no perdía las ocasiones de tomar la palabra; y cuando no encontraba nada que decir, su recurso era ponerse el puño en la cadera, el otro brazo en el chaleco, y se volvía de perfil bruscamente, de modo que se viera bien su cabeza. Entonces estallaban los aplausos; los de la señorita Vatnaz, en el fondo de la sala.

Frédéric, a pesar de lo endeble de los oradores, no se atrevía a arriesgarse. Todas aquellas gentes le parecían demasiado incultas o demasiado hostiles.

Pero Dussardier se puso a buscar, y le anunció que existía, en la calle Saint-Jacques, un club titulado el Club de la Inteligencia. Semejante nombre daba buenas esperanzas. Además, llevarían amigos.

Y, en efecto, llevó a los que había invitado a su ponche: el tenedor de libros, el corredor de vinos, el arquitecto; hasta fue Pellerin, y quizá Hussonnet; y en la acera, delante de la puerta, se hallaba Regimbart con dos individuos, de los cuales el primero era su fiel Compain, hombre un poco rechoncho, picado de viruela, con los labios encarnados, y el segundo, una especie de mono negro, extremadamente peludo y que solo conocía por ser

«un patriota de Barcelona».

Pasaron por un corredor y después fueron introducidos en una gran pieza, de uso de carpintero sin duda, y cuyas paredes, nuevas aún, olían a yeso. Cuatro quinqués colgados paralelamente daban allí una luz desagradable. Sobre un estrado del fondo había una mesa con una campanilla; más baja, otra, que servía de tribuna, y otras dos a los lados, más pequeñas, para los secretarios. El auditorio que llenaba los bancos estaba compuesto de antiguos aprendices, peones, literatos inéditos. Entre aquellas hileras de paletos de cuellos grasientos se veía, de cuando en cuando, la cofia de alguna mujer y el bourgeron de un obrero.

El fondo de la sala estaba repleto de obreros, que habían ido allí, sin duda, por ociosidad, o llevados por los oradores para hacerse aplaudir.

Frédéric tuvo cuidado de colocarse entre Dussardier y Regimbart, quien, apenas se sentó, puso sus dos manos sobre el bastón, su mentón sobre las dos manos, y cerró los párpados, mientras que, en el otro extremo de la sala, Delmar, en pie, dominaba la asamblea.

En la mesa presidencial apareció Sénécal.

El buen dependiente había pensado que aquella sorpresa agradaría a Frédéric; mas, por el contrario, le molestó.

La muchedumbre demostró a su presidente una gran deferencia. Era de aquellos que el 25 de febrero había querido la inmediata organización del trabajo; al día siguiente, en el Prado, se había pronunciado porque se atacara al ayuntamiento; y como cada personaje se arreglaba entonces por un modelo, el uno copiaba a Saint-Just; el otro, a Danton; el otro, a Marat; él trataba de parecerse a Blanqui, que a su vez imitaba a Robespierre. Sus guantes negros y su pelo cortado al rape le daban un aspecto rígido, extremadamente conveniente.

Abrió la sesión contra la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, acta de fe habitual. Después, con vigorosa voz, entonó Los recuerdos del pueblo, de Béranger.

Otras voces se elevaron.

—No, no; eso no.

—¡«La gorra»! —se pusieron a aullar, en el fondo, los patriotas.

Y cantaron en coro la poesía del día:

¡Abajo el sombrero ante mi gorra!

¡De rodillas ante el obrero!

A una palabra del presidente se calló el auditorio. Uno de los secretarios procedió al extracto de las cartas.

—Algunos jóvenes anuncian que queman todas las noches, delante del Panteón, un número de La Asamblea Nacional, y a la vez invitan a todos los patriotas a seguir su ejemplo.

—¡Bravo! ¡Aceptado! —contestó la multitud.

—El ciudadano Jean-Jacques Langreneux, tipógrafo, calle Dauphine, quisiera que se levantara un monumento a la memoria de los mártires de thermidor.

—Michel-Évariste-Népomucène Vincent, exprofesor, emite el deseo de que la democracia europea adopte la unidad de idiomas. Podría utilizarse una lengua muerta, como, por ejemplo, el latín perfeccionado.

—No, nada de latín —exclamó el arquitecto.

—¿Por qué? —preguntó un maestro de estudios.

Y aquellos dos señores entablaron una discusión, a la que se mezclaron otros, lanzando cada cual su frase para deslumbrar, no tardando en convertirse en fastidiosa, de tal suerte que muchos se marchaban.

Pero un viejecito, que llevaba en lo más bajo de su frente, prodigiosamente, altas gafas verdes, pidió la palabra para un comunicado urgente.

Se trataba de una memoria sobre la distribución de los impuestos. Las cifras corrían en ella, sin verse el fin. La impaciencia estalló primeramente por algunos murmullos y conversaciones; pero nada le turbó. Después se pusieron a silbar, llamaban a Azor. Sénécal respondió al público; el orador continuaba como una máquina. Fue preciso, para detenerle, tirarle de la manga. El buen hombre pareció salir de un sueño, y dijo, quitándose tranquilamente sus gafas:

—Perdón, ciudadanos, perdón. Me retiro, dispensadme.

El fracaso de aquella lectura desconcertó a Frédéric. Tenía su discurso en el bolsillo, pero hubiera valido más una improvisación.

Por fin, el presidente anunció que iban a pasar al asunto importante, a la cuestión electoral. No se discutirían las grandes listas republicanas. Sin embargo, el Club de la Inteligencia tenía perfecto derecho, como cualquier otro, para formar una, «con perdón de los señores del ayuntamiento», y los ciudadanos que solicitaran el mando popular podían exponer sus títulos.

—Ande usted —dijo Dussardier.

Un hombre con sotana, pelo rizado y de fisonomía petulante, había ya

levantado la mano. Declaró, tartamudeando, llamarse Ducretot, presbítero y agrónomo, autor de una obra titulada De los abonos. Le remitieron a un círculo horticultor.

Después, un patriota de blusa ocupó la tribuna. Era un plebeyo ancho de espaldas, de fisonomía gorda y muy dulce, con largos cabellos negros. Recorrió la asamblea con una mirada casi voluptuosa, echó hacia atrás la cabeza y, separando los brazos, dijo:

—Habéis rechazado a Ducretot, hermanos míos, y habéis hecho bien, pero no ha sido por irreligión, porque todos nosotros somos religiosos.

Muchos escuchaban con la boca abierta, con aire de catecúmenos y pinturas estáticas.

—No ha sido tampoco porque es sacerdote, porque nosotros también somos sacerdotes. El obrero es sacerdote, como lo era el fundador del socialismo, nuestro maestro Jesucristo.

Había llegado el momento de inaugurar el reinado de Dios. El Evangelio llevaba derechamente al 89. Después de la abolición de la esclavitud, la abolición del proletariado. Se había pasado de la edad del odio y estaba por empezar la edad del amor.

—El cristianismo es la llave de la bóveda y el fundamento del nuevo edificio...

—¿Se burla usted de nosotros? —exclamó el corredor de alcoholes—. ¿De dónde ha salido semejante sandío?

Aquella interrupción causó gran escándalo. Casi todos se subieron en los bancos y vociferaban con el puño extendido: «Ateo, aristócrata, canalla», mientras que la campanilla del presidente sonaba incesantemente y redoblaban los gritos de «¡Al orden!». Pero intrépido, y sostenido, además, por «tres cafés» tomados antes de venir, se movía en medio de los otros.

—¡Cómo! ¡Yo un aristócrata! ¡Vamos!

Consentido que al fin se explicaría, declaró que jamás se viviría en paz con los sacerdotes, y puesto que se había hablado hacía un momento de economía, sería una famosa la de suprimir las iglesias, las sagradas formas y, finalmente, todos los cultos.

Alguien le objetó que iba lejos.

—Sí, voy lejos. Pero cuando un barco se ve sorprendido por la tempestad...

Sin esperar al final de la comparación, otro le contestó:

—Conformes; pero eso es demoler de un solo golpe, como un albañil sin discernimiento.

—Insulta usted a los albañiles —aulló un ciudadano cubierto de yeso. Y obstinándose en creer que le habían provocado, vomitaba injurias, quería batirse, se montaba en su banco. No bastaron tres hombres para echarle fuera.

No obstante, el obrero continuaba en la tribuna. Los dos secretarios le advirtieron que debía bajar; él protestó contra la violencia que se le hacía.

—No me impediréis gritar: ¡Eterno amor a nuestra querida Francia; amor eterno también a la República!

—Ciudadanos —dijo entonces Compain—; ciudadanos.

Y a fuerza de repetir «ciudadanos» obtuvo algún silencio; apoyó en la tribuna sus dos manos coloradas, que parecían zoquetes, adelantó el cuerpo, entornó los ojos y dijo:

—Creo que sería preciso dar mayor extensión a la cabeza de ternero.

Todos callaron, pensando haber oído mal.

—Sí, a la cabeza de ternero.

Trescientas carcajadas estallaron a la vez. El techo tembló. Ante todas aquellas caras trastornadas por la alegría, Compain se echó atrás y replicó, furioso:

—¡Cómo! ¿No conocéis la cabeza de ternero?

Aquello fue un paroxismo, un delirio. Apretaban los costados; algunos hasta se caían al suelo, debajo de los bancos. Compain, no pudiendo continuar, se refugió cerca de Regimbart y quiso llevárselo.

—No; me quedo hasta el final —dijo el ciudadano.

Aquella respuesta decidió a Frédéric; y como buscase, a izquierda y a derecha, a sus amigos para sostenerle, vio, delante de él, a Pellerin en la tribuna. El artista se dirigía a la multitud.

—Quisiera saber dónde está el candidato del arte, a todo esto. Yo he hecho un cuadro...

—No tenemos qué hacer con los cuadros —dijo brutalmente un hombre flaco, que tenía manchas rojas en los pómulos.

Pellerin exclamaba que le interrumpían.

Pero el otro, en tono trágico, replicó:

—¿No debía haber abolido ya el gobierno, por un decreto, la prostitución y

la miseria?

Y aquella frase le valió inmediatamente el favor del pueblo, tronando contra la corrupción de las grandes poblaciones.

—Infamia y vergüenza. Deberíamos atrapar a los burgueses al salir de la Maison d'Or y cruzarles la cara. ¡Si el gobierno no favoreciera, al menos, el escándalo...! Pero los empleados de consumos son muy indecentes con nuestras hijas y nuestras hermanas.

Una voz profirió de lejos:

—Eso es gracioso.

—A la puerta.

—Se nos sacan contribuciones para pagar el libertinaje. Así, los grandes sueldos de actor...

—A mí —exclamó Delmar.

Saltó a la tribuna, apartó a todo el mundo, tomó su postura, y declarando que despreciaba las triviales acusaciones, se extendió sobre la misión civilizadora del cómico. Puesto que el teatro era el foco de la instrucción nacional, votaba por la reforma del teatro, y, en primer término, no más direcciones, no más privilegios.

—Sí, de ninguna manera.

El juego del actor enardecía a la multitud y se cruzaban mociones subversivas.

—¡No más academias! ¡No más institutos!

—¡No más comisiones!

—¡No más bachillerato!

—¡Abajo los grandes universitarios!

—¡Conservémoslos! —dijo Sénecal—, pero que se confieran por sufragio universal por el pueblo, único juez verdadero.

Lo más útil, por otra parte, no era eso. Se necesitaba, en primer lugar, pasar el nivel sobre la cabeza de los ricos. Y los presentó atracándose de crímenes bajo sus dorados techos, mientras que los pobres se retorcían de hambre en sus buhardillas, cultivando todas las virtudes. Los aplausos se hicieron tan fuertes, que se interrumpió. Durante algunos minutos permaneció con los párpados cerrados, la cabeza atrás y como meciéndose sobre aquella cólera que levantaba.

Después se puso a hablar de una manera dogmática, con frases imperiosas

como leyes. El Estado debía ampararse del banco y de los seguros.

Abolirse las herencias; establecerse un fondo social para los trabajadores. Otras medidas serían buenas para el porvenir; aquellas bastaban al presente; y volviendo a las elecciones, añadió:

—Necesitamos ciudadanos puros, hombres enteramente nuevos. ¿Hay alguno que se presente?

Frédéric se levantó. Hubo un murmullo de aprobación, producido por sus amigos. Pero Sénécal, tomando una figura a lo Fouquier-Tinville, se puso a interrogarle acerca de sus nombres, apellidos, antecedentes, vida y costumbres.

Frédéric le contestaba sumariamente y se mordía los labios. Sénécal preguntó si alguien tenía obstáculo que oponer a aquella candidatura.

—No, no.

Pero él sí lo veía. Todos se inclinaron y alargaron las orejas. El ciudadano protestante no había dado una cierta suma prometida para una fundación democrática: un periódico. Además, el 22 de febrero, aunque fue suficientemente advertido, había faltado a la cita en la plaza del Panteón.

—Yo juro que estuvo en las Tullerías —exclamó Dussardier.

—¿Puede usted jurar haberle visto en el Panteón?

Dussardier bajó la cabeza. Frédéric se callaba; sus amigos, escandalizados, le miraban con inquietud.

—Al menos —replicó Sénécal—, ¿conoce usted un patriota que nos responda de sus principios?

—Yo —dijo Dussardier.

—¡Oh!, eso no es bastante; otro.

Frédéric se volvió hacia Pellerin. El artista le contestó por multitud de gestos, que significaban: «Amigo mío, a mí me han rechazado, ¿qué diablos quiere usted que le haga?».

Entonces, Frédéric tocó con el codo a Regimbart.

—¡Oh, sí, es verdad, ya es tiempo; voy allá!

Y Regimbart subió la escalera; después, indicando al español que le había seguido, añadió:

—Permitidme, ciudadanos, que os presente a un patriota de Barcelona.

El patriota hizo un gran saludo, movió como un autómatas sus ojos de plata,

y con las manos sobre el corazón, dijo:

—Ciudadanos, mucho aprecio el honor que me dispensáis, y si grande es vuestra bondad, mayor es vuestra atención.

—¡Pido la palabra! —gritó Frédéric.

—Desde que se proclamó la Constitución de Cádiz, ese pacto fundamental de las libertades españolas, hasta la última revolución, nuestra patria cuenta numerosos y heroicos mártires.

Frédéric, una vez más, quiso hacerse oír.

—¡Pero ciudadanos...!

El español continuaba:

—El martes próximo tendrán lugar, en la iglesia de la Madeleine, unos funerales.

—¡Pero esto es absurdo, nadie comprende!

Aquella observación exasperó a la muchedumbre.

—¡A la calle, a la calle!

—¿Quién, yo? —preguntó Frédéric.

—Usted mismo —dijo majestuosamente Sénecal—. Salga usted.

Se levantó para marcharse y la voz del íbero le respondía.

—Y todos los españoles desearían ver allí reunidas las diputaciones de los clubes y de la milicia nacional. Una oración fúnebre, en honor de la libertad española y del mundo entero, será pronunciada por un miembro del clero de París en la sala Bonne-Nouvelle. Honor al pueblo francés, que llamaría yo el primer pueblo del mundo, si no fuese ciudadano de otra nación.

—¡Aristo! —chilló un quídam, enseñando los puños a Frédéric, que se lanzó hacia el patio, indignado.

Se reprochó su sacrificio, sin reflexionar que las acusaciones que le fueron dirigidas eran justas, después de todo. ¡Qué fatal idea la de aquella candidatura!

¡Pero qué asnos!, ¡qué pillos! Se comparaba con aquellos hombres y aliviaba con su necedad la herida de su orgullo.

Después sintió necesidad de ver a Rosanette. Después de tantas falsedades y tanto énfasis, su gentil persona sería un consuelo. Sabía ella que debía presentarse aquella noche en un club. Sin embargo, cuando entró, ni siquiera le hizo una pregunta.

Se hallaba cerca del fuego, descosiendo el forro de un vestido. Semejante trabajo le sorprendió.

—¿Qué es lo que haces?

—Ya lo ves —dijo secamente—. Compongo mis trapos. Esto es tu República.

—¿Por qué mi República?

—¿Quizá será la mía?

Y se puso a censurar todo lo que pasaba en Francia desde hacía dos meses, acusándole de haber hecho la revolución, de ser la causa de su ruina, de que las gentes ricas abandonaran París y que, más tarde, ella iría a morir al hospital.

—Tú hablas a tu gusto con tus rentas. Por lo demás, al trote que esto va, no las tendrás mucho tiempo.

—Puede —dijo Frédéric—; los más decididos son siempre desconocidos; los brutos con quienes uno se compromete le harían aborrecer la abnegación.

Rosanette le miró con ceño.

—¿Eh? ¿Qué abnegación? ¿El señor no ha tenido éxito, a lo que parece? Tanto mejor; eso te enseñará a hacer dones patrióticos. ¡Oh, no mientas! Sé que les has regalado trescientos francos, porque tu República se hace mantener. Pues bien: diviértete con ella, buen hombre.

Ante aquella avalancha de necedades, Frédéric pasó de su otra contrariedad a una decepción más pesada. Se retiró al fondo de la habitación, y ella se le acercó.

—Vamos, razona un poco. En un país, como en una casa, se necesita un amo; de otro modo, cada cual baila como le place. En primer lugar, todo el mundo sabe que Ledru-Rollin se ve lleno de deudas. En cuanto a Lamartine, ¿cómo quieres que un poeta entienda de política? Puedes mover la cabeza y creerte con más talento que los otros; lo que digo es la verdad, sin embargo. Pero tú discutes siempre, no se puede meter baza contigo. Mira, por ejemplo, a Fournier-Fontaine, de los almacenes de San Roque; ¿sabes cuánto pierde? Ochocientos mil francos. Y Gomer, el embalador de enfrente, este es otro republicano, rompía las tenazas en la cabeza de su mujer, y ha bebido tanto ajeno, que van a encerrarle en una casa de salud. Como este son todos los republicanos. Una República al veinticinco por ciento. ¡Ah, sí, jáctate!

Frédéric se marchó. La ineptitud de aquella chica, presentándose de repente con un lenguaje populachero, le disgustaba, y hasta se sintió de nuevo patriota.

El malhumor de Rosanette fue en aumento. La Vatnaz la irritaba con su entusiasmo. Creyéndose en misión, tenía ganas de perorar, de catequizar, y más fuerte que su amiga en esas materias, la aplastaba con argumentos.

Un día llegó toda indignada contra Hussonnet, que acababa de permitirse bromas en el club de las mujeres. Rosanette aprobó aquella conducta, hasta declarar que usaría traje de hombre para ir a «decirles a todas lo que se merecían y pegarles». Frédéric entró en aquel momento: «Tú me acompañarás, ¿no es verdad?».

Y a pesar de hallarse él delante, se enzarzaron, haciéndose una la burguesa y filósofa la otra.

Las mujeres, según Rosanette, habían nacido exclusivamente para el amor o para criar niños y estar al frente de una casa. Según la Vatnaz, la mujer debía tener su puesto en el Estado. En otro tiempo, las galas legislaban, también las anglosajonas, y las esposas de los huroneses formaban parte del Consejo. La obra civilizadora era común. Se necesitaba el concurso de todos y sustituir, por fin, el egoísmo por la fraternidad; el individualismo por la asociación; el sistema parcelario, por el gran cultivo.

—Vaya, ¿ahora entiendes tú de cultivo?

—¿Por qué no? Por otra parte, se trata de la humanidad, de su porvenir.

—Ocúpate del tuyo.

—Eso es cosa mía.

Iban incomodándose y Frédéric se interpuso. La Vatnaz se acaloraba y hasta llegó a defender el comunismo.

—¡Qué tontería! —dijo Rosanette—. ¿Podrá eso llegar jamás?

La otra citó como prueba a los esenios, a los frailes moravios, a los jesuitas del Paraguay, a la familia de los Pingons, cerca de Thiers, en Auvernia; y como gesticulara mucho, su cadena de reloj se enredó con un borreguillo de oro de su colección de dijes.

De repente palideció Rosanette extraordinariamente.

La Vatnaz seguía desenredando su dije.

—No te molestes más —expresó Rosanette—. Ahora conozco tus opiniones políticas.

—¿Qué? —exclamó la Vatnaz, poniéndose tan encarnada como una virgen.

—¡Oh! Ya me comprendes.

Frédéric no comprendía. Había sobrevenido entre ellas, evidentemente,

algo más capital y más íntimo que el socialismo.

—Y aun cuando así fuera —replicó la Vatnaz, irguiéndose intrépidamente—. Es un préstamo, querida mía, deuda por deuda.

—¡Caray! Yo no niego las mías. ¡Qué historia por algunos miles de francos! Yo pido prestado, al menos; pero no robo a nadie.

La señorita Vatnaz trató de reír.

—¡Oh! Sí, pondría mi mano en el fuego.

—Ten cuidado, que está tan seca que puede arder.

La vieja señorita le presentó su mano derecha, dejándola levantada a la altura de su rostro, diciendo:

—Algunos amigos tuyos la encuentran aceptable.

—¿Como castañuelas? Serán andaluces.

—¡Mala mujer!

La mariscala hizo un gran saludo.

—Ya no hay atractivos.

La Vatnaz no contestó nada. Algunas gotas de sudor brotaron de sus sienes. Sus ojos se fijaban en la alfombra; estaba jadeante. Por fin, llegó a la puerta, y haciéndola crujir vigorosamente, dijo:

—Buenas tardes. Tendrá usted noticias mías.

—Adiós —dijo Rosanette.

Su violencia la había destrozado. Se dejó caer sobre el diván, toda temblorosa, balbuciendo injurias, derramando lágrimas. ¿Era aquella amenaza de la Vatnaz lo que la atormentaba? No. ¡Bastante le importaba! Después de todo, quizá la otra le debiera dinero. Era el borreguillo de oro un regalo, y en medio de su llanto se le escapó el nombre de Delmar. Luego amaba a aquel botarate.

«Entonces, ¿por qué me ha aceptado? —se preguntó Frédéric—. ¿Qué significa eso de que haya vuelto? ¿Quién la obliga a retenerme? ¿Cuál es el sentido de todo esto?».

Los pequeños sollozos de Rosanette continuaban; seguía sentada en el borde del diván, echada a un lado, con las mejillas entre ambas manos, y parecía un ser tan delicado, inconsciente y dolorido, que se aproximó a ella y la besó en la frente con dulzura.

Entonces, ella le dio mil seguridades de ternura; el príncipe acababa de

marcharse y serían libres. Pero en el momento se encontraba... apurada. «Tú mismo lo has visto; el otro día, cuando utilizaba mis forros viejos. No más carruajes ahora». Y no era eso todo: el tapicero amenazaba con llevarse los muebles del cuarto y del gran salón; ella no sabía qué hacer.

Frédéric pensó en contestar: «No te inquietes; yo pagaré». Pero la señora podía mentir. La experiencia le había instruido, y se limitó sencillamente a consolarla.

Los temores de Rosanette no eran vanos; fue preciso entregar los muebles y dejar la bonita habitación de la calle Drouot. Tomó otra en el bulevar Poissonnière, piso cuarto. Las curiosidades de su antiguo tocador fueron suficientes para dar a las tres piezas un tipo coquetón. Tuvo estores chinos, una marquesita en la terraza; en el salón, un tapiz de lance, todavía nuevo enteramente, con plufs de seda rosa. Frédéric había contribuido ampliamente a aquellas adquisiciones; experimentaba la alegría de un recién casado que posee, por fin, una casa suya, una mujer suya; y agradándole aquello mucho, venía a dormir allí casi todas las noches.

Una mañana, al salir de la antesala, advirtió en la escalera, hacia el piso tercero, el chacó de un guardia nacional que subía. ¿Adónde iba? Frédéric le esperó. El hombre seguía subiendo con la cabeza un poco baja; levantó los ojos: era el señor Arnoux. La situación aparecía clara; se ruborizaron al mismo tiempo, igualmente contrariados.

Arnoux encontró primero el medio de salir de él.

—¿Está mejor? ¿No es verdad? —Como si Rosanette estuviera enferma y él fuera a buscar noticias.

Frédéric se aprovechó de aquel expediente.

—Sí, desde luego; su criada me lo ha dicho, al menos —dando a entender que no le habían recibido.

Después permanecieron frente a frente, ambos irresolutos y observándose, pensando cada cual quién no se iría. Arnoux, una vez más, resolvió la cuestión.

—¡Ah! Ya volveré más tarde. ¿Dónde quiere usted ir? Le acompaño a usted.

Y cuando estuvieron en la calle se puso a hablar con la naturalidad de costumbre. Indudablemente, o no tenía el carácter celoso, o era demasiado bonachón para enfadarse.

Por otra parte, la patria le preocupaba. Al presente no abandonaba el uniforme.

El 19 de marzo había defendido las oficinas de La Prensa. Cuando se aclamó la Cámara, se señaló por su valor, y fue de los del banquete ofrecido a la guardia nacional de Amiens.

Hussonnet, siempre de servicio con él, se aprovechaba más que nadie de su cantimplora y de sus cigarros; pero irreverente por naturaleza, se complacía en contradecirle, denigrando el estilo poco correcto de los decretos, las conferencias del Luxemburgo, las vesubianas, las tirolesas, todo, hasta el carro de la agricultura, arrastrado por caballos en vez de por bueyes y escoltado por jóvenes feas. Arnoux, por el contrario, defendía el poder, y soñaba con la pasión de los partidos. Sin embargo, sus negocios tomaban mal aspecto, inquietándole medianamente.

Las relaciones de Frédéric y la mariscala no le habían entristecido, porque aquel descubrimiento le autorizó (en su conciencia) a suprimir la pensión que había vuelto a asignarle desde la marcha del príncipe, alegando la dificultad de las circunstancias, gimiendo mucho, y Rosanette fue generosa. Entonces, Arnoux se consideró como el amante del corazón, cosa que le elevaba en su propia estima, rejuveneciéndole. No dudando que Frédéric pagaría a la mariscala, se imaginaba «dar una buena broma», llegando hasta a ocultarse y dejarle el campo libre cuando se encontraban.

Esta comunidad hería a Frédéric; y las cortesías de su rival le parecían una burla de mal género, demasiado prolongada. Pero enfadándose se hubiera quitado toda la probabilidad de volver a la otra, siendo, además, el único medio de oír hablar de ella. El comerciante de porcelanas, según costumbre, o quizá por malicia, la recordaba gustosamente en su conversación, y hasta le preguntaba por qué no iba ya a verla.

Frédéric, habiendo agotado todos los pretextos, aseguró que había estado en casa de la señora muchas veces inútilmente. Arnoux quedó convencido de ello, porque frecuentemente se extasiaba delante de ella acerca de la ausencia de su amigo, y ella respondía siempre que no estaba cuando venía a visitarla; de suerte que aquellas dos mentiras en vez de contrariarse se corroboraban.

La dulzura del joven y la alegría de tenerle por juguete hacían que Arnoux le quisiera más. Llevaba su familiaridad hasta los últimos límites, no por desdén, sino por confianza. Un día le escribió que un negocio urgente le llamaba a provincias por veinticuatro horas y le rogaba hiciera la guardia por él. Frédéric no se atrevió a rehusar y se presentó en el puesto del Carrousel.

Tuvo que sufrir la compañía de los guardias nacionales, y salvo un purificador, hombre chistoso que bebía de una manera exorbitante, todos le parecieron más brutos que sus cartucheras. La conversación capital fue acerca de la sustitución de las correas por el cinturón. Otros trinaban contra los talleres nacionales. Decían: «¿Adónde vamos?». El que había recibido el

apóstrofe contestaba abriendo los ojos, como al borde de un abismo: «Esto no puede durar; es preciso concluir».

Y repitiéndose los mismos discursos hasta la noche, Frédéric se aburrió mortalmente.

Grande fue su sorpresa cuando a las once vio aparecer a Arnoux, quien seguidamente dijo que corría a liberarle, habiendo ya concluido su negocio. Este negocio no había existido; era una invención para pasar veinticuatro horas solo con Rosanette. Pero el excelente Arnoux se había aprovechado demasiado, de tal suerte que en su lasitud le entró remordimiento. Vino a dar las gracias a Frédéric y le invitó a cenar.

—Mil gracias; no tengo hambre; solo deseo mi cama.

—Razón de más para desayunarnos juntos pronto. ¡Qué blando es usted! ¡Esta no es hora de ir a casa: es demasiado tarde; sería peligroso!

Frédéric cedió una vez más. Arnoux, a quien no esperaban, fue bien acogido por sus hermanos de armas, principalmente por el purificador.

Todos le amaban; y él era tan buen muchacho, que echó de menos la presencia de Hussonnet. Pero tenía necesidad de dormir un minuto nada más.

—Póngase usted cerca de mí —dijo a Frédéric, extendiéndose sobre su cama de campaña, sin quitarse el correaje.

Por temor de una alerta, en contra del reglamento, conservó el fusil; después balbució algunas frases: «Querida mía», «ángel mío», y no tardó en dormirse.

Los que hablaban se callaron, y poco a poco se hizo un gran silencio en el puesto. Frédéric, atormentado por las pulgas, miraba a su alrededor. La pared, pintada de amarillo, tenía a mitad de altura una plancha donde los sacos formaban una serie de pequeñas jorobas, mientras, debajo, los fusiles de color plomo estaban alineados unos junto a otros. Se oían ronquidos producidos por los guardias nacionales, cuyos vientres se dibujaban de una manera confusa en la sombra.

Una botella vacía y algunos platos ocupaban la estufa. Tres sillas de paja rodeaban la mesa, en la que se veía un juego de cartas. De un tambor, en el centro del banco, colgaban las correas.

El aire caliente entraba por la puerta y hacía que el quinqué diese humo. Arnoux dormía con los brazos abiertos, y como su fusil estaba colocado con la culata hacia abajo, un poco oblicuamente, la boca del cañón le llegaba a la axila.

Frédéric, que lo notó, se asustó.

«Pero no; no hay cuidado ni qué temer. Sin embargo, si muriese...».

Y seguidamente se desarrollaron infinitos cuadros.

Se vio con ella de noche, en una silla de posta; después, a la orilla de un río en una tarde de verano, y al reflejo de una lámpara, en su casa.

Hasta se detenía en cálculos de menaje, en disposiciones domésticas, contemplando, palpando ya su dicha; y para realizarla bastaría solamente que el gatillo del fusil se levantara. Podía tocarlo con la punta del pie; el tiro saldría; sería una casualidad y nada más.

Frédéric se extendió sobre aquella idea como un dramaturgo que compone. De repente le pareció que no estaba distante de resolverse su acción y que iba, por su parte, a contribuir como era su deseo; le sobrecogió un gran miedo.

En medio de aquella angustia experimentaba un placer, penetrando más y más en él, sintiendo con horror que desaparecían sus escrúpulos; en el furor de su sueño se borraba el resto del mundo y no tenía conciencia de sí mismo sino por una intolerable opresión del pecho.

—¿Tomamos un vino blanco? —dijo el purificador, que se despertaba.

Arnoux se echó al suelo y, tomadas las copas, quiso hacer la centinela de Frédéric.

Después se lo llevó a almorzar a la calle Chartres, casa de Parly; y como necesitaba reponerse, pidió dos platos de carne, una langosta, una tortilla al ron, una ensalada, etcétera, todo regado con sauterne de 1819, sin contar con el champán para los postres y los licores.

Frédéric no le contrarió. Se hallaba cohibido, como si el otro hubiera podido descubrir en su cara las huellas de su pensamiento.

Con ambos codos sobre el borde de la mesa, y muy inclinado, Arnoux, fatigándole con su mirada, le confiaba sus sueños.

Tenía deseos de tomar en arrendamiento todos los terraplenes de la línea del Norte para sembrar en ellos patatas, o bien organizar en los bulevares una cabalgata monstruo, en que figuraran las «celebridades de la época». Alquilaría todas las ventanas, que a razón de tres francos, término medio, produciría un bonito provecho. En resumen: soñaba con un gran golpe de fortuna por un acaparamiento. Sin embargo, era moral, condenaba los excesos, el desarreglo; hablaba de su «pobre padre», y todas las noches, decía, hacía su examen de conciencia, antes de ofrecer su alma a Dios.

—Un poco de curaçao, ¿eh?

—Como usted guste.

En cuanto a la República, las cosas se arreglarían; en fin, que se encontraba el hombre más feliz de la tierra; y olvidándose, elogió las cualidades de Rosanette, y hasta la comparó a su mujer. Era otra cosa, claro. No pueden imaginarse más bonitas piernas.

—¡A la salud de usted!

Frédéric bebió. Por complacencia, lo había hecho con algún exceso; además, le molestaba la luz del sol; y cuando subieron juntos la calle Vivienne se tocaban fraternalmente las hombreras de ambos.

Cuando entró en su casa, Frédéric durmió hasta las siete; enseguida se fue a casa de la mariscal. Había salido con alguien; quizá con Arnoux. No sabiendo qué hacer, continuó su paseo por el bulevar, pero no pudo pasar de la puerta Saint-Martin, tanta era la gente.

La miseria abandonaba a sí mismos a un considerable número de obreros; y venían todas las noches a pasar revista, sin duda, y esperar la señal. A pesar de la ley contra los grupos, aquellos clubes de la desesperación aumentaban de una manera terrible; y muchos burgueses se reunían allí cotidianamente por bravata, por moda.

De repente, Frédéric vio a tres pasos de distancia al señor Dambreuse con Martinon; volvió la cabeza porque guardaba rencor al señor Dambreuse, que se había hecho nombrar representante; pero el capitalista le detuvo.

—Una palabra, querido señor. Debo darle a usted explicaciones.

—No las pido.

—Por favor, escúcheme usted.

Él no había tenido culpa ninguna. Le habían rogado, obligado en cierto modo. Martinon, seguidamente, apoyó sus palabras: los de Nogent le habían enviado una diputación.

—Además, he creído hallarme en libertad, desde el momento...

Una avalancha de gente contra la acera hizo al señor Dambreuse separarse. Un minuto después volvió, diciendo a Martinon:

—Este es un verdadero servicio. No tendrá usted que arrepentirse.

Los tres se pegaron a una tienda para hablar más a gusto.

De cuando en cuando se gritaba: «¡Viva Napoleón!», «¡Viva Barbès!», «¡Abajo Marie!». La inmensa muchedumbre hablaba muy alto; y todas aquellas voces, que las casas repercutían, hacían un ruido semejante al de las olas de un puerto.

En determinados momentos se callaban; entonces se oía La Marsellesa.

Bajo las puertas cocheras, algunos hombres de maneras misteriosas ofrecían bastones con estoque. A veces, dos individuos pasaban uno delante de otro, se guiñaban un ojo y se alejaban rápidamente. Grupos de majaderos ocupaban las aceras; una muchedumbre compacta se agitaba en el empedrado. Bandas enteras de agentes de policía salían de las callejuelas y desaparecían apenas se dejaban ver. Banderitas de paño rojo acá y allá llameaban; los cocheros, de lo alto de su asiento, gesticulaban y se volvían. Aquello era un movimiento, un espectáculo de los más singulares.

—Cómo hubiera divertido todo esto —dijo Martinon— a la señorita Cécile.

—Mi mujer, ya lo sabe usted, no gusta de que mi sobrina venga con nosotros —contestó, sonriendo, el señor Dambreuse.

No se le hubiera reconocido. Desde hacía tres meses gritaba «¡Viva la República!», y hasta había votado el destierro de los Orléans. Pero las concesiones debían concluir; y se mostraba furioso, hasta el punto que llevaba un mazo en el bolsillo.

También Martinon tenía uno. No siendo ya inamovible la magistratura, se había retirado de los estrados, y sobrepasaba en violencia al señor Dambreuse.

El banquero aborrecía especialmente a Lamartine (por haber apoyado a Ledru-Rollin), y, además, a Pierre Leroux, Proudhon, Considérant, Lamennais, a todos los cerebros calientes, a todos los socialistas.

—Porque, en fin, ¿qué quieren? Se ha suprimido el impuesto sobre la carne y el apremio contra la persona; ahora se estudia el proyecto de un banco hipotecario; el otro día era un banco nacional; y a todo esto, cinco millones de presupuesto para los obreros. Pero, felizmente, ello se acaba gracias al señor Falloux. Buen viaje, que se marchen.

En efecto, no sabiendo cómo alimentar a los ciento treinta mil hombres de los talleres nacionales, el ministro de Trabajos Públicos, aquel mismo día, había firmado un decreto, invitando a todos los ciudadanos de dieciocho a veinte años a entrar en el servicio como soldados, o a salir para las provincias para trabajar la tierra.

Aquella alternativa los indignó, persuadidos de que se quería destruir la República. La existencia lejos de la capital los afligía como un destierro; se veían moribundos por las fiebres en regiones feroces. Para muchos, además, acostumbrados a los trabajos delicados, la agricultura les parecía un envilecimiento; era una añagaza, en fin, una irrisión, la negación formal de todas las promesas. Si resistían, emplearían la fuerza; no dudaban de esto y se disponían a prevenirla.

Hacia las nueve, los grupos formados en la Bastilla y en el Châtelet refluieron al bulevar.

De la puerta Saint-Denis a la puerta Saint-Martin, constituía aquello una enorme ebullición, una sola masa de azul oscuro, casi negro. Los hombres que se entreveían tenían todos las pupilas ardientes, la tez pálida, fisonomías enflaquecidas por el hambre, exaltados por la injusticia. Sin embargo, las nubes se amontonaban; el cielo tormentoso calentaba la electricidad de la muchedumbre, que se arremolinaba sobre sí misma, indecisa, con amplio impulso de oleaje, y se sentía en sus profundidades una fuerza incalculable y como la energía de un elemento.

Después, todos se pusieron a gritar: «¡Faroles! ¡Faroles!». Muchas ventanas no se iluminaban, y arrojaron piedras contra sus cristales.

El señor Dambreuse juzgó prudente retirarse. Los dos jóvenes le acompañaron.

Preveía él grandes desastres. El pueblo podía, una vez más, asaltar la Cámara; y a este propósito, contó cómo habría muerto el 15 de mayo a no ser por el sacrificio de un guardia nacional.

—¡Pero se me olvidaba! Era un amigo de usted, el fabricante de porcelanas: Jacques Arnoux.

Las gentes del motín le ahogaban; aquel bravo ciudadano le había cogido en sus brazos y depositado lejos.

Así, desde entonces, había formado una especie de lazo entre ellos.

—Será preciso comer juntos uno de estos días, y puesto que usted le ve con frecuencia, asegúrele que le quiero mucho. Es un hombre excelente, calumniado, según mi opinión, y tiene talento el pícaro. Le saludo a usted nuevamente. Buenas noches.

Cuando Frédéric dejó al señor Dambreuse, volvió a casa de la mariscala, y con aire sombrío le dijo que debía optar entre Arnoux y él.

Le respondió con dulzura que no entendía nada de «semejantes gruñidos»: no amaba a Arnoux y no tenía que ver con él. Frédéric estaba sediento de abandonar París. No rechazó ella aquella fantasía y salieron al día siguiente para Fontainebleau.

El hotel donde se alojaron se distinguía de los demás por un salto de agua instalado en medio de su patio. Las puertas de sus habitaciones daban a un corredor, como en los monasterios. La que les facilitaron era grande, bien amueblada, tapizada de indiana y silenciosa, por falta de viajeros. A lo largo de las casas paseaban vecinos desocupados; cuando cayó la luz del día, por debajo de sus ventanas jugaron a la barra los chiquillos de la calle; y aquella

quietud, sucediéndose al tumulto de París, les causaba sorpresa y tranquilidad.

Por la mañana temprano fueron a visitar el castillo. Como entraron por la verja, vieron su fachada entera, con los cinco pabellones de tejados puntiagudos y su escalera de herradura desplegándose al fondo del patio, que cortan a izquierda y a derecha dos cuerpos de edificio más bajos. Los líquenes del piso se mezclan a lo lejos con el tono jaspeado de las baldosas, y el conjunto del palacio, enmohecido de color, como una vieja armadura, tenía algo de realmente impasible, una especie de grandeza militar y triste.

Por fin, un criado se presentó con un manajo de llaves. Les enseñó, primero, las habitaciones de las reinas, el oratorio del Papa, la galería de Francisco I, la mesita de caoba en que el emperador firmó su abdicación, y en una de las piezas que dividían la antigua galería de los Ciervos, el sitio en que Cristina hizo asesinar a Monaldeschi. Rosanette escuchó aquella historia atentamente, y después, volviéndose a Frédéric, dijo:

—Sería, sin duda, por celos; ten cuidado.

Enseguida atravesaron la sala del consejo, la sala de guardias, el salón del trono, el de Luis XIII. Las altas ventanas, sin cortinas, derramaban una luz blanca; el polvo cubría ligeramente los puños de las fallebas, las patas de cobre de las consolas; fundas de telas gruesas tapaban todos los sillones; se veían encima de las puertas cacerías del tiempo de Luis XV, y en algunos sitios, tapicerías que representaban a los dioses del Olimpo, Psyche o las batallas de Alejandro.

Cuando Rosanette pasaba delante de los espejos, se detenía un minuto para alisarse el cabello.

Después del patio de la torrecilla y la capilla de Saint-Saturnin, llegaron a la sala de fiestas.

Quedaron asombrados por el esplendor del techo, dividido en compartimientos octogonales, adornado de oro y plata, más cincelado que una alhaja, y por la abundancia de las pinturas que cubren las paredes desde la gigantesca chimenea, donde las armas de Francia están rodeadas por carcaj y media luna, hasta la tribuna para los músicos, construida al otro extremo, en toda la amplitud de la sala. Las diez ventanas, en arcadas, estaban abiertas enteramente; el sol hacía brillar las pinturas; el cielo azul hacía que se confundiera indefinidamente el azul ultramar de las cimbras; y del fondo de los bosques, cuyas vaporosas cimas llenaban el horizonte, parecía venir un eco de los aullidos lanzados por las trompas de marfil, y de las danzas mitológicas que reunían bajo el follaje a princesas y señores, convertidos en ninfas y silvanos; época de ciencia ingenua, de pasiones violentas y arte suntuoso, cuando el ideal era arrastrar al mundo hacia un sueño de las Hespérides, y las

amantes de los reyes se confundían con los astros. La más bella entre las famosas se había hecho pintar, a la derecha, en figura de Diana cazadora, y hasta de Diana infernal, sin duda, para demostrar su poderío hasta más allá de la tumba. Todos aquellos símbolos confirmaban su gloria; y algo quedaba allí de ella, una voz indistinta, un rayo que se prolonga.

Frédéric sintió una concupiscencia retrospectiva inexplicable. Para distraer sus deseos, se puso a considerar tiernamente a Rosanette, preguntándole si no hubiera querido ser aquella mujer.

—¿Qué mujer?

—Diana de Poitiers. —Y añadió—: Diana de Poitiers, amante de Enrique II.

Ella dijo sencillamente: «¡Ah!», y eso fue todo.

Su mutismo probaba claramente que nada sabía, no comprendía, y Frédéric, por complacencia, le preguntó:

—¿Te aburres, quizá?

—No, no; al contrario.

Y con el mentón levantado, paseando alrededor una mirada de las más vagas, Rosanette dejó caer esta frase:

—Esto trae recuerdos.

Se veía, no obstante, en su cara un esfuerzo, una intención de respeto; y como aquel aire serio la ponía más linda, Frédéric la perdonó.

Más la divirtió el estanque de las carpas. Durante un cuarto de hora echó pedazos de pan al agua, para ver salir los peces.

Se hallaba sentado Frédéric junto a ella, bajo los tilos. Pensaba en todos los personajes que habían visto aquellas paredes: Carlos V, los Valois, Enrique IV, Pedro el Grande, Jean-Jacques Rousseau, las lindas plañideras de los palcos principales, Voltaire, Napoleón, Pío VII, Luis Felipe, y se sentía rodeado, codeado por aquellos muertos tumultuosos. Tal confusión de imágenes le aturdió, aunque en ella encontrara encanto.

Por fin, bajaron al parterre, que es un vasto rectángulo que al primer golpe de vista permite fijarse en sus largas alamedas amarillas, sus cuadros de césped, las cintas de boj, sus tejos piramidales, sus bajos arbustos y sus estrechos acirates, donde las flores, sembradas a trechos, forman como manchas sobre la tierra gris. Al extremo del jardín empieza un parque, atravesado en toda su extensión por un largo canal.

Las residencias reales tienen en sí una melancolía particular que depende,

sin duda, de las dimensiones, demasiado considerables para el pequeño número de sus habitaciones; del silencio que con sorpresa se nota en medio de tanto sonido; de su lujo inmóvil, que prueba con su vejez lo fugaz de las dinastías, la eterna miseria de todo. Y aquella exhalación de los siglos, abrumadora y fúnebre, como un perfume de momia, se deja sentir hasta en las cabezas cándidas. Rosanette bostezaba desmesuradamente, y se volvieron al hotel.

Después de su almuerzo, les trajeron un carruaje descubierto. Salieron de Fontainebleau por una ancha plaza; después subieron, al paso, por un camino enarenado hasta un bosque de pequeños pinos. Los árboles se hicieron más grandes, y el cochero, de cuando en cuando, decía: «Estos son los hermanos siameses, el faramundo, el ramillete del rey...», no olvidando ninguno de los sitios célebres, hasta deteniéndose algunas veces para hacer que los admirasen.

Entraron en el arbolado de Franchard. El coche se deslizaba como un trineo sobre el césped, pichones que no se veían se arrullaban; de repente se presentó un camarero y bajaron delante de una empalizada de un jardín, donde había mesas redondas. Luego, dejando a la izquierda los muros de una abadía ruinosa, anduvieron por grandes rocas y llegaron pronto al fondo de la garganta.

Está cubierta, por un lado, de grandes mezclas de asperones, mientras que, por el otro, el terreno, casi pelado, se inclina hacia lo hondo del valle, donde, en medio del color de los brezos, un sendero forma una pálida línea. A lo lejos se percibe una cima en cono marcado, que soporta la torre de un telégrafo en la parte de detrás.

Media hora más tarde bajaron otra vez para alcanzar las alturas de Aspremont.

El camino hace zigzag entre los rechonchos pinos, bajo rocas de angulosos perfiles. Todo ese rincón de las flores tiene algo de ahogado, de salvaje y recogido. Se piensa en los ermitaños (compañeros de los grandes ciervos, que llevan una cruz de fuego en medio de sus cuernos), que recibían con sonrisas paternas a los buenos reyes de Francia arrodillados delante de sus grutas.

Un olor resinoso llenaba el aire templado; las raíces por la tierra se cruzaban como venas.

Rosanette se tambaleaba; por allí estaba desesperada, tenía ganas de llorar.

Pero, en todo lo alto, la alegría le volvió, hallando, bajo un techo de ramaje, una especie de taberna donde vendían maderas talladas.

Tomó una botella de limonada, se compró un palo de acebo, y sin una sola mirada al paisaje que se descubre desde la meseta, entró en la Caverna de los

Ladrones, precedida de un pillete que llevaba una antorcha.

Su carruaje los esperaba en el Bas-Bréau.

Un pintor, de blusa azul, trabajaba al pie de una encina, con su caja de colores sobre las rodillas. Levantó la cabeza y los vio pasar.

En medio de la cuesta de Chailly, una nube, abriéndose de repente, les obligó a bajar la capota.

Casi al punto cesó la lluvia, y el pavimento de las calles brillaban bajo el sol cuando entraban en el pueblo.

Algunos viajeros que acababan de llegar les contaron que una espantosa batalla ensangrentaba París. Rosanette y su amante no se sorprendieron. Después, todo el mundo se fue, el hotel volvió a su tranquilidad, el gas se apagó, y se durmieron al murmullo del salto de agua del patio.

Al día siguiente fueron a ver la Garganta del Lobo, la Balsa de las Hadas, la Roca Larga, la Marlita; al otro día comenzaron su excursión al azar, como quería su cochero, sin preguntar dónde estaban, y hasta desdeñando en ocasiones los sitios famosos.

¡Se hallaban tan bien en su viejo landó, bajo como un sofá y cubierto de tela a rayas desteñidas!

Las zanjas llenas de maleza desfilaban ante su vista con movimiento suave y continuo.

Algunos rayos blancos atravesaban como flechas los altos helechos; a veces, un camino que ya no se utilizaba se ofrecía a sus ojos, en línea recta, y las hierbas crecían acá y allá blandamente.

En el centro de las encrucijadas, una cruz extendía sus cuatro brazos; en otros puntos, los postes se inclinaban como árboles muertos, y algunos senderillos curvos, perdiéndose bajo las hojas, daban ganas de seguirlos; en el mismo momento volvía el caballo, entraban y se hundían en el barro; más lejos era el musgo que brotaba al borde de profundos pantanos.

Se creían lejos de los demás, bien solos. Pero de repente pasaba un guardabosque con su fusil y una banda de mujeres en harapos, llevando a la espalda pesadas cargas.

Cuando se paraba el coche se producía un silencio universal; únicamente se oía el aliento del caballo en las varas, o algún grito de pájaro muy débil, repetido.

La luz, en ciertos sitios, iluminaba el lindero del bosque y dejaba los fondos en la sombra; o bien, atenuada en los primeros planos por una especie de crepúsculo, esparcía a lo lejos vapores violáceos, una blanca claridad. En el

centro del día, el sol, cayendo aplomado sobre los anchos verdores, los festoneaba, suspendía gotas argentinas en la punta de las ramas, rayaba el césped de líneas esmeraldas, arrojaba manchas de oro sobre las capas de hojas muertas; echando atrás la cabeza se percibía el cielo por entre las cimas de los árboles. Algunos, de desmesurada altura, tenían aire de patriarcas y emperadores; tocándose por los extremos, formaban con sus largos mástiles como arcos de triunfo; otros, que subían desde la raíz oblicuamente, parecían columnas cayéndose.

Aquella multitud de gruesas líneas verticales se entreabrían, y entonces, enormes grupos verdes se desarrollaban en desiguales sinuosidades hasta la superficie de los valles, en que avanzaba la cumbre de otras colinas dominando llanuras rubicundas, que acababan por perderse en una indecisa palidez.

En pie, uno junto a otro, sobre cualquier eminencia del terreno, sentían, al husmear el aire, que penetraba en su alma como el orgullo de una vida más libre, con un exceso de fuerzas y una alegría sin causa.

La diversidad de los árboles producía un espectáculo cambiante. Las hayas, de corteza blanca y lisa, mezclaban sus coronas; algunos fresnos encorvaban suavemente sus verdosos ramajes; en los cepellones de ojaranzo se enderezaban los acebos, semejantes al bronce; luego venía una fila de delgados abedules, inclinados en actitudes elegíacas, y los pinos, simétricos como cañones de órgano, balanceándose continuamente, parecía que cantaran. Había allí encinas rugosas, enormes, que se meneaban convulsivamente, se levantaban del suelo, se apretaban unas contra otras, y firmes sobre sus troncos, como torsos, se lanzaban con sus brazos desnudos provocaciones de desesperación, furibundas amenazas, como un grupo de titanes inmovilizados en su cólera. Algo más pesado, una febril languidez se cernía sobre los pantanos, cortando la superficie de sus aguas entre matorrales de espinas; los líquenes, en su ribazo, donde vienen a beber los lobos, son de color de azufre, quemados como por el paso de hechiceros, y el incesante canto de las ranas responde al grito de los conejos que por allí saltan.

Enseguida atravesaron monótonos rasos, plantados a trechos de algún resalvo. Un ruido como de hierro, golpes frecuentes y numerosos sonaban: era, en el flanco de una colina, una cuadrilla de canteros que trabajaban las rocas.

Se multiplicaban estas cada vez más, y acababan por llenar todo el paisaje, cúbicas como casas, planas como baldosas, apuntalándose, pisándose, confundiéndose, como las ruinas desfiguradas y monstruosas de alguna ciudad desaparecida. Pero la furia misma de aquel caos hace que se sueñe en volcanes, en diluvios, en grandes cataclismos ignorados. Frédéric decía que estaban allí desde el principio del mundo, y así permanecerían hasta el fin.

Rosanette apartaba la cabeza, afirmando que «aquello la volvía loca», y se iba a coger flores de brezo. Las pequeñas flores violáceas estaban apiladas unas cerca de otras, de formas desiguales, y la tierra que caía debajo ponía como franjas negras en el borde de las arenas, tachonadas de mica.

Un día llegaron hasta la mitad de una colina, toda de arena. Su superficie, virgen de paso humano, se hallaba rayada por simétricas ondulaciones; a trechos, a modo de promontorios, sobre el lecho desecado de un océano, se veían algunas rocas que tenían vagas formas de animales, tortugas que sacaron la cabeza, focas que se arrastraron, hipopótamos y osos. Nadie. Ningún ruido. Las arenas deslumbraban al reflejar los rayos del sol; y de repente, en aquella vibración de la luz, parecía que las bestias se movieran. Regresaron ellos de prisa, huyendo del vértigo, casi asustados.

La seriedad de la selva casi los dominaba, y había horas de silencio en que, abandonándose al balanceo de los muelles, permanecían como atontados en una tranquila embriaguez. El brazo por la cintura, la oía hablar él, mientras los pájaros gorjeaban; hasta contemplaba en una misma ojeada los negros racimos de su capota y las bayas de los enebros, los dobleces de su velo y las volutas de las nubes; y cuando se inclinaba hacia ella, la frescura de su piel se mezclaba a los grandes perfumes de los bosques. Se divertían con todo y se enseñaban, con curiosidad, los agujeros llenos de agua en medio de las piedras, una ardilla en las ramas, el vuelo de dos mariposas que los seguían; o bien, a veinte pasos de ellos, bajo los árboles, una cierva que andaba tranquilamente, con aire noble y dulce, con un cervatillo al lado. Rosanette hubiera querido correr detrás para abrazarlo.

En cierta ocasión tuvo mucho miedo, porque un hombre se les presentó de repente, enseñándoles tres víboras en una caja. Rosanette se acercó apresuradamente a Frédéric, sintiéndose él contento de verla débil y él bastante fuerte para defenderla.

Aquella tarde comieron en una posada a orillas del Sena. La mesa estaba cerca de la ventana; Rosanette, enfrente de él, que contemplaba su pequeña nariz fría y blanca, sus labios entreabiertos, sus ojos claros, sus cabellos castaños levantados, su linda cara oval. Su traje de fular crudo dibujaba los hombros algo caídos, y saliendo de las mangas muy estrechas, sus dos manos resaltaban, sirviendo de beber y avanzando sobre el mantel. Les trajeron un pollo con los cuatro miembros estirados, anguilas a la marinera en una compotera de barro de pipas, vino picado, pan demasiado duro, cuchillos mellados. Todo aquello aumentaba el placer, la ilusión. Se creían casi en medio de un viaje a Italia, en su luna de miel.

Antes de marcharse fueron a pescar a lo largo del ribazo.

El cielo, de un azul suave, tomaba la forma de una media naranja, al

apoyarse por encima de los bosques en el horizonte. Enfrente, al extremo de la pradera, se divisaba el campanario de una aldea, y aún más lejos, a la izquierda, el tejado de una casa parecía una mancha roja sobre el río, que permanecía a la vista inmóvil en toda la longitud de su sinuosidad. Los juncos se cimbreaban, sin embargo, y el agua sacudía ligeramente las estacas plantadas a la orilla para sostener las redes; una masa de mimbre y dos o tres lanchas viejas se encontraban por allí. Cerca de la posada, una chica con sombrero de paja sacaba cubos de un pozo; cada vez que estos subían, Frédéric escuchaba con inapreciable gozo el rechinar de la cadena.

No dudaba que sería feliz el resto de sus días, tan natural le parecía su dicha, inherente a su vida y a la persona de aquella mujer, a la que sentía necesidad de decir ternuras. Contestaba ella con palabras agradables, golpecitos en el hombro, dulzuras, cuya sorpresa le encantaba. Descubrió él en ella, en fin, una belleza enteramente nueva, que no era quizá sino el reflejo de las cosas ambientes, a menos que sus virtudes secretas no la hubieran hecho brotar.

Cuando descansaban en medio del campo, ponía él su cabeza sobre sus rodillas, al abrigo de su sombrilla, o se echaban en la hierba uno frente a otro, mirándose fijamente sus alteradas pupilas, saciándose, hasta que cerraban los párpados a medias, sin hablarse.

Oían a veces, allá muy lejos, redobles de tambor. Era el toque de generala de los pueblos para ir a defender París.

—¡Ah! ¡Escucha! ¡El motín! —decía Frédéric con desdeñosa piedad, juzgando miserable aquella agitación al lado de su amor y de la perpetua naturaleza.

Y hablaban de cualquier cosa, de lo que sabían perfectamente, de personas que no les interesaban, de mil tonterías; ella, por ejemplo, de su doncella y de su peluquero. Un día se le escapó su edad: veintinueve años; ya se hacía vieja.

En muchas ocasiones, sin querer, le refería detalles de ella misma. Había sido «señorita de almacén», había hecho un viaje a Inglaterra, comenzado sus estudios para ser actriz; todo aquello, sin transiciones, sin que se pudiera reconstruir un conjunto. Contó aún más cierto día en que se hallaban sentados debajo de un plátano, a la vuelta de un prado. Abajo, a la orilla del camino, una chiquilla descalza en el polvo apacentaba una vaca. Desde que los vio, vino a pedirles limosna; y sujetando con una mano su destrozada falda, arañaba con la otra sus cabellos negros, que rodeaban, como peluca de Luis XIV, toda su cabeza morena, dominada por unos ojos espléndidos.

—Será muy linda más adelante —dijo Frédéric.

—¡Qué suerte para ella si no tiene madre! —expuso Rosanette.

—¿Eh? ¿Cómo?

—Sí; yo, sin la mía...

Suspiró y se puso a hablar de su infancia. Sus padres eran obreros de la seda en las fábricas de la Cruz Roja en Lyon.

Servía a su padre de aprendiz. El pobre hombre ya podía extenuarse, que su mujer le insultaba y lo vendía todo para emborracharse. Rosanette recordaba su cuarto, con los telares alineados a lo largo de las ventanas; con el puchero sobre la estufa, la cama imitando caoba, un armario al frente, y el camaranchón oscuro en que había dormido hasta los quince años. En fin, que un caballero vino, hombre grueso, cara del color del boj, maneras de devoto, vestido de negro. Su madre y él tuvieron una conversación, de la que tres días después... Rosanette se detuvo, y con una mirada llena de impudor y de amargura, añadió:

—Quedó hecho.

Luego, contestando al gesto de Frédéric, agregó:

—Como estaba casado... tendría miedo de comprometerse en su casa... me llevaron a un gabinete restaurante, y me dijeron que sería feliz y que recibiría un buen regalo. Desde la puerta, la primera cosa que me chocó fue un candelabro de plata sobredorada, encima de una mesa donde había dos cubiertos. Un espejo en el techo los reflejaba, y las telas de las paredes, de seda azul, daban a la habitación el aspecto de una alcoba. La sorpresa me dominó. Ya comprendes, un pobre ser que jamás ha visto nada. A pesar de mi fascinación tuve miedo; deseaba irme; sin embargo, me quedé. El único asiento que había allí era un diván junto a la mesa, que cedió a mi peso suavemente; la rejilla del calorífero en el tapiz me enviaba aliento templado; permanecía sin tomar nada. El mozo que estaba en pie me invitó a comer; me sirvió inmediatamente un gran vaso de vino; la cabeza me daba vueltas; quise abrir la ventana y me dijo: «No, señorita; eso está prohibido», y me dejó. La mesa estaba cubierta de un montón de cosas que yo no conocía; nada me pareció bien. Entonces me dediqué a un tarro de dulces, esperando siempre. Yo no sé qué le impedía venir; era muy tarde, lo menos medianoche, y ya no podía más de cansancio; al quitar uno de los almohadones para extenderme mejor, encontré mi mano una especie de álbum, un cuaderno con imágenes obscenas. Sobre el álbum dormía cuando él entró.

Bajó la cabeza y se quedó pensativa.

Susurraban las hojas a su alrededor, una gran campanilla se balanceaba entre un grupo de hierbas, la luz corría sobre el césped, como una onda, y el silencio se interrumpía a intervalos rápidos por el ramoneo de la vaca, que ya no se veía.

Rosanette contemplaba un punto de la tierra, a tres pasos de ella, fijamente, con nariz dilatada, absorta. Frédéric le cogió la mano.

—¡Cuánto has sufrido, pobrecilla mía!

—¡Oh, sí! —dijo ella—. ¡Más de lo que crees...! ¡Hasta querer acabar conmigo...! Me volvieron a pescar.

—¿Cómo?

—No pensemos más en ello. Te amo, soy feliz; abrázame.

Y se puso a quitarse una a una las ramitas de cardo pegadas al bajo de su vestido.

Frédéric pensaba principalmente en lo que se había callado. ¿Cómo pudo salir de la miseria? ¿A qué amante debía su educación? ¿Qué había pasado en su vida hasta el día en que él visitó su casa por primera vez? Su última confesión impedía las preguntas; solo le hizo una: ¿cómo había conocido a Arnoux?

—Por la Vatnaz.

—¿No eras tú la que vi una vez en el Palacio Real con ellos dos? —Y citó la fecha precisa.

Rosanette hizo un esfuerzo.

—Sí, es verdad... No estaba yo muy contenta en aquel tiempo.

Pero Arnoux se había portado muy bien. Frédéric no lo dudaba. Sin embargo, su amigo era un hombre singular, lleno de defectos; y tuvo buen cuidado de recordárselos. Ella convino con Frédéric:

—Pero no importa... Así y todo, se le quiere a ese canalla.

—¿Ahora también? —dijo Frédéric.

Ella se ruborizó, medio riendo, medio enfadada.

—No; esto es una historia antigua. No te oculto nada. E incluso cuando así fuera, hay gran diferencia. Por lo demás, no te encuentro muy benévolo con tu víctima.

—¿Mi víctima?

Rosanette le cogió el mentón.

—Sin duda. —Y ceceando, a la manera de las nodrizas, añadió—: No hemos sido siempre formales; hemos arrullado a su mujer.

—¡Yo! Jamás; en mi vida.

Rosanette se sonrió, y él se sintió mortificado con la sonrisa, prueba de

inteligencia, según creía. Pero ella preguntó dulcemente, y con una de esas miradas que imploran la mentira:

—¿De veras?

—De veras.

Frédéric juró bajo palabra de honor que nunca había pensado en la señora Arnoux, estando, como estaba, muy enamorado de otra.

—¿De quién, pues?

—De usted, hermosa mía.

—¡Ah! No te burles de mí. Me irritas.

Juzgó él prudente inventar una historia, una pasión, con detalles circunstanciados. Aquella persona, por lo demás, le había hecho muy desgraciado.

—Decididamente, no tienes suerte —dijo Rosanette.

—¡Oh, oh! Quizá.

Queriendo dar a entender con estas exclamaciones muchas buenas futuras, para dar de él mejor opinión; del mismo modo que Rosanette no confesaba todos sus amantes para que él la estimase más; porque en medio de las más íntimas confidencias, hay siempre restricciones, por falsa vergüenza, delicadeza, piedad. Se descubren en otro, en uno mismo, precipicios o fangos que impiden continuar; se siente, además, temor de no ser comprendidos; es difícil expresar exactamente lo que sea; por eso son raras las uniones completas.

La pobre mariscala jamás había conocido alguna mejor. Muchas veces, cuando contemplaba a Frédéric, acudían a sus ojos las lágrimas, después los alzaba o los fijaba en el horizonte, como si percibiera alguna grata aurora, perspectivas de felicidad sin límites. Por último, cierto día confesó que deseaba que dijeran una misa «para que sea dichoso nuestro amor».

¿De qué procedía el que se le hubiera resistido tanto tiempo? Ella misma no lo sabía. Renovó él la pregunta muchas veces, y contestaba estrechándole en sus brazos:

—Tenía miedo de amarte demasiado, querido mío.

El domingo por la mañana, Frédéric leyó en un periódico, en una lista de heridos, el nombre de Dussardier. Dio un grito y, enseñando el papel a Rosanette, declaró que iba a marcharse inmediatamente.

—¿Para qué?

—Pues para verle, para cuidarle.

—Supongo que no irás a dejarme sola.

—Ven conmigo.

—¡Ah, que vaya a meterme en semejante sarracina! Muchas gracias.

—Sin embargo, yo no puedo...

—¡Sí!; Como si faltaran enfermeros en los hospitales. Y, después de todo, ¿para qué se mete en esas cosas? Que cada uno se cuide de sí mismo.

Se indignó de aquel egoísmo, reprochándose el no hallarse con los otros. Tanta indiferencia hacia las desgracias de la patria tenía algo de mezquino y burgués. Su amor le pesó de repente como un crimen. Durante una hora estuvieron riñendo. Luego suplicó ella que esperase, que no se expusiera.

—¡Si por casualidad te matan!

—No haré sino cumplir con mi deber.

Rosanette dio un salto. En primer lugar, su deber era amarla. Es que ya no la quería, indudablemente. Eso carecía de sentido común. ¡Qué idea, Dios mío!

Frédéric llamó para pedir la cuenta. Pero no era fácil volverse a París. El coche de las mensajerías Leloir acababa de salir; las berlinas Lecomte no marcharían; la diligencia del Bourbonnais pasaría tarde, por la noche, y quizá vendría llena; no sabían. Cuando hubo perdido mucho tiempo en aquellas reflexiones, se le ocurrió tomar la posta. El dueño rehusó facilitar caballos no teniendo Frédéric pasaporte. Por fin, alquiló una calesa (la misma que les había paseado), y llegaron al hotel del Comercio, en Melun, hacia las cinco.

La plaza del mercado se hallaba cubierta de grupos de armas. El gobernador había prohibido a los guardias nacionales ir a París. Los que no eran de su departamento querían continuar su camino. Se gritaba, y la posada estaba llena de tumulto.

Rosanette, sobrecogida de miedo, declaró que no iría más lejos, e incluso le suplicó que se quedara.

El posadero y su mujer se unían a sus ruegos. Un hombre excelente que comía se mezcló en el asunto, afirmando que la batalla terminaría en breve; además, era preciso cumplir con el deber.

Entonces la mariscalá redobló sus sollozos. Frédéric estaba exasperado; le dio el bolsillo, la abrazó vivamente y desapareció.

Al llegar a Corbeil, en la estación le dijeron que los insurrectos habían cortado los carriles en algunos sitios, y el cochero rehusó llevarle más lejos,

porque sus caballos, según decía, estaban «rendidos».

Sin embargo, mediante su protección, obtuvo Frédéric un malísimo cabriolé, que, por la suma de sesenta francos, sin contar la propina, consintió en llevarle hasta la barrera de Italia. Pero a cien pasos de la barrera su conductor hizo que se bajara, y volvió. Frédéric iba por el camino, cuando de repente un centinela cruzó la bayoneta. Cuatro hombres le sujetaron, vociferando:

—¡Uno más! ¡Cuidado! ¡Registradle! ¡Bandido! ¡Canalla!

Y su estupefacción fue tan profunda, que se dejó arrastrar hasta el puesto de la barrera, en el punto mismo donde convergen los bulevares de los Gobelinos y del Hospital, y las calles Godefroy y Mouffetard.

Cuatro barricadas formaban al extremo de las cuatro vías enormes taludes de piedras; algunas antorchas alumbraban; a pesar del polvo que se levantaba, distinguió soldados de línea y guardias nacionales con la cara negra, despechugados, hoscos. Acababan de tomar la plaza y habían fusilado a muchos hombres; su cólera duraba todavía. Frédéric dijo que llegaba de Fontainebleau a socorrer a un camarada herido que vivía en la calle Bellefond; nadie quiso creerle al principio; se examinaron sus manos, hasta se le acercaron para asegurarse de que no olían a pólvora.

Sin embargo, a fuerza de repetir la misma cosa, acabó por convencer a un capitán, que mandó a dos hombres que le llevaran al puesto del Jardín Botánico.

Bajaron el bulevar del Hospital. Soplabla una fuerte brisa, que le reanimó. Volvieron después por la calle del Mercado de Caballos. El Jardín Botánico, a la derecha, formaba una gran masa negra, mientras que a la izquierda, la fachada entera de la Pitié, iluminada en todas sus ventanas, llameaba como un incendio, y por detrás de sus cristales pasaban sombras.

Los dos hombres de Frédéric se marcharon; otro le acompañó hasta la Escuela Politécnica.

La calle Saint-Victor estaba muy oscura, sin un farol de gas ni una luz en las casas. De diez en diez minutos se oía:

—¡Centinela, alerta! —Y este grito, lanzado en aquel silencio, se prolongaba como la repercusión de una piedra que cae al abismo.

Algunas veces se aproximaba el son de los pesados pasos de una patrulla de cien hombres lo menos; siseos y choques vagos de hierro se escapaban de aquella masa confusa, que, alejándose con rítmico balanceo, se confundía con la oscuridad.

En medio de las encrucijadas había un dragón a caballo, inmóvil. De

cuando en cuando, pasaba un correo a escape, y luego volvía el silencio. El rodar de los cañones sobre las piedras, a lo lejos, resultaba sordo y formidable; el corazón se estremecía con aquellos ruidos, tan diferentes de todos los ruidos ordinarios; hasta parecía que contribuían a prolongar el silencio, profundo, absoluto, silencio negro. Algunos hombres de blusa blanca se acercaban a los soldados, les decían una palabra y se desvanecían como fantasmas.

El puesto de la Escuela Politécnica estaba atestado de gente. Algunas mujeres ocupaban el umbral, pidiendo ver a sus hijos o a sus maridos. Las enviaban al Panteón, transformado en depósito de cadáveres. Y nadie escuchaba a Frédéric, que se obstinaba jurando que su amigo Dussardier le esperaba, que iba a morir. Al fin le asignaron un cabo para conducirlo a la calle de Saint-Jacques, en la alcaldía del duodécimo distrito.

La plaza del Panteón estaba repleta de soldados acostados sobre paja; amanecía, y los fuegos de los vivaques se apagaban.

La insurrección había dejado en este barrio formidables huellas. El pavimento de las calles se encontraba de uno a otro extremo lleno de hoyos desiguales. Sobre las arruinadas barricadas quedaban todavía ómnibus, cañerías de gas, ruedas de carretas; algunos charcos negros en ciertos sitios debían de ser de sangre. Las casas se veían acribilladas de proyectiles, y su armazón se descubría por los desconchones del yeso. Algunas persianas, sujetas de un solo clavo, colgaban como jirones; como las escaleras se habían hundido, las puertas se abrían al aire. Se percibía el interior de las habitaciones con sus papeles en pedazos; cosas delicadas resultaban a veces conservadas intactas. Frédéric tuvo ocasión de ver un reloj, el palo de un papagayo, grabados...

Cuando entró en la alcaldía, los guardias nacionales charlaban sin parar de los muertos de Bréa y de Négrier, del representante Charbonnel y del arzobispo de París. Se decía que el duque de Aumale había desembarcado en Boloña; Barbès, huido de Vincennes; que la artillería llegaba de Bourges, y que afluían los socorros de las provincias. Hacia las tres, alguien trajo buenas noticias: parlamentarios del motín estaban en casa del presidente de la Asamblea.

Entonces la gente se alegró, y como Frédéric tenía aún doce francos, hizo traer doce botellas de vino, esperando de ese modo apresurar su libertad. De repente, se creyó oír un tiroteo; miraron al desconocido con ojos desconfiados; podría ser Enrique V.

Para no contraer responsabilidad alguna, le transportaron a la alcaldía del undécimo distrito, de donde no le permitieron salir antes de las nueve de la mañana.

Fue corriendo hasta el muelle Voltaire. En una ventana abierta, un viejo, en mangas de camisa, lloraba con los ojos hacia lo alto. El Sena seguía su curso apaciblemente; el cielo se veía enteramente azul; los pájaros cantaban en los árboles de las Tullerías.

Frédéric atravesaba el Carrousel cuando pasaron unas angarillas. La guardia presentó las armas inmediatamente, y el oficial dijo, llevando la mano a su chaleco: «Honor al valor desgraciado». Esta frase se había hecho casi obligatoria; el que la pronunciaba parecía siempre solemnemente conmovido. Un grupo de gentes furiosas que escoltaba las angarillas gritaba:

—¡Nos vengaremos! ¡Nos vengaremos!

Los coches circulaban por el bulevar; las mujeres, delante de las puertas, hacían hilas. Sin embargo, el motín estaba vencido o faltaba muy poco; una proclama de Cavaignac, fijada hacía un instante, así lo anunciaba. De lo alto de la calle Vivienne apareció un pelotón de móviles. Entonces los vecinos lanzaron gritos de entusiasmo, se quitaban los sombreros, aplaudían, bailaban, querían abrazarlos, ofrecerles de beber, y las señoras de los balcones arrojaban flores.

Por fin, a las diez, en el momento en que gruñía el cañón para tomar el barrio de Saint-Antoine, llegó Frédéric a casa de Dussardier, encontrándole en su buhardilla, acostado de espaldas y durmiendo. De la pieza próxima salió una mujer andando sin hacer ruido; era la señorita Vatnaz.

Llevó a Frédéric a un rincón y le contó cómo había recibido su herida Dussardier.

El sábado, encima de una barricada, en la calle Lafayette, un pillete cubierto con la bandera tricolor gritaba a los guardias nacionales: «¿Vais a tirar contra vuestros hermanos?». Al acercarse, Dussardier bajó el fusil, apartó a los demás, saltó sobre la barricada, y de un zapatazo derribó al insurrecto, arrancándole la bandera. Le hallaron en los escombros con el muslo agujereado por un lingote de cobre; había sido preciso extraer de la llaga el proyectil.

La Vatnaz había venido aquella misma noche, y desde entonces no le abandonaba. Preparaba con cuidado todo cuanto necesitaba para curar la herida, le ayudaba a beber, adivinaba sus menores deseos, iba y venía más ligera que una mosca, y le contemplaba con tiernos ojos.

Frédéric, durante dos semanas, no dejó de venir todas las mañanas. Un día que hablaba del sacrificio de la Vatnaz, Dussardier se encogió de hombros.

—¡Ah! No. Es por su interés.

—¿Crees tú?

Y él contestó:

—Estoy seguro —sin querer explicarse más.

Ella le colmaba de atenciones, hasta traerle los periódicos, en que se exaltaba su hermosa acción; aquellos homenajes parecían importunarle, e incluso confesó a Frédéric la turbación de su conciencia.

Quizá habría debido colocarse al otro lado, con las blusas; porque al fin les había prometido un montón de cosas que no había cumplido. Los vencedores detestaban la República, y después habían estado muy duros con ellos. No tenían razón, indudablemente, pero no les faltaba del todo, sin embargo; y el excelente muchacho se veía torturado por la idea de que podía haber combatido contra la justicia.

Sénécal, encerrado en las Tullerías, bajo la terraza de orillas del agua, no sentía ninguna de aquellas angustias.

Estaban allí novecientos hombres, amontonados en la inmundicia, mezclados, negros de pólvora y sangre coagulada, sufriendo la fiebre, gritando de rabia, y ni aun retiraban a los que se morían allí entre los demás. A veces, al súbito ruido de una detonación creían que iban a ser todos fusilados; entonces se precipitaban contra las paredes, caían en sus sitios luego, de tal modo atontados por el dolor, que les parecía vivir en una pesadilla, una fúnebre alucinación. La lámpara colgada de la bóveda tenía el aspecto de una mancha de sangre, y producidas por las emanaciones de la cueva, revoloteaban llamas pequeñas amarillas y verdes. Ante el temor de las epidemias se nombró una comisión. Desde los primeros escalones, el presidente se hizo atrás, espantado por el olor de los excrementos y de los cadáveres. Cuando los prisioneros se aproximaban a la lumbrera, los guardias nacionales, que estaban de guardia para impedirles que rompieran las rejas, daban bayonetazos al azar, al montón.

Fueron crueles, en general. Los que no se habían batido querían significarse; era el desbordamiento del miedo. Se vengaban al mismo tiempo de los periódicos, de los clubes, de los corrillos, de las doctrinas, de todo lo que les exasperaba hacía tres meses; y al despecho de la victoria, la igualdad (como para castigo de sus defensores y la irrisión de sus enemigos) se manifestaba triunfalmente, una igualdad de brutos, un mismo nivel de sangrientas infamias; porque el fanatismo de los intereses equilibró los delirios de la necesidad, la aristocracia experimentó los furores de la crápula, y el gorro de algodón no se manifestó menos repugnante que el gorro encarnado. La razón pública se hallaba perturbada, como después de los grandes cataclismos de la naturaleza. Gentes de talento se quedaron idiotas para toda su vida.

El tío Roque se había hecho muy bravo, casi temerario. Llegó a París el 26

con los de Nogent, y en vez de volverse con ellos, había ido a reunirse a la guardia nacional que acampaba en las Tullerías, dándose por muy contento con que le colocaran de centinela delante de la terraza de orillas del agua. Al menos, allí, los tenía en su poder a aquellos bandidos. Gozaba con su destrucción, con su abyección, y no podía prescindir de insultarlos.

Uno de ellos, adolescente, de largos cabellos rubios, acercó su cara a los barrotes pidiendo pan. El señor Roque le mandó que se callara, pero el joven repetía con voz lastimera:

—¡Pan!

—¿Lo tengo yo acaso?

Otros prisioneros se presentaron en la lumbrera, con sus barbas rizadas, sus pupilas echando fuego, empujándose todos y aullando.

—¡Pan!

El tío Roque se indignó al ver su autoridad desobedecida. Para asustarlos, les apuntó, y, arrastrado hasta la bóveda por la oleada que le ahogaba, el joven, con la cabeza echada atrás, gritó una vez más:

—¡Pan!

—Toma; ahí lo llevas —dijo el tío Roque disparando su fusil.

Se sintió un aullido enorme; después, nada. En la punta de la baqueta se había quedado algo blanco.

Después de lo cual, el señor Roque se fue a su casa; poseía en la calle Saint-Martin una casa, en la que se había reservado un apeadero, y los desperfectos causados por el motín en la fachada de su inmueble no eran lo que menos había contribuido a ponerle furioso. Al volverla a ver le pareció que había exagerado el daño; porque su acción de antes le apaciguaba como una indemnización.

Su hija misma le abrió la puerta, diciéndole seguidamente que su ausencia, excesivamente larga, le había inquietado, temiendo una desgracia, una herida.

Aquella muestra de amor filial enterneció al tío Roque.

Le extrañó que se hubiera puesto en camino sin Catherine.

—La he enviado a un encargo —contestó Louise.

Y se informó de su salud y de unas cosas y otras; después, con tono indiferente, le preguntó si por casualidad había encontrado a Frédéric.

—No, de ningún modo.

Por él solamente había hecho ella el viaje.

Alguien andaba por el corredor.

—¡Ah, perdón...! —Y desapareció.

Catherine no halló a Frédéric, ausente hacía muchos días; y su íntimo amigo el señor Deslauriers estaba por entonces en provincias.

Louise volvió toda trémula, sin poder hablar y apoyándose en los muebles.

—¿Qué tienes? ¿Qué es lo que tienes? —exclamó su padre.

Hizo ella señas de que no era nada, y por un gran esfuerzo de voluntad se repuso.

El del restaurante de enfrente trajo la sopa. Pero el tío Roque había sufrido una emoción demasiado violenta. Aquello no se le pasaba, y a los postres tuvo una especie de desfallecimiento. Fueron a buscar inmediatamente a un médico, que prescribió una poción. Después, cuando estuvo en la cama, el señor Roque exigió el mayor número de cobertores posible para sudar. Y suspiró y gimió.

—Gracias, mi buena Catherine. Besa a tu pobre padre, pichón mío. ¡Ah, estas revoluciones!

Y como su hija le reñía por haberse puesto malo, atormentándose por causa de ella, replicó:

—Sí, tienes razón; pero esto es más fuerte que yo. Soy demasiado sensible.

II

La señora Dambreuse, en su tocador, entre su sobrina y miss John, oía hablar al señor Roque de sus fatigas militares.

Ella se mordía los labios y parecía sufrir.

—¡Oh! Esto no es nada: se pasará. —Y con aire agradable, añadió—: Invitaremos a cenar a uno de los conocidos de usted: al señor Moreau. — Louise se estremeció—. Algunos íntimos más; Alfred de Cisy, entre ellos. —Y elogió sus maneras y, principalmente, sus costumbres.

La señora Dambreuse mentía menos de lo que creía, porque el vizconde soñaba con el matrimonio. Se lo había dicho a Martinon, agregando que estaba seguro de agradar a la señorita Cécile, y que sus parientes le aceptarían.

Para arriesgar tal confianza debía tener acerca de la dote favorables noticias. Ahora bien: Martinon sospechaba que Cécile era hija natural del señor Dambreuse, y habría sido, probablemente, muy fuerte pedir su mano a

todo evento. Aquella audacia ofrecía sus peligros; por lo cual, Martinon, hasta el presente, se había conducido de manera que no le comprometiese; además, no había como desembarazarse de la tía. Las frases de Cisy le decidieron; hizo su demanda al banquero, el cual, no viendo en ello obstáculo, acababa de prevenir a la señora Dambreuse.

Cisy llegó. Se levantó ella y dijo:

—Nos tiene usted olvidados... Cécile, shake hands.

En aquel mismo momento entró Frédéric.

—¡Ah! Por fin le encuentro a usted —exclamó el tío Roque—. Tres veces ha estado en su casa Louise esta semana.

Frédéric los había evitado cuidadosamente; alegó que pasaba todos los días junto a un camarada herido. Además, desde hacía mucho tiempo había tenido un montón de cosas que hacer, y buscaba historias. Felizmente, llegaron los convidados: primero, el señor Grémonville, el diplomático visto apenas en el baile; luego, Fumichon, aquel industrial cuyo apasionamiento conservador le había escandalizado una noche; la vieja duquesa de Montreuil-Nantua los seguía.

Pero dos voces se oyeron en la antesala.

—Estoy segura —decía una.

—Querida señora, simpática señora mía —contestaba la otra—; por favor, tranquilícese usted.

Era el señor Nonancourt, viejo verde, con aire momificado en cold-cream, y la señora Larsillois, esposa de un gobernador de Luis Felipe.

Temblaba esta extremadamente, porque había oído, hacía un instante, en un órgano, una polca que era una señal entre los insurrectos. Muchos burgueses tenían preocupaciones semejantes; creían que algunos hombres, en las Catacumbas, iban a destruir el barrio de Saint-Germain; se escapaban ciertos rumores de las cuevas; pasaban en las ventanas cosas sospechosas.

Todo el mundo se apresuró, sin embargo, a tranquilizar a la señora Larsillois. El orden había quedado restablecido; nada había que temer. «Cavaignac nos ha salvado». Como si los horrores de la insurrección no hubiesen sido suficientemente numerosos, se los exageraba. Había habido veintitrés mil presidiarios del lado de los socialistas; ni uno menos.

No se dudaba de manera alguna en cuanto a los víveres envenenados, los muebles aserrados entre dos tablas y las banderas con letreros pidiendo el incendio y el pillaje.

—Y algo más —añadió la exgobernadora.

—¡Ah, querida amiga! —dijo pudorosamente la señora Dambreuse, designando con la vista a las tres señoritas.

El señor Dambreuse salió de su gabinete con Martinon y ella volvió la cabeza, contestando al saludo de Pellerin, que adelantaba. El artista miraba inquieto las paredes. El banquero le llamó aparte y le hizo comprender que había debido, por el momento, esconder su lienzo revolucionario.

—Indudablemente —dijo Pellerin, que por su fracaso en el Club de la Inteligencia había modificado sus opiniones.

El señor Dambreuse deslizó delicadamente que le encargaría otros trabajos.

—Pero, perdone usted... ¡Ah, querido amigo, qué suerte!

Arnoux y su señora se hallaban delante de Frédéric.

Pasó por él un vértigo. Rosanette, con su admiración por los soldados, le había mortificado toda la tarde, y su antiguo amor despertó.

El jefe de comedor anunció que la señora estaba servida. Con una mirada la señora Dambreuse ordenó al vizconde que tomara del brazo a Cécile, y le dijo a Martinon, muy por lo bajo: «¡Miserable!», y entraron en el comedor.

Debajo de las hojas verdes de una piña, en el centro del mantel, se extendía una dorada, con la boca dirigida hacia un cuarto de corzo y tocando con su cola un montón de cangrejos. Higos, enormes cerezas, peras y uvas (primores del cultivo parisiense) formaban pirámides en vasos de Sajonia; un ramo de flores, a trechos, se mezclaba con la limpia plata; los estores de blanca seda echados, cubriendo las ventanas, daban a la habitación el tono de una suave claridad, refrescada por dos fuentes, en las que había trozos de hielo. Grandes criados de calzón corto servían la mesa. Todo aquello parecía aún mejor después de la emoción de los pasados días. Entraba en el goce de las cosas que se temían perder, y Nonancourt expuso el sentimiento general, diciendo:

—Esperamos que los señores republicanos nos permitan comer.

—A pesar de su fraternidad —añadió irónicamente el tío Roque.

Aquellas dos respetables personas estaban a la derecha y a la izquierda de la señora Dambreuse, que tenía enfrente a su marido, entre la señora Larsillois, al lado de la cual seguía el diplomático, y la vieja duquesa, codeándose con Fumichon. Después, el pintor, el comerciante de porcelanas, la señorita Louise y, gracias a Martinon, que le había quitado su sitio para ponerse cerca de Cécile, Frédéric se encontraba cerca de la señora Arnoux.

Llevaba un traje de Barés negro, un anillo de oro en la muñeca, y como el primer día en que Frédéric había comido en su casa, algo encarnado en el pelo: una rama de fucsia retorcida en el moño. No pudo menos que decirle:

—Mucho tiempo hace que no nos vemos.

—¡Ah! —contestó ella con frialdad.

Él repuso, con una dulzura de voz que atenuaba la impertinencia de la pregunta:

—¿Ha pensado usted alguna vez en mí?

—¿Por qué había de pensar?

Frédéric se sintió herido por aquella frase.

—Quizá tenga usted razón, después de todo.

Pero, arrepintiéndose en el acto, juró que ni un solo día había vivido sin hallarse dominado por el recuerdo.

—No creo absolutamente nada de eso, caballero.

—Sin embargo, usted sabe que la amo.

La señora Arnoux no respondió.

—Sabe usted que yo la amo.

Ella seguía callando.

«Vete a paseo», se dijo Frédéric.

Y, alzando los ojos, vio al otro extremo a la señorita Roque, que había creído de buen gusto vestirse de verde, color que groseramente rechazaba el tono de sus cabellos rojos. La hebilla de su cinturón era demasiado alta, su collar la molestaba; aquella falta de elegancia había contribuido indudablemente a la fría acogida de Frédéric. Le observaba ella desde lejos con curiosidad, y Arnoux, junto a ella, prodigaba las galanterías, sin conseguir sacarle tres palabras, hasta tal punto que, rehusando agradar, escuchó la conversación, que rodaba por entonces sobre los purés de piña del Luxemburgo.

Louis Blanc, según Fumichon, poseía un hotel en la calle Saint-Dominique y rehusaba alquilar a los obreros.

—Lo que yo encuentro singular —dijo Nonancourt— es que Ledru-Rollin cace en los dominios de la corona.

—Debe veinte mil francos a un platero —añadió Cisy—, y hasta se dice...

La señora Dambreuse le detuvo.

—¡Qué feo es eso de sofocarse por la política! Un joven. ¡Ah! Ocúpese usted mejor de su vecina.

Enseguida, la gente sería atacó a los periódicos. Arnoux tomó su defensa.

Frédéric intervino, llamándolos casas de comercio semejantes a las demás. Los escritores, generalmente, eran imbéciles o farsantes; manifestó que los conocía, y combatió con sarcasmos los sentimientos generosos de su amigo. La señora Arnoux no veía que era una venganza contra ella.

A todo esto, el vizconde se torturaba el entendimiento para conquistar a la señorita Cécile. En primer lugar demostró gustos de artista, censurando la forma de los garrafones y el grabado de los cuchillos. Después habló de su cuadra, de su sastre y de su camisero, y por fin abordó el capítulo de la religión, y encontró modo de hacer comprender que se cumplían todos sus deberes.

Martinon lo hacía mejor. Con monotonía, y mirándola continuamente, elogiaba su perfil de pájaro, su desmañada cabellera rubia, sus manos demasiado cortas. La fea joven se deleitaba con aquella avalancha de dulzuras.

Nada podía oírse, por hablar todos muy alto.

El señor Roque quería, para gobernar Francia, «un brazo de hierro». Nonancourt hasta se lamentó de que se hubiera abolido el cadalso político; deberían haber matado en masa a todos aquellos tunantes.

—Son hasta cobardes —dijo Fumichon—. No veo la valentía de colocarse detrás de las barricadas.

—A propósito: háblenos usted de Dussardier —exclamó el señor Dambreuse, volviéndose hacia Frédéric.

El bravo dependiente era entonces un héroe, como Sallesse, los hermanos Jeanson, la mujer Péquillet, etcétera.

Frédéric, sin hacerse de rogar, contó la historia de su amigo, de la que él obtuvo una especie de aureola.

Se llegó, muy naturalmente, a referir diversos rasgos de valor. Según el diplomático, no era difícil afrontar la muerte, como lo prueba los que se baten en duelo.

—Puede preguntarse al vizconde sobre ello —dijo Martinon.

El vizconde se puso rojo.

Los convidados le miraban, y Louise, más asombrada que los demás, murmuró:

—¿De qué se trata?

—Que arrió ante Frédéric —contestó, por lo bajo, Arnoux.

—¿Sabe usted algo, señorita? —preguntó al punto Nonancourt, y transmitió su respuesta a la señora Dambreuse, que, inclinándose un poco, se

puso a mirar a Frédéric.

Martinon no esperó las preguntas de Cécile, manifestándole que aquel asunto concernía a una persona incalificable. La joven se hizo atrás en su asiento, como para huir del contacto de aquel libertino.

La concurrencia tomó de nuevo calor. Los grandes vinos de Burdeos circulaban, se animaba la gente; Pellerin miraba con malos ojos la Revolución a causa del museo español, definitivamente perdido. Eso era lo que más le afligía como pintor. A esa frase, el señor Roque le interpeló:

—¿Sería usted el autor de un cuadro muy notable...?

—Quizá. ¿Cuál?

—Uno que representa a una señora en traje... a fe mía... un poco... ligero, con una bolsa y un pavo real detrás.

Frédéric, a su vez, se puso de color de púrpura.

Pellerin hacía como que no entendía.

—Con todo, es de usted seguramente, porque se ve escrito debajo el nombre de usted, y una línea en el marco declarando que es de la propiedad del señor Moreau.

Cierto día en que el tío Roque y su hija le esperaban en su casa, había visto el retrato de la mariscala.

El buen hombre hasta lo tomó por «un cuadro gótico».

—No —dijo Pellerin, brutalmente—, es un retrato de mujer.

Martinon añadió:

—De una mujer muy viva. ¿No es verdad, Cisy?

—No sé nada de eso.

—Yo creía que usted la conocía; pero desde el momento en que esto le molesta a usted, perdone.

Cisy bajó los ojos, demostrando por su confusión que había debido de jugar un papel desagradable con ocasión de aquel retrato. En cuanto a Frédéric, el modelo era necesariamente su amante. Convicción que se formó inmediatamente, y así lo manifestaban claramente las figuras de la asamblea.

«¡Cómo me mentía!», se dijo la señora Arnoux.

«¡Por ella me ha abandonado!», pensó Louise.

Frédéric se imaginó que aquellas dos historias podían comprometerle, y cuando se fueron al jardín dirigió sus reproches a Martinon.

El enamorado de la señorita Cécile se le rio en las narices.

—Al contrario; eso te servirá; adelante.

¿Qué quería decir? Además, ¿por qué aquella benevolencia tan opuesta a su manera de ser acostumbrada? Sin explicarse nada, se fue hacia el fondo, donde las señoras se hallaban sentadas.

Los hombres en pie, y Pellerin en el centro, proclamaban sus ideas. Lo más favorable a las artes era una monarquía bien entendida. Los tiempos modernos le desagradaban, «aunque no fuera más que por la guardia nacional»; echaba de menos la Edad Media; Luis XIV. El señor Roque le felicitó por sus opiniones, hasta confesando que detenían sus prejuicios contra los artistas.

Pero al momento se alejó de allí, atraído por la voz de Fumichon. Arnoux trataba de demostrar que hay dos clases de socialismo, uno bueno y otro malo. El industrial no veía esas diferencias, perdiendo la cabeza de cólera a la mención de la palabra propiedad.

—Es un derecho escrito en la naturaleza. Los niños defienden sus juguetes; todos los pueblos son de mi opinión, todos los animales; el león mismo, si pudiera hablar, se declararía propietario. Así, a mí, señores, que he empezado con quince mil francos de capital, durante treinta años levantándome regularmente a las cuatro de la mañana; que he tenido dificultades de quinientos mil diablos para hacer mi fortuna, ¿me vendrán a sostener que no soy su dueño, que mi dinero no es mi dinero, que la propiedad, en fin, es un robo?

—Pero Proudhon...

—¡Déjeme usted en paz con su Proudhon! Si estuviera aquí, creo que le estrangularía.

Y le hubiera estrangulado; después de tomar los licores, sobre todo Fumichon, no se conocía ya, y su rostro apoplético estaba próximo a estallar como un obús.

—Buenas tardes, Arnoux —dijo Hussonnet, que pasó deprisa por el césped.

Traía al señor Dambreuse la primera hoja de un folleto titulado L'Hydre, en que el bohemio defendía los intereses de un círculo reaccionario, y como tal le presentó el banquero a sus huéspedes.

Hussonnet los entretuvo, sosteniendo, en primer lugar, que los comerciantes de sebo pagaban a trescientos noventa y dos pilletes para que gritaran todas las noches «Luces, luces». Después, bromearon con los principios del 89, la emancipación de los negros, los oradores de la izquierda; hasta se lanzó a hacer de Proudhon sobre una barricada, quizá por efecto de

una sucia envidia contra aquellos burgueses que habían comido bien. El ataque agradó medianamente; sus caras se alargaron.

No era aquel el momento de bromear; además, Nonancourt lo dijo, recordando la muerte de monseñor Affre y del general de Bréa. Sin cesar se traían a cuento, haciendo comentarios. El señor Roque declaró que la del arzobispo «era de lo más sublime que podía darse». Fumichon atribuía la palma al militar; y en vez de deplorar ambas muertes sencillamente, se discutió para saber cuál de los dos debía excitar la más fuerte indignación. Vino luego un segundo paralelo, el de Lamoricière y Cavaignac, exaltando a Cavaignac el señor Dambreuse, y Nonancourt a Lamoricière. Nadie en aquella reunión, excepto Arnoux, los había podido ver en acción; pero todos, a pesar de esto, formularon juicio irrevocable acerca de sus operaciones. Frédéric se recusó, confesando que no había tomado las armas.

El diplomático y el señor Dambreuse aprobaron con la cabeza. En efecto, haber combatido el motín era haber defendido la República.

El resultado, aunque favorable, la consolidaba, y desembarazados de los vencidos, se deseaba ahora desembarazarse de los vencedores.

Apenas estuvieron en el jardín, la señora Dambreuse, llevándose a Cisy, le había reñido por su torpeza; cuando vio a Martinon le despidió, y quiso luego saber de su futuro sobrino la causa de sus bromas contra el vizconde.

—No lo son.

—Y todo en favor y gloria del señor Moreau; ¿con qué objeto?

—Con ninguno. Frédéric es un muchacho encantador. Le quiero mucho.

—Y yo también. Que venga. Vaya usted a buscarle.

Después de dos o tres frases triviales, empezó por desdeñar ligeramente a sus convidados, lo que equivalía a colocarle por encima de ellos. No dejó él de denigrar un poco a las demás mujeres, manera hábil de dirigirle cumplidos. Pero ella, de cuando en cuando, le abandonaba; como era noche de recepción, llegaban las señoras; después volvía a su sitio, y la colocación enteramente fortuita de las mesas permitía que no les oyeran.

Se manifestó ella jovial y seria, melancólica y razonable. Las preocupaciones del día le interesaban poco; existía una orden de sentimientos menos transitorios. Se lamentaba de los poetas que desnaturalizan la verdad; luego alzaba los ojos al cielo, preguntándole el nombre de una estrella.

Habían puesto en los árboles dos o tres faroles chinos; los agitaba el aire, y rayos de colores se balanceaban sobre su blanco vestido. Estaba, como de costumbre, alguien recostado en su butaca, con un taburete delante; se veía la punta de un zapato de raso negro, y la señora Dambreuse, a intervalos, decía

una palabra más alta, y a veces hasta se reía.

Aquellas coqueterías no afectaban a Martinon, ocupado por Cécile, pero iban derechas a la pequeña Roque, que hablaba con la señora Arnoux. Era la única entre aquellas mujeres cuyas maneras no le parecían desdeñosas. Había, pues, venido a sentarse a su lado; y, cediendo a una necesidad de expansión, le dijo:

—¿No es verdad que habla bien Frédéric Moreau?

—¿Le conoce usted?

—Sí, mucho. Somos vecinos y jugaba conmigo cuando yo era pequeña.

La señora Arnoux le dirigió una mirada sostenida, que significaba: «Supongo que no le amaré usted».

La de la joven contestaba sin turbación: «Sí».

—¿Le verá usted entonces con frecuencia?

—¡Oh, no! Solo cuando va a casa de su madre. Ya hace diez meses que no ha ido, y eso que había prometido ser más exacto.

—No hay que creer demasiado en la promesa de los hombres, hija mía.

—Pero a mí no me ha engañado.

—Como a otras.

Louise se estremeció: ¿le habría prometido quizá a ella algo? Y su fisonomía se crispó de desconfianza y de odio.

La señora Arnoux casi tuvo miedo; hubiera deseado recoger su frase. Después, ambas se callaron.

Como Frédéric se hallaba enfrente, en una silla de tijera, le contemplaban ellas, la una con decoro, con el rabillo del ojo; la otra, francamente, con la boca abierta, tanto, que la señora Dambreuse le dijo:

—Vuélvase usted para que ella le vea.

—¿Quién?

—Pues la hija del señor Roque.

Y bromeó acerca del amor de aquella joven provinciana; se defendía él, procurando reírse.

—¿Pero lo cree usted? ¡Semejante fealdad!

Sin embargo, sentía un placer de inmensa vanidad. Recordaba la otra noche, aquella en que había salido con el corazón lleno de humillaciones; y respiraba ampliamente, viéndose en su verdadero centro, casi en sus dominios,

como si todo aquello, incluso el hotel Dambreuse, le perteneciera. Las señoras formaban un semicírculo oyéndole, y, para brillar, se pronunció por el restablecimiento del divorcio, que debiera facilitarse hasta para poder separarse y reunirse cuando se quisiera. Ellas hacían exclamaciones, otras cuchicheaban; se oían algunas voces en la sombra, al pie del muro cubierto de aristoloquias; parecía aquello como una charla de gallinas alegres; y seguía él desenvolviendo su teoría, con ese aplomo que procura la conciencia del éxito. Un criado trajo al pabellón una bandeja de helados. Los señores se acercaron; hablaban de las detenciones.

Entonces, Frédéric se vengó del vizconde, haciéndole creer que quizá irían a perseguirle por legitimista. El otro objetaba que no había salido de su cuarto; el adversario de Frédéric acumulaba las circunstancias desfavorables; los mismos señores Dambreuse y Grémonville se divertían.

Luego cumplieron a Frédéric, lamentándose de que no empleara sus facultades en defensa del orden, y le apretaron cordialmente la mano; podía en lo sucesivo contar con ellos.

Por fin, al marcharse todo el mundo, el vizconde se inclinó profundamente delante de Cécile, diciendo:

—Señorita, tengo el honor de darle a usted las buenas noches.

Contestó ella secamente: «Buenas noches», pero enviando una sonrisa a Martinon.

El tío Roque, para continuar su discusión con Arnoux, le ofreció acompañarle, como a la señora, puesto que su camino era el mismo. Louise y Frédéric iban delante. Ella le cogió del brazo, y cuando se encontró un poco lejos de los demás, le dijo:

—Por fin; ¡cuánto he sufrido durante toda la noche! ¡Qué malévolas son aquellas mujeres! ¡Qué aire más altanero!

Quiso él defenderlas.

—En primer lugar, podías muy bien haberme hablado al entrar; después de un año de no vernos.

—No hace un año —dijo Frédéric, contento de poder discutir aquel detalle para esquivar los demás.

—Sea. El tiempo me ha parecido largo; eso es todo. Pero durante aquella abominable cena parecía como que te avergonzabas de mí. ¡Ah, comprendo que no tengo, como ellas, lo que se necesita para agradar!

—Te equivocas —dijo Frédéric.

—¿De veras? Júrame que no amas a ninguna.

Juró.

—¿Y me amas a mí sola?

—¡Claro!

Aquella seguridad la puso alegre. Hubiera querido perderse en las calles para pasear juntos toda la noche.

—Me he sentido tan atormentada allá. ¡No sé hablar más que de barricadas! ¡Te veía caer de espaldas, cubierto de sangre! Tu madre estaba en la cama con su reuma, y no sabía nada; era preciso callar; no podía ya contenerme y he arrastrado a Catherine.

Y le contó su partida, todo su camino, y la mentira que contó a su padre.

—Me lleva dentro de dos días. Ven mañana por la noche, como por casualidad, y aprovecha la ocasión para pedirme en matrimonio.

Jamás Frédéric se había encontrado más lejos del matrimonio. Además, la señorita Roque le parecía una personita bastante ridícula. ¡Qué diferencia entre ella y una mujer como la señora Dambreuse! Muy otro porvenir le estaba reservado. Hoy tenía la certidumbre; así que no era el momento de comprometerse, por una corazonada, en determinación de tal importancia.

Era preciso ahora ser positivo; y además había vuelto a ver a la señora Arnoux. Sin embargo, la franqueza de Louise le llenaba de confusiones, y replicó:

—¿Has reflexionado bastante en ese paso?

—¡Cómo! —exclamó ella, helada de sorpresa y de indignación.

Él dijo que casarse entonces sería una locura.

—¿De modo que tú no me quieres?

—Pero no me comprendes.

Y se lanzó a una embrollada charla, para hacerle entender que se veía detenido por mayores consideraciones, que tenía negocios para no concluir nunca, que hasta su fortuna estaba comprometida (Louise contaba todo con una palabra); en fin, que las circunstancias políticas se oponían. Por consecuencia, lo más razonable era tener paciencia por algún tiempo. Las cosas se arreglarían, sin duda; a lo menos, así lo esperaba; y como no encontrase ya razones, fingió recordar de pronto que debía estar hacía ya dos horas en casa de Dussardier.

Luego, saludando a los demás, se metió por la calle Hauteville, dio la vuelta al Gimnasio, entró de nuevo en el bulevar y subió corriendo los cuatro pisos de Rosanette.

Los señores Arnoux dejaron al tío Roque y su hija a la entrada de la calle Saint-Denis.

Se volvían sin decirse nada; él, no pudiendo más con lo que había charlado, y ella, sintiendo una gran lasitud, y hasta apoyándose en su hombro.

Era el único hombre que había manifestado durante toda la noche sentimientos nobles. Experimentó hacia él una gran indulgencia. Con todo, Arnoux guardaba a Frédéric un tanto de rencor.

—¿Has visto su cara cuando se habló del retrato? ¿No te decía yo que era su amante? Tú no querías creerme.

—Sí; no tenía yo razón.

Arnoux, contento por su triunfo, insistió:

—Hasta apuesto a que nos ha dejado, hace un momento, para ir a reunirse con ella. Ahora está en su casa. Allí pasa la noche.

La señora Arnoux se bajó mucho su toquilla.

—¡Pero tiemblas!

—Es que tengo frío —contestó.

Cuando su padre se durmió, entró Louise en el cuarto de Catherine, y, sacudiéndola, le dijo:

—Levántate... pronto; rápido, y ve a buscarme un coche.

Catherine le contestó que no los había a aquella hora.

—Vas a acompañarme entonces.

—¿Adónde?

—A casa de Frédéric.

—No es posible; ¿con qué motivo?

Para hablarle; no podía esperar; quería verle enseguida.

—Pero ¿piensas en eso? ¡Presentarte así en su casa a medianoche! Además, ahora duerme.

—Le despertaré.

—Eso no me parece conveniente tratándose de una señorita.

—Yo no soy una señorita; soy su mujer; le amo. Vamos, ponte el chal.

Catherine, en pie en el borde de la cama, reflexionaba, y acabó por decir:

—No, no quiero.

—Bueno, quédate; yo me voy.

Louise se deslizó como una culebra por la escalera. Catherine se lanzó detrás y se reunió con ella en la acera. Sus observaciones fueron inútiles, y la siguió acabando de vestirse. El camino le pareció muy largo, quejándose de sus piernas ya viejas.

—Después de todo, yo no tengo que ver con lo que te arrastra.

Luego se estremeció y dijo:

—Pobre corazón; no hay para ti más que tu Catherine, ¿ves?

De cuando en cuando volvían los escrúpulos.

—¡Ah, bonita cosa me obligas a hacer! Si tu padre se despertara. ¡Señor Dios! ¡Con tal que no ocurra una desgracia!

Delante del teatro de variedades, las detuvo una patrulla de guardias nacionales. Louise dijo inmediatamente que iba con su criada a buscar un médico, y las dejaron pasar.

En la esquina de la Madeleine encontraron una segunda patrulla, y Louise dio la misma explicación, contestándole uno de los ciudadanos:

—¿Es para una enfermedad de nueve meses, gatita mía?

—¡Gougibaud! —gritó el capitán—. Nada de desvergüenzas en las filas. Señoras, adelante.

A pesar de la amonestación, los rasgos de ingenio continuaron:

—Gran placer.

—Mis respetos al doctor.

—Cuidado con el lobo.

—Les gusta la broma —observó en voz alta Catherine—. ¡Juventud!

Por fin llegaron a casa de Frédéric. Louise tiró de la campanilla con fuerza muchas veces; la puerta se entreabrió y el conserje contestó a su pregunta: «No».

—¡Si debe de estar acostado!

—Le digo a usted que no. Hace más de tres meses que no se acuesta en su casa.

Y el ventanillo de la garita cayó de golpe como una guillotina. Pero permanecían en la oscuridad, bajo la bóveda, cuando una voz furiosa les gritó:

—¡Salgan ustedes!

La puerta se abrió de nuevo, y salieron.

Louise tuvo necesidad de sentarse en una piedra, y lloró con la cabeza entre las manos, copiosamente, con todo su corazón. Amanecía; pasaban algunas carretas.

Catherine la condujo, sosteniéndola, besándola, diciéndole toda clase de cosas bondadosas sacadas de su experiencia. No debía tomarse tanta pena por los enamorados. Si aquel faltaba, otros encontraría.

III

Cuando se hubo calmado el entusiasmo de Rosanette por los guardias volvió a ser encantadora como nunca, y Frédéric tomó la costumbre, insensiblemente, de vivir en casa de ella.

Lo mejor del día era la mañana en su terraza. En bata de batista, y los pies desnudos en sus pantuflas, iba y venía alrededor de Frédéric, limpiaba la jaula de sus canarios, mudaba el agua a sus peces rojos y jardineaba con una paleta en la caja llena de tierra, en la que crecía una enredadera de capuchinas que adornaba la pared. Luego, apoyados los codos en su balcón, miraban juntos los coches, los transeúntes, y se calentaban al sol, y formaban proyectos para la noche. Se ausentaba él durante dos horas lo más; enseguida se iban a un teatro cualquiera, a los proscenios, y Rosanette, con un gran ramo de flores en la mano, escuchaba la orquesta, mientras Frédéric, pegado a su oído, le contaba cosas joviales o galantes. Otras veces tomaban una calesa que los llevaba al bosque de Boulogne, y se paseaban por él tarde, hasta la medianoche. Por fin se volvían por el Arco del Triunfo y la gran avenida, respirando el aire, con las estrellas sobre sus cabezas, viendo al fondo de la perspectiva todos los faroles de gas alineados como doble cordón de perlas luminosas.

Frédéric la esperaba siempre cuando tenían que salir; tardaba mucho en arreglar debajo del mentón las dos cintas de su capota, y se sonreía a sí misma delante de su armario de espejo.

Después cogía su brazo y le obligaba a mirarse al lado de ella.

—¡Qué bien estamos así los dos juntos! ¡Amor mío, te comería!

Él era ahora su casa, su propiedad. De este pensamiento se veía en su rostro un rayo perpetuo, y, al mismo tiempo, parecía más lánguida en sus maneras, más redondeada de formas; sin poder decir en qué, la encontraba él cambiada, sin embargo.

Un día le contó como noticia muy importante que el señor Arnoux acababa

de montar un almacén de ropa blanca a una antigua obrera de su fábrica; allí acudía todas las noches; «gastaba mucho»; la semana pasada, sin ir más lejos, le había regalado un mobiliario de palisandro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Frédéric.

—Estoy segura.

Delphine, cumpliendo órdenes suyas, había tomado informe. Mucho debía de querer a Arnoux, para ocuparse de él con tal interés. Pero se contentó con responder:

—¿Qué te importa todo eso?

Rosanette se mostró sorprendida de aquella pregunta.

—El canalla me debe dinero. ¿No es abominable verle manteniendo mendigas?

Y con expresión de odio triunfante, añadió:

—¡Pero se burla de él lindamente! Ella cuenta con otros tres individuos. ¡Tanto mejor! Y que le coma hasta el último céntimo; me alegraré.

Arnoux, en efecto, se dejaba explotar por la bordelesa, con la indulgencia de los amores serviles.

Su fábrica no marchaba ya; el conjunto de sus negocios era deplorable; tanto, que para ponerlos de nuevo a flote, pensó primero en establecer un café cantante, donde solo se cantarían obras patrióticas, si el ministro le concedía una subvención; aquel establecimiento se convertiría a la vez en foco de propaganda y en manantial de beneficios. Pero la dirección del poder había cambiado y era ya cosa imposible.

Ahora soñaba con una gran sombrerería militar. Le faltaban los fondos para empezar.

No era más feliz en su interior doméstico. La señora se mostraba menos dulce con él y a veces hasta ruda. Marthe se ponía siempre de parte de su padre, con lo que el desacuerdo aumentaba, y la casa se hacía intolerable. Con frecuencia salía de ella desde por la mañana, pasaba el día en largos paseos; para aturdirse, luego comía en un restaurante del campo, abandonándose a sus reflexiones.

La prolongada ausencia de Frédéric perturbaba sus costumbres, por lo que se le presentó una tarde, suplicándole que fuera a verle como en otro tiempo, y obtuvo su promesa.

Frédéric no se atrevía a volver a casa de la señora Arnoux; le parecía haberle hecho traición; pero aquella conducta era muy cobarde. Faltaban

excusas. Sería preciso acabar por ir, y una noche se puso en marcha.

Como llovía, acababa de entrar en el pasaje Jouffroy cuando, a la luz de los escaparates, un hombrecillo gordo, de gorra, se les reunió. A Frédéric no le costó trabajo reconocer a Compain, aquel orador cuya proposición había causado tantas risas en el club. Se apoyaba en un individuo disfrazado con un gorro colorado de zuavo, con el labio superior muy caído, la tez amarilla como una naranja, con las mandíbulas cubiertas de una ancha perilla, y que le contemplaba con ojos abiertos humedecidos de admiración.

Compain, indudablemente, estaba orgulloso de él, puesto que dijo:

—Le presento a usted a este valiente, que es amigo mío, zapatero y un patriota. ¿Tomamos algo?

Frédéric le dio las gracias, y entonces empezó a tronar inmediatamente contra la proposición Rateau, una maniobra de los aristócratas. Para concluir con ellos, era preciso volver al 93. Después se informó de Regimbart y de algunos otros, tan famosos como Masselin, Sanson, Lecornu, Maréchal y un tal Deslauriers, comprometido en el negocio recientemente en Troyes.

Todo aquello era nuevo para Frédéric. Compain no sabía más; y le dejó, diciendo:

—Hasta la vista, ¿no es verdad?, porque usted es uno de ellos...

—¿De qué?

—De la cabeza de vaca.

—¿Qué cabeza de vaca?

—¡Ah, burlón! —contestó Compain, dándole un golpecito en el vientre.

Y los dos terroristas se metieron en un café.

Diez minutos después, Frédéric ya no pensaba en Deslauriers. Se encontraba en la acera de la calle Paradis, delante de una casa; y miraba al piso segundo, detrás de las cortinas, la luz de una lámpara.

Por fin subió la escalera.

—¿Está Arnoux?

La doncella contestó:

—No; pero pase usted, sin embargo.

Y abriendo bruscamente la puerta, dijo:

—Señora, es el señor Moreau.

Se levantó ella más pálida que su gargantilla. Temblaba.

—¿Qué me proporciona el honor de una visita tan imprevista?

—Nada. El placer de volver a ver antiguos amigos. —Y sentándose, agregó—: ¿Cómo está ese bueno de Arnoux?

—Perfectamente. Ha salido.

—Sí; ya comprendo. Siempre sus antiguas costumbres de las noches: un poco de distracción.

—¿Por qué no? Después de un día de cálculos, la cabeza tiene necesidad de descanso.

Hasta elogió a su marido, como trabajador. Aquel elogio irritó a Frédéric, y señalando sobre sus rodillas un pedazo de paño negro, con trencillas azules, preguntó:

—¿Qué está usted haciendo?

—Un corpiño que arreglo para mi hija.

—A propósito; no la veo por aquí. ¿Dónde está?

—En un internado —contestó la señora Arnoux.

Y las lágrimas acudieron a sus ojos; procuraba contenerlas moviendo sus agujas rápidamente. Él había cogido, para disimular, un número de L'Illustration de sobre la mesa, cerca de ella.

—Estas caricaturas de Cham son muy graciosas, ¿no es verdad?

—Sí.

Enseguida ambos callaron.

Una ráfaga movió de repente los cristales.

—¡Qué tiempo! —dijo Frédéric.

—En efecto, es muy amable de parte de usted haber venido con esta lluvia horrible.

—A mí nada me importa. No soy de aquellos a quienes impide, sin duda, acudir a sus citas.

—¿Qué citas? —preguntó ella, cándidamente.

—¿No se acuerda usted?

Y le colocó suavemente la mano sobre el brazo.

—Le aseguro a usted que me hizo sufrir mucho.

—Tenía miedo por mi hijo.

Y le contó la enfermedad del pequeño Eugène, y todas las angustias de aquella tarde.

—Gracias, gracias. Ya no dudo, y la amo a usted como siempre.

—¡Ah! Eso no es verdad.

—¿Por qué?

Ella le miró fríamente.

—Se olvida usted de la otra. La que paseaba usted por las carreras. La mujer cuyo retrato tiene usted. Su amante.

—Pues bien, sí —exclamó Frédéric—; no niego nada. Soy un miserable. Escúcheme usted. —Si la había conquistado, era por desesperación, como un suicidio. Por lo demás, la había hecho muy desgraciada, vengándose en ella de su propia vergüenza—. ¡Qué suplicio! ¿No lo comprende usted?

La señora Arnoux volvió su hermoso rostro, reteniéndole él la mano; y cerrando los ojos, absortos en una embriaguez que era como mecerse en una dulzura infinita, después permanecieron contemplándose cara a cara, el uno junto al otro.

—¿Es que podía usted creer que no la amaba ya?

Ella contestó en voz baja, llena de caricias:

—No; a despecho de todo, sentía en el fondo de mi corazón que eso era imposible y que llegaría un día en que se desvanecería el obstáculo entre nosotros dos.

—Y yo también, y experimentaba hasta morir necesidad de volver a verla a usted.

—Una vez —repuso ella— en el Palacio Real pasé al lado de usted.

—¿De veras?

Y él le manifestó la dicha que había tenido encontrándola en casa de los Dambreuse.

—Pero ¡cómo la detestaba a usted por la noche, al salir de allí!

—¡Pobre muchacho!

—¡Es tan triste mi vida!

—¿Y la mía? Si no hubiera más que las penas, las inquietudes, las humillaciones, todo lo que sufro como esposa y como madre, puesto que hemos de morir, no me quejaría; lo horrible es mi soledad, sin nadie...

—¡Pero yo estoy aquí; yo!

—¡Oh, sí!

Un sollozo de ternura la había levantado. Sus brazos se abrieron, y se estrecharon de pie en un prolongado beso.

Se oyó crujir el piso. Una mujer estaba junto a ellos: Rosanette. La señora Arnoux la había reconocido. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, la examinaban, enteramente llenos de sorpresa y de indignación. Por fin, Rosanette dijo:

—Vengo a hablar de negocios al señor Arnoux.

—No está aquí; ya lo ve usted.

—Es verdad —contestó Rosanette—; su criada tenía razón; perdone.

Y volviéndose a Frédéric, añadió:

—¿Tú aquí?

Aquel tuteo delante de ella ruborizó a la señora Arnoux como un bofetón en plena cara.

—No está aquí, le repito a usted.

Entonces la mariscala, que miraba a uno y otro lado, dijo tranquilamente:

—¿Vamos? Tengo un coche abajo.

Él hacía como que no oía.

—Vamos, ven.

—¡Ah! Sí, es una buena ocasión; vaya usted; vaya usted —dijo la señora Arnoux.

Salieron. Ella se inclinó por la barandilla para verlos aún, y una risa aguda, desgarradora, cayó sobre ellos desde lo alto de la escalera. Frédéric empujó a Rosanette dentro del coche, se puso enfrente de ella, y durante todo el camino no pronunció palabra.

La infamia, cuya salpicadura le ultrajaba, estaba causada por él mismo. Experimentaba a la vez la vergüenza de una humillación abrumadora y el pesar de su felicidad. Cuando al fin iba a recogerla, se había hecho irrevocablemente imposible. Y por culpa de aquella muchacha, de aquella perdida. Hubiera querido estrangularla; se ahogaba. Cuando entraron en su casa, tiró el sombrero sobre un mueble y se arrancó su corbata.

—Acabas de hacer una cosa indecente; confíesalo.

Ella se puso arrogantemente delante de él.

—¿Y bien? ¿Qué más? ¿En qué está mal?

—¡Cómo! ¿Me espías?

—¿Es culpa mía? ¿Por qué vas a divertirme a casa de las mujeres honradas?

—No te importa. ¡No quiero que las insultes!

—¿En qué la he insultado yo?

Él no tuvo qué contestar, y con acento aún más rencoroso, dijo:

—Pues la otra vez, en el Campo de Marte...

—¡Ya me fastidias con tus viejas!

—¡Miserable! —Y levantó el puño.

—No me mates. Estoy encinta.

Frédéric retrocedió.

—¡Mientes!

—Mírame. —Cogió una luz, enseñándole su cara—: ¿Lo ves?

Pequeñas manchas amarillas manchaban su piel, que estaba singularmente hinchada. Frédéric no negó la evidencia. Fue a abrir una ventana, dio algunos pasos a lo largo y a lo ancho, y se dejó caer en una butaca.

Aquel acontecimiento era una calamidad que, en primer lugar, suspendía su ruptura, y después destruía todos sus proyectos. La idea de ser padre, además, le parecía grotesca, inadmisibles. Pero ¿por qué? Si en vez de la mariscala... Y su ensimismamiento se hizo tan profundo que tuvo una especie de alucinación. Veía allí, sobre la alfombra, delante de la chimenea, una niña. Se parecía a la señora Arnoux, y a él mismo un poco: pelinegra y blanca, con los ojos negros, grandes cejas, y con una cinta rosa en sus cabellos rizados. (¡Oh, cómo la habría amado!). Creía oír su voz: «¡Papá, papá!».

Rosanette, que acababa de desnudarse, se acercó a él, vio una lágrima en sus párpados, y le besó gravemente en la frente. Él se levantó, diciendo:

—¡No, nadie hará daño a la criatura!

Entonces ella parloteó mucho. Sería un niño, seguramente. Se llamaría Frédéric. Era preciso empezar su canastilla. Y viéndola tan feliz, sintió piedad de ella. Como en aquel momento no sentía cólera alguna, quiso saber la razón del acto de antes.

Era que la Vatnaz le había enviado aquel mismo día un pagaré, protestado hacía ya mucho tiempo, y había corrido a casa de Arnoux para tener dinero.

—Yo te lo hubiera dado —dijo Frédéric.

—Más sencillo era tomar allí lo que me pertenece y devolver a la otra sus

mil francos.

—¿Es eso, al menos, todo lo que tú le debes?

Ella contestó:

—Ciertamente.

Al día siguiente, a las nueve de la noche (hora indicada por el portero), fue a casa de la Vatnaz.

Tropezó en la antesala con los muebles amontonados; pero un ruido de voz y de música le guiaba. Abrió una puerta y cayó en medio de una selecta reunión. En pie, delante del piano, que tocaba una señorita de gafas, Delmar, serio como un pontífice, declamaba un poema humanitario sobre la prostitución; y su cavernosa voz rodaba, acompañada por los acordes golpeados. Una fila de mujeres ocupaba la pared, en general vestidas de colores oscuros, sin cuellos de camisa ni puños. Cinco o seis hombres, todos pensadores, acá y allá, en sillas. En una butaca, un antiguo fabulista, una ruina; y el acre olor de una lámpara se mezclaba con el aroma del chocolate que llenaba los bolos sobre la mesa de juego.

La señorita Vatnaz, con una banda oriental alrededor de los riñones, se hallaba en un rincón de la chimenea; Dussardier, al otro, enfrente; parecía un tanto cohibido por su posición; además, aquel centro artístico le intimidaba.

¿Había concluido la Vatnaz con Delmar? Quizá no. Sin embargo, se mostraba celosa del excelente dependiente. Frédéric reclamó de ella un momento de conversación, y ella le hizo seña a Dussardier de pasar con ellos a su cuarto. Cuando los mil francos estuvieron alineados, pidió ella los intereses.

—Eso no merece la pena —dijo Dussardier.

—Cállate tú.

Aquella debilidad de un hombre tan valiente agradó a Frédéric como en justificación de la suya. Se llevó el pagaré, y no volvió jamás a hablar del escándalo de casa de la señora Arnoux. Pero desde entonces todos los defectos de la mariscala se le presentaban.

Tenía un mal gusto irremediable, una incomprensible pereza, una ignorancia de salvaje, hasta consideraba como muy célebre al doctor Desrogis, mostrándose orgullosa de recibirle, y a su esposa, porque eran «personas casadas». Se la echaba de maestra, con aire pedantesco, sobre las cosas de la vida con la señorita Irma, pobre criaturita dotada de una voz también menudita, que tenía por protector a un señor muy aceptable, expleado de aduanas, y fuerte en los juegos de cartas, a quien Rosanette llamaba «mi gran lulú». Frédéric no podía sufrir tampoco la repetición de palabras necias, tales como militares de insulsas muletillas, y se obstinaba, además, en quitar el

polvo por las mañanas a sus cacharros con un par de guantes blancos viejos. Pero lo que más le exasperaba era sus maneras con la criada, cuyo salario estaba incesantemente atrasado, y que hasta le prestaba dinero. Los días que arreglaban sus cuentas se insultaban como dos pescaderas, y luego se reconciliaban, abrazándose. Su intimidad se hacía triste; así que fue un consuelo para él cuando empezaron de nuevo las reuniones de la señora Dambreuse.

Aquella le divertía, al menos. Sabía las intrigas del mundo, los cambios de embajadores, el personal de las costureras; y si se le escapaban lugares comunes, era bajo una fórmula totalmente convenida, de tal modo que su frase podía pasar por una deferencia o por una ironía. Era preciso verla entre veinte personas que hablaban sin olvidarse de ninguna, consiguiendo las respuestas que quería, evitando las peligrosas. Cosas muy sencillas, contadas por ella, parecían confidencias; la menor de sus sonrisas hacía soñar; su encanto, por fin, como el exquisito perfume que llevaba ordinariamente, era indefinible y complejo. Frédéric sentía cada vez que se veía a su lado el placer de una novedad; y, sin embargo, siempre la encontraba con su misma serenidad, parecida al cristal de las aguas límpidas. Pero ¿por qué sus maneras con la sobrina acusaban tanta frialdad? En ocasiones hasta le lanzaba miradas singulares.

Desde que se habló de casamiento, había objetado al señor Dambreuse con la salud de «la querida niña», y se la llevó inmediatamente a los baños de Balaruc. A su regreso surgieron nuevos pretextos: el joven carecía de posición, aquel gran amor no parecía serlo, nada se arriesgaba con esperar. Martinon contestó que aguardaría. Su conducta fue sublime; predicó a Frédéric; hizo más: le indicó los medios de agradar a la señora Dambreuse, hasta dejando entrever que conocía, por la sobrina, los sentimientos de la tía.

En cuanto al señor Dambreuse, lejos de mostrarse celoso, rodeó de consideraciones a su joven amigo, le consultaba sobre diferentes cosas, hasta se inquietaba de su porvenir tanto, que un día que se hablaba del tío Roque le dijo al oído con aire astuto:

—Ha hecho usted bien.

Y Cécile, miss John, los criados, el portero, ni uno solo que no fuera agradable en aquella casa. A ella venía todas las noches, abandonando a Rosanette. Ante su futura maternidad le parecía más seria: hasta un poco triste, como si la atormentaran inquietudes. A todas las preguntas contestaba:

—Te equivocas; estoy bien.

Eran cinco los pagarés que había suscrito en otro tiempo; y no atreviéndose a decírselo a Frédéric, después del pago del primero, había vuelto a casa de

Arnoux, quien le prometió, por escrito, la tercera parte de sus beneficios en el alumbrado por gas de los pueblos del Languedoc (una empresa maravillosa), recomendándole que no utilizara aquella carta antes de la junta de los accionistas; junta que se aplazaba de semana en semana.

Sin embargo, la mariscala tenía necesidad de dinero, y se habría muerto antes de pedírselo a Frédéric; no lo quería de él, porque esto hubiera perjudicado a su amor. Él subvenía con desahogo los gastos de la casa; pero un carruaje alquilado, y unos y otros sacrificios indispensables desde que frecuentaba la casa de los Dambreuse le impedían hacer más por su amante. Dos o tres veces que había venido a horas desacostumbradas creyó ver espaldas masculinas escapar por las puertas, y Rosanette salía a menudo sin querer decir adónde iba. Frédéric no intentó ahondar en las cosas; uno de aquellos días tomaría su partido definitivo. Soñaba con otra vida, que sería más divertida y más noble. Semejante ideal le hacía indulgente con el hotel Dambreuse.

Era aquella una sucursal íntima de la calle Poitiers. Allí encontró de nuevo al gran señor A... al ilustre B... al profundo C... al elocuente Z... al inmenso V... a los viejos tenores del centro izquierda, a los paladines de la derecha, a los burgraves del justo medio, a los eternos buenos hombres de la comedia. Estupefacto se quedaba con su execrable lenguaje, sus pequeñeces, sus rencores, su mala fe; todos aquellos que habían votado la Constitución se esforzaban en destruirla, y se agitaban mucho, lanzaban manifiestos, folletos, biografías; la de Fumichon, por Hussonnet, fue una obra maestra. Nonancourt se ocupaba de la propaganda en los campos; el señor Grémonville trabajaba el clero; Martinon reunía jóvenes burgueses. Cada cual, según sus medios, se empleaba; hasta el mismo Cisy. Pensando ahora en las cosas serias, todo el día hacía encargos en coche para el partido.

El señor Dambreuse, como un barómetro, expresaba constantemente la última variación. No se hablaba de Lamartine sin que citara esta frase de un hombre del pueblo: «¡Basta de lira!». Cavaignac no era ya, a sus ojos, sino un traidor. El presidente, a quien había admirado durante tres meses, comenzaba a caer en su estimación (no encontrándole «con la energía necesaria»), y como necesitaba siempre un salvador, su reconocimiento, desde el asunto del conservatorio, pertenecía a Changarnier: «A Dios gracias, Changarnier... Esperemos que Changarnier... No hay nada que temer mientras Changarnier...».

Sobre todos los demás exaltaban a Thiers, por su libro contra el socialismo, en el que se mostraba tan pensador como escritor. Se reían enormemente de Pierre Leroux, que citaba en la Cámara pasajes de los filósofos. Se decían gracias acerca de la fila falansteriana. Iban a aplaudir la Feria de las Ideas, y comparaban a los autores con Aristófanes. Frédéric acudió con los demás.

La verbosidad política y la buena mesa adormecían su moralidad. Por medianos que le parecieran aquellos personajes, estaba orgulloso de conocerlos, y deseaba interiormente la consideración burguesa. Una amante como la señora Dambreuse le lanzaría.

Y se puso a hacer cuanto era preciso.

Salía a su encuentro en el paseo, no dejaba de ir a saludarla en su palco del teatro y, sabiendo las horas en que iba a la iglesia, se colocaba detrás de una columna en actitud melancólica. Para indicaciones de curiosidades, noticias de un concierto, préstamo de libros o revistas, cambiaban billetes continuamente. Además de su visita de la noche, a veces le hacía otra por la tarde; y sentía una gradación de alegría pasando sucesivamente por la puerta principal, por el patio, por la antesala, por los dos salones; llegaba, por fin, a su gabinete, discreto como una tumba, templado como una alcoba, donde era difícil sortear el mullido de los muebles, tantos eran los objetos aquí y allá colocados: telas, pantallas, copas y platos de laca, de concha, de marfil, de malaquita, lujosas bagatelas, renovadas con frecuencia. Las había sencillas: tres piedras de Étretat para prensapapeles; una gorra de Frisonne colgada de un biombo chino; todas aquellas cosas se armonizaban, sin embargo; y hasta admiraba la nobleza del conjunto, cosa que quizá consistiera en la altura del techo, la opulencia de las cortinas y los largos volantes de seda que flotaban en los dorados palos de los taburetes.

Casi siempre estaba ella en un pequeño confidente cerca de la jardinera que guarnecía el hueco de la ventana. Sentado al borde de un gran puf con ruedas, le dirigía él los más justos cumplidos, y ella le miraba con la cabeza algo de lado y sonriente.

Leía él páginas de poesía, poniendo allí toda su alma, para conmoverla y hacerse admirar; le detenía ella por una observación denigrante o una advertencia práctica, y su conversación recaía sin cesar en la eterna cuestión del amor. Se preguntaban lo que lo engendraba, si las mujeres lo sentían mejor que los hombres, y cuáles eran sobre esto las diferencias. Frédéric procuraba emitir su opinión, evitando a la vez la grosería y la insulsez. Aquello se convertía en una especie de lucha agradable en algunos momentos; en otros, aburrida.

No sentía Frédéric a su lado aquel encanto de todo su ser que le arrastraba hacia la señora Arnoux ni el alegre desorden en que al principio le puso Rosanette. Pero la deseaba como una cosa normal y difícil, porque era noble, porque era rica, porque era devota; figurándose que tenía delicadeza de sentimiento, rara como sus encajes, con amuletos sobre la piel y pudores en la depravación.

Utilizó su antiguo amor; le contó, como inspirado por ella, todo lo que la

señora Arnoux le había hecho sentir en otro tiempo, sus languideces, sus sueños. Ella recibía aquello como si estuviera acostumbrada a esas cosas, y, sin rechazarle formalmente, a nada cedía, y no llegaba a seducirla más que Martinon. Para concluir con el enamorado de su sobrina, le acusó de mirar al dinero, y hasta rogó a su marido que hiciera la prueba. El señor Dambreuse declaró al joven, en consecuencia, que siendo huérfana Cécile, de padres pobres, no tenía «ninguna esperanza», ni dote.

Martinon, no creyendo que aquello fuese verdad, o demasiado adelantado para desdecirse, o por una de esas terquedades de idiota, que son actos de genio, contestó que su patrimonio, quince mil francos de renta, les bastaría. Aquel desinterés imprevisto conmovió al banquero, que le prometió fianza para una plaza de recaudador que se obligaba a conseguirle; y en el mes de mayo de 1850, Martinon se casó con Cécile. No hubo baile. Los jóvenes salieron aquella misma noche para Italia. Frédéric vino al día siguiente a visitar a la señora Dambreuse, que le pareció más pálida que de costumbre y le contradijo agriamente en dos o tres asuntos insignificantes. Por lo demás, todos los hombres eran egoístas.

Los había, sin embargo, abnegados, aunque solo fuera él.

—¡Ah, bah! Como los demás.

Sus párpados estaban rojos, lloraba. Después, esforzándose por sonreír, añadió:

—Perdone usted; no tengo razón. Es una idea triste que se me ha ocurrido.

Frédéric no comprendía nada de aquello.

«No importa; es menos fuerte de lo que yo creía», pensó.

Llamó ella para tomar un vaso de agua, bebió un sorbo, lo devolvió y se lamentó de que le servían horriblemente. Para distraerla, se ofreció como criado, juzgándose capaz de presentar los platos, limpiar los muebles, anunciar a la gente y de ser, en fin, un ayuda de cámara, o, mejor, un cazador, aunque la moda hubiera pasado. Desearía ir detrás de un coche con un sombrero de plumas de gallo.

—¡Y cómo le seguiría a usted a pie, majestuosamente, llevando en brazos un perrito!

—Es usted alegre —dijo la señora Dambreuse.

¿No es una locura, repuso él, considerarlo todo por el lado serio? Había bastantes miserias sin necesidad de forjárselas. Nada merecía la pena de un dolor. La señora Dambreuse levantó las cejas, a modo de vaga aprobación.

Aquella paridad de sentimientos estimuló a Frédéric a mayor atrevimiento.

Sus desengaños de otras veces le servían ahora de clarividencia. Siguió:

—Nuestros abuelos vivían mejor. ¿Por qué no obedecer el impulso que nos mueve?

El amor, después de todo, no era en sí mismo una cosa tan importante.

—Pero eso que usted dice es inmoral.

Había vuelto a colocarse en el confidente; él se sentó al borde, junto a los pies.

—¿No ve usted que miento? Porque para agradar a las mujeres es preciso manifestar una insulsez de bufón o furores de tragedia. Se burlan de nosotros cuando se les dice que se las ama sencillamente. Yo encuentro esas hipérbolos que las divierten una profanación del verdadero amor; tanto, que no se sabe ya cómo expresarlo delante de las que... tienen... mucho ingenio.

Le consideraba ella con las pestañas entreabiertas; bajaba él la voz, inclinándose hacia su rostro.

—Sí, me da usted miedo. ¿La ofendo a usted, quizá...? Perdón... Yo no quería decir todo esto. No es culpa mía. ¡Es usted tan linda!

La señora Dambreuse cerró los ojos, y se sorprendió él con la facilidad de su victoria. Los grandes árboles del jardín, que se movían suavemente, se detuvieron. Algunas nubes fijas rayaban el sol con líneas rojas, y hubo como una suspensión universal de las cosas. Entonces, noches semejantes, con parecidos silencios, se presentaban a su espíritu confusamente. ¿Dónde era eso?

Él se puso de rodillas, cogió su mano y le juró amor eterno. Después, al marcharse, le llamó ella con una seña y le dijo, muy bajo:

—Vuelva usted a cenar; estaremos solos.

Le parecía a Frédéric, mientras iba bajando la escalera, que se había convertido en otro hombre, que la temperatura embalsamada de las calientes estufas le rodeaba, que entraba definitivamente en el mundo superior de los adulterios patricios y de las altas intrigas. Para ocupar en ellos la primera plaza bastaba una mujer como aquella. Ávida, sin duda, de poder y de acción, y casada con un hombre mediano, a quien había servido prodigiosamente, ¿deseaba a alguno fuerte para conducirla? Nada había imposible ahora; se sentía capaz de hacer doscientas leguas a caballo, de trabajar muchas noches seguidas, sin cansarse; su corazón desbordaba de orgullo.

En la acera, delante de él, pasaba un hombre con un viejo paletó y la cabeza baja, y con tal aire de fatiga, que Frédéric se volvió para verle. El otro levantó la cara: era Deslauriers, que vacilaba. Frédéric le abrazó.

—¡Cómo! ¿Eres tú? ¡Ah, pobre amigo!

Y le arrastró a su casa, haciéndole muchas preguntas a la vez.

El excomisario de Ledru-Rollin contó, primero, los tormentos que había sufrido. Como predicaba la fraternidad a los conservadores y el respeto de las leyes a los socialistas, los unos le habían disparado con sus fusiles y los otros le habían traído una cuerda para colgarle. Después de junio le destituyeron brutalmente; se le había metido en un complot, el de las armas cogidas en Troyes. Le soltaron por falta de pruebas. Luego el comité de acción le envió a Londres, donde anduvo a bofetadas con sus hermanos en un banquete. De vuelta a París...

—¿Por qué no has venido a mi casa?

—Tú estabas siempre ausente. Tu suizo tenía actitudes misteriosas; yo no sabía qué pensar; y luego no quería reaparecer como vencido.

Había llamado a las puertas de la democracia, ofreciéndose a servirla con su pluma, con su palabra, con sus actos; por todas partes le habían rechazado; desconfiaban de él, y había vendido su reloj, su biblioteca, su ropa.

—¡Más valdría reventar en los frontones de Belle-Isle, con Sénécal!

Frédéric, que se quitaba entonces la corbata, no pareció muy conmovido al oír aquella noticia.

—¡Ah! ¿Está deportado ese bueno de Sénécal?

Deslauriers replicó, recorriendo las paredes con aire envidioso:

—No todo el mundo tiene tu suerte.

—Perdóname —dijo Frédéric sin fijarse en la alusión—, pero cenó fuera. Van a servirte; pide lo que quieras. Toma hasta mi cama.

Ante una cordialidad tan completa, desapareció la amargura de Deslauriers.

—¿Tu cama? Pero... eso te molestará.

—¿Eh? No. Tengo otras.

—Ya; muy bien —dijo el abogado, riendo—. ¿Dónde cenas, pues?

—En casa de la señora Dambreuse.

—¿Sería esa quizá...?

—Eres demasiado curioso —dijo Frédéric, con una sonrisa que confirmaba la suposición.

Después miró el reloj y se sentó.

—Pues eso es. ¡No hay que desesperar, antiguo defensor del pueblo!

—¡Misericordia! Que otros se ocupen de eso.

El abogado detestaba a los obreros por lo que había sufrido con ellos en su provincia, país de hulla. Cada pozo de extracción había nombrado un gobierno provisional, intimidándole sus órdenes.

—¡Su conducta, además, ha sido encantadora en todas partes: en Lyon, en Lille, en el Havre, en París! Porque, siguiendo el ejemplo de los comerciantes que quisieran excluir los productos del extranjero, aquellos señores piden que se destierre a los trabajadores ingleses, alemanes, belgas y saboyanos. En cuanto a su inteligencia, ¿de qué ha servido, bajo la Restauración, su famosa junta de oficiales? En mil ochocientos treinta entraron en la guardia nacional, sin tener siquiera el buen sentido de dominarla. ¿No han reaparecido desde el día siguiente del cuarenta y ocho los gremios con sus estandartes? Hasta pedían representantes del pueblo suyos, que hubieran hablado solo para ellos. Todo como los diputados de la remolacha, que no se inquietaban más que de la remolacha. Ya tengo bastante pasado con esos cocos, que se prosternan sucesivamente delante del cadalso de Robespierre, las botas del emperador, el paraguas de Luis Felipe, chusma eternamente adicta al que le arroja pan en la boca. Se grita siempre contra la venalidad de Talleyrand y de Mirabeau; pero el mandadero de la esquina vendería la patria por cincuenta céntimos si le prometieran tarifar cada recado en tres francos. ¡Ah, qué falta! ¡Hubiéramos debido poner fuego a los cuatro extremos de Europa!

Frédéric le contestó:

—¡Faltaba la chispa! Eráis sencillamente pequeños burgueses, y los mejores de entre vosotros, galopines. En cuanto a los obreros, pueden quejarse; porque si se exceptúa un millón sustraído a la lista civil, y que vosotros les habéis concedido con la más baja adulación, no habéis hecho, por ellos más que frases. La libertad permanece en manos del patrón, y el asalariado, incluso para la justicia misma, sigue siendo inferior a su amo, puesto que su palabra no es creída. Por fin, la República me parece vieja. ¿Quién sabe? Quizá el progreso no sea realizable sino por una aristocracia o por un hombre. La iniciativa viene siempre de lo alto. El pueblo es menor de edad, por más que se diga.

—Tal vez eso sea verdad —dijo Deslauriers.

Según Frédéric, la gran masa de los ciudadanos no aspiraba más que al descanso (había aprovechado lo escuchado en el hotel Dambreuse), y todas las posibilidades estaban con los conservadores. Este partido, sin embargo, carecía de hombres nuevos.

—Si te presentaras, estoy seguro...

No concluyó. Deslauriers comprendió, se pasó las dos manos por la frente, y luego de repente dijo:

—¿Y tú? Nada te lo impide. ¿Por qué no has de ser diputado?

Por consecuencia de la elección doble, había en el Aube una candidatura vacante. El señor Dambreuse, reelegido en la legislatura, pertenecía a otro distrito.

—¿Quieres que me ocupe de eso? —continuó Deslauriers, quien conocía muchos taberneros, maestros, médicos, pasantes de abogados y a sus principales. Y siguió—: Además, se hace creer a los aldeanos todo lo que se quiere.

Frédéric sentía renacer su ambición.

Deslauriers dijo:

—Tú deberías buscarme una plaza en París.

—No creo que sea difícil para el señor Dambreuse.

—Puesto que hablábamos de hullas —dijo el abogado—, ¿qué es de su gran sociedad? Una ocupación de ese género es la que yo necesitaría. Y les sería útil, conservando, por supuesto, mi independencia.

Frédéric prometió llevarle a casa del banquero antes de tres días.

La cena, frente a frente con la señora Dambreuse, fue exquisita. Sonreía ella frente a él, al otro extremo de la mesa, por encima de un cesto de flores, a la luz de la lámpara suspendida; y como la ventana estaba abierta, se veían las estrellas. Hablaron muy poco, desconfiando de sí mismos, sin duda; pero en cuanto los criados volvían la espalda se enviaban un beso con los labios. Contó él su idea de la candidatura, la aprobó ella, comprometiéndose a hacer que el señor Dambreuse la apoyase.

Por la noche, algunos amigos se presentaron para felicitarla y para compadecerla. ¡Debía de sentir tanta pena por no tener ya a su sobrina! Estaba bien, además, que los recién casados viajaran; más tarde sobrevienen las dificultades, los niños. Pero Italia no correspondía a la idea que se tenía formada de ella; mas estaban en la edad de las ilusiones, y luego, que la luna de miel todo lo embellece.

Los dos últimos que se quedaron fueron el señor Grémonville y Frédéric. El diplomático no quería irse. Por fin, a medianoche, se levantó. La señora Dambreuse hizo seña a Frédéric para que se marchara con él, y le agradeció su obediencia con una presión de mano más suave que todo lo demás.

La mariscala lanzó un grito de alegría al volverle a ver. Le esperaba desde las cinco; él se excusó con una gestión indispensable en favor de Deslauriers.

Su cara tenía un aire de triunfo, una aureola, que deslumbró a Rosanette.

—Quizá sea por tu frac negro, que te sienta bien; pero jamás te he encontrado tan guapo. ¡Qué guapo eres!

En un arrebato de ternura, se juró interiormente no pertenecer a otros, sucediera lo que sucediese, aun cuando tuviera que perecer de miseria.

Sus bellos ojos, húmedos, chispeaban por tan poderosa pasión, que Frédéric la atrajo sobre sus rodillas, y se dijo: «¡Qué canalla soy!», aplaudiéndose su perversidad.

IV

El señor Dambreuse, cuando Deslauriers se presentó en su casa, pensaba en reavivar su gran negocio de hullas. Pero aquella fusión de todas las compañías en una sola estaba mal vista; la llamaban monopolio, como si no se necesitaran, para tales explotaciones, inmensos capitales.

Deslauriers, que acababa de leer ex profeso la obra de Gobet y los artículos de Chappe en el Diario de Minas, conocía la cuestión perfectamente. Demostró que la ley de 1810 establecía en provecho del concesionario un derecho impermutable. Además, podría darse a la empresa un color democrático; impedir las reuniones hulleras era un atentado contra el derecho mismo de asociación.

El señor Dambreuse le confió notas para redactar una memoria. En cuanto a la manera de pagar su trabajo, tanto mejores cuanto que no eran precisas.

Deslauriers volvió a casa de Frédéric desde allí y le refirió la conferencia. Había visto también a la señora Dambreuse al salir al pie de la escalera.

—Mi enhorabuena por ella, ¡caramba!

Después hablaron de la elección. Había que inventar algo.

Tres días después, Deslauriers trajo una hoja escrita para los periódicos, que era una carta familiar, en que el señor Dambreuse aprobaba la candidatura de su amigo.

Sostenida por un conservador y elogiada por un rojo, debía triunfar.

¿Cómo el capitalista firmaba semejante lucubración? El abogado, sin el menor inconveniente, había ido por su propia cuenta a ensañársela a la señora Dambreuse, que, encontrándola muy bien, se encargó de lo demás.

Aquel paso sorprendió a Frédéric; sin embargo, lo aprobó. Luego, como

Deslauriers tenía que entenderse con el señor Roque, le contó su posición respecto a Louise.

—Diles cuanto quieras; que mis negocios están turbios; que los arreglaré; que es bastante joven para esperar.

Deslauriers se marchó, y Frédéric se consideró como un hombre muy fuerte. Experimentaba, además, una profunda satisfacción. Su alegría por la conquista de una mujer rica no se hallaba contrariada por oposición alguna; el sentimiento se armonizaba con el medio; su vida, ahora, se componía de dulzuras por todas partes.

La más exquisita, quizá, era contemplar a la señora Dambreuse, entre muchas personas, en su salón. La conveniencia de sus maneras le hacía soñar con otras actitudes; mientras que hablaba con ella en tono de frialdad, recordaba sus balbucientes palabras de amor; todos los respetos hacia su virtud le deleitaban como homenaje que reflúa en él, y muchas veces le daba deseo de gritar: «Yo la conozco mejor que vosotros. Es mía».

Su intimidad no tardó en ser cosa convenida, aceptada. La señora Dambreuse, durante todo el invierno, llevó a Frédéric a sociedad.

Llegaba él casi siempre antes que ella; la veía entrar con los brazos desnudos, el abanico en la mano, perlas en los cabellos. Se detenía en el umbral, que la rodeaba como un marco, y manifestaba un ligero movimiento de indecisión, cerrando los párpados, para descubrir si él estaba allí. Le llevaba en su coche; la lluvia azotaba las ventanillas; los transeúntes se agitaban como sombras en el lodo, y, apretados uno contra otro, veían todo aquello, confusamente, con tranquilo desdén. Bajo diferentes pretextos, permanecían aún una hora larga en su cuarto.

Por aburrimiento, principalmente, había cedido la señora Dambreuse. Pero aquella última prueba no debía ser perdida; quería un gran amor, y le colmó de adulaciones y caricias. Le enviaba flores, le bordó una silla, le regaló una petaca, un escritorio, mil cosas de uso diario, para que no hubiera acto suyo independiente de su recuerdo. Estas atenciones le encantaron al principio, y muy pronto le parecieron perfectamente simples.

Alquilaba ella un coche, lo despedía a la entrada de un paraje, salía por el otro lado; luego, deslizándose a lo largo de las paredes con doble velo para ocultar su rostro, llegaba a la calle en que Frédéric, de centinela, la cogía del brazo apresuradamente para llevarla a su casa. Sus dos criados paseaban, el portero hacía encargos; miraba ella a su alrededor, y no había nada que temer; exhalando un suspiro, como de desterrado que vuelve a ver su patria. La suerte los hacía atrevidos. Sus citas se multiplicaron; una noche hasta se presentó de repente en gran toilette de baile. Aquella sorpresa podía ser peligrosa, y le riñó

por su imprudencia; además, no le agradó, porque su escote descubría demasiado su flaco pecho.

Y entonces conoció lo que se había ocultado: la desilusión de sus sentidos; no por eso dejaba de fingir grandes ardimientos, pero para sentirlos necesitaba evocar la imagen de Rosanette o de la señora Arnoux.

Aquella atrofia sentimental le dejaba la cabeza completamente libre, y más que nunca ambicionaba una alta posición en el mundo. Puesto que tenía un alzapué semejante, lo mejor que podía hacer era servirse de él.

Hacia mediados de enero, una mañana, Sénécál entró en su gabinete, y ante su exclamación de sorpresa, contestó que era secretario de Deslauriers, y hasta le llevaba una carta que contenía buenas noticias, y le reñía, sin embargo, por su negligencia; era preciso ir por allí. El futuro diputado dijo que se pondría en camino al día siguiente.

Sénécál no expresó opinión sobre aquella candidatura; habló de su persona y de los asuntos del país. Por lamentables que fueran, le alegraban, porque se iba al comunismo. En primer lugar, la administración llevaba las cosas hacia su fin; después, cada día había más cosas regidas por el gobierno. En cuanto a la propiedad, la Constitución del 48, a pesar de sus debilidades, no la había tratado bien; en nombre de la utilidad pública, el Estado podía tomar en lo sucesivo lo que juzgara conveniente. Sénécál se declaró por la autoridad, y Frédéric observó en sus discursos la exageración de sus propias palabras a Deslauriers. El republicano hasta tronó contra la insuficiencia de las masas.

—Robespierre, al defender el derecho del menor número, llevó a Luis XVI ante la Convención Nacional, y salvó al pueblo. El fin legitima los medios. La dictadura es algunas veces indispensable. Viva la tiranía siempre que el tirano haga el bien.

Su discusión duró mucho tiempo, y, al marcharse, Sénécál confesó (quizá era aquel el objeto de su visita) que Deslauriers se impacientaba mucho por el silencio del señor Dambreuse.

Pero el señor Dambreuse estaba enfermo. Frédéric le veía diariamente; en su calidad de íntimo era admitido hasta donde se hallaba.

La destitución del general Changarnier había conmovido extraordinariamente al capitalista.

Aquella misma noche sintió un gran calor en el pecho, con una opresión que no le consentía estar acostado. Algunas sanguijuelas le proporcionaron inmediato alivio. Desapareció la tos seca, se hizo más tranquila la respiración, y ocho días después dijo, bebiendo un caldo:

—¡Ah! Esto va mejor, pero he estado expuesto a hacer el último viaje.

—No sin mí —exclamó la señora Dambreuse, significando con aquella frase que no habría podido sobrevivirle.

En vez de contestarles, les dirigió a ella y a su amante una sonrisa singular, en que a la vez había resignación, indulgencia, ironía y algo como una chispa, una segunda intención casi alegre.

Frédéric quiso ir a Nogent; la señora Dambreuse se opuso, y hacía y deshacía su maleta según las alternativas de la enfermedad.

De improviso, el señor Dambreuse escupió sangre en abundancia. Consultados los «príncipes de la ciencia», no vieron nada nuevo. Sus piernas se hinchaban y aumentaba su debilidad. Había manifestado muchas veces deseos de ver a Cécile, que estaba al otro extremo de Francia, con su marido, nombrado recaudador hacía un mes; hasta ordenó expresamente que la llamaran.

La señora Dambreuse escribió tres cartas y se las enseñó.

Sin fiarse ni siquiera de la religiosa, no le abandonaba un segundo, no se acostaba ya. Las personas que se apuntaban en la lista de la portería se enteraban de ella con admiración, y los transeúntes se mostraban llenos de respeto ante la cantidad de paja que había en la calle, debajo de las ventanas.

El 12 de febrero, a las cinco, se declaró una espantosa hemoptisis; el médico de cabecera avisó del peligro, y corrieron a buscar un sacerdote. Durante la confesión del señor Dambreuse la señora le miraba de lejos curiosamente; después de ella, el joven doctor puso un vejigatorio y esperó.

La luz de la lámpara, semioculta por muebles, alumbraba la habitación desigualmente. Frédéric y la señora Dambreuse, al pie de la cama, observaban al moribundo. En el hueco de una ventana, el sacerdote y el médico hablaban a media voz; la buena hermana, de rodillas, rezaba sus oraciones.

Por fin se oyó el estertor; se enfriaron las manos, empezó a palidecer el rostro. A veces respiraba de repente enormemente; poco a poco, con menor frecuencia, se le escapaban dos o tres palabras confusas; exhaló un débil suspiro, al mismo tiempo que sus ojos se volvían, y la cabeza cayó a un lado de la almohada.

Todos, durante un minuto, permanecieron inmóviles. La señora Dambreuse se aproximó y, sin esfuerzo, con la sencillez del deber, le cerró los ojos. Después abrió los brazos, retorciéndose como en el espasmo de una desesperación contenida, y salió, apoyada en el médico y en la religiosa. Un cuarto de hora después, Frédéric subió a su habitación.

Se sentía en ella el olor indefinible, emanación de cosas delicadas que la llenaban. Encima de la cama se extendía un traje negro, que interrumpía el

color rosa del cubrepieés.

La señora Dambreuse se hallaba al lado de la chimenea, en pie. Sin suponerla violento pesar, creía él que estaría algo triste, y le dijo con voz doliente:

—¿Sufres?

—¿Yo? No. Nada.

Al volverse, vio el traje, y lo examinó, diciéndole enseguida que no se molestase.

—Fuma, si quieres. Estás en mi casa.

Y con un gran suspiro, añadió:

—¡Ah! Virgen santa, ¡qué libertad!

Frédéric, admirado de la exclamación, contestó, besándole las manos:

—Con todo, bien libres éramos.

Aquella alusión a la facilidad de sus amores pareció ofender a la señora Dambreuse.

—Tú no sabes los servicios que le he prestado, ni en medio de qué angustias he vivido.

—¿Cómo?

—Pues sí. ¿Era una seguridad tener siempre a mi lado aquella bastarda hija, introducida en la casa a los cinco años de matrimonio, y que sin mí, seguramente, le hubiera empujado a una tontería?

Entonces le explicó sus negocios. Se habían casado bajo el régimen de la separación de bienes. Su patrimonio era de trescientos mil francos. El señor Dambreuse, por su contrato, en caso de supervivencia, le había asegurado quince mil francos de renta con la propiedad del hotel. Pero poco tiempo después hizo testamento por el cual le daba toda su fortuna, que evaluaba en más de tres millones.

Frédéric abrió los ojos desmesuradamente.

—Eso valía la pena, ¿no es verdad? Por lo demás, yo he contribuido a ese resultado. Era, pues, mis bienes lo que defendía. Cécile me hubiera despojado injustamente.

—¿Por qué no ha venido a ver a su padre? —dijo Frédéric.

A aquella pregunta, le miró la señora Dambreuse, y contestó secamente:

—No lo sé; falta de corazón, indudablemente. ¡Oh! La conozco; así que no

tendrá de mí un céntimo.

—No molestaba mucho, al menos después de su matrimonio.

—¡Ah, su matrimonio...! —dijo, sonriendo, la señora Dambreuse.

Y se lamentaba de haber tratado demasiado bien a aquella pécora, que era celosa, interesada, hipócrita:

—Todos los defectos de su padre. —Y le denigraba más y más—. Nadie de una falsedad tan profunda; además, cruel, duro como una piedra; un mal hombre, un mal hombre.

Hasta a los más discretos se les escapan faltas. La señora Dambreuse acababa de cometer una con aquel descubrimiento de odio. Frédéric, enfrente de ella, en una mecedora, reflexionaba, escandalizado.

Ella se levantó y se colocó suavemente sobre sus rodillas.

—Solo tú eres bueno; solo a ti te amo.

Mirándole, su corazón se estremeció, y una reacción nerviosa le arrancó lágrimas, murmurando:

—¿Quieres casarte conmigo?

Creyó él al punto no haber comprendido; aquella riqueza le aturdía. Ella repitió más alto:

—¿Quieres casarte conmigo?

Por fin contestó él, sonriendo:

—¿Lo dudas?

Pero el pudor le dominó enseguida, y para dar al difunto una especie de reparación, se ofreció a velarle personalmente; pero como le avergonzaba aquel sentimiento piadoso, añadió en tono ligero:

—Sería, quizá, lo más conveniente.

—Sí, tal vez —dijo ella—, por los criados.

Habían sacado la cama enteramente fuera de la alcoba. La religiosa estaba al pie, y a la cabecera, un sacerdote, y otro, hombre alto y flaco, de aire español y fanático. Sobre la mesa de noche, cubierta con un paño blanco, ardían tres candeleros.

Frédéric cogió una silla y miró al muerto.

Su rostro estaba amarillo como la paja; un poco de espuma sanguinolenta señalaba los extremos de la boca. Tenía un pañuelo atado a la cabeza, una chaqueta de punto y un crucifijo de plata, sobre el pecho, entre sus brazos

cruzados.

¡Había concluido aquella existencia llena de agitaciones! ¡Cuántas visitas a las oficinas, cuántos negocios manejados, cuántas memorias oídas! ¡Cuántas charlatanerías, qué de sonrisas, qué de genuflexiones! Porque había aclamado a Napoleón, a los cosacos, a Luis XVIII, al 1830, a los obreros, a todos los regímenes, acariciando el poder con tal amor, que hubiera pagado por venderse.

Pero dejaba la propiedad de la Fortelle, tres manufacturas en Picardie, el bosque de Crancé, en Yonne; una finca cerca de Orléans, valores inmuebles considerables.

Frédéric hizo de ese modo la recapitulación de su fortuna. ¡Y todo aquello iba a pertenecerle! Pensó primero en «lo que dirían», en un regalo para su madre, en sus carruajes futuros, en un antiguo cochero de su familia que quería contratar. La librea no sería la misma, naturalmente. Tomaría el gran salón como gabinete de trabajo; nada impediría derribar tres paredes y formar en el piso segundo una galería de cuadros; quizá habría medio de organizar abajo una sala de baños turcos. En cuanto al despacho del señor Dambreuse, parecía desagradable. ¿Para qué podía servir?

El sacerdote que se sonaba, la buena hermana arreglando el fuego, interrumpían brutalmente aquellas fantasías. Pero la realidad las confirmaba; el cadáver estaba siempre allí. Sus párpados se habían vuelto a abrir, y las pupilas, aunque anegadas en viscosas tinieblas, tenían una expresión enigmática, intolerable. Frédéric creía ver en ellas como una especie de juicio sobre él, y casi sentía remordimiento, porque jamás tuvo que quejarse de aquel hombre, que, al contrario... «Vamos, un viejo miserable», y le miraba de más cerca, para fortalecerse, gritándole mentalmente: «Y qué, ¿te he matado yo?».

A todo esto el sacerdote leía su breviario; la religiosa, inmóvil, dormitaba; las llamas de las velas se alargaban.

Durante dos horas se oyó el sordo rodar de las carretas que desfilaban hacia los mercados. Blanquearon los cristales, pasó un coche; después, un grupo de burros que trotaban por la calle, y golpes en los picaportes, gritos de vendedores ambulantes, ruido de trompetas; todo se confundía ya en la gran voz de París que se despertaba.

Frédéric se dedicó a los encargos. Fue primero a la alcaldía para hacer la declaración; después, cuando el médico de los difuntos dio su certificado, volvió a la alcaldía a comunicar el cementerio que escogía la familia, y a entenderse con la agencia funeraria.

El empleado exhibió un dibujo y un programa, indicando el uno las diversas clases de entierros y el otro el completo detalle del decorado. ¿Se

quería un carro con galería o un carro con penachos, caballos trenzados, lacayos con plumeros, iniciales o un blasón, lámparas fúnebres, un hombre para llevar los honores, y cuántos coches? Frédéric tiró de largo; la señora Dambreuse deseaba que no se economizara nada.

Después fue a la iglesia. El vicario de los cortejos empezó por censurar la explotación de las pompas fúnebres, así que el oficial para los objetos de honor era verdaderamente inútil; muchos cirios valían más. Se convino en una misa con música. Frédéric firmó lo convenido, con obligación solidaria de pagar todos los gastos.

Se dirigió enseguida al ayuntamiento para comprar el terreno. Una concesión de dos metros de largo por uno de ancho costaba quinientos francos. ¿Era una concesión por cincuenta años o perpetua?

—¡Oh, perpetua! —dijo Frédéric.

Tomaba las cosas por lo serio, se molestaba. En el patio del hotel le esperaba un marmolista para enseñarle cuentas y planos de tumbas griegas, egipcias, árabes, pero el arquitecto de la casa había ya conferenciado con la señora sobre esto; y en la mesa del vestíbulo se hallaban toda clase de prospectos relativos a la limpieza de los colchones, a la desinfección de las habitaciones, a diversos procedimientos de embalsamamiento.

Después de su comida volvió a casa del sastre, para el luto de los criados, y tuvo que hacer un último encargo, porque había pedido guantes de castor, y eran guantes de seda los que procedían.

Cuando llegó al día siguiente, a las diez, el gran salón se llenaba de gente, y casi todos decían, hablándose en tono melancólico:

—¡Yo le he visto aún no hace un mes! ¡Dios mío, esta es la suerte de todos!

—Sí; pero procuremos que sea lo más tarde posible.

Entonces se lanzaba una risita de satisfacción, y se entablaban diálogos perfectamente extraños a las circunstancias. Por fin, el maestro de ceremonias, de frac negro, a la francesa, y calzón corto, con capa, con su banda, espadón al costado y tricornio debajo del brazo, articuló, saludando, la frase de costumbre:

—Señores, cuando ustedes gusten. —Y marcharon.

Era día de mercado de flores en la plaza de la Madeleine; hacía un tiempo claro y suave, y la brisa que movía un poco las barracas de lienzo hinchaba, en las orillas, el inmenso paño negro colgado de la puerta principal. El escudo del señor Dambreuse ocupaba un cuadro de terciopelo, y se repetía tres veces. Era de sable, con el lado izquierdo de oro, con puño cerrado, guantelete de plata,

con la corona condal y esta divisa: «Por todos los caminos».

Los portadores subieron hasta lo alto de la escalera el pesado ataúd, y entraron.

Las seis capillas, el hemiciclo y las sillas estaban vestidos de negro. El catafalco, debajo del coro, formaba, con sus grandes cirios, un solo foco de luces amarillas. En los dos ángulos ardían, en candelabros, antorchas de alcohol.

Los más importantes tomaron sitio en el santuario; los demás, en la nave, y empezó el oficio. Excepto algunos, la ignorancia religiosa de la mayoría era tan profunda, que el maestro de ceremonias, de cuando en cuando, les hacía seña para que se levantaran, se arrodillaran y volvieran a sentarse. El órgano y los dos contrabajos alternaban con las voces; en los intervalos de silencio se oía el murmullo del sacerdote en el altar; después, la música y los cantos se repetían.

Una luz mate caía de las tres cúpulas; pero la puerta abierta enviaba horizontalmente como un río de claridad blanca, que tocaba en las cabezas descubiertas; y en el aire, a la mitad de la altura de la nave, flotaba una sombra, entrecortada por los reflejos del oro que decoraba la moldura de las pechinas y el follaje de los capiteles.

Frédéric, para distraerse, escuchó el Dies irae; se fijaba en los asistentes; trataba de ver las pinturas, demasiado altas, que representaban la vida de la Magdalena. Felizmente, Pellerin se acercó a él, y empezó seguidamente, a propósito de los frescos, una larga disertación. La campana sonó y salieron de la iglesia.

El carro fúnebre, adornado con paños colgantes y altos plumajes, se encaminó hacia el Père-Lachaise, tirado por cuatro caballos negros, de crines trenzadas, con penachos, y envueltos hasta los cascos en anchas gualdrapas bordadas de plata. Su cochero, con botas a lo escudero, llevaba un sombrero de tres picos, con un largo crespón, caído. Las cintas correspondían a cuatro personajes: un cuestor de la Cámara de Diputados, un miembro del Consejo General del Aube, un delegado de las hullas y Fumichon, como amigo. El coche del difunto y doce más de luto seguían. Los convidados, detrás, llenaban el centro del bulevar.

Para ver todo aquello se paraban los transeúntes; mujeres con sus chiquillos en brazos se subían en sillas, y gentes que tomaban copas en los cafés se asomaban a las ventanas, con un taco de billar en la mano.

El camino era largo, y (como en las comidas de ceremonia, en que se está reservado al principio, y después, expansivo) la actitud general flaqueó muy pronto. No se hablaba más que de la negativa de subsidio dada por la Cámara

al presidente.

Piscatory había manifestado demasiado acerbo; Montalembert, «magnífico, como de costumbre», y los señores Chambolle, Pidoux, Creton y la comisión toda quizá hubieran debido seguir la opinión de los señores Quentin-Bauchard y Dufour.

Aquellas conversaciones continuaron en la calle Roquette, sembrada de tiendas, donde no se veía más que cadenas de vidrio de color y rodela negra cubiertas de dibujos y letras de oro, lo que les daba parecido con grutas de estalactitas y almacenes de porcelanas. Pero delante de la reja del cementerio todo el mundo calló, instantáneamente.

Se elevaban las tumbas en medio de los árboles, columnas destrozadas, pirámides, templos, dólmenes, obeliscos, panteones etruscos con puerta de bronce. Se veían en algunos de ellos especies de gabinetes fúnebres, con sillones rústicos y sillas de tijera. Las telarañas colgaban como guñapos de las cadenillas de las urnas, y el polvo cubría los lazos de cintas de raso y los crucifijos. Por todas partes, entre las balaustradas, sobre las tumbas, coronas de siemprevivas y candeleros, vasos, flores, discos negros con letras doradas, estatuas de yeso, niños, niñas o angelitos suspendidos en el aire por hilo de alambre; muchos hasta tenían un tejado de cinc sobre la cabeza. Cordones enormes de cristal hilado, negro, blanco y azul descendían de lo alto de los monolitos hasta el pie de las escaleras, con largas roscas como boas.

El sol, quebrándose encima de todo aquello, lo hacía relucir entre las cruces de madera negra; y el ataúd avanzaba en los caminos principales, que están empedrados, como las calles de la ciudad. De cuando en cuando crujían los ejes. Mujeres, de rodillas, cuyo traje se arrastraba por la hierba, hablaban dulcemente a los muertos.

Blanquecinos vapores salían por entre el verdor de los tejos; eran ofrendas abandonadas, restos que se quemaban.

La fosa del señor Dambreuse estaba próxima a las de Manuel y Benjamin Constant. El terreno bajaba en aquel sitio por pendiente abrupta; al pie se ven cimas de árboles verdes, y, más lejos, chimeneas de bombas de incendio, y, después, toda la gran ciudad.

Frédéric pudo admirar todo el paisaje mientras se pronunciaban los discursos. El primero, en nombre de la Cámara de Diputados; el segundo, en nombre del Consejo General del Aube; el tercero, en nombre de la Sociedad Hullera de Saône-et-Loire; el cuarto, en nombre de la Sociedad de Agricultura Filantrópica. Por fin, ya se iba la gente, cuando un desconocido se puso a leer un sexto discurso, en nombre de la Sociedad de los Anticuarios de Amiens.

Y todos aprovecharon la ocasión para tronar contra el socialismo, del cual

había muerto víctima el señor Dambreuse. El espectáculo de la anarquía y su afecto al orden eran lo que abreviaron sus días. Se elogiaron sus luces, su probidad, su generosidad y hasta su mutismo como representante del pueblo, porque si no era orador, poseía, en cambio, aquellas sólidas cualidades, mil veces preferibles, etcétera, con todas las frases que es preciso decir: «Fin prematuro; eterno pesar; la otra patria; adiós, o no, más bien, hasta la vista».

La tierra, mezclada de guijarros, cayó, y ya el mundo no volvería a ocuparse del difunto. Aún se habló de él un poco volviendo del cementerio, y no se reservaba la gente al apreciarle. Hussonnet, que debía dar cuenta del entierro en los periódicos, hasta repitió en broma todos los discursos; porque, en fin, el buen hombre de Dambreuse había sido uno de los potdevinistes más distinguidos del último reinado. Después, los coches del duelo se llevaron a los burgueses a sus negocios, felicitándose de que la ceremonia no había durado demasiado.

Frédéric, cansado, entró en su casa.

Cuando, al día siguiente, se presentó en el hotel Dambreuse, le manifestaron que la señora trabajaba abajo, en el despacho. Las cajas, los cajones estaban abiertos y revueltos; los libros de cuentas, tirados a izquierda y derecha; un rollo de papeles que llevaba el título de «Reintegros desesperados» andaba por el suelo; a punto estuvo de caerse encima, y lo levantó. La señora Dambreuse desaparecía, escondida, en el sillón grande.

—Y bien, ¿dónde está usted, qué hay?

Ella se levantó de un salto.

—¿Lo que hay? Que estoy arruinada, arruinada, ¿entiendes?

Adolphe Langlois, el notario, la llamó a su estudio y le comunicó el testamento de su marido, escrito antes de su matrimonio. Legaba todo a Cécile, y el otro testamento se había perdido. Frédéric se puso muy pálido. Sin duda, habría buscado mal.

—Pero mira —dijo la señora Dambreuse, enseñándole la habitación.

Las dos cajas abiertas a golpes de hacha y mazo estaban rotas, el pupitre fuera de su sitio, registrados los papeles y los legajos; de repente, lanzó un grito agudo, y se precipitó hacia un rincón, en que acababa de percibir una cajita con cerradura de cobre; la abrió, y nada.

—¡Ah, el miserable! Yo, que le he cuidado con tanto desinterés.

Y estalló en sollozos.

—Quizá esté en otra parte —dijo Frédéric.

—No; estaba ahí, en una caja; lo he visto recientemente. Lo ha quemado,

con seguridad.

Un día, al principio de su enfermedad, el señor Dambreuse había bajado para echar algunas firmas.

—Y entonces habrá dado el golpe.

Y se dejó caer en una silla, aniquilada. Una madre de duelo no se hubiera lamentado más junto a una cuna vacía que la señora Dambreuse ante las cajas abiertas. Por fin, su dolor, a pesar de la bajeza del motivo, parecía tan profundo, que Frédéric procuró consolarla diciéndole que, después de todo, no se encontraba reducida a la miseria.

—En la miseria, puesto que no puedo ofrecerte una gran fortuna.

No tenía más que treinta mil francos de renta, sin contar con el hotel, que valdría quizá de dieciocho mil a veinte mil.

Aunque aquello fuera la opulencia para Frédéric, no por eso dejaba de experimentar una decepción. Adiós sus sueños y toda la gran vida que había pensado llevar. El honor le obligaba a casarse con la señora Dambreuse; reflexionó un minuto, y dijo después con ternura:

—Siempre te tendré a ti.

Se arrojó ella en sus brazos, y él la estrechó contra su pecho, con un estremecimiento en que había algo de admiración por sí mismo. La señora Dambreuse, cuyas lágrimas ya no corrían, levantó su rostro radiante de dicha y dijo, cogiéndole la mano:

—Nunca he dudado de ti; contigo contaba.

Aquella certidumbre anticipada de lo que consideraba como una hermosa acción desagradó al joven.

Luego le llevó a su cuarto, y formaron proyectos. Frédéric debía pensar ahora en lanzarse, y ella le dio acerca de su candidatura admirables consejos.

El primer punto era saber dos o tres frases de economía política; necesitaba escoger una especialidad, como, por ejemplo, la cría caballar; escribir muchas memorias sobre una cuestión de interés local; tener siempre a disposición administraciones de correos o estancos, hacer multitud de pequeños servicios. El señor Dambreuse se había manifestado en estas cosas un verdadero modelo. Así, una vez en el campo, había hecho pasar su faetón; lleno de amigos, delante del portal de un zapatero, había comprado para sus huéspedes doce pares de calzado, y para él unas botas espantosas, que tuvo el heroísmo de llevar durante quince días. Aquella anécdota les puso alegres; contó ella otras, y con un gran flujo de gracia, de juventud, de ingenio.

Aprobó su idea de un viaje inmediato a Nogent. Su despedida fue tierna, y

sobre el umbral murmuró una vez más:

—¿No es verdad que me amas?

—Eternamente —contestó.

Un mensajero le esperaba en su casa con dos cartas a lápiz, anunciándole que Rosanette iba a dar a luz. Había tenido tantas ocupaciones hacía algunos días, que no pensaba ya en eso. Ella había ido a un establecimiento especial, en Chaillot.

Frédéric tomó un coche y partió.

En la esquina de la calle Marbeuf leyó en una muestra con grandes letras: «Casa de salud y partos, de la señora Alessandri, comadrona de primera clase, exalumna de la Maternidad, autora de varias obras», etcétera.

Y en el centro de la calle, sobre la puerta, puertecilla de quita y pon, la muestra repetía (sin la palabra parto): «Casa de salud de la señora Alessandri», con todos sus títulos.

Frédéric dio un aldabonazo.

Una doncella, con facha de doncellita confidente, le introdujo en el salón adornado con una mesa de caoba, sillones de terciopelo granate y un reloj debajo de un fanal.

Casi al punto apareció la señora, morena, alta, de cuarenta años, delgada, de hermosos ojos, de estilo mundano. Manifestó a Frédéric el feliz alumbramiento de la madre, y le hizo subir a su cuarto.

Rosanette se puso a sonreír inefablemente, y como sumergida en las oleadas de amor que le ahogaban, dijo en voz baja:

—Un muchacho; allí, allí —designando cerca de su cama una cuna.

Separó él las cortinas y vio entre las ropas algo, de rojo amarillento, extremadamente arrugado, que olía mal y gemía.

—Bésale.

Él contestó, para ocultar su repugnancia:

—Tengo miedo de hacerle daño.

—No, no.

Entonces besó con el extremo de los labios a su hijo.

—¡Cómo se te parece!

Y con sus brazos débiles, se colgó de su cuello, con una efusión de sentimientos que jamás había él visto.

El recuerdo de la señora Dambreuse acudió, y se reprochó como una monstruosidad traicionar a aquel pobre ser que amaba y sufría con toda la franqueza de su naturaleza. Durante muchos días la acompañó hasta la noche.

Se encontraba ella feliz en aquella casa desierta: hasta los postigos de la fachada permanecían constantemente cerrados; su cuarto, empapelado en Persia claro, daba a un gran jardín; la señora Alessandri, cuyo único defecto era citar como íntimos a los médicos ilustres, la rodeaba de atenciones; sus compañeras, casi todas solteras de provincias, se aburrían mucho, no teniendo quien viniera a verlas; Rosanette se percató de que la envidiaban, y se lo dijo a Frédéric con orgullo. Sin embargo, era preciso hablar bajo; los tabiques eran delgados, y todo el mundo andaba escuchando, a pesar del ruido continuo de los pianos.

Iba, por fin, a marcharse a Nogent, cuando recibió una carta de Deslauriers.

Dos nuevos candidatos se presentaban, uno conservador y otro rojo; un tercero, quienquiera que fuese, no tenía probabilidades. La culpa era de Frédéric, que había dejado pasar el momento oportuno; debía haber venido antes, moverse. «Ni siquiera te han visto en los comicios agrícolas». El abogado le censuraba el haber descuidado los periódicos. «Si tú hubieras seguido en otro tiempo mis consejos; si tuviéramos una hoja pública nuestra...». Insistía sobre esto. Por lo demás, muchas personas que habrían votado a su favor, en consideración al señor Dambreuse, le abandonarían ahora. Deslauriers era de estos. No teniendo nada que esperar del capitalista, dejaba a su protegido.

Frédéric llevó su carta a la señora Dambreuse.

—¿No has estado, pues, en Nogent? —preguntó.

—¿Por qué?

—Es que he visto a Deslauriers hace tres días.

Sabiendo la muerte de su marido, vino el abogado a traerle nota sobre las hullas y a ofrecerle sus servicios como hombre de negocios. Aquello pareció extraño a Frédéric. ¿Y qué hacía su amigo allí?

La señora Dambreuse quiso saber acerca del empleo de su tiempo desde su separación.

—He estado enfermo —respondió.

—Deberías, por lo menos, haberme avisado.

—No valía la pena; además, había tenido multitud de arreglos, citas, visitas.

Desde entonces llevó una existencia doble, durmiendo religiosamente en casa de la mariscala y pasando la tarde en casa de la señora Dambreuse, tanto, que apenas le quedaba en el centro del día una hora libre.

El niño estaba en el campo, en Andilly. Iba a verle todas las semanas.

La casa de la nodriza estaba situada en lo alto del pueblo, al fondo de un patinillo sombrío como un pozo, paja por el suelo, gallinas acá y allá, una carreta de legumbres en el cobertizo. Rosanette empezaba a besar frenéticamente a su angelote, y excitada por una especie de delirio iba y venía; intentaba ordeñar la cabra, comía pan bazo, aspiraba el olor del estiércol, quería poner un poco en su pañuelo.

Daban grandes paseos; ella entraba en casa de los jardineros, arrancaba las ramas de lilas que colgaban por fuera de los muros, y gritaba: «¡Arre, borriquillo!» a los asnos que tiraban de los carretones, deteniéndose a contemplar por la reja el interior de los grandes jardines; o bien la nodriza cogía al niño, le ponía a la sombra debajo de un nogal, y las dos mujeres largaban, durante horas enteras, pesadas necedades.

Frédéric, junto a ellas, contemplaba los cuadros de las viñas, en las pendientes del terreno, con la copa de un árbol de trecho en trecho y los polvorientos senderos parecidos a cintas grises; las casas en medio del verde acusaban manchas blancas y rojas; y a veces el humo de una locomotora se alargaba horizontalmente, al pie de las colinas cubiertas de follaje, como una gigantesca pluma de avestruz cuya ligera punta volara al viento. Después posaba sus ojos en su hijo. Se lo figuraba joven; sería su compañero; quizá se convertiría en un tonto, un desgraciado, seguramente. La ilegitimidad de su nacimiento le oprimiría siempre; más le hubiera valido no haber nacido, y Frédéric murmuraba: «¡Pobre niño!», con el corazón lleno de una incomprensible tristeza.

Con frecuencia perdía el último tren. Entonces la señora Dambreuse le reñía por su inexactitud; y él le contaba una historia.

Preciso era inventar otra para Rosanette, que no comprendía en qué empleaba las noches; y cuando enviaba a su casa, nunca estaba. Un día que se encontraba en ella, ambas se presentaron casi a la vez; obligó a marcharse a la mariscala, y escondió a la señora Dambreuse, diciéndole que iba a venir su madre.

Pronto llegaron a divertirse aquellas mentiras; repetía a la una los juramentos que acababa de hacer a la otra, les enviaba ramos semejantes, les escribía al mismo tiempo; luego establecía comparaciones entre ellas; pero siempre había una tercera presente en su pensamiento. La imposibilidad de ternura justificaba sus perfidias, que avivaban el placer con la alternativa; y

cuanto más engañaba a cualquiera de las dos, más la amaba, como si sus amores se hubieran reanimado recíprocamente, y por una especie de emulación, hubiera cada una querido hacerle olvidar a la otra.

—Admira mi confianza —le dijo un día la señora Dambreuse, desdoblado un papel en que se le denunciaba que el señor Moreau vivía conyugalmente con una cierta Rose Bron—. ¿Es quizá la señorita de las carreras?

—¡Qué absurdo! —contestó—. Déjame ver.

La carta, escrita con caracteres romanos, no estaba firmada. La señora Dambreuse, al principio, había tolerado aquella amante que ocultaba su adulterio; pero habiendo aumentado su pasión, exigió una ruptura, cosa hacía mucho tiempo realizada, según Frédéric. Cuando hubo terminado sus protestas, replicó ella, entornando los ojos en que brillaba una mirada semejante a la punta de un estoque bajo muselina.

—Bueno, ¿y la otra?

—¿Qué otra?

—La mujer del de las porcelanas.

Se encogió él de hombros desdeñosamente, y ella no insistió.

Pero un mes más tarde, hablando de honor y de lealtad, elogiando él la suya propia (de una manera incidental, por precaución), dijo ella:

—Es verdad; eres honrado; no vas ya por allí.

Frédéric, que pensaba en la mariscala, balbució:

—¿Adónde?

—A casa de la señora Arnoux.

Le suplicó él que le confesara por qué conducto tenía la noticia. Era por su costurera del segundo, la de Regimbart.

¡Así, ella conocía su vida y él nada sabía de la suya!

Sin embargo, había descubierto en su tocador la miniatura de un señor de largos bigotes; ¿era el mismo del que en otro tiempo le habían contado una vaga historia? Pero no existían medios de saber más de aquello. Además, ¿de qué serviría?

Los corazones de las mujeres son como esos mueblecitos de secretos, llenos de cajones embutidos unos en otros; se molesta uno, se rompe las uñas, y en el fondo se encuentra alguna flor seca, restos de polvo o el vacío. Y quizá temiera también llegar a conocer demasiado.

Le obligaba ella a rehusar las invitaciones para sitios adonde no pudiera ir

con él, le tenía a su lado, tenía miedo de perderle; y a pesar de aquella unión, cada día mayor, se descubrían repentinamente abismos entre ellos, a propósito de cosas insignificantes: la apreciación sobre una persona, una obra de arte.

Tenía una manera de tocar el piano correcta y dura. Su espiritualismo (la señora Dambreuse creía en la transmigración de las almas a las estrellas) no le impedía llevar su caja admirablemente. Era altanera con sus servidores, sus ojos permanecían siempre secos ante los harapos de los pobres. Un ingénuo egoísmo se manifestaba en sus frases de ordinario: «¿Qué me importa eso? ¡Bueno estaría! ¿Tengo, acaso, necesidad?», y mil pequeños actos inanalizables, odiosos. Sería capaz de escuchar detrás de las puertas; debía de mentir a su confesor. Por espíritu de dominación, quiso que Frédéric la acompañase los domingos a la iglesia; obedeció y le llevaba el libro.

La pérdida de su herencia la había cambiado notablemente. Aquellas pruebas de dolor, que se atribuían a la muerte del señor Dambreuse, la hacían interesante y, como en otro tiempo, recibía mucha gente. Desde el fracaso electoral de Frédéric ambicionaba para ellos dos una legación en Alemania; así que la primera cosa que había que hacer era someterse a las ideas reinantes.

Unos querían el Imperio; otros, a los Orléans; otros, al conde de Chambord; pero todos convenían en la urgencia de la descentralización y se proponían muchos medios como estos: cortar a París en una porción de grandes calles para establecer en ella pueblos; trasladar a Versalles la residencia del gobierno; llevar las escuelas de Bourges; suprimir las bibliotecas; confiarlo todo a los generales de división; y se elogiaba el campo, puesto que, naturalmente, el hombre inculto tiene mejor sentido que los demás. Los odios abundaban: odio contra los maestros de escuela y contra los comerciantes de vino; contra las clases de filosofía; contra los cursos de historia; contra las novelas, los chalecos rojos, las barbas largas; contra la independencia, toda manifestación individual, porque era preciso «levantar el principio de autoridad»: que se ejerciera en cualquier nombre, que viniera de cualquier parte, con tal que fuese la fuerza, la autoridad. Los conservadores hablaban ahora como Sénecal. Frédéric no comprendía ya, y encontraba en casa de su examante las mismas cuestaciones por los mismos hombres.

Los salones de las cortesanas (de este tiempo data su importancia) eran terreno neutral, donde los reaccionarios de extremos diferentes se encontraban. Hussonnet, que se consagraba a denigrar las glorias contemporáneas (buena cosa para la restauración del orden), inspiró a Rosanette el deseo de tener sus reuniones como cualquiera otra; él hacía las crónicas. Primero le llevó un hombre serio: Fumichon; después apareció Nonancourt, el señor Grémonville, el señor Larsillois, exgobernador, y Cisy, que por entonces era agrónomo, bretón y, más que nunca, cristiano.

Venían, además, antiguos amantes de la mariscalca, como el barón de Comaing, el conde de Jumillac y algunos otros; la libertad de sus maneras ofendía a Frédéric.

A fin de demostrar que era el amo aumentó el nivel de la casa. Tomó entonces un groom, se cambió de alojamiento y compró mobiliario nuevo. Aquellos gastos eran útiles para hacer que pareciera su matrimonio menos desproporcionado con su fortuna. Así, esta disminuía espantosamente; y Rosanette no comprendía nada de aquello.

Burguesa salida de su esfera, adoraba la vida doméstica, un pequeño interior apacible. Sin embargo, estaba contenta con recibir «un día»; decía: «esas mujeres», hablando de sus semejantes: quería ser «una señora de la buena sociedad», se creía de ellas. Rogó a Frédéric que no fumara en el salón; intentó que adelgazara, por buen gusto.

Mentía a su papel, por fin, porque se hacía seria, e incluso antes de acostarse manifestaba siempre alguna melancolía, como se pone un ciprés a la puerta de un cabaret.

Él descubrió la causa de todo aquello: soñaba con casarse; ¡ella también! Frédéric se exasperó. Además, recordaba su aparición en casa de la señora Arnoux, y, por último, le guardaba rencor por habersele resistido tanto.

No por eso dejaba de averiguar quiénes habían sido sus amantes. Ella los negaba todos. Una especie de celos le agitaban; se irritó por los regalos que había recibido, que recibía; y a medida que el fondo mismo de su persona le mortificaba más, con gusto de los sentidos, áspero y brutal, le arrastraba hacia ella, ilusiones de un minuto que se resolvían en aborrecimiento.

Sus palabras, su voz, su sonrisa, todo acabó por desagradarle; sobre todo, sus miradas: aquel ojo de mujer eternamente límpido e inepto. Tan hastiado se encontraba a veces, que la hubiera visto morir sin conmoverse.

Pero ¿cómo incomodarse? Era de una dulzura desesperante.

Volvió Deslauriers, y explicó su permanencia en Nogent diciendo que trataba de adquirir allí un estudio de abogado. Frédéric se puso contento de verle; ¡al fin era alguien! Y le introdujo en la intimidad de aquella compañía.

El abogado cenaba en casa de ellos de cuando en cuando, y si se producían pequeñas discusiones, se declaraba siempre por Rosanette, hasta tal punto que Frédéric le dijo en una ocasión:

—Y acuéstate con ella, si eso te agrada —tanto deseaba una casualidad que le liberara.

Hacia mediados del mes de junio recibió ella un aviso del abogado Athanase Gautherot, invitándola a pagar cuatro mil francos debidos a la

señorita Clémence Vatnaz; si no, vendría a embargarla al día siguiente.

En efecto, de los cuatro pagarés suscritos en otro tiempo, solo uno estaba satisfecho, porque el dinero que desde entonces pudo allegar pasó a otras necesidades.

Corrió a casa de Arnoux; vivía en el barrio de Saint-Germain, y el portero ignoraba la calle. Se trasladó a casa de muchos amigos y no encontró a nadie, volviendo desesperada. No quería decirle nada a Frédéric, temblando porque aquella nueva historia perjudicara a su matrimonio.

Al día siguiente por la mañana, el señor Athanase Gautherot se presentó, acompañado de dos acólitos: el uno, descolorido, de semblante desmirriado, aire devorado por la envidia; el otro, con cuello postizo y trabillas muy estiradas, con un dedal de tafetán negro en el índice; y ambos innoblemente sucios, cuellos grasientos y mangas de levita demasiado cortas.

Su principal, guapo mozo, por el contrario, empezó por disculparse de su penosa misión, mirando de paso la habitación, «llena de lindas cosas, palabra de honor»; y añadió: «Además, de aquellas que no se pueden coger». A un gesto suyo, desaparecieron los dos corchetes.

Entonces se redoblaron sus cumplidos. ¿Podía creerse que una persona tan encantadora no tuviera un amigo serio? Una venta judicial era una verdadera desgracia, de la que jamás se levanta uno. Trató de asustarla, y después, viéndola conmovida, adoptó súbitamente un tono paternal. Él conocía el mundo, había tenido negocios con todas aquellas señoras, y al nombrarlas se puso a examinar los cuadros de las paredes: antiguos del bravo Arnoux, bocetos de Sombaz, acuarelas de Burieu, tres paisajes de Dittmer. Rosanette no sabía, evidentemente, los precios. El señor Gautherot se volvió hacia ella y le dijo:

—Vaya; para demostrarle a usted que soy un buen muchacho, hagamos una cosa: cédame usted esos Dittmer y yo le pago todo. ¿Convenido?

En aquel momento, Frédéric, a quien Delphine había instruido en la antesala y que acababa de ver a los dos satélites, entró con el sombrero puesto y un aire brutal. El señor Gautherot recobró su dignidad, y como la puerta había quedado abierta:

—Vamos, señores, escriban ustedes. En la segunda pieza, decíamos: una mesa de roble, con sus dos suplementos; dos aparadores...

Frédéric le detuvo, preguntando si no habría algún medio de impedir el embargo.

—Perfectamente; ¿quién ha pagado los muebles?

—Yo.

—Pues bien: formule usted una reivindicación: esto siempre será ganar tiempo.

El señor Gautherot acabó de prisa sus escritos, y en el proceso verbal citó en relación a la señorita Bron, y se retiró.

Frédéric no le dirigió un solo reproche. Contemplando sobre la alfombra las huellas de barro dejadas por los zapatos de los corchetes, se dijo a sí mismo:

—Va a ser preciso buscar dinero.

—¡Ay, Dios mío, qué bestia soy! —dijo la mariscala.

Buscó en un cajón, cogió una carta y se fue corriendo a la sociedad de alumbrado del Languedoc para obtener la transferencia de sus acciones.

Una hora después volvió. ¡Los títulos habían sido vendidos a otro! El empleado le dijo al examinar el papel, la promesa escrita de Arnoux: «Esta acta no la constituye a usted propietaria de ninguna manera. La compañía no reconoce esto». En resumen: que la había despedido; estaba sofocada; y Frédéric debía ir en aquel mismo instante a casa de Arnoux para aclarar las cosas.

Pero Arnoux creería, quizá, que iba para recobrar indirectamente los quince mil francos de su hipoteca perdida; y luego, aquella reclamación a un hombre que había sido el amante de la que lo era suya ahora, le parecía una vergüenza. Eligiendo un término medio, fue al hotel Dambreuse a preguntar las señas de la señora Regimbart; envió a su casa un mensajero y conoció así el café que frecuentaba entonces el ciudadano.

Era un cafetillo de la plaza de la Bastilla, donde permanecía toda la tarde, en el rincón de la derecha del fondo, no dando más señales de vida que si formara parte del inmueble.

Después de haber pasado sucesivamente por la media taza, el grog, el bistec, el vino caliente y hasta el agua envinada, se había entregado a la cerveza; y de media en media hora se dejaba escapar esta palabra: bock, habiendo reducido su lenguaje a lo indispensable. Frédéric le preguntó si veía alguna vez a Arnoux.

—No.

—Anda, ¿y por qué?

—Un imbécil.

La política quizá los separase, y Frédéric creyó hacer bien informándose de Compain.

—¡Qué bruto! —dijo Regimbart.

—¿Cómo es eso?

—Su cabeza de vaca...

—¡Ah! Dígame usted qué es eso de la cabeza de vaca.

Regimbart sonrió compasivamente.

—Necedades.

Frédéric, después de un silencio prolongado, preguntó:

—¿Conque ha cambiado de domicilio?

—¿Quién?

—Arnoux.

—Sí. Calle Fleurus.

—¿Qué número?

—¿Acaso trato yo a los jesuitas?

—¿Cómo, jesuitas?

El ciudadano contestó, furioso:

—Con el dinero de un patriota que yo le di a conocer, ese cochino se ha establecido como comerciante en rosarios.

—No es posible.

—Vaya usted a verle.

Nada más exacto: Arnoux, debilitado por un ataque, se había inclinado a la religión; además, «siempre había tenido un fondo religioso», y (con la alianza de mercantilismo y de ingenuidad que le era natural) para conseguir su elevación y su fortuna, se dedicó al comercio de objetos religiosos.

Frédéric encontró sin esfuerzo su establecimiento, cuya muestra era: «A las artes góticas. Restauración del culto. Ornamentos de iglesia. Escultura policroma. Incienso de los reyes magos», etcétera.

En los extremos de la vitrina se veían dos estatuas de madera, pintadas de oro, cinabrio y azul; un san Juan Bautista con su piel de borrego y una santa Genoveva con rosa en su delantal y una rueca debajo del brazo; también había grupos de yeso; una hermana de la caridad enseñando a una chiquilla, una madre de rodillas junto a una cuna, tres colegiales delante de la sagrada mesa. El más bonito era una especie de chalé que figuraba en el interior del retablo con la mula, el buey y el Niño Jesús, colocado sobre la paja, verdadera paja. De arriba abajo de los armarios, medallas por docenas, rosarios de toda clase,

conchas para agua bendita y los retratos de las glorias eclesiásticas, entre las cuales brillaban monseñor Affre y el Santo Padre, ambos sonriendo.

Arnoux, en su escritorio, dormitando con la cabeza baja, prodigiosamente envejecido, y hasta tenía alrededor de las sienes una corona de granos rosados, y el reflejo de las cruces doradas, brillantes por el sol, se posaba en él.

Frédéric, ante aquella decadencia, se entristeció. Por adhesión a la mariscala, se resignó, sin embargo, y se adelantaba, cuando en el fondo de la tienda apareció la señora Arnoux; entonces giró los talones.

—No le he encontrado —dijo al entrar en su casa.

Y al repetir que iba a escribir a su notario del Havre para tener dinero, Rosanette se enfureció. No se había visto nunca un hombre tan débil, tan blando; mientras ella sufría mil privaciones, los demás se regodeaban.

Frédéric pensó en la pobre señora Arnoux, figurándose en la medianía lastimosa de su interior. Se fue a su escritorio, y como continuara la voz agria de Rosanette, dijo:

—En nombre del cielo, cállate.

—¿Vas a defenderlos, por casualidad?

—Pues bien, sí —exclamó—, porque ¿de dónde procede ese encarnizamiento?

—Y tú, ¿por qué no quieres que paguen? Es por no afligir a tu antigua amiga, confiésalo.

Le dieron ganas de aplastarla con el reloj; las palabras le faltaron y se calló. Rosanette, siguiendo sus paseos por el cuarto, añadió:

—Voy a demandar a tu Arnoux. ¡Oh!, no te necesito. —Y pellizcándose los labios, dijo—: Lo consultaré.

Tres días después, Delphine entró precipitadamente.

—¡Señora, señora! Ahí hay un hombre con un cacharro de cola que me da miedo.

Rosanette fue a la cocina y vio a un ganapán, con la cara picada de viruela, paralítico de un brazo, tres cuartas partes de borracho y tartamudeando. Era el cartelero del señor Gautherot. La oposición al embargo se había desestimado, y llegaba la venta, naturalmente.

Por su molestia de subir la escalera reclamó primeramente una copa; después pidió otro favor, a saber: billetes de teatro, creyendo que la señora era una actriz. Estuvo luego muchos minutos haciendo guiños incomprensibles con los ojos, y por último declaró que, mediante cuarenta céntimos, quitaría el

anuncio ya puesto abajo, sobre la puerta. Rosanette había sido designada por su nombre, rigor que demostraba todo el odio de la Vatnaz.

En otro tiempo había sido sensible, y harta de una pena de corazón escribió a Béranger, pidiéndole consejo. Pero se había agriado al peso de las borrascas de la existencia, habiendo, sucesivamente, dado lecciones de piano, presidido una mesa redonda, colaborado en periódicos de moda, subarrendado habitaciones, traficando en encajes en la sociedad de mujeres ligeras, donde sus relaciones le permitieron hacer favores a muchas personas, Arnoux entre otras. Antes trabajó en una casa de comercio.

Allí pagaba a las obreras, y llevaba para cada una de ellas dos libros de contabilidad, de los que conservaba siempre uno. Dussardier, que tenía por complacencia el de una, llamada Hortense Baslin, se presentó un día en la caja en el momento en que la señorita Vatnaz traía la cuenta de aquella muchacha, 1 682 francos, que el cajero pagó. Pero la víspera misma, Dussardier no había inscrito sino 1 082 en el libro de la Baslin. Se lo pidió con un pretexto, y después, queriendo desterrar aquella historia de robo, le dijo que lo había perdido. La obrera repitió cándidamente su mentira a la señorita Vatnaz; esta, para saber a qué atenerse, con aire indiferente, vino a hablar de ello al bravo dependiente, contentándose él con responder: «Lo he quemado», y no hubo más. Ella dejó la casa poco tiempo después, sin creer en la destrucción del libro, y figurándose que Dussardier lo guardaba.

A la noticia de su herida corrió a casa de Dussardier con la intención de recuperarlo. Luego, no habiendo descubierto nada, a pesar de las pesquisas más exquisitas, sintió respeto y pronto amor por aquel muchacho tan leal, tan dulce, tan heroico y tan fuerte. Semejante fortuna a su edad era inesperada, y se arrojó a ella con apetito de ogro. Por ella abandonó la literatura, el socialismo, «las doctrinas consoladoras y las utopías generosas», el curso que daba sobre la desubalternización de la mujer, todo, hasta al mismo Delmar; y, por fin, ofreció a Dussardier que se unieran en matrimonio.

Por más que fuera su amante, no estaba él enamorado de ella; además, no había olvidado su robo; también era demasiado rica, así que rehusó casarse. Entonces, ella le dijo, llorando, los sueños que había formado: poner entre los dos un almacén de confección.

Poseía ella los primeros fondos indispensables, que aumentarían en cuatro mil francos en la próxima semana, y contó sus prevenciones contra la mariscala.

Dussardier lo sintió por consideración a su amigo. Recordaba la petaca ofrecida en el cuerpo de guardia, las noches del muelle Napoleón, tantas agradables conversaciones, los libros prestados, las mil complacencias de Frédéric; así que rogó a la Vatnaz que desistiera.

Ella se burló de su candidez, manifestando contra Rosanette una execración incomprensible, hasta no ambicionar la fortuna sino para aplastarla más adelante con su coraza.

Aquellos abismos de negrura asustaron a Dussardier, y cuando supo positivamente el día de la venta, salió. Al día siguiente, por la mañana, se presentó en casa de Frédéric con actitud embarazosa.

—Tengo que darle a usted una satisfacción.

—¿Por qué?

—Debe usted de tenerme por ingrato, a mí, por ella es... —balbucía—. ¡Oh!, no la veré más, no seré su cómplice. —Y como el otro le miraba, muy sorprendido—: ¿No van, dentro de tres días, a vender los muebles de su amante de usted?

—¿Quién os lo ha dicho?

—Ella misma, la Vatnaz; pero temo ofenderle a usted.

—Imposible, querido amigo.

—¡Ah, es verdad! ¡Es usted tan bueno!

Y le alargó con mano discreta una carterita de badana con cuatro mil francos, que eran todas sus economías.

—¿Cómo? ¡Ah!, no, no...

—Ya sabía yo que se ofendería usted —replicó Dussardier con una lágrima en los ojos.

Frédéric estrechó su mano, y el excelente muchacho repuso con voz doliente:

—Acéptelos usted; deme ese gusto. ¿No ha concluido todo, además? Yo había creído, cuando llegó la Revolución, que seríamos felices. ¿Se acuerda usted qué hermoso era aquello? ¡Qué bien se respiraba! Pero estamos peor que nunca. —Y fijando la vista en el suelo, añadió—: Ahora matan nuestra República, como han matado la otra, ¡la romana, y la pobre Venecia, la pobre Polonia, la pobre Hungría! ¡Qué abominación! Primero han destruido los árboles de la libertad; después, restringido el derecho de sufragio, cuando los clubes; restablecido la censura y entregado a los curas la enseñanza, en espera de la Inquisición. ¿Por qué no? Los conservadores nos hacen desear a los cosacos. Se condena a los periódicos cuando hablan contra la pena de muerte; París está repleto de bayonetas, dieciséis provincias en estado de sitio, y una vez más ha sido rechazada la amnistía. —Le cogió la frente con ambas manos, y separando luego los brazos como en un gran dolor, le dijo—: ¡Si se intentara, sin embargo! ¡Si estuvieran de buena fe, podríamos entendernos!

Pero no; los obreros no valen más que los burgueses, sépalo usted. En Elbeuf, recientemente, han reclamado su socorro en un incendio. Los miserables tratan a Barbès de aristócrata. Para que se burlen del pueblo, quieren nombrar presidente a Nadaud, un albañil; ¿le parece a usted? Y no hay medio, no tiene cura, todo el mundo está contra nosotros. Yo no he hecho mal jamás, y, sin embargo, tengo como un peso sobre el estómago; me volveré loco si esto continúa. Me dan ganas de hacerme matar. Le digo a usted que no necesito mi dinero; ya me lo devolverá usted, pardiez; se lo presto a usted.

Frédéric, a quien apretaba la necesidad, acabó por tomar sus cuatro mil francos. Así que, por parte de la Vatnaz, ya no había inquietudes.

Pero Rosanette perdió al poco tiempo su proceso contra Arnoux y, por terquedad, quiso apelar. Deslauriers se extenuaba en hacerla comprender que la promesa de Arnoux no constituía ni una donación, ni una cesión regular; ella ni siquiera escuchaba, hallando la ley injusta, porque ella era una mujer, y los hombres se sostenían unos a otros. Por fin siguió sus consejos.

Se violentaba Deslauriers tan poco en aquella casa, que muchas veces llevó a Sénécál a cenar. Estas libertades desagradaban a Frédéric, que le adelantaba dinero y hasta le hacía vestir por su sastre, y el abogado daba sus levitas viejas al socialista, cuyos medios de existencia eran desconocidos.

Hubiera querido, con todo, servir a Rosanette. Un día que ella le enseñaba doce acciones de la compañía del caolín (aquella empresa que había hecho condenar a Arnoux por treinta mil francos), le dijo:

—¡Pero esto es mal negocio para él; soberbio!

Tenía derecho para citarle por el reembolso de sus créditos; probaría primeramente que venía obligado a pagar todo el pasivo de la compañía, puesto que había declarado como deudas colectivas deudas personales; que había distraído, en fin, muchos efectos de la sociedad.

—Todo esto le hace culpable de bancarrota fraudulenta, artículos quinientos ochenta y seis y quinientos ochenta y siete del Código de comercio, y le encerraremos; esté usted segura, monina mía.

Rosanette se arrojó a su cuello. La recomendó al día siguiente a su antiguo principal, no pudiendo ocuparse por sí mismo del proceso, porque necesitaba ir a Nogent. Sénécál le escribiría en caso de urgencia.

Sus negociaciones para la compra de un estudio eran un pretexto. Pasaba el tiempo en casa del señor Roque, donde había empezado no solo por elogiar a su amigo, sino por imitar sus maneras y lenguaje en cuanto era posible, cosa que le había valido la confianza de Louise, mientras ganaba la de su padre desencadenándose contra Ledru-Rollin.

Si Frédéric no volvía era porque frecuentaba el gran mundo; y poco a poco Deslauriers les contó que amaba a cierta persona, que tenía un hijo y que mantenía una criatura. La desesperación de Louise fue inmensa; la indignación de la señora Moreau, no menos fuerte. Veía a su hijo hundido en el fondo de un abismo vago, se sentía herida en su religión de las conveniencias, y experimentaba por ello una especie de deshonor formal; pero de repente cambió su fisonomía. A las preguntas que le hacían respecto a Frédéric, contestaba con aire malicioso:

—Va bien, muy bien.

Sabía de su matrimonio con la señora Dambreuse. Se había fijado la época, y hasta pensaba él cómo hacerle tragar la cosa a Rosanette.

Hacia mediados de otoño ganó ella su proceso relativo a las acciones de caolín. Frédéric lo supo encontrando a Sénécál en su puerta, que salía de la audiencia.

Había reconocido a Arnoux cómplice de todos los fraudes, y el expasante tenía tal aire de alegría por ello, que Frédéric le impidió ir más lejos, asegurándole que él se encargaría de su comisión cerca de Rosanette. Entró en su casa con la cara irritada.

—¡Ya estarás contenta!

Pero ella, sin fijarse en aquellas palabras, le dijo:

—¡Mira! —Y le enseñó a su hijo, acostado en una cuna cerca del fuego.

Le había encontrado tan malo por la mañana en casa de su nodriza, que le trajo a París.

Todos sus miembros habían enflaquecido extraordinariamente, y sus labios se hallaban cubiertos de puntos blancos, que formaban en el interior de su boca como cuajarones de leche.

—¿Qué ha dicho el médico?

—¡Ah! El médico pretende que el viaje ha aumentado su... no sé ya, un nombre en itis... en fin, que tiene una úlcera, una llaga, un cáncer. ¿Conoces tú eso?

Frédéric titubeó en contestar: «Ciertamente», añadiendo que aquello no era nada.

Pero a la noche se asustó con el aspecto débil del niño y el progreso de las manchas blanquecinas, parecidas a la putrefacción, como si la vida, abandonando ya aquel pobre cuerpecito, no hubiera dejado sino una materia en la que brotara la vegetación. Sus manos estaban frías; no podía ya beber ahora; y la nodriza, otra que el portero había ido a buscar a la ventura en una agencia,

repetía:

—Parece muy decaído, muy decaído.

Rosanette estuvo levantada toda la noche.

Por la mañana se encontró con Frédéric.

—Ven a ver. No responde.

En efecto, estaba muerto. Ella lo cogió, lo sacudió, apretándolo, llamándole por los nombres más dulces, cubriéndolo de besos y de sollozos; daba vueltas extraviada, se arrancaba el pelo, lanzaba gritos y se dejó caer en el borde del diván, donde permaneció con la boca abierta, y una oleada de lágrimas caía de sus ojos fijos. Luego le sobrecogió un embotamiento y todo quedó tranquilo en la habitación. Los muebles andaban tirados; dos o tres toallas andaban también por los suelos; dieron las seis; se apagó la lamparilla.

Frédéric, mirando todo aquello, creía casi soñar. Su corazón se apretaba de angustia. Le parecía que aquella muerte no era más que un principio, y que detrás de ella había una desdicha más grande próxima.

De repente, Rosanette dijo con voz firme:

—Le conservaremos, ¿no es verdad?

Deseaba hacerle embalsamar. Muchas razones se oponían a este propósito. La principal, según Frédéric, era que la cosa no podía practicarse con niños tan pequeños; valía más un retrato, idea que ella aceptó. Se escribieron dos letras a Pellerin, y Delphine corrió a llevarlas.

Pellerin llegó enseguida, queriendo borrar con aquel celo todo recuerdo de su conducta. Primero dijo:

—¡Pobre angelito! ¡Ah, Dios mío, qué desgracia!

Pero poco a poco, dominándole el artista, declaró que no podía hacerse nada con aquellos ojos borrados, aquella faz lívida, que era una naturaleza verdaderamente muerta, que se necesitaría mucho talento, y murmuraba:

—No es fácil, no es fácil.

—Con tal que sea parecido... —objetó Rosanette.

—Me río yo del parecido. ¡Abajo el realismo! El espíritu es lo que se pinta. Déjenme ustedes. Voy a tratar de figurarme lo que esto debía ser.

Y se puso a cavilar con la frente en la mano izquierda, el codo en la derecha; luego dijo de repente:

—¡Ah! Una idea: ¡un pastel! Con medias tintas en color, pasadas casi a flor, puede obtenerse un hermoso modelado, en los bordes solamente.

Y envió a la doncella por su caja; después, con una silla a los pies y otra cerca, empezó a trazar grandes rasgos, tan tranquilo como si hubiera trabajado en el modelado. Elogiaba los san Juanitos, de Correggio; la infanta Rosa, de Velázquez; las carnes lechosas de Reynolds; la distinción de Lawrence, y, sobre todo, el niño de largo cabello que está en las rodillas de lady Glower.

—Y por otra parte, ¿no puede darse nada más encantador que esos escorzos? El tipo de lo sublime, Rafael lo ha aprobado con sus madonnas, es quizá una madre con su hijo.

Rosannete, que se ahogaba, salió, y Pellerin dijo al punto:

—¿Sabe usted lo que pasa con Arnoux?

—No; ¿por qué?

—Así debía acabar; eso es aparte.

—Pero ¿de qué se trata?

—Quizá a estas horas se halle... Perdone usted.

El artista se levantó para subir la cabeza del pequeño cadáver.

—¿Decía usted? —repuso Frédéric.

Y Pellerin, entornando los ojos para tomar mejor sus medidas, contestó:

—Decía que nuestro amigo Arnoux quizá se halle a estas horas preso. —Y después, con aire satisfecho—: Mire usted un poco. ¿Es esto?

—Sí, muy bien. ¿Pero Arnoux?

Pellerin dejó su lápiz.

—Por lo que he podido comprender, se encuentra perseguido por cierto Mignot, íntimo de Regimbart; buena cabeza este, ¿eh? ¡Qué idiota! Figúrese usted que un día...

—No se trata de Regimbart.

—Es verdad. Pues bien: Arnoux debía reunir, para ayer por la noche, doce mil francos; si no, estaba perdido.

—Puede que haya en eso exageración —dijo Frédéric.

—De ninguna manera; me parece el asunto grave, muy grave.

Rosannete volvió en aquel momento con los párpados enrojecidos, ardientes como placas de pintura; se acercó al dibujo y miró. Pellerin hizo un gesto que significaba que se callaba por ella; pero Frédéric, sin hacer caso, añadió:

—Sin embargo, yo no puedo creer...

—Le repito que le encontré ayer —dijo el artista— a las siete de la noche, calle Jacob. Hasta tenía su pasaporte, por precaución, y hablaba de embarcarse para el Havre con toda su gente.

—¡Cómo! ¿Con su mujer?

—Sin duda; es demasiado buen padre de familia para vivir enteramente solo.

—¿Y está usted seguro de eso...?

—¡Caramba! ¿Dónde quiere usted que haya encontrado doce mil francos?

Frédéric dio dos o tres vueltas por la habitación, jadeante, mordiéndose los labios, y, por fin, cogió su sombrero.

—¿Adónde vas? —dijo Rosanette.

No respondió y desapareció.

V

Necesitaba doce mil francos, pues de otro modo no volvería a ver más a la señora Arnoux; y hasta el presente le había quedado una esperanza invencible. ¿No componía ella como la sustancia de su corazón, el fondo mismo de su vida? Permaneció durante algunos minutos vacilante en la acera, muriéndose de angustia, feliz, sin embargo, de no estar en casa de la otra.

¿Dónde encontrar dinero? Frédéric sabía, por experiencia, cuán difícil es obtenerlo en el momento, a cualquier precio. Una sola persona podía ayudarle: la señora Dambreuse, que siempre conservaba en su escritorio muchos billetes de banco, y fue a su casa, diciéndole con tono atrevido:

—¿Tienes doce mil francos para prestarme?

—¿Para qué?

Era el secreto de otro; ella quería conocerlo; él no cedió; los dos se obstinaron. Por fin, ella declaró que no daba nada antes de saber el motivo. Frédéric se puso rojo. Uno de sus camaradas había cometido un robo; la suma había de ser restituida hoy mismo.

—¿Cómo se llama? Su nombre; veamos, su nombre.

—Dussardier.

Y se arrojó de rodillas, suplicándole que no dijera nada.

—¿Qué idea tienes de mí? —contestó la señora Dambreuse—. Cualquiera

creería que eres tú el culpable. Acaba con esos aires trágicos. Toma; ahí los tienes, y que le aprovechen.

Corrió a casa de Arnoux. El comerciante no estaba en su tienda; pero continuaba viviendo en la calle Paradis, porque poseía dos domicilios.

En la calle Paradis, el portero le juró que Arnoux se hallaba ausente desde la víspera; en cuanto a la señora, no se atrevía a decir; y Frédéric subió la escalera como una flecha y pegó el oído a la cerradura. Por fin abrieron. La señora se había marchado con el señor. La criada ignoraba cuándo volverían; sus salarios estaban pagados y ella también se iba.

De repente oyó el crujir de una puerta.

—Pero ¿hay alguien?

—¡Oh!, no, señor; es el viento.

Entonces se retiró. Una desaparición tan rápida tenía algo de inexplicable. Regimbart, que era el íntimo de Mignot, podría quizá aclararlo. Y Frédéric hizo que le llevaran a su casa, en Montmartre, calle Empereur.

Su casa se hallaba rodeada por un jardincillo, cerrado por una verja, cuya entrada estaba guarnecida de planchas de hierro. Una escalera de tres peldaños en la blanca fachada, y desde la acera se veían las dos piezas del piso bajo: la primera, el salón, con vestidos sobre todos los muebles, y la segunda, el taller, donde trabajaban las oficialas de la señora Regimbart.

Todas vivían persuadidas de que el señor tenía grandes ocupaciones, grandes relaciones; que era un hombre enteramente excepcional. Cuando atravesaba el corredor, con su sombrero de alas abarquilladas, su cara larga y seria y su levita verde, interrumpían su labor. Además, no dejaba él de dirigirles siempre alguna frase de estímulo, alguna galantería en forma de sentencia, y luego, en sus casas, se sentían desgraciadas, porque le miraban como su ideal.

Ninguna, sin embargo, le amaba como la señora Regimbart, personita inteligente, que le mantenía con su oficio.

En cuanto el señor Moreau dijo su nombre, vino enseguida a recibirle, sabiendo por los criados lo que era para la señora Dambreuse. Su marido «volvía al instante», y Frédéric, al seguirla, admiró el aspecto de la casa y la profusión de encerados que allí se veía. Esperó algunos minutos en una especie de escritorio, donde el ciudadano se retiraba para pensar.

Su acogida fue menos áspera que de costumbre. Contó la historia de Arnoux. El exfabricante de porcelanas había enredado a Mignot, un patriota, poseedor de cien acciones de Le Siècle, demostrándole que era preciso, desde el punto de vista democrático, cambiar la gerencia y la redacción del

periódico; y con pretexto de hacer triunfar su opinión en la próxima junta de accionistas, le había pedido cincuenta acciones, diciendo que las pasaría a amigos seguros, que apoyarían su voto; Mignot no tendría ninguna responsabilidad, no se incomodaría con nadie; y una vez obtenido el éxito, le proporcionaría una buena plaza en la administración, de cinco o de seis mil francos por lo menos. Las acciones fueron entregadas; pero Arnoux las vendió inmediatamente, y con el dinero se asoció a un comerciante de objetos religiosos. Vinieron las reclamaciones de Mignot, entretenimientos de Arnoux; hasta que el patriota le amenazó con una demanda de estafa si no restituía los títulos o la suma equivalente: cincuenta mil francos. Frédéric se mostró desesperado.

—No es eso todo —dijo el ciudadano—. Mignot, que es un hombre excelente, redujo a la cuarta parte. Nuevas promesas del otro, nuevas farsas, naturalmente. En resumen: anteayer por la mañana, Mignot le ha exigido que en término de veinticuatro horas le devolviera doce mil francos, sin perjuicio del resto.

—Pues yo los tengo —dijo Frédéric.

—¡Bromista!

—Perdone usted; están en mi bolsillo; los traigo.

—¡Qué de prisa va usted, caramba! Pero ya no es tiempo: la demanda se ha presentado y Arnoux se marchó.

—¿Solo?

—No; con su mujer. Los han visto en la estación del Havre.

Frédéric palideció extraordinariamente; la señora Regimbart creyó que iba a perder el conocimiento. Se contuvo y hasta tuvo fuerzas para dirigir dos o tres preguntas sobre la aventura. Regimbart se entristeció con ella, puesto que, en suma, todo aquello perjudicaba a la democracia.

Arnoux había sido siempre desordenado e informal.

—Una verdadera cabeza de chorlito. Quemaba sus fuegos por todos lados. El cotillón le ha perdido. No le compadezco, pero sí a su mujer.

Porque el ciudadano admiraba a las mujeres virtuosas, y guardaba gran estimación a la de Arnoux. «Ha debido de sufrir mucho».

Frédéric le agradeció aquella simpatía, y como si con ella hubiera recibido un favor, le estrechó la mano con efusión.

—¿Has dado todos los pasos necesarios? —le dijo Rosanette cuando volvió.

Contestó que no se había sentido con valor y había andado a la ventura por las calles para aturdirse.

A las ocho pasaron al comedor, pero permanecieron silenciosos el uno frente al otro, lanzando a intervalos un prolongado suspiro, y devolvían el plato. Frédéric bebió aguardiente; se sentía destrozado, aplastado, aniquilado, no teniendo conciencia de nada, sino una fatiga extremada.

Fue ella a buscar el retrato. El rojo, el amarillo, el verde y el añil se mezclaban con manchas violetas, formando una cosa repugnante, casi irrisoria.

Además, el muertecito estaba desconocido entonces. El tono violado de sus labios aumentaba la blancura de su piel; las narices parecían aún más delgadas; los ojos, más hundidos, y su cabeza descansaba sobre una almohada de tafetán azul, entre pétalos de camelias, rosas de otoño y violetas, idea de su doncella, y así le habían arreglado ambas devotamente. Sobre la chimenea, cubierta con una mantilla de encaje, había dos candelabros de plata sobredorada, y entre ellos, ramos de boj benditos; en los rincones, en dos vasos, ardían perfumes; todo aquello constituía, con la cuna, una especie de altar; y Frédéric se acordó de su velada cerca del señor Dambreuse.

Cada cuarto de hora, aproximadamente, Rosanette abría las cortinas para contemplar a su hijo, figurándosele algunos meses más adelante empezando a andar; después, en el patio del colegio, jugando a las barras; luego, a los veinte años, joven; y todas aquellas imágenes que creaba le parecían otros tantos hijos perdidos, multiplicaba su maternidad por el exceso de dolor.

Frédéric, inmóvil, en la otra butaca, pensaba en la señora Arnoux. Iba en el tren, sin duda; con la cara en los cristales del vagón y mirando al campo, que dejaba detrás por el lado de París, o en el puente de su vapor, como la primera vez que la vio; pero este se alejaba definitivamente hacia países de los que ya no volvería.

Después la veía en el cuarto de una fonda, con los baúles en el suelo, el papel de las paredes en jirones, la puerta movida por el viento. ¿Y luego? ¿Qué sería de ella? Institutriz, señora de compañía, doncella quizá; entregada a todos los azares de la miseria. Aquella ignorancia de su suerte le turbaba; hubiera debido oponerse a su huida y partir detrás. ¿No era él su verdadero esposo? Y al pensar que ya no la encontraría jamás, que aquello había concluido definitivamente, que la había perdido irrevocablemente, sentía desgarrarse todo su ser, y se desbordaron sus lágrimas, acumuladas desde la mañana.

Rosanette lo advirtió.

—¿Lloras como yo? ¿Tienes pesar?

—¡Ah, sí, lo tengo...!

Y la estrechó sobre su corazón, sollozando ambos así abrazados.

La señora Dambreuse también lloraba, acostada en su cama boca abajo y con la cabeza entre las manos.

Olympe Regimbart había venido aquella noche a probarle su primer traje de color, le había contado la visita de Frédéric, y hasta que tenía dispuestos doce mil francos con destino al señor Arnoux.

¡Así, aquel dinero, su dinero, era para impedir la marcha de la otra, para conservarse una amante!

Primero sintió un acceso de rabia, y resolvió arrojarle como un lacayo. Abundantes lágrimas la calmaron; valía más guardárselo todo, no decir nada.

Frédéric, al día siguiente, trajo los doce mil francos. Ella le rogó que los retuviera si los necesitaba para su amigo, y le preguntó mucho acerca de aquel caballero. ¿Quién le había impulsado a un tal abuso de confianza? Una mujer, indudablemente.

—Las mujeres os arrastran a todos los crímenes.

Aquel tono de sarcasmo descompuso a Frédéric, que experimentó un gran remordimiento por su calumnia. Lo que le tranquilizaba era que la señora Dambreuse no podía conocer la verdad. Ella fue terca, sin embargo, en el asunto; volvió a informarse de su camaradita, y después, de otro: de Deslauriers.

—¿Es hombre seguro e inteligente?

Frédéric le elogió.

—Ruégale que se pase por mi casa una de estas mañanas; desearía consultarle para un negocio.

Había encontrado un rollo de papeles que contenía los pagarés de Arnoux perfectamente protestados y en los cuales aparecía puesta la firma de la señora. Eran aquellos que motivaron la visita de Frédéric en cierta ocasión al señor Dambreuse a la hora del almuerzo, y aunque el capitalista no quiso perseguir el reembolso, hizo que el tribunal de comercio no solo condenara a Arnoux, sino a su mujer, que lo ignoraba, porque su marido no había juzgado conveniente advertírselo.

Aquella era un arma, no tenía duda la señora Dambreuse. Pero su notario quizá le aconsejara la abstención; prefería alguien oscuro, y se acordó de aquel pobre diablo de cara imprudente que le había ofrecido sus servicios.

Frédéric cumplió cándidamente su encargo. El abogado quedó encantado

por entrar en relaciones con señora tan principal, y acudió.

Le anunció que la sucesión pertenecía a su sobrina, motivo de más para liquidar aquellos créditos que reembolsaría, deseando confundir a los esposos Martinon con los mejores procedimientos.

Deslauriers comprendió que allí se ocultaba un misterio, y reflexionaba al mirar los pagarés. El nombre de la señora Arnoux, por ella misma trazado, le puso ante su vista toda su persona y el ultraje que de ella recibiera. Puesto que la venganza se presentaba, ¿por qué no ejercerla?

Aconsejó, pues, a la señora Dambreuse que hiciera vender en subasta los créditos desesperados que dependían de la sucesión. Un testafarro los compraría bajo cuerda y ejecutaría los embargos. Él se encargaría de proporcionar aquel hombre.

Hacia fines del mes de noviembre, Frédéric pasaba por la calle de la señora Arnoux, alzó la vista hacia sus ventanas y percibió un anuncio sobre la puerta en que se leía: «Venta de un rico mobiliario, consistente en batería de cocina, ropa de cuerpo y mesa, camisas, encajes, enaguas, pantalones, casimires franceses y de la India, piano de Arard, dos baúles de roble Renacimiento, lunas de Venecia, cacharos de la China y el Japón».

«¡Es su mobiliario!», se dijo Frédéric, y el portero confirmó sus sospechas. En cuanto a la persona que disponía la venta, lo ignoraba; pero el citado Berthelot daría quizá aclaraciones.

El oficial ministril no quiso al principio decir qué acreedor perseguía la venta, y Frédéric insistió. Era un señor Sénecal, agente de negocios; y Berthelot llevó su complacencia hasta prestar su periódico Los Pequeños Anuncios.

Frédéric, al llegar a casa de Rosanette, lo tiró abierto sobre la mesa.

—Lee.

—Bien, ¿y qué? —dijo con fisonomía tan plácida, que Frédéric se exasperó.

—Déjate de fingimientos.

—No te comprendo.

—¿Eres tú la que haces vender el mobiliario de la señora Arnoux?

Volvió ella a leer el anuncio.

—¿Dónde está su nombre?

—Es su mobiliario, repito, y lo sabes mejor que yo.

—¿Qué me importa todo eso? —dijo Rosanette, encogiéndose de hombros.

—¿Lo que te importa? Que te vengas, nada más. Este es el resultado de tus persecuciones. ¿No la has ultrajado hasta el punto de ir a su casa? Tú, una nadie. ¡La mujer más santa, más encantadora y la mejor! ¿Por qué te encarnizas en arruinarla?

—Te aseguro que te equivocas.

—Vaya, ¡como si no hubieras puesto delante a Sénécál!

—¡Qué necedad!

Entonces le arrastró el furor:

—Mientes, mientes, miserable. Estás celosa de ella. Posees una condena contra su marido, y Sénécál se ha mezclado ya en tus negocios. Detesta a Arnoux, y vuestros dos odios se entienden. He visto su alegría cuando ganaste tu proceso del caolín. ¿Negarás esto?

—Te doy mi palabra.

—Conozco bien tu palabra.

Y Frédéric le recordó sus amantes por sus nombres, con detalles circunstanciados. Rosanette, enteramente pálida, retrocedía.

—¡Eso te asombra! Tú me creías ciego porque cerraba los ojos. Bastante hay por hoy. Nadie se muere por las traiciones de una mujer de tu especie. Cuando se hacen demasiado monstruosas se separa uno de ellas; sería desagradable el castigarlas.

Ella se retorció los brazos.

—Dios mío, ¿quién lo ha cambiado?

—Nadie más que tú misma.

—¡Y todo esto por la señora Arnoux...! —exclamó, llorando, Rosanette.

Él contestó fríamente:

—Jamás he amado sino a ella.

A este insulto sus lágrimas se detuvieron.

—Eso prueba tu buen gusto. Una persona de edad madura, la tez color de regaliz, la cintura maciza, ojos grandes como ventanillos de bodega, y, como ellos, vacíos. Puesto que eso te agrada, ve a reunirte con ella.

—Eso es lo que esperaba, gracias.

Rosanette permaneció inmóvil, estupefacta por aquellas maneras extraordinarias. Dejó hasta que la puerta se cerrara; pero después, de un salto,

le cogió en la antesala y, rodeándole con sus brazos, le dijo:

—Pero estás loco, estás loco; esto es absurdo. Te amo. —Y suplicaba—: ¡En nombre de nuestro hijito!

—Confiesa que has sido tú la autora del golpe —dijo Frédéric.

Ella defendió aún su inocencia.

—¿No quieres confesar?

—No.

—Pues bien: adiós, y para siempre.

—Escúchame.

Frédéric se volvió.

—Si me conocieras mejor, sabrías que mi resolución es irrevocable.

—¡Oh, tú volverás a mí!

—¡Jamás!

Y hasta hizo crujir la puerta violentamente.

Rosanette escribió a Deslauriers que tenía necesidad de él inmediatamente. Llegó cinco días después, una noche, y cuando le hubo ella contado su ruptura, dijo:

—¿No es más que eso? ¡Gran desgracia!

Creyó ella al principio que podía llevarle a Frédéric; pero estaba todo perdido. Había sabido por su portero su próximo matrimonio con la señora Dambreuse.

Deslauriers le predicó, se mostró hasta singularmente contento, bromista. Y como era demasiado tarde, pidió permiso para pasar la noche en una butaca. A la mañana siguiente volvió a marcharse a Nogent, advirtiéndole que no sabía cuándo se verían de nuevo; de allí a poco tal vez ocurriera un gran cambio en su existencia.

Dos horas después de su ida la villa estaba en revolución. Se decía que Frédéric iba a casarse con la señora Dambreuse. En fin, las tres señoritas Auger, no creyéndolo, se trasladaron a casa de la señora Moreau, quien confirmó la noticia con orgullo. El tío Roque se puso malo al conocerla. Louise se encerró, y hasta corrió el rumor de que estaba loca.

Sin embargo, Frédéric no podía ocultar su tristeza. La señora Dambreuse, para distraerle, redobló sus atenciones. Todas las tardes le paseaba en su carruaje, y una vez que pasaban por la plaza de la Bourse, tuvo la idea de

entrar en la tienda de los peritos tasadores, por entretenerse.

Era el 1 de diciembre, el mismo día en que debía verificarse lo concerniente a la señora Arnoux. Recordó él la fecha y manifestó su repugnancia, declarando el sitio intolerable, en razón a la muchedumbre y al ruido; ella deseaba dar un vistazo solamente. El cupé se detuvo, y fue preciso seguirla.

Se veían en el patio lavabos sin palanganas; trozos de butacas, cestas viejas, tiestos de porcelana, botellas vacías, colchones, y algunos hombres de blusa o con levitas sucias, enteramente grises de polvo, de figura innoble, varios de entre ellos con sacos de lienzo a la espalda, hablaban en distintos grupos o se llamaban tumultuosamente.

Frédéric objetó los inconvenientes de ir más allá.

—¡Ah, bah!

Y subieron la escalera.

En la primera sala, a la derecha, algunos caballeros, con un catálogo en la mano, examinaban los cuadros; en otra se vendía una colección de armas chinas; la señora Dambreuse quiso bajar. Miraba los números de encima de las puertas, y le llevó hasta el extremo del corredor, hacia una pieza llena de gente.

Inmediatamente reconoció él los dos armarios del Arte Industrial, su mesa de labor, todos sus muebles.

Encajados en el fondo, por hileras, según tamaño, formaban un gran declive desde el suelo hasta las ventanas; y a los demás lados de la habitación, los tapices y las cortinas colgaban derechas a lo largo de las paredes; debajo había una especie de gradería ocupada por algunos pobres viejos que dormitaban. A la izquierda estaba un escritorio, donde el comisario, de corbata blanca, blandía suavemente un martillo; un joven escribía a su lado, y más bajo que ellos, un robusto mozo, en pie, mitad comisionista, mitad comerciante de contraseñas, pregonaba los muebles que se vendían. Tres mozos los ponían sobre una mesa, que rodeaban, sentados en fila, prenderos y revendedores. La gente circulaba por detrás de ellos.

Cuando Frédéric entró, las enaguas, los fichus, los pañuelos y hasta las camisas habían pasado de mano en mano y vuelto a pasar; a veces se tiraban desde lejos, y cosas blancas atravesaban por el aire repentinamente. Luego se vendían sus vestidos; después, uno de sus sombreros, cuya pluma rota colgaba; después, sus pieles, tres pares de botines; y la distribución de aquellas reliquias, en que confusamente hallaba las formas de sus miembros, le parecía una atrocidad, como si estuviera viendo cuervos destrozando su cadáver. La

atmósfera de la sala, enteramente cargada de alientos, le asfixiaba. La señora Dambreuse le ofreció su frasco; se divertía mucho, según decía.

Se exhibieron los muebles del cuarto de dormir.

El señor Berthelot anunciaba un precio; el pregonero, enseguida, lo repetía más fuerte; y los tres comisarios esperaban tranquilamente el golpe del martillo para llevarse el objeto a una pieza contigua. Así desaparecieron, unos tras otros, el gran tapiz azul sembrado de camelias que sus menudos pies hollaban cuando venía a recibirle; la pequeña mecedora de tapicería en que se sentaba él cuando estaban solos; las dos pantallas de la chimenea, cuyo marfil se había hecho más suave al contacto de sus manos; una bola de terciopelo, erizada de alfileres. Se iban con aquellas cosas parte de su corazón, y la monotonía de las voces mismas, de los mismos gestos, le cansaba, ocasionándole un aturdimiento fúnebre, una desolación verdadera.

Un crujido de seda se oyó a su lado; Rosanette le tocaba. Había tenido noticias de aquella venta por Frédéric mismo. Pasado su dolor, formó la idea de sacar provecho de allí; venía, pues, a verlo, con un chaleco de raso blanco, con botones de perla, vestido de volantes, muy ceñidos los guantes, con aire de vencedora. Él palideció de cólera; ella miró a la mujer a quien acompañaba.

La señora Dambreuse la reconoció, y durante unos minutos se contemplaron de arriba abajo, escrupulosamente, para descubrir la falta, la tara; envidiando una quizá la juventud de la otra, y esta, despechada por el extremado buen tono, la sencillez aristocrática de su rival. Por fin, la señora Dambreuse volvió la cabeza con sonrisa de insolencia inexplicable.

El pregonero había abierto un piano, ¡su piano! En pie como estaba, hizo un acorde con la mano derecha y anunció el instrumento por mil doscientos francos, después bajó a mil, a ochocientos, a setecientos.

La señora Dambreuse, con alocado tono, se burlaba de las cosas. Colocaron luego delante de los prenderos un cofrecillo con medallones, con cantoneras y cerraduras de plata, el mismo que había él visto en la primera cena de la calle Choiseul, que después estuvo en casa de Rosanette, y volvió a poder de la señora Arnoux. Muchas veces, durante sus excursiones, se fijaban en él sus ojos; se hallaba unido a sus más queridos recuerdos, y su alma se deshacía de ternura, cuando, de repente, dijo la señora Dambreuse:

—Mira, voy a comprarlo.

—Pues no es muy curioso —contestó Frédéric.

Ella lo encontraba, por el contrario, muy lindo, y el pregonero elogiaba la delicadeza.

—Una alhaja del Renacimiento; ochocientos francos, señores; casi todo de

plata. Con un poco de blanco de España brillará mucho.

Y como ella entrara a donde estaba la gente, dijo Frédéric:

—¡Qué idea más singular!

—¿Te molesta?

—No; pero ¿qué puede hacerse con ese bibelot?

—¡Quién sabe! Quizá meter en él cartas amorosas. —Y miró de manera que hacía más clara la alusión.

—Razón de más para no despojar de sus secretos a los muertos.

—No la creía yo tan muerta. —Y añadió, distintamente—: Ochocientos ochenta francos.

—Lo que haces no está bien hecho —murmuró Frédéric. Ella se reía—. Pero, querida amiga, es el primer favor que te pido.

—¿Sabes que no serás un marido muy agradable?

Alguien acababa de subir la puja; ella levantó la mano:

—Novecientos francos.

—Novecientos francos —repetía Berthelot.

—Novecientos diez... quince... veinte... treinta... —gritaba el pregonero, recorriendo la concurrencia con la vista, tras un movimiento brusco de cabeza.

—Pruébame que mi mujer es razonable —dijo Frédéric. Y la arrastró suavemente hacia la puerta.

El comisario seguía:

—Vamos, vamos, señores; novecientos treinta. ¿Hay comprador por novecientos treinta?

La señora Dambreuse, que había llegado al umbral, se detuvo, y en voz alta dijo:

—Mil francos.

En el público se sintió como un estremecimiento, y el silencio sobrevino.

—¡Mil francos, señores, mil francos! ¿Nadie dice nada? ¿Nadie? ¡Mil francos! Adjudicado.

El martillo de marfil bajó. Ella dio su tarjeta y le enviaron el cofrecillo, metiéndolo en su manguito. Frédéric sintió que un gran frío le atravesaba el corazón.

La señora Dambreuse no había dejado su brazo, y no se atrevió a mirarle

de frente hasta la calle, donde esperaba su coche. Se metió en él como un ladrón que huye, y cuando se sentó se volvió a Frédéric, que tenía su sombrero en la mano.

—¿No sube usted?

—No, señora.

Y saludándola fríamente, cerró la portezuela y dio la señal de arrancar al cochero.

Al principio experimentó un sentimiento de alegría y de independencia reconquistada; de orgullo por haber vengado a la señora Arnoux, sacrificándole una fortuna. Después se admiró de su acto, y un cansancio sumo le aburrió.

A la mañana siguiente su criado le contó las novedades. Se había decretado el estado de sitio, la Asamblea disuelta, y una parte de los representantes del pueblo, de maceros. Los asuntos públicos le dejaban indiferente; tan preocupado estaba con los suyos.

Escribió a algunos proveedores para dar contraorden en muchos encargos relativos a su matrimonio, que al presente se le presentaba como innoble especulación; aborrecía a la señora Dambreuse porque había estado a punto de cometer, por su causa, una bajeza. Olvidaba a la mariscala, ni siquiera se inquietaba por la señora Arnoux, no pensando más que en sí mismo, perdido en las ruinas de sus sueños, enfermo, lleno de dolor y de desaliento, y su odio al ficticio medio en que había sufrido tanto; anheló la frescura de la hierba, el reposo de la provincia, una vida soñolienta pasada a la sombra del techo natal con corazones inocentes. El miércoles por la noche salió, por fin.

Grupos numerosos ocupaban el bulevar. De cuando en cuando una patrulla los disolvía; pero detrás de ella volvían a formarse. Hablaban libremente, se vociferaban contra la tropa gracias e injurias, y nada más.

—¡Cómo! ¿Es que la gente no se bate? —dijo Frédéric a un obrero.

El hombre de blusa contestó:

—No somos tan brutos para hacernos matar por los burgueses. Que ellos se arreglen.

Y un caballero gruñó, sonriendo a través al arrabalero:

—¡Canallas de socialistas! ¡Si pudieran exterminarse esta vez!

Frédéric no comprendió nada de tanto rencor y tanta tontería. Su disgusto por París aumentó; y a los dos días se marchó a Nogent en el primer tren.

Pronto desaparecieron las casas, se ensanchó el campo. Solo en su coche,

con los pies en el asiento, rumiaba los acontecimientos de los últimos días, todo su pasado, trayéndole el recuerdo de Louise.

«¡Esa me amaba, esa! He hecho mal en no aprovechar esa dicha. ¡Bah! No pensemos más en ella». Pero cinco minutos después añadía: «¿Quién sabe, sin embargo...? Más tarde, ¿por qué no?».

Su sueño, como sus ojos, se perdía en vagos horizontes: «Era inocente, una aldeana, casi una salvaje. Pero ¡tan buena!».

A medida que adelantaba hacia Nogent, se aproximaba a ella. Cuando atravesó las praderas de Sourdun, la imaginó bajo los álamos, como en otro tiempo, cortando juncos a orillas del agua; llegaron, y bajó. Se apoyó de codos para volver a ver la isla y el jardín en que se habían paseado un día de sol; y el aturdimiento del viaje y del aire libre, la debilidad de sus recientes emociones, le causaban una especie de exaltación, y se dijo: «Quizá haya salido. ¡Si fuera a su encuentro!».

Las campanas de Saint-Laurent sonaban; y en la plaza, delante de la iglesia, había grupos de pobres y una calesa, la única del pueblo (la que servía para las bodas). De repente, bajo el pórtico, en una oleada de burgueses de corbata blanca, aparecieron dos recién casados.

Creyó en una alucinación; pero no; era ella, Louise, cubierta con velo blanco, desde sus cabellos rojos hasta los talones; y él era Deslauriers, con casaca azul bordada de plata, traje de gobernador. ¿Por qué no?

Frédéric se ocultó en el ángulo de una casa para dejar pasar el cortejo. Avergonzado, vencido, aplastado, se volvió al ferrocarril y entró de nuevo en París.

El cochero de alquiler le aseguró que se habían levantado barricadas desde el Château-d'Eau hasta el Gimnasio, y tomó por el barrio de Saint-Martin. En la esquina de la calle Provence, Frédéric echó pie a tierra para ir a los bulevares.

Eran las cinco y caía una menuda lluvia; los burgueses ocupaban la acera del lado de la Ópera; las casas de enfrente estaban cerradas; nadie en las ventanas. Por toda la anchura del bulevar galopaban los dragones, inclinados sobre sus caballos y el sable desenvainado, viéndose a la luz de los faroles de gas las crines de sus cascos y sus grandes capas blancas, retorcidas y movidas por el viento en sus espaldas. La muchedumbre los contemplaba en la bruma, muda, aterrada.

Entre las cargas de caballería surgían escuadras de policías para obligar a la gente a que se marchara por las calles.

Sobre las escaleras de Tortoni, un hombre, Dussardier, notable desde lejos

por su alta estatura, permanecía quieto como una cariátide. Uno de los agentes que iba a la cabeza, con un tricornio sobre los ojos, le amenazó con su sable. El otro, entonces, adelantando un paso, se puso a gritar:

—¡Viva la República!

Cayó de espaldas y con los brazos en cruz. Un aullido de horror escapó de entre la muchedumbre; la gente se abrió en círculo a su alrededor con la vista y Frédéric, atónito, reconoció a Sénécal.

VI

Viajó.

Conoció la melancolía de los transportes, el frío despertar bajo una tienda, el aturdimiento de los paisajes y de las ruinas, la amargura de las simpatías interrumpidas.

Volvió.

Frecuentó la sociedad, tuvo otros amores nuevos. Pero el recuerdo continuado del primero se los hacía insípidos, y, además, la vehemencia del deseo, la flor misma de la sensación estaba perdida. Sus ambiciones intelectuales habían disminuido, igualmente. Pasaron algunos años, y soportaba la ociosidad de su inteligencia y la miseria de su corazón.

Hacia fines de marzo de 1867, a la caída de la noche, estando solo en su gabinete, entró una mujer.

—¡La señora Arnoux!

—¡Frédéric!

Le cogió ella de las manos, le atrajo dulcemente hacia la ventana y, sin dejar de mirarle, repetía:

—¡Es él, sí; es él!

En la penumbra del crepúsculo no percibía él más que sus ojos bajo el velillo de encaje negro que cubría su rostro.

Cuando hubo depositado en el borde de la chimenea una carterita de terciopelo granate, se sentó. Permanecieron ambos sin poder hablar, sonriéndose el uno al otro. Por fin, él le dirigió multitud de preguntas sobre ella y sobre su marido.

Vivían en el fondo de Bretaña, económicamente, para pagar sus deudas.

Arnoux, casi siempre enfermo, parecía ya un viejo. Su hija se casó en Burdeos, y su hijo se hallaba de guarnición en Mostaganem. Luego levantó ella la cabeza, y dijo:

—Pero le veo a usted, y soy dichosa.

Él no dejó de decirle que a la noticia de su catástrofe había acudido a su casa.

—Lo sabía.

—¿Cómo?

Le había visto en el patio, y se ocultó.

—¿Por qué?

Entonces, con voz emocionada y con largos intervalos entre sus palabras, dijo:

—Tenía miedo. Sí... miedo de usted, de mí.

Aquella revelación le produjo como una sensación de voluptuosidad. Su corazón palpitaba fuertemente. Ella añadió:

—Perdóneme usted si no he venido antes. —Y señalando la carterita granate cubierta de palmas de oro—: La he bordado para usted expresamente. Contiene aquella suma a que debían responder los terrenos de Belleville.

Frédéric le agradeció el recuerdo, sintiendo que se hubiera molestado.

—No, no he venido por eso. Deseaba esta visita. Después me volveré... allá.

Y le habló del sitio que habitaba. Era una casa baja, de un solo piso, con un jardín lleno de enormes bojés y una doble avenida de castaños, que cubrían hasta la cima de una colina, desde donde se veía el mar.

—Voy a sentarme allí, en un banco, que he llamado el banco de Frédéric.

Después se puso a mirar los muebles, los bibelots, los cuadros, ávidamente, para conservarlo todo en su memoria. El retrato de la mariscala estaba medio tapado por una cortina. Pero los dorados y los blancos que se destacaban en las tinieblas le llamaron la atención.

—Me parece que conozco a esa mujer.

—Imposible —dijo Frédéric—. Es una pintura italiana antigua.

Confesó ella que deseaba dar una vuelta por las calles, de su brazo, y salieron.

Las luces de las tiendas iluminaban, por intervalos, su pálido perfil; las

sombras los envolvían nuevamente; y en medio de los carruajes, de la gente y del ruido, iban sin distraerse de ellos mismos, sin oír nada, como los que van juntos por el campo, sobre un lecho de hojas muertas.

Volvieron a contarse sus días pasados, las comidas de tiempos del Arte Industrial, las manías de Arnoux, su manera de estirar las puntas del cuello postizo, de aplastar el cosmético en los bigotes, otras cosas más íntimas y más profundas. ¡Qué encanto sintió él la primera vez oyéndola cantar! ¡Qué bella estaba el día de su santo, en Saint-Cloud! Le recordó el jardincito de Auteuil, las noches del teatro, un encuentro en el bulevar, antiguos criados, su negra.

Se admiraba ella de su memoria. Sin embargo, le dijo:

—Algunas veces, las palabras de usted llegan hasta mí como eco lejano, como el sonido de una campana arrastrada por el viento; y me parece que está usted allí cuando leo pasajes de amor en los libros.

—Todo lo que en ellos se censura como exagerado me lo ha hecho usted sentir —dijo Frédéric—. Comprendo los Werther que no gustan de los dulces de Charlotte.

—¡Pobre amigo querido! —Y empezó, añadiendo, después de un prolongado silencio—: No importa; nos hemos amado mucho.

—¡Sin pertenecernos, sin embargo!

—Quizá valga eso más —contestó ella.

—No, no. ¡Qué felices hubiéramos sido!

—¡Oh, ya lo creo, con un amor como el de usted!

Y debía de ser muy grande para durar después de tan larga separación. Frédéric le preguntó cómo lo había descubierto.

—Fue una noche que me besó usted la muñeca entre el guante y la manga. Y me dije: «Pero me ama... me ama». Tenía miedo de asegurarme, sin embargo. ¡La reserva de usted era tan encantadora, que gozaba con ella como homenaje involuntario y constante!

De nada se quejaba él; sus sufrimientos de otro tiempo quedaban pagados.

Cuando entraron en casa, la señora Arnoux se quitó el sombrero. La lámpara colocada sobre una consola alumbró sus cabellos blancos. Aquello fue un golpe en medio del pecho. Para ocultarle aquella decepción se echó en el suelo a sus pies, y cogiendo sus manos se puso a decirle palabras tiernas.

—La persona de usted, sus menores movimientos me parecían tener en el mundo una importancia sobrehumana. Mi corazón saltaba como polvo a los pasos de usted. Me producía usted el efecto de un rayo de luna en noche de

estío, cuando todo es perfume, dulces sombras, blancuras, infinito; y las delicias de la carne y del alma se hallaban contenidas para mí en su nombre, que repetía, procurando besarlo con mis labios. No imaginaba un más allá. Era la señora Arnoux en persona, con sus dos hijos, tierna, seria, linda hasta deslumbrar, ¡y tan buena! Esa imagen borraba las demás; ni siquiera pensaba en ella, puesto que yo tenía en el fondo la música de la voz y el esplendor de los ojos de usted.

Aceptaba ella como encanto aquellas adoraciones para la mujer que ya no era ella. Frédéric, embriagándose con sus palabras, llegaba a creer lo que decía. La señora Arnoux, con la espalda vuelta a la luz, se inclinaba hacia él, que sentía sobre su frente la caricia de su aliento, y a través de sus vestidos el indeciso contacto de todo su cuerpo.

Sus manos se estrecharon; la punta de su bata se veía un poco por debajo del traje, y le dijo casi desfallecida:

—La vista del pie me perturba.

Un movimiento pudoroso la hizo levantarse. Después, inmóvil, y con la singular entonación de los sonámbulos, añadió:

—¡A mi edad! ¡Él! ¡Frédéric...! Ninguna mujer ha sido jamás amada como yo. No, no, ¿para qué sirve ser joven? Me burlo de eso, las desprecio a todas esas que vienen aquí.

—¡Oh! Aquí no viene nadie —contestó, complaciente.

Su rostro se dilató, y quiso saber si se casaría. Juró que no.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Por usted —dijo Frédéric, estrechándola en sus brazos.

En ellos permaneció, con el cuerpo hacia atrás, la boca entreabierta, los ojos alzados. De repente le rechazó con un aire de desesperación; y como él le suplicara que correspondiera, le dijo, bajando la voz:

—Hubiera querido hacerle a usted feliz.

Frédéric sospechó que la señora Arnoux había venido para ofrecerse, y se sintió sobrecogido por un afán más fuerte que nunca, furioso, rabioso. Sin embargo experimentaba algo inexplicable, una repulsión y como el horror de un incesto. Otro temor le detuvo: el de un disgusto futuro. Además, ¡qué obstáculo sería aquello! Y a la vez, por prudencia y para no degradar su ideal, dio media vuelta y se puso a liar un cigarrillo. Le contemplaba ella maravillada.

—¡Qué delicado es usted! ¡No hay otro como usted, no hay otro!

Dieron las once.

—¡Ya! —dijo—. En un cuarto de hora, me iré.

Volvió a sentarse; pero observaba el reloj ella, y él continuamente paseando y fumando. Ambos no encontraban ya nada que decirse. Hay un momento en las separaciones en el que la persona amada no está con nosotros ya.

Por fin, la aguja pasó veinticinco minutos y cogió su sombrero por las cintas lentamente.

—Adiós, amigo mío, querido amigo. Ya no volveré a verle a usted. Era esta mi última visita de mujer. Mi alma no le abandonará. Que todas las bendiciones del cielo se vayan con usted. —Y le besó en la frente, como una madre. Pero pareció que buscaba algo y le pidió unas tijeras. Deshizo su peinado, todos sus cabellos blancos cayeron y se cortó de raíz, brutalmente, un gran mechón—: Consérvelos usted; adiós.

Cuando salió, Frédéric abrió la ventana; la señora Arnoux, en la acera, llamó a un coche que pasaba, subió y desapareció, y eso fue todo.

VII

A principios de aquel invierno, Frédéric y Deslauriers hablaban en el rincón del fuego, reconciliados, una vez más, por el fatalismo de su naturaleza, que los obligaba a reunirse siempre y a amarse.

El uno explicaba sucintamente su ruptura con la señora Dambreuse, que había vuelto a casarse con un inglés. El otro, sin decir cómo fue su matrimonio con la señorita Roque, contaba que su mujer, un hermoso día, se había escapado con un cantante. Para lavarse un poco de aquel ridículo se había comprometido en su gobierno por exceso de celo gubernamental y le habían destituido. Después fue jefe de colonización en Argelia, secretario de un bajá, gerente de un periódico, corredor de anuncios, para concluir empleado de lo contencioso en una compañía industrial.

En cuanto a Frédéric, habiéndose comido las dos terceras partes de su fortuna, vivía modestamente.

Después se informaron mutuamente de sus amigos.

Martinon era, ahora, senador.

Hussonnet ocupaba un alto cargo, donde tenía a su disposición todos los teatros y toda la prensa.

Cisy, metido en la religión y padre de ocho hijos, vivía en el castillo de sus abuelos.

Pellerin, después de haber caído en el fourierismo, la homeopatía, las mesas giratorias, el arte gótico y la pintura humanitaria, se hizo fotógrafo, y sobre todas las paredes de París se le veía representado de frac negro, con un cuerpo minúsculo y una cabeza gorda.

—¿Y tu íntimo Sénecal? —preguntó Frédéric.

—Desapareció; no sé. ¿Y tu gran pasión, la señora Arnoux?

—Debe de estar en Roma con su hijo, teniente de cazadores.

—¿Y su marido?

—Murió el año pasado.

—Anda —dijo el abogado. Y después, dándose un golpe en la frente, añadió—: A propósito, el otro día, en una tienda, me encontré a aquella buena mariscala, llevando de la mano a un muchachito que ha adoptado. Es viuda de un tal Oudry, y muy gorda. ¡Qué decadencia! ¡Ella, que antes tenía una cintura tan delgada...!

Deslauriers no ocultó que se aprovechó de su desesperación para asegurarse de ese detalle por sí mismo. «Como tú, además, me lo habías permitido...». Aquella confesión era una compensación al silencio que guardaba respecto de su tentativa cerca de la señora Arnoux, que Frédéric le hubiera perdonado, puesto que no la logró.

Aunque un poco mortificado con el descubrimiento, hizo como que se reía; y la idea de la mariscala le recordó a la Vatnaz. Deslauriers no la había visto jamás, ni a otras muchas que iban a casa de Arnoux; pero se acordaba perfectamente de Regimbart.

—¿Vive aún?

—Apenas. Todas las noches, regularmente, desde la calle Grammont hasta la calle Montmartre, se arrastra por delante de los cafés, debilitado, doblado, vacío: un espectro.

—¿Y Compain?

Frédéric lanzó una exclamación de alegría y rogó al exdelegado del gobierno provisional que le explicara el misterio de la cabeza de vaca.

—Es una gran importación inglesa. Para parodiar la ceremonia que los realistas celebran el treinta de enero, los independientes realizan un banquete anual, en que se comen cabezas de vaca y en que se bebe vino tinto en cráneos de vaca, brindando por el exterminio de los Estuardos. Después de thermidor, los terroristas organizaron una cofradía enteramente semejante, lo que prueba que la tontería es fecunda.

—Me pareces muy tranquilo en la cosa política.

—Efecto de la edad —dijo el abogado.

Y resumían su vida, que ambos habían disipado: el que soñó con el amor y el que soñó con el poder. ¿Cuál era la causa?

—Quizá sea la falta de línea recta —expuso Frédéric.

—Para ti, quizá. Yo, por el contrario, he pecado por exceso de rectitud, sin tener en cuenta mil cosas secundarias, más fuertes que todo. Yo he tenido demasiada lógica; tú, demasiado sentimiento.

Y acusaron a la casualidad, a las circunstancias, a la época en que nacieron.

Frédéric añadió:

—No era esto lo que pensábamos en Sens, cuando tú, en aquel tiempo, querías hacer una historia crítica de la filosofía, y yo, una gran novela estilo Edad Media sobre Nogent, cuyo asunto encontré en Froissart: «De cómo los señores Brokars de Fenestranges y el obispo de Troyes asaltaron al señor Eustache d'Ambreicourt», ¿te acuerdas?

Y al exhumar su juventud, a cada frase se decían: «¿Te acuerdas?».

Volvían a representarse el patio del colegio, la capilla, el locutorio, la sala de armas al pie de la escalera, figuras de peones y discípulos: uno, llamado Angelmarre, de Versalles, que se cortaba trabillas de las botas viejas; el señor Mirbal y sus patillas rojas; los dos profesores de dibujo lineal y del gran dibujo, Varaud y Suriret, siempre disputando, y el polaco, el compatriota de Copérnico, con su sistema planetario de cartón, astrónomo ambulante, cuya sesión se había pagado con una comida en el refectorio; después, una terrible francachela en paseo; las primeras pipas que fumaron; los premios; las vacaciones. En las de 1837 estuvieron en casa de la turca.

Llamaban así a una mujer cuyo verdadero nombre era Zoraïde Turc; y muchas personas la creían una musulmana, una turca, cosa que aumentaba la poesía de su establecimiento, situado a orillas del agua, detrás de la muralla; hasta en pleno estío había sombra alrededor de su casa, que se conocía por una vasija de peces rojos junto a un tiesto de reseda sobre una ventana. Señoritas de camisola blanca, con pómulos enharinados y largos pendientes, golpeaban los cristales cuando por allí se paseaba, y a la noche, en el umbral de la puerta, cantaban bajito con ronca voz.

Aquel sitio de perdición proyectaba en todo el distrito un escándalo fantástico, designándolo por medio de perífrasis: «El sitio que usted sabe, una cierta calle, debajo de los puentes». Las labradoras del contorno lo temían por sus criadas, porque la cocinera del señor subgobernador había sido sorprendida allí, y estaba claro: la secreta obsesión de los adolescentes...

Pues bien: un domingo, durante las vísperas, Frédéric y Deslauriers, que se habían dado cita y rizado previamente, cogieron flores en el jardín de la señora Moreau, salieron a los campos, y después de un gran rodeo por las viñas, volvieron por la Pêcherie y se deslizaron en casa de la turca.

Frédéric presentó su ramo como un enamorado a su novia; pero el calor que hacía, la aprensión de lo desconocido, una especie de remordimiento y hasta el placer de ver de una sola ojeada tantas mujeres a su disposición, le conmovieron de tal modo, que se puso muy pálido, y permaneció quieto y sin decir nada. Todas reían, contentas por su confusión; creyendo que se burlaban de él, escapó, y como Frédéric tenía el dinero, Deslauriers se vio obligado a seguirle. Se los vio salir y aquello se convirtió en una anécdota memorable, no olvidada en tres años. Se la contaron muchas veces, contemplando cada uno los recuerdos del otro, y cuando acabaron:

—Esa fue nuestra mejor aventura —dijo Frédéric.

—Sí, quizá sea nuestra mejor aventura —repuso Deslauriers.

Freeditorial 